3 1761 08166217 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

españa moderna

AÑO 9.º NUM. 106.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

462638

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 9
no. 106-08

EL SILENCIO

NOVELA

I

Una conversación.

Érase la sobremesa de uno de esos almuerzos donde periódicamente se reunen hombres de profesiones diversas, antiguos condiscípulos separados por la vida, entre los cuales persiste, no obstante, el vínculo de los recuerdos de la juventud, y que vuelven á verse con gusto. Tomaban el café, fumando. Después de tocar varios asuntos, la conversación habíase detenido por un instante en una noticia harto curiosa: un hombre de buena sociedad, llamado, según creo, M. de Préfontaine, había hecho que una noche le llevasen á su casa con una cuchillada en el vientre; después de tres días de agonía, expiró sin haber dicho ni una sola palabra, aunque estaba con cabal conocimiento y un hábil juez de instrucción se esforzó en vano para hacerle hablar. Al principio, cada cual juzgó según su temperamento una obstinación tan enérgica. Algunos la admiraban, otros la tenían por demasiado heroica.

—Yo, en su lugar—exclamó un novelista célebre—lo hubiera dicho todo.

—¿Para qué?—preguntó alguien.—El hablar no le hubiese salvado.

—¡Pero le habría aliviado!—concluyó el novelista, exagerando su acento meridional.

Tras de esto, aventuráronse conjeturas acerca del secreto guardado por ese trágico silencio. Luego, conformes en que se trataba de una venganza conyugal, llegamos á discutir el derecho á la venganza. Este vulgar tema nos aburrió muy pronto. Entonces afinóse la conversación, confiscada por los más sutiles de entre nosotros; quienes se pusieron á discutir, si así puede decirse, respecto á la esencia de las relaciones amorosas irregulares.

Un primer punto quedó asentado, sin promover formales disentimientos: que el matrimonio es una institución defectuosa, insuficiente por completo para encauzar las relaciones sexuales. Se propuso suprimirlo; pero buscando el medio de realizar esta reforma, vióse que siendo el matrimonio la clave de bóveda del edificio social, no podía destruirse sin arruinar toda la organización del mundo, familia, propiedad, etc.; y los más atrevidos convinieron en que tal revolución presentaba dificultades prácticas capaces de contener por muchísimo tiempo la buena voluntad de los poderes legislativos. La conversación estuvo á punto de acabarse con este descubrimiento, que por un instante nos convenció de la inutilidad de nuestros propósitos. Sin embargo, volvió á animarse cual suele acontecer á veces entre personas que, sin tener nada que decirse, tienen absoluto empeño en charlar. Y uno de nosotros soltó la siguiente paradoja:

—Sólo pueden aceptar y respetar el matrimonio los corazones secos, los indiferentes, los tibios, que viven sin necesidad de amor y por ende ignoran el desprendimiento, el olvido de sí mismo, la exaltación; en una palabra, todos los sentimientos extremados con que puede ennoblecerse el alma. Sólo es un estado normal para los egoístas y aficionados al puchero; ellos son quienes, por constituir la mayoría numérica, han concluído por imponer su mate concepto de la vida y su fría canalización del amor aun á los demás, á los mejores, los cua-

les han tenido la debilidad de conformarse. De suerte que hoy se cree cumplir con sus deberes renunciando al amor, que es lo ideal, en favor del matrimonio, que es su negación.

Estas afirmaciones, recalcadas con un tono semiburlesco, fueron algún tanto bien acogidas. Pero una voz grave respondió:

—No, los más nobles no son aquellos que se eximen de este yugo legal del matrimonio para dar campo libre á sus instintos, sino los que, habiendo reconocido su insuficiencia, lo aceptan, sin embargo, no por debilidad ni aridez de alma, sino por espíritu de justicia y de sacrificio. ¡Hablábais de desasimiento de sí mismo! ¿Lo hay más en seguir los impulsos de su corazón, que en resistirse á ellos en provecho de una palabra dada y de un ser con el cual se ha ligado uno? Sin duda, rara vez ignoran los mejores las tentaciones de los deseos ilegítimos, que mil argumentos especiosos excusan siempre ó tratan de excusar; pero las resisten, las dominan, y lejos de perder nada su alma por ello, gana á la vez en fuerza y en ternura. Verdaderamente, si no existiera más que para enseñar el renunciamiento á algunos seres escogidos, el matrimonio tendría su grandeza y su razón de ser.

Esta declaración estoica fué aprobada como la anterior, á la cual contradecía. Porque tales son los hombres inteligentes: á fuerza de comprenderlo todo, ya no distinguen; la indiferencia les hace versátiles, de modo que cambian fácilmente de opinión en cuestiones que sólo inician con su ingenio y sólo se resuelven por el carácter.

Uno de nosotros, adhiriéndose al sentir del preopinante y prosiguiendo su argumentación, añadió:

—En todo caso, hay en las relaciones irregulares una mancha inevitable que las hace particularmente odiosas: están condenadas á la mentira, al disimulo, á la hipocresía. Parece que sólo esto las ha de vedar á los corazones algo delicados, á las almas escogidas.

Alguien hubo de responder con gran viveza:

—¿Eso creeis? Pues ¿no hay casos en que, por las aberraciones de la organización y de los prejuicios sociales, llegan á ser casi virtudes la mentira, el disimulo, la hipocresía? ¿No hay casos en que estas feas cosas son tan duras de practicar que el ponerlas por obra puede ser el más heroico de los sacrificios?...

Interrumpiéronle con protestas, porque las austeras palabras que se acababan de pronunciar nos inclinaban á la virtud. Pero nuestro compañero continuó, animándose (acaso, á mi parecer, porque defendía una causa personal):

—No, no; el disimulo y la mentira no son siempre envilecedores; por el contrario, ocurre que ennoblecen como todo lo que nos obliga á un gran gasto de energía interior. Amar y sufrir en silencio: ¿no comprendéis lo que esto significa algunas veces? Claro que no me refiero aquí á esas relaciones vulgares y sin más objeto que una sensualidad ínfima, como suelen formarse de un modo corriente entre seres insignificantes ó corrompidos. Pero ¡un amor verdadero, que llena todo el ser y le acapara, y le absorbe, y le exalta, y le hace mejor, que ocupa él solo todo el corazón y toda la inteligencia; uno de esos amores infinitamente raros, infinitamente preciosos, que son la flor más bella de la vida, y que nunca, nunca puede confesarse!... ¡Intentad medir la fuerza necesaria para impedirle que á sí propio se traicione con una palabra, un gesto, una mirada!... Calculad el heroísmo que sacrifica su libre y altiva expresión en aras de las leyes, de los convencionalismos, de las costumbres de una sociedad, á la cual es mil veces superior!... ¡Y cuando un amor de esta especie se convierte en dolor!... ¡Cuando pasa por una de esas crisis en que el corazón estalla, en que suben gritos á los labios, en que los sollozos aprietan la garganta, y, sin embargo, es preciso reprimir todo eso!... ¡Reflexionad lo que cuesta en tales horas la máscara de la indiferencia y los tormentos que oculta!... Decidme si entonces la hipocresía del silencio, la mentira de la voz tranquila, el disimulo de llevar la vida que los demás no llevan, no

son también un sacrificio, ¡el más doloroso que pueda exigirse de un hombre, y el más noble por consiguiente!...

Desarrollada con un convencimiento algo febril, esta tesis logró ciertas aquiescencias, y animóse la discusión entre adversarios y partidarios de las instituciones vigentes. Pero dejé de tomar parte en ella y hasta de escuchar. La capciosa afirmación del último interlocutor, discutible ciertamente, paradójica, peligrosa, acababa de despertar en mí un recuerdo casi borrado por el tiempo: el de un secreto sorprendido un día, ó al menos presentido, á través de una serie de detalles tan sutiles, que hasta entonces me había resultado imposible reunirlos y formularlos. Mi manía de literato, excitada por la conversación que acabo de referir, poníase á trabajar dándoles vueltas á esos detalles, cuyo conjunto, casi inaprehensible, se me aparecía de pronto como una especie de ilustración de la teoría discutida en torno mío. Instintivamente trataba yo de precisarlos, de agruparlos, de darles la forma de un relato. Era dificilísimo. En efecto, yo no conocía casi nada de la historia en la cual pensaba. No me era posible admitir que sólo en mi imaginación hubiese existido; pero, en todo caso, no había visto más que algunos momentos de ella, aquellos mismos que por su intensidad habían obligado á los protagonistas de la aventura á poner tensa toda su voluntad para seguir impasibles. Faltábanme por completo las definiciones y las transiciones. ¿Cómo había de arreglármelas, pues, para coger los hechos y exponerlos luego de una manera inteligible?

Meditándolo, pensé que lo más sencillo era presentar las personas y las cosas como las ví, sin proponerme rellenar por medios artificiales las lagunas que deja subsistir la observación directa, é indicando solamente mis hipótesis conforme las circunstancias las provocasen y según fuesen apareciendo en mi mente. Así he escrito las páginas que siguen. Si logro hacer compartir las impresiones y la emoción que los acontecimientos por ellas narradas produjeron en mí á su tiempo, á pesar de su intermitente incertidumbre, de su obscuridad, de

su incoherencia, quizá se me dispense que me haya apartado de los procedimientos habituales del narrador. Aquí no se trata de una narración, sino de algunas notas tomadas del natural, y que sólo una especie de intuición ha podido coordenarlas. Esta intuición ¿ha sido fiel ó falsa en todas sus deducciones? No lo sé; pero, á la distancia á que estoy de los hechos, aún me parecen tan significativos como en los días en que me llamaron la atención.

II

Una historia. — Kermoysan.

I

Ante todo, necesito evocar dos de las figuras más raras que he podido ver en mi vida.

Uno de los salones que frecuentaba yo cuando empecé á ir de sociedad, fué el de la señora B... Era una tertulia interesantísima, donde, enmedio de una elegancia discreta y algo anticuada, se reunían amigos íntimos una noche por semana, formando un grupo compacto, alrededor del cual pasaban, en un número bastante grande, personas de todas clases, generalmente célebres. En la época en que conocí á la señora B..., acercábase á los sesenta años de su edad. Era de las que toman su partido respecto á la vida; había sabido envejecer: su última coquetería era confesar su edad. La llevaba con altivez, como sus cabellos blancos. Tenía los sentimientos propios de sus años: bondad, indulgencia, comprensión delicada. Por eso, los más jóvenes de sus comensales sentían por ella esa afectuosa deferencia que sólo los ancianos distinguidos obtienen de quienes les rodean. La señora B... me tomó cariño, sin duda á causa de mi extrema candidez; y sin apa-

rentarlo, hasta sin que á la sazón sospechara yo los servicios que me prestaba, se esforzó en enseñarme á observar y á dirigir mis simpatías.

Durante algunas semanas, que más tarde llamaba ella sonriéndose mi *aprendizaje,* no me recibió sino por la tarde, á la hora del té; y así pasé muchas horas escuchando la charla de las amables mujeres que iban á verla, para domesticar mis asombros y mis ingenuidades. Cuando supuso que no haría yo un papel ridículo en su salón, me invitó, por fin, á sus saraos de los martes. Esto fué para mí una gran emoción, pues tenía suma timidez, por supuesto justificada. Tal como me lo temía, me encontré muy encogido en aquel pequeño círculo, donde reinaban á la vez el abandono de la intimidad y la distinción en los dichos. Pues bien, el mismo día en que penetré allí por vez primera, la señora B... fué á buscarme al hueco de un balcón, donde me había refugiado, y mostrándome dos personas que conversaban en un ángulo del salón, lejos de los demás grupos, me dijo:

—Son los seres más perfectos que conozco.

Como puede comprenderse, este veredicto admirativo de un juez difícil de contentar picó mi curiosidad hasta el extremo. Al principio miré desde lejos á unas personas cuya superioridad, que al punto acepté como un dogma, me asustaba un poco. Luego, logrando vencer mi timidez, traté de verlas más de cerca y lo conseguí. Pero siempre conservaron á mis ojos la especie de aureola que les habían puesto las palabras de la señora B...; y, sin duda por el hecho de haberlas visto juntas la vez primera, no tardé en unirlas más íntimamente en mi pensamiento.

El caballero, Andrés Kermoysan, no está olvidado aunque desapareció hace ya algunos años: aún se leen las novelas de aquel oficial de Marina, que, antes de Loti, puso de moda el exotismo, y sabido es que su hermoso drama apasionado *Lautrec* quedó de repertorio en la Comedia Francesa. Por la época en que la señora B... me llamó la atención hacia él, estaba

en el apogeo de su fama, en plena eflorescencia del buen éxito. Su nombre corría de boca en boca, sus libros estaban en todas las manos; en cuanto á su persona, excitaba un interés tanto más vivo, cuanto que se le veía muy raras veces. Tenía entonces unos treinta y ocho años. Sus cabellos, cortados en forma de cepillo, y su bigote aún ligero, entrecanos antes de tiempo, contrastaban con la persistente juventud de su hermoso rostro blanco, de una blancura casi transparente, de facciones regulares, serenas, de excepcional finura de líneas, iluminadas por unos ojos garzos claros, enérgicos y dulces, cuya mirada daba á su fisonomía una expresión de ternura casi femenil. En sus andares, en sus movimientos, de una gracia un poco lenta, en sus ademanes escasos y armoniosos, en sus dichos mismos y hasta en su voz, baja y un poco velada, era de una contención suma, tan discreta que no hubiera podido decirse si era natural ó estudiada. De una cortesía perfecta, pero sin calor, de una amabilidad en que había mucho de benevolencia calculada, no se espontaneaba nunca. Podían tratarse con él los asuntos más diversos: después de larguísimas conversaciones, á las cuales se prestaba con la mejor voluntad del mundo, dejábasele sin haber dado un paso en su intimidad. La simpatía que inspiraba casi siempre á primera vista iba hacia él para volver enseguida, no destruída, sino rechazada. Sentíase uno mantenido á distancia, á pesar de su excelente acogida, por no sé que obstáculo invisible que separaba de él.

Fuí presentado á Kermoysan. Me examinó un instante con sus claros ojos, habló conmigo y me escuchó; hasta pareció interesarse por mis ensayos, tanto como podía interesarse por alguna cosa. Cuando notó que le buscaba mucho, me invitó á ir á verle á su casa. Aunque ví que esa invitación (que nada tenía de apremiante) le costaba algún trabajo, no pude resistir el placer de aprovecharla. Recibióme con su acostumbrada cortesía, que me pareció hacerse cada vez más cordial; de suerte que creí poder, sin demasiada indiscreción, repetir varias veces mi visita, á intervalos cada vez más próximos.

Habitaba en la calle de Oudinot, en un entresuelito lleno de objetos preciosos, traídos de sus viajes: armas damasquinadas, recogidas en Oriente; ídolos de mármol pintado, venidos de la India; y, sobre todo, telas suntuosas que cantaban á los ojos una vistosa armonía de reflejos y colores. Los balcones daban á un tranquilo paisaje de jardines con arriates, donde se balanceaban flores pasadas de moda y árboles carcomidos de vestustez. Un criado viejo, llamado Adolfo, antiguo ayuda de cámara de un embajador del segundo Imperio, desempeñaba todo su servicio, incluso la comida; había entre amo y criado un acuerdo perfecto en poquísimas palabras.

Kermoysan estaba siempre en su casa. Una sola vez le encontré trabajando. Quise retirarme, pero me detuvo tirando la pluma, con apariencia de alegrarse de tener un pretexto para interrumpirse:

—Estoy muy perezoso en estos tiempos—me dijo.—¡Ya no se me ocurre nada!... Quédese usted, pues, y charlaremos; esto es más fácil.

Me pareció que Adolfo, que acababa de introducirme, meneaba tristemente su cabeza gris solemne, á pesar del delantal blanco que llevaba toda la mañana..

Ese día estuvo Kermoysan más entrañable y expansivo que de costumbre. Hablóme de una novela amorosa que escribía, «cuando puedo trabajar»—añadió.—Me dijo el argumento, y me esbozó los caracteres con bastante animación. Me atreví á hacerle algunas observaciones, á las cuales respondió. Luego, poco á poco, fué cansándose de atender y desapareciendo su verbosidad. Así acababan todas nuestras conversaciones; me escuchaba, me respondía; pero pensaba siempre en otra cosa. A veces creía yo leer en su frente, en sus ojos, aquella tenaz idea siempre fija, siempre la más fuerte, como una frase escrita en caracteres desconocidos, en lengua extraña. Veíame ajado en la amistad entusiasta que le profesaba, sin haberme atrevido nunca á manifestársela; y me decía á mí mismo que aquel pensamiento misterioso que yo no podía descifrar, per-

manecería como un obstáculo entre ambos, aunque olvidase él en favor de mi simpatía la diferencia de nuestras edades y de nuestras situaciones.

La dama que conversaba con Kermoysan el día que le ví en casa de la señora B..., era un mujer joven aún, por más que ya no estuviese en la primera juventud; llamábase la señora Herdevin. Era alta, de una esbeltez casi exagerada, muy elegante y guapa; una de esas hermosuras que no chocan de pronto, que es preciso descubrir y que costaría mucho trabajo describirla. Por lo demás, los años han borrado sus facciones de mi memoria; flotan aún, sin duda, pero indecisas, en una indeterminación de líneas y de colores parecida á la de las figuras de santas en los frescos de conventos antiguos. No recuerdo con un poco de claridad sino los reflejos castaños rojizos de su cabellera, que llevaba peinada á la griega; el resto se me olvidó, como tantos otros rostros velados por la muerte.

Recuerdo que cuando la señora B... me señaló el grupo que en un ángulo del salón formaban Kermoysan y la señora Herdevin, los observé, primero, desde lejos, y después me acerqué poco á poco, cual un niño tímido y curioso. La señora Herdevin escuchaba, expresando su fisonomía una atención sostenida y exclusiva, que la hacía estar en una especie de aislamiento. Luego habló ella á su vez. No comprendí sus palabras, pero oí su voz. Al punto sufrí su hechizo; era una música. Una voz así, expresa lo que decir quiere mucho mejor que las palabras. La impresión fué tan viva, que al evocar ese recuerdo, no obstante ser ya antiguo, aún me parece oirla: viene de muy lejos, es débil, se apaga, ya no tiene más que dulzura. Quedé conquistado hasta el arrobamiento. Por eso, cuando al cabo de un instante, al separarse de Kermoysan la señora Herdevin, volvió á confundirse con grupos indiferentes, tuve el valor de rogar á la señora B... que me presentase. Hízolo con sumo gusto, indulgente con mi entusiasmo.

Obtuve sin trabajo de la señora Herdevin las frases de cajón á las cuales tiene derecho todo joven que aparece en la

buena sociedad. Pero esto no me bastó: soñaba con verla más de cerca, en su casa. Ahora bien; yo era una persona cualquiera, torpe, insignificante, de nula conversación, desprovisto de todo conocimiento de adorno, pudiendo á duras penas pasar por un mediano bailarín; en fin, un hombre al cual nada, absolutamente nada recomendaba á la atención de una extraña. La señora Herdevin apenas me vió el día en que le fuí presentado, no me conoció cuando la encontré de nuevo, y durante varias semanas sólo vió en mí un importuno que la buscaba de un modo molesto. Me produjo entonces una impresión análoga á la de Kermoysan, cuya casa empecé á frecuentar; la misma reserva, de la misma clase. Fuera donde fuese, su alma estaba siempre en otra parte; eso, á pesar de visibles esfuerzos para interesarse por lo que pasaba en derredor de ella. Prestábase con agrado á toda clase de conversaciones; sin embargo, se adivinaba que su verdadero deseo era abreviar su duración; y cuando callaba parecía estar más á gusto, como si el silencio hubiera sido su verdadero elemento.

Esta actitud no desanimó á mi simpatía; antes por el contrario, poco á poco, á fuerza de tenacidad, conseguí aproximarme á ella; obtuve algunas sonrisas, algunas palabras que se apartaban de los lugares comunes, algunas miradas benévolas; fué como si se acostumbrase á verme en su círculo. Holgábame de estos progresos, por ligeros que fuesen. Llegué al colmo de mis aspiraciones el día en que me invitó á su *five o'clock* del jueves, añadiendo:

—No hallará usted muchas distracciones conmigo: sólo recibo á algunas personas de mi intimidad; mi casa no es muy alegre.

No pedía yo más que ir á verla, respirar el mismo aire que ella: en la primera juventud hay sentimientos frescos, puros, aunque ardientes, los cuales sería difícil definir. Yo no amaba á la señora Herdevin, pero estaba á punto de amarla, ó más bien creo que de adorarla, con éxtasis de peregrino.

Antes de ir á visitarla, juzgué oportuno pedir á la señora B... algunos informes que me impidieran cometer torpezas. Mi anciana amiga me enseñó de buena voluntad lo que me convenía saber.

El marido, Leopoldo Herdevin, era un agente de cambio sumamente rico, pero brutal, grosero, de malas costumbres, que parecía de otra especie que su mujer. Por eso, hacía ya mucho tiempo que de hecho vivían separados uno de otro: él entre actrices y caballos; ella con algunos amigos escogidos, poco numerosos, muy fieles, que la buscaban mucho y le daban testimonio de vivo afecto.

—No encontrará usted á menudo al señor Herdevin en el salón de su mujer,—me dijo la señora B... Cuando aparece allí por casualidad, con su abultado rostro amarillento, forma como una gran mancha de aceite.

Tenían dos hijas gemelas, de seis años. Una de ellas, llamada Marta, padecía una enfermedad de la columna vertebral que suspendía su desarrollo: conservada como un objeto frágil, vivía pequeñita, encanijada, inmóvil, sufriendo, pendiente del aliento de su madre, á quien adoraba con ternuras de niña precoz á la que aguardaba la muerte. La enfermedad de aquella pobre niña era sin duda la espina clavada en las carnes de la señora Herdevin, su idea fija, la herida que, aún más que la indiferencia y la grosería de su marido, la impedía gozar de su belleza, de su encanto, del final de su juventud.

La señora B... me refirió con complacencia todos estos detalles; luego, viendo que me inspiraban vivo interés, añadió con la bondadosa sonrisa de una abuela indulgente:

—Paréceme que está usted en camino de enamorarse de la señora Herdevin... Preciso es que yo se lo advierta á usted: ha sufrido demasiado con las realidades de la vida, para ser novelesca... Corazón sólido y cabeza fría, esté usted seguro de esto... Se acerca á los treinta años, es desgraciada en su hogar, y sin embargo nunca se ha hablado de ella... Por otra parte, hará usted bien en frecuentar su trato lo más que pueda:

roto el hielo, si consigue usted romperlo, verá lo que puede constituir el hechizo de una mujer perfecta.

Me puse colorado hasta las orejas, como si efectivamente me hubieran sorprendido incurriendo en una falta. Para ocultar mi turbación, me puse á hablar del señor Herdevin.

—Tranquilícese usted,—me dijo la señora B...—Aunque le verá usted poquísimo, bien pronto estará usted al corriente acerca de él. Es persona á quien se conoce pronto y no quedan ganas de conocerle aún más. Su mujer ha aguantado mucho y creo que sufrido mucho. Ahora está resignada: ya no siente ni siquiera el daño que aún querría él hacerle.

Pregunté harto neciamente:

—¿Le ha amado ella?

La señora B... me miró, un poco burlona, y dijo:

—No lo sé. ¿Cómo quiere usted que se sepan esas cosas?... Pero, junto con el amor, existe en las mujeres el amor propio, hasta en las mejores. También duelen sus heridas, y le respondo á usted que éstas no le han sido escatimadas á su amiga de usted.

Poco tiempo después era yo uno de los contertulios familiares del salón de la señora Herdevin: un gran salón, de un lujo enteramente exterior, destinado á los demás; un salón, por el cual seguía siendo indiferente la señora de la casa, salón que no participaba en nada de su gracia. A pesar de los enormes troncos que ardían en la chimenea, sentíase allí siempre algo de frío. Por otra parte, nunca concurrían á él más de cinco ó seis personas que hablaban en voz baja como en una iglesia. Las conversaciones eran lentas, insignificantes. Muchos hubieran encontrado aquel medio de un aburrimiento insoportable; de hecho, yo me hubiera aburrido allí ciertamente si la presencia de la señora Herdevin, por fría ó distraída que estuviese, no hubiera compensado para mí las conversaciones más insípidas.

Esperaba encontrar á menudo en casa de ella á Kermoysan, puesto que éste la buscaba en las reuniones de sociedad;

por el contrario, bien pronto advertí que sólo aparecía pocas veces, y su presencia no aumentaba en la reunión el brío ni la intimidad. Una vez fuimos invitados á comer juntos; su actitud fué la de un convidado de paso, más bien que la de un amigo. Habló poco, más reservado, más distraído, más incomprensible que nunca. Por otra parte, la comida fué mustia; á pesar de la excelencia de los manjares y de los vinos, la conversación era fatigosa, sostenida á un nivel muy bajo por los equívocos del dueño de la casa. A veces sus dicharachos, remachados por una carcajada estrepitosa, eran tan triviales que causaban á su mujer visible malestar, como un pinchazo, cuyo dolor se traslucía por el fruncimiento de su frente. Entonces comprendí por qué recibía ella lo menos posible. Pero, entonces, ¿por qué habernos reunido á Kermoysan y á mí con personas á quienes ningún gusto teníamos en ver, que no podían interesarse con nosotros, á las cuales probablemente no volveríamos á encontrar nunca?

Así transcurrieron semanas, sin que conociese yo á la señora Herdevin mejor que aquella noche en que sólo conseguía de ella escuchar el sonido de su voz y dos frases insignificantes. El hielo tardaba en romperse. Sin embargo, poco á poco, al azar de las conversaciones (que iban siendo cada vez más familiares), y, sobre todo, después de haber estado varias veces á solas con ella, pude ó creí poder sacar en limpio, con algunas probabilidades de adivinar con exactitud, un rasgo de su carácter: era buena, con la bondad natural en una hermana de la caridad, pero una de esas bondades pasivas que se manifiestan por sentimientos más que por actos. También me convencí de que era inteligente, ó más bien comprensiva. Sin embargo, no lo era por el estilo de las mujeres de inteligencia cultivada que razonan acerca de todas las cosas como especialistas; no, sino que tenía esa inteligencia de corazón que todo lo comprende, que se ejercita más que nada en las pequeñeces de la vida, que irradia á todo cuanto se dice de los demás y á las semiconfidencias discretas que se hacen respecto de sí propio.

También, y sobre todo, estaba triste, con una tristeza conmovedora que trataba de ocultar con infinito arte, y que empero se revelaba envolviéndola en una especie de misterio que se añadía á su encanto. El misterio me atraía hacia ella cada vez más, y concluí por encerrarlo entre los límites extremos de una doble hipótesis contradictoria en absoluto: ó no amó nunca y sufre por la necesidad de amar, ó ama demasiado. Como se vé, mi juvenil perspicacia tomaba vuelo.

II

Necesito referir ahora una serie de hechos sin enlace aparente entre sí, algunos de los cuales apenas me chocaron en el momento de efectuarse, y sólo más tarde adquirieron alguna significación.

La señora B... me dispensaba algunas veces el favor de retenerme á su lado, después de salir las demás visitas. Gustábanme mucho esas entrevistas á solas, donde una charla amistosa y familiar sucedía á una conversación de ligeros discreteos, hasta entonces sostenida. Hablábamos, sobre todo, de los demás. La señora B... sentía un gran placer en ejercitar, aunque sin mala intención, sus facultades de análisis á costa de las personas de su conocimiento; divertíanla los asombros que á veces me causaban sus deducciones. Una tarde en que estaba solo con ella, rodó la conversación acerca de Kermoysan, que había hecho una visita bastante larga, al mismo tiempo que la señora Herdevin.

—¿Ha leído usted sus versos?—me preguntó de pronto la señora B...

—¿Versos?—exclamé.—Nunca los ha publicado, que yo sepa.

—Es verdad, pero los ha hecho..... Son muy raros..... Sólo

sus íntimos amigos los conocen..... ¿Quiere usted que se los enseñe?

Sin aguardar mi respuesta, fué á abrir un pequeño escritorio de estilo Luis XV y sacó de él un cuadernito encuadernado en pergamino, alargándomelo. En efecto, era una colección de versos de unas cincuenta páginas, sin título ni nombre de autor, en papel imperial del Japón, y una tirada de seis ejemplares.

—Lea usted—me dijo.

Púseme á leer en voz alta una tras otra las composiciones, por lo general muy cortas, que constituían la colección.

A los poetas de la nueva escuela les hubieran parecido malos los versos; á la verdad eran algo «antiguallas», con una balumba de cesuras monótonas, de ripios torpes, de rimas vulgares, como suelen ser los versos de los escritores (aun hábiles) no acostumbrados á manejar el lenguaje poético. Sin embargo, á pesar de esos defectos, me llamaron fuertemente la atención, porque expresaban, á veces con una real intensidad conmovedora, los matices medio velados de un sentimiento á la vez tierno y doloroso, culpable y agitado. Había en esas breves páginas gritos de dolor, gritos de angustia, gritos de júbilo, gritos de remordimiento. Adivinábase allí un alma turbada hasta sus más secretas reconditeces, zarandeada por el soplo de un irresistible huracán, como las pobres almas arrebatadas por el eterno torbellino, recordado también por el poeta en una de sus más ardientes estrofas. Y sentíase poco á poco esa especie de vértigo que da el espectáculo de las grandes pasiones. Algunos de aquellos versos, que sólo una vez leí, se grabaron en mi memoria. Al volver á casa los copié en un cuaderno donde acostumbraba á consignar mis observaciones del día, y de donde los tomo ahora:

.....

El tiempo hará que rueden, como la mar sus olas,
los años infinitos que pasan sin volver;
para entonar á nuevas mujeres barcarolas,
amantes otros hombres al mundo han de nacer;

jamás las dulces flores
de nuestro corazón
darán al aire el fruto
radiante del amor.

.....

Sea cual fuere el mal que me consume;
las tinieblas do yazgo iluminásteis;
desde el surco de luz y de perfume,
huella vuestra, os bendigo pues me amásteis.

.....

¿Que os pierde la bondad? ¡Pobres mujeres!
Va erguida la virtud entre los gritos
de nuestra angustia, sin tenernos lástima,
impecable y también sin un deliquio
de ternura.....

.....

El vórtice fatal que me arrebata
te ha arrebatado á tí, tan pura y dulce.

.....

¿Qué temes, que nos descubra
la sociedad y nos eche
de su seno? ¡Bien, huyámosla!

.....

Aunque por toda la tierra
nos viésemos separados,
á pesar del mundo entero
he de morir en tus brazos.

.....

Estos versos, los únicos que retuve, no eran quizá los mejores ni los más característicos de la pequeña colección, algunas de cuyas páginas hicieron temblar mi voz. La señora B... escuchaba con los ojos medio entornados, como si esa poesía exaltada y romántica, por donde pasaban acá y acullá hálitos lamartinianos, le produjese sumo placer, aun cuando la conocía de antigua fecha.

—Vamos, ¿qué le parecen á usted estos versos?—me preguntó así que hube cerrado y devuelto el cuaderno á su dueña.

Reflexioné un instante y respondí:

—Me han conmovido verdaderamente.

—¿No es verdad que son hermosos, por más que no se asemejen á los de vuestros amigos en las letras?.....

—Hermosos, no sé; pero verdaderos.....

Habiéndome echado la señora B... una mirada interrogante, me expliqué de esta manera:

—Sí, verdaderos..... harto verdaderos quizá..... ¿sabe usted, señora? No comprendo que el Sr. Kermoysan los haya publicado. Esto no es propio de su carácter. Es un libro cerrado, nunca revela nada de sí mismo, y esos versos son una verdadera confesión: ¡tan sincero y espontáneo es su acento!.....

La señora B... meneó la cabeza, y dijo:

—Tal vez añada usted algo de su imaginación..... Cuando Kermoysan me ofreció este cuaderno, me contó que había hecho esos versos para una novela; y que no habiéndola terminado, no había podido resignarse á perderlos..... ¿Le parece á usted inverosímil esto?

—Un poco... Más bien me inclinaría á creer..... ¿qué sé yo?..... que los hizo por hacerlos, que han brotado de él mismo á ciertas horas en que se siente la necesidad de pregonar los propios secretos, porque ahogan.....

—Pues entonces, le hubiera bastado escribirlos. ¿Para qué había de publicarlos?.....

—A la postre, es un literato..... O bien ¿quién sabe?, quizá los publicara para poder ofrecerlos á la mujer que se los inspiró.

Sonrióse la señora B... y dijo con algo de ironía:

—¡Qué sutil es usted!

Al cabo de un instante de silencio, añadió:

—Después de todo, eso no es imposible..... Kermoysan es muy misterioso..... Tal vez tenga algunas relaciones muy complicadas.....

Excitóse mi curiosidad. Y pareciéndome excelente la ocasión para informarme acerca de aquel hombre que tanto me interesaba, pregunté:

—¿Se ha hablado de él?..... ¿Se sabe si tiene un pasado?.....

—¡Un pasado!—exclamó la señora B...—¡Varios, muchos pasados!..... En Francia, en París, sin contar los que dejó en esos pícaros países que pretende amar..... Kermoysan fué un hombre de moda..... Hay en su vida de todo un poco: no sólo mujeres, sino naipes, hasta vino, opio, ¿qué sé yo?..... ¡Un verdadero marino, en resumen!..... En cuanto estaba en tierra firme, ya no se poseía.....

—Yo ignoraba todo eso.....

—Es que usted ignora muchas cosas..... Por otra parte, si en otro tiempo dió que hablar, ya no se habla de él ahora..... Se ha hecho juicioso desde cinco ó seis años á la fecha..... Y ahora es ejemplarísimo, dicen, como una estampa religiosa.....

—¡Es extraño eso!.....

—¿Le parece á usted así?..... No, por Dios..... Llega la edad..... Por más empeño que se tenga en resistir lo mejor posible, se envejece..... Y se necesita «poner fin», como dicen ustedes los hombres.....

—Sin duda..... Pero, ¿qué remate ha puesto él?.....

Esta simple pregunta turbó á la señora B...

—¡Vamos! se ha vuelto juicioso, como acabo de decirle á usted..... ¿Qué más quiere usted?..... ¿No es eso un fin bastante..... final?.....

Como yo no respondiese, la señora B..... prosiguió:

—Se ha vuelto hasta demasiado juicioso, para un hombre de su edad..... Cierta vez cometió la pifia de hacer hablar un poco de más acerca de su virtud..... Hace tres años, cuando se representó su *Lautrec,* prendóse de él su principal intérprete..... Una de esas pasiones..... de actrices..... Ya no recuerdo los detalles, pero sé que hubo una verdadera comedia junto á su drama..... una comedia en que representó el papel..... del casto José..... En la buena sociedad se rieron mucho de todo eso..... Hoy está olvidado.....

—Esa es una historieta muy significativa,—exclamé.—¿Cómo es creíble que un hombre como él, un antiguo calavera, haya representado ese papel, algún tanto ridículo siempre,

de quien se niega á dejarse amar? No es un converso, que yo sepa.....

—No, no cree en nada, es un verdadero descreído.

—Por consiguiente, si no es la devoción lo que le ha hecho sensato, preciso es que sea otra cosa.

La señora B... apuntó esta idea, sin creerla:

—Quizá la fatiga, sencillamente.

Bromeaba. En aquel mismo momento se pintó con claridad en mi mente la imagen de la señora Herdevin; fué una intuición que nada explicaba, excepto el hecho de haberme habituado en mi pensamiento á juntarla con Kermoysan.

—Tal vez—dije—un gran amor.....

La señora B... pareció examinar esta suposición y luego la rechazó, diciendo:

—En primer lugar, ustedes, los hombres de hoy, son incapaces de un gran amor.....

Repliqué yo:

—Excepcionalmente.....

Pero ella no me dejó acabar:

—Y luego, se sabría..... Una cosa así no puede permanecer secreta..... No, no; no ha adivinado usted..... ¡Vamos!.... busque usted otra cosa, señor psicólogo.

—Buscaré—respondí.

Pero estaba seguro de haber encontrado.

III

A los pocos días de esta conversación, vi á Kermoysan en casa de la señora Herdevin. Estaban solos: ella, en el rincón de una marquesita puesta junto á la chimenea; él, en una butaca á cierta distancia de la primera. Me recibieron amistosamente; sin embargo, parecióme llegar á destiempo y me propuse abreviar mi visita. Pero, apenas me hube sentado

cuando un sirviente despavorido entró y dijo en voz baja unas cuantas palabras á la señora Herdevin. En seguida se levantó, rogándonos que la dispensáramos por un instante, y salióse del salón por una puerta que daba al gabinete de su marido. Seguí hablando con Kermoysan, el cual estaba distraído; en dos ó tres ocasiones observé que, á pesar suyo, dirigía los ojos á la puerta. Seguimos charlando; á las pocas frases, ya no sabíamos nada que decirnos y continuábamos en una situación bastante cortada uno frente á otro, presa los dos de la misma curiosidad, que no podíamos ni queríamos confesarnos mutuamente. Bien pronto, esa curiosidad aumentó hasta convertirse en inquietud: la voz del señor Herdevin, que al principio no habíamos oído, subía poco á poco en el aposento inmediato. No pude menos de murmurar:

—Pero, ¿qué pasa?

Kermoysan se encogió de hombros, diciendo con voz neutra:

—Una escena conyugal.

Y, añadió, con un gran esfuerzo por aparecer irónico y ligero:

—¡Está tan mal educado ese hombre!... Aún debe agradecérsele que no haya venido á reñir á su mujer en presencia nuestra...

En ese momento la voz brutal, con un postrero estampido, atravesó los tabiques y los cortinajes. Oimos tres ó cuatro juramentos, que acabaron por un estrepitoso «¡Mal rayo!...» Nos levantamos á la vez, con un mismo movimiento, indignados, y exclamé:

—¡Miserable!

Kermoysan, como impelido por un resorte, había dado dos pasos en dirección á la puerta. Detúvose, volvió á su butaca, sentóse otra vez, y murmuró, mordiéndose los labios:

—¡Es capaz de pegarle!...

La voz se había hecho confusa en la habitación inmediata; ya no distinguíamos más que ronquidos iracundos. Había yo permanecido de pie, y murmuré:

—¡Esto es odioso!...

Mi compañero, muy pálido, había recobrado la calma.

—Es el marido—exclamó, apretando los dientes...—¡Esto no nos concierne!...

Y se puso á mirarse voluntariamente la punta de la bota, que se agitaba sobre la alfombra.

Nos callamos, al no oir ya nada más. De pronto, el ruído de una puerta cerrada con violencia nos hizo comprender que había concluído la tempestad. Exhalé un suspiro de alivio, lo confieso. En cuanto á Kermoysan, se pasó la mano por los ojos con el gesto de un hombre que echa afuera una pesadilla.

Sin embargo, la señora Herdevin no tardó en regresar, vacilante y con aire dolorido, excusándose por habernos dejado solos tanto tiempo.

—Mi marido tenía que decirme una cosa con urgencia—dijo dulcemente.

Sus límpidos ojos parecían preguntarnos si habíamos oído y suplicarnos que no lo tuviéramos en cuenta.

Grande era mi apuro, temiendo á la vez ser indiscreto si prolongaba mi visita é inquietarla si me iba demasiado pronto. Le dejé, pues, el tiempo necesario para decirnos algunas palabras que, sin duda, en sentir suyo, habían de dar testimonio de su libertad de ánimo; después, aprovechando un silencio oportuno, me levanté para despedirme. Creí que Kermoysan permanecería aún con ella, dándome el corazón que tendrían necesidad de hablarse. Pero, no fué así; levantóse al mismo tiempo que yo. Como la señora Herdevin le alargase la mano, sólo me pareció que la miraba uno ó dos segundos de más, y que se la apretaba un poco más fuerte que lo debido.

Salimos juntos. En la calle (los Herdevin vivían en la parte baja de la avenida del Trocadero), al dirigirnos hacia el puente de Alma, no resistí á la tentación de exclamar:

—¡Qué injusticia es que semejante gaznápiro!...

No acabé la frase: Kermoysan la comprendió. En vez de recogerla en seguida, dió aún algunos pasos en silencio, mi-

rando adelante; por fin dijo en voz baja, como en confidencia:

—¡Creo que ella adora á sus hijos!...

Luego, cuando llegábamos á la plaza de Alma, me preguntó:

—¿Toma usted por la avenida de Montaigne?

—Sí, voy á la Magdalena.

—Yo paso el puente: tengo que hacer al otro lado del río.

Alejóse entonces, paso á paso, después de darme un apretón de manos.

A los pocos días volví á encontrar á la señora Herdevin en un baile, donde la acompañaba el marido, contra su costumbre. Aparecióseme bajo un nuevo aspecto: estuvo animada, habladora, mundana, casi coqueta; pero yo no sé con qué de forzado, que protestaba contra ella misma. Ciertas personas que acuden á sociedad con la idea preconcebida de descubrir allí novelas, notaron que hablaba y bailaba mucho con un *clubman* muy apreciado, cuyos triunfos me extrañaban: el barón de Malmain, un guapo con aire de falso militar, muy fatuo, de una madurez que comenzaba á arrugarle la frente y aclarar sus sienes; á la par de esto, carecía hasta de la cualidad negativa, harto frecuente en las personas de su calaña, de ser inofensivo. En efecto, aunque sin talento, poseía acerca del prójimo una reserva de anécdotas desagradables y juicios mordaces, que soltaba en cuanto podía provocar la ocasión de hacerlo. De suerte que se le escuchaba y hacía reir, con esa risa en que siempre hay un poco de odio, un poco de desprecio, un poco de orgullo, risa más mala que frívola, que debiera vedarse uno mismo, y, sin embargo, se busca.

Lo confieso: sentí una especie de malestar al ver á la señora Herdevin valsando con ese individuo, escuchar, sonriéndose, sus dicharachos, y contestarle con su voz pura y clara, con esa voz en la cual parecía oirse resonar el cristal de su alma. No estaba yo celoso en el sentido brutal y posesivo de la palabra, pero sufría un sentimiento rayano con los celos. Parecíame que el contacto de Malmain la ajaba; que ya no se-

ría la misma después de haber tolerado su brazo en derredor del talle, sus maledicencias en el oído. Me sentía aliviado cuando la abandonaba él para irse á otra parte con sus galanterías de verdugo de los corazones; pero volvía siempre, y comenzaba de nuevo mi malestar. Un instante vi á la señora Herdevin de pie junto á Kermoysan: las actitudes, las miradas, la expresión reproducían casi exactamente el grupo que me había chocado en casa de la señora B..., cuando por vez primera les vi juntos. En los pocos minutos que duró su conversación, la encontré tal como yo la amaba, lo cual me hizo feliz: tan joven, fresco, lleno de respeto y de admiración desinteresada era mi sentimiento. Pero esto no duró mucho: el inevitable Malmain volvió á buscarla para una contradanza. Levantóse ella al punto, saludó con una sonrisa á Kermoysan (quien se inclinaba más ceremoniosamente de lo que era menester) y se puso á bailar la figura pedida.

Kermoysan la siguió con la mirada, y luego, al encontrarme en su camino, me cogió del brazo diciéndome:

—¿Vamos á darnos una vuelta?..... Aquí falta aire.

Me llevó á un saloncito donde se jugaba, perdió, nervioso, algunos luises, y volvió á entrar en la sala de baile; yo iba siempre junto á él. Paseó su mirada inquieta por las parejas que se cruzaban; la detuvo algunos segundos en la señora Herdevin (que estaba sentada escuchando á Malmain de pie, medio inclinado sobre ella), y me dijo:

—Decididamente, hace demasiado calor..... Me voy..... Hasta la vista.....

Apenas hubo salido, cuando á su vez el señor Herdevin se acercó á mí. Su caraza, congestionada por el calor, expresaba profundo hastío. Por lo demás, no conociendo á casi nadie en una sociedad que no frecuentaba, anduvo errante toda la noche como alma en pena, de la sala de baile á la sala de juego, donde se jugaba harto moderadamente para su gusto.

—¡No tiene nada de divertido vuestro círculo!—me dijo bostezando.—*Enano amarillo* á diez céntimos la ficha, en fa-

milia..... ¡Qué aburrimiento!..... Y lo menos treinta grados, apuesto..... Me basta; voy al casino, lo prefiero. ¡Buenas noches!... .

Su mujer, que observaba todos sus movimientos sin aparentarlo, le vió salir y se eclipsó un instante después que él.

Y sentí la impresión clarísima de que entre esos tres seres había ocurrido alguna cosa, un drama abortado, una escena de celos, de astucia, de mentira; en fin, algo que yo no me hubiera atrevido ni sabido precisar.

IV

Es en casa de una amiga de la señora B..., al final de una tarde. Hay tres ó cuatro mujeres, una de ellas la señora Herdevin. Se ha tomado el té. La conversación languidece y va á extinguirse, cuando entra Malmain. Está rozagante, chispeante, triunfante; nada más que por su aire se adivina que trae alguna chismografía fresquita, una picardía inédita, alguna cháchara de mal género con la cual van á poder divertirse durante cinco minutos. En efecto, apenas sentado, pregunta:

—¿Han leído ustedes el artículo de *El Expectador* acerca de Kermoysan?

Las señoras se miran y responden que no.

—Un artículo escandaloso, lo aseguro; que meterá ruido, cuenten ustedes con ello.

En seguida, saca del bolsillo un número de *El Expectador*, un número arrugado, que ha debido de servir ya varias veces, y con su voz agria, más agriada aún por su perverso júbilo, da lectura á los pasajes más mordaces. Hiel, veneno, calumnia, injuria, uno de esos revoltijos, humillantes para la especie humana, y que sólo una baja envidia ha podido aderezar; al pie, la firma semiconocida de Máximo Lucand.

—¿Quién es Máximo Lucand?

—Un joven—explica Malmain—que tiene un rudo talento de folicularío..... ¡Vean ustedes, señoras, cómo ponen á su ídolo!

Se oyen murmullos, voces, risitas ahogadas. Una voz exclama, protestando:

—¡Oh, nuestro ídolo!.....

Y Malmain replica, satisfechísimo:

—¿Van ustedes á abandonarle?..... ¿Ya? ¡Ja, ja! No está mal que los grandes favoritos de las damas reciban de vez en cuando una buena leccioncilla..... La leña verde conviene á las espaldas ilustres..... Y positivamente, á ese querido amigo le hacía alguna falta.

Espero que alguna voz se alce en defensa del ausente; pero todas escuchan y se sonríen, ninguna trata de intervenir. Involuntariamente mis ojos buscan á la señora Herdevin. Mira absorta, como si no oyese, apretando los labios, con aire de hielo; sus dedos teclean sobre sus rodillas, mientras continúa Malmain, con desesperantes afectaciones de candidez.

—Hay exageración en este artículo; sin duda, hay un poco de exageración..... Pero el fondo bien pudiera ser verdad..... Decir que Kermoysan no tiene talento es un absurdo, ¿no es así?.... Lo tiene, todo el mundo lo reconoce..... Sólo que él mismo está más convencido de ello que nadie; y, sobre todo, aún cree tener más del que tiene..... ¿No le notan ustedes que parece estar siempre como haciendo de modelo para su estatua?.... Diríase que ya se ve fundido en bronce, con una corona en la frente.....

Ríense las señoras y una de ellas responde, enseñando sus bonitos dientes:

—¡Cierto! ¡Algo de eso hay!....

Estimulado Malmain, prosigue con un tono de mayor excitación:

—Oigan ustedes. El otro día, en el estreno de *La Extranjera*, le encuentro en el saloncillo de la Comedia..... Paseába-

se allí con un aire..... con el aire de un rey en su palacio..... Hubiérase dicho que era suya la obra..... No sé quién le detiene, creo que para preguntarle unas señas..... Quiere escribir en una tarjeta y no encuentra su lápiz..... Tampoco lo tenía su interlocutor..... Noto su apuro y le ofrezco mi lapicero..... Se vale de él y me lo devuelve dándome gracias..... ¡oh! unas «gracias» á lo Luis XIV ó de Júpiter olímpico. Entonces se me pasa por la cabeza una idea descabellada, la de decirle: «¡Este es un lápiz histórico!....» ¡Y no vió que me burlaba de él!.....

No puedo aguantar más y pregunto con timidez:

—¿Está usted bien seguro de eso?

—¡Caramba!—responde Malmain, quien apenas advierte mi interrupción.

Y vuelve á quitar el pellejo á Kermoysan, con mayor aspereza, con una acritud más incisiva y más calumniosa.

—¿Qué va á hacer después de este artículo? ¿Se batirá?.... Lo dudo..... No le creo ningún héroe. Se cuentan de él unas cosas.....

Esta vez me harto y le pregunto, estremeciéndome:

—¿Qué cosas?

Hago esta pregunta en un tono tan firme, que Malmain no puede evitar el contestarla. Me mira, pasmado de esta intervención inesperada, se apura y tartamudea:

—En fin, cosas..... unas cosas.....

—¡Pero, dígalas usted!

—No puede decirse todo.....

—Es lástima..... porque se vería, estoy seguro de ello, que nada hay que ocultar acerca de Kermoysan.....

Entonces hablo yo, me acaloro, me vuelvo elocuente. Me escuchan las señoras, asombrándose un poco de esta explosión repentina, y quizá también avergonzadas algún tanto de haber escuchado en demasía al otro, dispuestas á adherirse. Cuando concluyo mi valiente perorata, Malmain me mira de arriba abajo un instante y exclama, con una sonrisa de superioridad:

—No sabía yo que tuviese amigos Kermoysan..... ¡Eso dice mucho en honor suyo!....

Pero consigo mi objeto: cambia de conversación. Un instante después la señora Herdevin se levanta para salir. Me alarga la mano (lo cual no hacía nunca), y no sé si me engaño, pero me parece que me dan las gracias la presión de sus dedos y sus miradas.

Por de contado, ya no escucho más lo que se dice en derredor mío. Me marcho, á mi vez, animado contra Malmain de un odio juvenil y orgullosísimo del modesto papel que he representado.

V

En mi famoso cuaderno de observaciones he hallado los detalles de esta pequeña escena, bastante insignificante en sí. Por supuesto, á pesar del tiempo transcurrido, es probable que se me hubieran quedado en la memoria, porque se refieren al incidente más grave que los siguió, y en el cual intervine de un modo directo.

Después de cenar en el *restaurant*, había vuelto, para vestirme, á la modestísima habitación de dos piezas que ocupaba en el sexto piso de una gran casa de la calle de Lafayette. Iba á rizarme el bigote (operación á la cual daba tanta mayor importancia, cuanto que no hubiera sido indispensable), cuando oí llamar á la puerta. Salí á abrir en mangas de camisa y retrocedí con extrañeza al ver entrar á Kermoysan, que nunca había ido á mi casa. Acompañábale un desconocido, de edad madura, de altiva presencia, con bigote y perilla, envuelto en un gabán ceñido y abrochado hasta arriba.

—Mi amigo el capitán Lozier—me dijo, presentándomelo.

Muy emocionado con aquella visita inesperada, cuyo moti-

vo presentí vagamente, adelanté unas butacas, apresurándome á vestirme.

—Ruego á usted me dispense por molestarle á estas horas —me dijo Kermoysan;—pero tengo que pedirle un favor urgente.

Le respondí, con un ademán, que estaba á su disposición.

Prosiguió:

—Mire usted de qué se trata: voy á batirme con Lucand...

Creí deber objetarle que no se imponía la necesidad de tal duelo; que un hombre en su situación no estaba á merced del primero á quien le diese el antojo de insultarle; y, además, que tenía demasiada superioridad sobre el ofensor y le causaría harto placer cruzando el acero con él.

—Necesito batirme,—dijo, interrumpiéndome en un tono que no admitía réplica.

Luego, como si comprendiese que me debía alguna explicación, prosiguió con más dulzura:

—No necesito decir á usted que ese artículo me es indiferentísimo. Pero, si lo soportase, vendrían detrás otros que pudieran serme más desagradables. Arañen cuanto quieran mis libros, igual me da; pero, no quiero que se hable de mí.

El capitán, envarado en su butaca, hizo un signo de aprobación; yo me incliné.

—He aquí dónde empiezan las dificultades, — prosiguió Kermoysan, vacilando un poco.—Tengo razones..... particulares (y recalcó esta última palabra) para desear que se ignore este desafío hasta que se haya efectuado..... Razones tan fuertes que, si creyese imposible impedir que se divulgase de antemano, preferiría renunciar á él.

—Pero Lucand, por el contrario,—dije yo,—tendrá motivos para meter todo el ruído que pueda respecto á un encuentro de armas con usted.

Kermoysan dió muestras de inquietud y exclamó:

—Ahí está precisamente el peligro..... Después, que toque el bombo cuanto pueda; lo mismo me da..... Pero, quisiera

evitar á toda costa las informaciones acerca de los preliminares, los «ecos» que anuncian el cambio de testigos y cuentan sus conferencias.

Me atreví á indicarle esto:

—No le costaría á usted trabajo conseguir que la prensa...

Me interrumpió encogiéndose de hombros:

—No puedo recorrer las redacciones de los periódicos para rogarles que se callen..... En cuanto á los testigos de mi adversario, prometerán y no cumplirán: sé lo que vale la palabra de un Lucand y de las gentes de su calaña. Por tanto, sólo hay un medio: llevar las cosas muy deprisa.

El capitán repitió:

—Sí, sí, muy deprisa.

—Así, pues, este es el plan que me ha parecido más práctico,—continuó Kermoysan.....—Como van ustedes á ver, no puede aplicarse sino con muy buena voluntad por parte de los testigos. Este es un primer punto un poco difícil, dada la pedantería natural de los tiradores de armas.....

Esta noche hay estreno en Variedades. De seguro, estará Lucand allí. Mis testigos irán á buscarle y le dirán que me veo obligado á salir mañana de viaje por asuntos del servicio: que, por tanto, es menester ventilar inmediatamente nuestras diferencias. En fin, con cualquier pretexto, lograrán que esta misma noche les ponga á ustedes en relaciones con dos amigos suyos buscados en el teatro..... Todo esto es posible..... Si este proyecto sale bien, trátese de evitar toda discusión moratoria con los testigos de Lucand: será preciso aceptar todas sus condiciones, sean cuales fueren, para que el encuentro se realice mañana, al amanecer.... No podrán negarme la cualidad de ofendido; pero si piden concesiones, háganseles..... ¡Acéptense sus espadas ó sus pistolas, si se empeñan!..... Que no haya ruído, y deprisa: eso es lo que importa ante todo.....

Kermoysan había hablado con rapidez, con un nerviosismo angustiado, como para producir la impresión de los incidentes que van á escape. Por inexperto que yo fuese en tales mate-

rias, vacilé en aceptar un papel tan pasivo y renunciar tan por completo á mi libre arbitrio en un asunto que, en último término, podía tomar mal cariz. Advirtió él mi vacilación y me dijo con temblona voz de ruego:

—Excepto el capitán, no tengo ningún amigo bastante íntimo para que acepte tal papel sin pedirme explicaciones. Y yo no puedo dar ninguna..... Por otra parte, veríame en un aprieto para encontrar entre mis conocidos alguien á quien quiera confiar yo esta necesidad, esta absoluta necesidad en que estoy de ir aprisa..... He pensado en usted porque sé que le soy simpático y porque le creo discreto y generoso..... Pido á usted un favor grandísimo; aún más grande, mucho más grande de lo que usted se figure.....

Hubiera podido halagarme tal confianza; conmovióme, sobre todo, el tono de Kermoysan, la agitación que se esforzaba en contener, una especie de angustia dolorosa que ni por un instante tuve la idea de atribuir al hecho material del duelo. Acepté.

Me dió las gracias con efusión, diciendo:

—No pase usted desasosiego por el desenlace del choque. Tiro bastante bien á la espada y hago blanco á treinta pasos. En realidad, el arma me es indiferente. Ya verá usted que todo irá bien.

En seguida se levantó. El capitán, siempre mudo, hizo otro tanto. Bajamos mis seis pisos y nos dirigimos juntos al teatro de Variedades. Kermoysan nos apretó la mano, repitiéndonos con tono apremiante su recomendación:

—¡Deprisa, ante todo!.....

Y fué á esperarnos al café Cardinal.

No dejaba de inquietarme la manera cómo el silencioso capitán conduciría las negociaciones. Contra lo que yo me esperaba, arreglóselas muy bien, con una brusquedad aparente que disimulaba mucho tacto y habilidad suma; de suerte que no tuve ocasión de decir ni una palabra. Lucand quiso protestar contra una premura que no le convenía de ninguna manera.

—¡Exigencias del servicio!—dijo el capitán.

Entonces tuvo que ceder por fuerza. Dió una vuelta por los pasillos durante un entreacto, y regresó con dos colegas suyos, á los cuales nos presentó, y con quienes nos avistamos á solas en seguida. Quisieron promover algunas dificultades: fiel á su consigna el capitán, pasó por todo sin aparentar que cedía; de suerte que al cuarto de hora teníamos redactada el acta disponiendo las condiciones del combate.

Nos reunimos con Kermoysan, que nos aguardaba tomando una copa de agua con menta.

En ese instante, su rostro sólo expresaba alivio y satisfacción.

—No esperaba que esto se arreglase tan bien—dijo.—Han estado ustedes muy hábiles. Ahora, si les parece, nos iremos á acostar temprano, pues no se trata de quedarnos mañana dormidos.....

Como es de presumir, estaba yo turbadísimo. Renuncié á ir á la Sociedad para la cual me había vestido, y regresé á mi casa para reflexionar tranquilamente lo que me ocurría. Asistir á un duelo como testigo de Kermoysan era, sin duda, para mí un acontecimiento importante que rompiendo (digámoslo así) mi capullo de crisálida, haría de mí de la noche á la mañana algo más que un sencillo joven. El hecho de haberme elegido Kermoysan halagábame también hasta el más alto punto; me parecía no sólo que iba á crecerme ante la opinión pública, sino que entretanto me crecía ante mí mismo. Debo decir en mi honor que este aspecto personal del asunto no me preocupó mucho tiempo. Bien pronto dejé de pensar en mi papel para acordarme de Kermoysan; y recordando sus palabras, su aire, su inquietud, llegué á hacerme dos ó tres preguntas quizá indiscretas, pero que mi curiosidad no pudo rechazar. ¿Por qué ese desafío, que sólo gentes malévolas como Malmain podían creer necesario? ¿Por qué batirse, no á causa del mismo artículo, sino en previsión de otros que quizá no apareciesen nunca? Sobre todo, ¿por qué esa premura, esa prisa

febril que ciertas personas no habrían dejado de atribuir á una emoción próxima al miedo; ó, por lo menos, á uno de esos arranques de valor demasiado conscientes, demasiado voluntarios, que saben harto bien cuánto tiempo podrán sostenerse? Por otra parte, si el temor interviniese en algo en la angustia de Kermoysan, á poco que fuera, ¿por qué entonces una indiferencia por el detalle de las condiciones, rayana en imprudente? Pensando en estos diversos *por qués*, no dudé que dependieran unos de otros y me enfrasqué en una serie de conjeturas que tuve por muy lógicamente deducidas.

—Sin duda—pensé primero—tiene absoluto empeño en que el asunto no trascienda al público hasta después de terminado: esto es para evitar toda inquietud á una persona que se interesa por él..... Esto me parece evidente..... Y es un cuidado muy legítimo, que da testimonio de un alma tierna y delicada; es un rasgo muy digno de un ser tan noble por el corazón como distinguido por su talento.....

Como me parase á considerar esta idea, que me conducía á algunas reflexiones contingentes, de pronto acudió á mi espíritu una sospecha:

—¿Y si no fuese por pura ternura por lo que se ha visto precisado á tomar estas precauciones?..... ¿Y si tuviese una preocupación de otra especie?..... ¿Y si temiese, por ejemplo, que la persona á la cual tiene miedo de asustar no consiguiera disimular su inquietud?..... ¿Y si ese duelo se le apareciese como un peligro, no para su vida, sino para un secreto más precioso que la vida, para un equilibrio cuyo establecimiento y perduración deben ser su principal cuidado?

Cuanto más pensaba en ello, tanto más aceptable me parecía esta sospecha; sobre todo cuando llegué á relacionarla con el espanto manifestado por Kermoysan respecto á la posibilidad de otros artículos.

—Él mismo lo ha dicho—pensé—no le asustan las violencias literarias. Si teme tanto que ataquen á su persona, no puede ser sólo por un pudor legítimo, claro está, pero que en

este caso particular sería exagerado; es porque tiene un punto muy débil, donde teme que le toquen.

Y apiñando estas conjeturas, concluí por estar seguro de que Andrés Kermoysan tenía una pasión profunda, culpable, complicada y secreta, cuyo pensamiento no le abandonaba nunca, y mirando al cual calculaba todos sus actos, aun los que en apariencia no dependían de eso. Así se explicaba, no sólo su conducta un poco extraña en el sarao, sino también su completo apartamiento de la sociedad donde se divierte, lo austero de sus nuevas costumbres, su habitual indiferentismo por todo lo que pasaba en derredor suyo. Parecióme entonces que se salía de la especie de penumbra misteriosa en que le había visto hasta entonces, y que empezaba yo á descifrar algo de los caracteres desconocidos grabados en su frente.

—¡Y la señora B... pretende que nosotros no sabemos amar!—exclamé en alta voz, satisfecho y contento con la novelilla que acababa yo de forjarme sobre un tema real.

Después de esto, me acosté, luego de poner el despertador en las cuatro y media.

Era una precaución bien inútil: no dormí ni una hora. Durante toda la noche, semisueños agitados me mostraban de antemano los lances del día siguiente; y siempre veía á Kermoysan caído en tierra, con el pecho abierto y los ojos moribundos. Llamábame junto á sí, meneaba los labios, me decía alguna cosa, un secreto, cuya angustia reanimaba sus miradas, y por más atento que yo estuviese, no conseguía oir sus palabras. En dos ó tres ocasiones, la figura de la señora Herdevin pasó en esa pesadilla vaga, inasequible, sin que pudiera comprender el papel que allí representaba. Luego huían esas imágenes; encendía yo una vela, miraba el reloj y advertía que la interminable pesadilla apenas duraba desde pocos minutos antes.

Impaciente, al cabo, por no poder librarme de ella, me levanté y cogí un libro para recobrar algún sosiego mientras llegaba la hora.

Al salir de mi cuarto encontré al capitán Lozier en el vestíbulo:

—Temí que aún estuviese usted dormido—me dijo, llevándose la mano al sombrero.

—No he cerrado los ojos—le respondí.

Y él masculleó entre dientes:

—¡No tenga usted miedo!... Amigo de la infancia... Muy valiente...

—¿Y médico?—le pregunté, imitando inconscientemente su laconismo.

—Nos seguirá...—me respondió.

No volví á oirle el metal de su voz hasta que estuvimos ya en casa de Kermoysan, el cual nos aguardaba.

Estaba perfectamente sereno, sin ninguna afectación. Habló poco, en el coche; pero las pocas frases que pronunció, daban testimonio de plena libertad de espíritu. Tenía soñadores los ojos. Pero verdaderamente que pensaba en otra cosa que en su desafío: siempre el mismo pensamiento, el que le separaba de los demás, el que le aislaba como una cárcel, el que había yo creído descifrar la víspera y que ahora se obscurecía para mí en nuevos misterios...

Llegamos al sitio convenido un momento antes que Lucand y sus amigos, quienes, por otra parte, no nos hicieron aguardar mucho. Lucand me pareció nervioso, y en todo caso, más agitado de lo que hubiera convenido. Observaba con mal disimulada atención los preparativos que se hacían según los ritos habituales, y de los que, por el contrario, Kermoysan no hacía caso.

El capitán fué quien les puso las espadas, y dijo, retirándose, el tradicional:

—¡Empiecen, señores!

Al mismo tiempo, sin perderlos de vista, me repitió poco más ó menos su frase de la víspera:

—Muy valiente... Seguro de él... Nada que temer...

Necesitaba yo de esa seguridad, pues estaba muy conmo-

vido, hasta el punto de no poder apenas ocultar mi emoción.

Pero aquello no fué largo. Apenas tiraron los dos adversarios un minuto, tocado en un hombro, Lucand dejó caer la espada. Acercóse su médico, declaró que su herida le colocaba en un estado de inferioridad, y ya no tuvimos más que redactar el acta. Así que la concluimos, Lucand, cuya cura había terminado, se acercó á Kermoysan, alargándole la mano. Este le miró de arriba á abajo con desdén, se puso las manos á la espalda y se alejó, mientras aquél hacía un gesto de ira y de odio.

—Debí haberle dado la mano—nos dijo Kermoysan un rato después;—volverá á las andadas, y...

Dejó en suspenso la frase, quedóse pensativo, y acabó por exclamar con ademán inquieto:

—Nunca debiéramos tener enemigos...

No pude menos de relacionar estas palabras con el temor que la víspera manifestaba respecto á nuevos ataques posibles, y pensé otra vez que mis deducciones debían acercarse á la verdad. Otro hecho menudo vino también en su apoyo.

Debíamos almorzar juntos en casa de Voisin, si no me engaño. Al pasar por delante de un kiosko de periódicos, Kermoysan hizo que parase el coche para comprar un *Fígaro;* abrióle, dió un vistazo á los «ecos» y dejó escapar un grito, en el cual había más desaliento que cólera:

—¡Ah, qué fastidio!

Al mismo tiempo nos enseñaba una noticia, anunciando el encuentro que acababa de efectuarse.

—¿Qué importa eso, puesto que es asunto concluído?—dijo candorosamente el capitán.

—Pero el acta no aparecerá hasta la noche en los periódicos—exclamó Kermoysan.

Habíasele escapado esta frase; se mordió los labios pesaroso, callóse, y pareció ensimismado en reflexiones difíciles.

—Dispensen ustedes—dijo al cabo de un momento;—pero tengo necesidad absoluta de...

Se interrumpió como un hombre que vacila antes de tomar un partido, y luego prosiguió decidido:

—Sí, tengo absoluta precisión de pasarme por casa...

Dió las señas al cochero y no dijo una palabra más. Parecía mucho más inquieto, mucho más nervioso que al salir; y no trataba de ocultar su contrariedad, ó no lo conseguía.

Esperámosle en el coche mientras subía á su casa. Traté de reanudar la conversación con el capitán, y le dije, para entrar en materia:

—Esto ha ido muy bien.

—Sí..... Muy bien..... Ya lo dije yo.....

Y no pude sacarle del cuerpo más que monosílabos.

Entre tanto, volvió á bajar Kermoysan con un libro envuelto en papel. Dió voces á un coche vacío, entregó el paquete al cochero, le hizo ver las señas y le oí repetir dos veces seguidas:

—Diga usted que me ha encontrado al volver del Bosque..... Volviendo del Bosque, ¿se ha fijado usted bien?....

El cochero pareció comprender y arreó al caballo. Kermoysan vino á reunirse con nosotros.

—Vamos á almorzar—dijo;—me muero de hambre. Supongo que también ustedes.

E hizo un esfuerzo por desechar sus cavilaciones. Pensé entonces:

—Ha encontrado, sin duda, medio de tranquilizar á.....

En efecto, comió con buen apetito y estuvo animado en la conversación.

VI

A consecuencia de estos incidentes, hubo desde entonces entre Kermoysan y yo una semi-intimidad que borró en parte la diferencia de edades. Le ví más á menudo. Por parte suya,

sin abandonar esa reserva que había concluído por ser un rasgo de su carácter, me manifestó más cordialidad. Hablábame con cierto abandono de sus trabajos, de sus lecturas, de sus obras; nunca de sí mismo. Cuando nos encontrábamos en sociedad, se acercaba á mí, dándome la mano, con una sonrisa casi afectuosa. Cuando llamaba yo á su puerta me recibía Adolfo con ese aire de confianza que los sirvientes antiguos reservan para los amigos de sus señores. Con bastante frecuencia, Kermoysan llegaba, sin aliento, pero benévolo, hasta las alturas de mi sexto piso. A pesar de eso seguía siendo extraño para mí, al paso que una duda me impedía gozar libremente de su amistad: siempre estaba yo algo temeroso de que me la concediese como un débito, porque se creía favorecido por mí.

Por extraño caso, también mis relaciones con la señora Herdevin iban siendo cada vez más familiares, de un modo paralelo. Ahora me trataba como amigo, como un amigo muy joven á quien se estima en más de lo que á su edad corresponde. Nuestras conversaciones, en su casa ó en las tertulias donde la encontraba, iban haciéndose íntimas, sin esas frases de cajón habituales. Realicé, pues, el ensueño que me había forjado al verla: entraba en su círculo, respiraba su aire, podía disfrutar de su presencia, de su voz, de su hechizo; de aquí aquel encanto que me producía siempre y que me hubiera sido imposible explicar. Cuanto más me trataba con ella, más iban modificándose los sentimientos que me inspiraba: los matices de amor, que al principio los teñían de una vaga esperanza inconsciente, habíanse desvanecido para dejar paso á una amistad entusiasta, á un desasimiento absoluto de mí mismo, enteramente desinteresado, como si comprendiese yo que nunca existiría para ella; que la señora Herdevin no representaría ningún papel en mi vida ni tampoco yo en la suya; que seguiríamos hasta el fin siendo unos extraños, los destinos de quienes un capricho del azar había de confundir dos ó tres veces en episodios cuyo significado bien pudiera ser que yo no hu-

biese comprendido. En cambio, casi no podía pensar en ella sin acordarme también al punto de Kermoysan: ambas imágenes, sus dos apellidos se llamaban en mi memoria uno á otro, aunque nada, absolutamente nada me indicase que existiera entre ellos un vínculo particular. Kermoysan, por el contrario, era menos asiduo concurrente á su casa que yo mismo. Verdad es que, cuando se aislaban un instante en un ángulo de algunos salones, su conversación parecía tenerles absortos por completo; pero esas entrevistas eran raras y breves; á menudo, parecían huir uno de otro más bien que buscarse. No por eso era menos viva mi impresión. Sin embargo, debo decir que nunca fué precisa: jamás llegué hasta á sospechar que aquellos pensamientos misteriosos que leía yo en la frente de ambos fuesen uno para otro.

Por muy bien que quiera observarse á los demás, es poquísimo lo que se llega á ver claro. Jactábame de ser tratado como amigo por la señora Herdevin, y aquellos momentos pasaba por una crisis que era la comidilla de todo el mundo, sin que yo ni lo sospechase. La señora B... fué quien me lo dijo.

—¿Es usted entusiasta siempre de la señora Herdevin?—me preguntó cierta vez, con esa ironía benévola con que en ocasiones me hablaba.

—Cada vez más—respondí,—cuanto más la conozco.

Acentuó su ironía, exclamando:

—¡Ah! ¡La conoce usted más!.... Buena suerte tiene usted, ¿sabe?.... ¡Estos jóvenes!.... Yo, que la conozco desde hace diez años, cada vez voy conociéndola menos. ¿La visita usted mucho?....

—Con la frecuencia precisa para no ser indiscreto.

—¿Quiere decir eso que dos ó tres veces por semana?

—No tanto—respondí poniéndome encarnado.

—Pero poco menos—dijo la señora B... maliciosamente.

Luego pareció vacilar un instante, y mirándome con fijeza un poco burlona, me preguntó:

—¿Y nunca ha visto usted nada de particular en ella?

Esta pregunta imprevista me extrañó.

—¿De particular?....—repetí, pensando en ello.—No, nada; no creo.....

Y agregué:

—El señor Herdevin jamás está allí; ya me lo había advertido usted misma. De vez en cuando he visto á su hijita enferma, á la cual tiene mucho junto á sí; pero en cuanto llega alguien, en seguida hace que una niñera se la lleve.

Mi anciana amiga meneó la cabeza:

—¿Eso es todo lo que usted ha visto? Un marido que nunca está en casa y una criaturita enferma. ¡Nada más!..... Pues bien, este es el caso de decir: «tienen ojos y no ven.....»

Cuando se es joven, place mucho pasar por listo. Sin embargo, no me sentí mortificado de verme cogido así en falta; sino que me pareció oprimírseme de angustia el corazón, con el repentino miedo de oir un secreto que no favoreciese ante mis ojos á la señora Herdevin.

—Pero, ¿hay algo?—exclamé.—¿Qué es ello?

Había en este grito que se me escapó tal espanto y tamaña sinceridad, que la señora B... no pudo menos de reirse. Pero, bien pronto se extinguió su risa; su cara adquirió una expresión de lástima enternecida y dijo con tristeza:

—¡Oh! dramas, dramas de familia.....

—¿Los conoce usted?

—Como todo el mundo; no se habla más que de eso.

Esta vez me sentí un poco ajado en mi amor propio de observador. Pero, la curiosidad, el interés más bien, pudo más que cualquiera otro sentimiento.

—Nunca he oído decir nada.....—comencé.

La señora B... me interrumpió, exclamando:

—..... Y «oídos y no oyen.....»

No tuve otro remedio sino decir:

—Sí, reconozco que no soy muy agudo.

Entonces, ella no se hizo rogar más.

—¡Ah!—comenzó,—la pobre mujer es muy desgraciada..... ¿Sabe usted que su marido es un hombre aborrecible?

—Lo sé.

—¡Pero, no sabe usted hasta qué punto!..... La atormenta, la descuida, la engaña (esto no hay qué decir). También la roba un poco (se me figura), porque tenía ella una bonita fortuna y la maneja él como si fuese suya. Todo lo soporta ella sin quejarse. ¿A que no adivina usted lo último que ha imaginado? ¡Tiene decidido empeño en divorciarse!

La señora B... recalcó esta palabra con todo el horror que las personas de su edad y de su clase profesan al divorcio, recién establecido á la sazón por la ley Naquet. No resistí la tentación de manifestar que en este punto era yo de opuesto parecer al suyo:

—Bueno,—exclamé;—creo que en su lugar no pediría yo nada mejor.

Mi anciana amiga me amenazó con el abanico:

—¡Calle usted!..... Los jóvenes del día no tienen ustedes principios; no hay nada sagrado.

Luego, con voz más grave, añadió:

—Por otra parte, para ella no se trata de opinión teórica..... Es madre, usted lo olvida; por infeliz que sea, todo lo aguantará por sus hijos..... Recapacite usted: ¡dos niñas!..... Harto sabe lo que pasa luego: siempre es la mujer quien acaba por cargar con las culpas; y á los hijos les toca por ello sufrir la pena en lo venidero, toda su vida.....

—Sin embargo, me parece que si sufre demasiado.....

La señora B... me miró y me dijo:

—Todo sufrimiento es poco en una madre, para no poder tomar sobre sí el mal que amenaza á sus hijos..... Y además, eso no es todo. Usted pretende conocer á la señora Herdevin; veo que no la conoce, ni poco ni mucho. Ignora usted hasta qué punto es «mujer», en el mejor sentido de la palabra. Pues bien, las mujeres (las buenas) tienen delicadezas que nunca se conformarán con vuestras leyes, ni aunque pretendais hacerlas

para ellas. Lo que tenemos en mayor estimación, que la felicidad y que todo, es el guardar para nosotras solas nuestros sentimientos y nuestra vida..... No hay ni una de nosotras (me refiero á las que valen) que no esté dispuesta á sacrificar la paz de su existencia por evitar un escándalo..... Puede usted estar seguro: esto es lo que siente la señora Herdevin..... Ella misma me lo ha dicho..... Porque suele hacerme algunas confidencias..... Sí, el otro día, confirmándome los rumores que circulan acerca de su matrimonio, me dijo poco más ó menos esto: «Nunca cederé, haga lo que hiciere. Tengo cierto ideal de corrección, del cual no me separaré á ningún precio. No quiero que haya en mi vida nada que el mundo pueda discutir. Me moriría si viese mi nombre en los periódicos ó supiese que andaba de boca en boca.....» Así me habló, y ese es el lenguaje de una mujer..... ¿Qué piensa usted acerca de esto, señor psicólogo?

Por decir algo murmuré:

—Entonces, ¿esa es la religión del silencio?

—Usted lo ha dicho: la religión del silencio..... Es propia de todas las personas de corazón..... Y ¡no se sabe los pesados sacrificios que á veces impone!

En aquel momento cruzó por mi mente el recuerdo del desafío de Kermoysan, aun cuando no hubiese ninguna correlación visible entre los esfuerzos que hizo para ocultar su encuentro con Lucand y el sacrificio que á la señora Herdevin le costaba el temor de un escándalo. Fué tan rápido aquello, que estuve á punto de dejar que se me escapase una frase indiscreta. La retuve á tiempo, y en su lugar pregunté:

—Pero, acabemos; ¿por qué tiene tan decidido empeño en divorciarse ese hombre horrible? ¿Acaso le estorba su mujer para su vida?

—De ningún modo. No existe para ella, la cual le deja toda la libertad que pueda apetecer. Es creíble que no ve ella nada de lo que él hace; ó más bien que ni siquiera le ve, que le ignora por completo.

—Entonces...

—¿No adivina usted?

—No, señora.

—Decididamente, tan bien conoce usted á los hombres como á las mujeres... Vamos, reflexione usted un poco... Un hombre de esa clase, ¿por qué puede desear el divorcio?

—¿Por motivos de interés?

—Pudiera ser, sin duda; pero no es eso... Herdevin quiere divorciarse para unirse á una perdida... Así, como suena... Y es que hay una justicia de Dios, ya ve usted... Los tunos como él acaban por tropezar con una pécora que aún vale menos que ellos, y que venga á las demás... Este es el caso precisamente: quiere echar á su mujer en provecho de la pícara que le explota desde hace dos ó tres años, y que, ahíta de su dinero, quiere conseguir su apellido... Así mismo... ¿Qué dice usted á esto?

En ese momento vino una visita y cambiamos de conversación. Yo no atendía á ella, sino que pensaba en lo que acababa de oir.

—¡Cómo!—decía en mis adentros.—Hay tantos dolores renovados diariamente, tanta resignación reiterada de continuo en una existencia junto á la cual paso, ¡y nada he visto de eso, ni una huella, ni una señal que me ponga en camino de comprenderlo!... ¡Ah, hermosa y fuerte religión es la del silencio! Pone á dura prueba á sus adeptos: los templa, tiene que ennoblecerles.

Y, añadía:

—Pero, nunca se conocen todos los secretos que envuelve en sus misterios. ¡Quién sabe si esa pobre mujer no tendrá aún otros dolores desconocidos... ó acaso alegrías, goces tan misteriosos como su sufrimiento, ó aún más ocultos, que la consuelen!

VII

Aquel día fuí á casa de Kermoysan, para darle gracias por un servicio que me había prestado, recomendándome á un editor. Según costumbre, el bueno de Adolfo salió á abrirme. Pero, en vez de estar alegre como de ordinario, tenía un aire desconsoladísimo.

—¡Ah, señor, qué desgracia—dijo, moviendo su cabeza venerable—qué desgracia!

—Pues, ¿qué ocurre?—le pregunté asustado.

—¿Qué ocurre, señorito?... Ocurre que mi amo va á marcharse... ¡Y á qué países!... ¡Nosotros, que estábamos tan tranquilos!...

Y, añadió, bajando la voz:

—¡Vamos, más vale ser criado de un buen señor, que estar al servicio del Gobierno!...

No me detuve á contestarle. Kermoysan, con gorro turco y batín (aunque eran cerca de las tres de la tarde), estaba arreglando su gabinete.

—¿Es cierto que se marcha usted?—le pregunté, apretándole la mano.

—Sí... orden del Ministerio... á bordo del *Tritón*...

—Y... ¿eso le contraría á usted?

—Un poco... Tenía asuntos pendientes, las pruebas de un tomo... Con franqueza, hubiera preferido pasar aquí el invierno...—Y, añadió:—Además, es para ir al Senegal... No me gusta mucho el Africa...

—¿Hubiera usted preferido ir á otra parte?

—Sí, sin duda; en cualquiera otra parte...

Luego, encogiéndose de hombros y contradiciendo, sin advertirlo, lo que acababa de decir:

—Pero, en fin, ya era tiempo de viajar un poco... Se enmohece uno de estar siempre en el mismo sitio...

Estaba más distraído, más reservado que nunca. Viendo que le era desagradable hablar de su partida, me puse á conversar con él acerca del asunto que allí me conducía. Apenas escuchó las gracias que yo le daba, y sólo me dijo, con la más completa indiferencia:

—¿Le ha salido á usted bien? ¡Vamos, bueno; tanto mejor, tanto mejor!

Comprendí que prefería estar solo, y me despedí.

—Espero tener el gusto de volver á verle á usted—me dijo acompañándome á la puerta.

Parecióme que, por el contrario (¡tanto era el desaliento de su voz!), me decía:

—Igual me da que venga usted como que no venga, porque ahora ¡ya todo me importa lo mismo!

La noticia de su próxima marcha se difundió con rapidez entre sus relaciones habituales, y produjo mucho sentimiento. Pero ese Ministerio, ¿por qué no le dejaba tranquilo y se dirigía á él injustamente, teniendo amigos y talento; cuando podía disponer de tantos oficiales desconocidos y cualesquiera, que sólo están deseando correr mundo?

—Así las gasta siempre el Gobierno — dijo la señora B..., de acuerdo con Adolfo en este punto.—¡Nunca se debe depender del Gobierno!...

Pasó el tiempo muy de prisa. Más buscado que nunca, apenas tuvo descanso Kermoysan para hacer sus preparativos. No se quejaba de su marcha, sino que, por el contrario, repetía:

—Es mi oficio y me gusta. Australia, Africa, América, ¿qué importa? Se está bien en todas partes donde hay movimiento.

Sólo á veces caía en silencios pensativos, de los cuales se esforzaba por salir en cuanto advertía que reparaban los demás en ello; entonces hablaba demasiado, como hablan las personas que quieren ocultar no sólo su verdadero pensamien-

to, sino hasta el hecho de tenerlo siquiera. Pero allí estaba siempre el suyo, indescifrable.

La víspera del día señalado para emprender el viaje, la señora B... convidó á comer, en honor suyo, á algunas personas de su trato habitual. Entre ellas estaba yo, sentado junto á la señora Herdevin. Estuvo más callada, más distraída, más absorta que nunca. En vano traté de interesarla; apenas me respondía, y aun así, haciendo un esfuerzo. De vez en cuando aparentaba seguir la conversación general; pero bien veía yo que, en realidad, no estaba escuchando, y que fingía hacerlo para que su pensamiento estuviese más libre. Casi frente de ella, Kermoysan hablaba á retazos, sin animación. En un momento dado, en medio de uno de esos silencios que se producen en las reuniones donde la conversación languidece, le oí responder poco más ó menos en estos términos, á alguna observación de su vecina de mesa:

—De nada sirve disimularlo, señora; siempre es un momento grave el de emprender un viaje; por corto que sea, nunca me he puesto en camino sin cierta emoción. Es como si se quebrase el hilo de nuestro destino; sabemos que se reanudará (ó, á lo menos, que eso es lo probable), pero ignoramos cómo. Preciso sería ser muy superficial para partir sin inquietarse por lo desconocido, y harto insensible para marchar sin pesadumbre por lo que se deja.

Miré á la señora Herdevin: había entornado los párpados. Volviéndose hacia mí, mientras la conversación proseguía en torno de la mesa, me dijo:

—El señor Kermoysan debiera estar habituado á esas emociones. ¡Las ha sentido tantas veces!

Me pareció que su voz estaba ligeramente alterada. Iba á responderle algún lugar común, cuando oí estallar al otro lado de la mesa la estrepitosa risa de Herdevin, que por excepción acompañaba á su mujer. Mi vecina se volvió con una expresión tan dolorosa, tan trágica, que se extinguió en mis labios la frase que iba á decir.

En el fumadero, adonde la señora B... enviaba á los convidados que no podían prescindir del cigarro, Herdevin se acercó á Kermoysan y le preguntó qué pensaba de las negras:

—Porque allí no hay otra cosa, ¿eh?

Kermoysan respondió fríamente:

—Tienen grasienta la piel; yo no las toco.

—Pues, en cuanto á mí...—dijo Herdevin.

Y se puso á explicar con gestos y risas sus opiniones acerca de las mujeres y su teoría del amor. Kermoysan le escuchaba con mal disimulada impaciencia, hasta visiblemente nervioso, más de lo debido; acabó por interrumpirle diciéndole con la mayor altivez y con un tono cuya frialdad rayaba en impertinente:

—Hay tantas maneras de juzgar á las mujeres como calidades de hombres existen.

Y volvieron á hablar del Senegal.

Cuando volví al salón, noté que la señora Herdevin, muy pálida, apenas podía tenerse; y que la señora B... se acercó en seguida á ella, preguntándole con cariño:

—¿Se siente usted mala, querida mía?

—Tengo un poco de jaqueca... Poca cosa, nada.

Sus facciones, alargándose cada vez más con una expresión de dolor como agónico, desmentían esa seguridad,

Uno de los encantos del gran salón de la señora B... consistía en tener muchos rincones hechos con arte infinito, por medio de biombos, butacas y veladores, de modo que fuese imposible la conversación general, cosa que la señora B... detestaba. Pretendía que las personas de talento lo manifiestan siempre menos cuando hablan en público que frente á frente; y, además, que es casi imposible reunir más de cuatro personas, sin que entre ellas haya por lo menos un imbécil. Por tanto, creía ser grata á sus huéspedes, proporcionándoles conversaciones aparte. Formábanse grupos. Yo no tuve buena suerte: me tocó ser víctima de Herdevin, el cual, empujándome á un ángulo de un sofá pequeño, de dos asientos, se acomodó á sus

anchas, con molestia para mí, cruzó las piernas y se puso á hablarme de sus caballos, de sus negocios, de sus círculos y de sus queridas. Por fortuna, era de esos que se contentan con hablar, sin exigir que les respondan. De vez en cuando emitía yo un sonido gutural de aprobación, meneaba la cabeza con ademán atento, decía que «sí», y esto le bastaba. Acabó por no molestarme más que un monólogo ó un aria de ópera; y sólo pensé en cosas vagas, observando á los demás grupos, no sin envidia. No ví á Kermoysan. «¿Se habrá marchado?» me pregunté, buscándole con los ojos. Acabé por descubrirle. Estaba en uno de los ángulos del salón, junto á la señora Herdevin, en un sofá parecido á aquel donde estaba yo á la fuerza. Un pequeño biombo inglés, de madera barnizada de color verde pálido, medio los escondía juntamente con las anchas hojas de las plantas de una jardinera. Estaban muy aislados en aquel rincón, y muy tranquilos: gracias á las costumbres de la casa, podían permanecer allí sin llamar demasiado la atención. Hablaban despacio, sin mirarse; á menudo, la cara de la señora Herdevin, medio desaparecía detrás de un abanico. Estaban en la sombra. Pero, habiéndose cambiado de sitio una lámpara, cayó de pronto un rayo de luz en el rostro de Kermoysan. Con un ademán instintivo, pasóse la mano por la cara y volvió la cabeza. Aquello no duró ni dos segundos; pero le miré en ese momento, ¿y cómo nó había de chocarme su expresión? Había desaparecido su impasibilidad: apareció-seme de repente otro hombre, un desconocido, para ocultar en seguida entre la sombra no sé qué mascarilla de angustia, de pasión, de dolor, no sé qué faz agónica y desesperada. Tanto me pasmó, que me pregunté si habría yo visto bien, ó si algún deslumbramiento no habría deformado sus facciones ante mis ojos. Y me quedé luego pensando.

—Lo había adivinado: son íntimos. Quizá es ella su confidente. Tal vez le da el último encargo, se olvida de su papel en sociedad por un instante, y se manifiesta tal como es...

A cosa de las once, Herdevin sacó el reloj, y dijo:

—¡Ah, ah!

Comprendí que, teniendo tal vez alguna cita, se decidía á terminar el monólogo, que era nuestra conversación. Levantóse; me apresuré á imitarle.

—¿Dónde está mi mujer?—preguntó—buscándola con la vista, hasta encontrarla.

Entonces, exclamó:

—¡Ah! Allí está, con el héroe de la fiesta... ¡Vamos á molestarles!

Y cogiéndome del brazo, se acercó á ella. Los dos interlocutores nos vieron avanzar. Habían recobrado la tranquilidad, ó tuvieron tiempo para reponerse, pues no advertí en su actitud nada que no fuese naturalísimo.

—Se hace tarde, ¿sabes?—dijo Herdevin á su mujer.—Yo quisiera irme á casa.

Levantóse ella, como movida por un resorte, y dijo:

—Vámonos.

Y volviéndose hacia su acompañante, dijo:

—Señor Kermoysan, deseo á usted feliz viaje... y le digo, ¡hasta la vista!

Kermoysan, que se había levantado al mismo tiempo que ella, inclinóse, y respondió:

—Gracias, señora, gracias... Hasta la vista...

Y se dieron la mano.

Nada hubo en todo aquello que pudiera prestarse á comentarios: el tono, las palabras, los ademanes no diferían en nada de los que en tales casos se acostumbran entre personas que se conocen lo suficiente para deber manifestarse un poco de interés, aunque sólo sea por pura cortesía. Lo que me hizo reflexionar, fué precisamente la apariencia vulgar de aquella despedida; contrastaba muchísimo con la emoción cuyas huellas sorprendí poco antes. En cierto modo, me ví obligado á decir para mis adentros:

—Si son amigos, disimulan bien su amistad.

Y por vez primera tuve una sospecha precisa.

La desechó. La señora Herdevin vivía á la vista de todo el mundo: no podía haber ningún misterio en su existencia. Por otra parte, ¿cómo admitir la posibilidad de unas relaciones entre dos personas á quienes veía yo constantemente, como ella y él, sin haberlo notado, ni tampoco ninguno de sus amigos comunes? Esas cosas se adivinan siempre.

Entre tanto, Kermoysan iba de grupo en grupo, cruzando con cada uno algunas frases con plena tranquilidad y como cumplido hombre de mundo. Hubiérase dicho que ya no pensaba en su marcha ó que se complacía en prolongar todo lo posible su despedida. Salió de los últimos. Le acompañé y me despedí de él en la calle, junto al coche, que llamó.

—¿Tendremos noticias de usted?—le pregunté.

Me respondió sin vacilar:

—De seguro; escribiré á mis amigos.

—¿Me cuenta usted en el número de ellos?—volví á preguntar.

—No lo dude usted, se lo suplico.

Su voz tenía un acento casi afectuoso; y añadió:

—No le extrañe á usted si recibe alguna extensa carta mía.

Nos apretamos la mano; desapareció su coche entre las tinieblas, mientras tomaba yo á pie el camino de la calle de Lafayette.

Necesitaba andar y respirar el aire frío, pues me sentía conmovido positivamente. Hay personas que lloran en todos los entierros, aun en aquellos á los cuales asisten sólo por casualidad. Pues bien, por aquel entonces las despedidas me solían producir el mismo efecto. No conozco nada más triste. Hay no sé qué de amargo, de cruel, de desesperador en la idea de esa distancia que va á ensancharse cada día más entre uno y aquel que se va, devorado por el espacio. La separación no tiene, como la muerte, la excusa de la fatalidad. Se alegará que, en cambio, deja subsistir la esperanza de volver á verse. ¡Pobre esperanza, tan débil en la hora del desgarramiento,

que abre las puertas á tantas mortales angustias!..... Tenía yo harta amistad con Kermoysan, para no sentir aquella noche esa emoción con una intensidad vivísima. Luego que se calmó, pensé en la desconocida que le amaba; pues no me cabía ya duda ninguna acerca de la existencia ó de la violencia de ese sentimiento que me complacía yo en atribuirle. ¡Qué escena la despedida entre esos dos seres! ¿Hubiera podido conservar alguna sangre fría, él que la perdía nada más que hablando de *ella?* Adioses, lágrimas, desesperación, sublevaciones furiosas y vanas contra el destino, todo el fondo desolado del amor. ¡Ah, cuán lejos estaba yo de sospechar, como de ello tuve más tarde la certeza, que aquella escena acababa de representarse ante mis ojos, que el vulgar «hasta la vista» cambiado delante de mí era lo único que podían permitir á su corazón!

EDUARDO ROD.

(Se concluirá.)

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

REINADO DE ISABEL II

I

PRIMERA GUERRA CIVIL

Las graves desavenencias de la familia real de España, que contribuyeron á abrir nuestras fronteras á las huestes de Napoleón y á dificultar extraordinariamente la obra de la Independencia nacional, se renovaron, por desgracia, con mayor ardor, cuando en 10 de Octubre de 1830 nació la Princesa Isabel, empezando las conspiraciones de los partidarios del Infante D. Carlos, que alcanzaron gran vuelo al acercarse los últimos días de Fernando VII.

No se señalaban ostensiblemente en Vizcaya los síntomas revolucionarios, á juzgar por el acuerdo tomado en la Junta general celebrada en Guernica el 14 de Julio de 1833 para «felicitar al Rey Nuestro Señor, en los términos más expresivos, por el milagroso restablecimiento de su preciosa salud, que había sucedido á la ansiedad y zozobra de los fieles vizcaínos; por la acertada determinación de confiar durante su enfermedad á la Reina las riendas del Gobierno, que supo manejarlas con tanta sabiduría y previsión, y, por fin, por la augusta ceremonia *de la jura de la Princesa heredera del trono de España,*

con la que se afianza el derecho *de la sucesión directa* de su egregia dinastía; y la Junta resolvió, *por unanimidad,* que desde luego se dirija al trono la correspondiente representación, para demostrar á S. M. el buen espíritu y la fidelidad nunca desmentida que caracteriza á todos sus naturales». Mas á pesar de estas manifestaciones de adhesión á la Princesa Isabel, había secretas inteligencias entre varios vizcaínos caracterizados y los partidarios del Pretendiente, de Madrid y otras regiones.

Falleció Fernando VII el 29 de Septiembre, y el 4 de Octubre siguiente publicó el Gobierno su célebre manifiesto, en el que la Reina gobernadora prometía «conservar intacto el depósito de la autoridad real, mantener religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la Monarquía, *sin admitir innovaciones peligrosas,* y trasladar á la Reina el cetro de las Españas *íntegro y sin menoscabo ni detrimento.*»

No esperaron los vascongados comprometidos en la conjura la llegada de estas declaraciones de tan marcado sabor absolutista. El 2 de Octubre se recibió en Bilbao la noticia de la muerte del Rey, y los voluntarios realistas se reunieron en diferentes puntos de la villa, con manifiesto intento de proclamar á Carlos V. Al efecto, invadieron las turbas la Diputación, viéndose precisados á huir por los tejados el Corregidor y el Diputado D. Pedro P. Uhagon, cuyo hermano político sucumbió á mano airada. Los sublevados declararon, con las solemnidades de costumbre, Rey de España al Pretendiente, constituyendo la Diputación general carlista con el Marqués de Valdespina por Corregidor, y como procedentes del Cuerpo foral nombrado legítimamente, tan sólo formaron parte de la misma el Diputado del bando Oñacino, D. Fernando Zabala y el segundo síndico.

El carácter del alzamiento fué en un principio esencialmente realista y ajeno por completo—según observa Sagarminaga—á la defensa de los Fueros y de los intereses particulares de Vizcaya, como se deduce del violento folleto publicado

en aquellos días por el franciscano P. Negrete, que se inspiró exclusivamente en el fanatismo religioso más exaltado. La tea de la discordia se había enseñoreado en repetidas ocasiones, según se ha visto ya, en el país vascongado, por ser la hostilidad de las clases sociales, y aún de los individuos y agrupaciones, innata á la naturaleza humana consignando el historiador Iturriza que las festividades populares de Vizcaya equivalían á otras tantas reyertas al promediar el siglo pasado. Ahora mismo ha desarrollado D. Ricardo Macías Pacavea, en su inspirada novela *La tierra de Campos*, las cruentas luchas políticas de los irreconciliables bandos de *bermejistas* y *garzonistas* que se suceden en los pueblos castellanos, haciendo la vida insoportable en los pobres hogares, pero sirviendo al propio tiempo la guerra perenne de dramático estímulo de todos sus actos.

El hecho verdaderamente grave del levantamiento de 1833, consistió en el olvido de la tradición eúskara de sumisión al Gobierno constituído, practicada por sus autoridades y por la masa del país desde el advenimiento de los Reyes Católicos, mientras al conocerse la muerte de Fernando VII, las fuerzas armadas, sostenidas por las Corporaciones vizcaínas y una parte de la Diputación, se rebelaban contra el trono de Isabel II, ya reconocida en las Juntas como Princesa heredera. La iniciativa de Vizcaya en el pronunciamiento la secundaron las otras provincias vasco-navarras, quedando así muy comprometido el porvenir de sus peculiares instituciones en los azares de una contienda armada, esencialmente política, puesto que proclamado el estado de guerra en Vizcaya y Alava en 30 de Noviembre de 1833, por bando del General Castañón, declaró al propio tiempo «suspendidos los Fueros y privilegios que disfrutaban dichas provincias, exceptuando la de Guipúzcoa en la parte encomendada á su autoridad legítima.»

La guerra civil promovida por los absolutistas, determinó la caída del Gobierno, encargándose de formar Ministerio don Francisco Martínez de la Rosa, autor del Estatuto Real de 10

de Abril de 1834, que se redujo á una especie de Carta constitucional, extremadamente lacónica, con cinco títulos relativos á la convocatoria de las Cortes, Estamentos de Próceres y de Procuradores, y Disposiciones generales, en las que nada se consignó respecto de la organización de las provincias del Reino. No satisfizo el Estatuto las aspiraciones del partido cristino, y por Real decreto de 13 de Agosto de 1836 se mandó restablecer la Constitución de 1812, hasta tanto que reunida la Nación en Cortes manifestase expresamente su voluntad.

El Ministro D. Javier Burgos dictó una instrucción muy detallada, señalando las obligaciones de los Subdelegados de Fomento, llamados más adelante Gobernadores civiles. Encareció la necesidad de que estudiasen detenidamente el territorio de su mando, sus productos agrícolas, fábricas y talleres, sin perdonar esfuerzo ni desvelo para impulsar los diversos ramos de la riqueza pública.

La guerra civil, encendida en las Provincias Vascongadas por el choque del principio religioso y dinástico, se convirtió en crónica, empeñada y sangrienta, porque los carlistas explotaron hábilmente el sentimiento público del país encarnado en sus seculares instituciones, batiéndose con tesón, creyendo lo hacían en defensa de sus hogares y de sus ingénitas libertades. Y como si hubiese un empeño suicida en el campo cristino, los Comisarios regios y las autoridades militares provocaban frecuentes rozamientos con las Diputaciones forales por cuestión de atribuciones y de suministros, determinando á aquellos cuerpos á elevar repetidos recursos de queja á la Reina gobernadora, uno de los cuales terminaba en estos términos: «Suplico á V. M. que se digne exonerar á los miembros que la componen, de sus funciones, ó mandar que no usurpe el Comisario regio sus facultades económico-administrativas ni proceda con tanta ligereza como falta de circunspección, de tino y miramiento con una Corporación cuyo principal deseo se ha cifrado en sostener el trono de V. M.»

Las Diputaciones Vascongadas procuraban mantener con

firmeza en tan difíciles circunstancias la pureza del régimen foral; pero el sentido unitario del Estatuto Real y de los Códigos fundamentales que le sustituyeron determinaron, como en 1812 y en 1820, el rompimiento. Los diputados forales, á quienes obligaban sus convicciones y la santidad del juramento á defender los Fueros, se resistieron, con razón, á prestar su concurso á la Constitución de 1837, en cuyo artículo IV se consignó que «unos mismos Códigos regirán en toda la Monarquía, y en ellos no se establecerá más que un fuero para todos los españoles en los juicios comunes, civiles y militares.» Se mantenían, además, las obligaciones relativas al servicio militar y á los tributos, prometiendo una ley relativa á la organización de las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos.

En su consecuencia se promulgó en 19 de Septiempre de 1837 la ley que dispuso el cese de las Diputaciones forales, conteniendo novedades importantes en sentido nivelador. El artículo III autorizó al Gobierno para establecer las aduanas en las costas y fronteras de las Provincias Vascongadas y Navarra, y el IV disponía la instalación de los Juzgados de primera instancia en los puntos en que lo permitiese el estado de la guerra. *El Boletín de Oñate,* ó sea la *Gaceta* de D. Carlos, apostrofó á los liberales con motivo de la precedente disposición diciéndoles: «¡Bilbainos! Derramad ahora vuestra sangre en defensa de un Gobierno inmoral que, faltando á la fe de los tratados, da en tierra de un solo golpe con vuestras instituciones, consagradas por la sanción de los siglos. Besad ahora esa cuchilla infame con que hiere vuestro pecho y ese terrible azote con que aflige á vuestra patria. Si no habéis querido vivir bajo los dulces auspicios de una libertad bien entendida, sufrid ahora, desgraciados, los efectos de una tiranía insoportable...»

La Diputación Provincial de Vizcaya funcionó durante los dos años que transcurrieron, hasta el término de la guerra, con menos tropiezos que su predecesora, y aun consiguió aplazar el

traslado de las aduanas al litoral marítimo. Sus reclamaciones principales se derivaban en tan críticas circunstancias de las continuas peticiones del Gobierno para el racionamiento del Ejército y de la angustiosa situación económica de la villa de Bilbao, por los gastos enormes de la defensa de la plaza y los suministros á las tropas, agravada por la pérdida del crédito necesario para contraer empréstitos.

II

EL CONVENIO DE VERGARA

El espíritu contrario á los Fueros vascongados, arraigado á la sazón en los Gobiernos liberales, como había sucedido con sus predecesores (1), contribuyó á exacerbar las pasiones y á prolongar la guerra. Para contrarrestar tan peligrosa tendencia—por ser el éxito de las armas cristinas tan lento y deficiente—publicó el General Espartero en Hernani la proclama de 19 de Mayo de 1837, asegurando en nombre del Gobierno que «os serán respetados y guardados los Fueros y que jamás se ha pensado en despojaros de ellos», manifestación que se obligó á reproducir á las Diputaciones, buscando así el medio de quebrantar el levantamiento; pero como no produjera resultado alguno la proclama, y la prensa de Madrid acosaba al Gobierno combatiendo toda clase de concesiones que se separasen de la acción militar, se dictó en el mes de Septiembre la citada ley, que suprimía las Diputaciones forales.

Pero la contienda se había hecho crónica—como sucede á menudo en las luchas civiles de España—y ante el apremio de

(1) Las Diputaciones á guerra dirigieron enérgicas reclamaciones contra las medidas *antiforales* de la corte del Pretendiente, viéndose obligadas á elevar varias protestas para dejar á salvo sus derechos.—*Ramery*, capítulo XXIV.

las circunstancias, volvió el Gobierno á patrocinar, aunque indirectamente, la bandera de *Paz* y *Fueros* levantada en Abril de 1838 por Muñagoni y que D. Carlos calificó de «maquinación perjudicialísima para la causa.»

El cansancio producido en las filas carlistas por seis años de guerra, el agotamiento de los recursos en los esquilmados pueblos de las Provincias Vascongadas; las intrigas, odios y rivalidades que minaban el campo del Pretendiente, y las promesas hechas por el General Espartero en nombre de la Reina Gobernadora respecto á la conservación de los Fueros y reconocimiento de grados á los oficiales carlistas, prepararon las negociaciones iniciadas por Maroto para el restablecimiento de la paz. Ambos generales celebraron la primera conferencia en Abadiano el 26 de Agosto de 1839, pero no se llegó á un acuerdo por discrepancias que surgieron respecto de la cuestión foral.

Maroto se apresuró á dar cuenta del rompimiento á Don Carlos pidiendo perdón de su falta, y la respuesta fué la orden de su relevo, que desobedeció el caudillo tradicionalista, perseverando con mayor empeño en las negociaciones, continuadas en los días siguientes con grandes dificultades, no sólo por su falsa posición, sino por la hostilidad manifiesta al acomodamiento de los jefes navarros y de algunas divisiones vascongadas, concertándose por fin el Convenio de Vergara el 30 de Agosto. El artículo primero quedó redactado en estos términos: «El Capitán General D. Baldomero Espartero recomendará con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse personalmente á proponer á las Cortes *la concesión* ó modificación de los Fueros». El día 31 se abrazaron los jefes de ambos ejércitos, y aun cuando los apostólicos intentaron proseguir la campaña, se entregó con cuatro batallones el General Lardizábal el 4 de Septiembre, quedando así pacificado el país vasco.

Muy arriesgada fué la aventura en que el partido carlista comprometió la causa de los Fueros. De triunfar las armas li-

berales se hubiera planteado probablemente, según enseña la experiencia, la nivelación completa ó con algunas atenuantes, como ocurrió en Aragón y Valencia después de la batalla de Almansa, y en Cataluña á raíz de la toma de Barcelona por Felipe V; pero la continuación de la guerra civil en otras comarcas, los numerosos batallones que conservaba Maroto y el reconocimiento de grados y honores á la oficialidad carlista demuestran á las claras que no hubo entonces verdadero triunfo (1); y si esto fué un grave mal para la futura tranquilidad de España, obliga la imparcialidad á reconocer que contribuyó quizás en mayor grado la tenacidad de los absolutistas para evitar el naufragio del régimen foral que los leales y heroicos servicios prestados en las capitales vascongadas y en las principales villas por los entusiastas partidarios de la Constitución, que probablemente no hubieran alcanzado toda la recompensa merecida.

Hemos deducido este convencimiento de la lectura de las *Memorias* del Marqués de Miraflores (2), Embajador en París en aquella época y hábil político, que fué de los primeros en anunciar que la guerra sólo terminaría «por un pacto honroso para todos é imposible sin la concesión de los Fueros».

El Marqués intentó celebrar una entrevista con el Duque de la Victoria; mas no habiendo sido posible concertarla, envió á Amurrio al Coronel Heceta, quien encontró al General completamente contrario á la idea de una transacción con los carlistas, esperando sólo en *la fuerza de su espada* (3); añadía «que los Fueros no excitaban simpatías ardientes en el país y su convicción de dominar por las armas á los altivos monta-

(1) En cambio fué brillante la campaña de Espartero en el Maestrazgo, que obligó á Cabrera á penetrar en Francia después de la toma de Berga en Julio de 1840.

(2) *Memorias para escribir la Historia contemporánea de los Siete años*. Año 1846.

(3) Tomo II, pág. 25.

ñeses» (1). Esto ocurría á mediados de Julio de 1839; de modo que mes y medio antes del Convenio vivía Espartero imbuído en el optimismo de sofocar el levantamiento por la acción militar, á pesar de sus lentos resultados en los seis años transcurridos desde que comenzó la guerra.

Mas una vez convencido de la necesidad de celebrar el pacto, no escatimó las más explícitas declaraciones para vencer la desconfianza de los batallones carlistas. En Oñate dijo á los comisionados de las fuerzas guipuzcoanas «que los Fueros estaban concedidos y garantizados», y en Vergara añadió: «Y si alguno intentase despojaros de ellos, mi espada será la primera que se desenvaine para defenderos» (2). No obstante los términos ambiguos del Convenio de Vergara y el empleo impropio de la palabra *concesión*, dieron lugar á grandísima inquietud y zozobra en las tres Provincias durante los dos meses que transcurrieron hasta la promulgación de la ley de 25 de Octubre. En este lapso trabajaron las Diputaciones hermanas con verdadero ahinco para lograr favorable éxito en el fallo de tan vital asunto, y los resultados alcanzados correspondieron á sus afanes.

Reuniéronse en Bilbao los representantes en 19 de Septiembre, cuando estaba ya presentado á las Cortes el proyecto de ley, y acordaron varias manifestaciones de gratitud si recaía una resolución favorable, entre ellas, el propósito de levantar en los campos de Vergara un monumento que perpetuase las glorias del Duque de la Victoria. Se consignó «la docilidad con que se prestarán respetuosas á que se modifiquen los Fueros en lo que se crean incompatibles con la Constitución del Estado. Que aun cuando las Diputaciones provinciales carecen de facultades para proponer ó adoptar reformas de esta índole, cree la Conferencia que si las circunstancias les obligara á

(1) Tomo II, pág. 152.

(2) *Breves apuntes en defensa de las libertades vascongadas*, por el Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña. Año 1852, pág. 93.

entender en ellas, podrían adoptarse las bases formuladas al efecto», que por cierto se resintieron del atolondramiento producido por la incertidumbre del porvenir.

Al mostrarse propicios los Diputados provinciales á ciertos arreglos, consignaban simultáneamente algunas reclamaciones que prueban no era tampoco entonces todo el monte de orégano. Solicitaban «la libertad de comercio con las colonias que la tienen los demás puntos de España y *aun del extranjero*, y que no se recargue á los productos de nuestra industria más que á los de la industria española»; pero no considerándose aquellas Corporaciones revestidas de la autoridad necesaria para tratar con el Gobierno de tan graves innovaciones, insistieron con empeño en declinar los cargos, convocándose para ello las Juntas generales.

La ley de 25 de Octubre de 1839 consta de dos artículos: «1.° Se confirman los Fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía. 2.° El Gobierno, tan pronto como la oportunidad lo permita, y oyendo antes á las Provincias Vascongadas y Navarra, propondrá á las Cortes la modificación indispensable que en los mencionados Fueros reclame el interés de las mismas, conciliado con el general de la Nación y la Constitución de la Monarquía, resolviendo en tanto, provisionalmente y en la forma y sentido expresados, las dudas y dificultades que puedan ofrecerse, dando de ello cuenta á las Cortes.»

A pesar de la confirmación explícita de los Fueros, consignada en el artículo primero, aparecía todo lo demás del texto muy confuso, y el Marqués de Viluma presentó en el Senado un voto particular suprimiendo el concepto equívoco de *sin perjuicio de la unidad constitucional*. Al discutirse en las Cámaras pidió el Presidente de la Comisión las convenientes aclaraciones al Gobierno, y las dieron los Ministros señores Arrazola y Carramolino, en sentido de que aquella frase significaba la unidad en los grandes vínculos y en los grandes principios de «un solo Rey constitucional para todas las provin-

cias, un mismo Poder legislativo y una representación nacional común.»

Inspirándose en este mismo espíritu, se dictó poco después el Real decreto de 16 de Noviembre, que restablecía las instituciones forales al disponer la reunión de las Juntas; el reconocimiento á los Jefes políticos de las atribuciones no judiciales que por el Fuero, leyes y costumbres correspondían á los Corregidores; la renovación de los Ayuntamientos con arreglo á las tradiciones locales, y se ordenaba al propio tiempo que las nuevas Diputaciones nombrasen dos ó más individuos para conferenciar con el Gobierno, á fin de ejecutar lo dispuesto en el art. 2.° de la ley de 25 de Octubre.

El 10 de Diciembre se reunió la Junta so el árbol de Guernica, y, una vez constituída, fué su primer acto «manifestar la más viva gratitud al Duque de la Victoria por los inapreciables beneficios que á su alta protección debe este Señorío, y por los que todavía se promete de sus hidalgos sentimientos», y le nombró por aclamación Diputado general.

Después de elegido el nuevo Gobierno vizcaíno, se procedió á la proclamación de S. M. la Reina de las Españas Doña Isabel como Señora de Vizcaya, y al reconocimiento de su augusta madre Doña María Cristina como Gobernadora del Reino, designándose los individuos de la guardia de honor que debían custodiar los retratos de SS. MM., expuestos al público en los solios colocados al efecto.

Terminado el período de sesiones, publicó la nueva Diputación general una circular en la que manifestaba el propósito de consagrar todos sus desvelos á labrar el bienestar y la dicha del Señorío, á defender sus instituciones, *milagrosamente restauradas*, y á restañar todas las heridas abiertas por la guerra, etc.

El 8 de Febrero de 1840 se reunieron en Bilbao en conferencia los comisionados de las provincias hermanas. Se reconoció el favorable desenlace obtenido con la ley pacificadora de 25 de Octubre, que vino á disipar el recelo de la pérdida

del régimen foral, conviniendo los concurrentes en «que no se pueden reparar los males padecidos sin la conservación de los Fueros, en favor de los cuales está el sentimiento popular tan decidido y unánime *que no pudiera ser contrariado ni falsificado sin peligros espantosos*, deduciendo que la modificación de aquellos no dañaría á su conservación, si prevalecía el principio de que constituyen un sistema perfecto de Gobierno y Administración, debiendo poner los comisionados en Madrid todo su empeño en conservar cuanto sea posible el régimen foral en cada uno de los ramos de los servicios públicos, por ser el medio más seguro de consolidar la paz y corresponder á la confianza general».

III

LAS PROVINCIAS VASCONGADAS DURANTE LA REGENCIA DE ESPARTERO

El ilustre caudillo que había logrado ceñir sus sienes de laureles como pacificador de España; el General á quien las Provincias Vascongadas dedicaron singulares muestras de deferencia y cariño, reuniéndose de nuevo sus representantes en Vergara el 31 de Agosto de 1840 para acordar la erección del monumento conmemorativo del Convenio y la celebración del aniversario en el Campo del Abrazo, se dejó arrastrar por los elementos exaltados en los movimientos sediciosos de Madrid y otras capitales, ocurridos en los meses de Septiembre y Octubre, que determinaron á la Reina Gobernadora Doña María Cristina á tomar la irrevocable resolución de abdicar la Regencia, sustituyéndole el Ministerio presidido por el Duque de la Victoria.

La Diputación foral de Vizcaya había restablecido la antigua organización judicial, y aunque el asunto estaba tramitándose en Madrid, los comisionados abrigaban la esperanza

de un fallo favorable, cuando después de los deplorables sucesos de Barcelona el nuevo Ministro de Gracia y Justicia se apresuró á resolver el expediente en Valencia el 23 de Octubre, mandando reponer las cosas en su anterior estado.

Bien sea por la predisposición revelada en esta Real orden, ó por otros recelos, al reunirse el 1.° de Noviembre en Bilbao los representantes de las tres provincias, para tratar de la mejor manera de conservar la paz y las instituciones forales, fueron bastante audaces para «dirigir un recuerdo de lealtad y gratitud á la augusta persona de la Reina madre, que tan bondadosa y benéfica se había mostrado siempre á los vascongados, y tanta parte había tenido en el memorable tratado de pacificación de Vergara y en la confirmación de sus instituciones forales, con los muchos beneficios que con generosa mano había derramado sobre estas Provincias, como sobre todos los españoles..... acordando elevar á S. M. la expresión de estos sentimientos, *enteramente independientes de la política* y ceñidos á los términos de pura fidelidad y agradecimiento, por medio de una atenta y respetuosa carta.»

Muy cándidos se mostraron los patricios vascongados al creer que podían censurar tan duramente la obra del árbitro de los destinos de la Nación sin arrostrar su enojo, y así lo reconoció el Corregidor D. Antonio de la Escosura y Hevia—que tomó parte en aquel pronunciamiento—al inaugurar las Juntas de Guernica en 1844, consignando «que el haber renovado el homenaje de su gratitud á la ilustre proscripta atrajo sobre estas Provincias el desvío, la malquerencia, el mal trato y la furia desatada de la revolución.»

En las citadas conferencias se acordó pedir á la Regencia provisional que se librase al país de la carga impuesta por el acantonamiento de un ejército numeroso; se trató de evitar la traslación de las aduanas al litoral marítimo, surgiendo en este punto la divergencia de Navarra y de San Sebastián, que la deseaban, y, por último, ocupándose de la línea de conducta que habría de seguirse para la conservación de los Fueros,

decidieron «velar por estos preciosos bienes, para evitar las calamidades que pudieran seguirse á este perseguido país, si en vez de recompensa encontrase opresiones capaces de conmoverlo, en cuyo caso ningún poder ni autoridad podría responder de sus funestas consecuencias.»

No se hizo esperar otra caricia del Gobierno de la Regencia. Por Real decreto dictado en 5 de Enero de 1841 quedó desestimada la solicitud de la Diputación pidiendo se destituyese al Juez de primera instancia de Bilbao, por haber mandado cumplir una ejecutoria de la Audiencia de Burgos; ordenó al propio tiempo que no se sujetasen en lo sucesivo al *pase y uso* de la Diputación foral las leyes, órdenes y decretos del Gobierno supremo, ni las providencias y ejecutorias de los tribunales, extendiéndose esta disposición á las provincias de Alava y Guipúzcoa. La Diputación suspendió la orden de la Regencia provisional «como cosa desaforada de la tierra y contraria á las leyes, buenos usos y costumbres de Vizcaya.»

Las representaciones de las tres provincias, reunidas en Vergara, elevaron al Gobierno una extensa reclamación contra el citado Real decreto, y otra relativa á la amenaza de efectuar desde luego el arreglo de los Fueros, si no se presentaban en Madrid los comisionados, á lo cual se resistían las Diputaciones mientras no se constituyese la autoridad suprema del Estado de una manera legal y permanente. La hostilidad contra las Provincias Vascongadas se manifestó en otras medidas, como las fuertes contribuciones ordinarias y extraordinarias, las prestaciones decimales y el contingente del Ejército que se les exigieron; se pedían, además, por el Gobierno central, los presupuestos municipales y las existencias de fondos de las obras pías, y corrían rumores de la próxima traslación de la aduana á Bilbao, cuyo comercio se hallaba privado del beneficio de bandera.

En medio de estos vejámenes estalló la sublevación contra Espartero, apoderándose el General O'Donnell de la ciudadela de Pamplona, á cuyo alzamiento se adhirieron en los prime-

ros días de Octubre las Diputaciones, pero como no lo secundó la mayoría del Ejército, ni la juventud vascongada se levantó en masa, el General Zurbano se apoderó en pocos días de Vitoria y de Bilbao, y apelando á una represión violenta ahogó en sangre la rebeldía y sometió á los pueblos al régimen del terror. Si en 1833 el partido tradicionalista lanzó al país eúskaro á una aventura muy peligrosa para el porvenir de sus Fueros, tampoco resultó nada prudente la algarada suscitada en 1841 por el partido moderado.

Vencido el pronunciamiento, no tardó la Regencia en disponer por Real decreto de 29 de Octubre, dado en Vitoria, la reorganización de las Provincias Vascongadas. Decía el Ministro D. Facundo Infante en el violento preámbulo, «que era deber del Gobierno dar estabilidad al triunfo conseguido sobre la reacción, y abandonado el país por las tres Diputaciones que lo habían comprometido dejándolo huérfano, creía llegado el caso de aplicar el principio de la unidad constitucional. Como incumbe al Poder la conservación del orden, es indispensable encomendar á los jefes políticos el ramo de protección y seguridad pública. Considerando que el *pase foral* conspira contra la decisión de los poderes del Estado, las atribuciones, la independencia judicial y la autoridad de la cosa juzgada, debe cesar como incompatible con la ley fundamental de la Monarquía. Las elecciones se harán con arreglo á la Constitución, *cesando los absurdos sistemas* que vinculan en estas provincias los cargos públicos en determinadas familias. La organización judicial debe basarse en los partidos, á fin de evitar la división y atribuciones, *que en Vizcaya son un verdadero caos.* El establecimiento de las aduanas en las costas es conveniente al bien de las provincias y de la Nación. Y, por último, mientras se establecen las Diputaciones provinciales, es preciso crear Comisiones económicas de Real orden para asegurar la recaudación é inversión de los fondos públicos y para la consulta de los asuntos políticos y de orden material».

La parte dispositiva desarrolló estas innovaciones, consig-

nando en el art. 9.° que la traslación de las aduanas á las costas y fronteras, se haría á más tardar para el día 1.° de Diciembre, debiendo instalarlas en los puertos principales de Vizcaya, y en Guipúzcoa las de Irún, Fuenterrabía y Guetaria, además de las que existían con anterioridad en San Sebastián y Pasajes.

Llevado el asunto á las Cortes, se promulgó la ley de 23 de Abril de 1842, consignando en su artículo único que el Gobierno establecería las Diputaciones provinciales en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, procediéndose á su nombramiento con arreglo á la Constitución y leyes generales del Reino, y se prometió resolver lo conveniente acerca de sus facultades, en conformidad con lo dispuesto en la ley de 25 de Octubre de 1839.

Quiere decir, que el enojo de Espartero y la prevención del partido progresista contra las instituciones vascongadas, produjeron un nuevo eclipse en la accidentada vida del régimen foral, con la novedad del traslado de las aduanas á la costa. Pero aquella Regencia, nacida de un movimiento revolucionario, arrastró una existencia azarosa, y herida por la espada de dos filos de la indisciplina, sucumbió en el pronuncimiento de Julio de 1843.

IV

REFORMA DE LOS FUEROS DE NAVARRA

La situación del Reino de Navarra dentro de la Monarquía española era sumamente clara, por haberse incorporado en época relativamente moderna, con arreglo al compromiso contraído por Fernando *El Católico* en Valladolid al jurar «los Fueros ó costumbres del dicho Reino» en 12 de Junio de 1513. Quedó unido á Castilla, lo mismo que Portugal, en tiempo de Felipe II, por el lazo común del Príncipe, pero formando par-

te de la Confederación de las Españas, como Estado autónomo, regido por sus propias leyes y su régimen privativo.

Entronizado el absolutismo de los Austrias, necesitaron los navarros grandísimo tesón para defender sus instituciones contra el poder absorbente de la Corona. El desmantelamiento de todas las fortalezas, con excepción de las de Estella y Pamplona, las expatriaciones en masa, el incendio de pueblos enteros y la venta de empleos, justicias é hidalguías que introjeron en Navarra los abusos del feudalismo; la reforma del mandato imperativo de los procuradores en Cortes; el aplazamiento de su convocatoria, con intervalos de diez á quince años, cuando debían reunirse por lo menos una vez en cada trienio, y otros contrafueros de los siglos XVI y XVII, tendieron á minar la originaria independencia de aquel Reino (1).

Los primeros monarcas de la Casa de Borbón fueron más respetuosos con las instituciones fundamentales de Navarra, pero ya hemos visto que el Príncipe de la Paz emprendió una cruzada contra los Fueros, y dictó en 1796 la Real orden que dejó en suspenso les derechos esenciales de *sobrecarta* y *promulgación*. Durante la guerra de la Independencia se estrecharon los vínculos con las provincias españolas al luchar con entusiasmo bajo la enseña común de la Patria; surgió entonces el partido liberal, dispuesto á morir en defensa de sus ideas y tanto el espíritu nivelador de los constitucionales como las tendencias antifueristas de los Ministros de Fernando VII —los cuales suspendieron la reunión de las Cortes Navarras y exigieron al Reino varias contribuciones y quintas — iban conspirando simultáneamente á quebrantar el régimen foral.

Promulgada la ley de 25 de Octubre de 1839 en cumplimiento de la solemne promesa del Convenio de Vergara, se asoció Navarra á la preparación de la ley dictada en 16 de Agosto de 1841 para modificar sus Fueros, y en virtud del en-

(1) *Fundamento y defensa de los Fueros,* por D. Hermilio Oloriz. Pamplona, año 1880.

cargo conferido por la Excma. Diputación Foral y Provincial, el Diputado D. Pablo Ilarregui, que tomó parte activa en aquellas negociaciones, explicó ampliamente los antecedentes del asunto en la *Memoria sobre la modificación de los Fueros de Navarra,* impresa en 1872.

Por el Real decreto de 16 de Noviembre de 1839, antes mencionado, se ordenó que las Provincias Vascongadas y Navarra nombrasen comisionados para conferenciar con el Gobierno acerca de lo dispuesto en el art. 2.° de la ley sobre el arreglo foral, y reunidas las representaciones de ambas comarcas, surgió desde el primer momento la divergencia de criterio «á causa del celo tan exagerado de los vascongados por la conservación íntegra de los *privilegios* de su país» (1). Éstos querían el aplazamiento de la reforma, mientras los navarros se disponían á prestar su concurso, por considerarlo conveniente en virtud de las razones siguientes: 1.ª, necesitaban una ley solemne, emanada de las Cortes, que fijase su suerte futura, pues de lo contrario quedaba todo en el mayor desconcierto é inseguridad; 2.ª, revestida la Diputación por el citado Real decreto de las grandes atribuciones que por el Fuero correspondían al Consejo de Navarra, deseaban consolidarlas por un precepto legislativo; 3.ª, las ciudades y villas principales, y otros pueblos de menor importancia, habían elevado á la Diputación instancias haciendo ver «la necesidad urgentísima de trasladar las aduanas á las fronteras, porque sin esto desaparecería completamente la aniquilada agricultura, morirían el comercio y la industria, y se perderían las esperanzas de un porvenir lisongero en el tránsito de la guerra á la paz»; 4.ª, la Hacienda de Navarra se hallaba en estado ruinoso, y no estaba liquidada ni reconocida la deuda por el Gobierno; 5.ª, la autoridad del Virrey «se había hecho odiosa en sumo grado por los actos de irritante arbitrariedad cometidos desde su creación, sin tener en cuenta las prescripciones de las leyes», y pre-

(1) Ilarregui. Parte segunda.

ferían sustituirla por la del *Comandante general*, revestido de iguales atribuciones militares á los de otras provincias de la Monarquía; 6.ª, tampoco estaban satisfechos de la Administración de justicia, porque se ventilaban todos los negocios en los Tribunales superiores de Corte y Consejo de Pamplona, prefiriendo la descentralización consiguiente, á los Juzgados de primera instancia, para tramitar los asuntos con menores dispendios, y tampoco les repugnaba la facultad de acudir en algunos casos al Tribunal Supremo de Justicia, «por ser esto voluntario y ofrecer otra garantía mayor á sus derechos», admitiéndose, por tanto, el nuevo régimen, pero á condición «de mantener siempre la Audiencia en la capital de Navarra»; 7.ª, la independencia de los pueblos en el ejercicio de sus derechos municipales y en el manejo absoluto de sus bienes y rentas, cesó en tiempo del Emperador Carlos V, quedando sometida á la fiscalización del Supremo Consejo — de nombramiento de la Corona—llegando á ser con el tiempo *esta tutoría tan insoportable como costosa y perjudicial*». Muchas veces las Cortes del Reino se propusieron arrancar al Consejo las atribuciones administrativas trasmitiéndolas á la Diputación, pero tropezaron con obstáculos invencibles; 8.ª, «aunque la ley de reforma de los Fueros no tuviese otro mérito que el de haber concentrado en el Cuerpo provincial todas las atribuciones para la administración de los propios, rentas, efectos vecinales, arbitrios y propiedades de los pueblos y de la provincia ejercidas antes por el Consejo de Navarra y la Diputación del Reino, y además las que, siendo compatibles con éstas, tengan ó tuvieren las restantes Diputaciones provinciales, merecería el aprecio de los hombres sensatos y amantes del país. Recuérdese cuántas trabas y contrariedades hallaban los pueblos para mejorar su situación cuando dependían de aquel *orgulloso tribunal* que, no contento con tenerlos sujetos *bajo su despótico dominio*, les imponía graves penas por la menor infracción de sus arbitrarios preceptos».

Todas estas razones y algunas más concernientes á otros

pormenores que sería prolijo consignar, demuestran á las claras cuán imperfecto era el régimen foral de Navarra, como sucede frecuentemente con las cosas antiguas, á las que la ignorancia y la pasión de partido atavían á menudo con espléndidas galas; pero al lado de las ventajas alcanzadas con la grandísima autonomía concedida en 1841 á la Diputación foral y provincial de Navarra, tuvo el pacto sus espinas, por imponerse al Reino el encabezamiento tributario y las quintas con carácter permanente.

No era, sin embargo, nueva en Navarra la contribución pagada al Estado, puesto que se habían entregado con carácter de *donativos* votados por las Cortes 22,5 millones de reales desde el año 1818 al 34, correspondiendo á cada uno 1.406.250 reales, y el concierto de 1841 consistió en abonar por *única contribución* directa 1.800.000 reales, que con deducción de 300.000 por gastos de recaudación y quiebras, reducían aquella cifra á 1.500.000 reales, rebajándose, además, según el artículo 16, la cantidad necesaria para el pago de su deuda. El servicio militar, se estableció para Navarra en el art. 15 de la ley, consignando la obligación de acudir «en los reemplazos ordinarios y extraordinarios á presentar el cupo de hombres que le corresponda, quedando al arbitrio de su Diputación los medios de llenar este servicio».

Como este punto fué el lado más vulnerable del arreglo, lo trató con extensión el Diputado D. Pablo Ilarregui, procurando demostrar, con los antecedentes del asunto, que no era contrafuero el servicio militar, ya prestado unas veces en hombres y otras en dinero, dejándose, por tanto, «las cosas en el arreglo foral como estaban antes, pero sumamente mejoradas con haberse declarado á la Diputación árbitra de acordar los medios para llenar dicho servicio.»

A sus argumentos se ha contestado por ilustrados y entusiastas publicistas navarros que el pacto de 1841 fué obra del espíritu de partido, siendo sus autores los progresistas, poco afectos al régimen foral; que los comisionados obraron ilegal-

mente al cometer tan tremendo contrafuero sin la sanción de las Cortes de Navarra, anulando así sus instituciones históricas y convirtiendo al Reino en provincia por meras ventajas económicas y la autonomía administrativa. Se censuró también duramente el rompimiento con las representaciones vascongadas, y como éstas lograron á fuerza de diplomacia eludir el arreglo, cayó una especie de estigma sobre los transaccionistas de Navarra, cuyos nombres fueron impopulares durante muchos años, aunque ahora defienden su obra aun los más intransigentes, á título de *mal menor*.

Realmente necesitaron los autores del concierto armarse de un valor cívico á toda prueba para arrostrar la inmensa responsabilidad contraída ante su país, aun hallándose convencidísimos de que la reforma era muy ventajosa, porque los pueblos son en general ingratos para apreciar los beneficios, y muy sensibles y resueltos en la protesta contra cualquier daño ó quebranto. Las Cortes de Navarra, relegadas al olvido durante el régimen absoluto, eran incompatibles con la Constitución y con la ley de 1839, derivada del Convenio de Vergara, puesto que los Ministros declararon, al discutirla, que la unidad constitucional significaba «un mismo poder legislativo y una representación nacional común», y es probable que la fórmula intransigente de *todo ó nada* hubiera dado á la postre peores resultados. Antes de la última guerra civil la situación de las Provincias Vascongadas fué, en efecto, más favorable; pero desde la ley de 21 de Julio de 1876 se han vuelto las tornas y las personas reflexivas de Euskaria, no cegadas por las pasiones políticas, se lamentan de no contar con una *ley paccionada* semejante á la tan combatida de 1841.

Para analizar el alcance de la amplísima autonomía económico-administrativa reconocida en sus artículos, nos atendremos á la obra intitulada *Comentarios sobre los Fueros de Navarra,* escrita en el año 1849 por D. José de Alonso, exministro de Gracia y Justicia, mas la consulta hecha á otras autorizadas fuentes. De su examen se deduce, que aquella Diputa-

ción foral y provincial disfruta, además de las atribuciones de las Corporaciones similares de otras regiones, las del tenor siguiente:

Ejerce autoridad sobre los Ayuntamientos para la administración de los arbitrios y la creación de los nuevos; para la inspección, examen y aprobación de las cuentas municipales y la concesión de permisos con objeto de enajenar, permutar ó gravar los bienes de Propios, admitir legados ó donaciones, etcétera.

Las atribuciones relativas á la Administración provincial son omnímodas, como que el Cuerpo foral ha resumido las de las Cortes de Navarra, las del Consejo, de la Diputación y además las concedidas á las Diputaciones de la Monarquía, con la ventaja de que, ni en aquel organismo ni en la aprobación de sus cuentas tiene intervención el Gobierno central, mientras los pueblos se hallaban sometidos antiguamente al *orgulloso Tribunal*.

Las atribuciones del Gobernador civil están sumamente restringidas, puesto que carece de facultades para suspender ó revocar los acuerdos de la Diputación ó los Ayuntamientos, conceder ó denegar los permisos con objeto de enajenar ó gravar los bienes de la provincia y crear ó suprimir arbitrios. Tampoco puede suspender á ningún Alcalde ó Regidor por excesos cometidos en el ejercicio de sus funciones en los ramos que sólo dependen de la Diputación.

Este Cuerpo ejerce de derecho y de hecho, y por modo exclusivo, las facultades económico-administrativas, causando estado sus acuerdos en tales materias, que sólo son impugnables en la vía contenciosa. Así lo ha declarado el Consejo de Estado en repetidas ocasiones, sentándose la jurisprudencia en muchos Reales decretos y Reales órdenes.

En resumen, si Navarra perdió su independencia como Reino separado, y sus atribuciones de orden político, en cambio, la autonomía administrativa de la Diputación es omnímoda é incomparablemente superior á la del viejo régimen, en

el que la ingerencia del Gobierno era frecuente y opresora. Los primeros caminos reales se construyeron á mediados del siglo pasado *por disposición del Virrey* Conde de Gages, á expensas de los pueblos, y aun en 1832 se necesitó *Real permiso* para abrir la carretera de Vitoria (1); y se debe advertir que esta intervención sería ahora intolerable, porque los servicios antes tan modestos y encomendados en su mayoría á los pueblos, han adquirido en nuestro tiempo vuelo inusitado, necesitándose de organismos vigorosos en manos de las Diputaciones de Navarra y las Vascongadas para atender debidamente á las necesidades públicas de su vida regional.

Juzgando D. Nicolás Soraluce este pacto en *Los Fueros de Guipúzcoa,* aplaudió sin rebozo «la descentralización bien entendida, compatible con las necesidades de la época», que campea en su espíritu (2), no encontrando fundamento á las censuras de sus detractores.

V

MAYORÍA DE LA REINA

La Comisión Económica interina de Vizcaya formuló en Diciembre de 1842 un «Proyecto de arreglo con sujeción á la unidad constitucional», inspirado en sentido análogo al pacto de Navarra, que lo sometió al Ministro de la Gobernación. Admitía la organización de los Tribunales establecida en el Reino, salvando las leyes de Derecho civil del Fuero «en cuanto no sean contrarias á las hechas en Cortes» (3); se establecían las aduanas en los puertos y aledañas, circulando los productos vizcaínos en toda la Península libres de derechos. La

(1) Ilarregui, *Memoria,* etc. Caminos.
(2) Parte tercera, I, Fueros. Año 1866.
(3) Sagarminaga, tomo VIII, cap. XX.

Diputación provincial podría crear los impuestos que juzgase necesarios; seguiría facultada para administrar los productos de Propios y arbitrios de los pueblos, y se obligaba á pagar la contribución única y á prestar en hombres ó en metálico el servicio militar. Los Ayuntamientos tendrían las mismas facultades y obligaciones que los demás del Reino, en lo cual se olvidaba de establecer la oportuna dependencia de la Diputación, siendo en conjunto el proyecto menos autónomo que la organización de Navarra. Las vicisitudes políticas de aquel período turbulento hicieron, sin duda, que no prosperara el plan patrocinado por los progresistas vascongados.

Con la caída de Espartero mejoró el aspecto de tan vidrioso asunto para las Provincias, porque, habiéndose comprometido las tres Diputaciones en el alzamiento de 1841, hallaron mayor apoyo en las altas regiones y en personajes influyentes del partido moderado desde el triunfo de los coaligados y la declaración de la mayor edad de la Reina, en el otoño de 1843.

Las Diputaciones provinciales gestionaron con empeño hasta conseguir el Real decreto de 4 de Julio de 1844, que restableció el régimen foral, convocando la reunión de las Juntas generales, que debían nombrar los comisionados para presentarse inmediatamente al Gobierno á fin de dar cumplimiento á la ley de 1839.

Los catalanes habían prestado el servicio militar desde el tiempo de Felipe V mediante un arreglo tributario, pero al término de la guerra civil se tomó el acuerdo de extender las quintas al Principado, aplazando el planteamiento por temor á los conflictos inherentes á tal novedad, hasta que, considerándose el Gobierno bastante fuerte, encomendó en 1844 al Capitán general D. Manuel de la Concha el cumplimiento de la ley de reemplazo. Verificóse la quinta pacíficamente en las provincias de Lérida, Gerona y Tarragona; pero en bastantes pueblos de Barcelona se levantaron los somatenes y hubo choques sangrientos, que reprimió con energía y prontitud aquel experto caudillo, desapareciendo desde entonces casi total-

mente los últimos vestigios del antiguo régimen privativo de Cataluña.

La joven Reina de España visitó durante el mismo año aquella adelantada comarca, y, á pesar de la oposición de varios Ministros, se determinó á encaminarse desde allí á las Provincias Vascongadas con el propósito de tomar los baños de Santa Agueda. Atravesó después la tierra eúskara desde San Sebastián á Bilbao en medio de generales y entusiastas aclamaciones, y miró desde entonces con maternal solicitud y acendrado afecto al país vasco, constituyendo su reinado, á pesar del hervor de las pasiones, un verdadero *oasis* del ya quebrantado régimen foral.

Se promulgó en 23 de Mayo la Constitución de 1845, que reprodujo en iguales términos que la de 1837 la obligación de todos los españoles de defender la patria y contribuir en proporción de sus haberes á los gastos del Estado. Dispuso también que «unos mismos Códigos regirían en toda la Monarquía», pero suprimiendo la adición «y en ellos no se establecerá más que un solo Fuero en los juicios civiles y criminales», reproduciéndola de nuevo en el Código fundamental votado por las Cortes Constituyentes de 1856.

Quiere decir que se perseveraba, con una constancia digna de mejor causa, en el propósito de unificar la legislación; pero cuando la Comisión de Códigos entregó en 5 de Mayo de 1851 al Ministro de Gracia y Justicia su proyecto inspirado en sentido nivelador, lo rechazó el Gobierno por las grandísimas dificultades que había de encontrar al plantearlo en el inveterado apego de diversas regiones á sus tradiciones seculares. Pero prevaleció la tendencia á la uniformidad francesa en la ley de Enjuiciamiento civil de 1856, en la del Notariado de 1862 y la Hipotecaria de 1863, así como en las de montes, aguas y desamortización. Se dispuso que los documentos públicos se extendiesen por precisión en castellano, y se prohibió en 1867 la representación de obras dramáticas en catalán. Coroleu y Pellá, al censurar con razón en *Los Fueros de Cataluña* esta

política torpe, encaminada á ahogar la lengua aprendida en el regazo materno, exclaman: «Todas las regiones uncidas al carro del moderno Estado español pudieran envidiar á los antiguos pueblos que sojuzgó el poder de la autocracia romana».

Trasladadas las aduanas de Vizcaya al litoral y planteado en 1843 el nuevo Arancel de Aduanas, quedaron suprimidos los arbitrios que cobraba el Consulado de Bilbao, y privada de recursos la célebre Casa de Contratación, pasaron las obras de la ría y puerto á cargo de la Dirección general de Caminos y Canales, poniéndose al frente los ingenieros del Estado, con lo cual quedó reducido el Consulado á Junta y tribunal de Comercio. No por esta reforma se acrecentó gran cosa la centralización en punto á esta obra pública, puesto que la ingerencia del Gobierno había sido constante en los trabajos realizados por el Consulado durante las anteriores centurias.

De las modificaciones introducidas *ab irato* por Espartero en los Fueros vascongados, subsistieron varias á la caída de su Regencia, á pesar de las protestas de las Diputaciones. La supresión definitiva del *pase foral*, que constituía una garantía importantísima de independencia política, fué el epílogo de las medidas niveladoras que en los dos reinados anteriores lo iban convirtiendo en letra muerta; se planteó el procedimiento electoral del Reino para los Ayuntamientos, dejándose las aduanas en la costa é implantada la asimilación del régimen judicial.

Hemos visto que los navarros abogaban, así como el vecindario de San Sebastián, por la innovación aduanera, que encontraba, por el contrario, la mayor hostilidad en Vizcaya, á pesar de su importante comercio; y al discutirse en el Congreso en 1841 el proyecto de ley de Aranceles, surgió un choque entre los diputados navarros y vascongados por sus opuestas tendencias. Los frutos y artículos vizcaínos pagaban á la sazón, á su entrada en Castilla, lo mismo que si fuesen extranjeros, y como en la reforma arancelaria se subían los derechos de aduana, los comisionados de la Diputación en Madrid ges-

tionaban con empeño para continuar adeudando por las antiguas tarifas, y limitando su modesta pretensión al trato de *semi-extranjeros* para los productos vizcaínos (1).

Opinamos que se padeció entonces una ofuscación al perseverar con obstinado empeño en mantener las aduanas terrestres en las fronteras del Señorío, con cuyas barreras era imposible el desarrollo de su industria ni de su comercio, que requieren como condición imprescindible amplios mercados, sufriendo además el país vascongado un trato desventajoso en el tráfico de América; y como hemos de manifestar nuestras opiniones con recta conciencia y huyendo de la funesta manía de lo convencional, reconocemos de buen grado que la traslación de las aduanas al litoral marítimo fué muy beneficiosa para el Estado y no causó perjuicio al país vascongado. Así lo reconoció D. N. Soraluce: «Realizóse lo que no quería la mayoría del país, y nos ha producido un grande y satisfactorio bien» (2).

VI

EL ANTIGUO CORREGIMIENTO

Tampoco era perfecto el viejo régimen judicial de Vizcaya, encomendado por el Fuero á Su Alteza, quien nombraba los Justicias del Condado, el Corregidor y Veedor, Prestamero, Alcaldes y Merinos. El Corregidor designaba á su vez tres tenientes destinados á Guernica, las Encartaciones y Durango, para que entendiesen en todos los pleitos y causas, ex-

(1) Sagarminaga, tomo VIII, cap. XIV.
(2) Parte tercera, Fueros, año 1866.

cepto en las villas que tenían sus Alcaldes ordinarios, asumiendo el Corregidor el carácter de Alcalde mayor. Había en el Infanzonado otros cinco Alcaldes de Fuero, puestos también por Su Alteza, y se apelaba de sus sentencias al Teniente; de éste, al Corregidor; luego á los Diputados constituidos en tribunal con aquella autoridad ó sin ella, según los casos, y sucesivamente al Juez mayor de Vizcaya en Valladolid, ó á la Sala, en las causas y pleitos de cierta importancia.

Este mecanismo tenía, á nuestro juicio, varios defectos: la complicación, la circunstancia de no terminar los asuntos judiciales en el Señorío, como ocurría en Navarra y, sobre todo, la excesiva autoridad que daba al Corregidor la amalgama de este linaje de funciones con las de carácter político y administrativo. Combatióse, sin embargo, con empeño en las Provincias Vascongadas el establecimiento de los Jueces de primera instancia, como novedad peligrosa implantada al decretarse en España la división de poderes, pero se aclimató la reforma, que de rechazo vino á robustecer la autoridad de la Diputación.

En efecto: al hacerse cargo del Corregimiento de Vizcaya, en 14 de Agosto de 1841, el Secretario de la jefatura política, D. Miguel Rodríguez Ferrer, consignó el Síndico «que con arreglo á lo prescrito en el Real decreto de 16 de Noviembre de 1839, no puede ejercer el Corregidor político otras atribuciones que las no judiciales que por el Fuero, leyes y costumbres competían al anterior Corregidor letrado, quien presidía las Juntas, Regimientos y Diputaciones, y administraba la justicia en primera y segunda instancia, conforme á las leyes forales. Mas el nuevo Corregidor político, desprovisto de las atribuciones judiciales, se encuentra limitado á la mera presidencia, *sin poder tomar parte en las deliberaciones ni votar las resoluciones*, á no ser en el único caso de dirimir la discordia que pueda haber entre los dos Diputados generales. Como resulta de la alteración, el Jefe político dejó de tomar parte en las sesiones de la Diputación general, á las que asistía

constantemente cuando se observaba en toda su pureza el régimen foral» (1).

El Fuero de Vizcaya fué una obra acabada de gobierno local y de Derecho civil y criminal para la época de la recopilación que se hizo en el año 1526, inspirándose su texto en un sentido de libertad y respeto á la personalidad humana, digno de alabanza; pero las ideas, las costumbres y los servicios públicos eran muy diferentes de los actuales, y sólo con el don de la profecía hubieran podido adivinar aquellos legisladores tan prácticos las necesidades de las generaciones futuras.

El título I, concerniente á los *Privilegios de Vizcaya*, expone con claridad las exenciones tributarias y las obligaciones del servicio militar, cuando los vizcaínos fueren llamados por el Señor; pero á pesar del origen antiquísimo de las Asambleas de Guernica, y de mencionarse en algunas de las leyes á las Juntas, al Regimiento general y á los Diputados, careció de disposiciones que regulasen el funcionamiento del poder legislativo, siendo preciso apelar á la práctica consuetudinaria para penetrar dentro del mecanismo foral. De su examen se deduce, que el Señorío disfrutaba de una gran autonomía en el orden político, pero no así en el administrativo; porque habiéndose desarrollado esta clase de servicios paulatinamente, el espíritu absorbente de los Corregidores y de los Gobiernos absolutos pesaba como losa de plomo para ahogar la vieja descentralización vancongada, aventajando, sin embargo, las Constituciones de la región eúskara á la de Navarra, por carecer en aquélla del tiránico Consejo Supremo.

No dependían los Ayuntamientos de Vizcaya de la autoridad de la Diputación foral; las villas y ciudad, que eran las poblaciones más importantes del Señorío, sometían, en virtud de su Constitución municipal, los nuevos arbitrios, los reglamentos y cuentas á la Dirección general de Propios y Arbi-

(1) Sagarminaga, tomo VIII, cap. XIV.

trios de Madrid, y aun en las anteiglesias dotadas de mayor autonomía por la vieja organización del Infanzonado, presentaban sus cuentas al Tribunal del Teniente Corregidor con las apelaciones de Fuero que llegaban á la Sala mayor de Vizcaya, en la Cancillería de Valladolid (1).

La antigua organización foral de Guipúzcoa era muy parecida á la de Vizcaya. Tenía el Corregidor su residencia, lo mismo que la Diputación, en los pueblos *de tanda*, para presidir las sesiones ordinarias y extraordinarias, haciendo lo propio en las Juntas generales; hallábase además revestido, en unión del Merino y sus Tenientes—nombrados por él—de extensas funciones judiciales. En las causas criminales graves se apelaba ante el Consejo de Guerra, y en las del orden civil á la Audiencia de Valladolid (2). El Consejo de Castilla obligó á los Ayuntamientos á enviar á Madrid las cuentas por conducto del Corregidor (3).

El P. Larramendi publicó el siglo pasado una obra muy curiosa, que contiene una diatriba muy expresiva de lo que era en Guipúzcoa la Audiencia del Corregidor. Recuerda que en el siglo XV no había semejante autoridad, recomendando se gestionase, salvo *meliori*, para volver á tan excelente práctica, «porque la experiencia ha mostrado que el tener los pueblos tan cerca el Corregidor les ha servido de tentación poderosa poner pleitos y más pleitos, los más de ellos ridículos, insustanciales y de mala fé, y esto trae mucha miseria y mucha ruina, y rencores y discordias casi inextingibles. No tiene voto en las Juntas, pero ha tomado tanta mano y autoridad, que ha dispuesto de ellas á su arbitrario, sin que los junteros se les hayan opuesto, unos por lisonjeros, otros por malos romancistas y muchos por tenerles favorables en sus pleitos. En

(1) Sagarminaga, tomo VIII, capítulo V.

(2) Soraluce. *Fueros de Guipúzcoa y títulos adicionales*. t. III, capítulo XVII.

(3) Idem, íd., *Comentarios*. Ayuntamientos y sus dependencias.

las últimas cuentas que se han tomado á las repúblicas se les han sacado 18.000 ducados para fiscales, abogados y escribanos de la Audiencia» (1).

VII

LA AUTONOMIA ADMINISTRATIVA

El régimen gubernativo más autónomo del país vasco era, sin disputa, el de Álava, y aun en la esfera política superaba algún tanto en independencia á sus hermanas. El Diputado general absorbía allí todas las facultades de Gobierno: era el Presidente de la Junta general y de la Junta particular, y á la vez Maestre de Campo y Comisario regio, es decir, Jefe militar, civil y político de la provincia, «sin que pueda haberlos nombrados por el Gobierno supremo con el título de Corregidores más que en casos de guerra y otras circunstancias transitorias» (2). El Ayuntamiento general, formado con el ordinario y cierto número de ex-Concejales ó vecinos, tenía facultades resolutorias en lo tocante á la Administración municipal (3). Se administraba en primera instancia la justicia civil y criminal por los Alcaldes, pero las apelaciones pasaban á los tribunales superiores de Castilla.

Con la división de poderes vino el desmembramiento de la vía judicial, reemplazada por la administrativa en los asuntos de esta índole, presentándose la ocasión propicia para acrecentar el poder de las Diputaciones. Esto se logró, gracias á la Real orden dictada en 12 de Setiembre de 1853, por el egre-

---

(1) *Corografía ó descripción general de la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa.* Del Corregidor y su Audiencia.

(2) *Compendio foral de Álava,* por D. R. Ortiz de Zárate, cap. V, sección segunda.

() Idem, cap. XIX. Ayuntamientos.

gio vascongado D. Pedro Egaña, el cual se hizo acreedor, por esta y otras medidas, á la gratitud imperecedera de su país natal. Decía en el preámbulo: «Considerando que la intervención de las Diputaciones forales en la inversión y contabilidad de los fondos pertenecientes al común de los pueblos no podía menos de contribuir al buen orden y regularidad en la Administración municipal, dispuso: 1.° Que se devolviesen á los Ayuntamientos de las Provincias Vascongadas las atribuciones que ejercían antes del restablecimiento del régimen foral; 2.° que los presupuestos y cuentas anuales de los mismos se presentasen á las Diputaciones forales.» En los artículos 3.° y 4.° se consignaron algunas excepciones para las partidas que, por su naturaleza y gravedad, requiriesen autorización especial, y los casos extraordinarios en que los presupuestos y cuentas tuvieran que someterse á la resolución del Gobierno.

También era deficiente la autonomía de los servicios encomendados á la Administración provincial durante el viejo régimen, porque el examen de las actas de las Diputaciones vascongadas demuestra la frecuente ingerencia del Gobierno central en la instalación de servicios de beneficencia, creación de arbitrios para liquidar las deudas contraídas, en los planes de carreteras y la construcción de esta clase de obras, de modo que, gracias al celo de las Diputaciones forales en su último período y á las novedades mencionadas, se fué consiguiendo robustecer paulatinamente la descentralización administrativa de las Provincias Vascongadas. ¡Cuán errónea es la opinión de las personas que, prestando un culto supersticioso á la tradición, presentan como inmejorable el viejo régimen foral en todos sus matices y ramificaciones, sin distinguir lo bueno y excelente de lo mediano y defectuoso!

Quiere decir, que al reconstituirse en 1844 el régimen foral, se mantuvieron en pie las importantes modificaciones mencionadas, dictadas por obra exclusiva del Gobierno, pero aún quedaba pendiente el arreglo tributario, que las Provincias repugnaban, firmes en sus derechos históricos, no pudiendo tam-

poco pactarlo los Diputados forales sin faltar al juramento prestado al tomar posesión de sus cargos. Sosteníase siempre por los vascongados que habían hecho á la Monarquía española mayores servicios que los exigidos por la letra de sus Fueros, contribuyendo en todos tiempos largamente con hombres y dinero al sosteniento del trono y de la nación. No eran sus sacrificios periódicos y regulares como los exigidos á las regiones castellanas, pero resultaban tan grandes y extraordinarios durante las guerras frecuentes de tan azarosas épocas, especialmente como defensores de la frontera francesa, que la Hacienda pública debía á Vizcaya en 1842, sin remontarse más allá del medio siglo anterior, la enorme suma de 125 millones de reales (1).

Pero era natural, según observa el Sr. Sagarminaga (2), «que con las mudanzas de los tiempos fuesen resultando poco á poco insuficientes ó inadecuados los medios establecidos en el Fuero general para cubrir los importantísimos servicios de Guerra y Hacienda que los menesteres del Estado tan imperiosamente reclaman. El ensanche progresivo de los establecimientos públicos de la vida social contribuyeron á invalidar algunas cláusulas del Fuero. Ya que no se pensara en nuevas reformas, no sabemos si por peligrosas y temerarias, ó por no conllevarlas el régimen político de España, es lo cierto que nuevos usos vinieron á suplir en este concepto la insuficiencia de las leyes escritas. El que el sistema de milicias ó tercios tal como lo teníamos constituído fuese insuficiente en los tiempos modernos, no invalida la realidad de sus servicios y mucho menos implica el que no pudiera acomodarse con las variaciones necesarias á las circunstancias de cada edad.»

Suscitóse en varias ocasiones en las Cortes españolas la discusión de la reforma de los Fueros Vascongados, pero el de-

(1) Sagarminaga, *Régimen foral*, t. III, cap. XX.

(2) *Memorias históricas de Vizcaya*. Observaciones sobre la Constitución Vizcaina, III. Año 1876.

bate de mayor resonancia fué el promovido incidentalmente en Junio de 1864 por el Senador D. Manuel Sánchez Silva. Era el orador andaluz, persona dotada de agudo ingenio, pero al propio tiempo de ese espíritu genuinamente español, funesto en nuestra historia por el afán demoledor de todo aquello que sobresale en cualquier concepto, traducido en perseguir con saña á Cataluña, ó sea la única región de la Península floreciente á la sazón por su iniciativa industrial, y á las Provincias Vascas, dotadas de una Administración modelo, gracias al sentido práctico y á la moralidad de sus magistrados.

Mas aparte de las elocuentes oraciones parlamentarias de los señores D. Pedro Egaña y D. Joaquín de Barroeta y Aldamar, pronunciadas en contestación á la interminable catilinaria del fogoso Senador, lo que hace al caso conocer en tan célebre torneo parlamentario son las declaraciones del señor D. Alejandro Mon, Presidente del Consejo de Ministros, el cual declaró en nombre del Gobierno que, facultándole la ley de 1839 para juzgar de la oportunidad en presentar á las Cámaras el proyecto de ley de modificación de los Fueros, no había llegado el momento de abordar el asunto. «Pero no ha sido culpa nuestra, ni de ninguno de los Ministerios anteriores, ni de las mismas Provincias. Varias circunstancias se han opuesto á ello: 1.° La poca duración de los Gobiernos. 2.° Las vicisitudes por que ha pasado la nación, que han enervado no pocas veces la voluntad más fuerte y decidida, y no han permitido á los Ministros adquirir el juicio íntimo, la conciencia estricta del modo más conveniente de resolver esta cuestión. «Mientras llegue el arreglo, se van resolviendo conforme á los principios y condiciones de aquella ley los diversos asuntos que han surgido en diferentes ramos de la Administración pública.» Y aun se olvidó de las importantes reformas ya introducidas en el régimen foral.

De sus manifestaciones se desprende que no se hallaban animados los Gobiernos de Isabel II del jacobino espíritu igualitario, creyendo, sin duda, que no se hundían las esferas por

faltas de simetría en las regiones españolas, basada en divergencias seculares, lo cual no debía sorprender á los españoles cuando ahora mismo mantienen un régimen muy distinto de la Metrópoli, no sólo en las Antillas y Filipinas, sino en las islas Canarias.

No escatimaron las Provincias Vascongadas durante aquel período los donativos forales, imponiéndose además costosos sacrificios para la guerra de África, á la que enviaron sus tercios. En cambio, la Administración provincial se vigoriza desde que, con el deslinde de poderes, quedó muy quebrantada la autoridad de los Jefes políticos; los pueblos someten á las Diputaciones vascongadas sus proyectos de obras públicas, las reformas de los arbitrios y cuentas, y los Cuerpos forales consagran una actividad febril á la apertura de carreteras y á la mejora de los servicios de beneficencia, policía é instrucción con una autonomía casi completa, que da excelentes frutos por la gran iniciativa, el celo por los intereses públicos y la intachable moralidad. A este período corresponden en Vizcaya: la construcción por cuenta del Señorío del ferrocarril minero de Tisano, excelente negocio explotado en beneficio del país cuando prevalecían las teorías de la incapacidad de la Administración pública para las empresas industriales; la adquisición por la Provincia de las carreteras ejecutadas por la iniciativa de los pueblos y particulares, y la apertura de otra red de nuevos caminos; los grandes auxilios concedidos al ferrocarril de Tudela á Bilbao; el magnífico Instituto Vizcaíno de segunda enseñanza; el grandioso Asilo de San Mamés, y otros adelantos importantes.

PABLO DE ALZOLA.

(Continuará).

PALMAROLI Y SU TIEMPO

III

NACIMIENTO DE VICENTE PALMAROLI. — SUS ESTUDIOS EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES. — SU FIGURA Y CARÁCTER. — SU VIAJE Á ROMA. EXPOSICIÓN DE 1862.—ÉXITO DE LOS CUADROS DE PALMAROLI. —RICARDO RIBERA.

Este era el estado de las bellas artes cuando Vicente Palmaroli comenzó á figurar.

Fué hijo de D. Cayetano, de quien hablé al fin del capítulo primero, y de su mujer D.ª Juana González. Nació en Zarzalejo, pueblecito miserable de la sierra de Guadarrama, el día 5 de Setiembre del año de 1834, debiéndose la circunstancia de ser en tal lugar su nacimiento, á haber querido sus padres huir de la epidemia del cólera que había invadido violentamente á Madrid, refugiándose en el Escorial; pero los habitantes de este Real sitio habían establecido acordonamiento, que impedía la entrada á los fugitivos, teniendo éstos que acogerse donde pudieron, tocando Zarzalejo á la familia Palmaroli.

Nada tiene de extraño que el hijo de un artista se aficione desde niño al Arte, teniendo delante el ejemplo y las lecciones de su padre. Don Cayetano no contrarió en esto las inclinaciones de su vástago, como no las hubiera contrariado en nada, porque era hombre bondadosísimo. Pero no descuidó

por esto, al mismo tiempo que le enseñaba el dibujo, que recibiera también una escogida educación literaria.

Tendría catorce años el jóven Palmaroli, cuando ingresó en los estudios superiores de la Escuela de Bellas Artes, precisamente en la época en que Montañés partía para Roma y el entusiasmo comenzaba á despertarse con más fuerza.

Según el mismo Palmaroli cuenta en el recuerdo que publicó de su amigo Eduardo Rosales, de muy niño había estado algunos años en Italia, sin duda con ocasión de haberse trasladado allí su padre algún tiempo; pero en 1848 ya estaba la familia de vuelta, y el joven no recordaba de este viaje más que haber aprendido el italiano y adquirido el deseo de volver.

En estos años, desde el 1848 al 1856, en que realizó su sueño de ir á Roma, fueron concurriendo á la Escuela muchos que más adelante habían de ser gloria del Arte. Entre ellos se contaban, el hoy famosísimo en Francia, León Bonat; el inolvidable Víctor Manzano, que tan gallardas muestras de talento tenía dadas cuando la epidemia del cólera le arrebató en 1865, en que sólo contaba la edad de 27 años; Eduardo Rosales, muerto á los 37 años, y que si en los dos Evangelistas, que fueron sus últimas creaciones, demostró que progresaba siempre, con todas las obras que dejó consiguió ser el primer pintor español de este siglo.

Los insignes Luis Álvarez y Alejo Vera, que afortunadamente viven, fueron también de los contemporáneos de la juventud de Palmaroli.

Sería muy largo que siguiera citando nombres de jóvenes que se distinguieron y se distinguen, porque precisamente aquella fué una época de las más brillantes de la Escuela. Y, cosa rara, los más de ellos fueron al extranjero por su cuenta ó valiéndose de recursos ó pensiones extrañas á las del Estado. Ni había para todos, ni el entusiasmo despertado les dejaba esperar, pues conocían que la atmósfera de la patria era insuficiente.

Palmaroli era de mediana estatura, pero muy bien planta-

do; cuando joven, era vivo y delgado; con los años engruesó y se puso más pesado. Tenía blanca la tez, el cabello rubio, y ojos de un azul claro, pero muy expresivos. Había en su fisonomía una sonrisa y una expresión de bondad é inteligencia que predisponía en su favor, y nunca le abandonó, porque era el reflejo de un carácter cariñoso y simpático que le hacía encontrar un verdadero amigo en cada persona que trataba, correspondiendo á su vez á este afecto que sabía despertar.

De joven era muy hablador, muy entusiasta, muy soñador; tenía verdadera vanidad de su condición de artista, y trataba, con sus melenas y pequeños detalles del traje, de demostrarlo.

Nunca se mezcló en política, pero sus ideas eran liberales; y en religión, si bien manifestó alguna despreocupación con respecto á ciertas fórmulas mundanas, poseía en el fondo un misticismo ideal y poético que supo traducir muy bien en sus cuadros religiosos, que creo es lo mejor que sintió; tanto, que aquí y fuera de aquí, me parece en este punto uno de los pintores modernos más ingenuamente inspirados. Jamás hizo alarde de impiedad; así es, que á pesar de la despreocupación que he indicado, era muy bien quisto de muchos sacerdotes ilustrados y aun dignidades de la Iglesia. ¿De quién no lo era?

Vivió siempre Palmaroli en las elevadas regiones del Arte; fué caritativo, y desinteresado hasta tal punto, que nunca supo lo que era el dinero, aunque la realidad de la vida se lo debió hacer comprender algunas veces, y habiendo ganado mucho y no habiendo tenido ningún vicio, murió pobre.

Desde muy pronto se distinguió en la Escuela, tanto por las condiciones de su carácter como por su talento, y mereció las distinciones de los Madrazos, á quienes unía estrecha amistad con su padre. Era tan noble Palmaroli, que jamás olvidó este afecto, y hasta sus últimos días conservó tal cariño y respeto á D. Federico, que jamás consintió se dudase de sus méritos superiores cuando el viejo maestro había sido superado por los discípulos, conservándole siempre un amor filial.

Leí una vez, que siendo Palmaroli Director de la Escuela de Roma, había tenido disgustos con algunos de los pensionados. Mucha razón tendría, y muy grave sería la falta, porque creo rarísimo el caso de haber dado lugar á incomodarse con él porque diera motivo; por su parte, siempre fué indulgente si encontró algún ingrato en su camino.

Frecuentó mucho la alta sociedad é hizo en ella buen papel; pero su verdadero elemento era su estudio y la intimidad de sus amigos.

Él mismo cuenta como emprendió su primer viaje á Roma, y nada puedo hacer mejor que extractar su relato.

Avivado su deseo por la vista de los envíos de los primeros pensionados, Montañés y Madrazo (D. Luis), resolvió emprender el viaje en compañía de su íntimo amigo Rosales, tan luego como el producto de algunas copias les proporcionara fondos; con esto y el auxilio que les prestó otro condiscípulo y compañero, Ventura Miera, partieron el 19 de Agosto de 1857 en compañía de Luis Álvarez. Este último tenía medios mejores de ida y estancia allá, pero en el viaje prefirió seguir la suerte de sus amigos. Se detuvieron algunos días en Pisa y mes y medio en Florencia, donde hicieron valiosos estudios y reforzaron las bolsas con la venta de algunas copias, trasladándose por fin á Roma.

Poco tiempo después Palmaroli se vió más libre para seguir sus estudios, por haber obtenido una pensión del rey consorte D. Francisco de Asis.

En los primeros meses de su estancia en Roma permaneció inactivo una temporada, entregado sólo á la contemplación de tantas maravillas para nutrir y fortificar su espíritu, no para hacerse un sectario de tal ó cual escuela, porque sentía en sí cualidades propias. Una prueba de esto es, que ninguno de los grandes maestros le causó la admiración que Miguel Angel, y la conservó toda su vida. Ya, antes de ir á Roma, había manifestado esta afición, al contemplar en el Escorial los frescos de imitadores degenerados del colosal artista florentino. Sin em-

bargo, lejos de inducirle esta devoción á ser un imitador de aquel artista, en nada se conoce en sus obras que la tenía. Para lo que le sirvió, fué para mirar al Arte siempre con elevación y no transigir ni en la idea ni en la ejecución con las vulgaridades de un naturalismo prosaico y extraviado. Ni á su gran amigo Rosales, de quien fué entusiasta admirador, perdonó cierto desaliño en la ejecución, que creía una transacción con modernismos imprudentes.

Un cuadro de asunto místico que pintó para su protector entonces, D. Francisco de Asis, y el estudio de una aldeana italiana, la *Pascuccia*, fueron los trabajos primeros que como resultado de sus estudios presentó en la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1862, llamando extraordinariamente la atención y colocándole ya en primera categoría en aquel concurso, el más importante de los hasta entonces celebrados.

Gisbert había presentado el tan famoso cuadro de *Los Comuneros*, acogido con tanto entusiasmo por D. Salustiano de Olózaga y el partido progresista todo, que dieron una significación política á aquella obra, que probablemente no entró en el pensamiento del autor cuando la ejecutaba. Pero se dejó llevar, y aun cuando, como la mayor parte de los artistas, no tomaba parte activa en la política, quedó afiliado en el partido, lo que le valió más adelante la dirección del Museo.

Casado del Alisal, con su *Semiramis* y su *Muerte de D. Fernando (el Emplazado)*, logró un gran éxito, tanto porque realmente demostraban cualidades en el artista, que después supo aumentar, cuanto porque su orgullo y su vanidad superaban con mucho á su talento y trabajaba sin descanso con los periodistas amigos para que le ensalzasen. Le causaba muchos celos el ruidoso triunfo de su amigo y compañero de pensión, á quien había retratado en uno de los personajes de su cuadro. Casado valió mucho, pero tuvo siempre una idea exagerada de su valer, y en obras como *La Campana de Huesca* se le prodigaron elogios por la prensa, que le hacían suponer el mejor pintor de los nacidos, antiguos ó modernos.

Alejo Vera figuró en aquella Exposición con un precioso cuadro, representando el *Entierro de San Lorenzo*. Luis Álvarez con *El Sueño de Calpurnia,* muy notable también. Francisco Sans, que ya se había hecho notar dos años antes con una *Alegoría de los patriotas de Cádiz de 1812*, afirmó su comenzada reputación con el *Episodio de Trafalgar*. Juan García Martínez, de quien ya he sostenido el talento, á pesar del mal éxito que tuvo en las oposiciones que se presentó, en las que siempre llegó hasta el último ejercicio, mereció grandes aplausos por su cuadro de *Los Amantes de Teruel*. No los merecieron menores Víctor Manzano, que de tiempo atrás se venía dando honrosamente á conocer, por su *Don Rodrigo Vázquez visitando la prisión de la familia de Antonio Pérez;* y Suárez Llanos por su *Entierro de Lope de Vega*, obra que demostró lo absurdo de dividir los premios en géneros y asignar á éstos categorías. El Jurado no supo cómo clasificar este cuadro, y creó un género intermedio entre la pintura religiosa y de historia, que suponía la primera categoría, y los asuntos de costumbres que pertenecían á la segunda, creando un premio especial para lo que denominó *género histórico*.

También figuró entonces mucho Benito Mercadé con dos obras: *Últimos momentos de Fray Carlos Climaco*, y *Carlos V en el Monasterio de Yuste*. Era aquella Exposición tan buena, había tanto que premiar, aun ampliando las recompensas concedidas por reglamento, que sólo obtuvo un tercer premio el que poco después alcanzó en París mayor recompensa y en Madrid una primera medalla, que aumentó su reputación.

De poco valió á este artista llegar á tales alturas, porque poco á poco se fué obscureciendo y las gentes olvidándose de él. No sé si aún vive; pero esto y el que los maestros una vez llegados á cierta altura se retiren de las Exposiciones, sólo sucede en países donde hay tan poca afición como en el nuestro.

Me he detenido un poco en el recuerdo que conservo de aquella Exposición, en que Palmaroli se presentó por primera

vez de tan brillante modo, para que se vea que sin grandes méritos no era fácil llamar la atención. No quiero olvidar tampoco que el entonces completamente desconocido Rosales la llamó también con obra tan ligera como *Una niña sentada en una silla*, lienzo en el que se presentía ya al autor del célebre cuadro *El testamento de Isabel la Católica*.

Fué aquel un triunfo tanto más legítimo para aquellos tres amigos, que juntos habían partido para Roma cinco años antes, siendo casi imberbes, movidos por el entusiasmo, cuanto que ni Palmaroli, ni Álvarez, ni Rosales, eran conocidos fuera de los que habían sido sus condiscípulos, ni tuvieron medios, ó no se valieron de ellos, como Casado, para atraerse á los críticos.

Palmaroli y Álvarez vinieron á Madrid durante aquella Exposición. El primero permaneció aquí algunos meses y no desaprovechó el tiempo, pues de entonces data la amistad que contrajo con el duque de Fernán Núñez, quien adquirió el cuadro de la *Pascuccia;* con la condesa de Velle, gran señora protectora y amiga de literatos y artistas, que adquirió también un estudio de la cabeza del mismo interesante modelo, así como había adquirido *La niña del Gato*, de Rosales, y encargado á este artista un compañero, que fué un estudio de un muchacho de la campiña de Roma. A Álvarez le encargó también otro cuadro que dió motivo al precioso que representa *El Cardenal penitenciario.* Aunque la buena señora no necesitaba muchos consejos, presumo que los de Palmaroli le inclinarían á hacer los encargos á sus amigos, á los que no olvidaba un momento, pues agarrando por los cabellos una ocasión que pudo aprovechar en beneficio propio, logró del entonces Ministro de Fomento, marqués de la Vega de Armijo, una pensión para Rosales, que continuaba en Roma con la misma escasez metálica con que había ido, teniendo que distraer su atención con obras que le procurasen el sustento. ¡Quién sabe lo que este auxilio contribuiría á acelerar el desarrollo de tan gran talento!

El cuadro de Palmaroli representa un asunto místico de esos de pié forzado á los que es muy difícil dar interés: *Santiago, Santa Isabel, San Francisco* y *San Pío V*, patronos respectivamente de España, de los reyes que eran entonces, y del pontífice Pío IX, que lo era á la sazón, intercediendo con *San Ildefonso*, santo tutelar del que era príncipe de Asturias y después fué Alfonso XII, para que proteja y guíe á éste.

Tal es el tema, muy semejante al de otros cuadros de antiguos pintores de primer orden y, me atrevo á decirlo, en la ejecución le superarán muy pocos, en la elegancia y poesía de las figuras ninguno. La *Santa Isabel* y el *San Francisco* están verdaderamente inspirados. Si no dijo tanto la crítica de aquella época, que tenía que ser imparcial con un artista hasta entonces obscuro, dijo muy poco menos y con unanimidad. No sé si Palmaroli ha adelantado mucho después, lo que sí sé es, que en esta primera obra daba mucho más que esperanzas: era un gran pintor.

¿Qué tenía la *Pascuccia*, figura sola de una muchacha campesina italiana, y una urraca picoteando á sus pies, para que todos vieran en aquel lienzo un cuadro completo y no un estudio de los muchos que hacen los pintores que van á Italia?

No digo yo esto, lo dijeron todos los críticos. Pues tenía y tiene la *Pascuccia*, ser elección de un tipo bello y encantador que al pasar á través de un alma delicada y sensible ha acentuado lo que había de más interesante y más noble. No es un retrato naturalista como hoy nos gusta. No tiene el pelo verde y la tez morada, porque así los dió el impresionismo á luz abierta, y sin embargo, además de otra cosa, es más verdad que todas las farfullas de los que ni sienten ni quieren gastar tiempo en estudiar.

Andaba entonces por Madrid un joven llamado Ricardo Ribera, de esos que tienen el don de ser muy conocidos y estimados por su condición de divertir á las gentes. A pesar de que se conocía haber recibido regular educación, no tenía carrera ninguna, y se llamaba artista, porque andaba más es-

pecialmente con ellos. Se distinguía por su gran instinto de asimilación, empezaba bocetos que nunca concluía, proyectaba grandes obras jamás realizadas, y, sobre todo, hacía dibujos, recordando á Gavarni, que no dejaban de manifestar cierta disposición natural, pero no tanta como sus amigos pretendían, aunque la verdad es que todo era debido á su intuición, porque con nadie había aprendido. Contaba cuentos á maravilla, nunca originales; pero sabía cuantos se han inventado y él les daba una novedad sorprendente. Mentía con seriedad sobre puntos que había estudiado muy bien, como cuando decía haber estado en París años antes de estar, dando detalles de las calles, tiendas y otras particularidades que convencían al más conocedor de aquella capital. Todo lo sacaba del plano, de las guías y de los relatos de libros y novelas. No tenía muy buen carácter; generalmente era difícil de contentar, y severo, duro é injusto en la apreciación de los trabajos de los artistas, que quizás alababa en presencia del interesado para hacer reir después á sus espaldas á los otros. A pesar de esto, con sus gracias, aunque no originales, solía hacer pasar buenos ratos, y obtuvo la protección de algunos amigos de valía. No fué en éstos tampoco todo virtud y buena amistad, sino guardarse de *sablazos* más á fondo y repetidos, según la categoría de las personas. Recomendado á D. José de Salamanca, éste le colocó en sus oficinas; pero como el orden y la sujeción no se amoldaban al carácter de Ribera, con sus cuentos y gracias fué una perturbación en la casa, por lo que el opulento banquero, cuyas buenas gracias había ganado regalándole alguno de sus dibujos, decidió pensionarle en París y en Roma, para que estudiase la pintura, persuadido, tanto por su propia idea como por las alabanzas de los amigos, de que allí había una esperanza. Inocencia extraña, pues tipos tales no son tan raros para tener sabido que hombres así no encierran nada, y lo poco que dan de sí se debe á la indulgencia con que se les mira. Ningún gran literato ó artista fué nunca lo que se ha llamado un *bohemio*. Necesita el Arte cualidades más serias;

pero como se llama vate á cualquier coplero, músico insigne á un ágil rascatripas y pintor celebérrimo á un Salvador Rosa, pueden citarse casos.

Ribera, en efecto, fué á París y fué á Roma, y al cabo de cinco ó seis años de estancia trajo dos medianos estudios de Rincón, de un patio, y un cuadro pequeño mal digerido, que tituló *El caballero del Amor*, acordándose, sin duda, al darle título, de que Durero había engendrado *El caballero de la Muerte*; porque Ribera, repito, siempre fué un reflejo. Quizás de las pocas ocurrencias originales que merecen citarse, es la que tuvo, y me ha hecho recordarle, el que era tan difícil para la alabanza, al contemplar el cuadro de Palmaroli, cuando exclamó: «Ya tenemos otro Palma; Palma el viejo, Palma el jóven y Palma *el Roli*.»

El pobre Ribera, á quien he tratado con dureza, no por ofensa particular, pues no me hizo ninguna, sino porque odio instintivamente esta clase de caracteres, no murió viejo; porque si de sus viajes no trajo grandes obras, sí la afición á las bebidas espirituosas, que antes no tenía y que dió pronto al traste con una naturaleza no muy robusta. Pero á pesar de esto, que sombreó algún tanto las formas de buena sociedad que un tiempo tuvo, nunca le faltó la protección de los amigos, que le valió morir con un empleo en vez del hospital que le reclamaba.

No vale decir pudo ser, si no hubiera ocurrido esto ó lo otro. Ribera fué lo que había nacido para ser; dió todo el fruto que podía dar, y ganó el apoyo de personas que á otra de más valer no hubieran dado.

IV

VUELVE PALMAROLI Á ROMA.—LA CAPILLA SIXTINA Y CÓMO ESTÁ HECHA. —NUEVA ESTANCIA EN MADRID.—«EL ENTERRAMIENTO DE LOS FUSILADOS EL DOS DE MAYO».—«LA TOMA DE TETUÁN».—VIAJE Á ÁFRICA.—EL CUADRO DE «EL CARDENAL CISNEROS».—ALGUNOS CUADROS DE COSTUMBRES, EL INTERÉS QUE TIENEN.—PENSAMIENTO DE VOLVER Á ITALIA. — LOS RETRATOS.— CUADRO ENCARGADO POR D. AMADEO DE SABOYA, QUE NO TERMINÓ. — ES PROFESOR UNA TEMPORADA DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—TOMA DE POSESIÓN DE LA PLAZA DE ACADÉMICO.—SUS DISCÍPULOS.— MÁS DATOS DEL CARÁCTER DE ESTE ARTISTA. — DOMINGO, EL CRIADO DE PALMAROLI.—ENRIQUE MÉLIDA. —VICENTE ESQUIVEL.

Pocos meses después de terminada la Exposición de 1862, volvió Palmaroli á Roma, habiendo pintado algunos retratos en el tiempo que se detuvo en Madrid. Ya hablaré más adelante de sus excelencias en este género.

No recuerdo qué recompensa recibió por el citado cuadro de *La Intercesión*. No creo que fuera de primera clase, porque el Reglamento los limitaba mucho, y aun cuando siempre se ampliaron, había mucha gente ya conocida á quien contentar, que había estado más cerca y que se movía mucho, teniendo méritos para ello, para que se igualara de pronto á un *novato*. Pero de todos modos, es lienzo que se sostendrá siempre en primera filá, pase el tiempo que pase, lo que no sucederá á otros que llamaron antes la atención.

Durante esta nueva estancia en Italia, que se prolongó hasta el año de 1866, produjo el famoso cuadro de *La capilla Sixtina durante una función solemne*, cuadro que obtuvo ya medalla de primera clase, ratificada en París en la Exposición celebrada en aquella capital al año siguiente, con otra medalla de oro. Cito estas recompensas, porque así debo hacerlo,

aunque siempre las considero, como los ingleses, muy oportunas para el chocolate, el calzado y los mil productos de la industria cuya bondad es apreciable por las condiciones utilitarias y económicas que encierren y la perfección de la elaboración; pero no para las Bellas Artes, apreciables y apreciadas de tan diversos modos y de imposible comparación unas con otras, obras que obedecen á diferentes ideales, géneros y tendencias.

Si bien es verdad que tales premios son un estímulo que no deja de tener su defensa, nunca servirán para graduar la bondad de una obra.

La capilla Sixtina tiene condiciones inmejorables por muchos conceptos, sobre todo de color, de composición, de dibujo y de efecto. Palmaroli, que era ya un maestro, sigue siéndolo, pero no está allí la poesía, que llamé mística, que él poseía; aquellas figuras, sobre todo, de mujer, que hacen soñar y que aun cuando el asunto sea profano, inclinan siempre á la pureza.

Está pensado y hecho este cuadro con tanto estudio y conciencia, que muestran la desconfianza del autor en sus fuerzas y el afán de acertar. La lucha por alcanzar la perfección, no contentándose con poco, que es una de las cualidades del principio de todos los grandes maestros.

Digo esto, porque lo sé, no porque en el lienzo se vea timidez, tanteos, ni vacilaciones; parece nacido con espontaneidad.

Hizo en la misma *Capilla Sixtina*, en el día de gran festividad que quiso representar, los ligeros apuntes de los personajes que el tiempo y la ocasión le permitieron, sobre un papel grís, con lápiz y manchas de color á la aguada. Aunque no debió estar con el público, sino en lugar reservado entre los Cardenales, debió disponer de muy poco tiempo, pues todo el dibujo está lleno de indicaciones escritas para aclarar y recordar la significación de los trazos. Después, con más tiempo y más calma, hizo estudios al óleo, de la perspectiva y detalles de la capilla. En el estudio ya, dibujó los grupos de las figu-

ras por el modelo desnudo, en las mismas posturas que habían de estar, y finalmente, los mismos grupos que conservó en la forma adoptada, con las figuras vestidas.

La revista *Apuntes* publicó una reproducción reducida de uno de estos últimos dibujos. Los originales tienen todo el carácter de los grandes maestros antiguos.

Todos estos trabajos y desvelos empleó antes de comenzar la obra definitiva. No sé que en adelante siguiera el mismo procedimiento, aunque siempre fué muy escrupuloso, concienzudo y exigente para sí; pero con esta desconfianza en sí mismo es como se adelanta y como desde los comienzos se hacen grandes cosas.

Con este cuadro la reputación de Palmaroli quedó perfectamente sentada. Se sabía que como dibujante y como colorista era un maestro; lo que los críticos deseaban ver, era otras obras por las que poder comprender la índole de su genio, porque los asuntos hasta allí tratados no lo demostraban. Sin embargo, creo que sí, que la Santa Isabel y el San Francisco del cuadro de *La Intercesión*, y la misma figura de la *Pascuccia*, indicaban ya claramente una elegancia, una delicada poesía sentimental y apasionada, muy á propósito para cantar dulzuras místicas, no atrevimientos heroicos ni prosaicas vulgaridades.

Palmaroli vino á Madrid con motivo de esta Exposición, y se estableció aquí por algún tiempo. Primero tuvo un estudio provisional en la calle de San Agustín, trasladándose poco tiempo después á otro que había dejado vacante el pintor Sans, en la calle de la Flor Baja.

No debió pensar estar aquí mucho tiempo, pues nunca se ocupó en adornar con lujo el estudio, á pesar de concurrir á él personajes como D. Segismundo Moret, D. Pío Gullón, que figuraba ya mucho aun cuando aún no había sido Ministro; el duque de Fernán Núñez, el marqués de Portugalete, el duque de Abrantes, D. Ignacio Baüer y varios otros.

Los retratos, y algunos cuadritos de costumbres, pocos,

fueron su principal ocupación durante este período. Hizo también entonces tres cuadros históricos: *La toma de Tetuán, El Cardenal Cisneros mostrando sus poderes á los grandes de España* y el *Enterramiento de los fusilados el Dos de Mayo la madrugada del 3*. Los dos primeros cuadros son de figuras mucho menores que el natural; el tercero es un cuadro de gran tamaño, hecho para llamar la atención en la Exposición. Es decir, ya la había llamado grandemente, pero le dijeron que deseaban verle hacer un verdadero asunto, porque el de los dos cuadros que había presentado no lo era en realidad, y quiso hacer algo patriótico y conmovedor. Se equivocó por completo; con respecto á la índole de su carácter y porque comprendía y admiraba la grandiosidad de Miguel Angel, la brutal ferocidad de Goya, y en el teatro le emocionaba el *Otelo*, *La Morte Civile*, y todas las tragedias que tan admirablemente interpretaba Salvini, creyó, sin duda, que sería también capaz de conmover con una tragedia. No se hizo cargo de que los que saben interpretar horrores, los detestan, pero no los lloran; lo que sienten es indignación, no lástima. Ven la bestia humana; Palmaroli no la veía.

Así es, que el sitio que ocupa la mujer vestida de gasas blancas, que yace muerta en el suelo, debió ocuparle, según el primer pensamiento, un sacerdote muerto, del que por cierto hizo un precioso boceto que no tenía nada de horrible ni repugnante, pero á él se lo pareció y se decidió por una mujer jóven y con elegante traje.

El enterrador es un señor bien vestido, que llora y se enternece; cuando lo real, lo que sucedería sería, que los que contemplaron las víctimas, ya por curiosidad, ya con el piadoso fin de darles sepultura, fueran deudos ó extraños, lo que demostraran fuera rencor, odio, deseos de venganza, provocación á los asesinos.

El sentimiento de la anciana que está sentada, es tranquilo, de resignación, de lástima. El de las otras dos mujeres un poco teatral.

La escena es terrible y hasta un tanto repugnante en la realidad. He visto recoger cadáveres de personas en las calles, cuando la sublevación de los artilleros en 1866, entre otras, un soldado muerto, debajo de un caballo muerto también y muy hinchado por cierto; y para ver aquello se necesita costumbre; para representarlo ser un Ribera, un Valdés Leal ó un Goya, no un Palmaroli.

El color y el dibujo de este cuadro son excelentes, como lo fué siempre en todos los del autor. La ejecución, muy buena también, no es la adecuada á lienzo tan grande, pues necesitaba, si no tanto, algo del desaliño que Palmaroli criticaba en la *Lucrecia* de Rosales.

La toma de Tetuán, que he citado, es un precioso cuadro de figuras mucho menores que el natural. Hay en él acción y movimiento, y se ven todas las buenas condiciones del pintor como pintor, pero para una batalla hay demasiadas elegancias. Fué el motivo de pintar este cuadro, haber abierto un concurso el duque de Fernán Núñez con este objeto, y haber sido Palmaroli el designado entre los varios artistas notables que acudieron al llamamiento. Con este motivo, hizo Palmaroli un viaje á África con el objeto de tomar apuntes locales sobre el terreno; pero se detuvo muy poco, y no pintó otra cosa que lo que se había propuesto para aquel cuadro determinado; no trajo apuntes para otros de escenas africanas, que se conoce no le agradaron más que por el aspecto pintoresco. No las sintió ni las pintó nunca después. No trajo apenas armas, trajes, ni telas para adornar el estudio, como hacen otros viajeros artistas; los únicos recuerdos, fueron algunos platos y cacharros de loza ordinaria, modernos, adornados con dibujos del estilo tradicional de los moros.

El cuadro del *Cardenal Cisneros*, que también he citado, es de figuras menores que el natural, y lo mismo que los demás citados hasta aquí, una preciosidad como dibujo, como color y como ejecución; pero falto de energía, falto de estar sentido suficientemente el asunto.

Por este tiempo pintó también algunos cuadros de costumbres elegantes de principios de siglo, como unas damas consultando á una echadora de cartas, y otros, cuya idea principal era representar mujeres hermosas é interesantes, como pocos han sabido hacerlo. No daba título á estas obras, que en realidad no tenían asunto; su interés estaba, sin embargo, no sólo en los primores de la ejecución, sino en el agrado que causaban y lo que hacían sentir aquellas escenas, por la misma libertad que el espectador tiene de forjarse él la novela que allí se quiere representar; porque ante los cuadros de Palmaroli de este género siempre hay una que soñar, y muy interesante, sea ó no sea lo que pensó el autor, que tal vez no se la definió nunca. Una sola figura de mujer hermosa y elegante, sentada en un sillón, en postura indiferente, como expresión, no como línea, hace siempre discurrir «¿en qué pensará? ¿qué acaba de hacer? ¿qué va á emprender?» y de aquí toda una historia que nos forjamos melancólica, dulce, apasionada, según el temperamento del que mira, que jamás permanece indiferente ante cualquier pintura de Palmaroli. Tiene siempre la propiedad de emocionar con la intensidad y la vaguedad de una buena música. ¡Qué pocos cuadros de asunto pensado y rebuscado que pretendan impresionar lo consiguen! Y es que Palmaroli tenía un alma que no tienen todos, logrando reunir en sus creaciones á un mismo tiempo los atractivos de la pintura, de la poesía y de la música.

Aquellos años, desde la sublevación de los artilleros en 1866, el destronamiento de Isabel II, en 1868, y las conmociones que siguieron hasta la restauración de Alfonso XII, fueron de mucha agitación política para que las gentes se ocupasen ni les interesasen mucho los asuntos de arte; la atmósfera no era propicia.

Palmaroli, sin embargo, merced á su mérito y buenas relaciones, no dejaba de tener algunos encargos, sobre todo de retratos; pero esto no le bastaba, porque el artista verdadero no ambiciona nunca dinero, sino quien le comprenda, poder

moverse en un medio en el que se viva al par de sus aspiraciones. Por eso soñaba en volver á Italia. Aquí no había más que el Museo; los atractivos que tiene para los cesantes la Puerta del Sol y la fuente, que entonces subsistía aún, no los tiene iguales para el artista.

El retrato de la duquesa de Abrantes, que hizo de cuerpo entero, por datos que le suministraron, pues la señora había muerto ya, es una obra muy notable; no siéndolo menos el busto del duque; los retratos de D. Pío Gullón y su señora; el interesantísimo de la de Baüer; el de Mtrs. Layard, mujer del entonces embajador de Inglaterra, y otros muchos que le colocan á la mayor altura en este género.

El retrato de D. Juan Eugenio Hartzenbuch, que hizo para el Ateneo, tiene tal parecido, está tan bien expresado el carácter del personaje, que después, cuando se ha querido dar razón de él por el grabado y la litografía, ni se hizo por el original ni por fotografías, sino por lo que había pintado Palmaroli, que en cuanto á la expresión y la semejanza es el mismo natural, y en cuanto al detalle hay una grandiosidad de que carecían las facciones de D. Juan Eugenio.

Lo mismo en retratos de mujeres que de hombres tenía un modo muy distinto de *favorecer*, que el que generalmente se estila, que es la mezquindad de lo bonito. Palmaroli no procedió así: favorecía ennobleciendo, acentuando lo que había de más grandioso en el modelo, sin desfigurar en nada lo que constituye el carácter del retratado, que, como está sorprendido y queda fijo, se comprende mejor que en la movilidad del original.

Durante el efímero reinado del ilustre D. Amadeo de Saboya, recibió Palmaroli el encargo del monarca de pintar un cuadro histórico, que debía representar una recepción de las Corporaciones en Palacio. El momento elegido era el en que se presentaba la magistratura. Las figuras no iban á ser de gran tamaño. Hizo por el natural los retratos de cuerpo entero, del tamaño que habían de tener en el cuadro, del rey y de

la reina, estudios preciosísimos. Dibujó y trazó su perspectiva en el lienzo en que había de pintar, y aun manchó la vista del salón de Embajadores; compuso y bosquejó el grupo de los magistrados, é hizo apuntes de otros muchos personajes, gastando mucho tiempo, paciencia y dinero; pero como no se daba prisa, ni mucho menos, y al mismo tiempo tenía emprendidas otras obras ó las emprendía por mero capricho y distracción, aquel reinado tuvo la brusca terminación que todos saben, y el artista, que perdía, además de una decente recompensa, los gastos hechos y las molestias pasadas, arrolló su lienzo con la más admirable tranquilidad, sin soñar en reclamar nunca á nadie alguna indemnización, que sabía le habrían dado; pero era muy caballero y desinteresado para dar semejante paso.

Otros artistas recibieron también análogos encargos de don Amadeo y todos los habían concluído y entregado ya antes de la catástrofe. Fué gran lástima que Palmaroli no concluyera aquel trabajo, porque hubiera sido una obra digna de él.

Durante esta estancia en Madrid fué nombrado profesor interino de la Escuela de Artes y Oficios, y dió sus lecciones en la sección establecida entonces en la calle de San Roque; pero lo dejó á los pocos meses, porque para ser profesor numerario le faltaban no sé qué *requisitos*, cosa muy natural aquí donde para todo se exigen muchos, menos el de la inteligencia. Pudiera haber hecho una oposición que no quiso hacer, é hizo muy bien. Además, ya he dicho que su idea era volver á Roma. Estas miserias no eran para su gran corazón.

El día 7 de Abril de 1872 tomó posesión de la plaza de Académico de la Real Academia de San Fernando, distinción que había obtenido cuatro años antes. Como se vé, se había dado tan poca prisa á gozar de tal honor, que se pasaron los plazos reglamentarios y tuvo que obtener una ó dos prórrogas. No es esto decir que desdeñara el cargo, aunque estas cosas le tenían sin cuidado; su pereza fué por lo que le costaba escri-

bir el discurso de recepción, no porque no supiera hacerlo, sino porque escribir una carta le molestaba. Por fin hizo el discurso y ocupó la vacante de D. Luis Ferrant.

Su disertación tiende á demostrar la influencia que la antigüedad clásica tuvo en el desenvolvimiento del Arte moderno desde el principio del *Renacimiento* y lo necesario que es, sígase el rumbo que se quiera, tomar esta enseñanza por base.

La contestación apoyando la misma idea, la hizo D. José Amador de los Ríos.

Fué la enseñanza de Palmaroli en la Escuela de Artes y Oficios tan apreciada de sus discípulos, que cuando la dejó algunos de ellos continuaron recibiendo sus lecciones particulares, siendo tal el cariño que á su maestro profesaban, que alguno de ellos, como Eduardo Garrido, Ramiro Santacruz, Joaquín Pallarés y José Alcázar Tejedor, siguieron á Palmaroli á París cuando éste se trasladó á aquella capital, pues la circunstancia de haberse declarado el cólera en Roma cuando el artista tenía ya los muebles empaquetados, los baules hechos y hasta la casa tomada allá en la Vía Margutta, núm. 37, cambió de plan y se dirigió á la capital de Francia.

Esta circunstancia de seguirle los discípulos que pudieron, y Garrido aún continúa allí obteniendo buen éxito sus obras, demuestra la atracción que el carácter de Palmaroli ejercía sobre los que le rodeaban. Era tanta, que los modelos de ambos sexos, cuando no se hallaban trabajando en su oficio en otra parte, siempre estaban en aquel estudio, dispuestos á prestar cualquier servicio, á llevar un encargo, limpiar la paleta, ó lo que se quisiera, porque para ellos D. Vicente era un padre. Tenían razón, pues nunca les faltó su dinero para sacarles de sus frecuentes apuros, porque el oficio de modelo no es entre nosotros muy lucrativo y sabían que en Palmaroli había muchas veces virtud en hacer esto, aun ganando bastante, no conociendo lo que es el dinero, y sí que lo que daba acaso le hiciera á él falta en el momento: pero esto no le preocupó nunca si veía á otro en necesidad. Un modelo italiano,

excelente por cierto, le tomó en Roma tal cariño que se vino con él, permaneciendo en Madrid mientras el artista permaneció. Cuando éste se fué á París él se volvió á Roma. Se llamaba Ignacio, no recuerdo el apellido, y se enamoró de una criada que tenía Palmaroli, pretendiendo casarse con ella, como se casó, pero no sin que el artista, de corazón noble y honrado siempre, le advirtiese noticias que tenía de que si bien la muchacha era buena y de excelentes condiciones por muchos conceptos, anteriormente había tenido un desliz de consecuencias. Creía, y creía muy bien, que con una persona que se portaba con él como Ignacio debía hacer esto, porque el conocimiento de los antecedentes de la novia después de casados era peor que antes y ella no se atrevía á confesarse. Ignacio se hizo cargo de que, «lo que no fué en mi año no fué en mi daño,» y se casó, siendo felices entonces, y tal vez lo sigan siendo si viven todavía.

Palmaroli tenía criada en su casa, porque ya por este tiempo se había casado, hacía poco, con D.ª Sofía Reboulet, joven entonces que á su hermosura reunía condiciones de bondad en su carácter, análogas á las de su marido, si bien debo añadir en su honor, que más ajustadas á la realidad de la vida. De este matrimonio nació un solo hijo, que acababa de nacer en los tiempos de que voy hablando, y que hoy pertenece á la carrera consular.

En estos dos sucesos se encierra la vida particular de Palmaroli. En toda ella no hay esas aventuras, trapisondas y líos que cree el vulgo que forzosamente se han de encontrar en la vida de los artistas.

Tenía, además, Palmaroli un criado, llamado Domingo, para el servicio del estudio, que no estaba en la misma casa donde vivía. Este criado se aficionó á la pintura y pintaba, pero el pobre tenía muy escasa disposición, y poco servía el interés que su amo se tomaba por él, hasta proporcionándole algún encargo, entre otros, un Crucifijo para un estandarte de una cofradía, y el escudo de armas de la Nunciatura para sus-

tituir el que las turbas habían quemado en uno de los frecuentes tumultos de aquellos días. Este escudo fué la obra maestra, y podía serlo, porque Palmaroli compuso y trazó el plan, detallado en un papel grande, que un carpintero recortó después en una madera. Domingo embadurnó después la tabla con colores, poniendo en ello todo su saber, y cuatro toques del maestro dados en unos minutos sobre aquello, dejaron una tiara, unas llaves, unas ramas de laurel y otras cosas, que se podían ver. El pobre Domingo cobró, naturalmente, aquella gran obra y lloraba de gozo al ver lo que había sabido hacer *él* cuando en la Nunciatura le felicitaron, pues no confesó, porque así se lo encargaron, que había habido, aunque extraordinariamente ligera, *mano de gato*.

Murió Domingo tísico al poco tiempo, y fué muy sentido por su amo; si él hubiera conocido la muerte de éste se hubiera muerto también ó se hubiera vuelto loco; porque para él don Vicente estaba muy poco más abajo que Dios.

Cuento estas nimiedades, que á algunos parecerán inocentes tonterías, porque creo que explican el carácter de aquel artista, amado de todos los que le rodearon, porque era él todo bondad y cariño.

A la puerta de aquel estudio toda malevolencia, toda envidia, toda crítica de los compañeros se quedaba fuera; el dueño no les consentía entrar. Y sin embargo, tuvo envidiosos y hubiera tenido más si hubiera residido más tiempo entre nosotros.

Aquel modesto estudio, tan concurrido por personajes, lo era también con más asiduidad aún, casi como habitantes, por algunos amigos íntimos ajenos al arte y otros artistas. Voy á citar dos: Enrique Mélida y Vicente Esquivel, ambos de gran talento, pero de diferentes destinos.

El primero, que aún no se dedicaba al arte por completo, brilló con esplendor en España y en Francia, y el segundo, que era ya un artista casi completo en la escultura, para el arte se obscureció malamente.

Enrique Mélida había recibido de D. José Méndez la sólida base del dibujo, y había ya pintado algún cuadro muy notable, como uno representando á Santa Casilda. Acabó de completar su educación técnica y de hacerse un gran artista con la influencia de Palmaroli. No fué precisamente su discípulo, pero indudablemente acabó de decidir su verdadera vocación. El genio de Mélida era de otra índole que el de Palmaroli, más *realista*. Sus cuadros todos tienen asunto y asunto intencionado, expresado admirablemente. Le preocupó mucho dar carácter á los personajes, y lo consiguió siempre. Algunos de sus cuadros, como *Se aguó la fiesta*, son populares y no lo son la mayor parte, por ser menos conocidos del público.

De los pocos artistas extranjeros que tienen obras en los Museos de París, uno es Enrique Mélida. Pintó muchas escenas españolas de principios de este siglo, como *La antesala de Godoy*, *Herrar ó quitar el banco*, *Prendida á un botón*, *Un concierto musical tenido por frailes en un claustro*, y otros muchos que sería prolijo enumerar, puesto que no me propongo hacer ahora su biografía ni el catálogo de sus obras.

En París pintó, entre otras cosas, la Comunión de unas monjas, la procesión de penitentes en el siglo XVII, algunas majas, y sobre todo, su último cuadro de costumbres modernas, que representa una *Niña extraviada en las calles de París*. Son obras preciosas que merecieron gran aplauso y honrosas recompensas en las Exposiciones francesas.

Y no digo más, porque hablar de Enrique Mélida, para mí es hablar de un hermano. Tanto él como su gran amigo Palmaroli fueron siempre enemigos declarados del *bombo;* su nombre lo debieron á su verdadero mérito: por eso durará. Muertos los dos, escribo cohibido, reteniendo siempre la pluma para que no figuren más que hechos que la pasión y el cariño no extravíen.

Si pudieran ver lo que pienso de ellos y no digo, llorarían como yo lloro.

Y ahora me acuerdo de que no he dicho, y no hay mal en

que lo diga, que Mélida pintó también muy buenos retratos.

Vicente Esquivel, que afortunadamente aún vive, es hijo del notable pintor D. Antonio, á quien no cité á su debido tiempo, como tampoco al maestro de Mélida, D. José Méndez, porque sólo me propuse hacerlo con los más salientes y que mayor influencia tuvieron. Decía, pues, que Vicente Esquivel, hijo de un artista, se dedicó al arte también, dando muestras de talento en la escultura. De carácter modesto, cosa de las más perjudiciales, no se supo hacer valer y tuvo que acogerse para vivir á la enseñanza oficial, y después á un empleo ajeno al arte.

Durante esta estancia de Palmaroli en Madrid, hizo Esquivel una hermosa estatua de San Vicente de Paúl para las Hermanas de este Instituto en Filipinas, encargo debido á la diligencia de Palmaroli, que no descansaba por ayudar á los amigos, y muy especialmente á Esquivel, al que le unía el parentesco de cuñado. Por este tiempo se dedicó también Esquivel, con el ejemplo del maestro, á la pintura, con rara habilidad, especialmente en los retratos, de los que puede verse una muestra en el de D. Antonio Alcalá Galiano, de la colección del Ateneo Científico y Literario de Madrid.

Aquella reunión se deshizo cuando Palmaroli se marchó, puede decirse para no volver, porque aun cuando hizo después algunas breves excursiones á España, la más larga ha sido la última, que apenas duró dos años.

CEFERINO ARAUJO Y SÁNCHEZ.

(Continuará.)

ESPAÑA EN 1679

SEGÚN MADAMA D'AULNOY

II Y ÚLTIMO

Hay veinte ejemplos de decadencia en el mundo, y aun cerca de España está el de Italia, la cual cae al mismo tiempo y de igual manera; pero cada decadencia tiene su forma propia, porque los vicios nacionales varían según las naciones; la raíz de los grandes acontecimientos está siempre en el carácter de un pueblo, y la Historia arranca de la psicología. Entre las innumerables especies y grados de placeres, hay uno particular que conviene á cada alma de individuo ó de pueblo, y constituye su *estado preferido;* á él va y á él vuelve, sin cesar y naturalmente, el alma, como el agua corre hacia los lugares bajos; por muy discordantes y separados que estén sus circuitos, por muy diversos y ocultos que estén sus canales, todos se dirigen al mismo sitio: el agua se detiene, se desvía ó se estanca en aquellos conductos que deberían conducirla, pero la conspiración involuntaria y continua de todas sus partes la lleva al cabo, mediante la remoción de las tierras y el horadamiento de las rocas, al paraje que desde tiempos remotos parecía haber escogido. Ningún carácter ha manifestado mejor que el español su ascendiente en la Historia, y en ninguna parte se ha visto otro que, mediante dejación universal y si-

guiendo un curso tan recto, haya impreso tan fuertemente en las cosas las señales de su poder y de su fuerza.

Lo que le distingue de los otros pueblos es la necesidad de sensaciones ásperas y vehementes: este es su *estado preferido;* los otros le son indiferentes. La posesión tranquila de lo agradable, el goce saboreado de la belleza armoniosa, el disfrute vivo y delicado de las cosas y aun de las ideas brillantes, nada de lo que conmueve á un hombre de raza germánica, italiana ó francesa le afecta de un modo sensible. Su caza á la suerte lo lleva por un sendero inculto hacia sitios escarpados. En ese país de sierras, de estíos abrasadores, de viento Norte penetrante, de numerosos contrastes físicos, se forma un temperamento acomodado al país en dureza y energía, resistente y tenaz, de carácter rígido y terrible; huesos, nervios, músculos y voluntad, todo es concentrado y tirante, impropio para la dilatación del ánimo en la plena alegría, ó para el goce del ligero entretenimiento ó para la quietud de la tranquilidad pacífica: para los españoles la vida no se desliza, no se esparce, no se adormece, sino se acumula intensa en la paciencia sombría del que aguarda, ó estalla violenta con las explosiones exageradas de la pasión.

Ya Tito Livio y Estrabón nos presentaron á los españoles «vestidos de negro», obstinados, insociables, silenciosos, despreciadores de la muerte y estoicos. El bienestar les es indiferente; no hay raza más sobria; en todos los períodos de la Historia se la encuentra siempre igual. Durante la última guerra de España, un ejército español se creía estar en la abundancia, allí donde un ejército francés apenas podía vivir, y donde un ejército inglés se moría de hambre. Madama d'Aulnoy oyó decir á los españoles «que ellos no comen más que para »vivir, y que despreciaban á los pueblos que no viven más que »para comer». «Nunca obsequian á sus amigos para regalarse »juntos, de modo que no hacen excesos de ninguna clase.» «Tienen una especial continencia en el uso del vino; las muje»res nunca lo beben, y los hombres lo usan tan poco, que ape-

»nas consumen un cuartillo en todo un día.» Consideran como grave injuria la palabra «beodo», tanto, que del que se la dirige se vengan, no en duelo, sino por el asesinato. En una mesa cargada con rica vajilla de plata, se ve un pichón y dos huevos, y la cocina es tan mala, que se sorprenden y creen comer «como lobos hambrientos» cuando se les sirven manjares franceses. Toda sensualidad gastronómica está excluída de sus costumbres; ya por causa del clima, ó ya imitando á los moros, viven como beduínos, tomando de la tienda lo que necesitan para el día, «bebiendo agua extraordinariamente», y alimentándose de sus pensamientos ó del aire del campo. Ese aire es tan bueno, «que da á un huevo el beneficio de un »pollo (1); por la mañana toman agua fresca y poco después »el chocolate.....» Por la tarde, «no se sirve á ningún gran »señor, más que dos pichones y algún guisado muy malo lleno »de ajo y de pimienta; en seguida algunos hinojos y varias fru»tas». Después guardan la siesta, «á las dos, en el invierno, y »á las cuatro en el verano; vuelven á vestirse, comen confitu»ras, toman chocolate y agua fresca, y cada uno va donde le »parece; en fin, se retiran á las once ó las doce de la noche. »Entonces el marido y la mujer se acuestan; de seguida los »criados tienden sobre la cama un gran mantel que la cubre »toda, y que los esposos sujetan al cuello; y dos enanos sirven »la cena, que es tan frugal como la comida; ordinariamente »consiste en una chocha guisada ó alguna fritura, que arde en »la boca por la abundancia de pimienta. La señora bebe agua »hasta la saciedad, el caballero bebe algún vino, la cena con-

(1) Véase una singularidad que no lo es en España: el Marqués de Mancera hacía cincuenta años que no había comido pan. Se alimentaba con un vaso de agua fresca con un poco de vino, al levantarse, y algún tiempo después el chocolate; por la noche tomaba cerezas ú otras frutas, ó bien una ensalada y algún vino aguado; sentíase bien con semejante régimen, que también seguía su mujer hacía ya veinticuatro años.» Saint Simon, III, 12.

»cluye, y cada uno duerme como puede.» En los manjares los sabores preferidos son los más fuertes. Al paso del Rey y de la nueva Reina, se colocaron mesas en las calles, y cada individuo tomaba una cebolla, ajo y cebolletas, de los cuales la atmósfera estaba saturada. Las salsas son terribles, el ámbar y el pimiento de india, alternan en los platos. «No hay tran»sición entre las viandas, todas perfumadas ó todas cubiertas »de azafrán, de ajos, de cebollas, de pimienta y de otras espe»cias», de modo, que un extranjero acostumbrado á sensaciones más moderadas y más suaves, permanece con la boca cerrada en un festín magnífico, sin poder comer. En cada país el apetito está en relación con el temperamento, y por lo mismo, aquí todo lo que irrita y estimula más fuertemente, deleita con mayor viveza al paladar acostumbrado. «Hay muje»res que toman hasta seis jícaras de chocolate, una tras otra, »y esto, en algunas ocasiones, dos ó tres veces al día. No debe, »pues, extrañarse de que estén muy secas, porque nada hay »más caliente que el chocolate, y además comen tanta pimien»ta y tanta especia, que necesariamente han de estar quema»das.» Cuando un temperamento se halla de esta manera excitado, da motivo á los gustos más caprichosos. Muchas señoras, comen tierra, como los caráibos: «el estómago y el vientre se »les inflaman y se les ponen duros como piedras, y ellas toman »el color de los membrillos. He intentado probar ese guisado; »pero deseo mejor comer greda». No se puede llevar más adelante la exposición de esos detalles de fisiología y de cocina, pero el hombre los comprende en todos sus sentidos, y tal detalle que sirve para la reparación continua de la substancia humana, es el compendio más grosero, pero también más fiel, de los apetitos superiores y de las repugnancias delicadas que se entablan sobre los otros al lado suyo.

No me atrevía á decir que «la mujer es la ropa del hom»bre», aunque Molière lo ha dicho, y bien se puede repetir después de él. En términos más delicados, la belleza de la mujer corresponde á la pasión del hombre, y la figura ó el adorno

de la dama da motivo á las preferencias del amante. Aquí, ni en la mujer ni en la moda se encuentra nada que provoque la grosera sensualidad positiva; pero se encuentra todo lo que excita la violenta imaginación de fuego. «En ninguna parte se »ven mujeres tan delgadas. El cuerpo de la basquiña va muy »alto por delante, pero por detrás deja al descubierto hasta la »mitad de la espalda, lo cual no es muy agradable, porque to»das las mujeres están enjutas hasta la exageración, y se inco»modarían mucho si se pusieran gruesas, porque para ellas la »grosura es un defecto capital. Además, son bastante more»nas; de modo que, esa pequeña piel negra, pegada á los hue»sos, desagrada, naturalmente, á todos los que no están acos»tumbrados á verla..... Según estas mujeres, es una belleza el »carecer de garganta, y toman todas las precauciones posibles »para evitar su desarrollo. Cuando el seno comienza á apa»recer, se ponen encima de éste algunas planchas de plomo, y »se fajan como niños envueltos en pañales. Verdad es que tie»nen que hacer pocos esfuerzos para estar tan delgadas como »una hoja de papel, si bien el enflaquecimiento deja ver algu»nos huesos, por cierto en bastante número.» Esos pequeños esqueletos desaparecen bajo una profusión de faldas, que llevan por delante y por los lados: «telas muy ricas y adornadas »de galones y de blondas de oro y de plata hasta la cintura. »Durante los excesivos calores de verano, estas señoras no se »ponen más que siete ú ocho faldas, alguna de las cuales es de »terciopelo y de pesado satín.» Debajo de todas llevan una, blanca, de blondas de Inglaterra, ó de muselina bordada de oro al pasado, con una amplitud de cuatro ó cinco varas. «He »visto algunas que valían quinientos ó seiscientos escudos.» Todo esto las ahueca y ocupa un gran espacio cuando están sentadas en almohadones, teniendo las piernas cruzadas. Asoman las flacas manecitas por grandes mangas de tela, tejida con oro y plata y seda roja y verde. La cintura se la rodean con relicarios y medallas. El cuerpo de la falda va adornado de diamantes, y por uno de sus lados cae una cadena de perlas, ó

diez ó doce hilillos de piedras preciosas. Zarcillos «más largos que la mano» penden de las orejas á los lados de la cara; algunas de estas alhajas son relojes, candados de piedras preciosas, y hasta llaves de Inglaterra, muy bien trabajadas, ó campanillas. En las mangas y en los hombros llevan *Agnus Dei* y pequeñas imágenes; por encima de esta aglomeración complicada y brillante aparece la cabeza, delgada y ardiente, rodeada por una constelación de moscas de diamantes y de mariposas de pedrería. Los cabellos, negros y soberbios, son tan brillantes, «que podrían servir para mirarse en ellos». El rostro, lavado con una mezcla de blanco de huevo y de azúcar candiada, es tan luciente, que parece barnizado. Las cejas, pintadas, se juntan enmedio de la frente. Las mejillas, la barba por debajo de la nariz y por encima de las cejas, el borde de las orejas, la palma de las manos, los dedos y los hombros, todo aparece teñido de rojo. Humo de pastillas quemadas y penetrante olor de flor de naranjo, se exhalan de la ropa y de la persona. El centelleo de tantas seducciones caprichosas y penetrantes, impresionan todos los sentidos de modo extraordinario. «Cuando las mujeres an»dan parece que vuelan; en cien años no aprenderíamos esta »manera de marchar; apenas levantan los pies, como si se des»lizaran.» Una llama interior les sale de los ojos, «que son vi»vos, espirituales, expresivos, de un lenguaje tierno é inteligi»ble, de tal modo que, aun cuando las mujeres no tuvieran más »que esta única belleza, podrían pasar por bellas y robar los »corazones». Si la belleza es una promesa de felicidad (1), el sueño que puede sugerir este ser atenuado, concentrado, embriagador como esencia de rosa y centelleante en su envoltura pomposa de seda, de pedrerías y de oro, es un éxtasis y una locura con ímpetus deliciosos y sentidos, con las turbaciones y los refinamientos de imaginación intensa, que entorpecen y

(1) *Pulchrum est quod promittit bonum* (Hobbes).

desconciertan la máquina humana, cuando repentinamente todas sus fuerzas se condensan en un solo fulgor.

En efecto, ese es el amor; parece un delirio persistente y agudo. «En los días de ceremonia cada señora puede llevar »dos caballeros á su lado, los cuales se pueden poner el som»brero delante de Sus Majestades, aun cuando no sean gran»des de España. Se les llama *embebecidos* (1), es decir, embria»gados de amor, y tan ocupados en su pasión y en el placer de »hallarse al lado de sus amadas, que son incapaces de pensar »en otra cosa. Así les está permitido cubrirse, como se permi»te á un hombre que ha perdido el juicio faltar á los deberes »de la conveniencia». El amor parece que es aquí el principal asunto de la vida. En Madrid y en Toledo hay todas las noches 400 ó 500 conciertos de guitarra en las calles. Con precocidad meridional, niños de seis años se dicen ya ternezas en el lenguaje convenido de los ojos y de los dedos. Las molestias físicas más ridículas se consideran honrosas si son causadas por servir á una señora; cuando la Reina sale con sus damas, los amantes van á pie cerca de la portezuela del carruaje, para distraerlas; el lodo de las calles los salpica de pies á cabeza; pero «el que más se ensucia es el más galante». Cuando el cirujano, después de una sangría, lleva el pañuelo manchado con la sangre de una dama al amante de ésta, recibe como premio una hermosa vajilla de plata de diez ó doce mil escudos. «Antes que faltar á esta costumbre, preferiría »cualquier hombre pasar todo un año comiendo rábanos y ce»bolletas». Los enredos novelescos y las fábulas trágicas de Calderón se encuentran á cada paso en la vida común. Las mujeres son guardadas por dueñas, que no las pierden de vista, y para llegar hasta ellas es necesario adoptar diferentes disfraces y correr no pocos peligros. Un amante se disfrazó de

(1) Compárense estas costumbres con las de los calabreses. Un amante se llama un *cascamorto*, es decir, uno que cae desvanecido de amor ante su amada.

aguador; otro de mujer en cinta. «Hay personas que se aman »durante dos ó tres años sin haberse hablado nunca». Las más extrañas aventuras teatrales no son más que repetición de escenas callejeras. Una dama que sale y que se siente contrariada porque alguno la siga, se dirige al primero que pasa y le ruega que la libre de aquel importuno. «Esta súplica es una »orden para el galante español», y muchas veces dos hombres se matan por una mujer á quien no han visto la cara y cuyo nombre ignoran; á las veces, el paladín improvisado es, sin saberlo, su marido ó su hermano, que tal vez reciben una herida para facilitarle el medio de ir á ver á su amante. Un caballero que lleva del brazo á su dama entra en la primera casa que se le antoja, ruega al dueño de ella que se retire; éste abandona, efectivamente, el campo y..... resulta que aquella mujer era la suya propia. Cuasi todas las tardes los jóvenes y muchos hombres casados salen á caballo para pasear frente á las ventanas de su dama, y llevan un lacayo á la grupa á fin de evitar que le ataquen por la espalda: «No faltarían á esta »costumbre por un imperio; hablan con las señoras á través »de las celosías; algunas veces entran en el jardín; suben cuan»do pueden á la cámara y aun llegan hasta la alcoba donde el »esposo duerme: también he oído decir que hay amantes que »se están viendo sin cesar todos los días del año, pero sin atre»verse á pronunciar una sola palabra por temor de ser oidos.» El secreto y la fidelidad son completos. «Hay relaciones amo»rosas que duran toda la vida, quizá porque los interesados »nunca han dispuesto de una hora para concluirlas. Son dig»nos de mención los cuidados, la delicadeza que usan: hablan »de sus damas con un respeto y una consideración que parecen »corresponder á sus soberanas». Conservan su adhesión hasta la muerte: «los maridos y los padres son siempre inexorables». Muchas historias del gran mundo se desarrollan mediante la espada, el puñal y el veneno, como en los melodramas. Un marido mata á su mujer; el amante mata al marido. Un amante incurre en infidelidad; su dama lo saca de una casa y lo obli-

ga á escoger entre el puñal ó el veneno (1). La tragedia que rodea al amor es como un picante que realza su gusto. No solamente es el amor general y sin freno, sino que así debe ser: las mujeres lo exigen como una deuda: un hombre no es caballero más que en cuanto ama. «La marquesa de Alcañices, una de las más nobles y más virtuosas damas de la corte, nos decía: «Lo declaro: si un caballero hablara conmigo media hora »y no me pidiera los más íntimos favores, me ofendería de él »hasta el punto de que lo abofetearía si pudiera.....» Apenas »habrá mujer que no piense de igual manera en aquel país».

Un sentimiento de esa naturaleza exige sangre y sacrificios: es una especie de fanatismo que lastima y exalta al mismo tiempo. Por las calles se encuentran disciplinantes que se flagelan en honor de sus damas, como Don Quijote en la sierra. Llevan cubierto el rostro, y en la cabeza ostentan una caperuza en forma de pirámide, tan alta como tres pilones de azúcar; de la disciplina pende una cinta regalada por la señora de sus pensamientos. El marqués de Villa Hermosa y el duque de Véjar dieron últimamente un espectáculo de ese género para probar «su bravura y distinción». Los dos marchaban precedidos de sesenta amigos y seguidos de ciento, que á su vez iban acompañados de sus pajes y lacayos y todos llevaban cirios encendidos. «Todas las señoras estaban asomadas á »las ventanas y habían puesto colgaduras en sus balcones y »luminarias para mejor ver y ser vistas.» Con todo ese aparato, marchaban los disciplinantes fustigándose por su propia mano los desnudos hombros. «Se hacen horrorosas desolladuras de las que corre la sangre». Sus damas, colocadas detrás de sus celosías, los animan con alguna señal. «Cuando encuen»tran á su paso alguna señora bien vestida se azotan de ma»nera que salpique sobre ella la sangre; este es un gran honor

(1) Si quisiera referir todos los hechos trágicos de que adquiero diariamente noticias, pudiera cenvenceros de que este país es el teatro de las más terribles escenas del mundo. (III, 80.)

»y la señora da las gracias con reconocimiento.» Nada tiene de extraordinario que se expongan ante los cuernos de un toro para agradar á sus damas. La fiesta es magnífica y terrible, y lleva en sí todas las seducciones deslumbradoras y violentas que pueden conmover tales nervios. Bajo el espléndido sol de España, el Rey, los embajadores, los grandes consejeros del reino con sus insignias y sus armas, todos los grandes, todas las damas, adornadas con pedrerías y telas soberbias, toman asiento en almohadones cubiertos con ricos tapices y bajo doseles bordados de oro. Seis caballeros nobles se presentan seguidos de doce caballos de repuesto, de seis mulas cargadas de picas y de cuarenta lacayos vestidos de gros *moaré* guarnecido con encaje y de brocado encarnado con rayas de oro y de plata. El traje de los caballeros es negro, bordado con plata, oro, seda y azabache; llevan sombrero con plumas blancas moteadas, una rica escarapela de diamantes y un cordón de pedrería; llevan también unas bandas moradas, blancas, azules y amarillas, bordadas de oro al pasado. Con este traje atacan al toro de frente, en primer término con la pica y después con la espada. Los caballos, con el vientre abierto, marchan pisándose los intestinos: ordinariamente en cada corrida sucumben varios hombres. Uno de los caballeros resulta herido en una pierna y su caballo cae reventado; la dama por la que el caballero combatía se adelanta en su palco y le hace señas con su pañuelo; él, perdiendo un río de sangre, y apoyado en uno de sus lacayos, se dirige al toro y lo hiere en la cabeza; después, volviéndose hacia la dama besa su espada y se deja llevar por sus gentes, que lo conducen medio muerto.

En una imaginación que se extasía en objetos de esa clase, las elevadas concepciones faltan; no se precia de la imitación, sino del hecho positivo y crudo. Las grandes razas pensadoras tienen espíritu filosófico ó moral; buscan en los espectáculos sensibles la idea interior y profunda; comprenden más allá de lo que ven, y la forma concreta que se ofrece ante sus ojos ó que flota ante su espíritu no les produce ilusión más que

hasta cierto punto y por instantes. Pero el español se sumerge en su desvarío hasta cambiarlo en sensación ó en visión. De todos los grandes poemas que han enaltecido á la imaginación sobre la razón humana, la religión es el más augusto; y en la India, en Grecia, entre los pueblos germánicos, la leyenda divina deja transpirar, á través de sus formas fantásticas, las adivinaciones metafísicas ó los instintos morales que le dan toda su nobleza y toda su elevación. Para el español, por el contrario, la religión es una emoción de la carne y de la sangre, una alucinación del cerebro, una explosión de ferocidad innata. Su Dios está allá, en las iglesias; por una parte, el Cristo en la cruz, cubierto de sangre, con la piel terrosa de los ajusticiados; por otra, la Virgen con las blondas y las pedrerías de las reinas. No se les percibe á la manera de personajes ideales alejados en una antigüedad muy distante ó confinados en un cielo superior: se les siente corporales, palpables, vivos é interviniendo en nuestra vida; se les representa en el teatro; con su presencia ó con su acción entran en los dramas laicos; tienen las costumbres, los sentimientos, las ideas, los hábitos de los contemporáneos. En un *auto*, Jesucristo pretende ser admitido en la Orden de los Caballeros de Alcántara, y no pudiendo lograrlo á causa de su humilde nacimiento, se venga fundando la Orden de Cristo. Cuando San Antonio dice su papel en la escena, toda la concurrencia le acompaña en voz alta golpeándose el pecho. Bajo cada español del siglo XVII hay un cruzado que durante ocho siglos combatió encarnizadamente con los moros, teniendo por dama á la Virgen y por general á Jesucristo. En ninguna parte una representación tan material y tan intensa ha dado á las figuras de la fantasía un ser tan sólido y tan limitado (1). A sus ojos todo el que niega el dog-

(1) En Mallorca, hacia el año 1820, el predicador explicaba á los fieles, en el día de Viernes Santo, la traición y crimen de Judas Iscariote: bajo el pórtico del templo había un maniquí que reprerentaba á Judas, y todos los fieles fueron, al salir del sermón, á clavar un cuchillo en el maniquí.

ma es un traidor, y la guerra es el estado natural del cristianismo contra el hereje ó el infiel. Hasta el tiempo de Felipe II los caballeros llevaban de sus expediciones algunas cabezas de moros pendientes de las sillas de sus caballos y las arrojaban á los niños al pasar por las aldeas. En los primeros autos de fe los guardias no podían esperar la muerte de los condenados ni abstenerse de pincharlos vivos por entre las llamas de la hoguera. Santa Teresa, en sus oraciones de amor, lanza gritos de odio: «Al pedir por los predicadores, por los defensores de la »Iglesia, por los hombres sabios que sostienen su causa, hace»mos todo lo que está á nuestro alcance para socorrer á *nues»tra madre*, á la que los traidores que le deben tantos benefi»cios tratan con tal indignidad que no parece sino que desea»rían *crucificarlo de nuevo y no dejarle ningún lugar en que pu«diera reposar su cabeza* (1).» Todavía á fines del siglo XVIII los españoles «no dejan las espadas ni para confesar ni para »comulgar: dicen que la llevan para defender la religión; y por »la mañana, antes de ceñírsela, la besan y hacen con ella la »señal de la cruz.» Todos llevan escapularios y alguna imagen santificada por una reliquia milagrosa. Las señoras usan enormes rosarios colgados en la cintura «y rezan el rosario sin fin »en las calles, en las casas, hablando, y hasta cuando hacen el »amor, cuando mienten y cuando murmuran.» Es esa una devoción mecánica y corporal que les agrada; pero todo lo que sea trabajo intelectual está excluido de esa religión. «Estando »el otro día en misa el conde de Charny, francés, leyendo en »su libro de Horas, una vieja española le arrebató el libro, y »tirándolo al suelo con mucha cólera, le dijo:—Deje usted eso »y coja el rosario.» Ante los gordos, insolentes y brutales monjes del Escorial, las mujeres se arrodillan y humildemente besan la mano que ellos les tienden. En las iglesias los concurrentes «se golpean el pecho con un fervor extraordinario, »é interrumpen al predicador con gritos lastimeros de com-

(1) *Camino de la perfección*, cap. I, 6.

»punción.» Durante la cuaresma se ven por las calles algunos penitentes desnudos hasta la cintura y con la cabeza tapada. «Una estera estrecha los envuelve y los estruja hasta el punto »de que todo lo que se ve de su piel aparece de color azul y »acardenalado; los brazos van también metidos en la misma »estera y muy extendidos. Llevan hasta siete espadas colocadas »en las espaldas y en los brazos, de manera que les ocasionen he»ridas cuando hacen algunos movimientos ó cuando tropiezan »y caen, lo que les sucede muy frecuentemente, porque llevan »desnudos los pies y el empedrado es tan puntiagudo que cor»ta los pies al que pretenda sostenerse derecho sobre ellos. »Hay otros individuos que en vez de espadas llevan cruces tan »pesadas que anonadan; y no se piense que esas personas son »ordinarias, algunas son de muy buena posición. Sus servido»res, disfrazados, llevan vino, vinagre y otras cosas para dar »de cuando en cuando á su amo, que algunas veces cae como si »hubiera muerto víctima de la pena que sufre... Se dice que »estas penitencias son tan rudas que aquel que las padece no »dura un año.» Siempre el terrible exceso de una imaginación furiosa y limitada. Pero en este asunto, lo mismo que en el amor, el sueño delicioso acompaña á la tragedia siniestra. En los templos, las imágenes de la Virgen centellean de pedrerías y soles de diamantes brillan en sus cabezas. Los altares y las balustradas son de plata maciza. «Cien grandes lámparas de oro y de plata» brillan en la obscuridad de las bóvedas. Las capillas parecen un paraíso de felicidad. «En ellas preparan el »suelo cubierto de cesped, salpicado de flores. Se las embellece »con numerosas fuentes, cuya agua cae en receptáculos de »plata, unos y otros, de mármol y de pórfido.» Jazmines y naranjos más altos que hombres esparcen su olor penetrante por las capillas, y muchos pajarillos cantan entre el verde follaje. Una religión entendida así da á los sentidos toda su excitación y el único pasto que reciben, y así puede comprenderse por qué la Inquisición se arraigó en este país y cómo pudo contar entre sus servidores á los más gloriosos poetas; disponer

hasta el fin de las simpatías populares; encender hogueras hasta el mismo umbral de la Revolución francesa (1); hacer que á sus hecatombes asistieran el Rey, la Reina y toda la corte; quemar vivas á 30.000 personas; abolir el pensamiento y la ciencia, y soplar durante dos siglos sobre la inteligencia humana como el viento simoún en un campo de flores (2).

Que el lector considere ahora las otras manifestaciones de la actividad y de la inventiva nacionales, y que de ellas deduzca los caracteres del espíritu público; que estudie esa literatura brillante, ilimitada, en la que las exageraciones, las agudezas, los juegos de palabras, las construcciones sonoras, las aventuras y la furia de los sentimientos exaltados, forman un dorado ligero y espléndido; pero en la que, exceptuando una sola obra aparecida por casualidad (3), la filosofía general y la verdadera ciencia del hombre no han construído ni un solo monumento. Que el lector considere esa política altanera y ciega que de tantas fuerzas acumuladas por la naturaleza y la fortuna no ha sabido obtener más que la esterilidad y la muerte. En el centro de las actividades morales que dirigen los fenómenos sensibles, hallará un instinto dominador y destructor que, como un tumor enorme, ha absorbido toda la sangre vital. El vacío se ha formado alrededor del hombre, á quien no ha quedado más que la sed de la sensación excesiva y áspera: sus otras facultades ó aptitudes han perecido sofocadas por la exageración y la fuerza de esa necesidad. El gusto del bienes-

(1) La última persona quemada lo fué en Sevilla en 1781: era una mujer.

(2) La Inquisición, ha dicho el duque de Saint Simon, excluye de su manera de ser toda luz, toda ciencia, todo discurso. No quiere más que la ignorancia y la ignorancia más grosera. La estupidez en los cristianos es la cualidad favorita y la que se procura extender más cuidadosamente, como el medio más seguro de salvación. (Tomo XIX, 409, *Viaje por España en tiempo del Regente*).

(3) Véase en la *Historia de la Literatura española*, por Ticknor, la Historia de la composición del *Don Quijote*.

tar y el sentido de lo útil, las delicadas lucubraciones del espíritu, que por detrás de la apariencia física de las cosas entrevé la realidad de estas; el sentimiento de lo posible, que da vida al genio práctico, y el sentimiento de lo invisible, que da vida al genio especulativo, todos los procesos mesurados y suaves por los cuales la inteligencia se acomoda á las leyes del mundo ó llega á penetrarlas, han sido suprimidos y reemplazados por el espasmo continuo de la imaginación y de la voluntad, especie de tétanos que, después de haber colocado á la nación enmedio de todas las otras mediante un poderoso esfuerzo, la deja tendida, inerte, en la impotencia, parecida á una monomanía que mantiene al hombre en un silencio prolongado, en gravedad taciturna, en un desdén estóico, para sacudirlo con accesos de fanatismo y de amor.—«Hasta cuando juegan, dice Madama D'Aulnoy, parece que son estatuas que se mueven por medio de un resorte; nunca pronuncian una palabra, y se reprocharían el menor gesto.» Muchas hermosas damas llevan gafas por gravedad; los señores también las llevan, y no se las quitan más que para dormir, y mientras más importancia tienen más grandes son las gafas. No hay familiaridad en su trato; siempre están de etiqueta los unos con los otros. «Ese retraimiento los induce á mil visiones, que ellos dicen »filosofía; son reservados, sombríos, soñadores, tristes, celo»sos.» Muchos son maniáticos. Saint-Simón habla de uno que estuvo diez años sin querer salir de la cama. La vida así considerada, es un desierto. Obsérvese la del personaje más elevado, el primero de todos, el monarca, cuyos títulos llenan tres páginas: no hay ninguno que esté servido «con una sumisión »y una obediencia más perfecta ni con un amor más sincero. »El nombre del rey es sagrado, y para reducir al pueblo á todo »lo que se desea hasta decirle: El rey lo quiere. Por muchas »riquezas que tengan los grandes señores, por muy grande »que sea su orgullo ó su presunción..... á la primera orden »marchan, vienen, van á la prisión ó al destierro sin quejar»se.» Pero la misma inflexibilidad de imaginación que ha en-

tronizado al príncipe como un dios, entre tantos respetos y servicios, lo aprisionan en un ceremonial que tiene la autoridad de un dogma. Felipe III murió de un ataque de erisipela, porque un brasero muy encendido le estuvo calentando el rostro y no se hallaba presente el individuo encargado de mover el brasero. La joven Reina cayó de un caballo, y quedando su pie sujeto al estribo, fué arrastrada por el suelo sin que ninguna persona se atreviera á auxiliarla, porque sufre condena de muerte el hombre que toca á la Reina; pero dos señores que desafiando las circunstancias la salvaron, salieron corriendo para refugiarse en una iglesia, donde esperaron el indulto. Cuando dan las diez de la noche, aunque la Reina esté cenando, «sus damas, sin decir una palabra, comienzan á desnudarla, unas y otras la descalzan por debajo de la mesa y la meten en la cama quiera ó no quiera.» Lo grotesco acompaña á lo absurdo, y el monarca, tratado como un muñeco, se convierte además en una caricatura. Cuando el Rey, por la noche, quiere ir á buscar á la Reina «lleva puestos cómodamente sus zapatos, »una capa negra sobre sus hombros, su escudo en el brazo, »una grande espada en una mano y en la otra una linterna »sorda, y además una botella que no es para beber, sino para »todo lo contrario. Solo y de esta manera, es como debe pre»sentarse en la cámara de la reina.» Cuando Don Quijote, envuelto en su colcha, marchaba gravemente hacia Doña Rodríguez con anteojos, ¿sería más ridículo el espectáculo? Todo está reglamentado, dispuesto invariablemente hasta en los menores detalles; el traje, el gesto, la conciencia y el placer del Rey. La persona desaparece, queda sólo un maniquí; un código minucioso y complejo es el resorte que mueve los 100.000 hilos de sus acciones. Si el príncipe abandona á su favorita, ésta se hace religiosa; sus hijas naturales entran en un convento; por un favor da á una dama cuatro doblones. Confiesa, comulga, viaja en días fijos, y con trajes fijos; sus lacayos, su confesor, su cochero, son como autómatas; él mismo es el mayor autómata de todos. En este régimen, el deseo, la

voluntad, el pensamiento desaparecen; el hombre se convierte en imbécil ó loco. Don Carlos, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Felipe V y Carlos IV, fueron idiotas graves, ó enfermos taciturnos ó caprichosos maniacos, los cuales no disponían de otras salidas, para los más bajos y los más tenaces instintos, que algunos restos de sensualidad animal y sus furores de persecución. El Rey es la imagen de su pueblo; los dos se empujan ó se contrarían al mismo tiempo. La historia general y la psicología individual presentan aquí el mismo espectáculo grandioso y lúgubre: el de un entusiasmo que se coagula en ritos, semejante á lava ardiente que, después de los centelleos y de las magnificencias de su incendio, se detiene, se endurece y cubre la llanura con sus arroyos inmóviles y negros.

H. Taine.

CRÓNICA LITERARIA

Dos novelas: PROMISIÓN, por Carlos María Ocantos. — EL EXTRAÑO, por C. Reyles.

De *Promisión,* el nuevo libro del Sr. Ocantos, puede decirse que es la novela de los emigrantes. En una serie de novelas argentinas, la emigración europea era uno de los asuntos que se ofrecían y aun se imponían al novelador, dado caso que éste tratara de presentar un cuadro completo de la sociedad en aquel país, á la manera del que trazó Zola de la francesa del segundo Imperio, ó Galdós de la española desde los últimos años del reinado de Doña Isabel II hasta la actualidad, en sus novelas españolas contemporáneas.

Es aquella República una de las de origen hispano á que afluye más numerosa y continua corriente emigratoria, y este hecho social es sin duda un tema literario para la novela, y por cierto, no despreciable, si se considera que la variedad de costumbres y caracteres de los colonos venidos de distintas naciones del viejo mundo, la situación moral del emigrante, alejado de su tierra natal ya por duras necesidades, ya por inquietas ambiciones, y la actividad económica de los pueblos jóvenes dotados de elementos de riqueza superiores á su población, ofrecen al observador motivos de meditación y estudio y al literato aspectos dramáticos de la vida real, que puede

hermosear el arte, desentrañando la médula sentimental y estética que en tales hechos se contiene.

Promisión llama el Sr. Ocantos á su novela, y es el título declaración anticipada de la índole optimista del libro. Tierra de promisión es, en efecto, para los personajes de la novela, aquélla de la Argentina, adonde fueron á buscar fortuna, y al cabo la lograron á fuerza de laboriosidad y de constancia. Pero la verdad es que si América puede ser todavía la tierra prometida para emigrantes laboriosos y afortunados, como los que pinta el Sr. Ocantos, no es ya lo que eran las Indias para los europeos de otros tiempos, ó lo que la imaginación popular quería que fuesen. No es ya la tierra misteriosa que ofrece tesoros inagotables, territorios inmensos que señorear, minas de metales preciosos que se brindan al primer ocupante; la transición, en suma, de la pobreza á la opulencia con la rapidez maravillosa con que efectúa tal y tan grande milagro la varita de virtudes de los cuentos de hadas.

El emigrante moderno rara vez alimenta tales ilusiones; va á América casi siempre en busca de un mercado mejor de trabajo, de un medio más propicio para su industria. Al aventurero han sucedido el trabajador y el negociante. Las Indias de hoy han variado de hemisferio. Se llaman Africa, y los sucesores de los Pizarro, los Cortés, los Alburquerque, los Clive y los Warren Hastings, de unas y otras Indias, occidentales y orientales, llevan los nombres de Stanley, Emin-Bajá, Gordon, Cecil Rhodes, Jameson.

No hay en América pueblos salvajes que conquistar y civilizar, buscando á la par el botín de tan extraordinaria empresa. Va el europeo al Nuevo Mundo como van el italiano á Francia y el español á Argel, ó como iba el alemán á Rusia. Va á trabajar, á poner en el comercio cosmopolita su esfuerzo y sus aptitudes; va á sociedades cuya constitución esencial difiere poco de aquellas de donde procede la corriente emigratoria. Aparte de las diferencias climatológicas, puede decirse que representaba cambio mayor de costumbres y de condicio-

nes exteriores en el siglo XVI un viaje de una á otra nación europea, que hoy el que se hace desde Europa á los pueblos americanos.

El sentido de la vida es hoy más cosmopolita, el apego á la tierra natal ha disminuído, los modernos medios de comunicación han acercado á los pueblos más remotos y han establecido entre todos los que participan de la civilización moderna, y aun entre éstos y los de inferior y distinta cultura, un cambio constante de productos y de ideas, que también los ha aproximado moralmente. Los trasatlánticos y los ferrocarriles, no sólo han hecho que una legua ó una milla marina no representen hoy más que una fracción de lo que representaban hace un siglo: han acortado también las distancias entre los espíritus.

El lado doloroso y trágico de la emigración es principalmente económico, como todo lo que á este hecho social se refiere. La nostalgia del viejo campanario de la aldea, de la casa y los campos, testigos de los juegos infantiles y del despuntar de ilusiones de la mocedad; la ausencia de la tierra *suya*, donde quedaron solos los huesos de los muertos queridos y las antiguas afecciones y recuerdos unidos á los sitios familiares, no son, por lo común, el dolor que más aflige al emigrante. Estos dolores morales se han atenuado mucho en el espíritu de los hombres modernos.

Lo que más mueve á compasión hacia los emigrantes son las penalidades materiales; la miseria que les lanza á otras tierras; la incertidumbre del porvenir, el trabajo penoso y duro en climas enervantes y entre gentes extrañas, el ambiente de indiferencia ó de hostilidad, por parte de los naturales, que les rodea en las comarcas á que emigran. Pero si vence estas pruebas y la fortuna le ayuda, el emigrante europeo se apega y asimila al país que le dió hospitalidad, y hace de él una segunda patria, sin perder por eso el amor á la de origen.

Tal es el caso de los personajes que pinta el Sr. Ocantos en su novela; buenas gentes, animosas y trabajadoras, que logran

en la Argentina la recompensa merecida por sus esfuerzos. No hay entre ellos espíritus complicados y sutiles; son almas sencillas y fuertes, con fe en la vida, voluntad perseverante y confianza en sí mismos y en la justicia distributiva de la Providencia. Personas de bien, que trabajan concienzudamente, respetan á Dios y al César, aman honestamente, cortejan con buen fin y se casan por la Iglesia; que creen en el deber y no se inquietan con los enigmas del mundo y de la vida. Para ellos no existen esos enigmas, no discuten ni analizan el orden inmutable de las cosas; se contentan, como la inmensa mayoría de los humanos, con vivir de la mejor manera posible dentro de su esfera. Hasta un librepensador, personaje episódico de la novela, lleva escondido bajo las ropas interiores un escapulario.

Son, en fin, personajes vulgares si se quiere, pero simpáticos, que profesan esa razonable filosofía inconsciente, que consiste en abstenerse de filosofar y en cultivar más asiduamente que el jardín de las ilusiones, el huerto de la vida real.

La novela es interesante. Su acción, sencilla y bien desarrollada. Su parte descriptiva es superior á la dramática. La *manera* recuerda la de Daudet y la de Dickens. Se observa en *Promisión* un humorismo tierno, compasivo, como el de estos noveladores. Y la composición interna de la obra, la adecuada proporción que guardan los diversos episodios y las distintas partes de la fábula, muestran que el Sr. Ocantos es escritor diestro en vencer las dificultades de la novela y en utilizar los grandes recursos que ofrece género tan flexible y vario.

Generalmente, la parte más débil en las obras de los modernos escritores americanos, es el lenguaje, por lo común poco castizo, lleno de reminiscencias de otros idiomas y de *provincialismos,* voces y giros locales poco afortunados. Algo de eso se observa en *Promisión,* aunque, á mi entender, es una de las obras más limadas del Sr. Ocantos, y puede pasar por castiza dentro de la literatura hispanoamericana.

*
* *

El Extraño, segunda de las *Academias* ó *Ensayos de Modernismo*, del Sr. Reyles, de cuyas obras literarias he hablado más de una vez á los lectores de La España Moderna, ha dado lugar á un cambio de artículos entre D. Juan Valera y el señor Reyles; artículos en los cuales se han tratado con la brevedad indispensable en esta clase de trabajos, pero en forma clara y amena, cuestiones muy importantes de literatura.

El Sr. Valera, al hablar de *El Extraño*, lamentó la afición de los escritores hispanoamericanos á inspirarse en la literatura francesa, achacándolo á ese menosprecio hacia las cosas nuestras, y esa estimación exagerada de las ajenas, que muchos atribuyen á los españoles contemporáneos. El Sr. Valera no admite que haya en la literatura un progreso al modo del que se observa en las Ciencias, ni cree que el fin natural de las producciones literarias sea otro que el proporcionar solaz y deleite al público á quien van dirigidas.

A esto contesta el Sr. Reyles que el Arte literario, y dentro de él la novela, debe aspirar á algo más que á producir mero entretenimiento; que se busca en él no lo que más divierte, sino lo que produce sensaciones más hondas y duraderas, y que de ahí proviene la afición de los escritores americanos á la nueva literatura de Francia y de otros países, y no de simples modas estéticas ni de menosprecio hacia lo español.

Como sucede, por lo general, en estas polémicas literarias, que no están sujetas al rigor de una discusión científica, ambos contendientes tienen su parte de razón y uno y otro emiten proposiciones que parecen exactas y acertadas. A mi entender, la opinión del Sr. Reyles es la que más se aproxima á la verdad, aunque acaso lleve ventaja en el debate el Sr. Valera, como maestro en el decir y muy sutil é ingenioso discutidor, aunque el escritor uruguayo no es adversario despreciable. Pero no siempre tiene razón el que con más habilidad razona, y eso le sucede, á mi juicio, en el presente caso, al insigne autor de *Pepita Jiménez*.

Titula éste donosamente su artículo, acerca del libro del

Sr. Reyles, *El Extraño, última moda de París*. Hubiera podido contestar el escritor americano diciendo que el Sr. Valera rendía, á su vez, culto á la última moda de Madrid. Moda de hace algunos años, pues las nuestras duran mucho, sin duda porque como es escaso el movimiento intelectual, las ideas que, siguiendo la comparación, vienen á ser como elegancias del espíritu, tardan bastante en vulgarizarse, y los elegantes en este orden no necesitan variarlas con tanta frecuencia como los de otros países donde se lee y se discute mucho, siendo, por lo mismo, corta la duración de semejantes modas del pensamiento ó del gusto literario.

La moda de Madrid á que me refiero, consiste en sostener que los españoles adolecemos del defecto de menospreciar lo propio y enamorarnos de lo ajeno, con lo cual vamos alterando el carácter nacional, mediante imitaciones infelices de cosas extranjeras. Pero en comparación con lo que copian de las demás otras naciones menos necesitadas que nosotros de estudiar é imitar lo que se piensa y se hace más allá de las fronteras, es muy poco lo que nosotros copiamos. Lejos de tener en tan escasa estima lo nuestro, se ve, por la Historia y por las manifestaciones más corrientes de la opinión pública en España, que uno de los rasgos del carácter nacional es cierto exagerado orgullo, cierta jactancia, que sólo cede á la de nuestros vecinos los portugueses, y que ha sido para nosotros origen de muchos males, por no resignarnos á las duras imposiciones de la realidad, y aún puede ocasionarnos disgustos y contratiempos de consideración.

Esta teoría del menosprecio de lo español por los españoles, la ha explotado nuestra escuela tradicionalista para combatir las críticas, apasionadas unas veces y justas otras, de la España de los siglos XVI y XVII, y de los personajes é instituciones que mejor la representan, pretendiendo así identificar con la esencia del carácter español aquella fase de su desenvolvimiento histórico. Triste sería en verdad que no hubiese para nuestra raza otros caminos que el imposible de desandar el

tiempo. Los muertos no resucitan, y por muertos podríamos darnos si nuestra vida nacional y nuestra cultura no pudiesen prometerse otra savia que la que es posible sacar de aquella España, gloriosa y grande en su tiempo, pero que hoy duerme en el sepulcro y ha sido sustituída por otra España nueva, mejor ó peor, no tan inferior acaso á la antigua como se cree, pero que es al cabo la que existe, y á la que debemos consagrar nuestro amor y nuestros esfuerzos.

Mucho mejor sería para nosotros, y acaso para los americanos de nuestra raza, que España siguiese siendo la metrópoli intelectual de sus antiguas provincias del Nuevo Mundo. No lo es, y ante el hecho sirve de poco la dialéctica. Estas primacías intelectuales no se ganan por títulos históricos, ni por los meros vínculos de consanguinidad y de raza. Requieren una superioridad de cultura que no poseemos con relación á otros pueblos de Europa, y no podemos censurar en justicia á los hispanoamericanos porque busquen inspiración en esos pueblos. Nosotros la buscamos también, y debemos buscarla, puesto que no sería racional que nos privásemos de participar de los beneficios de la ajena cultura por espíritu de casta, ó por exagerado amor á tradiciones muertas. Y podemos hacerlo sin afrancesarnos, ni germanizarnos, ni cosa parecida, puesto que el sedimento del carácter nacional, formado por la labor lenta y silenciosa de muchos siglos, tiene que pesar más que estas adquisiciones y comunicarlas su *sabor* y su forma.

En realidad, el peligro mayor de una exagerada influencia de las literaturas extranjeras es que se altere y se corrompa el lenguaje. Pero esto no es de hoy; en el siglo de oro lo lamentaban ya nuestros escritores. Y como la curiosidad plausible y natural hacia lo extranjero no está reñida con el estudio de lo propio, el comercio con nuestros clásicos puede contrarrestar esta tendencia á las variaciones del idioma, tendencia que lucha además con las varias fuerzas conservadoras que tienden á mantener el tipo de la lengua.

Cuanto á que tenga la literatura el mero fin de deleitar, aun concediéndolo, hay que reconocer que este deleite es de una índole particular, comparable en algún modo al del hatschis ó el opio, que, según cuentan, proporcionan agradables ensueños ó ilusiones. El deleite literario consiste en estimular la vida imaginativa, segunda vida del hombre, que le proporciona sobre las sensaciones é imágenes de la existencia que se califica de real, otro orden de sensaciones y de imágenes, en que su voluntad influye más que en la primera. Para comunicar este estímulo se necesita haberlo sentido: de ahí que la literatura sea, ante todo, al menos considerada subjetivamente, expresión de algo comprendido y sentido, y no combinación artificiosa, ideada en vista de los gustos de un público y de su posible deleite. Es cierto que de este último modo se escribe *pane lucrando*, pero esto influye desfavorablemente en las producciones literarias. Claro que el literato, en el mero hecho de publicar sus obras, da á entender que supone la existencia de un número mayor ó menor de personas que sientan como él siente, y vean la realidad tal como él la contempla; pero en primer término, el verdadero artista crea para sí mismo y no para satisfacer determinado gusto de un público.

***

Estas reflexiones me han apartado de *El Extraño*, novelita que, á mi juicio, supera en interés y en esmero de ejecución á la primera de estas *Academias* del Sr. Reyles, titulada *Primitivo*. El personaje que presenta el escritor uruguayo en *El Extraño* es un tipo refinado y complejo, que pertenece á la familia de los héroes de Bourget y Marcelo Prevost, y tiene la cantidad suficiente de neurosis para que Nordau pudiera clasificarle entre los degenerados del final del siglo. Su balance psíquico acusa exceso de intelectualismo y de sensibilidad

morbosa, atonía moral, voluntad floja y contradictoria. Es un *esteta*, ó en términos más llanos, pero casi equivalentes, un sensualista. Ve, siente y juzga las cosas de otro modo que los demás, y por eso resulta para ellos un extraño, como á su vez son para él *extraños* aquellos hombres que no le comprenden y que representan la vulgaridad, el común sentir, los prejuicios sociales, todo lo que él aborrece y menosprecia.

En el fondo no es tan grande como á primera vista parece la diferencia moral entre el tipo refinado que ha querido pintar el Sr. Reyles, y el tipo medio humano, que no se distingue por vicios ni virtudes. En realidad, el *egotista* que se considera como centro del mundo, es, en último término, un egoísta ilustrado y culto, que en vez de practicar el egoísmo ocultándose, lo profesa aparatosamente haciendo de él una teoría filosófica. Esta franqueza, ó si se quiere cinismo, es lo que excita contra tales personalidades las iras de las gentes sensatas y de orden, que se alarman más por las teorías disolventes que por los pecados y delitos vulgares. Pero, moralmente, no es mejor el que reconociendo leyes éticas las infringe, que el que se proclama *amoral* y ajusta su conducta á la norma del placer ó de la utilidad, norma que siguen, por otra parte, muchos modernos fariseos que rinden á los conceptos reinantes de la moralidad todo el acatamiento teórico que puede apetecerse, mas en la práctica sólo se acuerdan de ella cuando está conforme con sus intereses ó, por lo menos, no resulta en contradicción con ellos.

No es tampoco fruto exclusivo de nuestra civilización la carta de los partidarios del *Unico*, de Stirner. El hedonismo individualista se descubre ya en los tiempos más remotos, y vemos huellas de él en las más antiguas literaturas del Oriente. Se puede repetir, á propósito de esto, como de tantas otras cosas que á las veces nos sorprenden y nos alarman, que nada hay nuevo bajo la faz del sol. Y ahora, como siempre, es aquélla una disposición de espíritu excepcional y rara. La solidaridad humana, ya se funde en principios religiosos y mora-

les, ya en sentimientos de caridad, ya en móviles utilitarios bien entendidos, no es palabra hueca.

Hay también mucho de afectación y de *snobismo* en este apartamiento de los principios de conducta á que rinde culto más ó menos sincero la gran mayoría de la humanidad civilizada. El personaje del Sr. Reyles acaba por no consumar una grave falta moral de que son capaces, cual lo acredita la experiencia de la vida, hombres que se asustarían y escandalizarían ante las opiniones del *Extraño*.

Basta con lo dicho para indicar el interés que ofrece el asunto de la nueva producción del Sr. Reyles. No desmerece esta *Academia* junto á las obras francesas inspiradas en la misma tendencia, y por su elegante estilo y el fino análisis psicológico, que es en ella lo principal, resulta un libro muy sugestivo y agradable, de los más acabados y dignos de atención entre los que recientemente han salido de plumas hispanoamericanas.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LOS MILLONARIOS GRIEGOS

I

Entre todas las ciudades del antiguo y del nuevo mundo, recién creadas ó levantadas de sus ruínas, Atenas es la única que corrige la regularidad de sus calles con la belleza general de sus construcciones. Desde el palacio del rey hasta la zahurda del artesano, cada una de sus casas, por su columnata, sus ventanas ó los detalles de su techumbre, tiende á reproducir las líneas clásicas del puro estilo griego. En ningún punto de la ciudad hieren la vista masas colosales; sólo se descubren proporciones armoniosas, y como la materia común de todo edificio es el mármol del Pentélico, la impresión del conjunto es de elegancia y fuerza á la vez. Muy pronto el viajero comprende que está en un pueblo deseoso de recoger á través de las edades y afirmar de un modo duradero su carácter nacional.

Lo igualmente notable en la primera visita á Atenas, es que á cada paso, iglesias, gimnasios, hospitales, bibliotecas, teatros, estatuas, hasta los relojes públicos, hasta las aceras enlosadas de mármol que los piés pisan, todo evoca nombres de donantes: Zappas, Avérof, Singros, Valianos, Sinas.....

En pasando revista á esos regalos suntuosos y sin número, hechos á la ciudad de Atenas, ya no queda nada más que admirar. En vano buscaríais allí los edificios de los ministerios; el Parlamento mismo apenas es visible, eclipsado por el esplendor de los palacios particulares y de las fondas que lo rodean.

Si de las calles pasais á las salas del Museo de la Revolución, el ateniense os muestra con orgullo, mezclados con las desgreñadas figuras de los héroes del mar y de la montaña, retratos de mercaderes de expresión serena, con tocados de moda anticuada: son los donantes de los primeros momentos, aquellos que sacrificaron su fortuna por la causa de la independencia.

Grecia hace objeto de piadoso culto á esos millonarios de ayer y de hoy. Aprovecha todas las ocasiones para tributar homenaje al importantísimo papel histórico que representaron en la formación y en el desarrollo del Estado griego. Armamento, obras públicas, subvenciones á las escuelas y academias, á los asilos de huérfanos y á los teatros; todo esto, de lo cual se encarga el Gobierno en los demás países, tómanlo sobre sí en Grecia los ricos.

Estas costumbres parecen indicar que tal vez haya en la Nación griega una desigualdad de condiciones capaz de producir graves trastornos sociales como consecuencia de ella. No hay nada de eso. En los países griegos reina completa armonía entre el pueblo y los capitalistas; y no se trata allí, en esa parte, de sentimiento ó de sensatez premeditada, sino que una necesidad imperiosa y de que á menudo no tienen conciencia, lleva á los griegos ricos á convertirse en biehechores públicos. Su amor al país y la gratitud que les tiene el pueblo constituyen un fenómeno de solidaridad social, determinado no por la voluntad de los individuos, sino, como vamos á verlo, por la forma particular de la agrupación étnica en Grecia.

Todos los millonarios griegos, sin excepción, han hecho sus fortunas en el extranjero.

El país que constituye la Grecia, propiamente dicha, no ofrece recursos suficientes á quien quiera enriquecerse. Sus áridas colinas se coloran de malva y rosa á la puesta del sol; sus golfos presentan á la vista sábanas de oro y azul; sus bosques de olivos tienen un verdor pálido, una umbría que no asusta; sobre el fondo negro de las rocas se destacan los mármoles, con una blancura y una claridad que seducen. El heleno que se destierra, sean cuales fueren las ventajas que halle entre los bárbaros, nunca puede olvidar su *pátrida chrusi*, su patria dorada. La tierra griega cautiva al hombre por lo intenso de su luz y por el espectáculo que ofrece en todas partes de la lucha trágica á que se entregan los elementos sólido y líquido, las rocas y las olas. Forma el paisaje más claro y más conmovedor que existe; pero, en definitiva, es muy pobre.

Con mucha sencillez, un labriego de la campiña de Atenas nos contaba sus sinsabores:

—Hermano, este suelo es ingrato. En Jonia, en Macedonia, siembras una medida de trigo y coges diez. Aquí, por una medida obtienes á lo sumo dos ó tres. Allá, para conseguir aquel resultado, arrojan el grano y ya no se ocupan más de él. Acá, aramos, cavamos, trabajamos sin descanso.....

El maestro de escuela, que estaba presente, le interrumpió con estas rápidas palabras:

—El hombre que no se esfuerza se enerva. Su trigo crece solo, pero sus brazos se debilitan, y su vientre, cargado de alimento, le molesta. Porque tú has vivido en un perpetuo combate con la tierra, por eso mismo ha adquirido agilidad tu cuerpo; y porque te llevas tan poca cosa á la boca, por esa razón tienes la consistencia del hierro. No tienes miedo á nada: si mañana apareciese el turco, correrías á su encuentro sin vacilar. Eres un hombre libre, y tus hermanos de Jonia son esclavos.

El campesino no insistió. Golpeando con su mano callosa el hombro del *dascalos*, dijo:

—Has hablado con exactitud.

Y se puso de nuevo á trabajar, riéndose.

Así es: la tierra griega hace al hombre sobrio, activo y alegre; de ese modo le educa para los combates. Mostrándole el mar, le convida á lejanas aventuras; y desde el último extremo del mundo le atrae hacia sí, á causa de las ventajas que para la defensa le ofrece. Entre dos peñascos que forman un tajo, en el fondo de una ensenada estrecha, ó en los enhiestos cantiles de un islote, le da un nido de águila por mansión.

Desde esos nidos inaccesibles lanzábanse los griegos anteriores á Minos para ir á conquistar con las armas en la mano lo que les hacía falta en sus necesidades. Imagínense los gritos de júbilo, las ofrendas de flores, los cantos, las danzas, las mil manifestaciones de gozo con que les recibirían á su vuelta. Los atrevidos navegantes se entregaban á esas fiestas con una benevolencia generosa. Distribuían presentes y limosnas, ofrecían á los dioses una parte del botín, iban en procesión á modo de acción de gracias, presidían juegos, banquetes, y hacían trabajar en las murallas de la ciudad á los esclavos que habían traído consigo. Una expedición afortunada les hacía ser los bienhechores y, al mismo tiempo, los primeros ciudadanos de la ciudad. Sus compatriotas les glorificaban sin reserva, porque les debían el disfrute de diversiones públicas, el conocimiento de objetos nuevos, relatos maravillosos y el embellecimiento de sus templos, lo cual atraía á su recinto numerosos peregrinos.

Desde la prehistoria griega, en la ciudad en vías de formarse, producíase de esa suerte la estrecha alianza del pueblo, del altar y de la clase rica.

Más tarde, cuando se suavizaron las costumbres, y un cambio legal de los productos de cada país reemplazó á los medios violentos de enriquecerse, los comerciantes siguieron conservando el primer puesto en la ciudad. Adornábanla con monumentos y estatuas; defendíanla contra los enemigos, poniendo á disposición de ella sus propias flotas y tomando á sueldo

guerreros mercenarios; alimentaban á los pobres; eclipsaban á sus rivales con la magnificencia de las fiestas que ofrecían al pueblo; hacían figurar en los juegos olímpicos sus caballos y sus carros. En todas circunstancías, la ciudad triunfaba con ellos. Conforme se enriquecían, la industria local y las bellas artes progresaban bajo su protección. Por la fuerza de las cosas, eran elevados al poder y ejercían esas funciones de *tirano*, de las cuales no puede formarse idea sino pensando lo que fué, en los tiempos modernos, el mando de los Médicis en la ciudad de Florencia.

Si la Grecia antigua abundó en héroes, en donantes, en artistas y en poetas, eso depende de que las ciudades eran allí autónomas; así ofrecían á un gran número de hombres teatro donde desplegar talentos ó satisfacer ambiciones. Las rivalidades que las armaban unas contra otras excitaban el sentimiento de la emulación y mantenían constantemente despiertas esas virtudes de generosidad, abnegación y valentía que son atributo esencial del helenismo. Volvemos á encontrar en los griegos de nuestros días esas costumbres, porque á través de los tiempos ha conservado Grecia la misma estructura social.

II

Para convencerse de ello, baste recordar que los romanos modificaron muy poco la Hélada. Sólo fueron hechas tributarias las ciudades que les habían opuesto resistencia. Las demás recibieron el título de aliadas *(sociæ fœderatæ)*, continuaron gobernándose con sus propias leyes y no fueron obligadas más que á suministrar á Roma, en tiempo de guerra, una contribución en dinero y barcos armados.

Bizancio, á su vez, no introdujo en Grecia mudanzas polí-

ticas; cuidóse de reemplazar el culto pagano por el cristianismo. El heleno no es de ninguna manera fanático en asuntos religiosos, aun cuando tiene firme empeño en guardar sus tradiciones de raza. Sin resistencia se convirtieron los templos en iglesias, pero conservándose en éstas las ceremonias paganas; rompiéronse las estatuas, pero la pintura reprodujo en las paredes sus actitudes serenas, sus ojos inexpresivos, sus vestiduras de pliegues rígidos. Los santos y las santas heredaron el rostro, el traje y los atributos morales de los dioses y de las diosas. Al aceptar el cristianismo, el espíritu heleno no cesó de marcar su repugnancia por toda idea de monoteísmo y de centralización.

Cuando los turcos se apoderaron de Grecia, estableciéronse en valles umbríos y en llanos fáciles de comunicaciones. No se aventuraron á quedarse en las montañas, ni en las costas, ni en las islas. Hallaron más cómodo dejar á sus pobladores libres de organizar á su antojo la vida doméstica, á condición de que les entregasen con exactitud el dinero de los impuestos y el diezmo de los hijos.

De esta manera, hasta bajo el régimen turco, pudieron conservarse los *comunes*, que eran ciudades, villas, y, á menudo simples aldeas, que conservaron el emplazamiento y los rasgos principales de las costumbres de la ciudad antigua. Se forman una idea poco exacta de las condiciones de la vida urbana en Oriente quienes se apoyan en el número de invasiones sufridas por Grecia, para inducir que los griegos de hoy no son descendientes directos de los de antaño. Los invasores saqueaban las casas, llevábanse el ganado, las mujeres y los muchachos, pasaban á cuchillo á los habitantes; pero se libraban bien de exterminar por completo á las poblaciones de quienes esperaban tributos, y por otra parte les repugnaba fundirse con ellas. Cuando tenían que convivir en la misma ciudad, se acuartelaban en barrios donde, mejor que una muralla almenada, el recuerdo de la sangre vertida los mantenía separados durante siglos de las miradas del pueblo vencido.

Los *comunes*, supervivencias de la ciudad antigua, nunca dejaron de ser las células del cuerpo social griego.

Vivieron obscuros y anémicos porque se agotaron en constituir la grandeza de Bizancio, de Venecia y de Turquía. Generación tras generación, jóvenes helenos nacidos vigorosos y apasionados entre los peñascales de Grecia, se encaminaron de grado ó por fuerza á Constantinopla, para convertirse allí en ministros, emperadores, estrategas, patriarcas, almirantes, grandes visires. Con el nombre de legiones bizantinas y cuerpos de jenízaros, desde Justiniano hasta Mahometo IV, hicieron y rehicieron las guerras de Alejandro, corriendo del Danubio á Egipto y de Macedonia á Eufrates. A veces una emperatriz ó un general á quien inesperada victoria confería la púrpura, se acordaban del modesto pueblo donde habían nacido: condonábanle los impuestos y le adornaban con monumentos. Los *comunes* debieron suertes más ó menos prósperas á casualidades de esta especie, á su posición geográfica y á la actividad mercantil que en una esfera estrecha ejercitaban sus habitantes.

En los comienzos de siglo, bajo la dominación turca, el hombre más rico de cada municipio se encontraba investido de la magistratura civil y llevaba el título oficial de *Rodjabachi* ó notable. Poseía algunos buques de vela dedicados al comercio de cabotaje entre las islas, debiendo su fortuna á ese tráfico. Era elegido por el pueblo el domingo, después de misa. Tenía el cargo de ordenador de pagos y recaudador de impuestos; intervenía entre el gobernador y el pueblo para que se anulase una injusticia y para la entrega de los niños, mientras se practicó esta costumbre; agrandaba y reparaba la iglesia, dotándola de santas imágenes y de casullas doradas; abría una modesta escuela y socorría á los pobres. En cambio, la víspera de Pascua, por la noche, tenía el privilegio de conducir con gran pompa á través de la ciudad el Santo Entierro. Él mismo, con ayuda de sus hijos, llevaba la urna sepulcral donde estaba pintada la figura de Cristo. Los miembros de su

Primero, del barco anclado entre las pechas hacían desembarcar toneles llenos de oro, y por la noche los bajaban á cisternas que contenían montones de oro anteriormente depositado en ellas. Los días siguientes, distribuían adornos entre las mujeres, brillantes armas entre los hombres, dinero entre los clérigos. Iban á los Oficios el domingo, ofrecían un banquete y volvían á ausentarse, llevando consigo á los muchachos mayores de ocho años. «Mujer—decían—déjame que también te coja este chico. No temas; el mar nos pertenece ahora. Le haré ver las poderosas olas del Oceano, batallas con los corsarios, ciudades colmadas de riquezas, y volveré á traértelo *palikaro* y valiente.»

He aquí cómo el mar hizo ser prósperos á los municipios y cómo se constituyeron los primeros millones de la Grecia moderna en los momentos en que Europa estaba preocupada con Napoleón.

Mientras el velero se alejaba llevando á bordo á los jóvenes que habían de ser luego los soldados y marineros de guerra de la revolución, en lo alto de las acrópolis, detrás de las almenas medioevales, guarniciones harapientas dormían, fumaban, rezaban con exactitud las cinco oraciones de ritual, y por la noche descendían al campo para perseguir á las mozas y robar á los aldeanos que se retardaban en el camino.

Los primeros millones griegos fueron consagrados á las escuelas. Los Zossimades, los Kaplan, los Maroussis unieron sus nombres á esa obra. Casi al mismo tiempo una junta secreta, *la Hetaria,* organizaba la insurrección. Los ricos negociantes aprontaron fondos y dieron barcos. Los Conndourietti y los Botzaris se distinguieron más que nadie por su abnegación. La heroína Babalina, á la cabeza de la flotilla de su marido, dió caza audazmente á los turcos. Sacerdotes, montañeses, marineros, todos se armaron, y Grecia entera se levantó, mostrando entre sus clases sociales aquella misma unidad armónica que no cesó de reinar primero en la ciudad, luego en el seno del municipio.

Sabido es lo que fué esa guerra: una alternativa de degollinas, en que fueron muertos 300.000 griegos, y de admirables acciones realizadas por pequeñas partidas de helenos temerarios. Grecia tuvo en contra suya á Turquía, Egipto, Rusia y todos los gobiernos de Europa. Las costas griegas fueron bloqueadas, para impedir la introducción de armas. El ministro francés De Villèle, demostrando que no podía tratarse de la autonomía de Grecia por ser insignificante la población griega en el imperio otomano, pronunció estas palabras históricas: «Señores, ¿qué gran interés podéis tomaros por esa localidad?»

Cuando la diplomacia fué obligada por la cólera de la opinión pública á reconocer la independencia del reino helénico, Grecia estaba completamente arruinada: habíanse vaciado las cisternas, ido á pique los barcos; yacían por tierra casas, olivares, viñas, iglesias, escuelas; cada familia lloraba sus muertos, y ya no quedaba nada del oro reunido á costa de tantas peligrosas correrías. Pero la Hélada había logrado un puesto entre las naciones libres.

Tal es el uso que hicieron de sus bienes de fortuna los primeros millonarios griegos, esos que echan una mirada severa desde los modestos cuadros suspendidos en las paredes del museo de la Revolución.

IV

Los griegos á quienes el comercio en cereales había hecho establecerse en Rumania, en Rusia y en Occidente, habían sufrido menos en sus intereses que sus hermanos de Grecia. Recompusieron flotas de buques de vela, compraron vapores y prosiguieron tratando en trigos. Los Rodocanacci, los Ralli y otras grandes familias de comerciantes, abandonaron la isla

Primero, del barco anclado entre las pechas hacían desembarcar toneles llenos de oro, y por la noche los bajaban á cisternas que contenían montones de oro anteriormente depositado en ellas. Los días siguientes, distribuían adornos entre las mujeres, brillantes armas entre los hombres, dinero entre los clérigos. Iban á los Oficios el domingo, ofrecían un banquete y volvían á ausentarse, llevando consigo á los muchachos mayores de ocho años. «Mujer—decían—déjame que también te coja este chico. No temas; el mar nos pertenece ahora. Le haré ver las poderosas olas del Oceano, batallas con los corsarios, ciudades colmadas de riquezas, y volveré á traértelo *palikaro* y valiente.»

He aquí cómo el mar hizo ser prósperos á los municipios y cómo se constituyeron los primeros millones de la Grecia moderna en los momentos en que Europa estaba preocupada con Napoleón.

Mientras el velero se alejaba llevando á bordo á los jóvenes que habían de ser luego los soldados y marineros de guerra de la revolución, en lo alto de las acrópolis, detrás de las almenas medioevales, guarniciones harapientas dormían, fumaban, rezaban con exactitud las cinco oraciones de ritual, y por la noche descendían al campo para perseguir á las mozas y robar á los aldeanos que se retardaban en el camino.

Los primeros millones griegos fueron consagrados á las escuelas. Los Zossimades, los Kaplan, los Maroussis unieron sus nombres á esa obra. Casi al mismo tiempo una junta secreta, *la Hetaria,* organizaba la insurrección. Los ricos negociantes aprontaron fondos y dieron barcos. Los Conndourietti y los Botzaris se distinguieron más que nadie por su abnegación. La heroína Babalina, á la cabeza de la flotilla de su marido, dió caza audazmente á los turcos. Sacerdotes, montañeses, marineros, todos se armaron, y Grecia entera se levantó, mostrando entre sus clases sociales aquella misma unidad armónica que no cesó de reinar primero en la ciudad, luego en el seno del municipio.

Sabido es lo que fué esa guerra: una alternativa de degollinas, en que fueron muertos 300.000 griegos, y de admirables acciones realizadas por pequeñas partidas de helenos temerarios. Grecia tuvo en contra suya á Turquía, Egipto, Rusia y todos los gobiernos de Europa. Las costas griegas fueron bloqueadas, para impedir la introducción de armas. El ministro francés De Villèle, demostrando que no podía tratarse de la autonomía de Grecia por ser insignificante la población griega en el imperio otomano, pronunció estas palabras históricas: «Señores, ¿qué gran interés podéis tomaros por esa localidad?»

Cuando la diplomacia fué obligada por la cólera de la opinión pública á reconocer la independencia del reino helénico, Grecia estaba completamente arruinada: habíanse vaciado las cisternas, ido á pique los barcos; yacían por tierra casas, olivares, viñas, iglesias, escuelas; cada familia lloraba sus muertos, y ya no quedaba nada del oro reunido á costa de tantas peligrosas correrías. Pero la Hélada había logrado un puesto entre las naciones libres.

Tal es el uso que hicieron de sus bienes de fortuna los primeros millonarios griegos, esos que echan una mirada severa desde los modestos cuadros suspendidos en las paredes del museo de la Revolución.

IV

Los griegos á quienes el comercio en cereales había hecho establecerse en Rumania, en Rusia y en Occidente, habían sufrido menos en sus intereses que sus hermanos de Grecia. Recompusieron flotas de buques de vela, compraron vapores y prosiguieron tratando en trigos. Los Rodocanacci, los Ralli y otras grandes familias de comerciantes, abandonaron la isla

de Chío después de los degüellos, para ir á reunírseles. El Epiro, provincia saqueada por los turcos y que permaneció en poder de éstos, dió lugar también á un éxodo de hombres emprendedores que habían de llamarse luego los Zappas, Arsakios y Averof.

Así, mientras Grecia se retorcía enmedio de las convulsiones políticas inevitables en un reino fundado sobre ruinas, formábanse en el extranjero nuevos millones que iban á dotarla de un sistema completísimo de instrucción pública y hacer de Atenas la primera ciudad del Oriente, desde el punto de vista intelectual.

¿Quién reconocería hoy en esta ciudad de mármol, que cuenta con 115.000 habitantes, el miserable villorrio donde en 1810 vió Chateaubriand un centenar de zaquizamíes alrededor de un cuartel de jenízaros?

Una estadística de las recientes donaciones hechas á la ciudad de Atenas manifiesta que los helenos ricos han gastado allí más de 20 millones de pesetas en fundar edificios públicos. Nada puede indicar mejor las preocupaciones morales de los bienhechores de la capital griega como las cifras siguientes, que entresacamos al azar:

La Universidad de Atenas ha recibido en pocos años, para crear nuevas cátedras: 100.000 dracmas de Demetrio Benardakis, 250.000 de Plataghinis, 600.000 de Papadakis; para decorar su pórtico exterior, Doumpas la ha regalado 80.000 dracmas. El Museo nacional ha recibido 200.000 dracmas del Sr. Benardakis y 75.000 de la Sra. Stournara. Los Tositzas contribuyen con 1.000.000 á la fundación de la Escuela politécnica. El Sr. Varvakis da millón y medio para ampliar la Escuela naval. Teodoro Aretaios lega un millón para que se construya una Escuela clínica; Jorge Rixaris un millón para una Escuela de teología; Hadjicostas un millón para un Asilo de huérfanos; Pangas dos millones para un mercado; Nicolás Zarifi 250.000 dracmas para relojes públicos; Evangelio Zappas dos millones y medio para el palacio Zappione, donde se celebra

una Exposición permanente de los productos industriales de Grecia; el barón Simón Sinas dos millones y medio al monumento más lujoso de Atenas, la *Academia*, cuyas columnas, cuyos frisos dorados y metopas policromas producen una impresión extraña, pero algo amanerada, de arte antiguo. El barón Jorge Sinas regala á la ciudad un observatorio. Los Ralli, cuya flota mercante navega por las Indias, Inglaterra y América, levantan el palacio del arzobispado y dan 25.000 libras esterlinas para construir el Teatro nacional.

La mayoría de esos millonarios han vivido, y viven, en el extranjero. Atenas prefiere á los que, después de haberse enriquecido entre los «bárbaros», regresan para ocupar un puesto importante en la capital, y estimulan con sus pedidos á los arquitectos, escultores, pintores y artesanos. A la cabeza de estos favoritos del pueblo está Andrés Singros, que ha adquirido su fortuna en Constantinopla; el cual, desde su instalación en Atenas, ha regalado á la ciudad sucesivamente el teatro del Pueblo, el Hospital Evanghelisma, una iglesia, un asilo para mujeres, prisiones centrales (del sistema celular, con arreglo á las últimas teorías acerca de la criminalidad) y varios kilómetros de aceras, enlosadas con mármol del Pentélico. Un ateniense de elevada cultura intelectual, el Sr. Thon, consagra generosamente su fortuna á proteger á los artistas. El Sr. Stefanovich-Skilizzi, que ha ofrecido á la ciudad el grugo de *Byron socorriendo á Grecia,* es otro Mecenas. El señor Skouloudis, diputado por Tebas, ha reunido en su palacio de la plaza Sindaghma los lienzos más hermosos de los pintores griegos modernos.

V

No se crea que Atenas se ha embellecido con detrimento de las demás ciudades de Grecia. Syra, Volo, Patrás, Argóstoli, Corfú, deben á la fortuna y á las liberalidades de sus co-

merciantes el rivalizar con la capital por sus iglesias, sus colegios, sus teatros, sus plazas públicas, sus tranvías y su luz eléctrica.

Nueve millones de dracmas hay depositados en los Bancos rusos, por epirotas enriquecidos en Rusia, para construir una Universidad en Janina cuando esta ciudad vuelva á poder de Grecia.

Entre tanto, Janina posee un Instituto (gimnasio) sin rival en Grecia. Fué construído por los Zossiurades, cinco hermanos que decidieron no casarse para dejar á la Nación toda su fortuna, que era colosal.

El año pasado murió en Corfú un rico negociante, legando un millón para que se deseque un pantano próximo á la ciudad.

Valianos, de la isla de Cefalonia, comenzó su carrera remando en una barca. Inscribióse como marinero en un buque de vela que iba al Mar Negro. Emprendió el comercio de trigos en la desembocadura del Danubio, y con el tiempo realizó una fortuna inmensa. Sus hermanos se asociaron con él y se enriquecieron por su parte, excepto uno sólo que aún lleva la vida de pastor en los peñascales de Cefalonia. Valianos hizo de su pueblo natal un joyel de mármol; y de Argóstoli, capital de la isla, una de las más hermosas ciudades del reino griego. Al morir, y en demostración de su deferencia hacia la capital, legó á ésta dos millones para construir una biblioteca, que está terminándose ahora.

En Grecia perdura muy intenso el patriotismo local. Cada municipio procura conservar sus antigüedades. Los helenos reconocen que Atenas debe ocupar el primer puesto entre sus ciudades, pero no sufrirían que acaparase todas las donaciones y centralizase en su Museo cada estatua que se exhuma. Obscuras aldeas deben á la súbita fortuna de alguno de sus habitantes el poseer monumentos que faltan en una ciudad sita á pocas leguas de allí. Esas aldeas se convierten en villas, con detrimento de la ciudad.

Mi amigo S..... me decía acerca de su isla natal, Ithaca: «Te chocaría allí la ausencia de la población masculina. Todos nuestros hombres válidos emigran para ir en busca de fortuna. Las mujeres y las niñas permanecen en la casa, para la recolección de la uva y de la oliva. El año pasado emigraron de Ithaca diez hombres para la Australia y el Transvaal: estos son los únicos países donde en nuestro tiempo hay posibilidades de realizar mucho dinero. Nuestra isla posee ya un millonario: ha hecho fortuna en los Balkanes y ha dotado á su aldea de una iglesia y de una hermosa escuela. La ciudad de Ithaca tiene envidia de ello, porque sólo puede enseñar á los extranjeros una depresión de terreno, á la cual llaman el palacio de Ulises. Pero nuestros paisanos, ausentes en lejanas tierras, regresarán algún día enriquecidos por las minas de oro; y dentro de pocos años verás á nuestra isla, orgullosa de poseer los mejores viñedos de Grecia, igualar por sus edificios públicos á la vecina Argóstoli, donde nos vemos obligados á ir en barcas cada vez que queremos comprar géneros raros y ver representar dramas.»

VI

Las grandes ciudades griegas que permanecen aún bajo el yugo turco, tales como Constantinopla, Esmirna, Salónica, Mitileno, Cavalla y las colonias griegas del litoral del Mediterráneo, tienen cada una sus millonarios y donantes. Constantinopla tiene los Zarifi, Esmirna los Baltazyi, Marsella tuvo un Zaziropolo. Pero, por encima de todas esas ciudades, Alejandría tiene el orgullo de poseer el Herodes Atico moderno: Jorge Averof.

Nacido en Mezzovo, aldea próxima á Janina, durante su juventud fué Averof héroe de una odisea llena de incidentes

que venció con su atrevimiento, su sencillez y su juicio naturalmente rápido y recto. Desembarcado en Egipto en la época afortunada de Ismail, hízose proveedor de víveres de este Jetife. Ya se comprende todo lo que ese cargo le produciría. En primer lugar, compró terrenos y los revendió con inmensas ganancias; después dominó el mercado egipcio, entró en relaciones de negocios con Londres y Bombay é hizo de Alejandría, por su propia cuenta, un gran depósito comercial entre las Indias é Inglaterra. Su fortuna, después de todas sus liberalidades á la Nación, aún pasa hoy de cien millones de pesetas.

Fiel á las tradiciones de la raza, Averof embelleció á su aldea natal, dotó á la colonia griega de Alejandría de escuelas, iglesias y teatros, y fundó luego en Atenas varios establecimientos de caridad y de instrucción superior, entre ellos la prisión Efivione, la Escuela politécnica y la Escuela militar. La primera de estas dos escuelas forma ingenieros, mecánicos y arquitectos, á quienes el Gobierno da plazas á su salida; contiene además la Academia de Bellas Artes (pintura, escultura, grabado) y el Museo de la Revolución. La segunda instruye á los oficiales superiores del ejército griego; ocupa un vasto espacio, donde hay parques, campos de maniobras, edificios aislados, una iglesia; y, alrededor de un patio principal rectangular, un conjunto de construcciones amplísimas, con pórticos de mármol, donde se leen, en letras de oro, versos de Homero, glorificando la muerte por la patria. Como monumentos, esas dos escuelas imponen por sus masas marmóreas y por las líneas severas de sus columnas dóricas, que producen un efecto de fuerza y duración. Averof ha mandado hacer los planos de otro tercer establecimiento tan importante como esos dos: una nueva Escuela naval, que estará situada en el Pireo ó en Salamina.

Otros millonarios han hecho sacrificios por la causa pública, pero ninguno ha contribuído más que Averof á la grandeza política y moral de la Grecia moderna. Amigo de Tricoupis, de cuyas ideas participaba, Averof subscribió de su pro-

pio peculio un empréstito del Estado cuando ese ministro se hallaba en el poder. Pero estos servicios quizá no le hubiesen dado toda la gloria que va unida á su nombre, si no los hubiera coronado con un acto que impresionó vivamente al espíritu griego, ávido de emociones fuertes.

En efecto, Averof se hizo célebre desde que reconstruyó el Estadio de Atenas y ofreció como fiesta al helenismo la jornada heróica en que, enmedio de las aclamaciones de 200.000 griegos, Loys, vencedor en la carrera de Marathón, entró en el Estadio y cayó inerte en brazos del Diadokos, trayéndole á la vez el recuerdo y la esperanza de una victoria griega sobre los bárbaros apiñados en Tesalia.

Averof lleva en su casa de Alejandría una vida modesta y retirada. Sus apariencias y sus modales son tan sencillos como al principio de su carrera. Trabajando en pro de la gloria de Grecia, siempre ha tratado de obscurecer su propia persona. No asistió á los Juegos olímpicos. A los telegramas entusiastas que recibió de la capital, respondió con estas sencillas palabras: «Me felicito por el buen éxito de los Juegos del Estadio y deseo análogo triunfo á la política y á las armas de mi patria». Al mismo tiempo daba 500.000 dracmas para los fondos de la Junta cretense. La ciudad de Atenas le ha erigido una estatua y le ha enviado en Diciembre último una diputación para presentarle, como homenaje, una corona de plata, justo símbolo de la regia preeminencia moral ó efectiva que los ricos han ejercido en la sociedad griega desde los tiempos más remotos. Averof ha instituído heredera de toda su fortuna á la Nación griega.

VII

Resumiendo: vista la carrera de los millonarios helenos, puede decirse que Grecia, árida y seca, es un plantel de hombres sobrios, enérgicos y emprendedores. El mar, que azota

sus peñascos, les lleva á Cólquidas más ó menos distantes, donde van á ejercitar la actividad de que están dotados su cuerpo flexible y su ingenio sutil. Triunfan en el extranjero, por la combinación de dos cualidades muy propias de la raza helénica: la tenacidad y la audacia. Marinos habituados á afrontar las tempestades, no temen las coyunturas del mañana; y en los negocios, como en la navegación y á menudo en la política, gustan de jugarse el todo por el todo. Al enriquecerse, no se proponen los goces mezquinos del egoista; por el contrario, complácense en dar á sus compatriotas la mejor parte de la fortuna que han adquirido. No la malgastan en prodigalidades, sino que la convierten en obras duraderas y útiles. El poco caso que hacen de los bienes de que así disponen, manifiesta su fe absoluta en la duración del helenismo y en la perpetuidad de las reputaciones. Necesitan verse aprobados por la voz del pueblo. Son sensibles á los bellos elogios, á sus nombres grabados en la piedra, al amor y al respeto que se tiene á ellos. En vida suya y por su propia voluntad, componen el renombre que ha de sobrevivirles. La idea de que el rico tiene por deber el de sacrificar su oro en pro del interés general, es en ellos tan ardiente como en los jóvenes la de morir por la patria.

Ejercitado el cerebro griego en percibir claramente los objetos exteriores en un paisaje poco complicado y bajo una luz intensa, tiene en el dominio moral las mismas aptitudes: distingue con exactitud y rapidez.

Aparécensele con mucha claridad las diversas partes de un todo. Después de haber concebido en religión el politeísmo, y en política aquellas divisiones armoniosas que fueron las ciudades (pequeños grupos étnicos reunidos por lazos ligerísimos, para comodidad de sus movimientos), era natural que hoy afirmase con energía el principio de las nacionalidades en esos confines donde se tocan Europa y Asia, y donde los pueblos están á merced de un despotismo que muere y de otro dispuesto á reemplazarlo.

El helenismo es una protesta viva, frente á las teocracias orientales. El heleno realiza instintivamente el orden político que, por la fuerza y el miedo, mantienen aquéllas entre los bárbaros. En él son innatas las nociones de la división del trabajo y de la especialización de las funciones sociales, ideas á las que la ciencia moderna acaba de dar expresión teórica después de laboriosos esfuerzos.

En cuanto se presenta un peligro común, levántase disciplinada y decidida la Nación entera, tanto á un lado como á otro de las fronteras provisionales del reino griego. No aguarda ninguna orden soberana ni siente vacilación ninguna. Aparecen con gran claridad los deberes de cada uno. Como en un drama cuyos papeles hubieran aprendido desde hace siglos, cada heleno corre á su puesto. Los ricos dan sus millones, los jóvenes se arman, los monjes truecan los rosarios por los fusiles; el sacerdote en la iglesia y el maestro en la escuela crean entusiasmo; y el rey mismo toma la actitud que le prescribe la tradición, la actitud de Codro.

TIGRANES YERGATE.

(*Revista de las Revistas.*)

LOS NIÑOS MÁRTIRES

I

A la misma hora en que los representantes de los poderes públicos y de la beneficencia celebraban en la Sorbona el jubileo del venerable doctor Teófilo Roussel, una «lección de cosas» cruel humillaba á las autoridades gubernativas más indiferentes, y á los filántropos más optimistas: el crimen de la calle de Vaneau revelaba una vez más la insuficiencia de nuestros medios de protección de la infancia desgraciada.

No tiene de ello la culpa el bienhechor apóstol, cuya vida entera se consagró á esta noble causa y que no escatimó nada para introducir en nuestros códigos más justicia y humanidad. La ley de 24 de Julio de 1889, para la protección de los niños maltratados ó moralmente abandonados, preparada por los trabajos de la Sociedad general de las Prisiones, lleva la firma de su ilustre ponente en el Senado; por incompleta que sea esta ley, no ha dejado de abrir una primera brecha en la fortaleza inviolable de la patria potestad.

Una simple ojeada á los artículos esenciales de esta ley, tan elogiada, basta para demostrar con qué timidez ha puesto mano el legislador en el arca santa de los derechos del padre de familia. La inhabilitación para la patria potestad sólo es obligatoria en cuatro casos estrictamente limitados y por figuras de delito como el caso de dos condenas por excitación habitual de menores á la corrupción; y asombra cómo el legislador ha esperado tanto tiempo antes de desposeer de una potestad peligrosa á padres cuya indignidad es tan flagrante.

Los tribunales tienen la facultad de pronunciar la inhabilitación en casos que requerirían con pleno derecho esta medida; la doble condena por secuestro de niños, por ejemplo, no deja lugar á ninguna duda acerca de lo necesario que es poner á unos pequeños seres indefensos al abrigo de una autoridad paternal tan peligrosa, y sin embargo el juez tiene derecho á conservar intacta esa autoridad. El padre y la madre condenados una vez por tentativas habituales de corrupción de menores, á menos de fallarse lo contrario, siguen investidos de la facultad de proseguir la experiencia con sus propios hijos.

Los jurisconsultos más eminentes, en vez de considerar tan sólo el interés del hijo, miran en la privación de la autoridad paterna una pena accesoria más que nada; y se han colocado en este punto de vista estrecho para restringir sus efectos.

«El título consagrado á la privación de la patria potestad, afirmaba el sabio profesor Duverger, constituye una ley re-

presiva, una ley penal; no corresponde á la ley de humanidad que va á discutir el Parlamento; no correspondería ni aun al Código civil, sino al Código penal.»

Courcelle-Seneuil, en su informe al Consejo de Estado, ha respondido justamente que la privación de la patria potestad no es una pena principal ni una pena accesoria, sino tan sólo la *consecuencia racional de la ejecución de una obligación civil;* y su demostración es irrefutable.

«Si la paternidad es un hecho de naturaleza, el poder patrio es (como el matrimonio, de donde nace) una creación de la ley civil que constituye la familia y relaciona á sus miembros mediante condiciones que son obligatorias. La patria potestad, establecida en atención á los sentimientos que animan á la mayoría de los padres, no tiene ya razón de ser cuando padres desprovistos de sentimientos paternales la convierten en un medio de opresión.»

Entre las condiciones puestas por la ley social al ejercicio de la potestad paterna hay una esencial, que resulta del artículo 203 del Código civil francés: la obligación de alimentar, sostener y educar á sus hijos. Si el padre de familia elude el cumplimiento de este deber, rompe el contrato familiar y desgarra con sus propias manos el título de su autoridad.

¿Cómo sería posible preservar al hijo maltratado, abandonado, corrompido, si una autoridad perversa sobreviviese á maldades cuyos vestigios y recuerdos la sociedad ha recibido el cargo de desvanecer? ¿Cómo es posible proteger de una manera eficaz á unas víctimas, si la primera medida no consiste en librarlas de la odiosa tiranía de sus verdugos?

Lejos de ser una ley penal, el título relativo á la privación ó á la suspensión de la patria potestad no es ciertamente sino el prefacio de la ley de protección á la infancia abandonada y martirizada; y la ley de 24 de Julio de 1889 se ha quedado muy corta con respecto á lo que exigía el más elemental cuidado de la tutela de la infancia miserable, sobre todo en lo que atañe al derecho de la guarda.

Y, sin embargo, en el estado de nuestras costumbres y de nuestras leyes, con los hábitos mentales y las tradiciones jurídicas heredadas de Roma, ha sido necesario un esfuerzo vigorosísimo y muy persistente para entreabrir la puerta á los derechos del hijo; esta primera etapa, tan penosamente recorrida, impone, por lo mismo, con mayor fuerza, el deber de acudir en auxilio de los pequeños mártires.

II

Según los términos de la ley de 1889, aparte de toda sentencia condenatoria, el padre y la madre que por embriaguez habitual, mala conducta notoria y escandalosa *ó por malos tratos*, comprometan la salud, la seguridad ó la moralidad de sus hijos, pueden ser privados de sus prerrogativas paternales.

Á primera vista parece suficiente esta garantía, puesto que la ley confiere á los magistrados el derecho de pronunciar la inhabilitación de padres indignos, fuera de todo fallo condenatorio.

Sin embargo, falta mucho para que la interpretación del texto legislativo responda á lo que esperan los defensores de la niñez maltratada. La circular del Ministro de Justicia, fecha 21 de Septiembre de 1889, se ha esforzado en circunscribir el papel del ministerio fiscal, á quien se recomienda atenerse á los hechos judicialmente probados, con un lujo tal de consejos restrictivos que de antemano cohibe toda su iniciativa. A falta de los miembros de la familia ó de la autoridad administrativa, invítase al magistrado á abstenerse de toda investigación acerca de la vida privada de sus conciudadanos.

A lo sumo la curia podrá contentarse con una sola condena de los padres por vías de hecho contra sus hijos y estará utorizada para intervenir por malos tratos, sin aguardar á la

recidiva de este delito, única cosa prevista por la ley de 24 de Julio. Mientras la justicia represiva no haya, mientras no se hubiere pronunciado una sentencia judicial, se conservan íntegros los vínculos de familia, permanece intangible la autoridad paterna.

No es que el reformador mismo no se haya dado cuenta de la estrechez de su intervención. La primera subcomisión de la cancillería, que tuvo por ponente al Sr. Pradines, comprendió, como el Ministro, que si las indignidades sólo habían de resultar de una comprobación hecha en los términos del derecho común, se presentaba una grave objeción.

«Es verdad,» leemos en la *Exposición de motivos* del proyecto de ley primitivamente sometido á las Cámaras, «que si se piensa bien en la influencia desastrosa que sobre los hijos pueden tener la mala conducta ó el abandono de sus padres, no se está lejos de creer que *todas las medidas dictables para proteger á la infancia debieran, si es preciso, poder llegar hasta á revestir un carácter preventivo;* y que sería justo que la autoridad paterna pudiera suspenderse en cuanto fueren de temer sus efectos ó sea lícito creer que no se ejerce de ningún modo.»

El ponente de la comisión, después de haberse hecho, como vulgarmente se dice, el abogado del diablo, no tarda en recobrar todos sus fueros y en condenar una sugestión tan aventurada, por poder prestarse á arbitrariedades. Si legislaciones extranjeras no han vacilado en acogerla, el intérprete del pensamiento oficial no tarda en desechar con pocas palabras la idea de importar disposiciones tan rigorosas, diciendo:

«Repugnarían á nuestras costumbres y á los principios de nuestro Derecho, unánimes en admitir que sólo pueden retenerse para apreciarlas legalmente aquellas de nuestras intenciones y resoluciones que se manifiestan por actos exteriores y claramente caracterizados.»

Los contradictores no se toman la molestia de decir en qué y de qué manera pueden ajar el sentimiento francés las precauciones tomadas en e extranjero para hacer menos tar-

día y menos platónica la interverción de la autoridad pública en favor de los niños abandonados ó maltratados. Sin ninguna otra explicación, se resguardan con el vulgar argumento de la no adaptación de la reforma al temperamento nacional, considerado como invariable é incoercible.

Y entre tanto, seres infelices son tratados brutalmente, molidos á golpes, entregados al martirio: sucédense y se asemejan las noticias periodísticas conmovedoras, la sala de audiencia de los tribunales no cesa de resonar con lamentos infantiles, y los crímenes de padres bárbaros no son menos frecuentes ni menos atroces que antes.

Sin duda, la ley penal tiene su parte de responsabilidad; harto á menudo, la flojedad de los jueces correccionales agrava aún más esta indulgencia culpable. Más de una vez la opinión pública ha visto con estupor sentencias irrisorias por crueldades que indignaban el corazón. Una horrible meguera, que quemaba á su hijita con un hierro hecho ascua, con la complicidad de su miserable marido, era condenada en primera instancia á seis meses y en segunda instancia á dos años de prisión, ¡como si semejante delito no mereciese pena de presidio!

Otra madrastra, cuya imaginación de inquisidor variaba al infinito los sufrimientos de una niña mártir, no tuvo más castigo que una condena de dos años de prisión. Y sin embargo, estas penas coincidían con un período de severidad reciente, de lo cual da testimonio esta nota de la *Gaceta de los Tribunales*, reproducida últimamente por cierto número de periódicos:

«Los hechos de brutalidad de los padres contra sus hijos reprímense hoy más que en otro tiempo por los tribunales, con una severidad de reciente fecha. Los quince días de prisión impuestos ordinariamente por hechos penados ahora con seis ú ocho meses de prisión ¿eran una represión insuficiente, ó son exageradas las penas actuales? No nos incumbe apreciarlo.»

La voz popular ha respondido; si el órgano de la curia se abstiene de fallar, la prensa política ha expresado, con fideli-

dad no acostumbrada, los sentimientos públicos. Más de un periodista ha parafraseado esta frase de Enrique Rochefort: «Si la pena de muerte no existiese, sería preciso inventarla para los verdugos de niños.»

Esta explosión de cólera no es excesiva, ante hechos fuera de la naturaleza y cuyo horror no puede disminuir ninguna circunstancia atenuante.

Pero no sólo es la justicia represiva lo que conviene reforzar; los escrúpulos jurídicos más respetables no bastan ya para prescindir, por atentatoria contra el Derecho Romano, de la proposición de asegurar á todos los niños una vigilancia sin debilidad y en caso necesario una tutela sin desfallecimiento. Los niños mártires alzan la voz, y sus desgarradoras quejas abogan con elocuencia irresistible en pro de la causa de los derechos del hijo, harto tiempo y con harta gravedad desconocidos en provecho de los abusos de poder de los padres.

III

La ley francesa de 24 de Julio de 1889, á despecho de sus excelentes intenciones, reserva á los niños abandonados ó maltratados una protección eventual, mediana é insuficiente en realidad. Aun suponiendo que se mejore su texto y se generalice su aplicación, sólo ofrece un resguardo tardío á los pequeños mártires.

Según el sexto párrafo del artículo 2 de la ley, puede despojarse de la patria potestad á los verdugos de niños. El Ministro de Justicia se inclina á no pronunciar la inhabilitación sino contra los verdugos recidivistas; el Director general de Beneficencia pública de Francia, Sr. D. Enrique Monod, estima que, si bien la autoridad administrativa tiene el deber de denunciar los padres indignos, no puede personarse como par-

te en el proceso y no tiene representación para requerir la inhabilitación. Por tanto, según la jurisprudencia sentada oficialmente, sólo los padres condenados una vez por haber maltratado á algún hijo incurrirán en la inhabilitación potestativa: la garantía es bastante floja.

Así, pues, mientras el escándalo no haya sido reprimido por los tribunales, el pequeño mártir seguirá siendo propiedad de sus padres, quienes podrán á sus anchas dar libre vuelo á su cobarde perversidad.

Entre la omnipotencia paterna y la privación ó la suspensión de la patria potestad, no hay ningún término medio para los pequeños mártires; porque á estos no les beneficia la protección de los menores, recogidos con autorización de los padres ó sin ella, y confiados á una tutela benéfica.

Aquí, como en todos los casos previstos por el título I de la ley de 1889, el protector aguarda para intervenir á ser solicitado judicialmente, cruzándose de brazos, en una actitud no muy compatible con sus intenciones filantrópicas.

La Diputación provincial del Sena, en sesión de 23 de Diciembre de 1896, aprobó una excelente proposición, redactada con suma energía, en la cual un abogado de talento, el señor Puech, invoca con muchísima oportunidad el ejemplo de ciertas legislaciones extranjeras, sobre todo las del cantón de Ginebra y varios Estados de la América del Norte. Después de manifestar el deseo de que se considere como moralmente abandonado, y por ende puesto bajo la protección y á cargo de la sociedad, á todo niño que no pueda permanecer en el seno de su familia sin grave riesgo de su salud, de su moralidad ó de su educación, la Asamblea invita á los poderes públicos á asegurar, en cuanto fuere compatible con el respeto debido al domicilio y á la autoridad paterna, la investigación y la represión de las crueldades y sevicias, del abandono ó de la explotación de que los niños puedan ser víctimas.

La primera parte de la proposición aprobada por la Diputación provincial del Sena recuerda esta disposición de la ley

del Michigan (artículo II): «Todo niño menor de diez y seis años que, según la definición dada por esta ley, fuere maltratado por su padre, madre ó guardador, queda declarado, en virtud de ese mismo hecho, puesto bajo la protección de la autoridad pública y serle quitado á ese padre ó tutor, con arreglo á las previsiones de la ley.» El primitivo proyecto francés de 1881-1883 declaraba de pleno derecho bajo la protección de la autoridad pública á todo menor, sea cual fuere su sexo, que se viese abandonado, desamparado ó maltratado.

La segunda parte de la proposición, la más delicada, da margen con toda evidencia á más objeciones que la primera. ¿Cómo asegurar preventivamente la vigilancia indispensable para arrancar las víctimas á sus verdugos antes de que la muerte haya hecho superflua esta precaución? ¿Es legítima esa vigilancia, y qué medios prácticos hay para establecerla? No ha cuestión más elevada y apremiante en el problema de la infancia desgraciada.

Nadie niega al Estado el derecho de velar por los niños puestos en nodriza ó bajo guarda; los economistas más ortodoxos aceptan como una necesidad ineludible la reglamentación del trabajo de los niños. ¿Qué filántropo no ha aplaudido en Francia la promulgación de la ley de 7 de Diciembre de 1874, con objeto de proteger á los niños empleados en las profesiones ambulantes? ¿Y qué filósofo, en otro orden de ideas, no se ha regocijado de la obligación impuesta á los padres de instruir á sus hijos, ya en la escuela, ya en su domicilio? ¿En virtud de qué derecho esta restricción á la libertad del padre de familia? En virtud del derecho del hijo. ¿Por qué motivo la sociedad no ha de estar investida del poder de inspeccionar la gestión familiar, en beneficio de quienes no pueden defenderse y por efecto de sus atribuciones de tutela moral de los menores é incapaces?

El interés social se confunde con el derecho del hijo. Si el niño maltratado sobrevive á las sevicias, conviértese casi siempre en un desamparado, huye del hogar paterno y se transfor-

ma en un vagabundo, para ser luego un recluta del vicio, un malhechor precoz.

La información senatorial de 1882 puso muy en claro la influencia que el desamparo, los malos tratos y los malos ejemplos de los padres ejercen sobre la depravación de las niñas y jovenzuelas. Un triste encadenamiento enlaza la prisión de San Lázaro con las escenas de violencia que deshonran á las familias desorganizadas: el martirologio físico va á parar en la perdición moral.

Hasta en concepto de los promovedores del Código civil francés, la patria potestad no debe ser ilimitada. Réal, ponente en el Cuerpo legislativo, la definía así: «Un derecho fundado en la naturaleza y confirmado por la ley, que da al padre y á la madre, por tiempo limitado y dentro de ciertas condiciones, la vigilancia de la persona, la administración y el disfrute de los bienes de sus hijos.» ¿Quién será juez de esas condiciones sino la misma sociedad civil? ¿Y no tiene ésta fundamento para ejercer al efecto la vigilancia de una gestión que es condicional? Falta organizar, por los procedimientos menos inquisitoriales y menos vejatorios, esta protección *previa*, la única eficaz y oportuna.

IV

Los Estados Unidos de América, libres del yugo latino, desde larga fecha han dado ejemplo del respeto á los derechos del niño. Desde 1642, las leyes del Massachusetts, cuidadosas de la educación y de las buenas costumbres, ordenaban á los mandatarios elegidos en los diferentes barrios de cada ciudad *que vigilasen á sus hermanos y vecinos;* los niños y los aprendices, con auxilio de dos magistrados ó del tribunal de condado del distrito, podían ser recogidos y puestos en guarda ó en aprendizaje entre familias convenientemente escogidas.

El famoso fallo del Tribunal Supremo de Pensylvania (1828) promulga con claridad la doctrina nueva:

«Merece recordarse que el público tiene un interés supremo en la virtud y en la instrucción de sus miembros, y que, por derecho estricto, le pertenece el asunto de la educación. Si los padres suelen estar encargados de ella, consiste en que es raro que la educación pueda ponerse en mejores manos; pero cuando son *incompetentes* ó *corrompidos*, ¿qué puede impedir al público retirarles el ejercicio de una facultad que sólo á su tolerancia se debía, como es evidente?»

Estamos lejos del dogma de la *patria potestad*, y el fallo de Filadelfia no está exento de cierta exageración en sentido contrario.

Aun cuando el principal esfuerzo se haya hecho con el fin de dar protección y educación preventiva á los niños vagabundos, víctimas del abandono y del desamparo, esas medidas generales han sido beneficiosas también para los pequeños maltratados.

El Estado de Massachusetts inauguró un sistema que lleva su nombre. En ciertos casos el niño cuya educación es defectuosa, queda confiado á la custodia de sus padres, pero á título de prueba y bajo la vigilancia de un agente del Estado: si las amonestaciones del agente producen buen efecto, no va más adelante la intervención pública; si la prueba fracasa, recógese el niño vigilado y se le confía á un Consejo de higiene y de beneficencia, el cual suele colocarle en casa de familias rurales, á semejanza de nuestros niños asistidos y moralmente abandonados.

La iniciativa privada, tan floreciente en América como en Inglaterra, no podía dejar de tomar en sus manos la defensa y la busca de los niños maltratados ó explotados. Grandes sociedades se han fundado en Londres, en Nueva York, en Baltimore, con el propósito de descubrir los actos de malos tratamientos, señalar sus autores á la justicia y socorrer á las víctimas inocentes. La facilidad con que el derecho de guarda se

retira á quienes abusan de él, permite hacer salvamentos rápidos y estimula el celo de los cooperadores benévolos. Los tribunales confían los niños mártires á los guardadores de pobres ó á particulares, á expensas de los padres.

En un informe muy notable, el Sr. Brueyre daba á conocer á la *Junta de defensa de los niños llevados ante los tribunales de justicia,* que en cinco años la *Sociedad inglesa protectora de los niños maltratados* señaló 11.690 casos, que comprendían un total de 24.583 niños. Recibieron una primera amonestación 6.374 padres, 1.657 fueron procesados y 1.540 penados con 376 años de prisión y 13.000 francos de multa; 10.268 niños fueron dejados en casa de sus padres bajo la vigilancia de la autoridad ó enviados á escuelas industriales *(industrial schools)*, siendo puestos en tutela unos mil por los guardadores de los pobres.

El Sr. Brueyre ha hecho notar la particularidad instructiva de que tres cuartas partes de las denuncias hechas ante los jueces emanaban de los agentes de la *Sociedad*, y sólo el otro cuarto provenía de los agentes policíacos.

La jurisprudencia inglesa no admite la privación de la patria potestad, pero sí el más fácil retiro del derecho de guarda y la entrega bajo tutela á una Sociedad de beneficencia. No es dudoso que si nuestra ley de 1889 admitiese este más expedito procedimiento, en vez de la inhabilitación absoluta para el ejercicio de la patria potestad, su aplicación sería más frecuente y más cómoda.

En América, el poder público se apoya con confianza en la beneficencia privada, cuyo maravilloso desarrollo se debe en gran parte al admirable apostolado de las mujeres. Según la exacta observación de Teófilo Roussel, el sistema de Massachusetts, el *New-York juvenile Asylum*, la Escuela de Middletown no hubieran podido adquirir su poderosa expansión sin el íntimo acuerdo entre la beneficencia libre y los poderes públicos.

En la provincia de Ontario (Canadá), si un magistrado de

policía ó dos jueces de paz son informados, por persona digna de crédito, de que un niño es ó ha sido víctima de malos tratos en su casa, pueden dar una orden autorizando á la persona en ella nombrada *(policeman, constable* ó á un simple delegado de una *Sociedad protectora de los niños)* para buscar al niño, y entrar, por fuerza, en caso necesario, en cualquier domicilio ó lugar especificados. La misma orden puede disponer la detención del delincuente. Respecto al niño víctima, se le deposita en sitio seguro hasta que el juez disponga acerca de su suerte. Después de una información, puede retirarse la guarda del niño á su guardador y confiarse á un pariente, á otra persona ó hasta á una Sociedad autorizada de auxilios á los niños.

En Ginebra, según la ley del 30 de Marzo de 1892 y el reglamento para su ejecución de 31 de Marzo de 1893, la administración y la vigilancia general de la Sociedad protectora de la niñez abandonada se confían á una Comisión central compuesta de 15 miembros, auxiliada en su tarea por los Ayuntamientos y por juntas de barrio. Estas juntas locales tienen la misión de buscar en sus respectivos barrios á los niños moral ó materialmente abandonados y señalárselos á la Comisión.

Si los padres indignos consienten de buena voluntad en ser desposeídos, simplifícase el procedimiento. Si no consienten, se sigue contra ellos la demanda de inhabilitación. Pero, al ser privados de su autoridad, no por ello quedan exentos de la obligación civil de alimentar y sostener á sus hijos, y quedan obligados á reintegrar al Estado una parte proporcional de los gastos hechos para el mantenimiento de esos pupilos de oficio.

El vasto proyecto que votó el Senado en 1883, siendo ponente Teófilo Roussel, preveía la constitución y el funcionamiento de Juntas provinciales y municipales de educación y patronato, encargadas de coadyuvar á todas las medidas concernientes á colocación definitiva, guarda, educación, patronato y tutela de los menores abandonados, desamparados ó maltratados, puestos con pleno derecho bajo la protección de

la autoridad pública; pero sin prever ningún procedimiento para encontrar á esos parias y á esas víctimas.

Entre las Sociedades privadas, la *Unión francesa de salvamento de la infancia,* presidida por Julio Simón, se ha propuesto más particularmente proteger y preservar á los niños maltratados ó en peligro moral, y sin duda ninguna su acción ha sido útil y excelente. Sin embargo, á despecho de su celo y de las generosas intenciones de sus fundadoras, señoras de Barzau y Kergomard, no parece que esa Asociación benéfica disponga de suficientes medios investigadores y del poder difusivo necesario para realizar su hermosa misión.

En el estado de nuestras leyes, ningún engranaje legal ó privado se adapta actualmente á la investigación de los actos de crueldad cuya divulgación fortuíta provoca varias veces al año una explosión de cólera y de lástima.

Aunque se enmendase la ley de 1889 y se hiciese de más fácil manejo por la atribución al Estado del derecho de guarda, con facultad de delegarlo en un particular ó en una Asociación, no por eso dejarían de subsistir los mismos abusos y escándalos.

Con seguridad, la materia es en extremo difícil y por largo tiempo será inaccesible su solución perfecta; pero más valen paliativos que la plena libertad del mal.

La ley dada por los Estados Unidos es muy sugestiva. En efecto, por una chistosa asociación de ideas, vemos á las Sociedades protectoras de los animales ensanchar su cuadro y aumentar su competencia. Una ley del 13 de Febrero de 1885 autoriza á la Asociación protectora de los animales, en el distrito de Colombia, para tomar el título de *Washington humane Society* y para extender el campo de sus operaciones á la protección de los niños lo mismo que á la de los animales; sus oficiales y agentes tienen autoridad para detener, llevar ante el juez, provocar toda decisión represiva ó caritativa, etc.

Una antigua ley del gran ducado de Hesse daba al juez de la bailía un poder muy extenso, ya de oficio ó á instancia del

fiscal, de la administración ó de la policía municipal, de la comisión escolar del círculo, del jefe eclesiástico de la religión del niño, de los padres, abuelos, tutor ó curador.

Más de una omisión contribuye en Francia á agravar la suerte de los niños desamparados ó maltratados. Casi siempre, esos niños han perdido uno de sus padres, son semihuérfanos de derecho ó de hecho, y su miseria material ó moral resulta de la desunión ó separación entre sus progenitores, de la presencia de un padrastro ó de una madrastra; con desprecio de la ley, gran número de esos niños están faltos de sus protectores legales.

Gerville-Réache, en su informe ante la Cámara, había reproducido ya una petición de los jueces municipales de París señalando al Gobierno el medio de facilitar su misión de proteger á los menores y ausentes; pensaban sin duda en los intereses materiales de los menores y en los del Erario público, sin desentenderse por eso de la constitución de la tutela de los niños pobres.

La vigilante *Comisión de defensa de los niños llevados ante los tribunales de justicia*, Comisión de la cual es alma Adolfo Guillot y celoso presidente el Sr. Cresson, discutió en 1895 un interesante informe de Tommy Martín, acerca de la organización práctica de las tutelas. Ningún menor, tenga ó no tenga bienes de fortuna, debiera estar desprovisto de tutor, de protutor, de consejo de familia; constituyendo estas tutelas para los hijos legítimos ó naturales (reconocidos ó no), la ley proveería así á los menores más expuestos, de protectores legales y autorizados, quienes, si llegase el caso, sabrían poner término á odiosos tratamientos.

Háse alegado juiciosamente la excesiva prudencia de los vecinos y testigos de sevicias repugnantes; la desconfianza contra la policía y hasta contra la justicia paraliza más de una buena voluntad. Por tanto, es indispensable confiar á una Asociación privada ó á una Comisión oficial (como había propuesto Teófilo Roussel) el cargo de proteger *efectivamente* á los ni-

ños desamparados y maltratados. Lo que importa y más apremia ahora es organizar de veras un *Centro* de protección de los pequeños mártires y hacer que coadyuven á una acción común ó concordante todos los mecanismos administrativos y todos los esfuerzos privados. Por difícil que parezca la tarea, dista mucho de ser irrealizable; en último término, es á propósito para que la intenten de todo corazón cuantos se interesen por la infancia, ó sea por el porvenir mismo del país.

PABLO STRAUSS.

(Revue Politique et Littéraire.)

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Consejos de ciencia y experiencia política, dados á los radicales franceses.—División del trabajo progresivo.—Tardanza de Alemania en el ideal político y celeridad en el ideal religioso.—El socialismo alemán ahora y el socialismo alemán en tiempo de Lutero.—Alemania necesita la libertad democrática, no la utopia comunera.—Grandeza de Rusia, principalmente aquistada con los despojos de Turquía.—Ideales panslavistas en todos los partidos rusos.—Causas de la inteligencia entre Rusia y Francia.—Turquía y el partido de la joven Turquía.—Recuerdos de la grandeza de Midhat-Bajá é imposibilidad de su obra.—La política del Sultán será siempre política de intolerancia.—Las próximas elecciones francesas.—Maravilloso espectáculo de sus reuniones.—Diferencias entre los radicales y los conservadores republicanos.—Asimilación de los ultramontanos por éstos y de los socialistas por aquéllos.—Arraigo inconmovible de la República en Francia.—Conclusión.

I

Las exageraciones revolucionarias sirven siempre á la reacción. Toda nueva idea política ó social nace limitada por el tiempo y las circunstancias, y constreñida, en razón de su propia novedad, á suscitarse obstáculos y dificultades sin cuento. Cuando recorremos las páginas de la ciencia y luego la vida de la realidad histórica, nos admiramos al ver cómo abundan las ideas allá en las cimas de la conciencia, y cómo, al revés del aire, se enrarecen aquí en lo real. Multitud de pensamientos llenan las obras de los filósofos, multitud de inspiraciones llenan la creación de los artistas, multitud de ideales llenan el cielo de la conciencia; pero, en la realidad de

la vida social, basta una idea sola para muchas generaciones y para muchos pueblos. La idea de un hombre, de Buda por ejemplo, alimenta siglos de siglos á los más vastos imperios del Asia, ese Oriente de las ideas. El antiguo dualismo persa, religión propia de un pueblo guerrero, trasciende al seno de la Persia contemporánea, como si fuera congénito al carácter mismo de su extraño suelo. El pensamiento que Abraham recogió en su tienda de patriarca y á la cabeza de su ganado por las revelaciones sublimes del desierto, brilla todavía, como una estrella de la Mesopotamia, en el cerebro de los hijos de Israel, diseminados por Europa, sobre la cual han ejercido desmedida influencia. Todavía subsiste la gran institución pontifical, á pesar del oleaje de pasiones conjuradas contra sus antiguas bases, que el tiempo ha carcomido. Todavía los dioses paganos, que creíamos muertos por el triunfo de la religión católica y por el advenimiento de la raza germánica, vuelven jóvenes y bellos en la paleta de los pintores y en las líneas de los bajorrelieves y de las estatuas. Un soldado de la Pomerania lleva en nuestro siglo la corona del Imperio que Carlo Magno arrancó al sepulcro de los antiguos Césares; y un eslavo de las orillas del Neva se cree descendiente y representación de los Constantinos que reinaron en otro tiempo á las orillas del Bósforo: larga, pero irrefragable demostración de cómo una idea sirve para innumerables generaciones y anima indecible ó incalculable número de pueblos. Y por tal causa, las ideas políticas tienen que someterse en su realización al tiempo y al espacio, á las circunstancias históricas, á las costumbres sociales, á las creencias, al estado de los entendimientos y al estado de los ánimos, perdiéndose y malográndose por fuerza si prescinden, al encarnarse en la realidad, de todos estos factores importantes. Estas reflexiones muy obvias se nos ocurren al ver cómo los radicales franceses, en sus recientes discursos y programas, no quieren en modo alguno contar con el espacio, con el tiempo, con las limitaciones indispensables opuestas por lo real siempre á lo ideal.

II

La emancipación del género humano aparecerá, mirada desde las cumbres altísimas de lo porvenir, como una obra sistemática, á causa de perderse los accidentes en los conjuntos, como los valles se colman y aparecen cual tersas superficies, mirados desde la cúspide de una inconmensurable montaña. Pero la emancipación de la humanidad no se ha realizado de una vez, de un golpe, en un solo día; y antes bien se ha sometido, como ninguna otra obra de los mortales, á las leyes del tiempo y á las resistencias de la tradición. No se realizan de una sola vez los grandes sistemas sociales; gracias que se realice una parte. Las facultades del hombre se van desligando de los lazos que las atan y de las cadenas que las abruman paulatina y sucesivamente. Dos grandes revoluciones corrían paralelas en el siglo décimo-sexto: la revolución del sentimiento y la revolución de la conciencia, la revolución artística y la revolución religiosa. Pues bien, Italia, que hizo la revolución artística, no hubiera podido hacer la revolución religiosa; y Alemania, que hizo la revolución religiosa, no hubiera podido hacer la revolución artística. Es más: si el sentimiento se emancipa en Italia, si la conciencia se emancipa en Alemania, si la tierra se agranda y renueva por ministerio de España, si la razón recobra su luz en la libertad de la republicana Holanda, si la observación de la naturaleza pierde su magia escolástica en el positivismo natural á la observadora Inglaterra; la gran revolución política, derivada de todas estas revoluciones anteriores, corolario espléndido de todas ellas, es la revolución francesa. Tal revolución verdaderamente humana, jamás hubiera venido, si antes Italia no emancipa el arte; si España antes no agranda el escenario de la tierra; si Alemania no entrega el santuario divino y el libro revelado

á la conciencia individual; si Holanda no ofrece la tierra movediza sacada de las entrañas del mar á la libertad del pensamiento; si Inglaterra no revela al mundo los secretos más preciados de la naturaleza. En aquel tiempo, y por la mediación de Alemania, sólo podía realizarse la revolución religiosa. Mayor trabajo la hubiera por completo abrumado, y distrayendo sus fuerzas del punto principal á que debían converger y en que debían concretarse, la hubiera quizá imposibilitado para la magnitud incalculable de su grande obra. Tan cierto es cuanto decimos, que esa Alemania de los profetas y de los reveladores, esa tierra donde la conciencia religiosa por vez primera ha sentido los estremecimientos de la libertad, la patria de Lutero y Melanchton, de Klorian y de Munzer, la que tuvo en el siglo décimosexto los primeros y más audaces revolucionarios de la Historia, tanto en lo religioso como en lo social, ha guardado por más tiempo que ningún otro pueblo europeo las instituciones antiguas; ha sufrido con mayor paciencia que nosotros el sistema feudal y la monarquía absoluta; conserva hoy en gran parte, si no los privilegios engendrados por las tierras de señorío, las supersticiones y las costumbres, y es aun hoy extraña confederación de tribus armadas que llevan á su cabeza un Emperador montado en caballo, el cual destila de sus crines sangre, ceñido con aureola del derecho antiguo apagada en la frente de todos los reyes de Europa, envuelto en el manto de Carlo Magno, que parece un jirón del sudario de la Edad Media, seguido por confusísima turba de guerreros insaciables y apercibido siempre á la matanza y á la conquista. El pensamiento de Alemania se ha emancipado, pero la emancipación no ha descendido á la vida, quedando allá en las cimas de la conciencia como una grande abstracción filosófica. Fué necesario que los pueblos latinos vinieran y con su soberana lógica sacaran las consecuencias políticas y sociales contenidas en los principios de la revolución religiosa. Alemania se redujo pura y simplemente á emancipar la conciencia. En este colosal trabajo agotó sus ideas y sus fuerzas. Por eso

no hay posibilidad alguna de que la germánica sociedad adelante como quieren los socialistas, pues lo impide una grande fatalidad histórica.

III

No ha tenido Alemania un revolucionario como Lutero, ni lo tendrá. ¿Y qué hizo Lutero ante la insurrección de los labriegos? ¿Qué había de hacer Lutero bajo la inmensa pesadumbre de esta incontrastable fatalidad histórica? No acostumbramos á excusar las faltas de los hombres, atribuyéndolas á decretos del destino. Apreciamos la libertad en cuanto vale, y sabemos á dónde alcanza el largo radio de su iniciativa. Ninguna de las faltas de aquéllos, cuya vida hemos historiado en estas revistas, la desconocemos ni la mitigamos. Al arrogarnos el ministerio de historiadores, sentimos su responsabilidad, y aspiramos á una justicia igual á las grandes é implacables justicias de la Historia. Y tal vez por esta razón, jamás les pedimos á los hombres que procedan como si realmente fuesen unos dioses, capaces de henchir con el soplo de la vida los espacios vacíos al eco de su palabra. Los labriegos insurrectos deducían de los principios luteranos consecuencias varias, verdaderas unas y erróneas otras, justas unas é injustas otras, pero todas de una completa inoportunidad, demostrada por las utopias que á ellas mezclaron, y por la indisciplina y el desorden con que las sostuvieron. Y Lutero tenía, en verdad, harto ministerio con la emancipación del espíritu humano, para mezclarse en otras empresas y en otras obras de mayor ó menor cuantía. No veréis en la Historia que un solo hombre realice dos grandes y universales designios. Quien halla un mundo nuevo, como Colón, por ejemplo, no halla nuevas ideas como las halló, por ejemplo, Newton. Quien crea la poesía, como Homero, no crea la ciencia, como Thales. Fidias producirá una revolución profunda en las artes plásticas; pero

no podrá, no, producir una revolución igual en las artes políticas. Ingenios de alta jerarquía se ciegan y tropiezan cuando se les desengarza de su centro y se les combate su fin. Lutero, por la prontitud del concepto, por las inspiraciones súbitas y luminosas, por la fuerza de argumentación, por la riqueza del estilo, por aquella facilidad de contrastes que llegan á poner con arte un albañal junto á una estrella, por la maravillosa elocuencia en cuyos acentos se oye el resuello de todas las pasiones, por la facilidad con que salta de lo ideal á lo vulgar, de las oraciones de un templo á los dicharachos de un mercado; cual poco, fecundo en sus respuestas; capaz de iluminar con un destello de pensamiento los más hondos problemas y de destruir con una punta de dardo los más formidables enemigos; no une, no, á estas condiciones de justador literario, de tribuno elocuente, de apóstol maravilloso, los talentos políticos que piden más reflexión y menos grandeza. Por consiguiente, autor de una revolución religiosa, no podría, no, asociarse á una revolución social. Y esto mismo hay que decir á los innovadores de la extrema izquierda radical alemana, empeñados en extraer el socialismo de la gente inspiradísima, que hiciera en la grande Asamblea de Francfort una obra tan grande como la unidad germánica. Esta gente aún tiene que matar la feudalidad, no bien muerta y extirpada en Alemania. Y para extirpar la feudalidad, solamente sabemos un medio: la libertad democrática, no la utopia comunera.

IV

De Alemania pasemos á Rusia, y á su estado actual. No hay que desconocerlo ni que ocultarlo inútilmente; la fuerza excesiva de Rusia en Europa es peligro inmediato y gravísimo. Este Imperio se cree grandiosa confederación armada, que un general, ceñido de doble corona, Emperador y Pontífice á un mismo tiempo, dirige, como una reserva de la Provi-

dencia, para castigar los vicios y renovar la sangre del decaido Occidente. Y la grandeza de Rusia dimana en su mayor parte de los despojos de Turquía. Por el tratado de Radzin, á fines del siglo XVII, se apoderó de Ukrania, primer despojo turco, y desde entonces no ha cesado un punto en su obra de allegar nuevos territorios en Europa y en Asia. Suecia, que pudo un día contrastarla, cayó á sus pies rendida, y el tratado de Nystadt consagró á principios del siglo XVIII la definitiva prepotencia rusa en el Norte. Apenas habían transcurrido treinta años de este último tratado, cuando Rusia podía llamarse señora del golfo de Finlandia en los mares del hielo y de las nieblas, como señora de Crimea en los mares de la luz y del arte. Casi á un mismo tiempo estuvieron á su arbitrio y aumentaron su colosal grandeza, desde 1772 á 1774, Turquía por sus derrotas y Polonia por sus desgracias. Diez y seis ó diez y siete años más tarde tomó en una nueva guerra con la Puerta todo el territorio que se extiende desde el Dnieper al Dniester, á lo largo del mar Negro, territorio á primera vista despoblado y estéril, pero luego fecundísimo por la fundación de Odessa y otras poblaciones importantes. Y á los tres años de este nuevo crecimiento sucedió la última desgracia de Polonia y su terrible desmembración. Así, cuando pasara de esta vida Catalina II, en 1796, Rusia medía cinco millones trescientas sesenta mil millas cuadradas. No es mucho, pues, que al despuntar nuestro siglo, los rusos vencieran al pueblo más poderoso entonces de Occidente, al pueblo francés, por mar en las islas Jónicas, por tierra en Novi. Si esta brillante estrella moscovita se eclipsó por breves momentos, primero en Zurich y luego en Friedland, hasta sus derrotas le reportaron engrandecimiento, pues en el año primero de nuestra centuria adquiría la Georgia, y en el año siete trazaba el convenio de Tilsitt; se aumentaba con el territorio de Bialystock y una parte de la Rusia oriental. Y para que nada le faltara, mantenía de 1808 á 1811 sus dos guerras tradicionales: la guerra con Suecia en el Norte, la guerra con Turquía en el Sur; y arre-

bataba toda la Finlandia hasta el río Tornex, inclusa la isla Aland, á los suecos, y á los turcos Besarabia y la parte oriental de Moldavia, ensanchándose hácia el Pruth y el Danubio. Y si en la amistad con Napoleón adquirió territorios, en la guerra última con Napoleón los adquirió también, quedándose con el Ducado de Varsovia después de demostrar cuán difícil era vencerla en sus madrigueras, defendida por los furores de su clima, que podía ocasionar catástrofes como el paso del Beresina y por los furores de sus generales, que podían en una noche incendiar ciudades como la sagrada ciudad de Moscou. En 1828 y 1829 recogió nuevos fragmentos de Turquía y dos provincias de Persia, sin perder jamás de vista su cruzada eterna, que parece fabulosa, no sólo en lo audaz, sino en lo tenacísima, por la cual penetra en el corazón de la gran Tartaria, amenaza á China y se encuentra frente á frente de las posesiones británicas en la India.

V

Y una nación así tiene un ideal que acarician unánimemente todos sus hijos. Rusia está dividida en dos partidos fortísimos, á saber: en partido puramente ruso tradicional, reaccionario, y en partido avanzado, innovador, comunista. El uno, á cuya cabeza estaba Katkoff, quiere el absolutismo moscovita y la ortodoxa griega; el otro, á cuya cabeza se encontró Herzen ayer y luego Bakounine, profesa el ateismo materialista en ciencia, y quiere la anarquía internacional en política. Pero ambos á dos pugnan por el predominio de la raza eslava en la tierra. El uno os dirá: nuestra historia es la historia de nuestras ciudades; Kief es la ciudad que nos bautizó con sus monjes bizantinos; Moscou es la ciudad que nos unificó con sus czares rusos; Petersburgo es la ciudad que nos administró con su burocracia germánica; Constantinopla es la última ciudad que nos falta, la ciudad donde Rusia llegará á ser más que

Europa, donde Rusia será la humanidad. Para llegar á Constantinopla hay que fortificarse en la tradición puramente rusa; desceñirse de los lazos germánicos que nos han atado al escepticismo protestante y á la confusa filosofía hegeliana; condenar esa literatura impregnada de la desesperación byroncesca en que nos han iniciado Pouchkine y Lermentoff; maldecir de esa crítica inspirada en la idolatría occidental que han acreditado Belinsky con Herzen; levantarse más allá de Pedro el Grande y Catalina II y sus legiones de extranjeros; desconfiar de San Petersburgo que, á título de instruirnos á la alemana, ha sustituído el pedantismo á nuestra natural vitalidad, y la burocracia á nuestras patriarcales costumbres; retroceder á los tiempos de Ivan el Terrible, para fortalecernos en la ortodoxia griega y en la verdadera autoridad moscovista, llevando al corrompido Occidente sangre nueva, purificada por la savia de la estepa y la fe virgen, recogida en el verdadero cristianismo. Y los comunistas os dirán: Se necesita destruir la propiedad, desarraigar el gobierno, disolver el capital, desmontar esa máquina del Estado que todo lo complica, poniendo, tanto los bienes como las fuerzas, en común; y para esto no hay raza como la raza eslava, individualista hasta llegar á la anarquía y social hasta llegar al comunismo; que no quiere la propiedad hereditaria, sino en común, y prescinde fácilmente de esa sirte de autoridades políticas en que todo se pierde; raza municipal por excelencia, dada á la vida socialista por necesidad, en quien los bienes colectivos se elevan á la categoría de instituciones fundamentales y que podrá traer á las venas de los pueblos viejos sangre nueva, y á la tierra de Occidente desolada por las divisiones y subdivisiones de sus campos la tribu patriarcal, llamada á resolver todos los antagonismos y á fundar la perdurable igualdad hermanada con la justicia. Un pueblo que reune á fuerzas inmensas ideales fantásticos, puede someterse á predestinado Emperador y seguirle á todos los campos de batalla, creyendo, por la propaganda imperial ó por la propaganda comunista, llegar al cumplimiento de una

especie de mesianismo, ó autoritario ó revolucionario, muy provechoso para él, y muy terrible para las razas que deseen conservar su autonomía y su independencia. No lo olvidéis; Turquía ha servido á Rusia siempre para crecer en territorio y para amenazar á Occidente. Recordemos, pues, razas occidentales, cuánto valen nuestra civilización y nuestra libertad; cuánto importan al mundo la integridad de nuestros territorios y la conservación de nuestra independencia. Pero el odio implacable de las monarquías europeas á la República francesa, odio desatinado, ha hecho que Francia y Rusia se acerquen y la mano de Occidente haya el Oriente abierto á la gran potencia conquistadora y guerrera.

VI

Así Rusia no se ha echado sobre Constantinopla en nuestros días como antaño se arrojara. Y en Constantinopla va brotando un partido reformista, el cual pretende fundar el ré, gimen parlamentario, como quería un mártir á quien debemos consagrar cariñoso recuerdo. El hombre de Estado por excelencia que tuvo Turquía en este siglo, fué Midhat-Bajá- quien acariciara el vasto pensamiento de una alianza entre la antigua fe turca y el espíritu moderno. En la hora de todas las decadencias, en las crísis de todos los tiempos, en el ocaso de todas las ideas, aparece siempre un hombre extraordinario, que pretende animar viejos símbolos, instituciones decaídas, leyes muertas, con los principios nuevos, del espíritu humano desprendidos en su eterna renovación y en su eterno rejuvenecimiento. Pero esta sangre nueva en las venas de las viejas instituciones, les produce una sobrexcitación, semejante á la fiebre, que precipita su ruina y acelera su muerte. El paganismo se moría como hoy se muere el mahometismo. Sus ídolos habían perdido la llama de la idea en la frente y caían sobre montones de ruinas, como faltos de ese aliento de la

vida superior que se llama espíritu. Y Juliano pretendió renovar dioses é ideas, de la misma suerte que algunos hombres superiores pretenden ahora renovar las creencias musulmanas con el filtro de la nueva vida. ¡Inútil empeño! Semejante reacción engañosa precipitó una muerte cierta y una catástrofe irremediable. El paganismo murió en aquella renovación como en esta renovación morirá el mahometismo. Cuéntase que los softas han sido los primeros en lanzar la voz mágica de «Constitución». Esto me recuerda el advenimiento al trono del emperador Nicolás de Rusia, cuando las tropas amotinadas en los cuarteles de Petersburgo gritaban «¡Viva la Constitución!», creyendo que la Constitución era la mujer del gran duque Constatino.

VII

Desengañaos. La teocracia turca no se renovará. Hay en los pueblos instituciones flexibles que se acomodan así al espíritu de los siglos pasados, como al espíritu de los siglos presentes, así á la inflexibilidad de las castas aristocráticas, como á la flexibilidad de las democracias; y la República, aristocrática en Venecia, democrática en Florencia, está ahí para demostrar una vez más verdad tan evidente. Pero las teocracias tienen una rigidez tan grande, que no pueden renovarse. La libertad las descompone, como el aire y la luz descomponen á los cadáveres. Sus principios fundamentales no pueden compadecerse en manera alguna con los principios modernos. Su divinidad y los humanos derechos, su silencio y el libre pensamiento, su rigidez y el progreso, su inflexibilidad y las modificaciones que traen á la vida las reformas, pugnan de una manera tan vigorosa, que acaban por resolverse en una guerra abierta. ¡Cuántas veces no quiso el Occidente imponer al Papa sus ideas! Pero estas ideas, nacidas de la filosofía, resultaban incompatibles con la revelación; nacidas de la libertad,

resultaban inaceptables por el sacerdocio. Pues lo mismo que ha sucedido con el Pontífice de Roma sucederá con el Califa de Constantinopla. Los incrédulos le pedirán reformas, y para realizarlas tendrá que poner sus manos en las páginas del Koran. Y el Koran, escrito en los cielos, inspirado por los ángeles, obra sobrehumana, no puede consentir modificación ni enmienda: que sus páginas podrán ser consumidas, pero no purificadas por el espíritu de nuestro siglo.

VIII

Midhat-Bajá pareció á primera vista uno de esos hombres como Cromwell, como Federico de Prusia, como Turgot, como Aranda, que, valiéndose del poder absoluto cual de poderosímo instrumento, lo emplean con gran sabiduría en impulsar la sociedad hacia adelante y en reformarla, oprimiendo los intereses antiguos en bien de los derechos nacientes. De estos ministros á cada paso surgen por las Monarquías; de estos hombres extraordinarios, capaces de elevarse á una concepción superior de lo porvenir y realizarla con los medios varios que les ofrece lo pasado y lo presente, fiando al atraso mismo de los pueblos y al poder inmenso de los Reyes el superar y vencer todas las resistencias. No era otra cosa que uno de estos hombres aquel D. Alvaro de Luna, consagrado á destruir el feudalismo un siglo antes de que tal medida estuviera en sazón, y muerto al hacha del verdugo, no tanto por la omnipotencia de su privanza como por la audacia de su pensamiento. Mas debe considerarse que hay sociedades condenadas por la fatalidad de su misma complexión á no recibir ninguna reforma sin perecer enteramente. La ley de la transformación general no les alcanza. Se han formado con principios tales, han crecido con tales elementos, que la reforma equivale á la muerte, sucediéndoles como á ciertos enfermos desesperados á quienes acaba la única medicina capaz de devolverles la sa-

lud y conservarles la vida. Así hemos visto desaparecer naciones enteras sin dejar en los desiertos ni las huellas del insecto que aletea ó del reptil que se arrastra sobre los océanos de arena. Por ejemplo, nada le hubiera sido tan fácil á Cartago como imitar el ejemplo de su rival Roma, y en vez de ejércitos mercenarios, tener ejércitos nacionales. Pero si aquella aristocracia mercantil admite semejante principio, contrario á sus bases fundamentales, muere, y prefirió á caer por el suicidio á sus propias manos, caer por la derrota al hierro y á la pujanza de la enemiga Roma. Así es Turquía con su Koran revelado por toda la ley, con su Califa-Sultán por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez mortal por toda vida, inmodificable completamente á los humanos progresos. El que la reforma, la mata. Imaginaos un médico que para curar vuestro organismo enfermo propusiera en su clínica desmontar el esqueleto de un vivo, como podría desmontarse el esqueleto de un muerto en el gabinete de Historia Natural. Pues he ahí lo que Midhat-Bajá se propuso; coger á Turquía viva y desmontarle y limpiarle el esqueleto. De seguro le hubiera causado la muerte. Así es que, á fines de Abril, en los consejos del Sultán, prevalecía la política antigua á todo trance: exaltación de la autoridad; guerra á muerte; odio sin tregua á los tiranos, llamamiento de todos los vasallos; contingentes de tropas traídos del Asia y lanzados como perros hambrientos sobre sus presas; cruzadas religiosas; apelación al odio de los cretenses mahometanos contra los cretenses griegos ó católicos; la tradición, la santa tradición por la cual Mahoma y sus descendientes vencieron al mundo atónito y fundaron poderosos Imperios y, sin embargo, iban emisarios del Sultán por Ginebra en busca de los liberales turcos para ofrecerles una Constitución. Y en verdad, ó estos medios aprovechaban á Turquía ó no tiene otros. La política liberal quiere decir en ella el relajamiento de la autoridad, el descenso de los Califas, el retroceso de la guerra, la utópica reconciliación entre los combatientes, la tolerancia con los oprimidos,

que se aprovecharían de ella para derrocar al opresor, complicaciones nuevas en medio de viejas é inveteradas desgracias.

IX

Nada tan bello como el espectáculo moral ofrecido por un pueblo libre, cuando de su propia suerte y de sus ulteriores destinos dispone con toda seguridad en populares comicios, los cuales llaman todos los ciudadanos, revestidos de sus derechos civiles, al ejercicio de las respectivas propias soberanías individuales, generadoras con sus votos de la soberanía colectiva superior ó nacional en el Gobierno y en el Estado. Así, todos cuantos amamos de veras la libertad individual, completada por el jurado y el sufragio populares dentro de una República parlamentaria, no podemos dejar de admirarnos al ver, cómo, próximas las elecciones generales francesas por terminar su plazo legal el Congreso y una parte del Senado, los dos grandes partidos fundamentales aquellos se aperciben al combate intelectual en libérrimas reuniones, impetrando el supremo juicio y fallo de los electores para fórmulas destinadas á regular ó impeler el movimiento progresivo, que nunca jamás puede pararse, y mucho menos retroceder allí donde vive una libre y verdadera democracia. Diversas cuestiones previas se han suscitado en Francia por una opinión, que tiene todos los medios naturales de manifestarse, y todas estas cuestiones se han resuelto con la madurez y la circunspección propias de un pueblo penetradísimo del sentimiento que necesitan experimentar todos los soberanos para dirigirse á sí mismos y dirigir á los demás: del sentimiento de su responsabilidad. Viendo muchos republicanos, amigos de mayor estabilidad en los ministerios y de mayor fuerza en el Presidente que las habituales ahora, el influjo tomado por Faure á causa de las alianzas europeas contraídas en su tiempo y la duración del Minis-

terio Méline, á causa del carácter conservador que le dieran los radicales, pensaron en reforzar la supremacía del poder ejecutivo, y no hubieron á mano cosa mejor para reforzarla que proponerle inmediato ejercicio de una facultad tan soberana como el derecho de disolución, la cual facultad, ejercida con mesura y á tiempo, debía recordar el supremo imperio de la presidencia y su participación en el poder legislativo, que tanto desconocen y olvidan los legisladores contemporáneos. El pensamiento de la disolución pudiera ser bueno, si alguna disidencia grave y sistemática surgiere de súbito y perdurare mucho tiempo entre la representación del poder legislativo y la representación del poder ejecutivo, que degenerara por supersticiones y emperramientos mutuos en agrio é irremediable conflicto, sólo conjurable por la nación en persona. A la política le daña todo aquello que no le sirve, y de nada servía una ostentosa y grande apelación á los comicios con el fin exclusivo y el objeto singular de que puede hacerla en todo tiempo con ciertas restricciones y concurso del Senado la presidencia del poder ejecutivo en la República francesa. Mas, como quiera que las instituciones vigentes han brotado de una reacción anticesarista, por lo mismo favorable al Parlamento, y que las disoluciones arriba decretadas recuerdan el dos de Diciembre inferido á la República por el Imperio napoleónida y el amago de una retrogradación intentada por los reaccionarios el diez y seis de Mayo, ha procedido el Gobierno perfectamente dejando baldía en estas circunstancias la disolución, á que pudieron acudir, así Grevy como Perier, y no acudieron, temerosos de que tomaran las nuevas instituciones con un predominio sobrado del poder ejecutivo, carácter cesarista del todo contrario al Parlamento y á la República.

X

Desechado este proyecto, que holgaba en la política real por su mera índole teórica, se disolverá dentro de poco el Parlamento, abriéndose por ello un período electoral, á cuyo término la Nación decida de su propia suerte y designe su predilecto Gobierno en el pleno ejercicio de la propia inmanente soberanía. Y para ganarse la voluntad nacional así los ministros como las oposiciones, así la derecha como la izquierda del país, así los radicales como los conservadores, no tienen más recurso que mover la voluntad nacional, cada uno en su pro; y para mover la voluntad nacional, es decir, la fuerza que hace, no tienen otro recurso sino mover la inteligencia nacional, es decir, la fuerza que piensa, y cree, y determina la voluntad general y preside la indeclinable acción. Constreñidos por estas consideraciones comienzan á reclutarse los republicanos de los dos partidos fundamentales, que dividen lógica y naturalmente la opinión francesa, y á encerrar en el verbo, cuyo espíritu habrá de tomar viva realidad en las leyes, los respectivos ideales, uno de conservación, otro de renuevo. Felices ellos, á tal extremo de madurez avenidos, que dan de mano á las revoluciones violentas por abajo y á las intrigas palaciegas por arriba, entregando su destino y suerte, no á persona única y aislada en la cumbre social, circuída de camarillas misteriosas y personales influencias, á todo el pueblo, sabedor en una educación liberal aquistada por la práctica del gobierno de sí mismo, donde se halla el claro límite de sus aspiraciones presentes y hasta donde puede llegar en las vías del progreso legal y pacífico sin malherir sus derechos incontrastables, ni quebrantar su idolatrada República. No hay crisis allí que se resuelvan por oligarquías de magnates; elecciones que abajo cambien los diputados según arriba cambian los Gobiernos; suprema resolución de todo por una sola persona-

lidad más ó menos artificialmente designada por los caprichos de la herencia: el verbo revelado por muchos oradores se dirige al comicio; y el comicio, compuesto por todos los ciudadanos, designa el Gobierno, teniendo así todos los franceses una parte igual directa en los derechos naturales y una parte igual indirecta en la gobernación y en la dirección del Estado. Y puede asegurarse ante un espectáculo tan maravilloso, el cual tanto á la humanidad honra, en su pueblo escogido, como revelador de la libertad al mundo, que la sociedad tiene allí estado tan imperturbable como el estado material de la Naturaleza, y que las leyes provienen de las relaciones naturales entre los ciudadanos; por lo cual están dotadas de un rigor, como el rigor que tienen las leyes en el Universo, pues nada se opone, ningún género de artificial resistencia, ningún obstáculo de insuperable dificultad, ningún poder puesto sobre las sociedades humanas, y creyéndose á las sociedades humanas anterior, al cambio y á la metamorfosis universal, en cuanto los dicta un pensamiento acreditado y los realiza la voluntad nacional.

XI

Los partidos fundamentales no deben separarse mucho, ni estar uno de otro muy enemigo en toda sociedad bien organizada. Y, amén de no estar muy distantes en soluciones, deben hallarse del todo conformes en la manera ó procedimiento de imponer estas soluciones al Gobierno y al Estado. No creais bien organizada una sociedad en que gran parte de los ciudadanos profesan principios del todo contrarios á la vigente organización social, y menos si apelan á las armas en vez de apelar á los comicios. Existen hoy entre los franceses dos partidos opuestos á lo existente; uno, engendrado por el recuerdo y la Historia, el partido realista en todos sus matices; otro, engendrado por la esperanza y por la utopia, el partido socia-

lista en todas sus escuelas. Pero, ya sea por convencimiento, ya sea por hacer de la necesidad virtud, ni el partido realista, con todos los recuerdos y todas las tradiciones que lo alientan al romanticismo de las empresas belicosas, ni el partido socialista, con representar la plebe de las ciudades, un tanto inquieta y de índole revolucionaria desde los tiempos antiguos hasta nuestros tiempos, sueñan jamás con la revolución en armas, ni piensan que las sociedades cambien á un cañonazo sobre nuestro continente como cambian las decoraciones á un silbido en el teatro. Todo lo contrario: el partido republicano gubernamental tiene por primer ministerio asimilarse los elementos asimilables de las viejas escuelas monárquicas, y obedece á esto el empuje católico que determina tantas adhesiones increibles al régimen republicano de antiguos realistas acostumbrados á creer este régimen abominación de las abominaciones; y el partido republicano radical tiene por primer ministerio asimilarse del partido socialista los elementos asimilables, tan dispuestos á estas asimilaciones de suyo, que durante la situación anterior política se acostumbraron á las delicias del gobierno y se revistieron del carácter ministerial, cosa para ellos tan abominable, como para los reaccionarios la democracia y la República. Con tales sendas asimilaciones se podrán intentar todas las resistencias justas á los impacientes por un progreso que pudiera, con sus aceleraciones, llevarnos hacia un retroceso dañosísimo, y se podrán tomar de los sistemas que se llaman y se creen progresivos, aquellas medidas en favor del trabajador y del trabajo, encaminadas á prosperar estos factores necesarios de la sociedad, sin detrimento de los dos principios más firmes sobre que ésta descansa: la libertad y la propiedad individual.

XII

Mientras la República estuvo amenazada, se imponía la concentración republicana, ó sea la inteligencia entre todos aquellos acordes en las instituciones fundamentales, aunque discordes en otros aspectos de la política y en otros asuntos de la gobernación. Pero desde la hora y punto en que las instituciones republicanas reposan sobre bases tan sólidas como las que pueda ofrecer cualquier Imperio de los más arraigados y seculares, la división estalla por hallarse tal división en la naturaleza del espíritu, como lo pasado, lo presente, lo porvenir en la naturaleza del tiempo, pues el espíritu y el universo á una se corresponden y se armonizan. Dos partidos, uno de conservación, otro de progreso, dentro de la República, debían surgir de suyo, como surgen un motor que impulsa y un freno que contiene y que refrena en todos los organismos. Y el uno, según los términos lógicos de la serie, debía destruir al partido realista y tradicional, atrayéndolo por la distancia y por la mole, como el otro, según los términos lógicos de la serie, y á las imposiciones de una mecánica social tan verdadera como la mecánica celeste, debía lo propio hacer con el partido socialista histórico allegándoselo por afinidades naturales y destruyéndolo en asimilaciones continuas. A esta química, la cual creerán muchos alquimia fantaseada, sin ver cómo los hechos les dan en rostro con las pruebas experimentales de ella, se han cristalizado, bajo una geometría inconsciente, pero matemática, los partidos franceses que ya existen frente á frente con sus respectivos jefes y sus respectivas banderas, como existe la contradicción y sus antítesis en el ritmo de la idea. Hoy tiene Francia un partido conservador, el cual no se asusta cuando le anuncian la proximidad y afinidades de los monárquicos, por-

que hallan en éstos fuerzas novísimas para gobernar la República, y un partido radicalísimo, el cual no se asusta cuando le anuncian la proximidad y afinidades de los partidos avanzados, porque se hallan en ellos fuerzas novísimas para impeler adelante la República.

XIII

Que tal es y tan saludable la organización del régimen republicano en Francia, se patentiza por medio de las elecciones en este crítico momento. El partido conservador está en el Gobierno, el partido radical está en la oposición; y á pesar de hallarse colocado en posiciones de suyo tan opuestas, el partido radical y el partido conservador están acordes en dos extremos capitales: en las recientes alianzas extranjeras y en el culto religioso á las instituciones republicanas. Luego descompondrán ambos, ante problema de menor importancia, el relativo al organismo y á la complexión mejores para la República. Mientras los conservadores no quieren hablar de reforma constitucional, sino acaso para extender y afirmar las prerrogativas del Presidente, los radicales hablan de tales reformas y quieren poner mano en ellas para impedir al Senado el predominio que ha conseguido en los últimos temporales sus resistencias invencibles á las innovaciones temerarias. Pero, aunque permanezcan hondas estas contradicciones políticas en sus apariencias, en su fondo y sustancia resultan muy de la superficie y mucho de fórmula. El jefe de los radicales franceses, el insigne orador Bourgeaux, no ha dicho una sola frase reveladora de su idea todavía; pero hála dicho un leal y antiguo compañero suyo de Ministerio, Mr. Mesureur, y en esta frase reflexiva y meditada no se contiene aspiración de ningún género á los peligrosos períodos constituyentes, que importa cerrar siempre con ánimo de hallar diferencias visibles entre la izquierda y la derecha: se propone una sencilla refor-

ma del Senado, autor único de la desgracia del partido radical, quien pasó por su voto del Gobierno á la oposición, y no puede quererlo mucho creyéndole, como lo cree, insuperable obstáculo á sus innovaciones y á su gobierno. El proceder de la derecha republicana con la vieja escuela católica, en que también disienten los conservadores de los radicales, tiene la importancia que le da el espíritu crítico de los contendientes: no tiene importancia ninguna política. Nadie podrá echar las tropas de refresco idas bajo las banderas del nuevo régimen á un sabio é inspirado consejo de León XIII. Los procedimientos necesarios en las cuestiones eclesiásticas impónenlos hoy los hechos mismos con un soberano imperio. No se puede retroceder hasta tolerar á la Iglesia invasiones en el Estado y en su enseñanza, que terminaron al aplicarse por el espíritu moderno á la sociedad la filosofía en el creador momento conocido con el sobrenombre de revolución francesa; pero tampoco se puede ir por ningún camino á la importuna, y por importuna temeraria separación entre la Iglesia y el Estado.

XIV

Relaciones del Senado con la Cámara; recibimiento que debe dispensarse á los entrados en el seno de la República durante todo este período; impuesto sobre la renta: he aquí lo que separa la izquierda radical de la derecha conservadora en el seno de la República francesa. Paréceme bien poca la diferencia; pero también me parece que la ponen muy de bulto los choques de las contradicciones en el fragoroso remolino de su mutua oposición. Para los conservadores, el partido radical entregaría Francia sin remedio á los colectivistas y á su asolador cosmopolitismo; para los radicales, el partido conservador está entregando Francia sin remedio al ultramontano en lo espiritual, y en lo económico á los judíos. Como si fueran dos manzanillos, á cuya sombra no pudiese vivirse

ni respirarse, hoy los radicales ven el Vaticano de Roma y el Banco de Francia extendiendo sus nefastas copas sobre la República para chuparse y absorberse así el aceite de su luz como el tuétano de su hueso. É igual dicen de los radicales sus contrarios, imputándoles enemiga irreconciliable con el amor á la patria, é intento meditado de aglomerar en la comunidad bárbara y primitiva los ciudadanos redimidos por la revolución, como en una fosa común. Mas no hay que alarmarse: ni los monárquicos sumados á la derecha podrán destruir la República, ni los socialistas sumados á la izquierda podrán destruir la propiedad.

Así honra, y mucho, al género humano que se gobiernen los pueblos quizá más monárquicos del Universo, los pueblos componentes de la gloriosísima y luminosa Francia, en una República de paz. Y esta República presenta el espectáculo moral más digno al abrir sus comicios y dejar en ellos á cada ciudadano el derecho de proposición y de iniciativa para que resuelva la totalidad de los franceses, dictando el fallo supremo al procurador que tiene sus poderes y al representante que tiene su voluntad en las alturas del Estado. Pasaron aquellos tiempos en que imaginaban los ministerios y las mayorías en Francia una usurpación del poder electoral, un desacato, por lo menos, á su grande autoridad, la presentación de programas al comicio desde las alturas de un Gobierno, y desde las filas de una mayoría hoy Gobierno y oposición, presentarán sus programas y el pueblo decidirá, porque en la República, por la República, para la República solamente hay una entidad soberana y grande: la Nación.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 1.º de Octubre de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Estudio sobre la organización y costumbres del país vascongado, por Antonio María Fabié, de las Reales Academias Española y de la Historia. —Madrid. Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1897.

Ha dado motivo á esta obra un informe que la Real Academia de la Historia encargó á su autor sobre el libro *Guipúzcoa á fines de la Edad Media,* por D. Carmelo Echegaray.

De gran actualidad los estudios sobre la materia, en que con predilección se ocupan escritores nacionales y extranjeros, porque la organización y las costumbres del país vasco, que desaparecen, por desgracia, rápidamente, quizá ofrecen vestigios de la vida primitiva de los primeros pueblos inmigrantes que se establecieron en el Occidente de Europa como embrión de las naciones modernas; habiéndose propalado muchos errores y adulterado los hechos para justificar aspiraciones excesivas y defender á todo trance fueros y privilegios, un libro documentado, de alta crítica, escrito para servir á la verdad, sin la preocupación de dar fundamento á tesis políticas ni á aspiraciones regionalistas, es un suceso de verdadera trascendencia en la esfera de las investigaciones histórico-geográficas, que debe notarse.

Significativa muestra de la serenidad de ánimo con que el sabio académico procede en sus disquisiciones, es la siguiente declaración, que recojo como fórmula del criterio á que obedece la obra:

«Hicieron bien y son de aplaudir los vascongados por el tesón con que han defendido siempre sus fueros y privilegios en cuanto no han traspasado los límites que la vida local debe tener para que no se perturbe ni debilite la nación de que forman parte las diferentes regiones, cuya unión, debida á causas históricas y de otro orden, constituye una unidad que los abarca y comprende.»

Combate la aseveración de escritores vascófilos de que las

provincias hermanas establecieran pactos ó contratos sinalagmáticos con los reyes, sometiéndose, mediante ellos, á una protección más que á la soberanía de los monarcas, y, fundándose en el texto de los más antiguos fueros, atribuye á éstos el carácter de concesiones hechas, sin duda en vista de la organización del país vasco y de los usos y costumbres tradicionales, pero en el ejercicio de la absoluta soberanía con que concedieron los monarcas fueros y cartas-pueblas, exenciones y privilegios en León y Castilla.

Trata de la lengua, de la raza y de los orígenes históricos, expone el desarrollo de la legislación foral, cuyos monumentos analiza con erudición copiosa, y formula conclusiones y consideraciones generales, que se derivan de su estudio.

Combate el señor Fabié la teoría, de que en un libro reciente me he hecho cargo, que considera está la cuna de los vascos entre los autochstonos del Nuevo Mundo, partiendo de datos de la lingüística, de la zoología y de la arqueología, y afirmando la existencia de la Atlántida, que hubiera hecho posible la inmigración vasca.

Piensa, que de existir la Atlántida, debió desaparecer antes del período cuaternario, en época en que la existencia del hombre no está demostrada.

Fundándose en observaciones de Brocca, Olóriz y Wirchow, afirma que los cráneos vascos, que pertenecen á diferentes variedades del tipo ariano, nada tienen de común con los americanos, que pertenecen á diversos tipos y variedades muy distintas del tipo europeo ó indogermánico y de las subrazas que lo constituyen.

La única analogía positiva que reconoce entre vascos y americanos es la del idioma, por hablar unos y otros lenguas de aglutinación; pero éstas no forman una verdadera familia; representan un momento en la evolución del lenguaje humano, el segundo (monosilábico, aglutinante y de flexión), cuya coincidencia no acusa comunidad de orígen.

La expresión de los mismos objetos ó ideas por los mismos

sonidos ó articulaciones en diferentes lenguas se explica por la identidad de condiciones fisiológicas y anatómicas de los órganos y funciones que producen la palabra, y de la misma identidad de leyes psicológicas para todos los seres humanos.

Poblada la Península por hombres de la raza de Cromagnon, que ocupó el Norte de Africa y la región meridional de Europa, llegaron á ella otros de orígen ario en el período de cultura que representa el tránsito de la forma de lenguaje aglutinante á la de flexión: los iberos, que se extendieron como dominadores por toda la Península. Apoya estas aseveraciones en los resultados del estudio de las inscripciones ibéricas, especialmente de los que ofrecen las monedas estudiadas por D. Antonio Delgado, D. Jacobo Zóbel, y sobre todo, del doctor Hübner, que confirma las opiniones de Humboldt.

Nuevas inmigraciones, comenzando por la de los celtas, obligaron á los iberos á replegarse hacia la región pirenáica, y, confinados en sus valles han vivido en un cierto aislamiento sin mezclarse en grandes proporciones con otras razas, y conservando, por esto, su tipo antropológico, su lengua, sus usos y sus costumbres.

Los iberos, al entrar en España, formaban tribus. Su organización política, conservada durante la Edad Media, con *parentes mayores* ó jefes de mesnada, *hidalgos* y *collazos*, que correspondían exactamente al *pater* de la tribu romana, á los *quirites* y á la *plebs* de la ciudad eterna, es esencialmente aria, como ario es el principio de la autoridad suprema y absoluta del padre en la familia, mantenida con tenacidad por los fueros en Vizcaya y, merced al cual, en medio de lo que llama el señor Fabié pulverización social, se conserva la familia vascongada, como se conserva la catalana, y puede servir de modelo de una organización perfecta que dé nuevo vigor y energía á las personalidades superiores ó naciones.

Tales son las principales conclusiones de la importante obra con que se ha enriquecido la literatura vascongada.

R. Torres Campos.

La science sociale d'après les principes de Le Play et ses continuateurs por J. B. Maurice Vignes.—Dos tomos de 460 y 455 páginas, precio 16 francos en rústica y 20 encuadernados.—París. V. Giard y E. Brière, 1897.—*Bibliothèque sociologique internationale.*

Seguramente que ninguna persona aficionada á los estudios sociales ignora la significación importantísima del célebre ingeniero, economista y sociólogo francés Le Play, en la orientación de la ciencia social. Sus monografías acerca de las familias de los obreros en los diferentes países, son conocidas de cuantos se interesan por la resolución de los grandes problemas de la sociedad contemporánea, como lo son también su método realista de investigación y sus aspiraciones idealistas de reforma moral de las clases trabajadoras. Por otra parte, el infatigable publicista filántropo, dejó constituida verdadera escuela, que aún hoy trabaja con entusiasmo, guiados sus adeptos por las inspiraciones del maestro sociólogo. Una prueba palmaria del gran influjo y de la persistencia de la labor de Le Play en *La ciencia social*, es la obra del Sr. Vignes, con que acaba de enriquecerse la *Biblioteca sociológica internacional* del Sr. Worms.

Este libro, como su mismo título indica, es una exposición, fundada en investigaciones de carácter histórico y positivo, de la ciencia social, hecha á la luz de los principios de Le Play y de sus continuadores; obra de sociología descriptiva y concreta, inspirada en la idea de que los fenómenos sociales han de conocerse, atendiendo á su propia y real estructura y desenvolvimiento. Pero no por esto se crea que el trabajo del Sr. Vignes es un trabajo de carácter positivista. Nada de eso; nuestro autor da una gran importancia á las manifestaciones de índole moral é intelectual, teniendo por esto su libro muy acentuada orientación idealista, como corresponde á una exposición inspirada en los principios de Le Play.

La science sociale comprende tres partes: en la *primera* trata, del *método,* señalando el fin de los estudios sociales, los antecedentes de la obra de Le Play y la formación de sus pro-

cedimientos de observación; después habla de la edad de las producciones espontáneas, é investiga la condición de las familias primitivas, las artes liberales más antiguas, etc. En la *segunda* parte estudia la edad de las máquinas movidas por los vientos, las aguas ó los animales, señalando el fenómeno capital de la transformación de las familias primitivas, la aparición de las artes nuevas, usuales, y de las liberales. En la *tercera* llega á la edad de la hulla, del vapor y de la electricidad, ó sea á la edad de la complicación en todas las manifestaciones de la vida humana, fijándose principalmente en las grandes transformaciones que bajo el influjo de los nuevos inventos experimenta la organización del trabajo y la estructura de la familia.

A. Posada.

Ciencia política y Derecho constitucional comparado, por Juan W. Burgess. Tomo I, *Soberanía y libertad*.—Un vol. de 316 págs., 6 pesetas. Madrid 1897. La España Moderna.

Pocas obras ha publicado La España Moderna tan útiles como la del insigne tratadista norteamericano Sr. Burgess. Autor éste competentísimo en la Ciencia política, ha sabido sistematizar los complejos problemas de ésta en el hermoso libro de que hablo, de un modo original y que, en general, debe estimarse acertado. De libros como el de Burgess está muy necesitada la literatura política de todas partes, y más que ninguna, acaso, la española. Comprendiéndolo así, y penetrado del mérito indudable de tán interesante obra, tiempo hace que el ilustre maestro Sr. Azcárate nos la dió á conocer en amplio extracto publicado en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, habiéndole dedicado además, si no estoy equivocado, uno de sus cursos de la Universidad Central. La obra del profesor Burgess se recomienda por su claridad y concisón, por la elevación de sus miras, por el gran conocimiento que revela, no sólo de las teorías clásicas y modernas

acerca del Estado (aunque no es esto, sin duda, lo más completo del libro), sino también, y sobre todo, de las instituciones políticas contemporáneas de Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Nuestros estudiantes de Derecho pueden tener en esta obra un guía admirable, y los políticos y periodistas (si unos y otros no son de la turba multa del vulgo á quien molesta la lectura) una fuente de información como pocas.

Consta el libro del profesor americano, de dos tomos: trata el primero de la *Soberanía* y de la *Libertad*, y el segundo del *Gobierno*. En español, hasta ahora, sólo se ha publicado el primero, que comprende lo que pudiéramos considerar como principios de la política, y los primeros problemas del Derecho constitucional comparado. Van expuestos aquellos principios en los libros dedicados á los conceptos de Nación y de Estado, y á la formación de las Constituciones, que compara luego en el Derecho constitucional al examinar los problemas de la organización del Estado y de la libertad individual. Los fundamentos de toda la indagación política, son esencialmente históricos: no es un idealista Burgess, es un conocedor de la Historia y de los resortes prácticos del Estado. El corte de su libro en este respecto pudiéramos decir que es muy *aristotélico*.

No es posible pararse aquí en detalles para exponer las ideas que el Sr. Burgess sostiene. Unicamente advertiré que una de las más capitales, aquella que sirve en parte de cimiento á toda la construcción sistemática del tratado, es la del Estado, considerado por el autor como un término esencialmente distinto del Gobierno, como el soberano, y estudiado además de una manera realista en atención á su significancia actual histórica. Sin duda es discutible el concepto que del Estado expone el profesor Burgess, sobre todo cuando lo define concretamente en el obrar efectivo de las constituciones positivas, pero esto no obsta para la gran fecundidad doctrinal y práctica de la distinción por él sostenida.

Y termino. De desear es que La España Moderna publique

cuanto antes el tomo segundo de la obra á que estas líneas se refieren.

A. Posada.

L'Europa giovane.—Studi e viaggi nei paesi del Nord, di Guglielmo Ferrero. Milano, Fratelli Treves, editori, 1897.—Un volumen de 424 páginas, 4 liras.

Guillermo Ferrero es uno de los escritores más simpáticos de nuestro tiempo. Laborioso, culto, perspicaz, dotado de una rara fuerza de observación, sabe descubrir en las cosas relaciones y aspectos que para la gran mayoría de los hombres, aún para los de mayor ingenio, pasan desapercibidos. En todos los trabajos (bastante numerosos ya á la hora que corre) del joven autor, se encuentra uno con problemas nuevos, con puntos de vista originalísimos, sorprendentes, con reflexiones vedadas á los espíritus mediocres, y hasta á muchos de los que se tienen por superiores. ¿Quién no se mostrará efectivamente sorprendido cuando sepa, por ejemplo, que Ferrero considera el socialismo alemán, no á modo de metáfora, sino dando á la palabra su sentido recto y ordinario, como una religión propia y verdadera, y cuando lea al frente de uno de los estudios de que el libro consta el siguiente epígrafe: *El tercer sexo?*

L'Europa giovane es, según el propio Ferrero, «el resumen de las impresiones más profundas, recibidas en dos años de viaje y morada en Inglaterra, Alemania, Rusia y Escandinavia». Otros viajeros, en su caso, nos habrían dado minuciosas descripciones de infinidad de cosas tenidas por ellos como raras, de costumbres que calificarían de estrambóticas, de lo que hubieran encontrado chocante en la vida social, en la doméstica, en la pública, en los trajes, en la mesa, en los actos del culto, etc. Ferrero, en cambio, toma ocasión de lo que ha observado en las naciones visitadas por él, para acometer el

estudio de cuestiones de gran entidad y trascendencia; busca, por decirlo así, la sustancia de las cosas, y aunque habla muchas veces de lo que otros denominarían «extravagancias» de los países del Norte, no es para dar cuenta de ellas como tales extravagancias, sino para ofrecerlas como ejemplos explicativos ó manifestaciones concretas y visibles de aquella sustancia, es decir, para mostrar al lector que el espíritu característico del pueblo que estudia se proyecta en todo, lo mismo en lo alto que en lo bajo, lo mismo en la manera de construir las ciudades ó de andar por las calles, que en la organización de las instituciones políticas. Por el simple examen de un picaporte, sabe el verdadero arqueólogo reconstruir toda una civilización ya pasada; por la mera inspección de un hueso, sabe el paleontólogo, como Cuvier, reconstruir el esqueleto de un animal que ya no existe; por el estudio de la diferente manera de fabricar los bizcochos y las pastas en Inglaterra é Italia, sabe Ferrero elevarse á descubrir las diferencias que existen entre dos civilizaciones contemporáneas, la germánica y la latina. La vida, con todas sus contradicciones, igual la vida del individuo que la colectiva, es perfectamente orgánica; así la ven los observadores de verdad, los historiadores y los sociólogos que merezcan ser llamados tales; así ha visto Ferrero la de los países que ha visitado.

En el libro que nos ocupa, libro que ha obtenido un gran éxito en su país (el ejemplar que yo tengo á la vista, y que poseo hace ya algunos meses, pertenece al cuarto millar), se contienen los siguientes trabajos, á cual más interesantes: *Bismarckismo y socialismo, El amor en la civilización latina y en la germánica* (las diferencias sexuales entre los individuos de ambas civilizaciones son las que, según el autor, que hace sobre el asunto observaciones muy nuevas y muy atendibles, dan origen á todas las demás); *Londres, Moscou*, *El tercer sexo*, *La lucha de dos razas y de dos ideales* (semita y ario), *El antisemitismo*, *La sociedad del porvenir*.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia. Memorial histórico-español. *Tomo XXVIII.* (Estado de Portugal en el año de 1800, por D. José Cornide. *Tomo III.*)—En 4.°, VIII-333 páginas: 12 pesetas en Madrid y 12,50 en provincias.

Algodones: equivalencias para Americanos, Levantes, Indias y Jumel. En 8.°, 30 págs.: 3 pesetas.

Amer (C.)—Cuba y la opinión pública. En 8.°, 64 págs.: 1 peseta.

Anuario internacional de medicina y cirugía. Segunda serie. *Tomo XXVI.* Julio á Diciembre de 1896. En 8.°, XVI-525 págs.: 5 pesetas.

Arizmendi (A.)—Cantos... ¿Rodados? En 12.°, 47 págs.: 50 cént.

Becker (J.)—Historia política y diplomática, desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895). En 4 °, 642 págs.: 8 pesetas.

Biblioteca del viajero. *Tomo I.* Contiene: Lo que debe saberse para viajar. En 8.°, 175 págs.: 75 céntimos.

Borrell y Oliveras (P.)—Instrucciones prácticas para la elaboración de los vinos. En 8.°, 119 páginas: 2 pesetos.

Brañas (A.)—Curso de Hacienda pública general y española. En 4.°, *Tomo II.* 264 págs. 9 pesetas.

Bustamante y Pina (M. de).—Guía de Jerez para 1897. Año II. En 4.°, 520 págs.: 5 pesetas.

Butrón y Cortés (J.)—Carta familiar dirigida á su hijo el guardiamarina D. Rafael Butrón y Pareja. En 8.°, 205 págs.: 3 pesetas.

Calleja y Sánchez (J.)—Compendio de anatomía descriptiva y de embriología humanas, con grabados intercalados en el texto. En 4.° mayor, IX-876 y 1062 págs.: 30 pesetas.

Casado (M.)—Uno y tres, historia ó cuento. En 8.°, 348 págs.. 3 pesetas.

Cervantes Saavedra (M.)—El ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha. Compuesto por Miguede Cervantes Saavedra. Primera edición del texto restituído con notas y una introducción, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española, y Juan Ormsby, Edimburgo, 1897. En 4.°

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile. *Tomo XIII.* Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1897. En 4.° mayor, 491 págs.: 15 pesetas.

Chico (M.)—Patria: lecturas nacionales para niños. En 8.°, 206 páginas: 1 peseta.

Dante Alighieri.—La divina comedia de Dante Alighieri; traducción en verso ajustada al origi-

nal, con nuevos comentarios, por Bartolomé Mitre. Segunda edición definitiva. Buenos Aires. Imprenta y litografía de Jacobo Peuser. 1897. En 4.°, XIX-77 páginas y una lámina con dos retratos.

Díaz Plaza (F.)—La lira itálica. Poesías de autores italianos contemporáneos, puestas en rima castellana. En 8.°, 146 págs.: 2 pesetas.

Echevarría G. de Suso (E de).—Estudios del hígado; curación de la litiasis biliar y del cólico hepático. En 4.°, 87 págs.: 2 pesetas.

Fabié (A. M.)—Ensayo histórico de la legislación española en sus Estados de Ultramar. En 4.°, 336 páginas: 5 pesetas.

Fernández Duro (C.)—Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón. *Tomo III.* En 4.° 522 págs., 20 láminas: 15 pesetas.

Ferreiroa (U.—Historia apologética de los Papas. *Tomo V.* En 4.°, 407 págs.: 2,50 pesetas.

Ganivet (A.)—Idiarium español, por Argel Ganivet. En 8.°, 164 págs.: 1,50 pesetas.

Gómez Quintana (I).—Apuntes históricos acerca de la fiesta de toros en España. *Tomo I.* En 8.° mayor, XXII-304 págs.: 3 pesetas.

Icnografía cristiana «El nimbo como característica; el Padre eterno; Cristo como símbolo.—Cristo glorioso.—Cristo bajo la forma histórica.—La Trinidad.—La Santísima Virgen.—Los Angeles y el Diablo.—Patriarcas, Profetas, Apóstoles.—Evangelistas.—Santos y mártires.—Personificación de vicios y virtudes. Con 25 grabados. En 12.°, 80 páginas; 2 pesetas.

Iglesias (I.)—Fructidor, drama en quatre actes. En 4.°, 177 páginas: 2 pesetas.

Irribas (G.)—Viaje por Italia y Suiza, pasando por el Mediodía de Francia. En 4.°, XXVI-408 páginas: 3 pesetas.

Izonlet (J. B.)—El mentor completo de los verbos y adverbios franceses. En 8.°, IX-222 págs.: 2,50 pesetas.

León Domínguez (J. M.)—Recuerdos gaditanos. En 4.°, 718 páginas: 12 pesetas.

Losada (J. C.)—Vida de San José de Calasanz. En 8.°, 236 páginas: 1,50 pesetas.

Martínez Añibarro.—Breves instrucciones al alcance de todos para la elaboración de los vinos ordinarios. En 12.°, 53 páginas: 1 peseta.

Max-Müller (F.)—Origen y desarrollo de la religión, estudiados á la luz de las religiones de la India; lecciones dadas en Westminster Abbey, por F. Max-Müller. En 4.°, 347 págs.: 7 pesetas.

Méndez Martínez (F.) y Avecilla (C. R.)—El puesto de la inocencia; escrúpulo de sainete lírico. En 8.°, 39 págs.: 1 peseta.

Moreno de la Tejera (V.)—Los dramas de la guerra. En 8.°, 51 páginas: 2 pesetas.

Morera (E.)—Cançons catalanes. En 4.°, 4 hojas: 0,50 pesetas.

Núñez de Matute (M.)—¡Sacrificios heroicos! esbozo dramático. En 8.° mayor, 24 págs.: 1 peseta.

Ortí y Lara (J. M.)—Las tres grandes luces, los tres símbolos y las tres virtudes teologales de la masonería, explicados por el hermano masón Carlos Cristianos Fe-

derico Krause. Memoria escrita y remitida al Congreso anti-masónico de Trento. En 4.°, 23 páginas: 0,50 pesetas.

Paz (J.)—El Monasterio de San Pablo de Valladolid. Noticias históricas y artísticas, sacadas de varios documentos, por Julián Paz (Archivero-bibliotecario). En 8.° mayor, 64 págs.: 1,50 pesetas.

Poggio (J. A.)—De Carnaval, juguete cómico-lírico. En 8.°, 42 páginas: 1 peseta.

Puerta (G. de la).—Tratado de química inorgánica. En 4.°, *2 tomos*, 636 y 605 págs.: 25 pesetas.

Pujadas Truch (J.)—Vida y mort, episodi dramatich. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Ramón (S.)—El ángel de la caridad ó rasgos culminantes de la vida de San Camilo de Lelis. En 8.°, 4 hojas y 110 págs : 1,50 pesetas.

Reboles y Campos (G.)—La peste bubónica ó tifus Yersín. En 8.°, XVI-318 págs.: 3,50 pesetas.

Ripollés y Baranda (M.)—Jurisp rudencia civil de Aragón, recopilada y ordenada según el plan del Código civil. *Tomo 2.°* (fin de la obra). En 4.°, XXV-419 págs.: 7 pesetas.

Rodríguez de Llano (G.)—Tratado de geografía aplicada al estudio del servicio postal de la Península é islas adyacentes. En 4.°, 172 páginas: 6 pesetas.

Ruano Prieto (F.)—D. Juan II de Aragón y el Príncipe de Viana; guerras civiles en los reinos de Aragón y Navarra durante el siglo XV. En fol., 232 págs.: 6 pesetas.

Rusiñol (S.)—Oracions. En 8.° mayor, 317 págs.: 10 pesetas.

Salas y Amat (L.)—La resistencia filoxérica y demás cualidades de las principales vides americanas y vinífero-americanas. En 4.°, 112 págs.: 2,50 pesetas.

Sales y Ferré (M.)—Tratado de sociología, evolución social y política. *Segunda parte. Tomo 3.° La Nación.* En 4.°, 512 páginas: 8 pesetas.

Saltiveri (A.) - May més frontón, aproposit en un acte y en vers. En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Santaló (J.)—Veleta, monólogo en verso. En 8.°, 16 págs.: 1 peseta.

Soler y Roig (J.)—Memorandum terapéutico dosimétrico. En 4.°, XL-124 págs.: 3 pesetas.

Soler y Sánchez (J.)—Análisis y ensayos de los alimentos, de las bebidas y de los condimentos. En 4.°, 389 págs.: 6 pesetas.

Tarruella (J.)—Sobre la urobilinuria. En 8.°, 148 págs.: 2 pesetas.

Tornero de Martirena (A.)—La bronca H, sainete lírico en un acto. En 8.°, 36 págs.. 1 peseta.

Trevijano (J.)—Las niñas toreras, extravagancia cómico-lírica en un acto. En 8.°, 30 págs.: 1 peseta.

Vidal Valenciano (E.)—La vara de alcalde, comedia en un acto. En 8.°, 39 págs.; 1 peseta.

Villegas (E.), Larrubiera (A.) Casero (A.)—La gente alegre, humorada lírica en un acto. En 8.°, 34 págs.: 1 peseta.

Zuleta (E.)—Tierra virgen. Medellín (República Argentina). Imprenta del Depósito; librería de Carlos A. Molina, 1897. En 8.°, 403 págs., una hoja de índice y otra de erratas.

INDICE

Págs.

El silencio (novela), por Eduardo Rod..... 5
Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola..... 56
Palmaroli y su tiempo, por Ceferino Araujo y Sánchez..... 91
España en 1679, según Madama D'Aulnoy, por H. Taine 114
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 131
La prensa internacional: Los millonarios griegos, por Tigranes Yergate.—*Los niños mártires*, por Pablo Strauss..... 141
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 175
Notas bibliográficas, por R. Torres Campos, A. Posada, y P. Dorado 197
Obras nuevas 205

España moderna

AÑO 9.º NUM. 107.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SILENCIO

NOVELA

(Conclusión.)

VIII

Por lo común, pronto se olvida á un ausente. Hartas menudencias distraen cada día, para que la atención vaya corriendo al otro lado de la tierra en pos del viajero; tanto más, cuanto que siempre hay personas presurosas en ocupar los lugares vacíos por las ausencias. Sin embargo, Kermoysan no se vió en ese caso. Aunque estuviera muy lejos, continuaban ocupándose de él: sus enemigos no habían depuesto las armas, y Malmain no desperdiciaba ocasión de ejercitar á sus expensas su lengua venenosa; sus amigos no sólo conservaban todo el afecto que le tenían, sino que se ocupaban mucho de él en sus conversaciones, hasta el punto de parecer á veces que estaba presente. Por otra parte, de vez en cuando aparecía en las Revistas su firma, como para sostener el recuerdo: podían leerse bajo su muy conocido pseudónimo, impresiones de viaje muy agudas, en que la descripción de los lugares ocupaba menor sitio que la de ciertos estados de ánimo tiernos y extraños.

Conservo algunos de estos fragmentos, que no han sido coleccionados en tomo, y de los cuales doy aquí una muestra:

«... Huye el mar, siempre cambiante y siempre el mismo. Los escalofríos de sus azules infinitos corren hasta el extremo

de un inaccesible horizonte, por donde á la tarde se arrastran los quiméricos incendios de la puesta del sol. Cae la noche apacible, á veces sin estrellas. Estoy en mi banco de cuarto, fijos los ojos en el misterio, que me rodea, abierto el pecho á los frescos soplos que pasan por el aire, azotado el oído por el traqueteo monótono del barco. Primero ando, repitiendo cien veces los mismos paseos; después me paro, y permanezco inmóvil; poco á poco mi inmovilidad se hace rígida, como si una fuerza extraña suspendiese el juego de los nervios y de los músculos, cual si estuviese hipnotizado por no sé qué lejana mirada vencedora, de un ojo invisible que se fija en mí. Entonces desaparece toda sensación: es como un anonadamiento del cual tuviese obscura conciencia, un anonadamiento que absorbe mis sentidos, al paso que la parte más secreta de mí mismo sigue viviendo con una vida intensa y multiplicada, en el alejamiento del espacio y del tiempo, evocando minutos lejanos que nunca volverán, llamando á otros, aún desconocidos, con una intensidad de deseo que por un segundo los reviste de una realidad fastástica, que al punto se disipa. Paréceme que me repliego, que me encojo, que me contraigo; mis pies no sienten ya el piso que me sostiene, mis manos ya no sienten la baranda en que se apoyan, mis ojos ya no distinguen la noche. Todo mi yo se concentra en un solo punto, en un solo foco interior que me consume al arder. ¿Es sufrimiento ó goce? No lo sé, no lo sé; pero luego quisiera revivir eternamente esas horas, á las cuales deben de asemejarse los éxtasis de los místicos ó los ensueños de los tomadores de opio..... ¡Ah! Navegue el buque, vengan las riberas desconocidas, las frondosas plantas de los trópicos, las grandes mariposas rojas innominadas, los paisajes nuevos que me esperan; llevo dentro de mí flores más bellas, horizontes más vastos, todo un mundo de pensamientos que desafían á la palabra, que no expresaré, pero á través de los cuales puedo vagar y perderme más de seguro que en bosques vírgenes, con embriagueces más hermosas que las de los más maravillosos perfumes.....»

Y más adelante:

«He tenido amor á los espectáculos de la tierra. En otro tiempo, mis ojos se hartaban con los juegos de la luz, el esplendor de las flores, la majestuosidad de las líneas, la grandeza ó el encanto de los paisajes. Placíame también el rumor del silencio en las soledades; dilatábase á veces mi corazón con un júbilo infinito, sin tener más causas para alegrarse que la dulcísima presión de las cosas, misteriosamente simpática. Ya no conozco esas alegrías, ¡ay! Ya no soy esclavo, feliz esclavo de esas fugaces impresiones que los sentidos dejan en nosotros y que un soplo de viento desvanece. Tengo respecto del mundo exterior una ruda independencia, de la cual no puedo eximirme. Pertenezco á mis pensamientos. De mí mismo surgen las imágenes cuya contemplación constituye mis éxtasis. Ya no son las formas variadas, caprichosas y bellas de la creación: son recuerdos, esperanzas frágiles, siempre dispuestos á desvanecerse; los retengo, los saboreo, los acaricio. Esos fugaces sentimientos toman en mi mente no sé qué carácter de eternidad, de una eternidad más duradera que la de las cosas que nos sobreviven, que la de los mares que no se agotan, de los ríos cuyas aguas siempre se renuevan, de los continentes que desafían á los sacudimientos del globo. Así voy á través de los países desconocidos, sin ver nada más sino lo que hay dentro de mi espejo interior.....»

O también:

«¡Dios!..... ¡Quiero creer en Él!.... Necesito que exista..... Le veo, le siento, no en el esplendor de las decoraciones terrestres, donde le buscan algunos espíritus groseros, sino dentro de mí mismo, más allá de los pensamientos cuyos juegos monótonos vuelven á comenzar cada mañana, en la linde de mis ensueños, de los cuales no quiero el fin que solo Él puede fijar fuera del siglo. Por un camino muy lento, tortuoso, sembrado de obstáculos, avanzo hacia Él. Allí me acerca la insignificancia del mundo. Quizá estoy más próximo que á las arenas donde se hunden mis pies, que á las aguas donde me su-

merjo en busca de frescura. Le llamo con toda mi sed de eternidad. Quisiera sentirme en su mano: ¡estaría en ella libre de tantos lazos que me pesan!..... E inexpresables cánticos comienzan á cantar dentro de mi corazón.»

Tales exaltaciones no recordaban, ni por el fondo ni por la forma, los escritos precedentes de Kermoysan. Por eso extrañaban á sus lectores y promovían discusiones bastante vivas acerca del estado de su espíritu, que cada cual definía á su manera. Recuerdo que, después de la lectura de uno de esos fragmentos, alguien exclamó:

—¡Eso lleva en derechura al hospital de San Sulpicio!

Malmain, que estaba allí, dijo con sorna:

—¡O al manicomio de Charenton!

De hecho, había conformidad en reconocer que Kermoysan ya no era el mismo, y que esas notas, publicadas sin calcular su efecto, revelaban una especie de extravío. Así juzgan á menudo las personas de buena sociedad: tratan de loco á quien sale de la habitual moderación de ellas, que en el fondo sólo es indiferencia.

IX

Mientras estuvo ausente Kermoysan, sufrió Herdevin cuantiosas pérdidas de dinero. Por un momento, hablóse de su probable quiebra. Pero, con ser un hombre de vida alegre, era también un luchador de energía y de temple; á los pocos días de combate salió de apuros. Por lo demás, no hizo cambio ninguno en su género de vida. Todo lo que se supo es que había vendido una importante propiedad que su esposa tenía en el departamento del Allier, la cual estimaba ella muchísimo: eran sus haciendas de familia, la casa donde nació, el jardín donde había jugado de niña. Todos los veranos iba á pasar

allí una temporada de varias semanas, de la que hablaba de antemano como de un placer muy grande. Estoy seguro de que eso fué para ella una pena muy honda; pero nadie lo hubiera sospechado al verla siempre tranquila. Era menester conocerla un poco para presentir la resignación que había bajo su serenidad, y para oir las quejas de su corazón herido tras las palabras indiferentes que decía con su voz de cristal. Algunas veces me llamaba la atención la señora B... acerca de eso:

—Mírela usted. ¿Quién sospecharía lo que es su vida?

¿Sería acaso, pensaba yo á menudo, porque entre sus sufrimientos de esposa y sus sufrimientos de madre llevaba en el corazón otra herida, un mal ignorado?.... Sin embargo, ciertos detalles de su vida íntima contradecían tal sospecha, y me preguntaba á mí mismo donde habría lugar para una novela en una existencia tan ocupada. En efecto; una novela exige mucho trajín, salidas difíciles de justificar, embustes que acaban siempre por percibirse, la complicidad de una doncella ó de otras personas. ¿Dónde habría colocado ella todo esto?

En el comienzo de la temporada de reuniones, la señora Herdevin había anunciado á sus amigos que saldría poco, pues el estado de su hija Marta iba agravándose é inspirándole inquietudes inmediatas. Pero su marido, temeroso de que esa retirada del mundo se atribuyese á apuros de dinero que quería disimular, exigió que saliese más que nunca. Por eso pudo vérsela en todas partes, paseando á través de los salones su constante angustia, espiando el momento de regresar junto á la camita adonde su corazón la llamaba.

Acontecióme algunas veces presentarme en su casa un poco antes de la hora destinada á las visitas. En varias ocasiones encontré en su gabinete, rodeada de almohadillas, encima de un sofá, á su pobrecita Marta, seca y encanijada, con el rostro pálido y doliente, iluminado por unos ojos harto brillantes, y descansando sobre sus juguetes los deditos largos y

flacos. Nunca olvidaré su mirada acusadora y angustiosa cuando la sacaban de allí «á causa de las visitas». Sin embargo, no presentaba resistencia, y la señora Herdevin decía:

—¡Si supiera usted cómo la quiero! Desearía ser la única que la cuidase, no abandonarla jamás un minuto..... Porque es una criatura deliciosa.

Una vez añadió:

—Sé que no vivirá.

Y sus ojos se arrasaban de lágrimas.

X

A la inversa de muchos viajeros, Kermoysan escribía numerosas cartas á sus amigos ó amigas. Esas cartas eran de muy diverso tono que las notas de viaje que entregaba al público: contenían detalles muy precisos y circunstanciados acerca de sus ocupaciones, su género de vida y sus mudanzas de lugar, que permitían casi seguirle paso á paso. Como es de suponer, esas preciosas cartas circulaban mucho; leíanse fragmentos de ellas en los *five o'clock* ó en las veladas íntimas, se comentaban, se discutían. Advertí que la señora B... recibió varias con intervalos muy próximos, mientras que la señora Herdevin no recibió ninguna. Yo mismo recibí una, como Kermoysan me lo había hecho esperar, y en circunstancias que la dieron particularísimo valor.

Uno de esos periódicos más ávidos de noticias que aficionados á la verdad, publicó un día un telegrama anunciando que el *Tritón* se había perdido, casco y tripulantes, en las costas del Senegal. Daba la fecha del siniestro, así como ciertos detalles destinados, sin duda, á aumentar lo verosímil de su información. Sin embargo, como en el Ministerio de Marina no se había recibido ningún informe respecto á ese desastre,

podía conservarse alguna esperanza. Naturalmente, los amigos de Kermoysan sintieron vivas inquietudes; durante dos ó tres días hizo el gasto de todas las conversaciones la posible pérdida del *Tritón;* discutíase su grado de probabilidad con esa mezcla de interés y de indiferencia, de enternecimiento fácil y de pronto olvido, que constituye el fondo de la compasión en sociedad. Las opiniones variaban según los caracteres. La señora B..., optimista como de costumbre, negábase á creer la noticia, con tan buena fe, que me tranquilizó.

—Es imposible—repetía;—se hubiese sabido en el Ministerio.

Otros meneaban la cabeza, respondiendo:

—En el Ministerio nunca se sabe nada.

Quedaban en suspenso los pareceres, aguardando.

Precisamente, en aquel momento recibí una larga carta de Kermoysan. Al abrirla, ví que la fecha era varios días posterior á la del pretenso naufragio: bastaba, pues, para desvanecer las dudas acerca de ese asunto.

Contentísimo de haberme tranquilizado yo mismo, y algún tanto orgulloso de poder tranquilizar á sus amigos, fuíme á casa de la señora B..., á quien Kermoysan me nombraba entre varias personas (una de ellas también la señora Herdevin), á las cuales enviaba un saludo. Tuve la suerte de encontrar juntas y solas á las dos señoras, en el abandono de una entrevista íntima, favorable para las confidencias. La señora Herdevin me pareció que sufría: advertí en sus tiernos y dulces ojos no sé qué fulgor de angustia, desesperación contenida, rígida fijeza; lo cual me chocó tanto más, cuanto que llevaba algún tiempo sin verla. No vacilé en atribuir ese cambio á sus preocupaciones personales; hasta pensé que estaba en vías de revelárselas á mi anciana amiga, de suerte que yo no iba á producir efecto. Me engañé:

—Hablábamos de ese pobre Kermoysan—me dijo la señora B..., invitándome con un gesto á que me sentara frente á ellas.—Decíamos.....

Tranquilizado respecto á lo oportuno de mi noticia, la interrumpí:

—Pues bien, señora, puede estar usted tranquila acerca de él. Acabo de recibir carta suya, aquí la traigo. Como ustedes pueden ver, es posterior en más de una semana al día del pretendido accidente. Por tanto, la noticia era falsa.

Y entregué á las dos mujeres la carta.

Hubo entre sus respectivas actitudes tal diferencia, que me hubiera sido imposible no notarla. La señora B..., naturalmente expansiva, manifestó al punto su gozo:

—¡Ah, buen amigo—exclamó dando un vistazo al pliego, que alargaba á su compañera—qué contenta estoy!..... Nunca sabrá él los malos días que nos ha hecho pasar.....

La señora Herdevin habíase inclinado sobre el papel, que puso encima del manguito sin decir nada. Yo estaba de pie delante de ella: sólo ví el movimiento casi imperceptible de sus párpados bajados, pero me pareció oir que suspiraba varias veces, presa de una emoción que se esforzaba en contener.

—¿Puede leerse?—me preguntó la señora B...

Y al ver mi ademán afirmativo, dijo á la señora Herdevin:

—¿Está usted leyéndola?

La señora Herdevin no alzó los ojos, ni respondió en seguida; pero al cabo de unos segundos tartamudeó:

—Trato de leer..... puesto que se permite..... Me cuesta mucho trabajo..... Esta escritura es horrorosa.....

—Es verdad, son patas de mosca—dijo la señora B...

Después, volviéndose hacia mí, añadió.

—Si tuviese usted la bondad de leérnosla, usted que está acostumbrado á toda clase de garrapatos.....

—Con mucho gusto.

La mano de la señora Herdevin temblaba ligeramente al devolverme la carta, que me puse á leer en alta voz, vacilando á veces ante la indistinta letra menuda, que yo conocía mal. Era un relato muy detallado de una semana pasada en San Luis del Senegal, que parecía continuación de narraciones y

proseguía con la vida del narrador como en un punto de etapa. A cada instante notas, observaciones y reflexiones interrumpían ó retardaban la narración; de modo que la carta llenaba ocho ó diez carillas, verdadera carta de ocioso, escrita despacio, en horas de aburrimiento que se trata de abreviar. La señora B..., con su habitual viveza de ingenio, me interrumpía de vez en cuando diciendo, por ejemplo:

—¿Sabe usted que es más largo que en sus libros? No perdona ni un detalle menudo.

O bien:

—¡Qué talento! Se ve todo lo que describe; se está en el Senegal positivamente..... Feo país, en resumen; prefiero París.

La señora Herdevin guardaba silencio; pero, acabada mi lectura, cuando la miré creí que otra mujer estaba dolante de mí. Los cuidados, las angustias, los dolores que ha poco surcaban su rostro, habían desaparecido como por encanto: irradiaba un gozo interior más difícil de ocultar que el sufrimiento; había en sus bellos ojos tiernos como un velo húmedo y ligero.

— Me causó algo de extrañeza esta bondadosa carta—dije al terminar.—Nunca hubiera creído que el señor Kermoysan me honrase con tanta amistad.

—Nunca hay que asombrarse de nada con él—dijo la señora B... Por lo demás, no se engría usted de sobra: le gusta mucho escribir.

Y dirigiéndose á la señora Herdevin, le preguntó:

—¿No ha recibido usted ningún autógrafo suyo?

La señora Herdevin se turbó al oir esa inesperada pregunta, y dijo, palideciendo:

—Pero..... si no espero ninguno..... No somos suficiente íntimos amigos para que me escriba.....

—¡Oh! Creo que la quiere á usted mucho—aseguró la señora B... Por tanto, estése tranquila: ¡ya le llegará su vez!

Entonces pregunté yo:

—Durante sus anteriores viajes, ¿era tan fiel corresponsal? Porque ahora escribe á menudo.

—Por el contrario—respondió la señora B...—nos dejaba sin noticias. Apenas si de vez en cuando recibíamos una esquelita: «Estoy en tal parte, tengo buena salud, me aburro.» Y eso era todo. ¿Qué quiere usted? Era demasiado joven: la afición al papel de cartas no les entra sino á los que envejecen. Apuesto á que usted no tendrá tiempo para contestarle.

—Sí, señora, que lo tendré; he de escribirle largo y tendido.

—No deje usted de manifestarle que hemos pasado mucho miedo por él.

En ese momento nublóse otra vez la frente de la señora Herdevin, quien preguntó con timidez:

—Pero ¿podemos estar tranquilas por completo?

Como la mirásemos con extrañeza, se explicó, rebuscando las palabras:

—Sin duda..... esta carta demuestra que en la fecha indicada por el parte telegráfico no había ocurrido aún accidente ninguno..... Pero quizá haya ocurrido éste más tarde..... Tal vez no hubiese error más que en la fecha.....

Traté de tranquilizarla, y la señora B... vino en mi auxilio.

—¡Vaya una idea descabellada!—exclamó mi anciana amiga.—No cabe duda posible. Es evidente que la noticia era falsa. Kermoysan está bueno y sano, no se olvida de ninguno de sus amigos, y cuando menos pensemos volverá, un poco tostado del sol y las brisas marítimas, pero siempre el mismo..... ¡Todo esto es más claro que el agua!

La señora Herdevin no insistió; pero ví que tenía otra vez inquietud, esa inquietud no razonable que en todo halla puntos donde fijarse, aunque sea contra la evidencia; inquietud propia de quienes aman, y á los cuales sólo la presencia y la voz del ser amado tranquilizan.

Estos incidentes despertaron de nuevo mi atención acerca del misterio probable en la vida de Kermoysan.

—Evidentemente—pensé—escribe tantas cartas y tan largas, para que llegue alguna noticia suya á determinada per-

sona, á la cual, por ciertas razones, no puede escribir directamente.

La actitud de la señora Herdevin, el hecho de ser la única entre sus íntimos que no recibía cartas de él, la naturaleza de su emoción, sus esfuerzos por disimularla, su inquietud aún más viva y más honda que la nuestra, todos estos signos juntos fijaron mis sospechas. Le amaba, no me cabía duda. ¿Era amada? ¿Era en ella en quien Kermoysan pensaba de continuo? Eso es lo que aún ignoraba yo.

Sin embargo, creí conducirme bien hablando extensamente de ella en mi respuesta á Kermoysan. Referí lo poco que sabía de sus recientes apuros, dí algunos detalles familiares acerca de su hogar y de la niña Marta, remaché lo de la inquietud que manifestó con motivo de la falsa noticia del naufragio del *Tritón* y el vivísimo interés que la produjo la carta tranquilizadora; hasta me atreví á inducir á mi amigo á que la escribiese, procurando hacerle ver con toda la delicadeza posible que su reserva para con ella, cuando tanto prodigaba su correspondencia, concluiría por extrañar á algunas personas. Era casi un consejo que le daba, en frases muy disimuladas. Nunca supe si lo había entresacado él de mis precauciones oratorias. Sea como fuere, es el caso que la señora Herdevin no nos habló nunca de ninguna carta de él.

XI

La ausencia de Kermoysan se prolongó aun más de lo que él mismo había supuesto. Entre tanto no cesó de cartearse activamente con sus amigos; de suerte que, digámoslo así, no nos abandonó. Le sentíamos de continuo entre nosotros. A fuerza de seguirle con el pensamiento, acabamos por familiarizarnos con los exóticos paisajes que le servían de fondo en

nuestro recuerdo: veíamos las raíces de los árboles sumergiéndose en el río de pesadas aguas; los caimanes dormitando en el légamo; la fauna, la flora, los cielos incandescentes de aquel África ecuatorial que le agobiaba con todo su calor, con toda su inmensidad. Más adelante, sufríamos, con su tedio, una nostalgia que adivinábamos ser más cruel de lo que él confesaba; con su deseo de tener frío, ver nieve, hallar de nuevo los árboles, las flores, las umbrías de nuestras queridas latitudes. Recibí varias cartas suyas y recuerdo haberle escrito que me hacían aborrecer los viajes lejanos. Nunca sentí mejor que debemos permanecer en el rincón de la tierra donde se ha nacido. Sí, estamos rodeados por un conjunto de cosas que forman un poco de nosotros mismos, fuera de las cuales sufre con su privación una parte de nuestra alma. La cálida luz, los árboles inmensos, los animales enormes, en una palabra, todos los incentivos que tienen los trópicos para nuestra curiosidad, no valen lo que los cielos brumosos donde se pintan nuestras fantasías, las dulces umbrías de nuestras hayas ó de nuestros olmos, las aromáticas rosas de nuestros jardinillos, los gatos domésticos que roncan encima de nuestras rodillas. La señora B... decía, con una sonrisa bondadosa:

—¡No viajemos jamás!.....

Y ví que tenía razón.

¿Fué efecto de aquella especie de continua presencia sostenida por sus cartas? Lo cierto es que el regreso de Kermoysan pasó casi inadvertido: tan discreto fué. Al hallarle otra vez un día en todos los sitios donde se le encontraba antes de su marcha, resultó como si nunca hubiera salido de París. Sin embargo, en un año de ausencia y de fatigas envejeció un poco: su rostro, tostado por el sol del Senegal, habíase enflaquecido y adelgazado aun más; la barba y los cabellos, más canosos, aumentaban el contraste con sus facciones siempre jóvenes; además, tenía movimientos pausados, cierta languidez de gestos y de andares que antes no era en él conocida.

—Kermoysan ha envejecido mucho,— era la voz general.

Eso no era exacto en absoluto, pero manifestaba con una frase sencilla la compleja impresión que producía en todos sus amigos al volver á verle.

Ni que decir tiene si le harían narrar sus viajes; lo cual hizo con gran complacencia, sin desagrado ninguno, sin cansancio aparente, pero sin mucho entusiasmo. Cuando se le provocaba á ello, hablaba en voz casi baja, sin acentuar, pero con tanto arte, que cada una de sus palabras adquiría relieve y parecían surgir mil detalles de colorido. Se le escuchaba con tal interés que un día la señora B..., encantada por una anécdota muy pintoresca y olvidando de pronto sus gustos sedentarios, le dijo:

—¡Dios mío, qué feliz es usted con llevar tal vida, tan bella, tan variada!.....

Y respondió él fríamente:

—En efecto, muy feliz.....

Noté ó creí notar que en ese mismo momento los ojos de la señora Herdevin le seguían con una mirada escrutadora.

Desde su regreso, Kermoysan me daba pruebas de una cordialidad más grande:

—Sus cartas me han causado mucho placer, — me había dicho, apretándome la mano.—No puede usted imaginarse cuánto gusta tener noticias de los amigos, cuando se está separado de ellos por la mitad de la tierra.

Amistosamente se informó de todo lo que yo había hecho durante su ausencia, interrogándome acerca de mis trabajos, proyectos y gustos nuevos, respecto al estado de mis opiniones literarias, casi como un hermano mayor. Y me rogó que fuese á verle á menudo.

No dejé de hacerlo así. Varias veces almorzamos juntos, ya en la fonda, ya en su casa, donde el bueno de Adolfo, satisfecho de reanudar su servicio, dirigía una excelente cocina. Por supuesto, era trabajo perdido.

—El señor no es gastrónomo—me decía el viejo criado en sus accesos de confidencias.—Hoy voy á servirle lechuga ro-

mana; ya verá usted como la toma por lechuga ordinaria. Cuando le doy perdigón, nunca deja de decirme: «Adolfo, este pollo está delicioso.»

Así era, exactamente. En ocasiones, cuando la equivocación había sido demasiado grande, el amo hasta tenía que dar excusas al sirviente.

—¿Qué quiere usted que le haga, pobre Adolfo? El *kuskús* me ha estragado el paladar.

No por ser más frecuentes y aun más amistosas mis relaciones con Kermoysan, llegaban á ser más íntimas. Hablábamos de asuntos generales, á veces de mí mismo, nunca de él. Seguía siendo para mí tan enigmático como en la época en que sólo de tarde en tarde le veía, salvo las sospechas que tuve durante su ausencia. Pero, en último término, esas sospechas nunca fueron sino muy vagas; y ahora la sencillez de su conducta las apartaba casi por completo de mi espíritu. Otro nuevo incidente iba á despertarlas.

—¿Sabe usted la novedad?—me dijo un día la señora B...

—¿Qué novedad?

—¡Oh! una gran novedad referente á su amigo Kermoysan.

Respondí á la ligera:

—¡Se casa!

Mi anciana amiga se echó á reir, exclamando:

—¡Siempre tan lince! No, abandona el servicio.

Y añadió:

—Al menos, así lo dicen..... personas bien informadas..... Pero, debiera saberlo usted que no se separa de él.

Kermoysan aún no me había dicho nada de esa resolución. Dos ó tres días más tarde, sin embargo, me confirmó la noticia con aire indiferente, como si se tratase de un asunto de poquísima importancia.

—¡Usted, tan apasionado por su carrera—le dije,—por los viajes, por los países nuevos!....

Paseábase de arriba á abajo en su gabinete, entre las ricas telas, las armas extrañas y los suntuosos cachivaches que le

recordaban aquellas comarcas remotas, que ya no volvería á ver más.

—Sí—dijo,—es verdad; fuí por ellos apasionadísimo..... Pero, ¡qué quiere usted!, va uno haciéndose sedentario, envejeciendo.....

—Usted no.....

—Yo lo mismo que todos..... Tal vez más deprisa..... Ya ve usted que tengo el pelo enteramente blanco..... En fin, es cosa hecha: he escrito al Ministro. Acabóse; ya no soy oficial, ya no soy marino.....

—Espero que no le pesará á usted—exclamé con imprudencia.

Aún le veo pararse delante de mí, con las manos en los bolsillos del batín, pensativa la mirada y como fija á lo lejos en cosas que yo no percibía.

—No—dijo meneando la cabeza,—no me pesará. En primer lugar, nunca debe pesarnos lo que hacemos: eso no sirve de nada, es perder el tiempo..... Y además, además.....

Rebuscaba las palabras ó vacilaba en hablar. Decidióse de pronto, por una irresistible necesidad de expansión, hablando con una abundancia que yo no le conocía, accionando mucho y con voz vibrante.

—¡Dios mío!.... ¿Qué quiere usted?.... Esas órdenes de marcha, esos viajes, todo eso quiebra vuestra vida brutalmente..... Está uno tranquilo y bien donde esté. «¡A embarcar para el Africa! ¡En marcha para Tonkín!....» Y vuelta siempre á empezar..... Hombres amarillos, hombres negros, un desfile de feos monos que le hacen á uno dudar de si somos hombres..... ¡Sabe Dios adónde me hubieran enviado de aquí á poco tiempo, á qué mares, entre qué salvajes!.... Ya he visto de sobra; estoy harto de ellos, se lo aseguro á usted. (Tenía aspecto de querérselo probar á sí mismo). Necesito un poco de estabilidad..... sí, de estabilidad..... Eso de dar la vuelta al mundo, para empezar de nuevo una vez concluída..... eso no, no. ¡Ya pasó su tiempo!.... ¿Qué haré?.... Vivir en París, como

todo el mundo; esto no tiene nada por qué asustar..... Escribiré, haré libros..... ¡Vaya! no me aburriré..... ¡Oh, no, no me aburriré! En primer lugar, yo no me aburro nunca: ¡el aburrimiento es bueno para los imbéciles!....

Se detuvo, y concluyó con ademán terminante:

—Y luego, en último término, ya está hecho. Por tanto, no hablemos más de ello.....

Sufría á ojos vistos. Estaba menos seguro de haber tenido razón de lo que él decía. Esa ruptura con su carrera también era un desgarramiento, como una marcha, cual un adiós. Y al verle tan agitado, no pude menos de pensar que esa resolución no provenía de él, sino que debía de obedecer al apremio de un ser querido, á quien á toda costa deseaba evitar lágrimas y angustias. ¿Quién sabe si el falso rumor de la pérdida del *Tritón* no era la causa real de esa determinación? Entonces, le admiré. ¿Qué importaba que tuviera ó no tuviera razón al obrar así? ¿Qué importaban su carrera, su porvenir, sus aficiones de viajero, sacrificados de ese modo? A lo menos, sabía amar: eso era lo esencial.

XII

Vino el estío y nos dispersó. La señora B..... me había invitado á sus posesiones de Turena, donde pasé algunos días encantadores entre los dulces paisajes desplegados bajo un cielo afectuoso. También contaba con Kermoysan; pero éste faltó á su palabra y excusóse de ir, con una carta que no se parecía en nada á las extensas escritas desde el Senegal.

—Piensa en sus amigos cuando está muy lejos de ellos,—me dijo la señora B..... un poco melancólica;—cuando está cerca, los olvida.....

Por tercera persona se supo que iba solo y muy retraído

por balnearios y playas. Una carta de la señora Herdevin, que estaba en los Pirineos por motivo de la salud de su hijita Marta, nos hizo saber que había pasado algunos días en Bagnères-de-Luchon, desde donde fué á visitarla, y que se iba á Biarritz para permanecer allí por más tiempo. No realizó su plan, pues pocos días después notábase su presencia en Aix-les-Bains. Algo más tarde, le encontré yo mismo entre la habitual concurrencia de Saint-Germain-des-Fossés. En el primer momento, creí que le desagradaba ver una cara conocida; pero esta impresión desapareció bien pronto, reemplazándola otra enteramente opuesta; y se puso á hablar conmigo de largo, como un hombre que desde mucho tiempo no ha oído su propio metal de voz ni el de una voz amiga.

—¿A dónde va usted?—me preguntó.

—A Royat, donde están unos amigos míos.

—¿Le aguardan allí?

—No he anunciado la hora de mi llegada.

—Pues, entonces, véngase usted conmigo á almorzar en Vichy. ¿Quiere usted? Eso no le retrasará más que medio día.

Acepté, y me pareció que se puso contento. En el tren, mientras observábamos el monótono paisaje, las extensas llanuras donde se ven álamos, lentos riachuelos medio secos, grupos de árboles desperdigados por los campos, me explicó que estaba tratándose el estómago, del cual padecía desde algún tiempo á la fecha.

—Aparte de eso—me dijo—estoy pasando un verano lamentable: me aburro espantosamente, estoy harto de hoteles y casinos; sin embargo, continúo yendo á ellos sin otro objeto más que el de cambiar de lugares, como un enfermo que da vueltas en la cama.

No supe qué responderle. Estuve conforme con sus palabras: reconocí que los ferrocarriles, los hoteles y los casinos son invenciones nefastas; y acabé por preguntarle si enmedio de esos cambios de lugar no encontraba alguna distracción en el trabajo.

—¡Pero, si no trabajo!—exclamó, con un gesto desolado. —¡No hago absolutamente nada! Imposible escribir una línea..... Además, no se me ocurre una idea, ni una..... ¡Estoy hecho un vago!..... No tengo correspondencia; ni siquiera abro los periódicos.....

Me decía esto con voz tríste y ademanes lánguidos.

—¿Por qué no va usted junto á la señora B..., en vez de andar por ahí errante? Se alegraría infinito de ver á usted. Ya no espera á mucha gente: estaría usted muy tranquilo en casa de ella para reanudar el trabajo; muy bien recibido, muy bien cuidado, en el país más bonito que se pueda apetecer.

Pareció vacilar un instante; y respondiendo á su pensamiento más bien que á mi proposición, dijo:

—No, no, resueltamente. No estoy para seguir conversaciones. Necesito sentirme independiente por completo. Momentos hay en los cuales se está mejor solo ó entre extraños. Estoy en uno de esos momentos..... Dispénsenme mis amigos....

Al llegar á Vichy, le acompañé á los dos manantiales de cuyas aguas tomaba con media hora de intervalo. Pasamos esa media hora dando vueltas maquinalmente alrededor de la orquesta, entre el gentío ocioso é insípido que se aburría al son de la opereta de moda, cuyos aires favoritos tocaban los violines por trigésima vez.

—No puede usted imaginarse hasta qué punto me carga esta música—me dijo Kermoysan.—Sin embargo, vengo á oirla dos veces diarias, porque en alguna parte se ha de estar..... Y luego, este ir y venir fatiga un poco y no se piensa en nada; con lo que acaban por pasarse de cualquiera manera las quince horas que median entre la salida y la puesta del sol.

Un instante después de tomar su segundo vaso de agua, estábamos sentados á la mesa en el Círculo Internacional. Comía poco. Me repitió varias veces las mismas frases, reveladoras de un estado de ánimo muy tirante y casi intranquilo. Nunca se había espontaneado tanto: con toda evidencia, creía-

se al abrigo de toda investigación en aquel sitio lleno de caras desconocidas, donde estaba solo. Parecía como si dijese para sí, poco más ó menos:

—¿Qué me importa que noten mi turbación? ¡No pueden adivinar la causa de ella!

Hablaba para aliviarse. Quejábase de mil pequeñeces insignificantes, por gusto de quejarse, como un hombre herido en las fuentes mismas de la vida, que calla su enfermedad y solo deplora los menores síntomas. Jamás hubo conversación que me causase una impresión más penosa; ocurríaseme á veces la idea de que su razón flaqueaba, combatida por hartas tempestades reprimidas sobrado tiempo.

Como se aproximase la hora de la separación, le pregunté cuáles eran sus proyectos para el fin de la temporada. Encogióse de hombros y exclamó:

—¡No tengo ninguno, no los tengo!..... ¿Qué demonio de proyectos quiere usted que tenga yo?..... Cuando acabe mi cura (si la acabo), volveré á la vida errante que he llevado hasta ahora..... ¡Me parece que va á ser interminable este verano!.....

En la estación, adonde me acompañó, me hizo esta súplica:

—¡Si encuentra usted á amigos nuestros, no les diga que estoy aquí!

En el compartimiento cerrado en que viajaba, me costó sumo trabajo desechar el recuerdo indeleble de su turbación, de su desasosiego, de sus extrañas frases. Y maquinalmente iba repitiendo estas palabras, fijas en mi mente:

—¡Hombre al agua!..... ¡Hombre al agua!.....

Y condolíame de él, con toda mi inútil simpatía.....

XIII

Aquel año no regresé á París hasta fines de Noviembre. Mi primera visita fué para la señora B..., en casa de la cual estaba seguro de encontrar noticias de todos nuestros amigos comunes. En efecto, me hizo saber que Kermoysan había vuelto, algunas semanas atrás. Luego, como me quisiera informar acerca de la señora Herdevin, entristecióse y me dijo:

—La pobre mujer está amenazada de una nueva pesadumbre, la peor de todas..... Su niña Marta está cada vez más enferma, creyéndose próximo ya un triste desenlace; y ya sabe usted cuánto la ama.....

Al salir de la casa de la señora B..., la casualidad hizo que me encontrase á la señora Herdevin. La detuve para pedirla noticias de su hija.

—¡Siempre lo mismo!—me respondió con una brusquedad indiferente, como si ignorase que estaba cada vez más amenazada.

El día del santo de la señora Herdevin fuí á su casa; no recibía, pues Marta estaba más grave que nunca. El día siguiente volví para saber noticias; la niña había muerto por la noche.

Una especie de instinto me llevó á casa de Kermoysan, á quien aún no había vuelto á ver; la antevíspera había ido á su casa sin hallarle. Estaba yo conmovido, con esa emoción á la vez egoísta y compasiva que con tanta facilidad se experimenta á cada roce con la muerte, aun cuando nos sean casi indiferentes aquellos á quienes hiere á nuestra vista. Por eso, al acercarme á él, y antes de dirigirle ninguna pregunta de cajón, le comuniqué lo que acababa de saber.

—Lo sé desde esta mañana—me respondió.—He.....

Se detuvo. Después, viendo que aguardaba yo, continuó diciendo con esfuerzo evidente otra cosa que la que al pronto había tenido intención de decir:

—Era una criatura deliciosa, á pesar de sus achaques..... ¡Ya sabe usted que esos débiles seres dolientes tienen á veces ternuras y gracias, que nos conmueven tanto más cuanto que los vemos tan frágiles!.....

Sabía yo que la señora Herdevin dejaba á pocas personas acercarse á su hija; por eso me extrañaron las palabras de Kermoysan.

—¿La veía usted á menudo?—le pregunté.

—Algunas veces..... Me tomó cariño de pronto un día que llegué antes de la hora habitual de recibir visitas y que aún estuvo algunos minutos en el salón..... Quería volver á verme..... Me llamaba «el señor joven de pelo blanco»..... Conmovíame mucho su simpatía, se lo aseguro á usted..... ¡Pobre niña! En lo sucesivo me faltará algo.

Se calló otra vez. Yo tampoco decía nada, cortado, sintiendo en el aire no sé qué tristezas inenarrables. Él fué quien prosiguió con voz profunda:

—¡Qué dolor para la pobre madre! ¡Ella que la amaba tanto!.....

Le miré y no me equivoqué: había una lágrima en sus ojos, una lágrima furtiva que brilló un instante, y la cual no dejó caer. Los hombres fuertes tienen esas debilidades: resisten el sufrimiento mejor que el enternecimiento.....

Pocos días después vi á la señora Herdevin. Habíame incluído entre los amigos íntimos á quienes recibía en muy corto número, elegidos, en mi sentir, entre aquellos á los cuales juzgaba capaces de compadecer su duelo. Fué un momento penoso, pues el espectáculo de un dolor verdadero despierta los tristes ecos adormecidos en nosotros por el curso cotidiano de la vida; el sentimiento de todo lo que nos amenaza, la intuición ó el temor de los sufrimientos que nos acechan. Pues bien; jamás había yo visto aún una expresión más sincera y

mortalmente dolorosa. En tan breves días, había envejecido años; repentinas arrugas surcaban su hermosa frente, cuya pureza no había podido empañar ninguna de sus penas anteriores; manchaban su rostro matices obscuros y malsanos; su voz cristalina, aquella voz hechicera, tenía sonoridades cascadas. Era otra mujer. Sin embargo, yo conocía ya aquella máscara dolorosa hasta ser trágica; habíala visto en otro tiempo, en otras circunstancias..... Pero ¿cuándo?..... Registré mi memoria y lo recordé de pronto: era algunos meses antes, en el momento del falso rumor de la muerte de Kermoysan. Sólo que entonces se contenía, al paso que ahora se abandonaba por no haber motivo ninguno para disimular su dolor de madre, implorando con los ojos una simpatía que estaba cierta de hallar en todas partes; herida en el corazón, pero con una herida lícita, que puede enseñarse, que ninguna calumnia habría de emponzoñar.....

Este repentino descubrimiento, corroborando entonces tantos otros signos anteriormente observados, me turbó hasta el punto de que apenas pude tartamudear las pocas frases convenidas que llevaba preparadas. ¡Cuán mal expresaban mi compasión! ¡Con qué insignificantes palabras revestían á un sentimiento tan fuerte que me ahogaba! Hubiera querido decirla que era sabedor de todo el misterio de su alma, que comprendía sus dos amores (uno de los cuales se desangraba entonces sin que el otro pudiera restañarlo), que me causaba lástima hasta el punto de sentir estremecerse las fibras más hondas de mi corazón, hasta sufrir con ella el sufrimiento infinito que no la era posible confesar. En vez de eso, tenía que limitarme á esas inmutables palabras que sirven para todos los duelos, como los paños de las funerarias sirven para todos los entierros. Sin embargo, debió de sentir con cuánta viveza tomaba yo parte en su dolor, pues se puso á hablarme largamente de la niña muerta, refiriéndome su valor contra la enfermedad, sus ternezas, sus frases conmovedoras, con una voz apagada que parecía pasar á través de los sollozos.

—¡Pobre, querida mía!—me dijo.—¡No he podido evitarla ni una crisis; no he podido proporcionarla ninguno de los goces que tienen los demás niños, que andan, corren y juegan!... ¡Cuánto hubiera sido menester quererla, para compensar todo eso!... Creo que no la he amado bastante, lo suficiente... Tenía otros afanes, otros pensamientos... Cuando me preguntaba «*Mamá, ¿en qué piensas?*», no siempre podía responderla: «*¡En tí, querida!*» Pero, á pesar de todo, me tendía los brazos, sus pobres bracitos flacos que ya no veré, estrechábame contra sí con ellos y me decía: «*Mamá, estoy segura de que me quieres por encima de todo.....*» ¡Oh, sí, la amaba más que á todo! ¡Oh, sí, ahora lo sé!.....

La hacía bien hallarme así. La dejé desahogarse, no hallando ninguna palabra para interrumpirla. Prolongué mi visita mucho más de lo que hubiera creído. En el momento de levantarme para irme, entraba Kermoysan; ví pasar por los ojos de la señora Herdevin como un relámpago de consuelo, como una chispa de vida semiapagada que se reencendiese por un instante. Se dieron un apretón de manos, sin decir una palabra. Comprendí que ese silencio estaba lleno de elocuencia; comprendí que encerraba todo el sufrimiento y todo el consuelo, un infinito de dolor con el cual iba á confundirse un infinito de amor; comprendí que ocultaba uno de esos misterios que ningún ojo humano llega á sondear jamás..... Porque, ¿quién podría medir ¡ay! la ternura y la bondad que la culpa obscurece?.....

XIV

Pasa la vida, se lleva consigo nuestros sentimientos, atenúa nuestras impresiones, tolerable para quienes sufren, indiferente para los espectadores. Por otra parte, á menos de te-

ner una curiosidad viciosa, nos interesan bastante poco los asuntos de los demás y sólo prestamos á ellos una atención distraída. Como la señora Herdevin no salía á ninguna parte, la olvidaban. Yo iba de vez en cuando á visitarla por fidelidad; pero veíame obligado á confesar para mis adentros que me interesaba menos desde que la veía rara vez, y siempre triste. A veces, en casa de la señora B... ó en otras partes, se hablaba de ella en términos amistosos y frívolos, para sentir su desaparición ó para condolerse de ella.

—¡Pobre mujer! ¿Cuándo se repondrá de esa herida?

—¡Ah, ya no volveremos á verla nunca como antes!

Y eso era todo.

En cuanto á Kermoysan, había desaparecido. Presa de uno de aquellos accesos de adustez en él habituales, no se meneaba ya de su entresuelo de la calle de Oudinot.

—Estoy trabajando—decía para explicar su retiro.

Creíasele; no había en ello nada de extraordinario. Sin embargo, no pude menos de reparar en que poco más ó menos correspondía su desaparición á la fecha del fallecimiento de la niña Marta, que nos privaba de la presencia de la señora Herdevin. Al pronto me chocó esta observación, como un bello descubrimiento que añadir á los que antes hice. Luego, no viendo sino con largos intervalos á los dos héroes de mi novela, no pensé más en ellos; hasta el día en que trágicas circunstancias los impusieron de nuevo á mi atención, y levantaron, para mí, la última punta del velo de misterio que aún los envolvía.

Érase el mes de Enero, en la época en que están de lleno las diversiones. Como todo el mundo, yo no llevaba otra vida sino esa existencia vana y ficticia que se renueva igual todas las noches y hace volar el tiempo á través de su monotonía: comidas, reuniones, visitas, hartura de unas mismas frases, de unos mismos tocados, de unos mismos manjares; fatiga por las vigilias harto prolongadas, inocupación absoluta.

Un día, esparcióse el rumor de que la señora Herdevin es-

taba enferma. Al principio sólo se habló de una ligera fluxión de pecho, luego se supo que la enfermedad iba agravándose, y muy poco después que había escasas esperanzas de que se salvase. Pues bien; el mismo día en que empezaron á ser intranquilizadoras, encontré á Kermoysan en una pequeña tertulia de confianza, á la cual le había invitado la señora B..., sin atreverse á confiar mucho en que asistiese.

—Conque ¿ya ha salido usted de su retraimiento?—le dije, acercándome.

Y me respondió:

—Sí, sí..... Eso no podía durar siempre.....

Tenía mala cara, contraídas las facciones, inquietos los ojos.

—Tiene usted aspecto de hallarse fatigado—le volví á decir.—Sin duda, habrá trabajado usted en demasía.....

—¿Trabajado en demasía?.....—exclamó.—Sí, quizá..... Y luego, vea usted lo que son las cosas, no merece la pena de aislarse..... Siempre se necesita de los demás más de lo que se piensa. Aunque sólo fuera para huir un poco de sí mismo.....

—Entonces, ¿renuncia usted al estado salvaje?

—Por completo..... Es absurdo jugar al solitario..... Voy á empezar otra vez á salir como antes..... No por eso dejará de hacerse mi libro; si lo hago, que de ello no estoy muy seguro.....

En efecto; á partir de aquel día, le volví á encontrar en todas partes, hasta en visitas de tarde. Pero no recobraba su equilibrio ni aquella absoluta posesión de sí mismo que me admiraban en los primeros tiempos en que le conocí. Llegaba con aire inquieto, como el de quien aguarda ó busca. Tomaba poca parte en la conversación, haciéndolo de un modo nervioso ó distraído, ya respondiendo á tuertas cuando le preguntaban, ya soltando una parrafada larga con que se empeñaban discusiones sin que siguiera él defendiendo su punto de vista.

—El señor Kermoysan se ha vuelto muy extraño—me dijo una vez la señora B...—¿Qué tiene, sabe usted?

—Me parece que ha trabajado con exceso.

Mi anciana amiga se sonrió:

—¡Trabajado con exceso!..... ¡Esto es muy cómodo para los literatos!..... ¡Pone nervioso y todo lo disimula!.....

Siempre había en nuestras reuniones alguien que sacase á relucir el nombre de la señora Herdevin, porque desde su enfermedad la recordaban, ya porque sirviese otra vez de tema para conversación, ya por verdadera bondad y simpatía. Nunca era Kermoysan; pero en cuanto oía pronunciar su nombre se demudaba su rostro, y si estaba siguiendo otra conversación no conseguía disimular que estaba escuchando en otra parte. Por lo demás, las noticias eran invariables: el estado de la enferma iba empeorándose de día en día, aunque resistiendo con toda la fuerza de la juventud y de la anterior robustez. Un médico amigo nuestro nos explicó, con este motivo, que nunca debe desesperarse con la fluxión de pecho; que en su práctica había visto á menudo personas atacadas de esa enfermedad, entrar en convalecencia poco después de haberlas él desahuciado.

—La desgracia está—añadió—en que la enfermedad la padece un temperamento agotado por un gran sufrimiento moral, por ese luto inconsolable..... Por tanto, está bien preparado para ella el terreno.....

No por eso dejó de quedar una impresión más tranquilizadora, con tanto mayor motivo, cuanto que siempre hay tiempo sobrado para entristecerse.

Esto duró próximamente una semana. Fuí varias veces á adquirir noticias, pero los informes que obtenía de los criados no eran más claros ni más precisos que los que circulaban en la buena sociedad. Luego, un día, en el comienzo de un banquete, alguien hubo de hacer la pregunta de costumbre:

—¿Hay noticias de esa pobre señora Herdevin?

Y una voz respondió:

—Ha muerto.

Kermoysan estaba sentado frente á mí. Le miré. Hubo tal

fulgor en sus ojos, esbozó tal gesto de espanto y desesperación, que sentí estremecérseme hasta el tuétano de los huesos. Dominóse, sin embargo; no llegó á estallar el grito que subía á su garganta, y apelando á toda su energía con supremo esfuerzo, apagó su mirada é impidió que se alterase su fisonomía.

Entre tanto, los criados servían el pescado; y en derredor de la mesa hubo una explosión de simpatía.

—¡Ha muerto!.... ¡Qué pena me da!....

—¡Pobre mujer!.... ¡Tan encantadora, tan buena!....

—¡No ha sido feliz su vida, como merecía!....

—¿Ha sufrido mucho?

Estas frases y otras análogas se cruzaban por encima de las orquídeas que adornaban la mesa, acompañándolas el ruído discreto de los tenedores. A la persona que llevó la noticia invitósela á dar detalles. Poquísimos tenía, sabiendo tan sólo que la agonía fué bastante larga.

Alguien preguntó:

—¿Ha conservado hasta lo último el conocimiento?

Kermoysan, que parecía distraído como si no le interesase nada de lo que pudiera decirse, hizo un gesto de atención mientras respondían:

—No lo sé..... No sé nada más sino lo que he dicho á ustedes.

En ese momento, su vecina de mesa se inclinó hacia él:

—Usted conocía mucho á esa pobre señora Herdevin, ¿no es así, caballero?

Volvióse hacia ella, la miró y dijo, después de vacilar un poco:

—¿Mucho? No, señora; la veía algunas veces.

Otro comensal prosiguió:

—Nunca tuve el gusto de tratarla, pero siempre he oído hablar muy bien de ella. Era una mujer encantadora, ¿no es cierto?

Kermoysan estaba lívido, pero contestó:

—Sí, enteramente encantadora..... en absoluto.

Sentí el esfuerzo que hacía para pronunciar estas frases corrientes, y que sus fuerzas se agotaban. Por fortuna, interrumpióse el diálogo. Servíase otro plato y echaban vino, preguntando:

—¿Pomard ó Château-Laroze?

Era preciso elegir.

Fué un precioso derivativo. Cesaron de hablar de la señora Herdevin, con gran satisfacción de la señora de la casa, que temía que fuese triste su banquete. Sucediéronse diversos asuntos, y bien pronto movieron á risa los discreteos de algunos hombres de ingenio.

Kermoysan guardaba una actitud muy correcta: estaba serio, claro es; pero su rostro impasible no revelaba ninguna emoción. Es cierto que no habló ni una palabra; pero á nadie le produjo extrañeza, pues ya sabían que era bastante huraño. Por otra parte, consiguió pronunciar algunas frases acerca de cualquiera cosa, y entretuvo con conversaciones á su vecina casi tanto como convenía. Creo que fuí el único en reparar que no comía. Dos ó tres veces lo intentó, pero el esfuerzo era demasiado grande y no pudo. En cambio bebía de un trago las copas, conforme las llenaban los criados.

Me acerqué á él en el fumadero, proponiéndome decirle con cualquier pretexto algunas palabras cariñosas, pero no dí con las que buscaba. Por lo demás, me miró con ojos casi suplicantes, que parecía decir: «Se lo suplico, no me diga usted nada, no hable.» Por tanto, me limité á alargarle la vela de color de rosa, con la cual acababa de encender el cigarro. Encendió también el suyo y se puso á fumar maquinalmente, con rápidas bocanadas. A pesar de su silencio, permanecí junto á él para defenderle contra la conversación de los demás, que estaban muy alegres.

Volvimos á la sala, donde había reunión é iban llegando caras nuevas. Kermoysan tuvo que dar algunos apretones de manos. Por un momento le ví acaparado por una señora grue-

sa que gesticulaba con un abanico. Luego se retiró á un rincón; bien pronto, aumentándose el gentío, le ví dispuesto á irse. Sin reflexionar más, me decidí á seguirle.

Estando poco avanzada la tertulia, no se le ocurrió que alguien pudiera salir al mismo tiempo que él. Pidió el gabán, se lo puso á escape y salió sin ver que iba yo tras de sus pasos. Nos encontrábamos en la calle de Jean-Goujon. Pasó por detrás de la fila de coches parados junto á la acera, y tomó con paso rápido la dirección de los muelles. A la distancia á que iba yo de él, veíale accionar entre tinieblas y pararse luego á veces, como un hombre perseguido por una idea fija, que poco á poco le abstrae del mundo exterior y se lo hace olvidar. Después volvía á ponerse en marcha, haciendo eses de una acera á otra cual un borracho. ¿Quién no ha encontrado por las calles fantásticos transeuntes análogos, quién no se ha sonreído al ver su aire, quién no los ha seguido con curiosa mirada? Prolongábanse á veces los altos de Kermoysan, creo que varios minutos. Yo también tenía que pararme; y al reflexionar en ello, me avergonzaba un poco de la especie de espionaje á que iba entregado. Para tranquilizar mi conciencia, acabé por decirme que debía seguirle así para defenderle ó salvarle de sí mismo, si, como era de temer, iba á tomar alguna resolución extrema.

Solitarias estaban las calles, donde el invierno paseaba soplos helados. Sólo á largos intervalos se veían escasos transeuntes, con los cuellos subidos hasta las orejas y soplándose los dedos. Nadie se fijó en nosotros.

Al llegar á la orilla del Sena, Kermoysan se puso de codos en el parapeto y se inclinó adelante. Entonces me oprimió la angustia: con toda evidencia, pensaba en la muerte. La muerte le atraía, las negras aguas cantábanle cantos de sirenas; pensaba en las delicias de no sentir ya el dolor que le atenaceaba el corazón, en ser arrastrado por las ondas allá lejos' al misterio, á las desconocidas regiones donde vagaba *ella*- ¡esperándole quizá! ¿Qué podía retenerle tan largo tiempo,

qué le impedía sumirse en el olvido, del cual sólo una baja pared gris le separaba? Aguardé, oculto detrás de un árbol, pronto á volar en su auxilio, á impulsos de una preocupación, por más que una voz secreta me gritase: «Déjale obrar; si quiere morir, dueño es de hacerlo.» Y no sentía yo el frío, el áspero viento de invierno que hacía crujir las desnudas ramas de los árboles y temblar en la superficie de las aguas el reflejo de los reverberos.

De pronto vi enderezarse con lentitud á Kermoysan y me estremecí.

—Llegó el momento—pensé adelantándome.

Pero no. Estaba de pie y se alejaba del parapeto. Maquinalmente se metió aún más el sombrero en la cabeza y prosiguió la marcha, camino del puente del Alma. Á la sazón iba á paso regular, sin detenerse, con un propósito determinado. Adiviné que quería ver la casa de los Herdevin.

Era un palacio de arquitectura ornamentada, separado de la avenida del Trocadero (á la cual daba su fachada principal) por una gran verja de hierro labrado, con una cifra dorada encima. En efecto, Kermoysan se detuvo enmedio de la avenida, frente á la verja. Fué á apoyarse contra uno de los árboles y permaneció allí con los ojos fijos en las ventanas cerradas de la habitación silenciosa. Desde hacía un rato estaba cayendo nieve: una nieve espesa, cuyos grandes copos, estriando la obscuridad de la noche, iban blanqueándole sin notarlo él y sin que tratara de sacudirlos. Era otra forma de la muerte, aún más atractiva; el benévolo sudario preparado por las cosas, la aterciopelada alfombra caída trozo á trozo desde el cielo invitando á la inconsciencia. Pero ésta era una idea para pensarse á sangre fría, y estoy seguro de que no se le ocurrió á Kermoysan. Cuando se sufre realmente, la muerte aparece como manumisión y no como voluptuosidad.

Sin embargo, cansóse de estar inmóvil y se puso á andar de arriba á abajo por delante de la casa, unas veces deprisa, otras despacio. De vez en cuando se detenía, alzaba la cabeza

para mirar á una ventana del segundo piso, la única por donde se filtraba un poco de luz á través de las persianas, sin duda del aposento donde velaban á la muerta, y se retorcía las manos. De pronto sentí la horrible idea de que no tendría el supremo consuelo de volver á verla; de que el terrible *jamás* se apoderaba de él con todo su horror en un momento en que aún hubiera podido materialmente (pero no podía) contemplarla entre las flores que la rodeaban y besar sus manos rígidas; de que los últimos ojos que en *ella* se posaran no serían aquellos que la habían adorado, aquellos que sus labios tal vez habían besado, aquellos que su imagen llenaba, aquellos que ni siquiera tenían el derecho de llorarla. Y sentí un estremecimiento de odio contra nuestras leyes, contra nuestras costumbres, que proclaman deberes más sagrados que el amor.

Pasaban muy lentos los minutos; también la nieve caía más despacio.

—¿Irá á permanecer ahí toda la noche?—dije para mí.

De hecho, el tiempo no existía ya para él; no debía de tener conciencia de nada, sino sólo de su dolor. Sin embargo, de repente, como si acabase de tomar una resolución brusca, no volvió á sus paseos, sino que echó á andar adelante muy aprisa. Sin volverse á mirar de nuevo el río, fué á lo largo de los muelles hasta el puente de los Inválidos, lo cruzó, anduvo errante por anchas avenidas obscuras donde estuve á punto de perderle de vista, y acabó por llegar á la calle de Oudinot. Iba tan deprisa, que me costó trabajo seguirle. Por fin se detuvo delante de la puerta de su casa y sacó del bolsillo la llave. Pero, en lugar de abrir, haciendo en el vacío un gran ademán desesperado, prosiguió su marcha infatigable. Sentí nueva angustia. Por desfallecido que estuviese, me hubiera sido imposible abandonarle. Esta vez no era ya curiosidad, puesto que sabía todo cuanto quería saber; era pura lástima, conciencia de que ese infeliz abandonado tenía empero en su mortal tristeza una alma simpática junto á él, cuya compasión quizá le fuese beneficiosa, aunque no la adivinase.

—¡Dios mío!—me pregunté.—¿Qué va á hacer? ¿Adónde va á ir? ¿Ha vuelto á esa idea de muerte que antes desechó, pero que con seguridad anda rondando en torno suyo?.....

Desiertas las calles, dormidas las casas, me sentía solo con aquel desesperado, que, ahogando la nieve el ruido de sus pasos, se deslizaba como un fantasma á través de las tinieblas y del silencio.

No fué muy lejos.

Esquina á la calle de Vaneau permanecía abierta una mala taberna, por más que no se viera ni un parroquiano ante el mostrador de zinc. Entró allí Kermoysan. Un instante después, al pasar junto á las sucias vidrieras, le vi sentado en una mesilla redonda, con una botella de licor. Volví á pasar segunda vez: no bebía, sino que sollozaba, con la cabeza puesta entre ambas manos. Aseguro que era extraño y conmovedor aquel dolor que iba así á desahogarse en aquella tasca, seguro de permanecer allí anónimo.

Le observé un momento á través de los vidrios. El tabernero, de pie detrás del mostrador, también le miraba estupefacto; luego acabó por alejarse para desaparecer por una puerta al fondo, despacito, con precauciones, dejándole á solas. Me conmovió la discreción de ese buen hombre. Pensé que aquellos sollozos que al cabo podían estallar indicaban el fin de la crisis aguda, y me alejé.

Mil ideas confusas bullían en mi cabeza; mil preguntas se apiñaban dentro de mí, á las cuales sólo mi imaginación podía responder. Al regresar á mi casa, hice toda una novela; pero conocía su fragilidad. Sólo una cosa era cierta: Kermoysan guardaba su secreto hasta la postre, más allá de la muerte. Nadie sabrá nunca lo que hubo entre *ella* y él. Ahora pertenecía ya al pasado, no existía más que una sola memoria y con ella se extinguiría. Yo no ví más que algunas chispas, hoy apagadas, y no tenía derecho ninguno para conocer las cenizas.

XV

Al día siguiente, inducido por vaga inquietud, fuí á casa de Kermoysan para saber noticias de él y sin pensar que me recibiría. En efecto, su criado me respondió:

—El señor ha salido.

Pero el honrado Adolfo no sabía mentir á los íntimos; hízolo con aire harto apurado para que me quedase ni la más ligera duda de ello, y me alejé tranquilo.

Después del esfuerzo de la víspera, que aún había de repetirse, era natural que Kermoysan se encerrase á solas con su dolor. Y me imaginaba las horas tremebundas que ese infeliz pasaría con sus pesares, atenaceado el corazón por una de esas mortales tristezas no adormecidas por ningún pensamiento consolador, y que ningún amigo puede compartirlas. Veíale recorrer su gabinete con ese movimiento de fiera enjaulada que se tiene cuando se sufre, queriendo salir en busca de la embriaguez de los pasos y de las calles, pero no atreviéndose por miedo á los ojos que leerían su secreto en su frente: bestia herida y acorralada, que, no pudiendo arrastrarse hasta la fuente, se esconde en su cubil para lamerse la herida.....

Sin embargo, por la noche le encontré en sociedad, impasible, correcto, intachable. Con voz serena me expresó su sentimiento por no haberle encontrado aquella mañana en su casa, aunque insistiendo algún tanto de sobra en explicarme adónde había ido. Habló con otras varias personas de asuntos indiferentes, animándose á defender la última comedia de Alejandro Dumas, *Francillon*, que era atacada. Como la víspera, alguien le habló de la señora Herdevin, diciéndole de nuevo:

—Creo que usted la conocía mucho.

—¿Mucho? No,—respondió en seguida.—La veía algunas veces, con sumo gusto.

Hablaba sin el menor estremecimiento de la voz ni del rostro.

—Los que frecuentaban su trato—añadió—sentían que no recibiese más á menudo; por eso, aunque salía poco de casa, su muerte dejará un gran vacío....

Luego, con perfecta naturalidad, cambió de conversación.

Era la época en que Rollinat declamaba sus versos en todos los salones. Aquella noche estaba de un humor muy fúnebre, pues recitó las composiciones más desoladas de su repertorio. Primero dijo las *Lágrimas:*

.... ¡Oh, cuando, devorado por tristes inquietudes,
gimiendo en los caminos en honda soledad....
no ser posible entonces sobre sus yertas manos
consoladoras lágrimas á mares derramar!
¡Tener celosa envidia del duelo de una madre,
que al cabo puede libre sentir sobre su faz
correr con desahogo de lágrimas amargas,
torrente que tan sólo la muerte ha de secar!....

Vino después un soneto titulado *El silencio de los muertos*, para decir el cual puso tétrica y trágica su avinagrada cara el poeta:

Contemplo su retrato y de él espero
salga un grito que al fin nos ilumine....

Por último, estando ya lo suficiente preparado el auditorio, ahuecó más la voz, hizo girar con espanto los ojos y oyósele la *Putrefacción:*

En el fondo de ese encierro,
que humedad perpetua cuaja,
¿qué ocurre en aquella caja,
á los seis meses de entierro?....

Los hombres tomaban actitudes de librepensadores, las mujeres hacían muecas de asco. Kermoysan, con los ojos en-

tornados, parecía escuchar con profunda atención. Pero, al pasar yo junto á él en el momento de acabarse el recitado, me dijo con una especie de escalofrío:

—¡Esto es horrible!...

Luego, rectificando en seguida, añadió:

—¡Qué malos versos!

Y no salió hasta bastante tarde.

La actitud había sido tan sencilla y tan perfecta, que por un instante me pregunté si habría yo soñado la velada de la víspera. Luego comprendí que para guardar su secreto empleaba ese lujo de precauciones propio de las conciencias delicadas, á quienes atormenta el sentimiento de su culpa hasta el punto de mostrarles en todas partes ojos fiscalizadores, y á quienes ese temor paraliza hasta en sus actos más insignificantes. ¡Pobre hombre! Ni siquiera se atrevía á encerrarse en su soledad, por miedo á que ese aislamiento fuese notado en aquellos instantes; y se exhibía, vertiendo sangre el corazón, secos los ojos y serena la frente, á fin de que á nadie se le ocurriese preguntar:

—¿Qué es de Kermoysan? ¿Por qué no está aquí?....

Naturalmente, fuí á los funerales de la señora Herdevin. Se celebraron en la Magdalena, con gran ceremonia, como corresponde á una persona muy rica que debe representar hasta en el umbral mismo de la eternidad. Había mucha gente, como siempre la hay en esas ceremonias en cuanto tienen alguna ostentación: parientes, amigos, indiferentes, curiosos, todos con cara de circunstancias calcada por la de los empleados de las empresas funerarias. Esa multitud tomaba no sé qué matiz uniforme: parecíanse los rostros, como los tocados, de suerte que me costó trabajo descubrir á Kermoysan. Sin embargo, concluí por percibirle un poco apartado, medio oculto por un pilar contra el cual se apoyaba, en una actitud semejante á la que tenía la antevíspera bajo la nieve en la avenida del Trocadero. No se movió mientras duraron los oficios, indiferente á las preces que hacían arrodillarse á la concurrencia, miran-

do al vacío, ausente de allí el alma. Entre tanto, junto al catafalco, al que no podría aproximarse sino un momento al fin de la ceremonia, del cual sólo podría despedirse con un hisopazo; junto á aquel ataud donde dormía la hermosa muerta á la que no pudo volver á mirar, desplegábase la importancia del orondo Herdevin, muy encendido, resoplando fuerte, teniendo en la mano un pañuelo del cual no pensaba servirse, probablemente más aburrido que triste (¿quién sabe? tal vez hasta satisfecho de un accidente que le devolvía la deseada libertad).

Asaltáronme de nuevo ideas subversivas, que me asediaban desde dos días antes. Porque, en verdad, ¿cómo asistir á un espectáculo semejante, en la edad en que aún se es capaz de exaltaciones novelescas, sin maldecir la hipocresía de nuestras instituciones, la eterna mentira que las envuelve, las trabas que han puesto á la libertad del corazón en provecho del egoismo y de la sequedad de alma? Más tarde se razona de otro modo; entonces sentía yo así; quizá por eso me produjeron una impresión tan fuerte los acontecimientos que observaba.

Cuando el desfile por delante del ataud, me encontré precediendo á Kermoysan; á mí me tocó entregarle el hisopo. En el momento de tomarlo de mi mano, advertí por segunda vez ese mirar desesperado que se le escapaba como un grito: lo único que le hacía traición. Lo reprimió, como quien ahoga un sollozo. Pero lo oí resonar bajo las bóvedas, digámoslo así, hasta llenarlas. Luego resonaron los órganos, cubriendo con sus pesadas armonías aquel grito mudo y perdido. Los conductores echaron el paño funerario cubierto de flores encima de la caja que llevaban con paso tardo, que resonaba en las losas, mientras se formaba detrás de ellos el acompañamiento.

Permanecí junto á Kermoysan. Salió de la iglesia sin voluntad ninguna, empujado por la muchedumbre, y se detuvo en uno de los escalones, fijando los ojos en el coche empena-

chado, que bien pronto se movió y se puso en camino, retardando la marcha de los coches de alquiler, arrancando á los transeuntes un saludo anónimo; después se perdió entre los ómnibus en la tranquilidad que había por las rondas.

Kermoysan acabó por notar que estaba yo junto á él. Me miró, movió los labios sin que saliera de ellos ningún sonido y, sin embargo, consiguió pronunciar con voz ronca:

—¡Siempre es triste un entierro!

Le respondí con un ademán vago y me alejé para evitarle otro nuevo esfuerzo. Dió algunos pasos maquinalmente en la dirección que había tomado la desaparecida comitiva fúnebre. Se detuvo después, volvió pie atrás y le ví marcharse en una dirección opuesta, tan deprisa, que parecía huir, huir de un enemigo, invisible para los demás, por el que se sentía perseguido.

XVI

Los días siguientes no fuí á ninguna parte sin encontrar á Kermoysan. Diríase que se proponía concienzudamente liquidar una larga deuda atrasada de visitas, ó que una especie de fiebre mundana le llevaba de salón en salón. En todo caso jamás hubo otro ocioso que con mayor exactitud cumpliera sus deberes sociales. Hasta me pareció que exageraba, que á fuerza de querer precaverse de sospechas, corría el riesgo de provocarlas. Por lo demás, no podía infundir sino sospechas muy vagas; imagínese el esfuerzo de razonamiento que hubieran tenido que hacer las personas que antes no hubiesen fijado la atención en ello, para encontrar algún enlace entre las salidas de Kermoysan y la muerte de la señora Herdevin. Las personas de sociedad, si se toman ese trabajo, saben observar bien; pero su clarividencia no llega hasta la adivinación. Sus mane-

ras chocaron á algunos de sus conocidos; llamaron la atención sus cambios de costumbres; advirtiéronse sus distracciones más frecuentes, sus tristezas repentinas, las arrugas con que una idea fija fruncía su frente y los ángulos de su boca, y que poco á poco cambiaba la antes serena expresión de su rostro en una expresión de tormento. Y no hubo más. Presencié algunas conversaciones de que fué objeto: ninguna se aproximó á la verdad.

—¿No les parece á ustedes que el señor Kermoysan ya no es el mismo?—preguntaba alguien.—Ha envejecido mucho, de algún tiempo á esta parte; se arruga, está distraído..... ¿Qué le pasará?....

Y una voz respondía:

—Dícese que trabaja mucho.

—¡Pero si ya no publica nada!—objetaba otro.

Como hubiese en la tertulia alguna persona malévola, no dejaba de oirse:

—Precisamente, quizá sea eso lo que le aflija..... Se siente vacío, sufre por ello..... Nada agría á un hombre como las contrariedades de la vida literaria.....

Claro es que en más de una ocasión se dijo que sin duda habría por medio en esto una mujer. Pero nadie sabía nada, y ninguno sospechó que aquella mujer había muerto y que él la lloraba. Confieso que sentí cierto placer mezclado con orgullo al saber yo más que todo el mundo; regocijábame también al ver que su heroismo no era inútil y que conseguía guardar su secreto.

Esto duró así unas dos ó tres semanas. El recuerdo de la señora Herdevin iba borrándose de día en día. Ya no se hablaba más de ella, ó si sonaba por casualidad su nombre en la conversación, parecía venir de lejos. Los mismos que habían apreciado su gracia, sus encantos, su belleza, ya no pensaban en ella; todo eso pertenecía al pasado, eran cosas muertas, y por derecho propio les cuadraba el olvido. Sin embargo, reparóse en el cínico descoco con que Herdevin paseaba con su

querida por los sitios públicos. Pero Herdevin jamás había frecuentado la misma sociedad que su mujer, donde nadie se ocupaba de él. Por tanto, limitáronse á decir:

—Dentro de algunas semanas se casará con esa perdida.

Y no se volvió á hablar más del asunto.

Entre tanto, Kermoysan efectuaba una nueva retirada, disponiendo con mucho arte las transiciones. Se prodigó menos, sólo iba algunos minutos á los salones donde aún aparecía, renunció convites y dejó difundirse el rumor de que por fin iba á imprimir otro nuevo libro.

Cuando se le hablaba de esto, no decía que sí ni que no.

—¡Ya verán ustedes como no lo hace!—decían los maliciosos.—Habla de ello con sobrado misterio.....

¡Otro nuevo libro! ¡Ah, ciertamente, no pensaba en tal cosa! Nunca olvidaré la última visita que le hice en aquella época. Le encontré sin hacer nada, en su gabinete lleno de desorden. Varios tomos, que sin duda se había propuesto leer, estaban tirados revueltos encima del diván, de las butacas, de las mesas: poetas, prosistas, hasta libros devotos. El aposento tenía yo no sé qué aspecto desolado de estancia abandonada. Como me aproximase á la gran mesa de trabajo, atestada de papeles, de periódicos con sus fajas, de cartas sin abrir, noté que la tinta se había secado en el tintero de cristal. Dejé escapar un signo de asombro, advertido por Kermoysan, que estaba junto á mí de pie.

—Sí—exclamó—la tinta está seca..... Ya sabe usted que el calor del cok..... Por otra parte, no trabajo..... Poco arranque..... Ninguna idea.....

Y prosiguió, con un tono de afectada indiferencia:

—¡Bien sabe usted que hay momentos así!..... Yo siempre los he tenido..... Sólo que esta vez se prolonga más de lo habitual..... Eso me molesta mucho: mi libro no se acaba, y será muy bueno mi libro.....

Y haciendo un esfuerzo se puso á hablarme de ese libro, del cual estaba muy lejos su pensamiento.

—Trabajaba mucho más cuando era marino—volvió á decír.—Necesito de los viajes..... Cambiar de lugares, moverse, bullir: sólo eso es bueno.....

Me había hecho que tomase asiento, sin sentarse él. Mientras me hablaba, paseábase de arriba á abajo por el gabinete, con esos movimientos de fiera enjaulada que ya conocía yo, y con esa agitación interior que impele á moverse.

Cuando salí, Adolfo vino á acompañarme hasta la puerta de la escalera. Me chocó casi tanto como su amo, cuya disposición de espíritu reflejaba siempre un poco. Llevaba una barba de ocho días y un delantal no muy limpio; visiblemente iba aguas abajo.

—Temo que su señor no esté muy bien hace algún tiempo,—le dije.

El buen hombre meneó la cabeza, guiñó los ojos y comenzó á decir:

—¡Ah! el señor.....

Pero se detuvo en seco, discretamente.

No volví á la calle de Oudinot, por temor á turbar aquel duelo á quien tan bien sentaba la soledad. Hay dolores que desafían á todo consuelo que no sea el del tiempo, y el tiempo se hace largo cuando se sufre. En cuanto á mí, como no sufría, pasóseme á escape. Un poquillo olvidado tenía tal vez á Kermoysan (en quien, sin embargo, pensaba algunas veces, imaginándomelo retirado y digámoslo así emparedado en su cuarto de célibe, separado del mundo por una barrera invisible, por el infranqueable muro de sus pesares), cuando se esparció el rumor de que iba á marcharse al Sudán.

Era cierto.

—Entonces, ¿por qué abandonó el servicio, si no puede estarse quieto en ninguna parte?—se preguntaban sus amigos.

Y vituperaban su inconsecuencia.

Pocos días antes de marcharse, vino Kermoysan á despedirse de mí. Estaba muy cambiado, flaco, escuálido, con el aire más tristemente distraído y la mirada más vaga que nun-

ca; y en su andar, en sus movimientos, en sus ademanes, aquella inquietud continua y amenazadora que había yo notado ya en mi última visita. Aún le veo, sentado en mi única butaca, con sus movibles ojos que se fijaban en todos los objetos de la estancia cual si fuese á hacer su inventario, mientras sus pies se agitaban y sus manos cruzadas se frotaban de continuo una con otra. Estábamos ambos un poco cortados, ocurriéndosenos ideas que no podíamos ó queríamos decir; por mi parte, oía siempre otras palabras diversas de las que pronunciaba él con voz indiferente. Le pedí algunas noticias respecto al propósito y á los medios de la expedición á la cual iba á agregarse. Diómelas, sin parecer que le interesasen nada. Salieron de sus lábios nombres de sonoridades desconocidas, Uarglá, Chambâa, Tidikelt: hubiérase dicho que él no los oía. Me refirió someramente algunas de las heroicas y vanas tentativas hechas para penetrar en las no exploradas regiones que iba á recorrer. Y como exclamase yo:

—¡Es una loca temeridad, eso que usted se propone!.....

Me respondió:

—¿Loca? No..... Atrevida, sin duda. Pero no más que otras muchas empresas que han salido bien..... Por otra parte, ¿por qué he de titubear?..... No tengo familia ni deberes para con nadie; soy completamente solo; mi independencia es absoluta..... ¿Qué importa, pues, si me dejo la piel allá?

—¿Y los amigos de usted? ¿Y la literatura?

Sonrióse y dijo con dulzura:

—A mis amigos, otros les quedan..... En cuanto á la literatura..... ¡por Dios!..... ¿Qué quiere usted que haga ella de mí?..... ¡Si cree usted que pienso en tal cosa!..... Además, ya no hago nada, ya no escribo; no me distrae lo suficiente..... ¡Acción, acción, movimiento, peligro: eso es lo que me hace falta!

Animábase su mirada, y repitió:

—¡El peligro! eso sí que es un placer..... el último que da algún precio á la vida..... Se aferra uno á ella cuando está á

punto de perderla..... Y luego, ¿qué quiere usted? Necesito ocuparme en algo..... Si regreso, al menos habré hecho alguna cosa..... Y si no vuelvo..... ¿por qué no se ha de dormir tan bien bajo las arenas del África como bajo nuestra tierra negra?

Cuando, dichas estas palabras, se levantó alargándome la mano, le miré cara á cara y le dije, recalcando las palabras:

—Temo..... temo que no vuelva usted.

Molesto por mi mirada, apartó los ojos y murmuró con tono de indiferencia:

—¿Quién sabe?..... Tal vez sí, tal vez no..... Más bien creo que volveré..... Vea usted, tengo el alma muy agarrada al cuerpo; no se separará sino cuando no pueda pasar por otro punto.

Luego, al verme conmovido, me dió un apretón de manos con una cordialidad inesperada. Sus últimas palabras, que nunca olvidaré, fueron éstas:

—¡Adiós!..... ¡Buena suerte á través de la vida!

¡Ay! bien sabía yo que no volvería á verle.

Durante varios meses, no hubo ninguna noticia particular de él; sólo pudo seguirse, por informes lejanos é inciertos, la marcha de la columna expedicionaria metiéndose con él en comarcas desconocidas, á lo largo de algún caudaloso río de curso casi ignorado. Después, un día se supo que había muerto en un reconocimiento, tras una defensa heroica y solitaria. De seguro, eso no era un suicido; y, sin embargo.....

XVII

Tales son los hechos que recordada poco á poco en el curso de la conversación que referí en el comienzo. Había dejado de tomar parte en ella y hasta de atender, arrastrado por la

corriente de aquellos recuerdos que iban resucitando lentamente en mi memoria. Traté de precisar sus contornos inciertos, á la vez que me abandonaba á algunas reflexiones muy vagas.

«¡Ay, nada sabemos de los demás! Vémosles ir y venir, agitarse, padecer, amar y morir, sin que nuestros torpes ojos consigan atravesar la dura costra de las apariencias para calar más hondo, en las regiones del alma, aquellas donde reside el ser verdadero, eternamente ignorado, impenetrable, inaccesible. Sus pensamientos se nos manifiestan por medio de palabras que creemos comprender, y nunca estamos seguros de haber comprendido su significado. En cuanto á sus actos, ¡ah! mucho peor aún: ¡nos engañan más que las palabras! Los juzgamos, los justificamos, los definimos, diciendo: estos son buenos, aquéllos son malos; estos son justos, aquéllos son injustos; estos son admirables, aquellos no tienen excusa. Y nuestros fallos son casi siempre otros tantos errores inicuos, porque se fundan en las groseras categorías fabricadas por nuestro burdo análisis de los hechos.

«¡Los hechos!..... ¿Qué importan los hechos? No son sino signos más inciertos que las palabras: y no sabemos interpretarlos. Ellos son lo único que vemos; y, sin embargo, sólo nos importan los sentimientos, los cuales se nos escapan, ¡rodeados de misterio, y de tal diversidad!

»¡Ay! en estas delicadas cosas del corazón, ¿quién deslindará los límites exactos entre el bien y el mal? ¿Quién dirá cuándo el amor prohibido por las leyes humanas lo es también por esas leyes superiores cuya divina indulgencia presentimos á veces? ¿Quién dirá cuándo queda la culpa expiada por el sufrimiento, y aun acaso transformada hasta en su esencia? Porque, en último término, el poder de amar de un corazón dilatado que rompe las cadenas de las preocupaciones, de un alma que se exalta por encima de las trabas sociales, ¿no es acaso una virtud? ¿No hay heroísmos superiores á la fría observancia de las reglas, á la vulgar obediencia de las leyes?

»¡Pobres silenciosos! ¡Cuántas lágrimas cuya amargura habéis guardado para vosotros solos!

»Admírase al herido que, echado en el suelo, tinto en sangre, aguarda la muerte sin exhalar gritos inútiles..... Y vosotros, que ocultais vuestra angustia bajo antifaces intachables; vosotros que sabéis ir y venir, hablar y sonreíros mientras se os desgarra el corazón, ¿no seréis más que unos despreciables embusteros?..... ¡No, no; también sois héroes vosotros!.....»

Otras cosas más pensaba yo entonces. Pero, ¿á qué transcribirlas aquí? Aunque sólo sean hechos, los hechos tienen su elocuencia. Si he sabido narrar los que llevo relatados, deben manifestar su significación; y si hay un juez, ante él defenderán la causa de dos amantes que sin duda sufrieron aún más que pecaron.

EDUARDO ROD.

EL DISCURSO

DE

APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y

LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO.

Este año han sido escritos tales documentos por los mismos autores que el año anterior: por los señores D. Santos de Isasa y Valseca y D. Luciano Puga y Blanco, Presidente y Fiscal, respectivamente, del Tribunal Supremo. Pero mientras el año anterior, tanto el discurso como la Memoria, ofrecían materia sobrada para abundantísimas observaciones por parte del que los leyere, en el año corriente parece como si los dos referidos funcionarios judiciales se hubiesen puesto de acuerdo para presentar al público trabajos casi del todo estériles, tan secos y privados de jugo, que por afilados que la crítica, la crítica positiva y seria, tuviese los dientes, no lograría encontrar apenas un punto donde clavarlos.

El Sr. Isasa, al examinar en su discurso del año pasado «aquellos principios esenciales de procedimiento que más pueden afectar á la administración de justicia criminal, y que, ó por no estar bien definidos, ó por no resultar en armonía con otros no menos esenciales, reclaman serio y determinado es-

tudio, como preparación de su reforma, en lo que fuere necesario», trató cuestiones de verdadero interés, tales como las siguientes: el motivo de que terminen tantos procesos por sobreseimiento, ¿consiste en que se persiguen judicialmente casos más propios del orden de la policía que del orden judicial, ó consiste en que, por lo que respecta á los sobreseimientos provisionales, el mal resultado depende de la falta de medios de averiguación y de personal idóneo y suficiente para conseguirla? Una vez declarado el sobreseimiento, es decir, una vez resuelto que no ha lugar á seguir el juicio para obtener declaración alguna sobre responsabilidad criminal, ¿quedan también *ipso facto* terminadas las cuestiones que á la responsabilidad civil pueden afectar? En caso negativo, ¿deben ser objeto esas cuestiones del proceso criminal, ó han de remitirse—y de qué modo—á un juicio civil? ¿Es admisible que la administración de la justicia criminal se equipare por completo á la civil, considerándola como una lucha entre dos partes encontradas, y que su funcionamiento se haga depender, tan en absoluto como hoy ocurre, de una de esas partes, del ministerio fiscal, hasta el punto de que, retirada por éste la acusación, el juicio no puede seguir, aun cuando los magistrados que componen el Tribunal entiendan que la cuestión no está clara ó que el retirar la acusación es desacertado? ¿Convendría exigir que los jurados fundamentasen sus veredictos, como fundamentan sus sentencias los Tribunales de Derecho, y que, lo mismo que éstos, fueran también aquéllos responsables de los errores que al juzgar cometieren? y algunas otras.

Como para hacer juego con el discurso de 1896, ha querido consagrar el de este año el propio Sr. Isasa al estudio de las reformas que, á juicio suyo, deben introducirse en la ley de Enjuiciamiento civil, reformas que ya en aquel discurso reconocía como «de necesidad apremiante» y que ahora sigue considerando como muy indicadas, sobre todo después de la ley de 10 de Junio del corriente año; sin embargo de que no parece participar de la opinión de aquellos para quienes las

actuales circunstancias no permiten acometer una reforma completa y general de nuestra vigente legislación y entienden que es preciso «limitarse á lo posible, y dentro de lo posible á lo más fácil y urgente,» esto es, á la ley de Enjuiciamiento civil, cuya modificación—añaden los que defienden este punto de vista—ni ofrece los obstáculos con que se tropieza al intentar la del Código penal, ni exige el aumento de gastos que implicaría una nueva organización de los Tribunales, ni tendría los peligros que se supone van anejos á toda innovación en la ley de Enjuiciamiento criminal. El Presidente del Tribunal Supremo piensa que tales razones de eliminación de otras reformas legales, fuera de la ley de Enjuiciamiento civil, «no son tan fundadas que por ellas solamente deba abandonarse, desde luego al menos, el propósito de realizarlas de un modo general y completo;» por el contrario, «en su opinión, la reforma debería ser total y extenderse á todas las leyes cuya aplicación corresponde á los Tribunales. Prescindiendo del Código civil—que por sus propias disposiciones no puede reformarse hasta pasado cierto período de tiempo—habría que reformar el Código de Comercio, las leyes de Enjuiciamiento civil y mercantil, el Código penal y su ley de procedimiento, y conjuntamente, si no precediéndolos, la ley de organización de los Tribunales.» Por supuesto, que esta modificación que de todas nuestras leyes quiere el Sr. Isasa, no tiene, á lo que parece por las brevísimas indicaciones que hace sobre el particular, nada de revolucionaria; aun participando de la opinión general que pide reformas, el Presidente del *más alto* Tribunal de la nación, «por sus antecedentes, por la firmeza de sus convicciones, por sus arraigados principios, no puede entregarse á la corriente sin protestar antes de la necesidad de armonizar con el espíritu de crítica y de reforma el más difícil del profundo respeto á la ley y del estricto rigor en su cumplimiento y observancia.» Así que todo lo que pide son alteraciones parciales é incompletas y pocas en número, si bien no se aparta de que puedan ser «precursoras de otras que

se sucederán en el tiempo, sin lograr definición y estado duradero hasta después de tentativas y ensayos, cuyo número sería aventurado predecir.»

Con todo, la única reforma en que insiste, y á la que el autor dedica la casi totalidad de su trabajo, contentándose respecto á las demás con poquísimas indicaciones aparte de las apuntadas, es á la reforma de la ley de Enjuiciamiento civil. A esta parte del discurso debiéramos, por consiguiente, dirigir nosotros ahora la atención; pero nos encontramos relevados de hacerlo por cuanto en las treinta y tantas páginas que ocupa, apenas si se encuentra alguna que merezca fijar aquélla. Y es que el Sr. Isasa, en su afán de huir—como lo han hecho algunos otros en su mismo puesto—de todo lo que pudiera obligarle á discurrir en el terreno doctrinal y, como suele decirse, «de los principios», en vez de dilucidar cuestiones fundamentales, de esas que envuelven la solución de multitud de otras subordinadas, de esas que dan á los legisladores puntos de vista y de luminosa orientación para el acertado desempeño de su cometido, se fija en unas cuantas de importancia muy relativa y á ellas reduce toda la reforma de la ley de Enjuiciamiento civil. ¡Como si en este orden, tan estrechamente ligado con el orden del Derecho civil, en la actualidad amenazado de la más radical y grandiosa de las transformaciones, no le correspondiera al legislador de los países cultos hacer otra cosa que cruzarse de brazos y mantener el *statu quo* legal, haciéndose sordo á las enseñanzas de la vida; y como si los consejeros y guías de los legisladores no tuvieran la obligación estrecha de mostrar á éstos los peligros que se les echan encima por consecuencia de los cambios sociales que ya alborean en el horizonte y de señalarles los derroteros que deben seguir para encauzar profundamente las nuevas fuerzas y hacer que su advenimiento, como factores activos, al campo de la diaria lucha de la vida sea lo menos tumultuoso posible. El Sr. Isasa dice á este propósito que es necesario «huir de la tentación de radicales innovaciones». Según y conforme. El legislador,

como todo hombre de gobierno, necesita mucho tacto y mucha mesura para no producir con sus mandatos alteraciones y movimientos bruscos y desordenados en el pueblo á que sirve; no ha de ser un revolucionario desatentado que ordene poner en práctica de súbito y sin consideración alguna á las circunstancias de lugar y tiempo lo que á él se le antoje que son exigencias absolutamente racionales de un derecho natural abstracto. Muy por el contrario: el legislador y el gobernante, al acometer cualquiera reforma, si es que pretenden que ésta sea viable y adquiera el conveniente arraigo, han de usar de gran parsimonia, estudiando de antemano los elementos sociales sobre que pretenden obrar, su relativa eficacia, la acción recíproca y más ó menos directa de unos sobre otros; y en vista de este estudio, favorecerán el desenvolvimiento de aquellos que sean más beneficiosos para obtener útiles resultados sociales y al propio tiempo hayan llegado á adquirir tal empuje que fuera insensatez esforzarse en contrarrestarlos. Las innovaciones que hagan los legisladores han de ser motivadas; han de ser innovaciones que no choquen grandemente con el estado actual y con los intereses predominantes en la colectividad para la cual legislan, antes bien, deben venir determinadas por ese estado y esos intereses (muchas veces, distintos de los que las leyes á la sazón vigentes garantizan, y hasta incompatibles con ellos). Para decirlo en pocas palabras, el reformador de las leyes, si quiere que su obra sea eficaz, debe abandonar los procedimientos radicales que tan en uso han estado en la mayoría de los países europeos durante un siglo largo, y emplear un procedimiento rectamente conservador. Pero á la vez, el mismo legislador debe ser radical en sus aspiraciones y debe estar trabajando incesantemente en la preparación de innovaciones radicales. Es un hecho innegable que las sociedades, como todo ser vivo, están en continua transformación por variar cada año y aun cada momento la importancia y el valor de las fuerzas que en su seno se agitan: las que ayer tuvieron preponderancia la han perdido ya

hoy, y viceversa. Es indudable asimismo que la disposición que en cada instante adquiere el conjunto de esas fuerzas constituye un estado de equilibrio social, un «orden» social. Lo es también que la legislación vigente, en un momento dado, como quiera que permanece invariable, estadiza, responderá á lo sumo á uno de los «órdenes» sociales ya pasados, pero en modo alguno puede ser adecuada á toda la enorme multitud de «órdenes» sociales que, unos tras otros, en curso incesante, se van sucediendo; lo que equivale á decir que el «orden» protegido por la legalidad vigente es un «orden» que no merece la calificación de «jurídico», aun cuando sea el orden legal, porque es un «orden» envejecido y quizá muerto del todo, y que empeñarse en defenderlo á toda costa en contra del orden real que bajo aquél se ha venido formando, es altamente injusto, y sobre injusto, insensato. Misión del legislador que ejerza su oficio como corresponde, de aquel que se reconozca como un funcionario social encargado de ir satisfaciendo las necesidades del cuerpo á que sirve de órgano, será el estar modificando diariamente las leyes, abandonando las antiguas que se hayan hecho inservibles, aun cuando haya muchos que exijan su conservación por creer que protegen sus intereses, y dando leyes nuevas en las que se infiltre el espíritu que observe hallarse patente en el organismo social y del que deberá hallarse él, por el puesto que ocupa, más penetrado que nadie. Las aspiraciones que en la masa social hayan ido produciéndose y hayan adquirido ya cierto poder, el legislador es el encargado de formularlas concretamente y de darlas expresión en la ley, aunque la misma masa no tenga todavía una clara conciencia de las mismas (el legislador precisamente la provocará, apresurando lo que podemos decir su alumbramiento) y aun cuando tales aspiraciones tiendan á derrumbar alguna parte del edificio de la legalidad vigente, del «orden» legal constituído. Á mi entender, y en contra de la opinión corriente, el legislador, para desempeñar su papel con acierto, debe ser, de todos los miembros de un grupo social, el más tentado

á las «innovaciones radicales». Y esto, por otra consideración además de lo dicho. La labor legislativa, como labor humana, es una labor teleológica, final, y todos los actos constituyentes de la misma habrán de ir encaminados á la persecución del fin de bienestar social, que ha de servirle de blanco. Sucederá á menudo que, para la realización del ideal que el legislador pretende conseguir, sea necesario provocar, más ó menos directamente, por medio de disposiciones legales, el nacimiento de instituciones ó elementos totalmente nuevos, ó trasplantar é introducir algunos exóticos, ó combatir violentamente otros que, dentro del «orden» legal presente, desempeñen un papel predominante, ó á los que la masa general de los ciudadanos, la opinión pública, mira con afecto y los considera como algo indispensable para su vida (v. gr., el duelo, las corridas de toros, la guerra, ciertas formas de delincuencia endémica, ciertos prejuicios y supersticiones populares, etc.), lo cual no podrá hacerse sino empleando medidas radicales.

Por lo demás, si nos colocamos en el punto de vista adoptado por el Sr. Isasa; si consideramos que la vigente ley española de Enjuiciamiento civil debe permanecer inalterable en su conjunto, en los principios capitales que informan sus disposiciones, en su estructura, plan, tecnicismo y distribución de materias; ó lo que es lo mismo, si juzgamos que esa ley debe ser más bien retocada que verdaderamente reformada, haciendo que el retoque no consista en otra cosa sino en suplir algunos vacíos que en ella advierten los leguleyos, en «concordar preceptos y disposiciones que aparecen contradictorios, no siéndolo realmente», en «dividir y clasificar los juicios con sentido técnico», en «uniformar en lo posible lo civil y lo mercantil.....», en tal caso, el discurso del Presidente del Tribunal Supremo se encuentra ser un trabajo muy aceptable, supuesto que presenta un cuadro bastante completo (1) de las deficien-

(1) Completo en absoluto tampoco se propuso trazarlo su autor. «Un programa completo de la reforma—dice el Sr. Isasa en la pág. 12—sería

cias, contradicciones é injusticias de mayor bulto que en la referida ley encuentran los encargados de aplicarla, al propio tiempo que indicaciones positivas sobre el modo de remediar tales defectos. Algunas de esas indicaciones podrían ser aceptadas desde luego por el legislador y puestas en práctica, verbigracia la que consiste en «establecer una tasa de gastos para los juicios verbales y los de menor cuantía, y en aliviar á los litigantes que no mereciesen imposición de costas con una minoración notable de todos los gastos y derechos, y aun de los gravámenes fiscales concernientes al litigio». Con lo cual se comenzará á marchar por el camino que conduce á lograr la aspiración de la «justicia gratuíta ó muy económica», aspiración que va marcándose cada vez con mayor fuerza (1), y se evitaría uno de los principales motivos por los cuales son mirados por los ciudadanos los tribunales con sumo recelo y hasta con verdadera repugnancia.

*
* *

El Sr. Puga, que en sus Memorias de años anteriores disertó sobre multitud de puntos, en la de este año apenas si lo

---

imposible en esta ocasión, por la variedad de sus motivos y la multitud de sus conceptos, aun sin descender á los de detalle y puro trámite. Mi propósito ha de reducirse, por consiguiente, á justificar la necesidad de la reforma y á indicar la que me parecería más acertada con referencia á algunos puntos importantes, que serán: la determinación de la jurisdicción civil en sí considerada y con relación á otras; la clasificación de los juicios declarativos, y la uniformidad de los juicios civiles y mercantiles en las materias en que hoy más diferentes aparecen». Y en las últimas páginas añade: «En la imposibilidad de formular un programa completo de reforma en materia de tantos motivos y detalles, he presentado como ejemplos algunas de las que á mi juicio reclama el Enjuiciamiento civil. Como indicaciones no más han de juzgarse.»

(1) Véase acerca de esto mi artículo sobre *Organización judicial*, publicado en *La Administración*, tomo III, 1896.—Cuanto á lo criminal se refiere, el Fiscal del Tribunal Supremo, en su Memoria del año pasado (páginas 31-34 y 43-47), puso de manifiesto la injusticia de la pena de costas y la crueldad que la mayoría de las veces lleva consigo la exacción de éstas.

hace de dos ó tres, y esto con brevedad suma. De manera que teniéndonos acostumbrados á ofrecernos trabajos de bastante extensión (1), ricos en problemas de más ó menos importancia, rompe este año con tal costumbre y en poquísimo espacio encierra las escasas observaciones que, acerca de la administración de justicia durante el año judicial último, le ha sugerido el desempeño de su cargo y el estudio de las Memorias de los Fiscales de las Audiencias, sus subordinados. El Fiscal alega, en descargo de su conducta, además de motivos de salud y dolores morales originados por desgracias íntimas (2), el hecho de que «la materia está casi agotada», y claro es que teniendo poquísimo que decir, exponer y proponer al Gobierno tocante á la administración de justicia, resulta muy natural que el escrito en que lo hace sea breve. Ahora, si el Sr. Puga se hubiese limitado á justificar su proceder apoyándose en las dos razones primeramente alegadas, nadie tendría reparos que oponerle, pues tales razones son de aquellas que, no bien son conocidas, adquieren, en casos como el presente, perfecto asentimiento. Lo que á muchos no convencerá, antes bien provocará en ellos viva protesta, es eso de que «la materia esté casi agotada». ¡Cómo! dirán ellos, ¡con que, por lo visto, si el Sr. Puga continúa algunos años más desempeñando el puesto que hoy ocupa, el art. 15 de la ley adicional á la orgánica del Poder judicial habrá de ser derogado expresamente ó caerá en desuso, á lo menos en la última parte del párrafo segundo, puesto que el Fiscal del Tribunal Supremo no tendrá reforma alguna que proponer al Gobierno para el mejor y más

(1) La Memoria del año pasado tenía no menos que 114 páginas de texto.

(2) «Consta á V. E., dice, que graves quebrantos de salud me obligaron á interrumpir mis tareas oficiales, viniendo á hacer más aflictiva esa situación decretos inexorables de la Providencia que, hiriéndome en lo más profundo del alma con golpe terrible y cruel, avivan los males físicos con dolores morales y perdurables amarguras.»

acertado desempeño de la función judicial! ¡Con que tan perfecta es nuestra administración de justicia en el orden civil que, reformando en ciertos particulares la institución de la tutela y buscando el modo de dar cumplimiento en España á las sentencias dictadas por tribunales extranjeros, no queda ya nada que hacer, como se desprende del hecho de haber sido estas dos las únicas modificaciones que desde que el Sr. Puga desempeña su cargo ha propuesto (1) al Gobierno! ¡Con que la multitud de graves problemas de Derecho y de procedimiento civil que tanto preocupan á los estudiosos, á los gobernantes y á los funcionarios judiciales de otros países los tenemos ya nosotros resueltos, y resueltos de una manera exacta y definitiva, ó no ha de preocuparnos lo más mínimo su solución, pudiendo y debiendo desinteresarnos de ellos y seguir haciendo impasibles nuestra vida como si semejantes problemas no existieran ó no nos afectasen! Y en cuanto á la administración de justicia penal, ¿cómo hemos de suponer que en España es inmejorable, que «se desenvuelve normalmente» y que sólo tiene «pequeños defectos é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana» (2), cuando en todas partes se halla todo su organismo tan en crisis, hasta el punto de que acaso ningún género de instituciones la sufre actualmente tan fuerte como las instituciones penales, desde las más fundamentales ideas y desde los primeros conceptos de delito, pena, responsabilidad, etc., en que las mismas se apoyan, hasta los últimos y más minuciosos detalles tocante á la ejecución de las penas, á la organización de la policía judicial, á los servicios penitenciarios, al de los peritos médicos y de otras clases; y cuando el propio D. Luciano Puga ha confe-

(1) En la Memoria de 1895, págs. 68-75. En la de 1896, ya dije (España Moderna de Noviembre de 1896, pág. 75) que no se hacía indicación alguna tocante á reformas de índole civil. Lo propio ocurre con la de este año.

(2) Esto lo decía el Sr. Puga en su Memoria de 1895, pág. 77, sin que en las posteriores haya rectificado la especie.

sado de un modo simple en su Memoria de este año, y con un pesimismo injustificable en la del pasado, que la criminalidad aumenta de una manera «alarmante» en la generalidad de las provincias de España, y, por consecuencia, reconoce implícitamente que la forma de administrar hoy la justicia criminal en España es ineficaz para lograr el objeto que persigue?

Tres cuestiones tan sólo toca el Sr. Puga en la Memoria de que nos venimos ocupando: la de la criminalidad y sus causas en España; la de la forma en que los Fiscales deben ejercitar sus acciones, y la del Jurado. La segunda de ellas, planteada, según el Sr. Puga dice, por el Fiscal de la Audiencia de Granada en su Memoria dirigida al del Tribunal Supremo, consiste en saber si los representantes del ministerio público no pueden ejercitar las acciones penales, conforme á las leyes españolas, más que por querella, ó si también podrán presentar denuncias ante los tribunales, para que éstos procedan de oficio, en los casos en que los ciudadanos pongan en conocimiento de los funcionarios fiscales, sin la garantía de comprobante alguno, la comisión de delitos públicos, en vez de denunciarlos al juez de instrucción, ó al municipal en su caso, con arreglo al art. 262 de la ley de Enjuiciamiento criminal. El señor Puga opta por la última solución, de acuerdo con el criterio «legal y acertado» sostenido por el Fiscal consultante; solución que por el momento no nos es posible discutir, pero que, mirada desde el punto de vista de la legislación é instituciones actuales, creemos mejor que su contraria. Esa solución la formula del siguiente modo el Sr. Puga, después de expuestas las consideraciones doctrinales y, sobre todo, legales en que la funda: «La ley, al suponer que el Fiscal ejercite por medio de querella las acciones penales, debe interpretarse en un sentido natural y estricto. Cuando ejercite acción penal, la querella es indispensable. En otro caso, le bastará acudir al juez ó tribunal, dando conocimiento del hecho que como criminal se le denuncia para que inicie el procedimiento, en cuyo curso pedirá lo que estime oportuno y conveniente para la

causa que representa. Los jueces y tribunales tienen la obligación de proceder de oficio á la averiguación de los delitos de que adquieran noticias, pues á los Fiscales, si carecen de datos para ejercitar la acción penal, les será suficiente pedir que aquella obligación se cumpla y que en virtud de ella se proceda.»

Los defectos que el Jurado tiene entre nosotros, así en la formación de las listas como en el funcionamiento de la institución, apenas hay nadie que no los conozca. Entre la «gente de toga» no hay nada tocante á la administración de justicia criminal que se censure y combata tan unánime y sañudamente como el Jurado; así no es de extrañar que la generalidad de los Fiscales lo hagan constantemente objeto de sus críticas y no perdonen ocasión de atribuirle todos los males y defectos que en la dicha administración observen; ni es de admirar tampoco que el Fiscal del Supremo tenga que decir todos los años algo acerca de tal institución, y no por cierto en su beneficio. Así lo ha hecho el Sr. Puga en todas sus Memorias elevadas al Gobierno. Lo cual indica que el Jurado está en España, como en las demás naciones, en una verdadera crisis, y que los escritores españoles, para no ser menos que los extranjeros, sienten la necesidad, ó de suprimir enteramente la «institución democrática» ó de reorganizarla de raíz. El problema—que entraña suma gravedad, pues en él va envuelto nada menos que el del cambio completo del sentido de la función penal, y consiguientemente de todas las instituciones que sirven á ésta de órganos—no puede tratarse en cuatro líneas; por lo que es forzoso abandonarlo por el momento y dejar para ocasión oportuna el estudiarlo con toda la amplitud que merece (1).

(1) Hasta que en los trabajos que vengo publicando sobre *La reforma en la organización de tribunales y en el procedimiento judicial* le llegue el turno al del Jurado, no podré cumplir esta promesa, ya hecha otras veces.

La otra cuestión, la primera de las tres ya indicadas, exige algunas palabras de nuestra parte. La Memoria publicada por el Fiscal del Tribunal Supremo el año pasado fué la primera en que se atribuía alguna importancia al estudio, hasta bajo un epígrafe separado, de las causas de la criminalidad. Al examinar aquel documento en La España Moderna, hice notar muy particularmente este hecho y la gran trascendencia que, á mi juicio, pudiera tener si en los años sucesivos se repetía y llegaba á hacerse habitual, por cuanto de esa manera, estudiando las causas de la delincuencia, es como únicamente podía uno ponerse en situación de luchar con buen éxito contra la misma. Pues bien, en la Memoria de este año, á pesar de ser tan breve, ha tenido el Sr. Puga el cuidado de no prescindir de hacer un examen de las causas de la delincuencia en España; con lo cual revela su laudable propósito de seguir marchando por el buen camino que él mismo abrió el año anterior. Y todavía hay que decir más. El Sr. Puga no se contenta ahora ya, como se contentó el año pasado, con enumerar las que considera causas productoras del incremento de los delitos en España, cosa que ya de por sí implica bastante, en cuanto supone el reconocimiento, por parte de uno de nuestros primeros funcionarios judiciales, de la sumisión de una importantísima esfera de actos humanos al orden de la causalidad natural, su sustracción al arbitrio caprichoso é indeterminado de los individuos y la posibilidad de contrarrestar los influjos criminógenos por medios perfectamente naturales.

Este año, además, indica, si bien muy á la ligera, una cosa sobre la que el año anterior guardó silencio completo, y á la que él mismo, ó los fiscales que le sucedan en el cargo, darán seguramente, en los años venideros, mayor desarrollo, á saber: la determinación de la parte que á cada uno corresponde en la lucha contra las causas de la criminalidad. En la actual Memoria se contenta nuestro autor con señalar rápidamente las facultades y obligaciones que, respecto al asunto,

corresponden al ministerio público y al Gobierno (1). ¡Ojalá que en las Memorias de los años siguientes el propio Sr. Puga ú otros continúen la labor ya comenzada y no levanten mano hasta que fijen, con toda la exactitud posible, mayor cuanto mayor sea el estudio y más el número de los que á él colaboren, la parte que á todos y cada uno de los elementos sociales, aisladamente y en unión y relación con los demás, les cabe en la generación de los delitos, y cuánto se debe esperar de cada cual por sí solo y cooperativamente con los restantes, para obtener el grandioso y altamente humano fin, que á nadie puede serle indiferente, de disminuir la delincuencia!

---

(1) He aquí lo que dice: «Nuestros medios (los de que disponen los fiscales), obrando directamente sobre el individuo que por actos exteriores infringe la ley penal, sólo de un modo indirecto (es discutible; de todas maneras, la acción indirecta es la mayoría de las veces, en materias sociales, más eficaz aún que la directa; como los miembros del ministerio fiscal entiendan su misión, pueden hacer muchísimo, inmenso bien por vías *indirectas)* pueden llegar á la masa general para impedir con el ejemplo de una expiación rápida y adecuada (no es ciertamente la expiación, por rápida y adecuada que sea, el medio mejor de que los fiscales disponen para producir, indirectamente, beneficios en la masa social) que el mal pueda considerarse fortalecido y alentado por la inercia de los encargados de perseguirle. ¿Qué vale, sin embargo, el esfuerzo de los fiscales, siquiera extremen su celo en defensa de la sociedad, imponiéndose una misión, noble y honrosa sí, pero que sólo cabe ejercer dentro de límites muy circunscritos y reducidos? Por eso, *el mero hecho de que tales funcionarios se preocupen con las causas de la criminalidad y las expongan á sus superiores siempre que haya oportunidad, me parece muy laudatorio y digno del mayor aplauso* (¡ya lo creo!; y muy eficaz).

»A mi me toca transmitir á V. E. las noticias que de mis subordinados recibo, por si se digna tomarlas en cuenta para fines y medidas ulteriores. Adonde no llega la acción de los fiscales alcanzará la autoridad de V. E. y del Gobierno de que forma parte; y siendo cosa de tanta monta, confío en que V. E. ha de recibir benévolamente tales antecedentes á fin de acometer la ardua empresa de *cegar en lo posible esos manantiales de la delincuencia* que tan poderosamente contribuyen al malestar presente, y que tantos temores infunden para el porvenir.»

Según el Sr. Puga, la criminalidad en España durante el año último (igual sucedió en el penúltimo) ha sufrido un aumento «alarmante», y las causas productoras de él son poco más ó menos las mismas á que atribuyó igual fenómeno en su anterior Memoria: «la creciente miseria de que son víctimas los pueblos; la carencia de trabajo manual; la desmoralización que lleva consigo el afán inmoderado é insano de placeres y riquezas; el vicio de la embriaguez, agrandado por la mala calidad de las bebidas que especuladores sin conciencia, confiados en la impunidad, adulteran con ingredientes nocivos; el juego; la facilidad de adquirir y la costumbre de usar armas, un tiempo prohibidas y hoy, si no lícitas, al menos toleradas por respetos acaso exagerados á la libertad individual, y por último, la propaganda por medio de la prensa de doctrinas disolventes y antirreligiosas, propaganda que se ejerce con el mayor descaro y en condiciones de impunidad que ofenden los sentimientos y creencias de la inmensa mayoría de los españoles, provocando reacciones que podrían traer días de luto para la nación». Esta lista no es el resultado de observaciones prolijas, de comparaciones de unos hechos con otros y de inducciones racionales fundadas en las observaciones y comparaciones dichas, sino que más bien es el producto de apreciaciones y juicios subjetivos, hijos de vagos presentimientos y que por lo mismo tienen mucho de arbitrarios, supuesto que interviene en gran proporción en ellos lo que puede llamarse idiosincracia mental de los individuos que los formulan, sus prejuicios, preferencias y demás. Pero, aun suponiendo que sea una lista, como es probable, á la que no pueda prestarse gran crédito—al menos en cuanto á ciertos particulares que en ella figuran y sin las convenientes explicaciones ó reservas—la simple circunstancia de haberla formado es ya un hecho de verdadera importancia sobre el que no debemos dejar de llamar la atención. Hasta ayer, los representantes del ministerio público, los que se dice que en la administración de la justicia penal «llevan la voz de la sociedad y de la

Ley» (1), descuidaban en absoluto las causas criminógenas y su estudio, quizá porque considerasen el delito como un acto en cuya determinación no intervenía causa alguna, puro efecto del caprichoso arbitrio individual; ya hoy «se preocupan con esas causas y las exponen ante sus superiores siempre que hallan oportunidad,» bien que no hagan otra cosa sino muy generales indicaciones: marcar, por decirlo así, una dirección y orientación nuevas, reconocer *cualitativamente* la necesidad de hacerse cargo y tomar en la debida cuenta, para la administración acertada de la justicia referida, el encadenamiento causal de los fenómenos; mañana se verán precisados á dar otro paso hacia adelante, y entenderán que no basta con el simple reconocimiento cualitativo dicho, sino que se requiere la determinación *cuantitativa,* esto es, que no basta con afirmar que en la delincuencia de un país en un período determinado de tiempo han influído la miseria, la falta de trabajo manual, el abuso de las bebidas alcohólicas, etc., etc., sino que será absolutamente forzoso trabajar sin descanso por aquilatar la parte fija ó muy aproximada que cada uno de estos factores criminógenos, juntamente con otros enlazados con ellos, pero menos visibles quizá, hayan tenido en la causación de los males pasados y presentes; pues sólo de esta manera podrá colocarse uno en disposición de luchar adecuadamente contra tales factores y de precaverse contra los males ó delitos futuros (2). Y cuando así suceda, será cuando únicamente

(1) Lo mismo sucedía con los demás funcionarios judiciales y con la casi totalidad de los tratadistas y autores doctrinales.

(2) Esos fiscales, magistrados, jueces, abogados y tantas otras gentes que juzgan inútil, cuando no dañoso, para la buena administración de justicia penal, todo otro conocimiento que no sea el de la ley sustantiva y la de procedimientos, podrán irse convenciendo de lo desacertados que andan y de que, para hacer como se debe lo que, quizá á pesar suyo, han comenzado á confesar que tiene que hacerse—luchar contra la delincuencia atacándola en su raiz, «cegando, como dice el Sr. Puga, sus manantiales»—no hay más remedio que estudiar aquellas ciencias modernas de

nos colocaremos en vías de regeneración, cuando marcharemos por derroteros acertados y cuando, en vez de lamentar, un año tras otro, cual ahora ocurre, ese continuo y alarmante incremento de la delincuencia que está denunciando á voces el fracaso de la actual administración de justicia penal, lograremos lo que ya están logrando aquellos países, como Inglaterra, que vienen gradualmente sustituyendo los castigos por instituciones preventivas (protección á los niños y adolescentes criminales ó abandonados, patronato á los libertos de la cárcel, etc.), que es como decir: la lucha contra el delito ya producido, contra el efecto, por la lucha contra las causas de donde él mismo trae su origen (1).

---

que, la mayor parte de las veces por no conocerlas y por ahorrarse el trabajo de estudiarlas, suelen abominar tan á menudo: la sociología criminal, la estadística criminal, etc. Véase mi artículo *La educación de la magistratura,* en *La Administración,* tomo II, 1896.

(1) En Inglaterra disminuye de año en año la criminalidad: es un hecho generalmente reconocido, demostrado estadísticamente. Ahora, semejante disminución no es debida á influjos de la pena, puesto que estas no se han aumentado, sino al crecimiento y extensión de los reformatorios y singularmente de las escuelas industriales, á la meritoria y cada vez más extendida obra de las asociaciones de patronato, al cambio en la ejecución de las mismas penas, cada vez con sentido preventivo más acentuado, etc.

P. Dorado.

PALMAROLI Y SU TIEMPO

(Conclusión.)

V

PALMAROLI EN PARÍS.—SU ESTUDIO.—SUS MODELOS.—SUS TERTULIOS.—LO QUE PINTÓ ALLÍ.

Palmaroli en París pasó unos cuantos meses en un estudio del boulevart Rochechouart, estableciéndose después definitivamente en otro de mejores condiciones situado en el piso tercero de la rue de Larochefoucauld, número 64, en el que tuvo por vecinos á Hebutt, el paisajista, y de Knaif el miniaturista.

La moda era entonces de los estudios lujosos, y el de Palmaroli fué lujosísimo, gastando lo que ganaba en muebles, armas y telas antiguas, que, como le gustasen, pagaba más que valían, como había hecho aquí con lo poco que adquirió.

Pronto aquel estudio fué muy conocido y concurrrido y pocas personas de las que le visitaban por las tardes no eran *alguien*. Allí entraban y salían á su antojo, pues no se negaba la puerta á nadie, pero el artista no perdía un minuto ni una pincelada; recibía á los más amigos con una palabra cariñosa y les dejaba hacer á los otros los honores de la casa. Concluída la luz, el artista y sus modelos, era cuando tomaban parte en la conversación, porque éstas se encontraban allí tan á gusto, que raro era el día que no iban dos ó tres á pasar un

rato, y alguna vez á pedir dinero adelantado, pues sabían que si lo había lo tendrían.

Madame Perrete, la petite Alicce, Agathe, la Ronsotte, madame Legouve y su hermana, la grande Bertha y algunas otras, ya como modelos, ya como visitas, frecuentaban aquel estudio. Allí se veían á menudo también actrices como Sarah Bernhardt, á la que Palmaroli retrató en el traje de una tragedia; madame Krauss, cantante de la Opera, y la linda Jeanne Samary, de la Comedia Francesa, que murió de poco más de veinticuatro años de edad, y animaba el estudio con sus carcajadas. No faltaban algunas pintoras, como Rosa Bonheur, Cecilia Savouré, madame Leroy d'Etioles y algunas personalidades femeninas célebres por su belleza, como Amalia Gioia, milanesa, que había figurado en la política del segundo Imperio.

A pesar de tal exuberancia de faldas, nunca resonó en aquel recinto nota discordante; en su odio á lo vulgar y á todo lo que se parecía á *juerga*, flamenca ó no, pero sobre todo flamenca, Palmaroli fué inflexible cuando se trataba de la disciplina de su estudio, y bastaba una mirada suya para que las más alborotadoras entraran en razón.

Ya lo he dicho antes: los chismes y escándalos no los toleraba nunca.

Una modelo había tenido relaciones íntimas con un personaje español, residente entonces en París. Este señor había sido en tiempos protector de Palmaroli y seguía siendo su amigo. Cansado de su *conquista* la había abandonado, y la *víctima*, hecha una furia, llegó al estudio contando su desdicha y amenazando con publicar unas cartas del *seductor*, que enseñaba. Mr. Berttrond, amigo también del personaje en cuestión, se hallaba presente y se callaba con su habitual cachaza. Palmaroli seguía pintando, hasta que, cansado de tanta charla, se volvió á la mujer diciéndole:—¿Cuánto necesitas? —Quinientos francos — contestó ella con descaro. El artista, que aquel día estaba en fondos, se levantó y fué á tomar la

cantidad á un cajón que *rara vez cerraba*, diciendo al entregársela á la moza: — Vengan las cartas. Recogidas éstas, las echó en la chimenea y volvió tranquilamente á su trabajo cuando vió arder la última, sin hablar más del asunto. El interesado murió sin conocer este rasgo de su amigo.

No menos agradable, y mucho más instruída, era la concurrencia masculina que la femenina de aquel famoso estudio.

El verdadero amo de casa que hacía los honores era monsieur Henri Bertoud, el nombrado naturalista y literato, que murió en 1889, á los ochenta y cinco años. Era el que generalmente daba tono á la conversación, interesantísima siempre, pues en su larga vida había tratado á muchos de los políticos, artistas y hombres de ciencia más eminentes, lo que unido á su mucha erudición y buena memoria, que conservaba, le hacían una enciclopedia animada, consultada á cada momento en la casi seguridad de tener una contestación precisa. Durante ocho años seguidos no faltó ninguna tarde al estudio de Palmaroli, si algún achaque de su edad no se lo impidió. Tenía en él su asiento señalado, que todos respetaban.

El Rey consorte, Don Francisco de Asís, iba también alguna vez al estudio de su pensionado en Roma, del que además había sido padrino de boda. El Duque de Fernán Núñez, mientras fué Embajador, no dejaba semana sin pasar por allí algún rato. Don Segismundo Moret dedicaba á la rue Larochefoucauld todos los momentos que le dejaban libres sus negocios en sus viajes á París. Aranda, el músico, era de los íntimos, y para que tocara compró Palmaroli un piano.

Julio Ferry; el General Saussier; Menabrea, embajador de Italia; los Goupil, padre é hijo; Stevens; Georges Onhet; Francisco Coppé y los dos Coquelín, no escaseaban sus visitas.

¿Cómo pensaba y ejecutaba el artista sus cuadros entre aquel barullo?

Este fué el período más fecundo de su producción artística, ya que no el más brillante con respecto al arte. La mayor parte de las veces trabajaba sobre temas dados por el compra-

dor que, más que asuntos, deseaba caras bonitas y muy concluídas. Cuando en un momento bosquejaba una figura ó una composición, las tenía vendidas al día siguiente. ¡Qué manera tan diferente de trabajar de como lo había hecho antes y lo volvió á hacer después! Aquel fué un período de producción forzada, en el que procedía de un modo extraño. Por la mañana citaba á dos ó tres de sus modelos, según el número de figuras que iba á tener el cuadro. Escogía los trajes y telas en sus armarios, hacía que las mujeres se vistiesen, y luego, según el mismo Palmaroli decía, «las soltaba por el estudio», espiando el momento en que formaban un grupo armónico, y entonces, en el instante, bosquejaba con asfalto lo que de allí á pocos días había de ser un cuadro lleno de elegancia, poesía y frescura de color.

En cuanto á los títulos de estas obras eran casi siempre resultado de la colaboración de sus tertulios, que les ponían un nombre cuando estaban ya muy adelantadas ó terminadas. Palmaroli, como he dicho, no se preocupaba en esto. Así se bautizó la hermosa figura de *Blanca de Navarra*, inspirada por la modelo «Agathe», que valió al autor la cruz de la Legión de Honor en el Salón de 1881. Y por cierto que este cuadro no deja de tener su historia. Tenía pensamiento el artista, para descansar de los cuadros de género, de pintar el entierro de Felipe el Hermoso, sirviéndole de modelo la citada Agathe, que tenía una hermosa cabeza de sentimiento para la figura de la Reina Doña Juana, sentada en el suelo. Por este tiempo llegó de Italia, de vuelta de un viaje que había hecho, el discípulo Garrido, de quien ya he hablado, y dijo á Palmaroli que Pradilla estaba pintando en Roma el mismo asunto, lo que motivó que el primero abandonara su idea. Un año después de aquel estudio abandonado, hizo un cuadro que figuró en el Salón con el título de *Ave María*, porque en el fondo se veía un hermoso paño de altar en que estaban escritas dichas palabras. Más adelante, Mr. Berthoud le bautizó con el nombre de *Blanca de Navarra*, que quedó como definitivo.

Otros asuntos los sacaba de conversaciones que oía en el estudio, como por ejemplo: *La carta sorprendida*, que no era sino un episodio de entre bastidores, sucedido en el circo Fernando, y que contó el clown Medrano, que era también de los tertulios del estudio.

Esta misma idea dió lugar á otras dos obras: *El drama nuevo* é *I pagliacci*. La modelo Alice fué la que le sirvió para la figura de la protagonista en estos cuadros, que fué la misma de que se servía muchas veces, habiendo sido por la que hizo la preciosa figura *Le petit Marquis*, pensamiento sugerido porque Alice se puso un traje de niño Luis XV, de los del estudio, para ir al baile de la Opera. Este cuadro llamó mucho la atención, fué muy codiciado, y se lo llevó por fin un marchante americano.

La figura *¿Qué le diré?*, que reprodujo en grabado *La Ilustración Española y Americana* en uno de sus *Almanaques*, no es más que la copia exacta de la modelo Eugenie Vorez, sentada en el pupitre, esperando á que Palmaroli le dicte una carta, pues ya he dicho que el maestro era tan perezoso con la pluma como activo con el pincel; siendo lo raro que escribía muy bien en todos sentidos, tanto redacción como letra, siendo ésta cursiva, como si la ejercitara mucho, cosa que no hacía aun para asuntos de interés.

Los pocos días que pasaba cada verano en Trouville acompañado de su familia, le dieron el asunto de muchas elegantes figuras con fondo de marina. Este es el origen del cuadro que tituló *La confesión*, que poseía D. Ignacio Baüer. Compró en Trouville un sillón de mimbres de los que usan las señoras en las playas, y algún tiempo después, estando ya en Roma, le ocurrió pintar el susodicho cuadro; por cierto uno de los últimos de este género. El título se le dió porque un capellán de Montserrat le dijo que aquel sillón parecía un confesonario.

En los últimos tiempos de su estancia en París, el artista dió muestras una vez más de que nadie se acercaba en vano á pedirle ayuda.

Jeanne Gillet, bailarina de la Opera Cómica, fué una de las víctimas que se quedaron sin recursos cuando el incendio de dicho teatro, y se acercó á Palmaroli solicitando ser modelo. No tenía la pobre muchacha gracia para llevar los trajes modernos de calle, que era lo que á la sazón pintaba el artista; pero no le importó, se trataba de ayudar á una persona que por el momento no tenía recursos, y era menester hacer algo, que fué dedicarse una temporada á hacer asuntos de bailarinas, utilizando los trajes de la joven, que dentro de ellos estaba en su elemento. A esta circunstancia se debieron algunos asuntos de entre bastidores que por entonces pintó.

En París hizo Palmaroli muy pocos retratos; los dos más notables fueron el de Sarah Bernhardt, ya citado, y el de don Segismundo Moret.

Vemos, pues, al artista sacrificando sus gustos y sus aspiraciones más serias á la producción de obras, para dar gusto al comprador y satisfacer los caprichos de la moda. La realidad se le impuso un momento; tenía que vivir, y vivir en grande, como á él le gustaba. Sin embargo, en un alma de verdadero artista como la suya, esto no podía durar, y pensó en una vida más tranquila que le permitiera trabajar de otro modo, retirándose á algún sitio más sosegado de los alrededores de la gran capital.

Esto sucedía en el año de 1882. Comunicando estos pensamientos á su gran amigo el Duque de Fernán Núñez, éste le propuso como mejor, y le ofreció conseguir para él, la Dirección de la Academia de Bellas Artes en Roma.

La antigua pasión por Italia en general y la Ciudad Eterna en particular se despertó en el artista, y aunque con la idea de volver á París dos ó tres años después (cosa que no realizó), se trasladó á Roma.

VI

PALMAROLI EN ROMA. — DIFICULTADES PARA HACER LOS ÚLTIMOS CUADROS PARISIENSES POR FALTA DE MODELOS.—VUELVE Á SU ANTIGUO MODO DE PROCEDER.—SU ENTUSIASMO POR ASSISI.—CUADROS RELIGIOSOS.—OTRAS OBRAS.—RETRATOS.

De París llevó el artista á Roma algunos encargos de cuadritos como los que allí había pintado, y se encontró en gran apuro para encontrar modelos que supieran vestir con elegancia trajes modernos, viéndose obligado á recurrir á personas amigas. De este modo pintó con mil apuros *La leçon de danse*, y con mayor tranquilidad, el cuadro compañero, *La leçon de chant,* lleno de encanto y de poesía, que preludia ya la vía de misticismo en que iba á entrar. Estos son los dos últimos cuadros de comercio que pintó, digámoslo así.

Al nuevo rumbo que tomó Palmaroli, ó mejor dicho, al continuar las tendencias que manifestó al principio de su carrera, contribuyó el medio en que se encontraba, pues si ya no tenía modelos para hacer *bonito*, las hijas del Trastevere le ofrecían cabezas magníficas: gesto noble, estaturas y proporciones imponentes, que llevaban los pliegues del *peplum* como si fuera su traje habitual. Por otra parte, las excursiones que hacía por toda Italia, principalmente por la Toscana, despertó de nuevo su culto á las elegancias de los pintores primitivos.

Todo esto se ve ya muy claro en *La tentación*, cuadro pintado para D. Ignacio Baüer, en el que se ve otra amplitud que en los trabajos de París.

La modelo que le sirvió para este cuadro fué la Checca, de que en adelante se sirvió mucho. Hizo conocimiento con ella

un día que la encontró en la calle, le llamó la atención por su aspecto, y le propuso un jornal de 5 liras diarias por estarse quieta. Propuesto esto por un señor respetable, llenó de júbilo á la muchacha; pero al ir al día siguiente á la Academia quiso escaparse, costándole á Palmaroli muchas penas para convencerla de que los bustos de yeso que hay en la galería no eran cabezas cortadas. Para la figura del hombre sirvió de modelo aquel Ignacio de que hablé y que conté había venido á Madrid. Otra vez Palmaroli volvió á ser su apoyo, pues como le encontró muy pobre, le dió una colocación en el Instituto que dirigía. ¡Cómo no habían de querer todos al artista, si por todas partes donde pasaba demostraba lo hermoso de su corazón!

Palmaroli hacía frecuentes viajes á Assisi, patria de San Francisco. El primero le hizo en Octubre de 1866, el día de la víspera del santo, con Meissonnier, que todos los años iba por esta época. Visitó los monumentos de la ciudad; y particularmente el misterioso templo edificado en honor del santo y la ermita de Santa Clara, le llenaron de entusiasmo. Después no pasó año sin que Palmaroli no fuera dos ó tres veces á Assisi, llevando alguna vez en su compañía á alguno de los pensionados de la Academia, como lo hizo con Ulpiano Checa en 1887. Con tanto calor celebró las bellezas de aquella ciudad entre los individuos de la colonia española, que muchos fueron á visitarla, y se hizo de moda entre los artistas españoles ir á veranear allí.

Los Benlliure, Sorolla y Gallegos, pasaron largas temporadas, y José Benlliure compró una casa cerca del templo de San Francisco, en la que pasaba los veranos.

Poco después de haber dejado á París Palmaroli, casi no pintaba más que Vírgenes y Santos. Esto, unido á su asiduidad en la asistencia á las funciones de Semana Santa en las basílicas romanas, sus frecuentes visitas á los Museos vaticanos y su gran amistad con D. Alejandro Groizard y el Marqués de Pidal, Embajadores que fueron cerca de la Santa Sede,

le dieron una reputación de *beato*, que no mereció nunca por cierto, como ya he indicado. En las ceremonias religiosas de la Ciudad Eterna admiraba, ante todo y sobre todo, la grandiosidad del espectáculo y la buena música que en ellas se ejecuta.

Volvió á su antigua manera de pintar, mucho más despacio, dibujando al carbón el conjunto y los detalles de las figuras antes de pasarlas al lienzo, cambiando éste ó el otro detalle con toda la conciencia y amor que acostumbraba en sus mocedades.

La magnífica sobrepuerta representando alegóricamente las tres nobles artes, que pintó para el Ateneo de Madrid, estuvo en su estudio más de un año, no pasando día que no trabajara algo en ella, haciendo innumerables estudios que, desgraciadamente, han perecido la mayor parte, pues como los hacía en papel vegetal, eran muy deleznables, siendo muy frecuente que él quemara estos y otros estudios.

Era muy característico de su genio poner el empeño mayor en las obras que no le habían de producir recompensa material.

El cuadro de *El martirio de Santa Cristina*, que terminó poco antes de morir, lo había empezado en 1890. Es quizás la obra mejor de Palmaroli, si es que pueden hacerse estas declaraciones.

Otra obra también muy importante es la que tituló *Dedicado á Minerva*, cuadro de costumbres griegas en el que, sirviendo de fondo el lago de Villa Pamphili de Roma en otoño, colocó unas mujeres dedicando un niño á la diosa. Retrató en él á sus mejores modelos: Checca, Herminia, Aurelia y Rosa. Este cuadro está en Chile.

De las imágenes de la Virgen de más mérito que pintó Palmaroli, son *Mater Salvatoris* y *Mater Amabilis:* con esta última quería hacer un regalo á la señora Infanta Doña Isabel, pero la muerte le impidió poder hacerlo personalmente.

Otras obras importantes fueron: *San Francisco de Paula*,

para la capilla del Marqués de Comillas, y *Les pigeons de Saint Marc,* ejecutadas á la vuelta de un viaje á Venecia, cuya influencia se conoce en ellas.

Debe recordarse también una paleta que se encuentra en poder del señor Marqués de Pidal, en la que están pintadas tres hermosas cabezas cantando; en el fondo se ve campiña romana, y por la espontaneidad y frescura parece obra de un maestro italiano de fines del siglo XV.

Una sola vez pintó de prisa, y fué para ejecutar en quince días una composición decorativa representando al Rey Don Alfonso XII sentado en el trono, con una rama de olivo en la mano y un león á sus pies, todo del tamaño natural. Pintó este cuadro para que figurase en el salón del trono de la Embajada de España, en la recepción celebrada por el Sr. Groizard con motivo del primer aniversario del nacimiento del monarca. Se sigue conservando este cuadro en el palacio de la Embajada.

Los principales retratos que hizo en Roma son los de la señorita doña María Groizard y Coronado; el de la señorita doña Angeles Roca de Togores, hoy Marquesa de Pozo Rubio, y el de la Marquesa de Pidal, de cuerpo entero, notabilísimo, que figuró en la Exposición de 1892 en Madrid.

VII

PALMAROLI COMO DIRECTOR DE LA ACADEMIA.—MORENO CARBONERO, EMILIO SALA, CARLOTA ROSALES.—PALMAROLI, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ARTÍSTICA INTERNACIONAL.—SUS CONDICIONES ORATORIAS. — POR QUÉ HIZO EL RETRATO DE DOÑA BLANCA DE BORBÓN Y CONTRAJO AMISTAD CON SU MADRE DOÑA MARGARITA.—VUELVE Á MADRID Y ES NOMBRADO DIRECTOR DEL MUSEO.—SU MUERTE.

Una de las razones de la relativamente escasa producción artística de Palmaroli en Roma, fué el mucho tiempo que dedicó á los asuntos de la Academia.

Pasaba tardes enteras en los estudios de los pensionados, ayudándoles con sus consejos, con su vasta erudición artística y su profundo conocimiento de toda Italia. Sus armarios de trajes, sus telas, sus carteras de fotografías, estaban á disposición de todos ellos. Nunca hizo alarde de autoridad más que en los casos extremos. Casi todos los artistas que pasaron por la Academia quedaron íntimamente unidos á él, y contribuyeron después á crear alrededor de la canosa cabeza del anciano aquella aureola de cariño sin límites y de respeto de que se vió rodeado en Madrid en los últimos días.

Tres principalmente entre los pensionados, fueron el objeto de sus cuidados: José Moreno Carbonero, Emilio Sala y Carlota Rosales.

Al primero le quería como á un hijo, y cuando éste para corresponder á sus atenciones le regaló el boceto de su notabilísimo cuadro *La conversión de San Francisco de Borja,* Palmaroli, abrazándole estrechamente y llorando, le dijo: «Mientras yo viva, esta tela ocupará siempre en mi casa el puesto de honor, y espero que después de mi muerte mi hijo hará lo mismo.»

La escena, á la que asistían además de la familia del artista Barbudo, Senet, Alcázar Tejidor, Hermenegildo Esteban y Rafael Chacón, Secretario de la Academia, produjo tal emoción, que permanecieron todos un rato en silencio.

Cuando supo que Emilio Sala había sido nombrado pensionado de mérito fué tan grande su alegría, que exclamó: «Vamos á tener aquí al mejor pintor de España.» Cuando llegó le trató con verdadera deferencia, pidiéndole pareceres y consejos para sus cuadros, sometiendo su autoridad artística á otra que estimaba superior. Le acompañaba diariamente á visitar monumentos y museos.

Cuando Sala empezó á pintar, bajaba Palmaroli al jardín por las tardes á reunirse con los pensionados, y llegada la hora del trabajo, les decía: «Señores, voy á ver pintar al maestro:» y en efecto, se pasaba tardes enteras en el estudio de Sala, viéndole pintar y sin pronunciar palabra.

Carlota Rosales llegó á Roma á la edad de quince años, con grandes disposiciones artísticas, que ni su corta edad ni sus estudios habían todavía desarrollado. Palmaroli, que había sido su padrino de pila, le hizo trabajar en su mismo estudio, ocupándose sin descanso en desarrollar las cualidades de la hija de su difunto compañero y amigo del alma, Eduardo.

A los dos años aquella niña era una artista, y dió muestras de su talento con una hermosa cabeza de mujer que presentó en la Exposición de Madrid, que fué muy celebrada, aunque no faltó quien sospechara que el maestro le había ayudado más que con sus consejos, á lo que Palmaroli contestaba haciendo una caricia á Carlota: «Sigue pintando así, hijita, y que rabien los que no pueden hacerlo tan bien como tú.»

El local de la Academia era un convento antiguo mal restaurado, que no revelaba en sus detalles el fin artístico á que se hallaba destinado, presentando además otros muchos defectos que lo hacían casi inhabitable. Palmaroli no descansó un momento, poniendo en juego todas sus influencias para conseguir dinero con objeto de mejorar el local y adquirir vaciados

de las principales obras de los Museos de Italia. No consiguió gran cosa, y para poder dar á la Academia aspecto decoroso, gastó de su bolsillo más de 10.000 pesetas, que nunca le fueron reembolsadas. Este detalle puede comprobarse por las cuentas que se conservan en el Ministerio de Estado, sección de Contabilidad y Obrapía.

Tampoco se habían hecho exposiciones periódicas de las obras de los pensionados desde la Exposición celebrada cuando se inauguró la Academia. Como en la Academia de Francia se verificaba anualmente, Palmaroli, desde su primer año de dirección, celebró una Exposición que tuvo gran éxito, y más adelante otras dos, consiguiendo en la última hacer ejecutar á gran orquesta las obras de los pensionados de música; ejemplo que después siguió la Academia de Francia.

Palmaroli consiguió que todas las personas que en Roma se ocupaban directa ó indirectamente en asuntos de arte, conociesen las obras notables que en la Academia de España se ejecutaban. Antes se terminaban y embalaban con destino á España sin ser vistas más que por los amigos íntimos de sus autores.

Palmaroli, á su regreso á la patria, siguió ocupándose con interés y amor por la institución que tanto tiempo había dirigido, y trabajó mucho en el Ministerio de Estado y en la Academia de San Fernando para sacarla del abatimiento en que había caído.

Ya no era Palmaroli el hombre de sociedad de Madrid y París; la edad y la influencia de la vida alejada del centro de Roma modificaron por completo sus gustos, y la mayor parte de los días se contentaba con ir á conversar con los frailes, sus vecinos, en la plaza de San Pietro in Montorio, desde la que se domina toda la ciudad, ó con pasearse por la vecina y poética Villa Pamphili, cuyos hermosos puntos de vista tomó muchas veces para servir de fondo á sus Vírgenes.

Sin embargo, los muchos años que había pasado en Roma en su juventud y su posición oficial, le habían proporcionado amistades y relaciones que no dejó de cultivar.

Su nombre como artista, su afabilidad y conocimiento del mundo y el venerable aspecto de su cabeza de anciano inteligente y bondadoso, le habían hecho muy popular y querido, tanto de las clases elevadas como del pueblo. Los individuos de la numerosa colonia artística de todas las naciones, recibían con gran placer y respeto la visita á sus estudios.

En 1889 fué nombrado Presidente, por unanimidad, de la Asociación Artística Internacional, centro artístico el más importante de Roma. Durante su presidencia pudo satisfacer muchas veces el gusto que tenía de hablar en público, para lo que, á su gran conocimiento del idioma italiano, reunía una gran facilidad natural de palabra, á pesar de no haberla desarrollado con la práctica. Ya dije que de joven era muy hablador y muy entusiasta; si el discurso de entrada en la Academia de San Fernando hubiera sido hablado y no escrito, es seguro que no hubiera tardado lo que tardó en tomar posesión del cargo.

Sostenía sus argumentos con una fe que le hizo conseguir algunos éxitos en las asambleas, á veces tempestuosas, de la Asociación. El discurso que pronunció en el banquete ofrecido á los premiados en la Exposición Universal de 1889, fué muy notable, y le reprodujeron íntegro muchos periódicos. Inútil es decir que improvisaba sin hacer apuntes previos; si hubiera tenido que escribir no hubiera hablado. Todo lo más, si el caso lo requería, hacía su composición mental, de la que con el entusiasmo se olvidaba luego. Abandonó el cargo en 1891, porque habiendo cogido una bronquitis que puso en peligro su vida, su salud no le permitió en adelante salir de casa por las noches.

Para concluir voy á contar una anécdota que él mismo me refirió el año antes de su muerte, en ocasión, que me llena de orgullo, en que vino expresamente á visitarme desde Elorrio á Vitoria.

En el verano del año 1855, Palmaroli fué á veranear á Viareggio, puerto de mar muy concurrido por la sociedad floren-

tina. Está este puerto á veinte minutos de Pisa, y por poder visitar con frecuencia el célebre Camposanto que era uno de los monumentos que admiraba el artista, escogió aquel año tal estación. En los alrededores de aquel punto tenía Doña Margarita de Borbón, difunta esposa del pretendiente Don Carlos, una hermosa posesión en la que pasaba gran parte del año con sus hijos. Al día siguiente de la llegada del pintor á Viareggio, se celebraba una *kermesse* de beneficencia en el Casino, á la que Palmaroli asistió.

Era el Presidente y organizador de la fiesta D. Clemente Torlonia, casado más tarde con una nieta de la difunta Duquesa de Santoña, y más conocido en Madrid por su título de Príncipe de Civitella-Cesi. Al ver este señor entrar á Palmaroli, con quien le unían relaciones de amistad, se apresuró á pedirle alguna obra suya para rifar en beneficio de los pobres. ¡Poco necesitaba el artista siempre para dar sin que le pidiesen! A los pocos momentos se ponía un anuncio diciendo que como premio á una tómbola, Palmaroli se comprometía á hacer un retrato de señora. Los billetes para este premio se pusieron á precio bastante elevado. Al poco rato se presentó Don Carlos con toda su familia en el Casino. Acababa de llegar de Venecia á pasar una corta temporada con su familia. Visto el anuncio, adquirió en el acto todos los billetes que quedaban sin vender, que eran más de las dos terceras partes, y como era natural, si en la suerte hay naturalidades, fué el agraciado.

Dió el Duque de Madrid muestra de delicadeza no pidiendo conocer al artista, conociendo su posición oficial, y por medio de tercera persona le hizo saber que deseaba fuese su hija Blanca la retratada, acompañando la expresión de su deseo con frases muy lisonjeras para el artista.

Para Palmaroli era un compromiso que podía traerle complicaciones cumplir su palabra; pero sin embargo, se decidió por no faltar á ella, conviniendo en que las sesiones se celebrarían en casa de D. Estanislao Sevilla, persona muy adicta

á la familia de Don Carlos, que hace años residía en Roma y á quien Palmaroli conocía. Don Carlos salió para Venecia la misma noche, de modo que no tuvo ocasión de conocer al artista; pero Doña Margarita, que nunca dejaba á sus hijos un momento, asistió á las sesiones, y en muy pocos días se estableció gran amistad entre Doña Margarita y el pintor, hasta el punto de acompañarla diariamente á la playa. No podían estos hechos dejar de llegar á oídos de nuestro Embajador don Alejandro Groizard, que hizo amigables reproches al poco diplomático artista, á lo que éste contestó: «Don Alejandro, olvidé por completo que era la mujer del Pretendiente: es una señora muy lista, atenta, instruída y agradable; además admirable madre de familia; por todo lo cual merecía y merece el respeto y la simpatía que le he demostrado.»

Terminada la misión de Director de la Academia de Roma volvió Palmaroli á Madrid en 1894, y poco tiempo después fué nombrado Director del Museo del Prado, cargo que pocos hubieran desempeñado como él, pero en el que no tuvo lugar de emprender nada sucio, porque la muerte le sorprendió.

Se instaló en el estudio de la calle de Carranza, núm. 13, que había ocupado por muchos años, hasta su fallecimiento, Germán Hernández. Palmaroli tenía allí el dulce recuerdo de su padre, cuyo nicho, en el cementerio de San Luis, veía desde su ventana. Más de una vez lamentaba que la higiene moderna impidiese que sus restos descansaran algún día próximos á los de ser tan querido, y era gran pena oírselo decir, porque los que conocimos al buen D. Cayetano, veíamos ya en su hijo los mismos síntomas de hemiplegía que acabaron con él.

Próximamente á los dos años de su nueva estancia en la corte falleció Vicente Palmaroli, el día 25 de Enero de 1896.

En este último período no produjo más que retratos, con toda la lozanía de sus mejores tiempos, como lo atestiguan el de la Marquesa de Santa Cruz, el de la Duquesa de San Carlos y su última obra, que fué el de cuerpo entero de Alfonso XIII, admirable por la elegancia y la armonía de color.

El largo tiempo que Palmnroli estuvo ausente de la patria, y su falta en las Exposiciones, han hecho que muera relativamente olvidado. Durante su ausencia el progreso ha sido grande, los artistas se han multiplicado, la prensa ha trabajado en el elogio de sus méritos y sus glorias, y con el público es quizás con quien más reza el refrán «á muertos y á idos no hay amigos». Así es que, en la solemnidad de su entierro, influyó más la amistad de sus íntimos y su posición oficial que otra cosa.

La prensa no dió más importancia al suceso que la que da tratándose de personas que valen mucho menos. La exposición y venta de los bocetos, y alguna obra que tenía en el estudio, produjo poco. No creo que nadie se haya acordado de que su busto figure en el Museo, en el cementerio ó en cualquier parte. Lo que sí ruego á Dios, es que á nadie se le ocurra la estúpida idea de dar nombre á alguna calle.

No sé si adelantamos ó atrasamos en la afición á las Bellas Artes; pero lo que veo es que los que hacíamos «el Arte en España», de los que desgraciadamente son contadísimos los que quedan además del que esto escribe, que era el más insignificante, pero ostenta este título con más gozo que una gran cruz, teníamos otro entusiasmo, y cuando murió el pobre Víctor Manzano hicimos dentro de la Exposición Nacional una exposición particular de las obras del artista en la que figuró su retrato enlutado; publicamos su elogio y su retrato magníficamente grabado al aguafuerte por Suárez Llanos. Después no se ha hecho cosa parecida, ni con Rosales.

Manzano merecía aquel recuerdo, que honrándole honraba al Arte á los ojos del público; pero no era más que un joven de veintisiete años, que no había dado todos los frutos que indudablemente hubiera podido dar.

Con Palmaroli, que es una gloria, no se ha hecho nada, ni probablemente se hará; el vulgo está demasiado preocupado con glorias que nacen todos los días, y nos hacen decir, con esta fanfarronada característica, que nuestros pintores son los mejores del mundo.

Es verdad que la habilidad técnica aquí y en todas partes es prodigiosa, aunque no en todo; pero por otra parte, y muy especialmente entre nosotros, la vulgaridad y falta de elevación, tanto en la ejecución como en la idea, dominan de una manera lamentable.

Si todo el que se pone á pintar fuera un gran pintor, la pintura sería cosa de poca monta, y tal lo hace creer el vocerío y exageraciones del momento, producidos por la lucha por la existencia; pero cuando los tiempos pasen, la niebla se disipe y nuestra época sea juzgada con un criterio artístico elevado, serán muy pocos los que queden en primera línea, y entonces Palmaroli no formará entre los últimos de éstos; porque, lo repito por última vez, como elegancia, como poesía y como sentimiento místico, aquí y fuera de aquí, muy pocos habrá que le igualen.

Su ejecución, con estar al lado de los primeros, es nada al lado de tales condiciones.

Si él no merece este recuerdo no lo merece nadie.

CEFERINO ARAUJO Y SÁNCHEZ.

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE EL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA

Deseando conocer el juicio que había merecido á los pacientes lectores la primera parte de este estudio (1), parecióme deducir de entre la vaguedad y galantería de los diversos pareces, algo que en castellano significa: *Su trabajo de usted es ingenioso, pero no convence.*

Paladinamente declaro que, á primera vista, me dolió ese juicio—entiéndase bien que no digo me ofendió, sino me dolió—pero juzgando después desapasionadamente, vine á consolarme y á deducir una impresión más grata de la que mi trabajo había producido á los lectores. Ya que si nadie puede poner en sus obras lo que no tiene y menos aún lo que sistemáticamente rechaza, mi estudio no podía tener el ingenio de que carezco, ni la ingeniosidad que estimo indigna de toda labor histórica.

Acaso los lectores poco favorables á la hipótesis que dejé planteada en la primera parte de estas *Observaciones*, pero reconociendo, sin embargo, en ellas algo que no era del todo gratuito ni descabellado, han preferido tener por ingenioso lo que aún no se atrevían á calificar de verosímil.

(1) Publicada en La España Moderna, t. 101, Mayo, 1897.

Y á mí—tal vez con sobrado optimismo—me parece que lo que se ha tenido por ingenioso es lo que hay de verosímil en mi estudio.

Sea de esto lo que quiera, así en abono de mi sinceridad y conciencia en estos ensayos históricos, como para mejor inteligencia de estas *Observaciones*, cúmpleme declarar que, tanto las que llevo apuntadas como las que me propongo exponer, no son en modo alguno fruto de un apriorismo arbitrario servido por una habilidosa ingeniosidad.

Semejantes procedimientos son tan incompatibles con el desinterés, con la sinceridad y el entusiasmo que pongo en este género de estudios, que creo que nadie me hará la ofensa de atribuírmelos.

Antes al contrario, mis creencias son de todo en todo opuestas al priorismo y á la ingeniosidad en los trabajos de esta especie.

Y como por una parte necesito contestar á los que me dicen que la Historia pide *documentos* y no hipótesis; y por otra debo exponer mis teorías sobre los procedimientos históricos, ó á lo menos, sobre el método que yo empleo, por creerlo naturalmente el más eficaz, espero que al exponer mis teorías contestaré implícitamente al indicado cargo.

Además, y en vista de que la mayoría de los lectores, unos por no hallarse tal vez suficientemente iniciados en las vicisitudes de la crítica cervantista, ni en su tendencia más característica y distintiva, cual es el decidido empeño (uno en el fondo, aunque vario en los procedimientos) de interpretar el sentido y alusiones del *Quijote*; otros, acaso por tener, de puro sabido, olvidado todo esto, ya que de lo más reñido de la campaña crítica sobre la significación del *Quijote* nos separan largos años; otros, quizá por no haber dedicado especial estudio ni profunda atención al espíritu y caracteres dominantes en la literatura de nuestros siglos de oro; y la mayoría, en fin, porque además de tener á Cervantes por el tipo acabado de la más transparente ingenuidad y campechana franqueza, tipo

del todo ajeno y exento, no ya de la reticencia, del sarcasmo y del disimulo, pero ni aun de la intencionada ironía propia de su condición de satírico, ni quieren suponerle capaz de rebozar sus propósitos satíricos, ni quieren admitir, á trueque de perder todas sus ilusiones por nuestros clásicos, que ni en las obras de Cervantes ni en las de sus contemporáneos haya otro sentido que el que reza la letra, ni más intenciones que las que flotan en la brillante y sosegada superficie.

En vista de esa generosa repugnancia de los lectores á saborear en nuestras letras clásicas algo que justamente rechaza el paladar moderno, si bien no es tan nocivo ni rechazable como pudieran suponer los enemigos de lo pasado—que acaso lo son por no conocerlo bien, ya que el desconocer suele ser causa del odiar—hállome obligada á decir algo de lo que creo acerca del espíritu y tendencias dominantes de aquella literatura, pues á trueque de que este artículo no sea sino un paréntesis explicatorio enmedio de mi estudio, comprendo la necesidad de exponer ante todo las causas de que yo extraigo como naturales consecuencias mis observaciones, y juzgo asimismo imprescindible el contestar, primero: á los que me piden documentos prohibiéndome establecer hipótesis para obtenerlos, á los que prefieren la letra al espíritu, la prueba material á la especulación del entendimiento y el inventario de protocolos á la Historia; después, á los que suponen que pretendo leer entre renglones en las obras de Cervantes y de sus contemporáneos, así como á los que alegan que trato de descubrir lo que tres siglos han ignorado, no teniendo presente que esos tres siglos han presentido, buscado y señalado lo mismo que yo busco y señalo; y que no yo, sino un ilustre crítico de este siglo ha percibido claramente, habiéndole seguido en sus creencias los más insignes escritores contemporáneos, contestando, finalmente, á los que sostienen que nuestra literatura clásica no tenía más intención ni otro sentido que el que al exterior manifestaba.

Pero aun exponiendo como mejor pudiese todo esto, no

perderé de vista, sin embargo, el capital propósito de este estudio, alegando en mi favor las opiniones de los más eximios críticos, desenterrando algunas noticias tan curiosas como importantes á mis fines y extrayendo de todo ello argumentos que á mi parecer bastarían á demostrar racionalmente *à priori* lo que *à posteriori* me propongo apoyar con no escaso número de pruebas y documentos que no tengo por desatendibles.

Exigir el *documento* y anular la *inducción* y la *hipótesis*, es, respecto á los procedimientos históricos, lo que respecto á los militares sería exigir el triunfo prohibiendo el combate.

Si en toda ciencia experimental la inducción es el puente, el camino, el medio para llegar á la verdad, y la hipótesis, fruto de la inducción, es como verdad provisional que marca las dimensiones y dibuja los contornos de la verdad definitiva, ¿puede la Historia—ciencia experimental por excelencia—rechazar sistemáticamente el método inductivo y cerrar los caminos á la hipótesis?

Si la Historia ha de ser ciencia de razón y de experiencia, donde la atenta observación de lo pasado supla á la contemplación real respecto á tiempos que no pudimos vivir; si el atómico análisis de los hombres y de los hechos de una época ha de revelarnos las grandes leyes que rigieron en ella, y mediante el conocimiento de tales leyes y condiciones salientes podemos ordenar los hechos en grandes síntesis y volver desde las síntesis á los hechos, conocida ya la ley que los ataba y el proceso que siguieron, ¿por qué cuando esto alcanzamos á conocer de una época, no nos será dado pasar aisladamente de la ley al hecho, del conjunto al detalle, de la colectividad á la individualidad, y realizando un acto naturalísimo del juicio deducir de lo general y dominante lo particular y concreto? Por ejemplo: si en noventa y nueve casos las comedias del siglo XVII que aluden á un hecho culminante de aquel tiempo son contemporáneas, más aún, son coincidentes con tal hecho, ¿qué razón habrá para negar que una comedia más siguiera la ley de sus coetáneas?

¿No puede el arqueólogo reconstruir por un pequeño fragmento el ánfora entera? Claro está que por la calidad de la arcilla de que estaba formada, por la pintura que la cubría, conocerá la época y la región de donde procedía; y conociendo los motivos decorativos de aquella cerámica, por el pie y la veste flotante de una diosa, por el brazo y la lanza de un héroe, puede reconstruir el asunto de su decoración, viniendo por todas estas señales á deducir su época, y de la época y del estilo la forma, con lo que sin temor á equivocarse vendrá á reconstruir el ánfora entera.

Y lo que digo de un ánfora, decirlo puedo de un edificio y de un pueblo, de sus costumbres y de su vida.

Y si esto hace la arqueología con la materia muerta, al parecer, de lo pasado, con los despojos de las cosas, ¿por qué no ha de hacerlo la Historia con la materia viva, con los restos del pensamiento?

¿Por qué ha de prohibirse al historiador lo que se admira en el arqueólogo? ¿Por qué vedar al restaurador de hombres lo que se permite al restaurador de cacharros?

Se me dirá que el arqueólogo de cosas puede equivocarse, y que el arqueólogo de ideas estará más expuesto aún á error cuanto más sutil, movediza y varia es la materia de su estudio: y convendré en ello.

Pero para juzgar de sus aciertos está la crítica, que en justicia debe ser más tolerante para quien trabaje en empresas más arduas. Pero de aprobar ó reprobar un trabajo individual, á prohibir ó dar por inútil toda una especie de trabajos, hay gran distancia.

Resumiendo mi teoría, diré que, á mi juicio, el historiador literario es el arqueólogo de las ideas, y, por lo tanto, científicamente ha de permitírsele emplear iguales procedimientos de inducción que los empleados por el arqueólogo de objetos materiales.

No hay que decir que la labor del primero supera á la del segundo en dificultad y en grandeza, cuanto las ideas superan

á los objetos, aunque estos objetos fuesen producto de la inspiración; porque nadie me negará que la idea está más viva y más incoercible en las letras que en las otras manifestaciones del arte.

Creo, pues, que el historiador literario es el arqueólogo de las ideas, y que en su gran labor de reconstrucción ha de valerse de dos especies de documentos, que yo llamo: 1.° *documentos legales*, que son, claro está, los testimonios fehacientes, tales como escrituras públicas, actas notariales, registros ó partidas de nacimiento, defunción, etc.; escritos autógrafos comprobados, etc.; y 2.°, *documentos literarios*, que son el testimonio de los contemporáneos, el precedente de tal ó cual procedimiento seguido en otra obra suya por el mismo autor; la referencia clara, la alusión ó coincidencia evidente, la identidad de factura de una obra dudosa con otra reconocida, teniendo presentes los giros personales del estilo, las ideas y tendencias propias del escritor, las diversas maneras por él adoptadas en el desarrollo de su arte, sin olvidar las circunstancias accidentales que hayan podido modificarlas.

Téngase presente que otras dos clases de documentos análogos se emplean en la reconstrucción de la historia del arte: 1.° *documentos legales*, y 2.°, *documentos técnicos*.

Evidente es, que mediante un acta de fundación puede comprobarse la fecha de origen de un monumento, pero no lo es menos que el verdadero arqueólogo puede leer esa fecha en cualquier piedra del edificio.

Y lo que digo de la fecha, puedo decirlo del autor. Claro está que el *documento legal*, la firma auténtica del arquitecto al pie del contrato en que se obligaba á construir una obra acredita fehacientemente que tal arquitecto debió dirigirla; pero para el conocedor de aquel arte, los rasgos del estilo del maestro dirán su nombre más clara y á veces más fehacientemente que su firma. Porque pudo el maestro obligarse á ejecutar la obra, pero pudo morir antes de empezarla (sin que de su muerte quedase documento alguno), y ser, por lo tanto, la

obra producto de otro maestro, en cuyo estilo puede leer su nombre el inteligente, conociendo por medio del documento técnico lo que no constaba por medio del legal.

Luego el *documento técnico* en arqueología vale, por lo menos, tanto como el *legal*. Y otro tanto sucede en literatura respecto al *documento literario*.

Los elementos constitutivos de la obra estética hablan al historiador del arte — y entre las artes está naturalmente la literatura—con mayor elocuencia que todos los testimonios legales. La basa, el capitel, el fragmento de piedra cualquiera, cuenta al arqueólogo su edad, su procedencia, su estilo y hasta la mano que lo esculpió y la cantera de donde le arrancaron; le habla del apogeo ó de la decadencia de que formó parte expresiva y viviente; le cuenta los triunfos, las esperanzas ó las caídas del hombre que le dió forma artística, y por el roto fragmento reconstruye el pensador el edificio, la ciudad, el pueblo, la época y la civilización á que perteneció.

Y si todo eso dice la piedra, ¿qué no dirá, á través del tiempo, el pensamiento, la sugestiva palabra humana, empapada del ambiente en que vivió y del espíritu que la produjo?

La palabra, como la piedra, revela desde luego, por su estilo, la época y el arte á que perteneció; por su calidad, la cantera de donde la cortaron —que claro es que hay palabras, como piedras, de todas calidades, desde la berroqueña hasta el alabastro, el ónice, la malaquita y el ágata;—pero además, la palabra contienealgo inmaterial é incoercible que no contiene la piedra, algo que no es estilo ni calidad, sino temperamento, impresión, vibración y calor del alma que la produjo.

Al hablar de la inducción y de la hipótesis, téngase presente que no hablo del apriorismo gratuíto, ni del empirismo incompleto; hablo de la hipótesis, hija de la razón y de la experiencia y precedida del minucioso análisis de los hechos; hablo de la hermosa síntesis que se forma en el entendimiento cuando después de haber pulverizado la realidad para sor-

prender sus leyes y arrancarle sus secretos, dueña ya la razón de los unos y de los otros, vuelve á constituir de nuevo la realidad, si no tal como fué, tan semejante á sí misma, que si no es la propia verdad se acerca á ella, está en camino de serlo ó es, por lo menos, la más verosímil copia de la verdad que le es dado alcanzar al entendimiento humano.

La hipótesis no es ciertamente la *verdad demostrada;* pero sin la hipótesis raras veces se llegaría, no digo á demostrar, pero ni á descubrir la verdad.

El empirismo nada puede por sí sólo, ni en la constitución de la Ciencia ni en la reconstrucción de la Historia.

La experiencia y la observación nos dan los hechos dispersos, la verdad fragmentaria, rota, descuartizada, como el cuerpo sobre la losa clínica; la razón es la que ata, la que une, la que reconstituye todo el organismo que despedazó el análisis. Y la razón se sirve de la *hipótesis* para reconstruir la verdad, como el arquitecto del andamio para reedificar el edificio.

Mejor aún: puesto que puede afirmarse que si la hipótesis de los antiguos constituída *á priori* era como los rudos figurines de la escultura primitiva, la moderna hipótesis científica es la escultura de Miguel Angel, realizada después de largos estudios anatómicos; es la síntesis precedida del análisis.

Y si la hipótesis «es en la ciencia moderna condición ineludible de todo progreso», según expresión de nuestro sabio Echegaray, ¿cómo no admitirla en la Historia?

Se me dice que esta ciencia no ha menester de inducciones, sino de documentos, y yo pregunto: ¿y cómo se alcanzan los documentos—que no pueden ni deben esperarse de la feliz casualidad—sino mediante la inducción?

Mediante ella he conseguido cuantos logré hasta ahora: de modo que el éxito, premiando mis esfuerzos, ha sancionado mis teorías. Luego, abandonar mis procedimientos sería mostrarme ingrata con el éxito é inconsecuente con mis doctrinas, justamente cuando mejores frutos me han alcanzado.

Cierto que con documentos se construye la verdadera His-

toria; pero si sólo con ellos se constituyese, el último escribano de protocolos, ó el más ignorante amanuense de notaría que mayor número de *instrumentos* legales amontonase, pudiera apostárselas con Herodoto ó con Taine.

Y sin embargo, ¿quién se atreverá á comparar un pobre y seco inventario de *testimonios públicos*, con la más noble, alta y filosófica de las humanas especulaciones?

¿En qué documentos se apoya el astrónomo cuya inducción científica adivina la hora y el momento fijo del paso de un astro desconocido todavía, ni qué momento de más sublime satisfacción para el sabio, que aquel en que el astro, como obediente á la evocación del entendimiento, aparece solemnemente en el cielo?

Concedido, se me dirá; pero la induccion del astrónomo es hija del saber y del cálculo, y se funda en experiencias anteriores.

Pues hija del saber y del cálculo, que en este caso será la lógica casi tan inflexible como las matemáticas, y fundada en experiencias anteriores, ha de ser justamente la del historiador, que no difiere de la del astrónomo sino en que ésta se dirige á adivinar lo que ha de suceder y la otra á adivinar lo que sucedió, apoyándose ambas en hechos anteriores y completando la verdad pasada ó la futura mediante el doble esfuerzo de la razón y de la experiencia.

Si para reconstruir lo pasado no se necesitase todo esto, la Historia no sería ciencia, sino un inconsciente amontonamiento de docuentos, para cuya compilación bastaría la constancia de cualquier lego coleccionista.

La Historia es, pues, ciencia, porque en ella pone, por lo menos, tanto el entendimiento como la experiencia, que es la memoria del mundo.

Pero aún hay más: cuando la Historia tiene por objeto el arte, no le basta con ser obra científica de un sabio indiferente, necesita ser labor delicada de artista; porque sólo quien sienta la belleza, tendrá conciencia del verdadero mérito es-

tético; sólo quien alcance sus soberanas adivinaciones, alcanzará á penetrar sus misterios, y sólo quien fuese dueño de sus secretos acertará á valorar el verdadero mérito de sus procedimientos.

Así, para juzgar una obra de arte se necesita tanto de la experiencia y de la razón como del sentimiento ilegislable que, mediante percepciones que jamás podrán definirse ni reducirse á preceptos ni á recetas, adivina lo que la razón no sospecha y lo que no sabe la experiencia.

Para juzgar una obra de arte, se necesita conocer en todas sus significaciones y magnitudes la época en que se dió, y conocer toda la fisiología y la psicología, toda la vida y todo el temperamento del hombre que la produjo.

De tales fundamentos ha de originarse la inducción y de tales elementos ha de formarse la hipótesis, para que merezca entrar, siquiera á título de *verdad provisional*, en las altas regiones de la Historia.

Pero habiéndose alargado más de lo justo esta digresión, cúmpleme hacer constar que, si muy á pesar mío me he detenido en ella, razones de modestia y sinceridad, juntamente, hánme obligado á dar esas explicaciones y las que á continuación expongo.

Ya que á un tiempo se me ha acusado de *ingeniosidad*, esfuerzo tan desmedido para mi inteligencia como poco digno de mi conciencia histórica, acusándome al propio tiempo de haber leído entre renglones en las obras de nuestros clásicos y de haber pretendido descubrir en ellas lo que durante tres siglos ha desconocido la crítica.

Nada tan difícil y ocasionado á error como el entablar la propia defensa: así, respecto á la nota de ingeniosidad en que he incurrido para mis censores, nada añadiré á lo dicho en mi descargo, si no es el hecho que fácilmente se evidencia con toda la bibliografía de los comentaristas de Cervantes, de que nada hay más fácil que contaminarse de los resabios de los escritores y de las épocas que con más frecuencia se estudian y

analizan; así, cuantos han estudiado el *Quijote* y sus emblemáticos versos y alusiones, han dado después en la manía de comentarlo ingeniosamente y de explicar por medio de anagramas, más ó menos acertados ó gratuitos, los nombres de los personajes de Cervantes ó de los que les sirvieron de modelo; que, como dijo Tirso,

> El que en azogues trata
> Si no la vida la salud maltrata,
> Pues tal vez le sucede
> Que con temblores del azogue quede (1);

y ahí están los escritos de los Sres. Barrera, Castro, Benjumea, Hartzenbusch, etc., llenos de procedimientos ingeniosos y de caprichosas combinaciones anagramáticas, que no me dejarán mentir. Todos cuyos eruditos, exceptuando parte de los trabajos de Barrera y un admirable estudio de Hartzenbusch (2), incurrieron, á mi parecer, mucho más gravemente que yo en el pecado que se me imputa, tanto más cuanto que no me fundo en meras coincidencias de alusiones,—aunque éstas son demasiado significativas y numerosas para ser tenidas por casuales, como en adelante se verá—sino en algo, á mi juicio, mucho más sólido y que oportunamente iré exponiendo.

Respecto á lo de leer entre renglones, debo decir que no soy yo quien así lee, sino nuestros clásicos quienes así escribieron; y antes de pasar adelante, quiero evidenciarlo con breve pintura de la época y con declaraciones de testigos de mayor excepción.

La lucha, la actividad, la guerra de la espada ó de la pluma, era la tendencia dominante en aquella sociedad de soldados, teólogos y poetas.

---

(1) Tirso de Molina: *Amar por señas.*

(2) *Cervantes y Lope, en 1604;* artículo publicado en la *Revista Española.*

Las conquistas en los campos de Italia ó Flandes, en África ó en América; los descubrimientos en países fabulosos llenos de tesoros y maravillas; las controversias y conclusiones en las Universidades y conventos, y las batallas de ingenios, los vejámenes y las sátiras en las academias, tal era la existencia en aquellos siglos.

El trabajo, el bienestar, la paz tranquila de la moderna vida, laboriosa y burguesa; la cómoda holgura, las tiernas efusiones de la vida de familia, engendradoras de ese vago sentimentalismo que se exhala del espíritu y de la literatura modernas, eran cosas casi del todo desconocidas en aquellos tiempos de misticismo ó de guerra, de teología ó de sátira.

La mitad de las gentes vivía en los monasterios, cerca de la otra mitad en los campos de batalla; del resto había que descontar los millares de aventureros que emigraban á América, la nube de parásitos que envolvía los palacios y el gran número de pícaros, de arbitristas y caballeros de industria que pululaban por el reino, todos los cuales eran, en suma, vividores ó mendigos, y los que restaban en el hogar austero y desnudo de todas las comodidades modernas, tenían el ideal puesto en la guerra, en la corte, en el misticismo ó en la poesía, en cualquier punto menos en la hora presente, en la baja tierra, en la vida material y laboriosa.

Así, entonces nada era sencillamente tierno ni suavemente humano; todo lo que no era heroico ó místico, era brutalmente naturalista ó cruelmente satírico.

Y el instinto de lucha y controversia intelectual que estaba tan en nuestro espíritu y en nuestra sangre, hallaba grandes medios de acción en aquellas famosas disputas y conclusiones de las escuelas salmantina y complutense, donde se formaban, como los atletas en la lucha, aquellos robustos gladiadores de la idea, aquellos teólogos y ergotistas de cerebro incansable y de pulmones de bronce, cuyas formidables contiendas tuvieron el privilegio de atraer en torno suyo, y aun el de apasionar, á toda aquella nuestra sociedad de teólogos que gozaba en los

autos sacramentales. Y aquella creciente emulación en las luchas de la elocuencia engendraba á cada paso el antagonismo y producía el choque material, del que saltaban, como encendidas centellas, chispas de sátiras que azotaban el rostro y avivaban el ardor de los combatientes (1).

De aquellas reñidas luchas, de aquellos esfuerzos de abstracción, se engendraba el *conceptismo,* que aquellos mismos teólogos, literatos en su mayoría, derramaban en las páginas vivas de la novela, en las sonantes aguas de la poesía ó en el ancho río de la dramática, adulterando con gérmenes de decadencia un arte que nacía con tan poderosos bríos románticos.

Pero aquel prodigioso desarrollo intelectual hallaba por

---

(1) Encareciendo la importancia y popularidad que alcanzaron y el apasionamiento que despertaron las controversias teológicas, escribe el sabio agustino Fr. Francisco Blanco García que, «á impulsos de esa misma agitación universal, brotaban de las prensas abrumadores infolios y folletos de sátira venenosa.....» (*)

Recuérdense—para no citar todas las controversias y á todos los controversistas de aquel tiempo—las ruidosísimas contiendas empeñadas entre Fr. Luis de León y sus émulos, á propósito de la *gracia y del libre albedrío*.

Uno de los contrincantes de Fr. Luis en las oposiciones á una cátedra, Fr. Domingo de Guzmán—de quien se cree que era el hijo del poeta Garcilaso de la Vega, conocido en el siglo con el nombre de D. Francisco Guzmán de la Vega—glosó con dañada intención y en peores versos las quintillas que, al salir de su prisión, escribió el autor de *Los nombres de Cristo:*

Aquí la envidia y mentira..... etc.

La cuarta copla de cuya *glosa* fué, por cierto, copiada por Cervantes en sus versos de *Urganda la Desconocida*.

Decía la *glosa* de Fr. Domingo:

«—¿Qué don Álvaro de Luna,
Qué Aníbal cartaginés,

(*) *Segundo proceso instruído por la Inquisición de Valladolid contra Fr. Luis de León*, con prólogo y notas del P. Francisco Blanco García, agustino, profesor del Colegio de Estudios superiores de El Escorial.—Madrid, 1896.

donde quiera fuerzas que le comprimían y barreras que le atajaban en los dos grandes poderes, espiritual y temporal, que regían aquellas sociedades.

Y enfrente de esa doble represión, hallaban, en cambio, las ideas al arte libérrimo y archinaturalista y pagano del Renacimiento, que les brindaba á encarnarse en todos los mitos y á disfrazarse con todas las galas de la alegoría y de la ficción poética.

Mientras la mística ofrecía al arte los cielos abiertos, el Renacimiento le brindaba con todas las seducciones de la forma clásica, y el arte, arrebatado de misticismo y enamorado de la belleza externa, tomaba al cristianismo su espíritu y al gentilismo sus formas, para lograr en sus creaciones su doble aspiración estética y espiritualista.

Así, por varias y muy diversas causas, vinieron á producirse efectos que dieron al arte y á la poesía su doble carácter de idealismo simbólico y alegórico, y de disimulada protesta resuelta en constantes sátiras.

Y así, nunca como en nuestros dos siglos de oro se culti-

Qué Francisco, rey francés,
Se queja de la fortuna?
¿Qué le ha traído á sus pies?.....»

Y Cervantes:

«Si en la dirección te humi-
No dirá mofante algu-
¿Qué don Álvaro de Lu-
Qué Aníbal el de Carta-
Qué rey Francisco en Espa-
Se queja de su fortu-.....?»

La *glosa* que se hallaba en el códice M. 243 de la Biblioteca Nacional fué publicada por D. Adolfo de Castro, que no advirtió esta coincidencia. Barrera creyó ser el primero en notarla en uno de sus artículos sobre Cervantes, publicado en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (de 1856 á 1858); pero más adelante se halló entre los apuntamientos de Gallardo extensa nota relativa á la *glosa* y á su coincidencia con los versos de *Urganda*.

varon más asiduamente ni con mayor fortuna el simbolismo y la alegoría poética, y los que podemos llamar artes del disimulo y agudezas del ingenio.

De la extremada represión de los poderes nació el disimulo, carácter dominante de aquellas sociedades; de la forma de enseñanza, de las disputas teológicas y escolásticas, del constante esfuerzo por aguzar el pensamiento como un arma de combate, nació el conceptismo; de la tradición trovadoresca, de las bucólicas italianas, del petrarquismo, de las luchas de las Academias, de las reminiscencias de las *Cortes de amor*, del galante discreteo palaciano, se engendró el culteranismo; y de la propia *savia* nacional, del exceso de intelectualismo y de la represión del pensamiento se engendró la diabólica sátira, espíritu maligno é impalpable que burlaba todas las vigilancias y adoptaba todos los disfraces; aspid de envidia que se ocultaba entre las virginales flores de la poesía y se enroscaba al laurel de la victoria; pérfida alusión que se deslizaba blandamente bajo las más claras transparencias del estilo; sutil ironía, disfrazada de elogio, que se clavaba en el alma; cruel sarcasmo que envenenaba la caricia y profanaba la piedad.

La nube de parásitos que rodeaba á los reyes, á los príncipes y á los señores, disputándose la privanza, profesaba de hecho la adulación al dueño y la envidia hacia los émulos; ¿qué mejor escuela de disimulo y de artificio?

Así, por constitución social, por tendencia propia, por ley de moda, por influjo exótico, por excelencia de la mística, por esencia del Renacimiento, por influjo del conceptismo, por culpa del culteranismo, todo tendía al misterio, al símbolo, á la alegoría, al rebozo, al disimulo, al rodeo, al artificio y al disfraz en aquella sociedad como en aquella literatura.

Disfrazábanse los reyes y caballeros en los saraos; los galanes para rondar á sus damas, las damas para celar á sus galanes, cuando no adoptaban éstas el traje varonil, ya para estudiar en Salamanca, como doña Feliciana Enríquez, ya para seguir la vida militar como la monja-alférez.

Adoptaban los poetas en las Academias nombres pastoriles ó caballerescos, misteriosos ó significativos, y los escritores se encubrían bajo los más ingeniosos disfraces, acomodados á los gustos dominantes, es decir, pastoriles ó caballerescos, anagramáticos ó artificiosos.

Teníase por vulgaridad imperdonable el llamar á cada cosa por su nombre; por carencia de ingenio el expresar el pensamiento sin rodeos; por indigencia de fantasía el no alcanzar á expresar por medio de metáforas alambicadas los sentimientos y las situaciones de la vida; por falta de agudeza el no acertar los poetas á personificarse simbólicamente y apellidar con nombres sonoros, misteriosos y significativos á sus damas, amigos y Mecenas, y aun á sí mismos y á sus émulos y rivales.

Con lo que por obra y gracia de la exaltada fantasía poética convertíanse en *Arcadias* los palacios y los poetas en Salicios, Nemorosos, *Tirsos, Elisios* ó *Belardos;* los grandes y los duques en *Lauros, Damones* ó *Anfrisos;* las damas en *Cloris, Anardas, Nises* ó *Cardenias.*

Otras veces, en las fiestas palacianas, ó en las concepciones de pintores ó poetas, damas y caballeros se metamorfoseaban en Apolos, Dafnes, Martes ó Minervas.

Cervantes simbolizaba en *Galatea* á su esposa doña Catalina, Lope llamaba *Amarilis* á doña Marta, Villamediana apellidaba á la Reina *Francelisa.*

Todas las personalidades se adjetivaban y todos los adjetivos se personificaban; así Apolo significaba, según los casos, á Jesucristo, al sol, al Rey ó al padre de la poesía; la Reina era, según las circunstancias, Minerva, Venus ó Juno; los mayordomos de Palacio, Ganímedes; los ministros Atlantes, los capitanes, Césares; los próceres dadivosos, Alejandros; los patrocinadores de poetas, Mecenas; los críticos, Zoilos ó Aristarcos; los médicos, Galenos ó Esculapios; los embajadores, Mercurios; las damas, según su condición, Lucrecias, Anaxartes, Penélopes ó Circes.

Y en aquel continuo trasiego entre el cielo y el Olimpo, San Gabriel se convertía en *Paraninfo*, la Virgen en *Minerva*, y Jesús sacramentado en *El Verdadero Dios Pan* (1).

Que en ninguna literatura como en la nuestra, ni en ningún tiempo como en aquellos dos siglos dorados, alcanzaron mayor exuberancia y apogeo el simbolismo, la alegoría, la metáfora, ni se adornó con mayor riqueza y lujo de galas poéticas el pensamiento y aun las más remontadas abstracciones místicas, que en aquella literatura nuestra que alcanzó á vestir de carne y á reducir á imágenes reales toda la teología.

Y así, las comedias eran charadas en acción, los cuadros jeroglíficos artísticos, los poemas largos enigmas, los autos sacramentales traducciones simbólicas de la teología á la mitología, á la historia y á la vida real.

Todo, desde el traje hasta la arquitectura, la jardinería y el mobiliario de aquella época, revelaba la tendencia dominante al rebozo, al disfraz, al disimulo y al equívoco, á la sorpresa y al engaño novelesco; ya que las damas usaban mantos y las aldeanas rebozos y mantellinas, y los galanes embozos y chambergos que los convertían en verdaderas máscaras, y los jardines estaban llenos de laberintos inestricables y de saltos de agua disimulados que solían jugar pesadas burlas á quienes los frecuentaban; ya que los muebles, como las casas y los palacios de aquel tiempo, estaban llenos de escondites, sorpresas, dobles puertas, ingeniosos resortes, trampas y artimañas, y esto hasta tal punto que no gustaban entonces las comedias que no abundasen en tramoyas y sorpresas, tales como alacenas giratorias, sótanos y tornos misteriosos, puer-

(1) *El Verdadero Dios Pan*, *El Divino Orfeo* y el *Sacro Parnaso*, títulos de otros tantos autos de Calderón, en quien reconoce el Sr. Menéndez y Pelayo «un simbolismo potente que abraza la ley antigua, las parábolas de la nueva, y las fábulas de la gentilidad.»—(*Calderon y su teatro*, página 129.)

tas y postigos disimulados, etc.; ni libros que no abundaran en metáforas sutiles, en ingeniosidades agudas y en alusiones ó equívocos artificiosos.

La literatura, como la vida de aquellos tiempos, era un perpetuo Carnaval de las ideas y aun de las intenciones; un baile de máscaras donde cada cual lucía un disfraz ingenioso; una justa poética, donde cada uno ostentaba una librea, un color, un escudo y un mote significativo.

No había poeta sin seudónimo, no había dama sin alegórica divisa, ni librero sin empresa simbólica, ni persona viviente sin apodo ó nombre significativo.

Lope tuvo por nombres poéticos los de *Belardo* y *Lelio*, en su égloga *Filis* se denominó *Eliso*, en la *Dorotea* apellidóse *Don Fernando*, en sus cartas al de Sessa, solía firmarse *Juan Latino*, Cervantes le llamaba *monstruo de la naturaleza;* sus adversarios, *Lupus* y el *Lobo;* sus admiradores el *Fénix*, y él mismo usó el seudónimo de *Fray Gabriel Padecopeo*.

Al insigne Alarcón le llamaban el Corcobado, *Corcobilla*, *Don Cohombro* de Alarcón, el Mejicano, etc.

A Fray Gabriel Téllez, que ya tenía su seudónimo poético, solían darle sus contemporáneos otros nombres.

A Mendoza le apellidaba Góngora el *Aseado lego* y el *Discreto de Palacio*.

A Fray Luis de Aliaga le llamó Villamediana *Sancho Panza*.

Nadie ignora que en el mundo de las letras, Quevedo era *Fabio;* Rey de Artieda, *Artemidoro;* Vélez de Guevara, *Lauro;* Medinilla, *Elisio;* Soto de Rojas, el *Ardiente*, y Cervantes el *Adán de los poetas*.

No había comediante que no tuviera un mote: á Morales le decían el *Bonico;* á Juan Herrera de Gamboa, el *Maganto;* á María de Córdoba, *Amarilis* y *La Gran Sultana;* á Andrés de la Vega, *El Gran Turco*.

Y ¿qué más? en cosa tan seria como las cartas que se cruzaron entre graves personajes á propósito de los sucesos de la Princesa de Éboli y de la muerte de Escobedo, se llama á la

Princesa *Jezabel* y la *Canela*, y á Antonio Pérez el *Pimpollo* ó el *Portugués*.

Y si es cierto que dichas cartas pertenecen al siglo XVI, no lo es menos que á él perteneció Cervantes, que solo vivió diez y seis años en el siguiente, y que en el XVI nacieron y se formaron todos los grandes ingenios del segundo siglo de oro, durante el cual, en cuanto á sátiras, alusiones, reconditeces y rodeos de dicción, no sólo no se corrigieron, sino que se extremaron hasta lo sumo los vicios del precedente.

Todo contribuía á ello: porque mientras el culteranismo cifraba toda su opulencia en palabras, y, como decía Tirso, en *bachillerías exquisitas;* mientras el conceptismo quebraba el pensamiento de puro retorcerlo y sutilizarlo, el propio naturalismo y el subjetivismo extremado de aquellos escritores venían á engendrar forzosamente el sentido alegórico, figurado y emblemático; porque claro es que cuando hablaban de las intimidades de sus contemporáneos, de sus colegas, amigos y deudos, y aun de ellos mismos y de su vida privada, natural era que *por buenos respetos,* como decía Cervantes, no se retratasen á sí y á sus allegados con sus propios trajes y nombres, y de aquí las invenciones simbólicas, los poemas enigmáticos, las personificaciones caballerescas ó pastoriles, etcétera.

Así, Cervantes simbolizó sus amores en la *Galatea,* sus varias aventuras en *El Gallardo Español*, sus prisiones en *Los baños de Argel* y en la novela del *Cautivo;* y Lope refirió emblemáticamente su vida en la *Dorotea* y sus amores y desventuras en las églogas *Filis* y *Amarilis*.

Y cuando se llevaban á la ficción poética intimidades como las que encerró Lope en su égloga *Filis*, de la cual puede decirse que fué el poema de sus remordimientos, puesto que era la historia de la culpa de aquella desventurada hija de sus sacrílegos amores con Doña Marta, cuando tales tragedias propias se disfrazaban de églogas, ¿qué se negaría á la ficción?

Cuando las intimidades del alma salían al mundo en ver-

sos, por cierto sentidísimos, pero con atavíos de farsa, ¿cabrá dudar que los satíricos y novelistas se inspirasen en la realidad y singularmente en la vida de sus émulos?

Y por si no bastara con el ejemplo de toda aquella literatura, apelemos al testimonio de los propios autores.

Véase lo que sobre el sentido oculto de su obra dice Vicente Espinel en el *Prólogo* á su *Escudero Marcos de Obregón*.

«Yo querría en lo que he escrito *que nadie se contentase con leer la corteza*, porque *no hay en todo mi Escudero hoja* que no lleve un *objeto particular fuera de lo que suena*.....» (1).

Y nótese á continuación, cómo fustiga Fr. Jerónimo de San José (2) el desmedido afán de sus contemporáneos á producirse por medio de metáforas y alusiones:

«No se tiene ya por cláusula elegante sino la que se dice de manera que en muchas horas el más atento no la pueda entender. *Una metáfora sobre otra metáfora, y en cada palabra diez figuras y en cada figura quince alusiones*, etc.....» (3).

---

(1) El Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, en su erudito estudio *Espinel y sus obras*—que precede á la edición que de la citada novela publicó la *Biblioteca de Arte y Letras*, Barcelona 1881—dice, á propósito de esa frase de Espinel: «Difícil es apreciar con tres siglos de distancia por medio y una absoluta carencia de historia literaria, todo lo que mediante esta advertencia haya en el *Marcos de Obregón*, de *circunstancial, local y adecuado á la época en que se dió á la estampa*. La crítica no puede ya apreciarlo, desprovista de los necesarios antecedentes, sino en lo que la obra de Espinel tiene de universal, de perenne y de eterno.» Pero aunque no pueda la crítica—según dice muy bien el Sr. Pérez de Guzmán—descifrar á tres siglos de distancia cada una de las alusiones y actualidades del libro, sí puede y debe, á mi parecer, consignar el prurito alusivo y la tendencia ocultista que lo informan, porque el conocimiento del espíritu de una época es, á mi juicio, el mejor camino de rehacer su historia literaria.

(2) *Genio de la Historia*, parte II, cap. VI.

(3) Con razón escribió Cascales, á propósito de *Las Soledades y el Polifemo:* «Las *metáforas perpetuas* son la causa principal de esta confusión y de esta obscuridad.» Respecto á las *alegorías, comparaciones* y *enig-*

Cervantes, en el *Coloquio de los perros*, dice por boca de *Cipión*, refiriéndose á los discursos misteriosos de la *Comacha*: «.....que sus palabras se han de tomar en un sentido que he oído decir que se llama *alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza*.....:» y en tal sentido escribió Cervantes su alusivo *Coloquio*.

Véase lo que el mismo Cervantes escribe en el *Persiles* (Libro III, cap. XXI) acerca del *doble sentido*.

Dice Isabela: «Créame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo más hermoso que santo y menos estudiante que galán, que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos..... y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas; con estas fué ensartando otras razones *equívocas*, conviene á saber, de dos sentidos, que *de una manera la entendían sus secretarias y de otra los demás circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente y los demás como desconcertados disparates.*»

Así sucedía con aquellas alusiones, *que de un modo las interpretaban los iniciados y de otro los profanos:* y en verdad que en toda aquella literatura abundan considerablemente los pasajes emblemáticos, y que estos son tales, que á no atribuirles doble sentido, se tendrían por *desconcertados disparates* (1).

---

mas, véase la *Agudeza y arte de ingenio,* de Gracián. Y á propósito de *alegorías* y símbolos rebuscados, las obras de Ledesma, singularmente los *Conceptos espirituales* (Madrid 1610), si bien en cuanto á enigmas, acertijos, rodeos de dicción y *sinónimos voluntarios*, nada me parece comparable á *La Pícara Justina*.

(1) No faltó escritor que creyese que el estilo claro y sencillo debía limitarse á las obras de Historia, hallándolo impropio de las sutiles concepciones de los poetas, así en las finas alusiones y en las pinturas imitadas de la fábula, como en los asuntos galantes, cosas que comparaba á manjares delicados, añadiendo: *Qui potest capere capiat.*—D. Francisco del Villar, sobre la carta pasada (de Cascales) *Del Polifemo* y *Las Soledades*. («Bib. de Autores Españoles», t. LXII, pág. 484.)

Adviértase lo que escribió Quevedo sobre el juego del vocablo (1), y recuérdese, por último, lo que dijo Cervantes acerca de las *blandas* sátiras de algunos poetas que herían el alma dejando sano el vestido. (*Quijote,* parte II, cap. XXXVII.)

No pudieron, pues, nuestros grandes ingenios ser más explícitos respecto al encubierto sentido con que solían escribir, porque claro es que, si se proponían ocultarlo, no habían de publicar adjunta á sus obras la clave para su interpretación.

Los testimonios transcritos bastarían, á mi parecer, á demostrar con la más auténtica demostración, que no soy yo quien lee, sino nuestros clásicos quienes escribieron *entre renglones* cuanto deseaban dejar á un tiempo velado y transparente en sus obras.

Pero aún quiero alegar una prueba más clara, un ejemplo tan ilustre como visible y elocuente, del grado de sumo refinamiento á que llegó el arte del disimulo en nuestros clásicos, ejemplo que será plena demostración de la penetrante sutileza de la sátira de Cervantes.

Me refiero á aquella cruel ironía vestida de mansedumbre con que después de protestar de que admiraba *las obras* y *el ingenio* de Lope—en el prólogo á la segunda parte del *Quijote*—se atreve á encomiar la *ocupación continua y virtuosa* del Fénix, en los días en que eran públicos sus amores sacrílegos con doña Marta.

¿Quién que ignorase las tristes intimidades de Lope, hubiese sospechado la perfidia de esta alabanza de Cervantes? ¿No eran esas suaves palabras suyas, como aquellas que él llamaba blandas espinas que herían el alma sin quemar los vestidos?

Tan mansa, tan apacible y tan sosegada fluye aquí la cáustica ironía cervantina, que quien desconociese los culpa-

(1) Quevedo, *Premática contra los poetas güeros, chirles y hebenes.* (*Vida del Buscón.* L. II, cap. II.)

bles amores de Lope, tendría á Cervantes por el más misericordioso y magnánimo de los émulos.

Y esto es tan verdad, que así aconteció al bueno de Navarrete y á los demás biógrafos que, desconociendo la correspondencia de Lope con el de Sessa, tuvieron por oro de toda ley la sangrienta reticencia de Cervantes.

Véase cómo le juzgó Navarrete: «No puede darse un elogio más noble y desinteresado, y una *satisfacción más ingenua y sencilla.*» (1)

Y después de decir, con error disculpable porque en 1819 no era conocida la biografía de Lope, que éste era sacerdote desde 1608 y cantó misa en 1609, etc., etc., concluye: «Su asistencia continua á los hospitales....., su devoción y *cristiana conducta* en aquella época, califican de *justa* y *verdadera* la admiración de Cervantes por la *ocupación continua* y *virtuosa de Lope.*»

Pero ¿qué motivos tenía Navarrete para calificar de *cristiana* y virtuosa la conducta de Lope en 1615? Pues únicamente la fe que él otorgaba á la que tenía por *ingenua* y *sencilla* declaración de Cervantes.

Conocida ahora la verdad sobre la vida de Lope, notoria á todos en la corte, ¿cómo podremos tener por *ingenuas* y *sencillas* las palabras de Cervantes?

La correspondencia de Lope ha sido en este caso como uno de esos ácidos que revelan la existencia de un veneno en una copa de néctar.

Y en vista de tan elocuente y cruel ejemplo, ¿cómo dudar del alcance é intensidad de la ironía cervantina? ¿Cómo dudar que ésta supiese adoptar la apariencia de la más perfecta y transparente ingenuidad?

Ciertamente que la intención de este elogio es tan profunda y cruel, que á no descubrirse la correspondencia de Lope nadie la hubiese sospechado en Cervantes.

---

(1) *Vida de Cervantes.*

Pero sucede lo mismo con el alcance y reticencia de otros muchos pasajes suyos. A mi parecer, la sarcástica ironía con que flagelaba á sus contemporáneos, salta á la vista en innumerables pasajes de sus obras, donde yo la he visto palpable, aun sin el auxilio de ese ejemplo.

Pero teniéndolo, ¿cómo creer ahora en la sinceridad de ninguno de los elógios de Cervantes á Lope? Quien así hablaba de la conducta del sacerdote, ¿cómo hablaría de las obras del émulo? ¿Cómo había de *adorar* el ingenio de aquel cuyas comedias calificaba de disparates? ¿Cómo había de ser sincera aquella admiración en que envolvía las obras del poeta y la conducta del sacerdote, siendo tan notorio para él que ésta nada tenía de *admirable?*

Y si tal era aquí su juicio sobre Lope, ¿por qué hemos de creer que en *El Viaje al Parnaso* fuese otro diverso, tanto más cuanto que en este poema trata de *disparates* las comedias ensalzadas en los teatros, que eran las del propio Fénix?

¿Por qué hemos de creerle cándidamente ingenuo, allí donde él mismo se nos declara *socarrón* y *disimuladamente tierno* para con los poetas de su tiempo? (1).

---

(1) Yo *socarrón,* yo poetón ya viejo
Volvíles *á lo tierno* las saludes
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes ¡oh lector caro! no dudes,
Sino que suele el *disimulo* á veces
Servir de aumento á las demás virtudes.....

Y añade:

Dejéles esperando coyuntura
Y ocasión más *secreta* para dalles
Vejamen de su miedo ó su locura.....

(Viaje al Parnaso.)

De modo que el mismo Cervantes se nos muestra socarrón y disimuladamente tierno para con los poetas, mientras esperaba ocasión *secreta* para darles *vejamen*, lo cual hacía con aquel recatado modo que él mismo encarece, diciendo:

Que entonces la mentira satisface
Cuando verdad parece y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.

(Idem.)

Y si su espíritu para con Lope es el mismo en el *Viaje al Parnaso* que en el Prólogo á la segunda parte del *Quijote*, ¿cómo negar que aquello de:

Llovió una nube al gran Lope de Vega, etc.,

hablando del padre del teatro como podía haber hablado del chaparrón ó del granizo, era otra flecha de su aljaba satírica?

Y no se tomen mis palabras en sentido adverso á Cervantes, ni se crea por un momento siquiera que le tengo por el único ni menos por el más intencionado de nuestros satíricos en un tiempo en que vivieron Quevedo, Suárez de Figueroa, Villamediana, Villegas, Góngora y el propio Lope tan maestro en el perfecto disimulo, que su correspondencia íntima es el reverso de la medalla de sus encomios oficiales, y su vida privada el reverso de su vida oficial y religiosa.

No tengo á Cervantes por el único intencionado satírico de su tiempo, ya que sospecho que en las obras de Quevedo, por ejemplo, hay todo un mundo inexplorado de intencionadísimas censuras; lo que sí creo es que está por escribir la historia de la sátira y de la alusión en el siglo XVII, que es ciertamente la historia de casi toda aquella literatura.

En cuanto al pretender yo descubrir en las obras de Cervantes y en las de sus contemporáneos lo que no sospecharon tres siglos, me bastará citar la tendencia constante, mejor aún la obstinación persistente de la crítica de esos tres siglos, empeñada en interpretar, en los más varios sentidos, es verdad, pero en interpretar siempre el *Quijote*.

Claro es que la variedad de las interpretaciones responde á la variedad de criterio de los comentadores, la mayoría de los cuales parece haber puesto singular empeño en ver en Cervantes todo aquello que Cervantes no era, en atribuirle todo aquello que no pensó y en adivinar en el libro todo aquello que el libro no contiene; pero ¿qué mayor prueba de la *interpretabilidad* del *Quijote*, sino las expresivas declaraciones de

los contemporáneos de su autor y el constante prurito que en interpretarlo ha puesto la crítica durante más de trescientos años?

Léanse las intencionadas palabras del Dr. Suárez de Figueroa (1), que acreditan, como observó D. Luis Fernándsz Guerra, que un año después de muerto Cervantes *vivía aún el modelo* de su *Don Quijote.*

Recuérdense las declaraciones de Faría y Sousa, que escribió del *Quijote*: «que *apenas tiene acción perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta ó satírica ó figuradamente»;* y ténganse en cuenta sus observaciones sobre el gobierno de Sancho.

Recuérdense las declaraciones de los embajadores de Venecia á propósiso del gran libro.

«Cierto parece— escribe el docto cervantista D. José María Asensio y Toledo (2)—que en los despachos de Simón Contarini á la Señoría de Venecia, y de algún otro embajador, se indicaba que se había publicado en Madrid un libro con el título de *Don Quijote,* que era sátira embozada contra la privanza y gobierno del Duque de Lerma.»

«Aún más explícitos, según lo manifestado por Sir H. Rowdon-Brown, que estuvo encargado por el Ministro de *Negocios Extranjeros de Inglatera* de examinar los archivos secretos de Venecia, hubieron de ser los Embajadores Francisco Priuli y Francisco Morosini.....», los cuales suponían que la contraproducente protección de *Don Quijote* al muchacho Andrés vapuleado por Haldudo, era parodia del insignificante apoyo que el de Lerma prestó á los planes de Emmanuel Filiberto de Saboya, viendo en Sancho Panza una representación burles-

(1) *El Pasajero.*—1617.

(2) *Noticias curiosas, partieularidades y anécdotas relativas al «Quijote,»* por D. José María Asensio.—La España Moderna, 1.° de Enero de 1894.—A propósito de las declaraciones de Sir H. Rawdon Brown y de otras conjeturas sobre el mismo asunto, véase el libro del Sr. Tubino, *Cervantes y el Quijote*, págs. 150-155.

ca de D. Pedro Franqueza, al cual fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos del de Saboya, á cuyo suceso suponían alusiva la letra *primera de pollinos*, firmada por *Don Quijote* en Sierra Morena, ordenando á su sobrino entregar á *Sancho tres de los cinco* que había dejado en casa.

Téngase presente que en el siglo XVIII era tradicional en España la creencia de que Cervantes representó satíricamente en *Don Quijote* á Carlos V (1) y al Duque de Lerma.

Adviértese que en 1737, el primer biógrafo de Cervantes, D. Gregorio Mayans y Síscar, después de impugnar dicha opinión: «escribía—dice Barrera—palabras tan intencionadas y reticentes que parecían hechas para afirmar la creencia que combatía.» «Sería menester—decía—hacer un libro muy crecido, si en todo se hubiese de manifestar el *alma verdadera de esta fingida historia*, y más si hubiésemos de hablar de *algunas personas* que se *creen caracterizadas en esta misteriosa historia*. Pero pues *Cervantes anduvo* tan *cauto* que *encubrió sus ideas con el velo de la ficción*, dejemos estas *interpretaciones* á la curiosa observación de los lectores.....»

D. Martín Fernández de Navarrete, dando por cierta la existencia del *Buscapie*, dice (2) «que Cervantes no intentó manifestar con este opúsculo el fin principal de su novela, que había ya declarado sin rebozo en el prólogo, sino *levantar el velo de algunas alusiones y parodias á sucesos recientes y personas conocidas*, cuanto bastase á estimular la curiosidad de los lectores.....»

Y el mismo Navarrete (3), refiriéndose al gobierno de *Sancho*, escribía que era: «Observación práctica hecha por el mismo Cervantes y acomodada en esta invención, la cual es por

(1) A propósito de la representación satírica de Carlos V en *Don Quijote*, véase, además del libro de Navarrete, el citado artículo del señor Asensio.

(2) En su *Vida de Cervantes*, 1819, pág. 103.

(3) Loc. cit., págs. 187-188.

esto—añade Manuel Faria y Sousa—tan verosímil como cierto haber muchos *Sanchos Panzas* en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan y reprenden los grandes hombres.» «Otras impugnaciones—añade Navarrete—hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, *por ser de tal naturalcza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y Sancho por los criados del Duque, el fingido funeral de Altisidora,* aventura que califica del *más raro y más nuevo caso* de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran *alusiones misteriosas* que no le era lícito desenvolver.....»

Que estas alusiones fuesen de carácter político y religioso, ya lo indica el biógrafo de Cervantes, cuando dice que le convenía encubrirlas bajo un velo, *por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo.*

Y á renglón seguido añade: *De aquí nació la curiosidad y el interés con que se leía el Quijote, de aquí su popularidad y propagación*, etc.

Es decir que no sólo sostiene Navarrete que el *Quijote* contenía alusiones políticas y religiosas, sino que afirma categóricamente que á ellas debió su popularidad y propagación.

Quintana, en cambio, atribuye á las mismas causas las desventuras de Cervantes, cuando escribe que *quizá también á esta desgracia continua de su vida, contribuyó en alguna manera la índole particular de su talento*, porque *la habilidad de remedar y zaherir*—dice—*es tan peligrosa á los que la tienen como odiosa á los que la experimentan* (1).

(1) Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana. («Biblioteca de Autores españoles», 1852, tomo XIX.) La biografía de Cervantes por Quintana, contenida en este tomo, es refundición *ampliada* y *rectificada*, de la que escribió su autor para la edición del *Quijote* hecha en la Imprenta Real en 1797.

Pero en una cosa convienen criterios tan opuestos como los de Navarrete y Quintana, y es en el conceder capital importancia á las sátiras intencionadas y personales de Cervantes, puesto que el uno hace depender de ellas la propagación de la obra, y el otro las desgracias de la vida del gran escritor.

Verdadero empeño puso también el doctor Puigblanch en hallar al *Quijote* oculto sentido político y religioso, ó más bien antireligioso, en armonía con sus propias ideas.

En su *Inquisición sin máscara*, supone que la prisión de *Don Quijote* y *Sancho* por los criados del Duque, seguida de la muerte de Altisidora, son nada menos que intencionada sátira de los procedimientos inquisitoriales.

En sus *Opúsculos gramático-satíricos* pretende columbrar el oculto fin del *Quijote* á través de los versos burlescos de su primera parte, y da singulares interpretaciones á varios de los nombres, frases y modismos contenidos en el gran libro.

Suponen algunos que Puigblanch, que escribía emigrado en Londres, dejó allí los gérmenes de aquella su singular manera de interpretar el *Quijote*, gérmenes que fueron más tarde recogidos por Benjumea, que también desde Londres escribió la mayor parte de sus comentarios filosóficos y sutiles interpretaciones de la incomparable novela. Pero si los comentos de Benjumea, en su parte filosófica, son del todo imaginarios y se quiebran de puro sutiles y remontados, en la parte crítica y de observación contienen algunos atisbos é insinuaciones dignas de ser atendidas.

Tratando de *desencantar* el Quijote en la *Estafeta de Urganda* (1), decia: «Tenemos el *presentimiento*, mas no el *conocimiento* de sus tesoros». Y esta frase—prescindiendo de las interpretaciones de Benjumea—condensa muy gráficamente cuál

(1) *La Estafeta de Urganda, ó aviso de Cid Asan-Ouzad Benengeli sobre el desencanto del Quijote*, escrito por Nicolás Díaz de Benjumea.—Londres, 1861.

era el estado de la crítica del *Quijote*, singularmente antes de los aciertos de Hartzenbusch.

Apunta la coincidencia entre el *Coloquio de los perros* y el falso *Quijote* en la mención de Valdeastillas.

En suma, que en esta y en las demás obras suyas, percibe á veces las coincidencias dignas de notarse, los puntos más significativos é interpretables; pero yerra en las soluciones, extraviado por su doble preocupación de ver á Blanco de Paz y á la Inquisición influyendo sobre toda la vida de Cervantes, y á la filosofía más remontada y al más extraño simbolismo informando sus obras.

Mucho más acertada y digna de notarse es la crítica de don Aureliano Fernández Guerra, atinadísima en cuanto á los procedimientos naturalistas y en cuanto al espíritu, si bien no me lo parece tanto respecto á la letra, en sus interpretaciones sobre el gran libro. *(Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote)* (2.)

«El ingenio de Cervantes—dice—siempre tomó vuelo en un punto fijo de la naturaleza: por *eso desde que nació su obra, fué calificada de sátira;* y la *tradición constante de que está simbolizado en cada figura un personaje verdadero, despertó hace un siglo la idea del Buscapié.*»

No pudo andar más explícito el ilustre biógrafo de Quevedo, así respecto al procedimiento naturalista de Cervantes, como á la tendencia satírica y alusiva que la *tradición constante* suponía á su libro.

Pero aún dice más respecto al realismo de Cervantes, puesto que afirma que *No leyó libro ni trató persona que no diese materia á un rasgo de su pincel maravilloso.* Otro tanto puede afirmarse de Quevedo.

---

(2) *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina; Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote; Varios rasgos ya conocidos, ya inéditos, de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chaves y el Bachiller Engraya,* por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe.—Madrid, Imprenta y estereotipia de Rivadeneyra, 1864.

Y respecto á interpretaciones, no anduvo corto el erudito escritor en este trabajo, puesto que, tomando ocasión de la carta de Cervantes á D. Diego de Astudillo, empieza por comparar los nombres burlescos de los mantenedores de la justa de Alfarache con los de los imaginarios caudillos que daba D. Quijote á las manadas de carneros que á él se le antojaban ejércitos valerosos, en cuyos supuestos caudillos ve el señor Fernández Guerra, no menos que al Duque de Lerma (Laurcalco), á D. Pedro Franqueza (Pentapolín), á D. Bernardino de Velasco (Micocolembo), al Conde de Salinas (Alfeñiquen de Algarbe), á Villamediana (Pierres Papín), y sin duda al gran Girón en el señor de la isla *Trapo-vana*.

Señalando después precedentes en la realidad á más de *ocho* de los sucesos y aventuras aprovechados por Cervantes. A saber: la última pesada burla, jugada á Sancho en la ínsula; el caballo Clavileño; la venida del embajador persiano; las *Metamorfosis* ú *Ovidio Español*, á que se alude en la expedición á Montesinos; el episodio de los bandoleros; la furiosa embestida de D. Quijote al retablo de Maese Pedro; las bodas de Camacho, y el episodio de la cueva de Montesinos y del rebuzno, infiriéndolas de las *Relaciones dadas á Felipe II en 1575 por los pueblos de la Mancha*.

Después de cuyas observaciones escribe el sabio crítico: *Tienen, pues, á mi juicio razón sobrada los que sospechan que en este libro se halla encubierta una fina sátira de aquel siglo.....*

Y después: «No hay, no puede haber en el *Quijote*, suceso, escena, cuadro, objeto ni dicho alguno que no haya tenido antes como despertador un modelo real y verdadero en la naturaleza.....» Que es lo mismo que decían los contemporáneos de Cervantes.

Mucho más pudiera agregar acerca de los infinitos pareceres é interpretaciones de que ha sido objeto un libro sobre el cual cada comentador ha emitido una opinión diversa, pudiendo afirmarse que no ha habido escritor de nota que no haya tratado de juzgarle.

Washington Irving le compara á la Biblia; Slegel le califica justamente de epopeya; Ríos se empeña en ajustar su plan al de la *Iliada;* Pellicer le juzga imitación del *Asno de oro;* Bastús se propone ver la Edad Media donde Pellicer y Ríos habían visto á Homero y Apuleyo; Ampére califica el libro de admirable caricatura; Germond de Lavigne, Nasarre y Montiano le posponen al de Avellaneda; Sydenham y Morejón le reputan por un tratado de alienación mental; Puigblanch por una diatriba contra la Inquisición; Benjumea por un poema simbólico más abstruso que la filosofía alemana; Bowle, y con él otros muchos, pretenden que D. Quijote es caricatura de Carlos V; Daniel Foe ve en la gran novela una sátira contra el Duque de Medina Sidonia; Sismondi, la desconsoladora imagen de la lucha entre el heroísmo y la vulgaridad; Viardot, Cantú y otros muchos observan también singularmente la contraposición entre la idealidad generosa y el egoísmo utilitario; otros deducen del gran libro consecuencias tan singulares como las de que Cervantes era médico, teólogo, administrativo, marino, antiesclavista, antiindividualista, librepensador, masón y republicano federal (1).

---

(1) *Bellezas de la medicina práctica, descubiertas por el Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha,* por el Dr. Hernández de Morejón.

1868.—Büchner: *Fuerza y Materia,* obra traducida al español en 1868. Su traductor cita el parecer de Broussais, que afirmaba no había descrito nadie la locura tan bien como Cervantes. Véanse además las opiniones de Sydenham, Eugene Semerie, Mata, etc.

1866.—*Abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico,* por D. Alfredo Murga. (Recuerda las opiniones de D. Quijote y Sancho, sobre este punto expuestas en los caps. XXIX y XXX de la primera parte y XXIV de la segunda parte del *Quijote.*)

1866.—Germond de Lavigne publicó en *La Discusión* (periódico de Madrid) un artículo en que trataba de probar que Cervantes era partidario de la República federal.

1857.—*De las Bellas Artes en sus relaciones con la civilización,* por D. Luis de Huidobro. (Halla á Cervantes antiindividualista.)

Como se ve, no existe libro alguno sobre el cual se hayan emitido más numerosos y diversos juicios, y esta misma diversidad de pareceres es la prueba más concluyente de la *interpretabilidad* del libro.

Claro está que, entre tanta variedad de intérpretes, hemos de conceder mayor fe á los que tuviesen mayor autoridad, es decir, á los contemporáneos de Cervantes, como testigos presenciales, ó á sus mejores críticos como testigos de mayor excepción. Pues bien; ya hemos visto que unos y otros, desde Avellaneda (que se queja de los *sinónimos* y de las sátiras de Cervantes), y Suárez de Figueroa, que indica que *Don Quijote* tuvo un modelo real, y Faria y Sousa, que declara que todo en la gran novela era copia fiel de la vida de su tiempo, y los embajadores de Venecia, que indican que el libro contenía sátiras políticas, hasta Fernández Guerra, Benjumea, Asensio y Chasles, pasando por Mayans, Bowle, Ríos (1), Navarrete, Castro y Hartzenbusch, todos se muestran unánimes en su empeño de interpretar el *Quijote* y todos hallan en él sátiras, alusiones y pasajes obscuros ó intencionados. Fuerza será, pues, rendirse ante el sufragio de la crítica y declarar interpretable y enigmático el libro que tres siglos se han obstinado en interpretar.

Pero ¿cuál será la clave del enigma, cuál la palabra de la Esfinge, cuál el sentido verdadero del misterioso libro?

Recurriendo antes que á la erudición ó al criterio personal, á la lógica inflexible, debemos preguntarnos primeramente:

¿Cuáles son, de ordinario, los móviles de las acciones humanas?

---

(1) D. Vicente de los Ríos declara que «el principal fin de Cervantes no fué divertir y entretener á sus lectores..... Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada *sátira* que hizo de las costumbres de su tiempo, *sátira viva y animada*, etc.»

Mr. Emile Chasles *(Michel de Cervantes, sa vie, son temps, son œuvre politique et litteraire)* opina asimismo que el *Quijote* no es sólo crítica de los libros caballerescos, sino sátira de los vicios sociales de la España del siglo XVII.

Á cuya pregunta, racionalmente, responderemos que el propio interés, ya sea de índole moral ó material, y la pasión, ya generosa ó ya bastarda.

Luego Cervantes, al escribir su gran libro, debió racionalmente proceder de acuerdo con su propio interés y á impulso de sus naturales pasiones.

Ha de considerarse, además, que ni Cervantes era un filósofo ni un innovador, ni siquiera un sabio dentro de las proporciones que alcanzaba en su tiempo la sabiduría, sino un *ingenio lego*, un ignorante divino, es decir, un poeta, y un psicólogo instintivo,—sin lo cual no hubiese alcanzado á ser novelista y satírico de la gran raza;—así no podemos atribuirle ni las tendencias didácticas y humanitarias ó *panfilistas* que le atribuyeron críticos influídos por la Enciclopedia, ni ninguno de los propósitos docentes, filosóficos y aun demagógicos que *à posteriori* se le han supuesto y que no pudieron ni aun pasarle por las mientes.

De modo que cuantas interpretaciones de su libro se inspiren en ideas contradictorias de los naturales intereses y de las pasiones ó sentimientos propios de Cervantes, ó extrañas á la órbita natural de sus ideas, carecerán de fundamento lógico, y aquellas que mejor se acuerden con sus intereses propios y con sus gustos, tendencias y opiniones dominantes, se hallarán más cerca de la verdad.

Con este criterio, tan racional como sencillo, en mi concepto, veamos ahora hasta qué punto la crítica moderna se ha acercado á la verdad en el camino de la interpretación del *Quijote*.

De propósito dejé para lo último el exponer los aciertos de los más eximios críticos contemporáneos en dicha interpretación, por referirse éstos á un asunto que es juntamente una de las bases en que se funda mi estudio y el punto en que este ya largo paréntesis empieza á enlazarse con el objeto capital de mis observaciones.

Me refiero á los versos satíricos que con *enigmática pluma*

—como dice Barrera—escribió Cervantes al frente y á los fines de la primera parte del *Quijote*, versos satíricos é intencionados si los hay, que desde los principios del siglo atrajeron poderosamente la atención de los eruditos.

Pellicer, Clemencín, Puigblanch, Gallardo, la Barrera y Hartzenbusch, disertaron sobre ellos con los criterios más diversos.

Pero es muy de advertir que el primero, al anotarlos, con escasa fortuna por cierto, declaró que *los interpretaban los curiosos.*

Clemencín, por su parte, después de negar que aludiesen al Duque de Lerma, se contentó con declarar que *ni entendía sus pensamientos ni encontraba en ellos otra cosa que obscuridad, confusión y tinieblas.*

Y Puigblanch, impugnando á Clemencín, escribió en sus *Opúsculos gramático-satíricos:* «Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, á dejar Cervantes traslucir, ya que no se explicase claramente (lo cual no podía sin perjudicarse), *su verdadero objeto en la composición del Quijote.*»

Cierto que el extravagante y demagógico Puigblanch, viéndolo todo por el prisma de sus teorías revolucionarias, atribuyó á Cervantes ideas que ni por asomo tuvo; pero fuerza es confesar que si bien ninguno de aquellos críticos alcanzó el verdadero sentido de los versos, todos percibieron en ellos algo dudoso, intencionado y enigmático.

A la vista de águila del insigne Hartzenbusch (1) cupo la suerte de percibir la verdad allí donde sus predecesores sólo columbraban la duda; á su privilegiado criterio tocó el apartar la luz de las tinieblas en aquel revuelto caos, puesto que en los preliminares del *Quijote* vió con admirable lucidez lo que Cervantes puso en ellos: una crítica acerba de Lope, una sátira de su vida y de su orgullo monstruoso, una verdadera

(1) *Cervantes y Lope en 1604.*

parodia de las jactancias hinchadas de los *blasones apócrifos* y de las máximas pedantescas con que el gran dramático adornó los comienzos de sus libros y singularmente los del *Peregrino en su patria*.

Ahora bien; la interpretación de Hartzenbusch ¿conviene ó no con el espíritu y con los intereses y pasiones que animaban á Cervantes en los días en que produjo su obra imperecedera?

La reciente publicación del *Peregrino* (1603); la injustísima carta de Lope (14 de Agosto de 1604) notando de *necio* á quien elogiase el *Quijote* y de *mal poeta* á Cervantes; la no menos injusta opinión de Cervantes sobre el teatro del Fénix, consignada en el capítulo XLVIII de su libro, y la acerba ironía con que se lamentó siempre de ver pospuestas sus comedias á las del *monstruo de la naturaleza*, dirán, con mayor elocuencia que todas mis palabras, hasta qué punto era cierta la interpretación de Hartzenbusch.

Tan cierta y bien fundada era, que todos los críticos la aceptan sin contradicción, desde D. Cayetano Alberto de la Barrera hasta D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

El diligente y concienzudo Barrera reunió en amplio estudio cuanto los críticos anteriores y él mismo habían dicho sobre este punto hasta el año de 1863.

Me refiero á sus *Nuevas investigaciones acerca de la vida y obras de Cervantes*, las cuales, así como las muy eruditas y curiosas *Notas* con que las ilustró, vieron la luz en el tomo primero de las *Obras completas* del autor del *Quijote*, publicadas por Rivadeneyra (1).

Interesante en extremo es este trabajo de Barrera, así por las opiniones propias que expone, comentando y transcribiendo

(1) *Obras completas de Cervantes*, dedicadas á S. A. R. el serenísimo Sr. Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza. — Madrid. Imprenta de D. Manuel Rivadeneyra..... 1863. — (Edición de 310 ejemplares.)

las de Hartzenbusch sobre los versos preliminares del *Quijote*, como por la singular conformidad que se advierte entre los juicios de ambos críticos y los del Sr. Menéndez en su carta publicada por *El Imparcial* (1).

Del cotejo del artículo de Hartzenbusch, *Cervantes y Lope en 1604*, con los comentarios que de él hace Barrera en sus *Nuevas investigaciones* y con la erudita carta del Sr. Menéndez, claramente se deduce que estos tres ilustres críticos se hallan en perfecto acuerdo sobre dos puntos capitalísimos, así para la interpretación del verdadero sentido del *Quijote*, como para los fines que persigo en este estudio.

Y estos dos importantes extremos son: 1.°, la diferencia que se observa entre el *Don Quijote* y el *Sancho* aludidos por Cervantes en dichos versos y los protagonistas de la novela sin par.

2.° El hecho de ser Lope y sus jactancias eruditas y heráldicas en los preliminares de sus libros el objeto de la sátira de Cervantes en los versos que preceden y siguen á la primera parte del suyo.

«La parte del artículo del Sr. Hartzenbusch — escribía Barrera — que se refiere más particularmente á los versos con que adornó Cervantes su libro inmortal, concluye con un resumen de varias dudas y cuestiones á que da lugar la obscuridad de que aparecen rodeados, obscuridad que, en sentir del mismo comentador y crítico, debe nacer de que *los tales versos aluden á personas ó cosas ajenas á la fábula del «Quijote.»*

«Sabe usted perfectamente — dice el Sr. Menéndez en su carta — que los versos que anteceden á la primera parte del *«Quijote» no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen,* puesto que ni D. Quijote alcanzó á fuerza de brazos á Dulcinea del Toboso, ni Sancho

(1) *Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda.* Al Sr. D. Leopoldo Rius y Llosellas. (*El Imparcial*, 15 de Febrero de 1897.)

Panza *tomó las de Villadiego* para retirarse del servicio de su señor, ni, en fin, casi nada de lo que se dice en los versos concuerda con lo que luego pasa en la novela.»

Igual observación hace Hartzenbusch respecto á los amores de D. Quijote con Dulcinea, tan distintos en los citados versos de lo que aparecen en el citado libro; pero lo que más extraña, lo que halla contradictorio y difícil de concertar es lo que Cervantes dice de Sancho en los versos, y lo que de él cuenta en el libro.

Fijándose en el soneto de *Gandalin á Sancho* que empieza:

Salve varon famoso á quien fortuna
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso
Que lo pasaste sin desdicha alguna.

«Cuando leo esto—dice—y me acuerdo de Sancho, molido á patadas por los criados de los frailes Benitos, apaleado por los yangüeses, manteado en la venta, robado por el galeote Ginés, etc., etc., *no me es dado creer que Cervantes dirigiese el soneto de Gandalin al escudero de D. Quijote, sino á otro Sancho, á quien había tratado la suerte con más blandura.....*» Y á continuación indica su sospecha de que este Sancho fuese fray Luis de Aliaga, opinión entonces muy valida, y ahora justamente rechazada por la crítica.

¿Pero no hemos hallado, por dicha, otro Sancho tratado con más *blandura por la suerte*, y que explícitamente contesta á los versos de *Gandalin,* dándose por aludido en ellos y terminando por decir:

No me llamen Sancho Panza
Que se enoja Don Quijote?

Apunta Harzenbusch su duda de que el *Ovidio español* citado en el penúltimo verso del aludido soneto fuese Lope «tan semejante á Ovidio por su facilidad, su gracia y dulzura», y por sus destierros y sus metamorfosis pudiera añadirse: y esta duda de Harzenbusch, viene á coincidir felizmente con lo manifestado por mí en la primera parte de este estudio.

Y á continuación expone la misma duda expresada por el Sr. Menéndez: «¿Dónde se vé á *Sancho* retirarse del servicio de *Don Quijote, poniendo pies en polvorosa por vivir á lo discreto*, como se dice en la décima del poeta Donoso?»

Ahora bien, estos versos demuestran con demostración palpable que existía un modelo viviente del *Sancho* cervantino, que la vida de este modelo no era ciertamente igual á la de la copia, ya que el original huyó ó se retiró de alguna parte, que ahora no intentaré determinar, *por vivir á lo discreto*.

¿Querrá esto decir que el original de *Sancho* se retiró á la discreta y apacible vida del claustro? ¿No será ésta nueva y elocuente prueba de que el aludido aquí es Fr. Gabriel Téllez, que por dos veces recoge en sus comedias la alusión de *Gandalín*? (1).

¿No era Tirso el Gandalín cuyo Amadís era Lope de Vega en aquella magna y caballeresca empresa dramática iniciada con la resurrección de tantos héroes del Romancero?

¿No dice Cervantes á Tirso en el soneto consabido:

> Que solo á tí nuestro español Ovidio
> Con bnzcorona te hace *reverencia*? (2).

¿No conviene la crítica con Hartzenbusch en que Lope era el capital objeto de todas estas sátiras de Cervantes?

Pues admitido que estos versos se refieren á los dos origi-

---

(1) Además de la ya citada de *Tanto es lo demás como lo de menos*, se halla esta otra en el acto 1.°, escena IX de *Averígüelo Vargas:* Jabaco (á D. Alfonso).....

> Ven, que tu *Gandalín* soy
> Y tú mi *Amadís de Gaula*.

(2) Téngase en cuenta que la palabra *reverencia*, sinónimo de *paternidad*, se empleaba frecuentísimamente con alusión á los frailes y así la usaron Tirso y Quevedo.

> «Llega haciendo *reverencias*,
> *paternidades* y habla.....»
>
> (Tiso: *La celosa de sí misma*.)

Y otros muchos ejemplos que pudieran citarse.

nales vivos de *Don Quijote* y *Sancho*, y admitido que Lope es uno de los satirizados, es más, que Lope es el indicado aquí como original de *Don Quijote,* ¿qué inconveniente, qué obstáculo existe para creer que Tirso fuese el modelo real de *Sancho?*

Es más, ¿qué indicio, qué razón ni qué prueba hallamos en las obras de aquellos ingenios, no ya que contradiga que pudo serlo, sino que no afirme que lo fué?

Después de haber probado con la sospecha unánime de la crítica de tres siglos, confirmada por los aciertos de Hartzenbusch, que el *Quijote* es alusivo y que Lope es el objeto principal de sus alusiones, paréceme que no sería inútil ni inoportuno el intento de evidenciar por la sola fuerza de la razón y de la lógica, que no sólo no es inverosímil el suponer que el *Quijote* fuese copia animada de modelos reales, cuajada de alusiones y de sátiras, sino que lo inverosímil é ilógico sería el suponer que no lo fuese.

Toda vez que si el conjunto de hechos nacidos de las mismas causas y encaminados á iguales fines constituyen una ley, claro es que siempre que se den juntas las causas que produjeron hechos análogos, hemos de suponer que el hecho existió, y aun cuando no existiese señalaremos su ausencia como una anomalía de la costumbre, como una contradicción á la experiencia, como una inconsecuencia de la ley.

Así, una vez demostrado—y el hacerlo me será facilísimo—que Cervantes producía todas sus obras con presencia del dato humano, tomando directamente de la realidad todos sus elementos, resultará á todas luces anómalo, contradictorio é inverosímil el suponer que sólo el *Quijote*, la más completa de sus creaciones, aquella que las comprende y cifra á todas, la que contiene todo entero el genio de Cervantes en su más alta y completa expresión, y juntamente la más naturalista y satírica y la más interpretada de sus obras, se eximiese de aquella ley y se apartase injustamente de aquellos procedimientos.

Fácil me parece, pues, demostrar *à priori* y mediante una

serie de deducciones racionales, lo que en adelante espero apoyar con numerosos documentos que no tengo por despreciables.

Pocos, pero elocuentes ejemplos me bastarán á demostrar la primera parte de mi razonamiento:

Que Cervantes copiaba directamente del natural, tomando de la realidad, y aun de su propia vida y familia, los sucesos y hasta los nombres y pormenores para sus ficciones.

1.° Recuérdense *Los tratos de Argel*, que son una página de su vida, en la cual figura con su propio nombre el mercenario *Fr. Jorge del Olivar*, Comendador de Valencia, que realizó la redención de Rodrigo de Cervantes en 1577, quedándose heroicamente en rehenes por él y por otros cautivos cristianos (1).

Y en prueba de que aquella comedia era copia del natural, dice el autor:

«Dura en Argel este cuento
De amor y dulce memoria,
Y es bien que *verdad é historia*
Alegre el entendimiento.»

2.° En *El Gallardo español*, D. Fernando de *Saavedra*, soldado de D. Alvaro de Bazán, que acuchilló á D. Juan de Valderrama, y huyó á Italia, es al propio tiempo Cervantes *Saavedra*, soldado del mismo D. Alvaro, que acuchilló al anpante en corte D. Antonio de Sigura, y se refugió en Italia del rigor de la justicia, de cuya sentencia queda memoria en

(1) *Documentos Cervantinos*: págs. 233-38 y 246.—Los cautivos cristianos, y entre ellos *Miguel de Cervantes*, dirigieron (por Octubre de 1578) un largo Memorial al Papa Gregorio XIII, á Felipe II y otros príncipes, pidiendo, entre varias gracias, la redención de Fr. Jorge del Olivar y el favor de que permaneciese en Africa para consuelo de los cautivos cristianos: natural era que Cervantes recordase con gratitud al heroico mercenario.

la Real Provisión de 1569, que condenaba á Cervantes á perder la mano derecha.

La obra concluye:

«No haya más, que llega el tiempo
De dar fin á esta comedia,
Cuyo principal objeto
Ha sido mezclar verdades
Con fabulosos inventos.»

Tales eran las obras de Cervantes: amalgamas de la verdad con la invención, donde á veces predominaba sobre la invención la verdad.

3.° Otro tanto sucede con *La Española inglesa*, nueva página autobiográfica, donde la protagonista se llama Isabela y su *madre adoptiva Catalina*, como la hija y la esposa de Cervantes, toda cuya familia habitaba «en la *casa que alquilaron frontera de Santa Paula*», justamente donde vivió el autor del *Quijote*, en Sevilla.

4.° De *El Celoso extremeño* asegura Cervantes ser *caso verdadero*.

5.° De *La Fuerza de la sangre*, nos declara que tenía por argumento una historia verídica.

6.° *El Coloquio de los perros*, es á todas luces pura alusión. Mayans le califica de «Sátira, en que, imitando á Lucilio y Horacio, se reprende á muchos con *mordacidad* (¡!) pero ocultamente.....»

En Simancas se guardan documentos de un alférez Campuzano, que bien pudiera ser el retratado en esta novela.

«En la descripción del alquimista que estaba enfermo en el hospital de Valladolid dice Navarrete que aludió (Cervantes) á un suceso muy reciente.....»

Y cuenta el caso de Lorenzo Ferrer Maldonado (1609) que, so pretexto de hallar el *verdadero lapis*, recogió grandes sumas y huyó, dejando burlados á los incautos.

7.° De *La Señora Cornelia*, que tiene por argumento el

mismo que sirvió á Tirso para *Quien da luego da dos veces,* diríase que se halla inspirada en algún suceso real, que ambos grandes ingenios reprodujeron aisladamente, ó que tal vez el uno copió al otro. De todos modos, alusión, plagio ó coincidencia, esta semejanza señala una relación más y tal vez un nuevo motivo de enojo entre Tirso y Cervantes, dicho sea de paso.

8.° De *El Licenciado Vidriera*, me parece que podré indicar adelante á quién parodia y á quién alude.

9.° En *El Amante liberal*, dice Navarrete que «en esta novela refirió (Cervantes) disfrazadamente algunos de sus propios sucesos, como lo hizo en otras y en especial en la del

10. *Capitán cautivo.*»

11. De *Rinconete y Cortadillo*, dice Cervantes «que fué *suceso que pasó en el año de 1569.*»

12. A la *Tía fingida* la califica su autor de *verdadera historia* que sucedió en Salamanca el año 1575. (No es esta ocasión de discutir si es ó no de Cervantes esta novela.)

13. En *El Persiles*, señala Navarrete varios rasgos autobiográficos, incluso el prólogo, donde cuenta el autor su última enfermedad, y se despide de las gracias y donaires.

14. ¿Y qué más? Acabo de hallar en Salamanca las matrículas de un *Juan de Avendaño* y un *Diego de Carriazo*, nombres que da Cervantes á dos personajes de *La Ilustre fregona*, uno de los cuales en la realidad, como en la novela, era estudiante en la escuela salmaticense.

Coincidencias muy dignas de notarse son las que ofrece esta novela con una historia poco esclarecida aún, y que tocaba muy de cerca á Cervantes. Porque la protagonista de ella, que, como se sabe, es una joven de misterioso origen, se llama *Constanza,* como la hija de doña Andrea de Cervantes, y el padre del *D. Tomás*, que se casa con ella, tiene por nombre *Don Juan de Avendaño*, ni más ni menos que el *D. Juan de Avendaño* que desde Trujillo del Perú remitió mil reales á la sobrina de Cervantes *Doña Constanza de Ovando*, que aparece

con este nombre en la carta de pago, y firma, por cierto, doña Constanza de *Figueroa* (1).

De modo que de su propia familia y aun de los sucesos más escondidos de ella, tomaba Cervantes los hechos y hasta los nombres para sus novelas.

Y si sacaba á luz en sus obras las intimidades más dignas de recato de su propia casa y familia, ¿qué mucho que pusiera en novela y aun en caricatura la vida de sus émulos declarados?

Si en *Los tratos de Argel* y en *El Gallardo español* creemos á Cervantes cuando nos dice que mezcla la ficción con la verdad, ¿por qué no creerle en la segunda parte del *Quijote* cuando declara (cap. XLIV): «Y así, en esta segunda parte, no quiero ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo parecieren, *nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece?*»

Uno de estos episodios, nacidos de los sucesos que ofrecía

---

(1) V. *Documentos Cervantinos, hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el Presbítero D. Cristobal Pérez Pastor* (Madrid, 1897) págs. 194-195. Documento núm. 50: Carta de pago de doña Constanza de Ovando, en favor de D. Juan de Avendaño.

Adviértase que en la precedente lista de obras de Cervantes inspiradas en la realidad, no he agregado nada por mi cuenta, limitándome á citar á Navarrete (excepción hecha de la *Señora Cornelia*, de cuya coincidencia con la obra de Tirso ya hablaron Hartzenbusch, primero, y el Sr. Apraiz después), y esto no completamente, pues aún indica el sabio biógrafo las siguientes obras y rasgos, copiados del natural:

1.ª *La Gran Sultana*, que es la historia de doña Catalina de Oviedo.

2.ª El proceso de las brujas del Bastán y Zugarramurdi en 1610, sirviendo de precedente á la pintura de la *Camacha*, la *Cañizares* y la *Montiela* en el *Coloquio de los perros*.

3.° La traslación de los restos de San Juan de la Cruz, como original de la aventura del cuerpo muerto.

4.° Y en *La Gitanilla* las metáforas á propósito de varios personajes del acompañamiento (en el romance de la Reina Margarita.)

la verdad, era allí el de Sansón Carrasco, evidente personificación de Avellaneda, como adelante espero demostrar.

Ahora bien: una vez probado con ejemplos tan elocuentes, que Cervantes tomaba de la realidad todos los elementos de sus obras, cierto que resultaría absurdo el suponer, aun desconociendo el *Quijote*, que sólo en esta obra, la mejor de las suyas y la más expresiva de su personalidad, prescindiera Cervantes de su propio temperamento y de los procedimientos artísticos que justamente individualizan su genio, aun entre escritores tan naturalistas como todos sus contemporáneos.

Y de que este absurdo no se realizó, buena prueba son los aciertos de Hartzenbusch, reconocidos y consagrados por la opinión y por la crítica.

Cotéjense los preliminares del *Peregrino* con los preliminares del *Quijote*, léase el citado artículo *Cervantes y Lope en 1604*, estúdiese atentamente la gran novela y dígaseme si después de ello y de conocer las verdaderas relaciones entre ambos grandes ingenios, es posible disentir de la opinión de Hartzenbusch.

En suma: que la lógica nos muestra que, no sólo es verosímil que el *Quijote* sea copia de la realidad y tenga sentido satírico, sino que lo inverosímil y lo anómalo sería negarle ambas condiciones.

Y lo que la lógica nos indicaba, la crítica lo ha descubierto, la opinión lo aplaude y sanciona, y la observación atenta de aquella sociedad y de aquella literatura lo descubre y evidencia más cada día.

De modo que ya nadie podrá negar, á lo menos respecto á los versos de la primera parte, que el *Quijote* contenga sátiras literarias, ni tampoco que el objeto de estas sátiras sea Lope de Vega.

Ahora bien; como los versos citados aluden, como observan Hartzenbusch y Barrera, á personas y cosas ajenas á las que forman la fábula del *Quijote*, ó, mejor aún, como dice el Sr. Menéndez, *no están enlazados en modo alguno con el tema*

del libro, sino que más bien le contradicen, ya que el D. Quijote y el Sancho pintados en los versos son tan distintos de como aparecen en la novela, consecuencia natural de tales premisas será el inferir que los aludidos en los versos eran los modelos vivientes de donde Cervantes copió á sus dos eternos personajes; luego si uno de los aludidos en los versos, uno de los modelos vivos de Cervantes era Lope, ¿quién duda que éste y no otro era el original de D. Quijote?

Y cierto que, evocando la personalidad de Lope al recorrer la novela de Cervantes, ocurre preguntar, no en qué le alude ésta, sino en qué no le alude; no en qué se parece D. Quijote á Lope, sino en qué no se le parece.

Trataré de indicar sumariamente las semejanzas que noto entre Lope y el Hidalgo de la Mancha.

I. Lope era un soñador y, como todo grande artista, se hallaría frecuentemente en contradicción con la realidad y con el orden y pragmáticas de la vida ordinaria de sus contemporáneos.

II. Era, como D. Quijote, un labrador ó descendiente de labradores que había reunido numerosa librería y se pasaba indudablemente las noches *de claro en claro*, entregado á sus lecturas é imaginaciones, cosa muy conforme con su producción maravillosa.

III. Se hallaba, como el Ingenioso Hidalgo, poseído del delirio de grandezas; y harto lo mostró desenterrando los blasones legítimos ó apócrifos de los Carpios y estampándolos en sus libros; al principio de los cuales gustaba de poner sonetos de *Duques*, *Marqueses, Condes*, *Obispos*, etc., como dijo Cervantes aludiéndole en el prólogo del *Quijote;* y «pagándose sólo de *príncipes de nombres campanudos*», como dijo de él el supuesto Avellaneda.

IV. Gustaba de llevar á sus obras asuntos del *Romancero* y libros de caballería, y compuso comedias de los propios romances que Don Quijote se complacía en recitar más á menudo, tales como:

1.° El Marqués de Mantua.
2.° Las pobrezas de Reinaldos.
3.° Abindarráez y Narváez.
4.° Roncesvalles.
5.° Mocedades de Roldán.
6.° Mocedades de Bernardo del Carpio, etc., etc.; porque pasan de quince las comedias de este género que escribió Lope, no siendo menor el número de las andantescas y fabulosas llenas de prodigios, encantos y aventuras, tales como *Angélica en el Catay, El Jardín de Falerina, La Pastoral encantada, Los Palacios de Galiana*, *La Circe Angélica*, etc., etc.

Cervantes y Avellaneda censuraron á Lope su tendencia á imitar el *Romancero* y á hablar el lenguaje *de los cándidos tiempos de Fernán González*, y Lope contestó á estas alusiones, censurando á Cervantes después de muerto y diciendo por boca de la doncella Inés, en su comedia *Amar sin saber á quién:*

Yo leo en los Romanceros
Y se me pega esta seta,
Y á fe que de ser discreta
Tengo muy buenos aceros.

V. Lope era el verdadero original físico de Don Quijote: alto, moreno, pálido, enjuto, de bigote negro y áspero; imaginativo y melancólico.

VI. Grabó sobre su retrato en *El Peregrino* una calavera, como Don Quijote en sus armas la *Triste figura* que le dió nombre.

VII. Gustaba, como el hidalgo manchego, de poner á sí y á sus cosas nombres altos, sonoros y significativos: así, en vez de llamarse lisamente *Lope de Vega Fernández*, se nombraba *Lope Félix de Vega Carpio*, dando á sus amigas nombres poéticos y fingidos, como Camila Luscinda, Marcia Leonarda, Clori, Amarilis, etc.

VIII. Y justamente el *Quijote* contiene los nombres de todas las damas de Lope:

1.° *Dorotea*, que tiene amores con un *Don Fernando*, como la *Dorotea* de Lope, que en esta autobiografía suya se personifica en *Don Fernando*.

2.° *Camila*, protagonista del *Curioso impertinente*, que tiene uno de los nombres de *Camila Lucinda*, la amiga de Lope que figura en *El Peregrino*.

3.° *Marcela*, la pastora, que se llama como *Doña Marcela de Trillo y Armenta* ó *Doña Marcela de Armenta*, madre ó hermana de la madre de *Doña Marcela del Carpio*, hija de Lope.

4.° *Lucinda* (historia de Cardenio).

5.° *Dulcinea*, que bien pudiera ser anagrama de Lucinda, como indican los Sres. Barrera y Hartzenbusch.

IX. Cervantes censura abiertamente el teatro de Lope en el cap. XLVIII de la primera parte, llamando á sus comedias *conocidos disparates* y *ejemplos de necedades*.

X. Le alude con ironía sangrienta en el prólogo á la segunda parte de su libro, al elogiar junto con su *ingenio y sus obras*, su *ocupación continua y virtuosa*.

XI. Siendo muy de notar la semejanza que con estas intencionadas palabras tienen otras no menos alusivas del capítulo LXXIII de la segunda parte del *Quijote*. Vuelto éste á su aldea, dice al cura y al bachiller que: «*tenía pensado hacerse aquel año pastor* (pastor de almas, es decir, sacerdote, acababa de hacerse Lope, que cultivaba por entonces asuntos pastoriles) y entretenerse en la *soledad* de los campos, donde *á rienda suelta* podía dar vado á sus *amorosos pensamientos* ejercitándose en el *pastoral* y *virtuoso* ejercicio.....» Recuérdese que Lope tenía terminados en 1611 sus *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, que en 1612 publicó *Los Pastores de Belén*, y en 1615, cuando Cervantes acababa el *Quijote*, salieron de molde sus *Coloquios pastoriles* en alabanza de la Limpia Concepción. Y como el nuevo estado sacerdotal de Lope y estas piadosas composiciones suyas contrastaban tan violentamente con sus amores con Doña Marta, obsérvese cuánto se parece la ironía con que

mezcla aquí Cervantes los *amorosos pensamientos* y el pastoral y *cristiano ejercicio*, á lo de la *ocupación continua y virtuosa* que dijo en el prólogo.

Y aunque mucho más pudiese añadir, y añadiré probablemente en adelante, paréceme que con lo indicado basta para evidenciar cuán bien conciertan las alusiones contenidas en todo el libro con las de los versos de la primera parte, tan felizmente interpretados por Hertzenbusch.

El satirizado en los versos es, pues, el mismo á quien se satiriza en el libro, es decir, Lope. Y la misma divergencia que aparece entre los tan citados versos y la novela lo demuestra; porque si el Don Quijote de los versos no concierta con el de la novela, el punto en que estas discordancias se acuerdan y en que estas diferencias desaparecen es justamente Lope, ya que á Lope se parecen y aluden por una parte los versos y por otra el héroe inmortal de Cervantes.

Ahora bien, si Lope era el original vivo de Don Quijote, ¿por qué no ha de ser Tirso el original de Sancho?

¿No era el antagonismo literario, y muy singularmente la supremacía dramática de Lope, la causa de todos los enojos de Cervantes?

¿Y no era Fr. Gabriel Téllez el más antiguo y el más grande de los discípulos de Lope?

Pues evidente es que siéndolo, le cabrá gran parte de los enojos de Cervantes.

¿No era Tirso el secuaz, el imitador, el auxiliar artístico de Lope?

Pues innegable es que allí donde Lope fuese Don Quijote, á Tirso le tocaba por derecho propio el papel de Sancho.

¿No se parece á Lope, así moral como físicamente, el Hidalgo de la Mancha, como una caricatura á su modelo?

Pues del propio modo y en la misma proporción se parece á Tirso el escudero manchego.

Ya que Sancho era como Tirso, pequeño de cuerpo, alegre y naturalista de temperamento, chistoso, buen comedor, lo-

cuaz, un tanto intencionado, un si es no es malicioso, y grande amigo de refranes (1).

Y ya que Tirso en más de una ocasión se dió por aludido de ser el original de Sancho.

Además, la misma diferencia observada respecto á Lope, como original de *Don Quijote*, entre los versos de la parte primera y el texto de la novela, se advierte en uno y otro lugar respecto á Sancho; y así como Lope es, según dije, el punto en que ambas diferencias se conciertan y aun se integran, de igual modo se acuerdan y completan en Tirso las diferencias que tan claramente advierten Hartzenbusch y Menéndez entre el Sancho objeto de los versos y el Sancho personaje de la novela, puesto que ambas cosas, la novela y los versos, se refieren á Tirso, que es el satirizado en los unos y el retratado en la otra, el Sancho inventado por Cervantes y el modelo viviente de aquella invención.

---

(1) Ha llegado á mis noticias que algunos severos críticos hallan poderoso argumento en contra de mis teorías en la diferencia que creen advertir entre el retrato de Téllez que posee el Sr. Marqués de Santa Marta—el cual, según espero acreditar fehacientemente, es copia de otro tomado directamente del original—y el Tirso que aquí presento, pequeño, robusto, colorado, etc. Y contestando á ese reparo debo decir: 1.° Que cuando se escribió el *Quijote* (1605-1615) Tirso era jóven, y cuando se pintó el retrato, después de 1639, era viejo, y el rostro que á los treinta años ó poco más está lleno y rozagante, no es mucho que cerca de los setenta se halle alargado, flaco y descaecido, y más si en el intervalo que separa ambas edades han contribuído á marchitarle, trabajos, vigilias, mudanzas de clima y graves atenciones. Así no es raro que el rostro que á los treinta años era redondo á los sesenta fuese largo y flaco; y en cuanto á la estatura, nada nos dice un retrato y menos cuando no es de cuerpo entero, ya que es muy frecuente el engañarse respecto á las proporciones de una persona á quien sólo se conoce por retrato (por lo cual es especie de coquetería en los pequeños no retratarse sino de busto ó hasta las rodillas). Respecto á la gravedad que muestra el semblante de Téllez en el retrato, debo debir lo mismo que dije de su robustez y frescura, ya que es fuerza confesar que toda aquella gravedad de su vejez no será parte á negar que en sus mocedades hubiese producido su ingenio tantos donaires y lozanías.

Trataré de explicarme: el D. Quijote y el Sancho de la novela, son respectivamente la personificación sintética y artística de dos individualidades humanas, no su reproducción fotográfica ni el inventario detallado de su vida y costumbres; más aún: no siendo el *Quijote* mera sátira personal—¡lejos de mí el suponerlo!—sino una obra de altos vuelos que tuvo su precedente en la realidad humana, como todas las de Cervantes, y de la cual se aprovechó su autor para ingerir en ella sátiras y alusiones, claro y evidente es que entre la vida social y privada de los dos personajes reales que sirvieron de modelo á Cervantes, y los dos imaginarios personajes de la novela, habían de existir numerosas diferencias; y estas son justamente las que se notan entre el D. Quijote y Sancho aludidos en los versos y el D. Quijote y el Sancho de la novela. Pero evidente es también que los aludidos en los versos son los representados en la novela, no sólo porque otra cosa no tendría sentido, sino porque Cervantes acostumbraba á representar en los accesorios de sus libros los personajes aludidos en ellos (1), y evidente é incontestable es, además, que si los versos que se refieren á la vida privada de los modelos conciertan con Lope y Tirso en esta parte, y los personajes de la novela, que son verdaderas caricaturas artísticas, convienen también extremadamente en esta otra con ambos grandes ingenios, no cabrá dudar que Tirso y Lope son los satirizados en los versos y los retratados en el libro.

Así, si con Sancho no convienen de modo alguno ni el soneto que le dirige Gandalín, ni la décima que le asesta el Donoso, con Tirso convienen exactísimamente uno y otra. Porque si aquellos primeros versos del soneto

> ¡Salve, varón famoso á quien fortuna
> Cuando en el trato escuderil te puso,
> Tan blanda y cuerdamente lo dispuso
> Que lo pasaste sin desdicha alguna!...

(1) Así lo hizo en el Prólogo al *Persiles* y en la *Adjunta al Parnaso*.

no podían, ni por asomo, referirse al pobre escudero de Don Quijote, molido, apaleado, robado y tan maltrecho, en sus sucesivas malandanzas, no cabe duda que se referían, como observa Hartzenbuch, «á otro Sancho tratado por la suerte con más blandura», el cual era, á no dudarlo, el mismo de quien dice el soneto:

Que sólo á tí nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia;

es decir, el único á quien Lope otorgaba su confianza, ó á quien Lope acataba y atendía; y el que dándose por aludido de ser Sancho, contestó á este soneto por boca de Gulin (en *El rico avariento)* (1); y el mismo, finalmente, de quien decía el Donoso que se retiró á *vivir á lo discreto;* vida que, si en nada conviene con la del escudero malandante, convenía mucho con la del encerrado religioso.

Y admitido que este religioso no fuese Aliaga (como el señor Menéndez opina y yo tengo por seguro), ¿quién podía ser mejor que Tirso?

Y digo que el original de Sancho no fué Aliaga, porque justamente la creencia de que lo era partía del principio de tenerle por el falso Avellaneda, y la de tenerle por Avellaneda se apoyaba en la triple suposición de que fué juntamente el Sancho Panza de Cervantes, el poeta designado así en las justas de Zaragoza (1614), y el autor de *La venganza de la len-*

(1) Véanse en la primera parte de este trabajo los versos que empiezan:

Yo, lacayo *Gandalín,*
El primero que anda á mula, etc.

Y adviértase de paso, que este segundo verso no carece de intención, puesto que siendo las mulas caballería propia de personas graves, y singularmente de religiosos, al decir Tirso irónicamente que era *el primer lacayo que andaba á mula,* dejaba traslucir justamente su condición reverenda y su respuesta á Cervantes, que le motejaba de lacayo y escudero.

gua castellana, en cuyo estilo advierten los críticos, desde antiguo, la misma mano que en el falso *Quijote*.

Pero Fr. Luis de Aliaga no fué ni el original de Sancho, ni el poeta motejado con este nombre en las justas de 1614, ni el autor del falso *Quijote*, ni el de *La venganza*, como han probado los Sres. Tubino y Menéndez Pelayo (1), y espero evidenciar más adelante.

No siendo, pues, Aliaga el modelo de Sancho y existiendo además de los versos del *Donoso*, que dicen que se retiró á vivir á lo discreto, otros varios indicios para sospechar que así el encubierto novelista como el original del escudero manchego y el autor de la *Venganza* fuese un religioso, así como para creer que Avellaneda era autor dramático y teólogo —cosa que acredita además el vivo enojo que Cervantes manifestaba por entonces contra los teólogos, los satíricos y dramáticos — ¿qué obstáculo racional se opone á la creencia de que Tirso fuese juntamente Avellaneda y Sancho?

¿No lo supusieron así la opinión y los eruditos respecto de Aliaga, sin otros fundamentos que los muy débiles que todos conocemos y han sido destruídos por completo por la fuerza de la lógica y de la cronología?

¿No es racional suponer que siendo Tirso el más alentado paladín de la dramática de Lope, fuese el mayor enemigo de Cervantes?

¿Qué inconveniente habrá para suponer, con fundamento, de Téllez lo que infundadamente se supuso de Aliaga?—Ninguno.

Pero, puesto que este artículo peca de extenso, trataré de reunir en breve síntesis las razones con que quisiera demostrar *à priori* lo que en adelante espero apoyar con no escasas pruebas.

(1) El Sr. Tubino, en su libro *Cervantes y el Quijote*, y el Sr. Menéndez, en su citada carta publicada en *El Imparcial*. También reproducen esta opinión Mr. E. Merimée, en su *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*, París, 1886; y D. José de Armas y Cárdenas, en su libro *El Quijote de Avellaneda, y sus críticos*, Habana, 1884.

Manifestado queda con numerosos testimonios—aunque muchos más pudieran alegarse—el empeño con que la crítica se obstina, desde hace cerca de tres siglos, en hallar el sentido de las sátiras y alusiones del *Quijote* y en descubrir el origen y autor de la novela tordesillesca.

Pero evidente es también que hasta mediados de este siglo, y aun después, los críticos no atinaban con la solución del doble problema, por obstinarse en equivocar todos los antecedentes de él, y en separar por completo cosas tan íntimamente unidas como el sentido de las sátiras del *Quijote* legítimo y la génesis del apócrifo:

1.° Negando el antagonismo entre Lope y Cervantes y la división del Parnaso, no en dos escuelas diversas, sino en dos *bandos* opuestos que se disputaban el dominio de la escena.

2.° Quitando toda importancia al libro de Avellaneda y negando á su autor su significación como defensor de la dramática de Lope en aquella empeñada lucha.

3.° Y afanándose, por último, en buscar la cuna, el solar y aun la familia de D. Quijote por toda la Mancha, teniendo el Ingenioso Hidalgo por fruto de las dilatadas estancias que su autor había hecho en aquella extendida región.

Mayans, Ríos, Pellicer, Navarrete y todos sus contemporáneos, desconocieron el verdadero espíritu de las relaciones entre Lope y Cervantes; negaron todo mérito y significación al libro de Avellaneda; no sospecharon ni remotamente la injusticia de Cervantes para con los dramáticos de sus tiempos, ni el ciego y cruel apasionamiento con que mutuamente se juzgaron aquellos dos gigantes de nuestras letras, ni midieron, por lo tanto, el alcance y la trascendencia que aquel antagonismo tenía para la historia de nuestra literatura, y muy singularmente para la historia y conocimiento de ambos *Quijotes*.

Véase como juzgaba Navarrete la interesante cuestión de las censuras y alusiones literarias del gran libro de Cervantes:

«Consecuencia—escribía—del aprecio universal con que se recibió el *Quijote*, fué la *persecución* que comenzó á padecer

su autor por la *malicia* y *emulación* de algunos escritores que se creyeron compredidos en las censuras y reprensiones de aquella obra. Vieron ridiculizados en ella con graciosa ironía los autores de los libros caballerescos y el enjambre necio de lectores que los apreciaban; censurados varios poetas en el ingenioso escrutinio de la librería de *Don Quijote*, y (¡entiéndase bien!) *reprendidos* y *abochornados los escritores dramáticos en el juicioso coloquio* del canónigo de Toledo, á la sazón que *los apasionados de Lope de Vega, alucinados con su prodigiosa fecundidad*—¡como si Lope no hubiese tenido otros méritos!—*le separaban con insensatos aplausos* (¡!) del recto sendero *de la razón y de la naturaleza de semejantes composiciones*, despreciando y abandonando las *reglas* y *preceptos* dictados por ....Aristóteles y Horacio.»

Substancioso es por demás ese párrafo, que prueba con irrebatible elocuencia que, para defender la injusta agresión de Lope al teatro nacional, es necesario prescindir juntamente de la justicia, de la verdad y de la estética, como prescindió el meritísimo biógrafo—en general tan razonable y templado—al pretender que nuestros dramáticos se vieron nada menos que *abochornados* ante la mezquina crítica de Cervantes, que posponía las prodigiosas creaciones de Lope á las obras tan insulsas y descoloridas como *La Isabela*, *La Alejandra*, *La Enemiga favorable*, etc.

¡Cuán inferior es aquí la crítica de Navarrete, influída por el pseudo clasicismo de sus tiempos, á la del insigne Tirso que, adelantándose á su época, derrocó valientemente la rozoña máquina de las unidades y los preceptos, ante la luminosa teoría de la verosimilitud moral!

¡Y con cuán admirable acierto coloca el ilustre Menéndez y Pelayo á Cervantes á la cabeza de los adversarios y á Tirso al frente de los apologistas del teatro nacional! (1).

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II (siglos XVI y XVII), vol. II, págs. 315, 419, 426, 443, 470 y 474.

Por eso, después de la solemne rehabilitación de nuestra dramática, después de los aciertos de Hartzenbusch en la interpretación de las sátiras del *Quijote;* después del hallazgo de las cartas de Lope, después de la publicación de las *Ideas estéticas;* después de la aparición de los *Documentos Cervantinos*, no es posible juzgar á Cervantes ni á sus obras con el criterio de Navarrete.

Porque desde 1819, todo, así los progresos de la crítica como el hallazgo de importantes documentos, ha contribuído á desvirtuar antiguos juicios y á marcar nuevos derroteros á la crítica.

Adviértase de paso que mis hipótesis y teorías no sólo no disienten, sino que se armonizan é identifican en todo con las nuevas tendencias de la crítica y con el espíritu de los más recientes documentos (1).

Empeñábanse los eruditos en buscar á D. Quijote por los lugares de la Mancha y á los *académicos argamasillescos* (2) en el pueblo que *al parecer* les daba nombre; pero D. Quijote y los *académicos* burlescos no procedían de Argamasilla de Alba, y ya D. Luis Fernández Guerra dedujo de las sátiras de Suárez de Figueroa que el original del *Ingenioso Hidalgo* andaba vivo y sano por la corte en 1617 (3); y los *Documentos*

(1) En el citado volumen de las *Ideas estéticas* declara su ilustre autor: 1.° (pág. 419), que Cervantes fué el más famoso entre los contradictores del antiguo teatro; 2.° (pág. 241), que en estas palabras del capítulo XLVIII del *Quijote* (primera parte): «.....los autores que las compran (las comedias) dicen que así han de ser, porque *así las quiere el vulgo,*» alude Cervantes visiblemente al *Arte nuevo*, de Lope; 3.° (pág. 424), que conviene poner de manifiesto los *errores, arbitrariedades é injusticias de la crítica de Cervantes y darle su tanto de culpa en la rencilla con Lope, á quien él probablemente atacó primero, dando lugar á que uno de los discípulos del Fénix* saliera á su desagravio escribiendo el *Quijote* de Avellaneda; 4.°, y por último (pág. 474), que Tirso escribió la más *brillante y nerviosa apología que conocemos de la antigua escena.*»

(2) Navarrete, *Vida de Cervantes*, págs. 453 y 454.

(3) *Don Juan Ruiz de Alarcón*, por D. Luis Fernández Guerra.

cervantinos han venido á probar que Cervantes apenas si residió en la Mancha (á lo menos en la Mancha baja, de donde se supuso que procedía D. Quijote).

Mayans y Navarrete negaban á Avellaneda el agua y el fuego, declarando su novela exenta de todo mérito y su prólogo *digno del rigor de las leyes;* pero la bienhechora crítica moderna, desde Hartzenbusch, Barrera, Fernández Guerra y Tubino, hasta Menéndez y Pelayo, restituyó al libro su verdadero y justo valor, y comenzó á indagar si las quejas de Avellaneda—por agrias y destempladas que fuesen—carecían ó no de todo fundamento, y coligió que todas ellas eran de índole literaria y propias singularmente de un escritor dramático de la escuela de Lope.

Observó la serena censura que no era Avellaneda el único en quejarse de Cervantes, y al notar que todos los que le hacían coro eran poetas y escritores, Lope, Góngora, Villegas, Gallo de Andrade, Suárez de Figueroa, etc., dedujo naturalmente que las sátiras contenidas en el *Quijote* eran de índole literaria, ya que literatos eran los que se daban por ofendidos de ellas.

Notó Schak la injusticia de Cervantes en exigir á los dramáticos de sus tiempos una perfección clásica que él estuvo tan lejos de alcanzar en sus obras, y esta observación sirvió para evidenciar que Cervantes escribía animado de un sentimiento que no era ciertamente el amor al clasicismo.

Advirtió Hartzenbusch que el prólogo y los versos de la primera parte del *Quijote* eran sazonadísima sátira de los preliminares de los libros de Lope, y singularmente del *Peregrino*.

Descubrióse la correspondencia de Lope y con ella aquella célebre carta en que tan injustamente maltrata al *Quijote* y á su autor, declarando que sus *comedias eran tan odiosas á Cervantes como sus librillos á Armendáriz*.

Comparóse esta declaración de Lope con el elogio que Cervantes tributa á Armendáriz á renglón seguido de censurar las *comedias endiabladas (Viaje al Parnaso)*.

Se relacionó el cap. XLVIII del *Quijote* (primera parte), en que Cervantes califica las comedias de Lope de *conocidos disparates,* con la carta en que Lope declara *necio* al que elogiase el *Quijote.*

Se observó el encomio del Fénix á los libros de Caballerías—en la dedicatoria del *Desconfiado*—tan en oposición con las teorías mantenidas por Cervantes.

Y se descubrió que Lope había zaherido á su adversario hasta después de muerto (1), defendiendo de paso los *Romanceros,* como si él hubiera sido el ridiculizado por Cervantes por su amor á los viejos romances y á los poemas andantescos.

Á todo lo cual ha de agregarse el sarcástico elogio en que Cervantes envuelve el ingenio y la ocupación virtuosa de Lope en 1615 (Prólogo á la segunda parte del *Quijote).*

El hecho de volver á notar de disparates sus comedias, y sin duda también las de Tirso, que eran las que se representaban en 1614.

> Adiós, teatros públicos, *honrados*
> *Por la ignorancia que ensalzada veo*
> *En cien mil disparates recitados.*
> *(Viaje al Parnaso.)*

Y la explícita declaración que en el mismo *Viaje* hace Cervantes de la causa de sus enojos, al describir aquel jardín y *huerta*, que por las señas era la de Lerma, donde se congregaban los ingenios—á tres horas después de medio día—y á donde se premiaba á los poetas, habiendo todos hallado puesto y lauros, menos Cervantes, que se quedó de pie y en aquella postura,

> «Despechado, colérico y marchito,»

dirige á Apolo aquella expresiva arenga en que le expone sus méritos y sus quejas por verse eliminado del número de los elegidos.

---

(1) En su comedia *Amar sin saber á quién.*

¿Se quiere una prueba más clara de la dolorosa amargura con que se consideraba pospuesto y humillado por la triunfadora falange de Lope?

Léase el prólogo de sus comedias y la dedicatoria en que encarece al de Lemus, como excelencia de aquellas obras suyas, el hecho por él tan lamentado de no haber sido nunca representadas: «*.....y si alguna cosa llevan razonable, es que no van manoseadas ni han salido al teatro, merced á los farsantes, que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan.*»

Y á vueltas de esto encarece en el *Prólogo* como uno de los méritos de Lope el hecho de haberse representado todas sus comedias.

El amargo despecho de esas quejas y el cruel apasionamiento con que se juzgaron mutuamente ambos ingenios príncipes, son ya cosas innegables y por todos reconocidas.

Pero para que Cervantes, tan comedido y circunspecto de suyo, perdiese la conciencia de toda justicia hasta el punto de condenar con tal dureza, en los dramáticos de su tiempo, las faltas en que él incurrió mucho más gravemente, muy ciego debía estar por el enojo, ó muy poseído de la pasión que de tal modo extraviaba su clarísimo entendimiento.

Luego, por la magnitud de esta inconsecuencia suya puede medirse la de los celos literarios que abrigaba hacia Lope; hacia aquel prodigioso Lope que lo llenaba todo con la grandeza de su personalidad artística, hacia aquel Lope que arrojaba victoriosamente del teatro la generación dramática á que perteneció Cervantes, y que absorbía y monopolizaba el aplauso y aun la adoración de sus contemporáneos.

Y como Lope era aquel hidrópico de gloria que nos pintan sus propios discípulos, pagó á Cervantes su injusticia con otra igual en la carta en que con tanto desdén hablaba del *Quijote*.

Aquella era la eterna lucha de los antiguos y de los modernos, la lucha del pasado que muere defendiéndose al pie de sus

altares, contra la innovación que avanza triunfante y arrolladora.

Lope arrojó sobre Cervantes todo el peso de su gloria; Cervantes se vengó de su adversario con una venganza épica: el *Quijote*.

Y al trazarlo, sediento de inmortalidad y abrasado en celos del entendimiento, avanzó, sin sospecharlo, por el camino de la innovación tantos pasos de gloria como su adversario, puesto que con la divina inconsciencia del genio acababa de crear la novela, como Lope el teatro nacional.

Tal fué, á mi parecer, la génesis sublime del *Quijote*, que, como toda grande epopeya, es el reflejo de la verdad en el espejo maravilloso del genio, la transfiguración de la realidad en el Tabor divino del arte.

Así *Don Quijote* es juntamente caricatura y símbolo: es por una parte caricatura de Lope y sus adeptos; y por la otra imagen del espíritu de Cervantes, y aun del espíritu de toda la humanidad, enamorado de un eterno ideal y condenado á una constante caída; mecido continuamente en el espacio inmaterial de los sueños y condenado á despertarse á los rudos golpes de la realidad y entre las carcajadas con que el mundo se burla de los extáticos y ensoñadores.

La mitad del *Quijote* es símbolo, y la otra mirad sátira literaria escrita en enigma.

Respetemos el símbolo; pero para reconstruir la historia literaria, estudiemos las sátiras.

Término y suma de todo lo dicho será el reconocer que del antagonismo de Cervantes y Lope fueron naturales frutos el *Quijote* legítimo, con todas sus sátiras y alusiones, y el apócrifo, escrito en desquite de aquellas agresiones, y aun de otras que no lastimaron menos á su autor.

Luego, si por haberse *alzado con la monarquía cómica*, era Lope el objeto de los enojos de Cervantes, á Tirso, que en 1614 compartía con él el cetro de la escena, le tocaban por lo menos la mitad de aquellos enojos de Cervantes.

Y digo por lo menos, porque Tirso, colaborador con Lope en la creación del teatro, tuvo mayor conciencia de su obra y más denuedo para defenderla que el propio iniciador, ya que al cabo éste, como observa el Sr. Menéndez, cantó aquella *lamentable palinodia* del *Arte nuevo de hacer comedias*, y Tirso en *Los cigarrales*, en *El Vergonzoso*, y sin duda en las Academias y corrillos literarios, levantó siempre la enérgica voz en defensa de la *comedia nueva*. Y este sería para Cervantes su mayor pecado.

Por todo esto, si Lope fué el original de D. Quijote, Tirso debió ser lógicamente el de Sancho.

Si el segundo *Quijote* se escribió contra Cervantes en defensa del arte de Lope, aunque no exento de sátiras contra su persona, nadie pudo escribirle mejor que el que mejor supo defender la escuela y más enojado se manifestaba con el maestro en 1614.

Y finalmente, si las presunciones más bien fundadas de la crítica indican que el libro de Avellaneda debe ser obra de un escritor que fuese juntamente el original de Sancho, el poeta designado con este nombre en las justas de Zaragoza y el autor de la *Venganza de la lengua española*, ninguno se hallará que reuna mayores condiciones para asumir esas tres personalidades como Fr. Gabriel Téllez, discípulo de Lope, enemistado con su maestro y adversario de Cervantes en 1614; el cual era desde 1626, por amigo de Montalbán y protegido de Aliaga, y por otros muy particulares motivos, el que mejor dispuesto se hallaba á romper lanzas con el autor del *Cuento de cuentos*, como intentaré demostrar muy en breve.

Los que conozcan la admiración, el entusiasmo y hasta la especie de íntimo afecto que el largo trato intelectual y la constante contemplación de su genio me inspiran hacia Tirso, no dudarán de mi sinceridad cuando asegure que siento verdadera pena y contrariedad en adjudicarle el doble regalo del falso *Quijote* y la *Venganza;* porque si es cierto que ambos desahogos no carecían de fundamento, y que uno de ellos (el *Qui-*

jote) no está en modo alguno exento de valor literario, no lo es menos que nada añaden á su gloria, para la cual sería preferible que no los hubiese escrito; pero, aunque se tratase de obras desnudas de todo mérito é indignas de toda defensa, no sería yo quien, sospechando su origen, pretendiese ocultarlo para adular á Tirso con el silencio—y esta creo que es la mejor prueba que puedo dar de mi conciencia literaria—porque en la historia de las letras, como en todo, hay algo que vale por lo menos tanto como la gloria, y ese algo divino es la verdad.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

CRÓNICA LITERARIA

Un libro de historia: El señorío temporal de los Obispos de Lugo, por D. Antolín López Peláez.

Al presente, los estudios históricos son poco cultivados en España, y la escasez de este género de trabajos aumenta la estimación á que son acreedores, ya que la rareza de las cosas es uno de los elementos de su valor, como la excesiva abundancia de las que fácilmente se producen y adquieren conduce á que las tengamos en poco, aunque en sí sean buenas.

Los autores de extensas y minuciosas obras históricas, los Masdeu, los Flórez, los Rodríguez Mohedano, no tienen en nuestra literatura histórica contemporánea continuadores ni herederos. Tampoco abundan las historias de proporciones menos amplias y de más limitado asunto, aunque haya habido en nuestro tiempo y haya todavía historiadores especiales ya de una época, ya de una localidad, ya de un género particular de hechos, cuyos libros acreditan que aún no se ha perdido por completo entre nosotros la inspiración de Clío, la antigua Musa de la Historia. Pero como su número es escaso, y sucede al mismo tiempo que en la mayoría de las naciones cultas la afición á los estudios históricos y el consiguiente florecimiento de ellos superan con mucho á cuanto se consiguió en los dos siglos anteriores, la inferioridad de España es manifiesta, y

nuestra producción histórica no alcanza el nivel qne aún mantenemos en otras ramas del saber y de la literatura.

Conviene, pues, fomentar estos tan importantes estudios, alentando á los que se consagran á ellos, y estimulando á otros para que los imiten. El campo de la historia nacional ofrece materia abundantísima, de gran interés y de no poca enseñanza, pues sin incurrir en vanagloria, podemos afirmar los españoles que, al curso de nuestros sucesos, apenas hay otro que lo iguale en la historia de las naciones de Europa, por la variedad de casos y acontecimientos peregrinos y portentosos que en él se ofrecen, por los ejemplos y lecciones con que brinda, y hasta por los mismos contrastes y rápidas mudanzas en que abunda.

Con el fin de coadyuvar en algún modo á difundir la noticia y el conocimiento de los estudios históricos que entre nosotros ven la luz pública, voy á dedicar esta Crónica á la interesante monografía que ha publicado el Sr. López Peláez acerca de *El señorío temporal de los Obispos de Lugo*, obra premiada en un reciente certamen literario, celebrado con motivo de la Exposición regional gallega.

Los lectores asiduos de estas Crónicas recordarán acaso que en una de ellas se habló de otro libro del mismo Sr. López Peláez, consagrado al Padre Sarmiento, el erudito defensor de Feijóo. De otros varios trabajos históricos, como *Los Benedictinos de Monforte*, *El monasterio de Samos*, *Historia de la enseñanza en Lugo* é *Historia del culto eucarístico en Lugo*, es autor el Sr. López Peláez, quien sigue la tradición de los eclesiásticos cultivadores de las letras humanas, tan gloriosa para la Iglesia y para la literatura de nuestro país, y hoy bastante decaída, aunque no falten en el clero español cultivadores distinguidos, y algunos de ellos eminentes, del saber profano y de las letras.

*
* *

El estudio sobre el señorío temporal de los Obispos lucenses presenta cualidades muy estimables. El Sr. López Peláez ha acudido á las fuentes originales, acreditándose de investigador laborioso y dando una sólida base documental á su trabajo. Muestra asimismo conocer bien los escritos históricos que guardan alguna relación con el asunto que trata en su monografía, y en particular los concernientes á la historia de Galicia. El estilo de su obra es castizo, agradable y claro, aunque quizás, dada la índole de ella, debería ser menos florido de lo que en algunos pasajes es, para acomodarse á la sencillez propia de las narraciones históricas.

Dada la naturaleza de este estudio y el carácter eclesiástico de su autor, ninguna persona de buen juicio extrañará que, sin hacer el Sr. López Peláez una historia apologética del gobierno de los Obispos en Lugo, se incline á justificarlos y sólo apunte con timidez alguna ligera crítica al llegar á los más graves acontecimientos. Debe tenerse en cuenta también para apreciar el grado de imparcialidad histórica de este trabajo, que, en cierto modo, la parcialidad que en él pueda haber emana de las mismas fuentes, toda vez que los principales documentos conservados hasta el día, ó son los otorgados á favor de los Obispos, ó los expedidos por ellos mismos, pues el Archivo municipal que podría dar luz acerca de las contiendas entre los señores eclesiásticos y el Concejo, que forman el nudo de esta historia, es muy pobre y escaso en datos, según manifiesta el Sr. López Peláez.

Adelantándose éste á las objeciones que, en punto á imparcialidad, pudieran hacerse á su trabajo, emite algunas apreciaciones generales encaminadas á mostrar que la posición del historiador ante los hechos que relata, no puede ser de impasibilidad ó indiferencia. Ciertamente, imparcialidad absoluta no puede haberla en la Historia, como no la hay en la vida práctica ni en clase alguna de juicios. La imparcialidad que puede exigirse al historiador consiste en que no desfigure los hechos y en que los aprecie con espíritu de tolerancia y cari-

dad. Pero no es posible exigirle que se mantenga absolutamente neutral, y menos tratándose de sucesos de su país y de instituciones ó clases á que pertenece (como ocurre en el presente caso). Ni aun acontecimientos remotos, pueblos extinguidos, revoluciones separadas de nosotros por larga sucesión de siglos, y personajes de las más lejanas edades, pueden ser juzgados por el historiador moderno sin que se mezcle á sus juicios alguna preferencia, alguna simpatía ó aversión, procedentes de las creencias, las opiniones, la educación y la raza del que lleva su pensamiento hacia aquellos sucesos tan lejanos y aquellos personajes de que nos separa largo espacio de tiempo ocupado por centenares de generaciones. Los indios desdeñan, por lo general, la Historia, considerándola como un entretenimiento frívolo, como una sucesión de las apariencias engañosas de Maya; pero si un brahmin de Bengala ó de Ceylán escribiese la historia de Europa, provisto de todo género de documentos y de fuentes de observación, de seguro apreciaría los hechos con criterio muy diferente al de nuestros historiadores occidentales. Y sin ir tan lejos, sin salir de la civilización europea moderna, es indudable que nuestra educación clásica nos comunica parcialidad á favor de los griegos al tratar de hecho tan lejano de nuestras actuales luchas como las guerras médicas. Así lo ha reconocido y sustentado con razones de peso algún historiador alemán. ¿Qué mucho que tratándose de acontecimientos más modernos, que guardan alguna, aunque remota relación, con cuestiones discutidas al presente y que afectan al prestigio de una serie de Prelados, un historiador que pertenece también al estado eclesiástico se incline á explicar los hechos de la manera más favorable á los Obispos, cuando la escasez de datos irrebatibles y la obscuridad que á algunos acontecimientos rodea deja cierto grado de libertad á las interpretaciones?

***

El plan de la obra del Sr. Lopez Peláez me parece acertado. En vez de hacer un relato seguido y estrictamente cronológico de las vicisitudes por que pasó el señorío temporal de los Obispos lucenses, forma que hubiera adolecido de monotonía y hecho más sensibles las lagunas que por falta de suficiente base documental hay en los sucesos que hasta nosotros han llegado, presenta el autor las diversas fases que ofrece en su desarrollo histórico la autoridad temporal de aquellos prelados, agrupando en cada período los hechos semejantes y conexos y haciendo resaltar en capítulos especiales los episodios más importantes y dramáticos de la lucha sostenida por el poder episcopal de Lugo con otros poderes y otras entidades. Con este método de exposición adquiere la narración mayor variedad y colorido, y el libro da al lector una imagen más viva y más condensada del asunto, sin que desaparezca la unidad ni se obscurezca la relación entre unos y otros acontecimientos, puesto que se conserva la sucesión cronológica de los períodos.

A la parte narrativa (que es la que constituye el trabajo premiado en el certamen de que queda hecha referencia) ha añadido el Sr. López Peláez otra parte documental, formada por un copioso apéndice en que se insertan varios documentos inéditos ó poco conocidos, cuya publicación sirve para ilustrar y comprobar el relato.

De los dos tomos que comprende la obra, el primero está consagrado á la historia del señorío durante la Edad Media. Esta es la época del verdadero señorío, época agitada, de continuas luchas, en que los prelados tuvieron que apelar á armas temporales y espirituales para la defensa de sus dominios y derechos, llegándose en la violencia de las contiendas á verdaderos crímenes, de que algunas veces fueron víctimas y alguna culpables los mismos prelados de la ciudad gallega.

En la segunda época, que comienza en el reinado de los Reyes Católicos, con el abatimiento de la nobleza y la restauración de un poder real adornado por los juristas con los an-

tiguos atributos de la Majestad Imperial romana, el señorío de los Obispos lucenses sigue la suerte común á todos los señoríos, así seculares como eclesiásticos, que pierden desde entonces el carácter semisoberano que tuvieron en la época feudal, quedando reducidos á un conjunto de prestaciones civiles unidas aún á algunos privilegios y derechos políticos, mas ya muy limitados por la existencia de una potestad soberana, suprema, indiscutible y asistida de fuerza suficiente para hacer observar en todas partes el imperio de leyes comunes y de una autoridad pública verdaderamente nacional. En esta época cesan las luchas armadas entre los Obispos de Lugo y sus competidores; las contiendas no se deciden ya con las armas en la mano en torno á las fortalezas de la ciudad, cosa incompatible con las nuevas condiciones sociales, entre todas las cuales sobresale la creación de un poder público capaz de hacerse obedecer en todas partes y por todas las clases del Estado; pero como las desavenencias subsisten, estas contiendas toman forma jurídica y se traducen en pleitos, en procesos, en cuestiones de etiqueta, de ceremonial y de precedencia. A estas últimas, abundantísimas en el siglo XVII, consagra el Sr. López Peláez un capítulo especial, así como dedica otro á la participación del Cabildo catedral en el señorío de los Obispos y en las contiendas á que dió lugar su ejercicio.

***

El señorío de los Obispos de Lugo tiene su origen en un hecho frecuente en los primeros tiempos de la reconquista. Al recobrar á Lugo, en que por algunos años dominaron los invasores musulmanes, Alfonso I encomendó al Obispo Odoario la repoblación de esta ciudad, formando el nucleo de los nuevos pobladores los familiares y súbditos del Prelado.

Constituído el poder de los Obispos, y reconocido en diversos documentos regios, no por esto dejó de ser objeto de largas y apasionadas competencias. Diversos poderes y enti-

dades, cuyos intereses eran contrarios á los de los Obispos, disputaron á éstos su señorío, se lo cercenaron y aun les despojaron de él á veces.

Con el Poder real vivieron, por lo general, en buena armonía los Obispos lucenses. Los monarcas asturianos y leoneses confirman en varias ocasiones el señorío otorgado por Alfonso I. Más de una vez los Reyes se trasladaron á Lugo para apaciguar á los vasallos alborotados del Obispo y defender á éste contra usurpadores. Pero no siempre se inclinaron los Reyes á favor de los prelados. Si Fernando II y Fernando III van á Lugo á restablecer la autoridad episcopal y á restaurar el orden, Sancho IV quita el señorío al prelado; y aunque éste lo recobra en el reinado siguiente, el mismo Fernando IV ordena de nuevo que se entreguen al Concejo las llaves y la bandera de la ciudad. Era éste el período de las más agitadas luchas entre el Municipio y el Obispo, y el Concejo, sosteniendo la doctrina de que el señorío era del Rey, y de que éste podía darle á quien quisiera, representaban una causa simpática al Poder real. Constantemente recobran los Obispos su señorío, pero, poco á poco, vuelven á verse privados de él. Así, en el reinado de Alfonso XI, y con motivo de oponerse el clero á contribuir á los gastos del sitio de Algeciras, el Merino del Rey da nuevamente el señorío al Concejo. Causas políticas de otro orden hicieron que también los Reyes Católicos quitasen Lugo al Obispo, juzgándole, sin duda, poco afecto á su causa y á su autoridad. El último hecho importante que consigna el Sr. López Peláez acerca de las relaciones entre el Poder real y los prelados lucenses es ya de otra índole; pertenece al reinado de Carlos II, en que las Constituciones sinodales de 1669 sufrieron no pocas restricciones por parte de la potestad civil, guiada por los principios regalistas que se hallaban entonces en todo su apogeo.

Con la nobleza sostuvieron repetidas contiendas los Obispos, ó acaso sería más exacto decir que la nobleza las sostuvo con ellos, pues por lo general no parece que los Obispos fueran

provocadores de estas luchas. A veces, sucesos de carácter general, rebeliones contra los monarcas, redundaban en perjuicio de los señores eclesiásticos de Lugo, pues apetecida esta ciudad, como plaza fuerte, por los nobles, se apoderaban de ella á viva fuerza.

Entre los episodios curiosos á que nos hace asistir el señor López Peláez en esta parte de su relato, vemos á un Obispo someterse á una *ordalia* ó juicio de Dios en cierta contienda que sostuvo con la Infanta Doña Sancha, hija del Rey Bermudo II, sobre pertenencia de unas siervas. El prelado sacó las gleras del caldero de agua hirviendo, quedando vencedor en la *prueba caldaria*. Vemos también á un noble poderoso, el Conde D. Sancho, excomulgado y sujeto á las humillaciones de Enrique IV en Canosa, y vemos, asimismo, á los Obispos formar entre sí ligas y alianzas defensivas para contrarrestar las que formaba la nobleza.

Otros personajes de menos fuste se atrevían también á causar daños y á cometer atropellos en los dominios de los Obispos. Por escrituras de donación otorgadas á favor de la Iglesia lucense, se adquiere noticia de estos personajes que, arrepentidos de sus hazañas, trataban de repararlas piadosamente cediendo bienes á la Iglesia. A este número pertenece Mari-Castaña ó Castiñeira, esposa de Martín Cego, que vivió en el siglo XIV y causó grandes daños al Obispado, dando muerte á un mayordomo del Obispo acaso en una de las sediciones tan frecuentes en aquella época. El Sr. López Peláez investiga si esta María Castaña, á quien varios escritores gallegos atribuyen rasgos legendarios de heroina popular, es la Mari Castaña del dicho proverbial en que se alude á remotos tiempos. El autor opina por la negativa, en vista de la falta de datos en que apoyar la hipótesis contraria y también por creer que es un personaje puramente fantástico el de la referida frase vulgar.

Sin embargo, el hecho de existir un personaje del mismo nombre y condiciones parecidas á las del personaje proverbial mencionado en los dichos del vulgo, crea una presunción de que

el último tenga base real y sea una representación legendaria ó una reminiscencia del primero. Mas por verosímiles que parezcan estas presunciones en algunos casos, sería aventurado darles el valor de cosa segura y cierta. Es muy difícil, cuando no imposible, el averiguar si hay efectivamente alusiones históricas en ciertas frases populares. Aquí, por ejemplo, en el caso de la Mari Castaña gallega, tenemos el dato de haber vivido en tiempos remotos una mujer que llevó ese nombre y que debió gozar de notoriedad entre sus paisanos, y acaso aparecer ante ellos con la aureola de heroina de movimientos populares. Mas para fortalecer la presunción que de aquí puede deducirse á favor de la existencia de una alusión histórica en la frase vulgar sobre *los tiempos de Mari Castaña*, habría que investigar cuándo empezó á usarse la frase y en qué región y forma, para ver si la concordancia de estos datos fortalecía la hipótesis, ó por el contrario, veníase, mediante ellos, en conocimiento de haber tan sólo una mera coincidencia y no una verdadera identidad entre el personaje real y el del adagio. Pero es seguro que todo esto supondría una suma de trabajo muy superior á los resultados que en el caso más favorable cabría prometerse de tal indagación, poco importante y propia sólo para satisfacer un sentimiento de curiosidad.

*
* *

Volviendo al señorío temporal de los Obispos lucenses, llegamos ya al aspecto principal de su historia, á las luchas con el Concejo que, en los siglos XII, XIII y XIV llegan á todo extremo de violencias por una y otra parte. Es un cuadro verdaderamente dramático é instructivo el que traza el Sr. López Peláez de estas empeñadas contiendas. Las armas espirituales alternando con las temporales. Dos Papas, Inocencio III y Juan XXII, intervienen en las desavenencias entre la ciudad gallega y sus Obispos. La ciudad llega á estar en entredicho, se fulmina la excomunión pontificia, y aunque ante

ella ceden los lucenses, los hechos posteriores demuestran que estas censuras no lograron producir la enmienda ni imponer temor en los ánimos más que de un modo pasajero. Era aquélla, indudablemente, una época de fe y de ardor religioso, mucho mayores que los que hoy pueden hallarse, pero la rudeza de las costumbres hacía que, así como en la esfera de los castigos temporales la bárbara crueldad de las penas no retrajese á las gentes de cometer atroces delitos, en la esfera de lo espiritual no bastasen excomuniones y amenazas de castigos eternos para imponer respeto á los príncipes de la Iglesia y servir de salvaguardia á las personas, bienes y derechos de ésta. Hoy, siendo excepcional la aplicación de la última pena, y estando las demás muy dulcificadas, los delitos que revelan gran ferocidad van haciéndose cada vez más raros, sustituyéndoles aquellos otros que exigen mayor astucia y sagacidad por parte de los criminales. El progreso obtenido en la suavidad de las costumbres, resulta más eficaz que las sanciones penales, pues obra de un modo inconsciente y en forma de hábito y no por virtud de un cálculo reflexivo como aquéllas. Así también los incrédulos y las personas de tibia fe religiosa de nuestro tiempo, tratan con mayores consideraciones á la Iglesia y á sus sacerdotes que aquellos rudos creyentes de la Edad Media que, excitados por sus pasiones ó por sus intereses, no vacilaban en poner las manos sobre las personas de los sucesores de los apóstoles.

Los Obispos de Lugo lo experimentaron á costa suya. En las frecuentes sediciones ocurridas en la ciudad, los Prelados se ven más de una vez obligados á huir, y ni aun así se libran de ofensas personales. El Obispo D. Lope es asesinado en uno de estos tumultos; en otros pierden la vida los merinos del Prelado ó perecen varios de los ministros y dependientes de la Mitra. Cuando el Rey Don Fernando IV, el Emplazado, dicta la orden á que antes aludimos, ordenando que se entreguen al Concejo las llaves y la bandera de la ciudad, el Obispo pide un día de término para cumplir el mandato real, mas los vecinos

no otorgan el plazo, y apelando á las armas sitian la fortaleza episcopal, se apoderan de ella, hieren al Prelado y le arrancan á viva fuerza los atributos del señorío.

Como es de suponer, las violencias no procedieron sólo del Concejo. Hay un Obispo asesinado, pero hay también un Obispo (D. Juan Martínez Díaz, cuyo pontificado dura desde 1325 á 1350) á quien Alfonso XI consideró digno de muerte por el asesinato de dos ciudadanos de Lugo que se hallaban bajo la salvaguardia real y perecieron á manos de los soldados del Obispo por orden ó con anuencia de éste, á pesar de haberles dado seguro por mandato del monarca. En la sentencia real en que se condena al Obispo á extrañamiento perpetuo y confiscación de bienes, se dice: *E porque era Prellado é por honra de la Iglesia é de Dios é del estado que tiña, non quisemos pasar contra él é le dar penas en el corpo assi como si fosse lego.....*

El relato del hecho, tal como en este documento se expresa, resulta dramático en medio de su sencillez: *E depois disto* —dice el Rey en la sentencia—*viniendo en romería á Santiago de Galicia, venimos á la ciudat de Lugo, é las mujeres é los fijos é los otros parientes del dicho Rodrigo Alfonso é de Ares Fernandez deron nos esta misma querella estando el mismo Obispo delante; é Nos dixemos al dicho Obispo qué era lo que dicia á esto; é el dicho Obispo dixo que por estos dichos Rodrigo Alfonso y Arias Fernandez foran contra él, é le tiraran con pedras veniendo él á la dicha ciudat, é le fué dada una pedrada en sub corpo, é que el quello querello al dicho Rey Xuarez Comendero; é que si el Rey Xuarez llos mató que lo fezo por esto, mas non por su mandado, nen por su conseio. E Nos dixémosle que ben sabia en como Nos aviamos asegorado al dicho Rodrigo Alfonso del dicho plazo del mes de Marzo, que auian de ser con Nos; é otro si que aviamos asegorado todo el Conceio de que avian levado nuestra Carta en esta razon. E el dicho Obispo dixo que, cuanto al Conceio, que llo asegoraramos Nos, mas del asegoramento de Rodrigo Alfonso que se non acordaba. Nos sobre esto*

preguntamos é sopiemos verdad de homes, que son de creer, que se acaesceron y al tiempo que nos segoramos al dicho Rodrigo Alfonso, é el Obispo lo segoró ante Nos. E fallamos por ello que era verdad que Nos que assegoramos al dicho Rodrigo Alfonso estando el dho. Obpo. delante, que llo asegoró el dho. Obpo.; otrosi topemos por verdad en qual maneira acaesceron las mortes de los dhos. Rodrigo Alfonso y Arias Fernandez. E fallamos que los dhos. Rodrigo Alfonso é Arias Fernandez forón llamados á sua casa del dicho Obpo. por sub mandado, é que estaba y en las casas Obispo é el dho. Rey Xuarez con companias del dho. Obpo. armadas en Pazo del dicho Obispo; que llos dhos. Rodrigo Alfonso, Arias Fernandez decendo da sub Cámara los dhos. Rey Xuarez, é los homes del dicho Obispo que estaban armados, que llos mataran en un palacio que estaba en suso de la Cámara del dho. Obispo en lugar do lo él oia, é podia veer é defender se quisiera.

No debe inducirse de este sangriento episodio que el gobierno de los Obispos fuese tiránico y atroz. El asesinato de Rodrigo Alfonso y Arias Fernández, es una excepción en la serie de hechos que historia el Sr. López Peláez, en la cual se observa que, por lo general, llevaron los Prelados la peor parte en sus contiendas con la ciudad y con los nobles, viéndose á menudo amenazados y desposeídos, y teniendo que apelar en varias ocasiones á la fuga.

La repetición de las rebeliones contra los Obispos pudiera argüir contra el gobierno de éstos, pero tampoco prueba que fuese la condición de los lucenses, bajo la autoridad de la Mitra, más miserable y oprimida que la de los vasallos de otros señoríos. Probablemente entenderían y practicarían los Obispos sus derechos señoriales del mismo modo que los demás poseedores de ellos, y aun es posible que por su carácter sacerdotal los ejercitaran de un modo más suave y llevadero para sus súbditos, aunque aquellos tiempos distaban mucho de ser una edad evangélica. La misma repetición de las rebeliones y la fuerza de éstas, muchas veces vencedoras, no acusan un

pueblo sometido á dura servidumbre. La experiencia histórica acredita que los pueblos sujetos á un yugo grandemente opresor, que les reduce á condiciones de vida miserables, no son los que más vigorosamente luchan por su independencia ó su libertad, sino aquellos otros que, disfrutando de una prosperidad relativa, disponen de fuerzas y elementos que faltan á los primeros. Hoy mismo observamos que se habla de la cuestión social en los países donde la situación de la masa obrera es más favorable y se halla mejor retribuído el trabajo manual, mientras que en los Estados despóticos, en Rusia, en Turquía, en todo el Oriente, esa cuestión no existe ni la lleva consigo la introducción de las industrias y de la maquinaria europea. Y el mismo resultado se obtiene comparando los actuales tiempos, en que el obrero participa de todos los derechos de la ciudadanía y disfruta de las innegables ventajas que han traído los adelantos de la civilización (v. gr., la supresión de las hambres periódicas, la baratura de los artículos de comodidad y recreo, el alza de los salarios, la difusión de la instrucción y de la higiene, etc.), y aquellos otros en que el proletariado, á pesar de hallarse en situación mucho más desfavorable, se mostraba más dócil, juzgándose incapaz de hacer frente á las clases dominadoras.

Algunas causas históricas invoca el Sr. López Peláez para explicar, por qué los lucenses se mostraron más turbulentos que los vasallos de otros Obispos de Galicia. Lugo había sido corte en los primeros años de la reconquista, fué luego foco de rebeliones contra la monarquía asturiana, en la que veían los gallegos la continuación de la visigótica, y más tarde refugio de la nobleza de la comarca en sus alzamientos contra los Reyes de Castilla. Por otra parte, puede añadirse que era general aspiración de las ciudades la de emanciparse de los señoríos particulares para depender tan sólo de la corona.

*
* *

En la segunda época á que antes aludo, ó sea en la época moderna en el sentido que se da á esta palabra al hablar de divisiones históricas, el agitado drama de la Edad Media se trueca en pleitos entre la Mitra y el Concejo, en cuestiones de etiqueta entre el Municipio y el Cabildo, que no son ya más que un pálido reflejo de las antiguas luchas ventiladas con las armas en la mano en las calles de la ciudad ó en torno á sus fortalezas. El poder del Ayuntamiento había crecido ya grandemente, y no era en la práctica menor que el de los Obispos. De estos hubo algunos que desempeñaron en el reino de Galicia funciones públicas muy importantes. A los que han visto no ha mucho á nuestros Prelados continuar su tradición guerrera de la Reconquista organizando batallones de voluntarios, no les sorprenderá hallar en el siglo XVII un Obispo de Lugo Capitán general, ni ver que otro, en 1640, avanza al frente de fuerzas militares en socorro del General Marqués de Valparaíso, con intento de cerrar el paso á los franceses de la Armada que comandaba el Arzobispo de Burdeos. No quiso la Providencia que al cabo viniesen á encontrarse en el campo de batalla ambos prelados, convertidos en capitanes y hombres de guerra. A las cuestiones de ceremonial y etiqueta surgidas en el siglo XVII entre el Ayuntamiento y el Cabildo, consagra el Sr. López Peláez un capítulo interesante. Las principales tuvieron origen en la pretensión del Concejo de ocupar puesto distinguido y asiento de preferencia en la Catedral durante las ceremonias religiosas. A veces agriáronse tanto las disputas entre regidores y canónigos, que los últimos hicieron arrojar á la calle los bancos puestos por el Concejo en la Catedral y á su vez el Ayuntamiento negóse á señalar asiento de honor al Cabildo en las funciones profanas.

Abunda también en pormenores curiosos y en observaciones acertadas el capítulo referente á la participación del Cabildo en el señorío episcopal. En realidad, el Prelado poseía el señorío *in solidum* con el Cabildo; mas á fin de evitar los pleitos y desavenencias que más de una vez se produjeron, se com-

prendió la necesidad de dividir las propiedades y derechos, conservando el Cabildo jurisdicción en los lugares que de él directamente dependían. Como caso raro en que hubo de ejercitarse esta jurisdicción, cita el Sr. López Peláez (y merece á la verdad citarse) el de un capellán que en ciertas oposiciones á la magistralía de la Catedral humedeció el reloj de arena para que, pasando más lentamente y alargándose el tiempo de la prueba, acabase el opositor su discurso antes del plazo señalado. Ya entonces—esto ocurría á mediados del siglo XVII—se hacían trampas en las oposiciones, pero en esto hemos progresado de tal suerte, que el medio empleado por aquel clérigo sorprende más por lo burdo que por lo malicioso.

El apéndice diplomático de la obra del Sr. López Peláez contiene trece curiosos documentos, relativos á puntos tratados en la narración, y uno de los cuales es la sentencia de que antes se copian algunos párrafos. Los otros son la sentencia dada á favor de un Obispo de Lugo contra la Condesa doña Sancha, sobre pertenencia de unas mujeres (año 1038); el reconocimiento á favor de los Obispos de los condados que les habían arrebatado los Condes Vela y Rodrigo Oveguiz (1078); el privilegio de Alfonso VI confirmando el señorío temporal de la Mitra, y en el cual se relatan los daños causados á Lugo en la rebelión del Conde Oveguiz (1089); otro privilegio dado por el Conde de Galicia, D. Ramón, y por el Obispo de Lugo, D. Pedro, á favor de los que acudieren á las ferias de esta ciudad (1106); otro privilegio de Fernando II, apartándose, á favor de los Obispos, de toda jurisdicción en Lugo (1184); otro de Sancho IV sobre exención de tributos (1295); la donación de Vasco Pérez de Rodeiro, en que hace mención de los daños que causó en el coto de Lugo (1362); la sentencia de Don Juan I, condenando á unos hidalgos de Lugo que se resistían á pagar tributo al Obispo y á presentarse ante su tribunal (1381); otra sentencia condenando á los vecinos que se negaban á reconocer el señorío del Obispo D. Lope, que fué después asesinado; la donación de bienes de María Castanna al Obispado (1386),

y las actas referentes á la costumbre inmemorial del Concejo de sellar el Sagrario el Jueves Santo, presenciando el encierro del copón y mirando su contenido, uso de que hay varios ejemplos iguales, ó muy semejantes, en diferentes poblaciones de España.

Tal es, brevemente extractado, el índice de los documentos contenidos en el apéndice que completa la obra del señor López Peláez, digna en justicia del premio que obtuvo en público certamen.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

MÉRIMÉE Y SU CONFIDENTE

¡Qué fiesta intelectual es siempre el leer á Mérimée! Cierto que esa *Correspondencia inédita* recién publicada, esas cartas á una tercera ó cuarta desconocida, ese tomito no es ninguna grande obra. Mérimée no se aplicó á ello. A falta de aplicación, tampoco puso el brío, el fuego, el enardecimiento de una pasión arrebatada. La señora á quien escribe, al parecer muy distinguida é inteligente, es una señora, no es una mujer: tiene sesenta años. Tenemos aquí la conversación de dos sexagenarios muy tranquilos. Pero, contra el sentir de muchos de mis contemporáneos, cuanto más observo más estimo que la inteligencia sirve de algo y también el saber.

Y sirven precisamente para esto. Mérimée se aburre sobremanera; está enfermo, muy atacado ya por esa terrible afección qne había de llevarle al sepulcro diez años después. Tiene esta otra enfermedad también: que, á su edad y valetudinario, se ve en la precisión de pasar quince días de calzón corto representando charadas y haciendo cumplimientos, porque es amigo de la Emperatriz. Y está enfermo, moralmente, de una manera muy penosa, pronto veremos por qué.

Es muy desgraciado; pero no podríais creer cuánto más lo sería si fuese un imbécil y un ignorante. La vida intelectual le salva. A través de todos estos dolores, lee, recuerda. A propósito de cualquiera cosa, ya está en Grecia en tiempo de Pericles, en Roma en tiempo de los Antoninos, en Rusia en tiempo de Catalina, en Polonia en tiempo de Sobieski, en España, en Moravia, en Alemania, en Galia, en la Edad Media, en ese siglo XVI que él adora, en ese siglo XVII, menos de su gusto, pero que conoce al dedillo, ante tal iglesia románica, antigua amiga suya, ante cuál castillo del Renacimiento, que no tiene secretos para él; y charla y coteja y compara y piensa... y ha pasado una hora sin aburrirse. Tiene mil refugios; véase precisamente para qué sirve eso.

Cuando ha pasado la juventud, conviene saber que ya no se vive más que por curiosidad. Pues bien: no se es curioso sino habiéndose acostumbrado pronto á serlo. «Usted no sabe jugar al *whist*», decía Talleyrand: «¡qué vejez se prepara usted!» Pero aún mejor pudiera decirse: «¿No saben ustedes arqueología, ni cerámica, ni alemán antiguo, ni persa (¡cómo es posible no saber Persa!), ni chino, ni aun el griego? ¡Qué vejez se preparan ustedes, en cuanto ya no le digan nada las mujeres! No podrán ustedes leer más que las obras de Alejandro Dumas. Y el personaje del *veranillo de San Martin* no tiene razón: novelas de Dumas no hay muchas, sino muy pocas. ¡Qué vejez se preparan ustedes!» Esto debiera decirse á los colegiales en el discurso del reparto de premios. No se les puede decir del todo. Mérimée se le había dicho á sí mismo desde muy temprano.

Así, pues, escribía á la Sra. de X..., de 1854 á 1862, cartas muy intelectuales y muy ingeniosas, la mitad de las cuales es encantadora. Le escribía acerca de sí mismo, de historia, de arquitectura, de las cosas de aquel tiempo, de la religión, de las recepciones de la Academia Francesa (pues en aquella época había ya la costumbre de presentar al público el nuevo elegido «como un monstruo marino»), de las fiestas de Com-

piegne, de sus viajes por Escocia, Italia y Niza (Niza había sido anexionada á Francia por entonces en atención á Mérimée, para evitarle las molestias de la Aduana) etc., etc.

¿Porqué le escribía? Porque nunca pudo pasarse sin escribir á una dama: era necesario á su temperamento. Toda la vida le fué indispensable el trato epistolar con una señora, una por lo menos. Pero ¿por qué le era indispensable una correspondencia femenina? Porque... ya lo dijo él. Excusado sería que yo mismo lo dijese.

«Ella (la Sra. Recamier) debió su influencia á su resignación. Siempre estaba dispuesta á sufrir la personalidad de todos los *conspicuos*. Nunca se aburría, ó no lo aparentaba. Los hombres necesitan continuamente que se les dé cuerda, como á los relojes. De vez en cuando nos acometen desfallecimientos, tristezas, tedios, de los cuales se nos cura en general con halagos. En esos instantes no se atrevería uno á dirigirse á un amigo, pues hay siempre cierto orgullo que impide manifestarse en los momentos de negrura. Como no existe rivalidad entre hombres y mujeres, tenéis el triste privilegio de consolarnos y curarnos. Pero témome que acaso consideréis á la especie masculina como los médicos consideran á la especie en conjunto: bajo los cutis más tersos ven malos humores, abscesos, etc. ¡Feliz quien tiene un médico!»

Y Mérimée buscó toda su vida un médico. Encontró varios, que al parecer fueron unos médicos muy atentos, muy amables y muy peritos. Sólo que en esta terapéutica especialísima acontece que el médico ve vuestra enfermedad, la explica, la acaricia, la cuida, hasta la cura... y os da otra. Eso es precisamente lo que acababa de ocurrirle á Mérimée; y esto hace que haya una novelilla retrospectiva en el tomo que á la vista tenemos. Digamos primero la novela, si os place. Esto para las señoras.

En 1852 (Mérimée es historiador, pone las fechas), teniendo el autor 49 años cabales, notó que esta edad no tiene mucha gracia. Perdió «el gran interés de su vida sin esperanza

de volver á encontrarlo». Parece que era tan seductor ese *interés*, que desde quince años á la fecha sólo para él había escrito; para él todo lo que creíamos que escribió para nosotros. «Nada hice hasta ahora para mí, y no tengo ya á nadie para quien trabajar». En lo sucesivo no está en disposición de «ocuparse de otra cosa sino de ver cuadros, oir música y mirar paisajes.» Esto es lo que «pone muchas nubes en su horizonte».

Pudiera quedarle la amistad, que ha sido creada y dada al mundo para hacer como que consuela del amor; pero fijaos en que tiene cincuenta años y... «mis mejores amigos han muerto, y no sé si aún me queda alguno». Parécele dura la situación.

Cuando pone los puntos sobre las *íes*, lo cual le acontece rara vez (pues Mérimée fué un cumplido caballero y no sólo no nombra á nadie, lo cual es elemental, sino que ni aun de sí mismo habla como no sea en términos muy embozados), manifiesta bien á las claras que en su vida se produjo un gran hueco en 1852:

«Os he hablado de mi *enemigo;* convertid la *o* en *a*. Si esto no resulta bastante claro, llamo así á una mujer á quien quise por espacio de quince años, á quien aún quiero (naturalmente), que ya no me quiere y que tal vez no me quiso nunca. (¡Sí! Eso produce siempre este efecto después, pero es un error. La última de nuestras ilusiones consiste en creer que todo aquello en que creímos era una ilusión). El resultado es que necesito restar de mi vida quince años, no sólo perdidos (¡eso no, vaya una idea!), sino hasta cuyo recuerdo está emponzoñado para mí (conformes en esto). No deploro el tiempo perdido, porque eso sería hacer demasiado; pero tenía recuerdos que eran para mí un mundo sobrehumano, donde en otra época tuve acceso y que hoy está vedado para mí».

Esa es la herida: es honda y en extremo sensible. De vez en cuando, Mérimée trata de consolarse de ella por el amor propio, lo cual esperaríais. Tiene este amargo consuelo (com-

pletamente ilusorio) de que, á lo menos, él es quien hizo mejor papel:

«Cuando creía arreglar definitivamente mi vida, acusábame un poco de egoísmo en el fuero de mi conciencia. Ahora encuentro algún alivio en la idea de que no fuí tan egoísta cual me imaginaba, y que más había perdido que ganado en el trato que diputé ventajoso para mí. ¿No vale más ser engañado que engañador?»

Pero, casi siempre, sin razonar tanto, está sencillamente aplanado:

«Figuraos la cara que se pone cuando, después de admirar lo que se tuvo por un diamante, nota uno que sólo es un trozo de vaso. Aún estoy atontado por un descubrimiento así que hice hará unos cinco á seis años. Ahora me río de ello algunas veces, pero es la risa del conejo. Y por eso no tomo á pechos ya cosa ninguna».

Sin embargo acabó por calmarse. Cerróse la cicatriz: estimo en unos siete años el tiempo que tardó en cerrarse, lo cual es un período muy respetable. La herida se remontaba á 1852, según hemos visto, como el mismo Mérimée nos lo ha hecho saber. Las cartas en que la presenta sangrando aún son de 1855. En 1859 está curada ó poco menos; ya no piensa en ella sino por accidente. ¡Oh! cuando «ya no se piensa en ello sino por accidente, no es doloroso, casi es hasta agradable». Es «pensarlo» de tal manera que más bién apenaría no pensarlo de ningún modo:

«Me ha sucedido aquí (en Cannes, buen país para olvidar, pues los países de sol son esencialmente psiquiátricos) una cosa bastante rara. Perseguíame desde hace cinco ó seis años (son siete años) un fantasma ó, para hablar menos poéticamente, un recuerdo—ningún remordimiento—que me hacía muy desgraciado. El otro día advertí que este recuerdo sólo se presentaba por accidente de mi memoria y que ya no era tan penoso. ¿Será que me he vuelto filósofo ó que empiezo á momificarme?»

¡Vamos! el tiempo no pasa en balde. Acabóse la novela de Mérimée. Duró veintidós años: quince de ellos como realidades y siete como recuerdos. Es la novela de un hombre de bien. Todo fué mesurado, decente, exacto de medida y de tono en la existencia de Mérimée, hasta involuntariamente. No sólo tenía el sentido exquisito de la medida, sino, aun en las cosas en que estaba en un tris el faltarle, no sé qué divinidad tutelar cuidaba de tenerla por él.

Aparte de su novela, que ocupa seis páginas entre las 350 de esta correspondencia epistolar (y en eso se ve también la justa medida), Mérimée se nos aparece tal como le conocíamos: escéptico, irónico, pesimista, todo con un si es no es de impertinencia y socarronería de que nunca le fué posible preservarse en absoluto. La excelente señora con quien se carteaba habíase introducido en su intimidad: primero, porque Mérimée era inspector de Bellas Artes y para interesarle en la restauración de los castillos é iglesias históricos del gusto de ella; segundo, porque Mérimée era librepensador y para convertirle. Triunfó por completo en el primero de sus propósitos. Los esfuerzos que hizo para tratar de conseguir el segundo nos han valido unas breves disertaciones en treinta líneas de Mérimée acerca de la fe, de la autoridad de los Evangelios, de San Juan, de San Pablo, modelo de zumba elegante, sin descaro y de una consideración respetuosa.

Acerca de la fe, sobre todo, es encantador. Tiene cien maneras agradables de exponer lo único que puede manifestar y que se ve obligado á repetir: «¡Qué le hemos de hacer, carezco de ella!» En efecto, es un don. Como filósofo y sin mala intención, se le escapan estas palabras: «Es un instinto.» Producen mal efecto, y retira la palabra *instinto*. ¡Oh, la retira! «Quise decir que es una gracia, y no se me ha concedido.» Y luego, un poco más adelante, vuelve á decir: «Es una disposición de espíritu.» El no la tiene, y aunque la tuviera tampoco creería. Porque:

«No puede usted comprender la diferencia que hay entre

las cosas *que me place suponer* y las *que admito como verdaderas*. Me place imaginarme los aparecidos; pero, á pesar de la impresión enteramente material que experimento, eso no me impide no creer en los aparecidos; y si viese yo un espectro, no por ello creería más. En efecto, es mucho más probable estar yo loco que realizarse un milagro.»

No está mal razonado; pero, sin embargo, es un poco insolente. Conforme adelanta el epistolario, se acentúa y aguza cada vez más esa especie de socarronería. Queda sentado que Mérimée no tiene fe, pero á lo menos quisieran hacerle confesar que la fe es una virtud. Esto acaba por agriarle un poco, y responde enteramente como un hombre del siglo XVIII, lo cual nunca dejó de ser:

«Si me atreviera á decirla una gorda impiedad (no haya miedo, se atreverá), preguntaría á usted cómo se califica de virtud una *singularidad de la organización*, de la idiosincrasia, como diría un pedante.... Un capuchino, que tenía fe, decíame en Roma: *Nel tempo d'Escolapio* (en tiempo de Esculapio). Creía en Esculapio como en San Pedro. ¿Qué mérito tenía en eso?

Decididamente, para Mérimée, aunque hubiese retirado la palabra, la fe era un instinto. Esta discusión, siempre amable é ingeniosa entre un enciclopedista y una católica, es una cosa muy picante; y se concibe que Mérimée haya dicho un día á su corresponsal, con un giro digno de Voltaire:

«En cuanto á las oraciones de usted por mí, si he de ser franco, no creo que produzcan jamás otro efecto sino el de penetrarme de una viva gratitud hacia usted.»

Sabido es que así era hasta con sus más íntimos y más respetados amigos. Esa sequedad altiva, mitad afectada y mitad real (pues no se afecta, á lo menos por largo tiempo, sino lo que hay realmente en el fondo de sí mismo), no se ostenta aquí, sino que se manifiesta; y sólo aparece con más viveza, para presentarse rara vez con salidas bruscas que hacen aguzar de pronto el oído:

«En otro tiempo me propuse algo (no la gloria, ciertamente) y no trabajaba para mí sólo. Si escribiese hoy, sería para mí ó para el público. El primero *se ha vuelto harto difícil de contentar, para que yo lo intente;* el segundo *tiene la desgracia de no gozar de mi aprecio.*»

Aquí tenemos al eterno desilusionado, que en su desencanto no dejaba de tener alguna afectación.

También aquí nos da acerca de ese pesimismo la razón que dió en otra parte, pero en una forma mucho más divertida y nueva que cuando dijo á otra señora con quien se carteaba: «Desconfíe de su optimismo y crea usted que nada hay tan común como hacer mal por gusto de hacerlo». En el epistolario recien publicado, dice:

«Sospecho que aporta usted un poco de entusiasmo hasta á los guarismos, pero usted lo tiene para todo. ¿Cómo es posible que sea usted lo que es, habiendo nacido en Francia y vivido en la buena sociedad? También yo fuí entusiasta, en mi juventud; pero me ha sucedido como á un gato al que eduqué en la persuasión de que no existía el mal. Sólo conocía el bien. Subióse cierto día á los tejados, y regresó con una pata rota, cien zarpadas y agujereado el pellejo. Desde entonces fué prudente, desconfiado y pesimista, sin dejar de ser un gato bastante bueno.»

Prudente, desconfiado, pesimista, *distante,* altivo, cortés, muy acicalado y de una pulcritud inglesa, acariciador y con la zarpa siempre en ristre, sin romper un plato, despreciador de todo, algo triste y sin dejar por eso de ser un gato bastante bueno: sí, en efecto, de esa manera se figura uno el gato... de Mérimée.

Este tomito no será inútil á la historia literaria. Hay en él un retrato de Béranger, una «figurita» de Séneca, tres líneas acerca de Baudelaire, un perfil de Napoleón III, un busto de la señora Récamier. Acerca de Béranger sólo tiene elogios, como cuantos conocieron al hombre más que al autor. De Béranger como hombre, créaseme también á mí, nunca se dirá

todo lo bueno que merece. Pero se concibe que ser alabado por Mérimée es un premio de honor:

«Mucho le conocí, y le quise mucho. Era el hombre de mejor consejo que he conocido. Nunca decía: «¿Por qué se ha metido usted en este atolladero?» Sino que trataba de sacarle á uno de él. Sobre todo, era el confidente de las mujeres, comprendiendo todas sus pasiones, todos sus escrúpulos, todos sus prejuicios, y tenía una discrección admirable. Era en extremo caritativo, y de seguro nadie ha hecho más bien que él. Disputábamos ambos á menudo: pretendía él escribir para el pueblo; decíale yo que el pueblo es un bestia y le admira bajo nuestra palabra. En sentir mío, el pueblo le ha perjudicado un poco como poeta.»

¿Está completo, sin aparentarlo?

Respecto á Séneca, un epigrama que merece conservarse:

«Era un hombre superior. Dice cosas muy aptas para dar energía al alma, sólo que de un modo demasiado ingenioso. Es Beaumarchais predicando. Hanse traducido sus cartas; pero no sé cómo se habrá podido verter al francés todo su relumbrón latino.»

Acerca de Baudelaire algún tantico de severidad, pero también esto:

«*Flores del mal,* libro medianejo, nada peligroso, donde hay algunos chispazos de poesía.»

En cuanto á la señora Récamier..... No podía aguantar á la señora Récamier. Sentía que era injusto con ella, pero la aversión era demasiado fuerte:

«Usted la habrá conocido, sin duda. No tengo más cargo que dirigirla, sino el de no haber sentido esos odios vigorosos que en ocasiones conviene tener. Todo lo encontraba bien, alababa á todo el mundo. *Os llamaba aparte y os decía que érais un genio.* Esto y el culto de Dulia que en su casa se tributaba al hombre más egoísta de este siglo, me había hecho tomarla ojeriza. Creo que era verdaderamente buena, á pesar de esto; pero, las primeras impresiones no se borran.»

¿En quién pensaba Mérimée al hacer el retrato de otra Récamier, evidentemente más moderna, á la cual no nombra? No lo sé; pero el trozo es exquisito, en su malicia socarrona. Es una magnífica página de Mérimée:

«Respecto á las cualidades, todo cuanto se diga es poco de su admirable devoción á un hombre muy indigno de semejante amiga, en mi concepto. Murió en la faena, sacrificándose por un viejo fatuo que ni la comprendió ni la quiso jamás. En cuanto á los defectos, he aquí lo que me chocó al pronto y durante muy largo tiempo me la hizo sumamente odiosa. El trato de sociedad habíala dado tal costumbre de mentir, que mentía en todo, sin propósito, sin utilidad. La verdad no salía de su boca sino por distracción. Como casi todos los embusteros, creía que todo el mundo era un trapalón y además dispensaba á todo el mundo el honor de creer que se proponía algún objetivo, que tenía un proyecto. Tardó muchísimo en adivinar que yo no iba á verla sino porque allí me divertía. Tuvimos uno de otro la peor opinión durante años, pero creo que cuando murió nos conocíamos bien y nos queríamos bastante.»

¡Ah, qué bonita página de los *Recuerdos de un hombre de mundo!* ¡Y qué bien se ve á los dos, ella y él, durante veinte años, con sus rasgos característicos, estudiándose uno á otro, pretendiendo adivinarse y comprendiéndose en vísperas de su separación eterna!

Puesto que estoy en vena de citar (¿y qué podría hacer mejor sino citar, teniendo un libro de Mérimée debajo del brazo izquierdo?), he aquí un *recuerdo de Compiègne* que interesa á la historia, á la historia universal:

«El dueño de la casa.... os placería infinito. Se burlaría usted de mí si la dijese que nunca he hallado un hombre más *cándido*. Nunca dice nada aprendido. Sus ideas son extravagantes á veces, pero muy originales. Tiene singular talento para captarse la confianza y poner á sus anchas á las gentes. Sin embargo, no aparenta proponérselo. Es en extremo cortés

y benévolo, pero reservado. Sabe hacer hablar. Decíale yo que uno de los rasgos más extraordinarios de César fué el haberse enamorado perdidamente de Cleopatra á la edad de cincuenta y tres años. Esto le hizo romántico y quería remontar con ella el Nilo en una barca para buscar la fuente del río. Esto me condujo á referir cómo nació un lindo mancebo que se llamó Cesarión y que era hijo y muy hijo de César, añadí, PUESTO QUE Augusto le hizo morir. La anécdota y quizá también mi «*puesto que*» le hicieron lanzar una exclamación de sorpresa y de indignación tan honrada, que quedé avergonzadísimo de haberme mostrado más maquiavélico de lo que soy.»

Pero, aún me llevaría más tiempo insertando citas. Este tomo no aumentará sin duda un ápice la gloria de Mérimée, ni en último caso cambia en nada su figura; y aun cuando no la complete, es por sí mismo muy sabroso. Además, es la correspondencia entre un literato y una mujer contemporánea; y puede recorrerse sin temor á lodazales. Y esto ya cambia de especie.

EMILIO FAGUET.

(De la *Revista Azul.*)

UNA NUEVA HISTORIA DEL PAPADO

EN TIEMPO DE ALEJANDRO VI Y DE JULIO II [1]

I

El libro del Dr. Pastor nos inicia en la más reciente evolución de los estudios históricos entre los católicos de Alemania y de Austria. La posición del autor (es eclesiástico y profesa la enseñanza de la Historia en la muy ortodoxa Universidad de Inspruck) le pone al resguardo de toda sospecha de liberalismo; y, sin embargo, su manera de apreciar los períodos más perturbados de los anales del Papado se distingue por una elevación y una independencia tales, que á pocos de sus juicios no pueden asentir los hombres de buena voluntad, sea cual fuere el partido á que pertenezcan. Así lo comprendía también de seguro León XIII, cuando, al abrir de par en par las puertas de los Archivos secretos del Vaticano, antes herméticamente cerradas, quiso que se hiciese plena y completa luz acerca de todo el pasado, lo mismo triunfos que eclipses de la Iglesia. Para afirmarse en el convencimiento de que el principio superior por él representado saldría victorioso de todas las pruebas, tenía esta hermosa frase dicha por otro León (el primero de su nombre) y que el Dr. Pastor aplica tan acertadamente á Alejandro VI: *Petri dignitas etiam in indigno herede non deficit.*

El ejemplo dado por el soberano Pontífice reinante no tardó en dar fruto en el dominio de la erudición. Si se compara el método inaugurado por el Dr. Pastor con el seguido por

(1) *Geschichte der Päpste*, por Ludwig Pastor, tomo III. De Inocencio VIII á Julio II. Fribourg-en-Brisgau, 1895. En 1888-1892, la librería de Plon, de París, publicó una traducción francesa de los dos primeros tomos.

otro célebre historiador católico, el Dr. Janssen, ¡qué mudanza en tan breve tiempo! El triunfo del Dr. Janssen sólo data de ayer; y sin embargo, ¡cuán mezquinas, falsas y envejecidas nos parecen esas obras tendenciosas, en que el autor no tiene en cuenta sino los hechos favorables á su tesis! A los ojos del Dr. Janssen, el enemigo hereditario era el Renacimiento; pronto vamos á ver lo que queda de esa paradoja, sostenida con gran copia de erudición, después de refutarse por Pastor y otros diversos escritores religiosos, entre los cuales bastará citar á F.-X. Kraus y J. Graus. Menos sistemático, más flexible y por lo mismo más vivo, el método inaugurado por la nueva escuela responde á la realidad de los acontecimientos y al verdadero espíritu de las instituciones.

En este tomo (el tercero de la serie) el Dr. Pastor se guarda por igual de panegíricos y diatribas. Armado con todos los procedimientos de la crítica moderna, familiarizado con todos los trabajos alemanes, italianos y franceses, examina y discute de nuevo cada problema, llevando la imparcialidad hasta el punto de asimilarse (por un instante) los puntos de vista de sus contradictores, con el fin de refutarlos después de un examen más profundo. No vacila en burlarse de la debilidad de un Inocencio VIII, en estigmatizar los crímenes de un Alejandro VI, en poner al descubierto los arrebatos y las inconsecuencias de un Julio II. De igual manera, sin prejuicio ninguno, con una imparcialidad por la cual merece que se le felicite, hace contribuir hasta el más obscuro de los cronistas, de quien pueda prometerse tomar una noticia segura, un grano de sal, un indicio de la verdad.

Sólo con esas condiciones era posible escribir una Historia del Papado digna de tener autoridad en todos los campos. Me apresuro á añadir que no es desconocido entre nosotros ese modo de estudiar el papel de la Iglesia; baste recordar el tan sólido é independiente trabajo que Noël Valois acaba de publicar acerca del *Gran Cisma*.

II

Necesitábase volver á escribir la historia de Alejandro VI, después de la sobrado cándida apología intentada por el R. P. Leonetti, después de los tan apasionados ataques de Fernando Gregorovius. El sabio profesor de la Universidad de Inspruck ha realizado esta empresa con suma valentía, ha resistido hasta la tentación de alegar ciertas circunstancias atenuantes. En mi sentir, no es posible mejor elogio de un historiador con cuyas convicciones no se está conforme.

Desde el comienzo, al otro día mismo de su elección, presentábase erizada de dificultades la situación de Alejandro VI, y sin culpa suya. Estaba cogido entre los Orsini y los Colonna, entre Milán y Nápoles, como entre el yunque y el martillo. Habíanse precipitado los acontecimientos; hasta un Nicolás V, de santa y gloriosa memoria, hubiera desesperado enmedio del conflicto entre tantos intereses exacerbados. ¿Es de extrañar que el nuevo elegido optase por una política de poco alcance y sólo pensara en vivir al día? Tampoco olvidemos que, á pesar de su natural astucia, no era italiano de nacimiento ni por educación; de ahí no sé qué pesadez de mano, que le indispuso con sus nuevos compatriotas. Acentuó como por gusto ese pecado original, poblando de compatriotas suyos el Sacro Colegio: «de cuarenta y cuatro cardenales creados por el, dieciséis eran españoles.» Es imposible echar en olvido que, aun cuando Alejandro VI pasó la mayor parte de su vida en Roma, la Italia no entra para nada en sus principios ni en sus actos, así como tampoco en los de su hijo. Las aficiones de ambos están en otra parte: el rey Fernando de Nápoles y su primo, Fernando el Católico, Gonzalo de Córdoba, todos ellos tan insaciables como pérfidos, ¡esos son los compatriotas según su corazón! Lejos de tener nada que aprender de los italianos, estos «conquistadores» (1) del antiguo mundo les enseñaron el

(1) En castellano y entre comillas en el original francés.—N. DEL T.

arte de engañar á los más hábiles; no fué uno de los menores triunfos de César Borgia el servir de modelo á Maquiavelo, en el supuesto de que el duque de las Romañas fuese accesible al renombre literario. No se juzgará equitativamente al padre ni al hijo, sino mientras se tenga en cuenta su origen ibérico. Lo español se reconoce en su tren de vida, en su parsimonia, en su sobriedad (Alejandro VI fué el más económico de los Papas, hasta el punto de que la mesa no le costaba más que 700 florines mensuales, apenas el décimo de lo que costó luego la de León X), en su indiferencia por las ciencias, las letras, la filosofía y todas las conquistas del humanismo. Frente á unos príncipes tan extraños al movimiento intelectual de la Italia de entonces, quedarán siempre victoriosos los defensores del Renacimiento.

Enmedio de las tormentas que señalaron su advenimiento al solio pontificio, cuando tenía que contar con la violencia de la población romana, las rivalidades de los barones, las intrigas de los Sforza de Milán y los aragoneses de Nápoles, las de florentinos y venecianos, las ambiciones inmediatas de Carlos VIII de Francia, para no hablar de las de Maximiliano de Alemania y Fernando el Católico, no es fácil desentrañar qué parte debe concederse en Alejandro VI al cálculo y qué otra parte corresponderá á las resoluciones repentinas tomadas bajo el apremio de los sucesos. Muchos cambios de conducta, considerados luego como combinaciones maquiavélicas, no eran á veces sino efecto de angustias justificadas muy de sobra. Bien se vió esto al entrar Carlos VIII en Roma: nada igualó á la indecisión de Alejandro. Pero, apenas hubo visto la cara de aquel soberano tan cándido y débil, se repuso y maniobró cual consumado diplomático.

Si en el transcurso de esos difíciles años de 1492 á 1495 se explican (ya que no nos atrevamos á decir se excusan) las componendas, en cambio luego de salir el ejército francés, tras los efímeros y estériles triunfos de Carlos VIII, la actitud del Papa revela un pensamiento más plenamente maduro y

una constancia que traen consigo una responsabilidad completa. Después, el afán de establecer á sus hijos, así como las concupiscencias inseparables de ello, inspiran hasta sus menores proyectos y vician todas sus resoluciones. Pierde hasta tal punto la sangre fría, el sentimiento de la justicia y de la dignidad, que dan sospechas de un debilitamiento cerebral; y ante aquellos excesos de ternura, pregúntase uno si Alejandro VI no habrá sido un padre Goriot (1) en el trono de San Pedro.

Pero, esos son hechos conocidos de todos y acerca de los cuales sería de mal gusto el insistir; la Historia ha dado ya su fallo: no pisoteemos á los que ella sentenció.

Después de haber vituperado á Alejando VI como príncipe secular, el Dr. Pastor se encuentra en situación llana para reabilitar el gobierno espiritual del pontífice español. Según declara, no sufrió el menor detrimento la pureza de la doctrina; antes bien, Alejandro desplegó sin descanso la actividad más fecunda. Sería ocioso entrar en detalles respecto á tantas medidas de orden eclesiástico: estímulos dados á los agustinos y dominicos, revindicación de la independencia del clero flamenco frente al duque Felipe, organización del Nuevo Mundo y organización del jubileo de 1.500, el más brillante de los que guarda memoria la Ciudad Eterna. Bajo todos estos aspectos, no dejó de ser útil y honroso el gobierno de Alejandro VI.

Una de las sorpresas del tomo del Dr. Pastor es la actitud del autor para con el gran adversario de Alejandro VI, Jerónimo Savonarola: condena formalmente al fogoso y cándido reformista. Sin embargo, en todos estos últimos años ha quedado probada la ortodoxia de Savonarola, por eruditos pertenecientes á una orden cuya misión consiste precisamente en velar por la pureza de la fe: los dominicos más sabios han tenido fuerte empeño en demostrarla. Si no estoy mal infor-

(1) Protagonista de una de las mejores novelas de Balzac.—N. DEL T.

mado, hasta se ha hecho una instancia de canonización en favor del ajusticiado de 1498.

Después de Perrens, y de Villari, y de Gustavo Gruyer, el Dr. Pastor ha examinado una causa que parecía terminada; y por mi parte no vacilo en adherirme por completo á su resumen, debiera decir á su requisitoria. Sí, tiene razón una y mil veces para caracterizar como lo hace el pesimismo de aquel heredero de Tertuliano, insensible á las virtudes de tantos contemporáneos suyos y sin ojos para ver más que los escándalos. Pero, ¿por qué milagros los florentinos, insensibles al principio á sus reprensiones, acabaron por sufrir su ascendiente y participar de su fanatismo? El contraste es muy notable: al principio no hubo más que una voz acerca de las maneras, los gestos y la dicción del predicador ferrarés, de su acento tan rudo, sus expresiones brutales y sin gusto, sus gestos rápidos y forzados en demasía, su ignorancia en los bellos giros clásicos. Todos los corazones iban tras el elegante y untuoso Fray Mariano, el protegido por los Médicis. Tres ó cuatro cuaresmas bastaron para obrar la virada en redondo. Aquel pueblo florentino, sin disputa el más sutil y activo, manifestóse de pronto como el más ferviente, humilde y desprendido de las cosas de este mundo.

¿Quién duda de que fuesen puras las intenciones de Savonarola? Pero, ¡cuántas asechanzas en sus doctrinas! Iban á parar nada menos que á la teocracia, una teocracia mucho más feroz que la de la corte de Roma. Aquel alma tan tierna no vacilaba en recurrir á los medios coercitivos más salvajes: el tormento para los jugadores, el empleo del hierro candente para los blasfemos, la invitación dirigida á los criados para denunciar á sus amos, y á los hijos para desobedecer á sus padres. En poco tiempo, lo policía florentina nada tuvo que envidiar á la Inquisición. Todo era ayunos y maceraciones, impuestos por fuerza. Viéronse obligados los carniceros á pedir una rebaja en los impuestos, so pena de declararse en quiebra; gran número de jefes de aquellas industrias suntuarias á las cuales de-

bía Florencia lo mejor de su prosperidad se vieron reducidos á cerrar sus talleres. ¿Cómo una raza tan viva, tan activa y tan febril pudo sacrificarse así durante cuatro largos años en aras del más feroz ascetismo?

Ciertamente, fué cruel el castigo impuesto á ese precursor de la Reforma: hubiera bastado encerrar al fanático utopista en algún convento remoto, lejos de las risueñas márgenes del Arno, que estuvo á punto de transformar en una Tebaida. ¡Qué importa! En semejante materia es preciso saber preservarse de toda sensibilidad. Obligado como está el historiador á mirar las cosas desde el punto de vista de cada época, no tiene otro remedio sino reconocer que estuvo bien fallada la causa, y que por una vez debe absolverse á Alejandro VI.

Las empresas militares que tanto lugar tuvieron en el reinado de los últimos Papas del siglo XV, desde Sixto IV hasta Alejandro VI, apasionaron aún más á Julio II. Poco faltó para que este pontífice, de miras trascendentales, aunque tocadas á veces de incoherencia, no añadiese la gota de agua que había de hacer desbordarse el vaso. Si la tempestad se retrasó uno ó dos lustros, las mismas victorias obtenidas por el fogoso adversario de Luis XII pesaron con inmensa pesadumbre sobre su sucesor. Siempre se paga muy cara una victoria conseguida por las armas, cuando se trata de un gobierno puramente espiritual. León X aprendió á sus expensas cuánto costaba poner tirante la cuerda hasta romperse y conducir al paroxismo las pasiones. La Historia le ha tomado como víctima propiciatoria, cuando el verdadero culpable fué Julio II.

III

Pero el papel político del Papado durante aquella era perturbada que corresponde á los reinados de Alejandro VI y Julio II, en la cual acontecieron la expedición de Carlos VIII, la rebeldía de Savonarola, las empresas de César Borgia, el due-

lo entre Julio II y Luis XII, es bastante conocido para que no sea superfluo volver á trazarlo aquí de nuevo. Bien sé que el Dr. Pastor rectifica los hechos en detalle y que inicia una multitud de nuevos puntos de vista acerca del carácter de los hombres y el sentido de las negociaciones diplomáticas. (Notemos de paso que una vez más se destruye en ese volumen la leyenda acerca de la muerte de Alejandro VI: la enfermedad de que falleció el Papa y que puso en peligro la vida de César Borgia fué una fiebre palúdica claramente caracterizada.) No importa; no por eso quedará modificado el juicio que se forme respecto á la actitud general de Alejandro VI y de Julio II en aquella suprema lucha para conseguir la seguridad y la independencia del Estado Pontificio.

Pongamos más bien empeño en determinar la marcha de las ideas, en analizar el estado de ánimo de aquellas generaciones tan exuberantes, porque en eso todo está por hacer y hay que entrar hacha en mano resueltamente en un bosque de prejuicios y de prevenciones. En este mismo momento, dos grupos rivales ponen igual ahinco en complicar aún más la controversia. Al paso que en Alemania y en Austria la nueva escuela católica celebra la unión del Papado y del Renacimiento, no hay en Francia y Bélgica anatemas que no prodigue contra esas tentativas de aproximación, presentándolas como tan profanas cual peligrosas. ¡Cuántos escritores, en su odio á la Italia moderna vuelven del revés el precepto de la Biblia y hacen á los antepasados responsables de las iniquidades de los tataranietos!

La simpatía de los Papas de los siglos XV y XVI por la corriente de ideas que halló su expresión en el Renacimiento, es fácil de justificar; basta hacer un paralelo entre los asertos de ambas escuelas rivales para que unos y otros se destruyan entre sí. Mientras unos consideran «la afirmación de la Iglesia triunfante como la originalidad propia del Renacimiento» (y Proudhon es quien así habla), otros ven en la vuelta á los recuerdos de la antigüedad el origen de todas las desventuras

de la Iglesia. Uno de ellos, cuya ciencia y cuyo carácter merecen igual estimación, advierte que desde un principio hasta hoy mismo «el Renacimiento no tiene admiradores más celosos y apasionados que los enemigos de la Iglesia, los que le son infieles y los que combaten sus enseñanzas y su influencia». Y añade: «Son lógicos en eso, pues advierten que muchas obras de arte de su época favorita luchan á favor de ellos. Su alegría, en manera ninguna disfrazada, al ver el sensualismo, el culto de la materia y de la carne, desplegar sus obras en medio de los santuarios y hablar á las pasiones allí donde el alma busca recogimiento—ese gozo bajo el cual se transparentan el escepticismo y la ironía—debiera al menos servir de enseñanza á los fieles.» Y este intransigente concluye señalando las reivindicaciones en pro del clasicismo como otras tantas «usurpaciones hechas contra la idea cristiana».

Ya se ve cómo el solo hecho de que un partido acuse al Renacimiento de haber consolidado la religión, y el otro de haberla conmovido, basta para contrarrestar su común ataque.

Más equitativo el Dr. Pastor, distingue entre el verdadero y el falso Renacimiento; hace constar que cada uno respondía á instintos diferentes, instintos de esos que en cada sociedad están en estado latente y toman cuerpo en un momento dado, bajo la acción de una corriente religiosa, filosófica ó literaria. El falso Renacimiento tiene por partidarios á los sensualistas, libertinos y escépticos, con Maquiavelo á la cabeza; el verdadero, á todos los caracteres y espíritus serios de Italia, y formaban la inmensa mayoría. Estos, sin romper con las creencias tradicionales, ensancharon sus horizontes y tuvieron empeño en dar á la vida intelectual una distinción más grande. Echándose fuera de las luchas teológicas, se ocuparon con entusiasmo en la gran causa de la educación y se esforzaron en moralizar á la juventud poniendo ante sus ojos los elocuentes ejemplos de virtudes públicas ó privadas que abundan en la historia de griegos y romanos. No tememos repetirlo: las humanidades, tal como las concibieron ellos, han sido desde

entonces en Europa entera, y hasta en el Nuevo Mundo, la base de toda enseñanza superior.

El ideal nuevo, ese ideal que tenía su orígen en las lecciones de la antigüedad, presentaba la ventaja de hablar igualmente á los recuerdos y á las aspiraciones de todos los herederos del Imperio romano, italianos, galos, iberos; y, dentro de ciertos límites, también á los bretones, germanos y dacios. Un ciclo paralelo al ciclo cristiano y hasta capaz de fundirse con él, un ciclo inteligible y accesible para todos, suministraba por fuerza nuevo alimento al espíritu de tantas naciones diversas, en los instantes en que á todo el mundo se imponía la necesidad de romper el harto estrecho cuadro de la civilización de la Edad Media.

Dado lo intenso del movimiento, la Iglesia no podía permanecer indiferente ni neutral: eso hubiera sido abdicar el poder tuitivo que en todos tiempos se ha manifestado tan celosa de ejercer sobre el curso de las ideas. Era menester que sin segunda intención combatiera resueltamente ó favoreciera el retorno á los principios de la civilización antigua: culto á la forma en lo que atañe á la literatura y al arte, claridad y precisión en las ciencias positivas y en las ciencias históricas. En caso de que hubiese renunciado á confiscar en provecho suyo un medio de propaganda tan poderoso, habríase manifestado en todas partes el particularismo y con él los antojos de reforma. Le iba la existencia en mantener una corriente de ideas general, internacional, *católica* (en el sentido propio de esta palabra), de igual manera que sostenía en todas partes el latín como lengua oficial de la cristiandad. Harto á menudo se sublevaron contra ella los innovadores, en países extraños á la cultura clásica. ¿Salieron acaso de las filas de los humanistas los Wicleff, Juan Huss y Lutero? La alianza tan íntima contraída por los Papas con el Renacimiento, desde los tiempos de Eugenio IV hasta los de Paulo III, produjo á lo menos el efecto de retener dentro del gremio de la Iglesia á las razas latinas, aquellas en quienes había conservado más imperio la

tradición clásica. No sólo fué eso una inspiración generosa, sino también una buena política. Y, desde este punto de vista, el ejemplo del soberano Pontífice reinante es de un carácter á propósito para justificar á los Papas del Renacimiento.

Ciertamente, del Renacimiento al Paganismo no había más que un paso: la Academia romana de Pomponio Leto y la Academia napolitana de Pontano se extraviaron más de una vez por un terreno vedado. De igual modo, habituando Petrarca á sus contemporáneos á apasionarse de esa especie de supervivencia que se llama gloria, no había contribuído poco á honrar de nuevo el Elíseo celebrado por Platón y Cicerón.

El Dr. Pastor no deja de advertir, y en caso necesario de condenar, todas esas veleidades profanas: era su deber. Pero, en el fondo, el peligro no venía de ahí. La continuación de la historia del Papado lo probó de sobra: los sectarios de la Reforma no fueron más que una ínfima minoría entre los humanistas. El recto instinto propio de los italianos les preservó de una confusión desagradable; si la imaginación, ó más bien la erudición, les descarriaba á veces, el corazón no tardaba en volverles al buen camino: pecaban por inconsecuencia y no por endurecimiento. Había más pedantismo que escepticismo en el abuso de las reminiscencias mitológicas; considerémoslas como falta de gusto y no como escarnio de la religión. Y después, ¡cómo viene á cada instante la humildad cristiana á templar en ellos los excesos de la vanagloria! No lo olvidemos (y en este punto soy capaz de ir infinitamente más lejos que el Dr. Pastor): aun sin la influencia de la antigüedad, la duda hubiera perturbado muchos espíritus. La riqueza ó la ociosidad, y por encima de todo un estado de civilización muy adelantado, son en tales materias agentes de disolución mucho más temibles que cualquier estudio retrospectivo (1).

(1) Uno de los capítulos más curiosos del libro del Dr. Pastor es aquel en donde estudia la organización de la caridad. Nos presenta á las cor-

Ya se adivinará que no faltaron rigoristas para combatir los excesos. Uno de los más fogosos fué Adriano de Corneto. En su *Tratado de la verdadera Filosofía*, publicado en 1507, proscribió la filosofía de Aristóteles con el mismo título que la de Platón, condenó el humanismo en masa, y declaró que la única fuente de la fe y de la verdad estaba en las Sagradas Escrituras, que la fe precedía á la verdad, que los verdaderos cristianos debían huir de la discusión, etc. Sus sermones se perdieron enmedio de la indiferencia de sus contemporáneos: había predicado en desierto.

Resumiendo, diré: que con espíritus tan amplios y generosos como el del último historiador del Papado, es fácil de descubrir el terreno de la conciliación. Desde el momento en que tan bien se llega á una inteligencia en apreciar el pasado, no se está lejos de ponerse de acuerdo respecto á los intereses de la hora presente.

EUGENIO MÜNTZ.

(De la *Revue Politique et Litteraire.)*

---

poraciones religiosas. Entonces, como hoy, los Hermanos de la Misericordia, reclutados en la alta aristocracia y ocultos bajo humilde sayal, ponían su gloria en visitar á los presos, cuidar á los enfermos y enterrar piadosamente á los muertos. Lutero, á despecho de su odio contra toda civilización latina, no pudo menos de hacer justicia á esfuerzos tan modestos como perseverantes. Por otra parte, se ve á los Franciscanos afanarse en la fundación de los Montes de Piedad, con el propósito de restringir los abusos de la usura; pero además perseguían otro fin y era el de contrarrestar la propaganda judía (el antisemitismo, preciso es recordarlo, tuvo en el siglo XV un renacimiento más).

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Un muerto inmortal.—Relaciones entre la nación italiana y la Iglesia católica.—Razones de la intransigencia del Papa con los italianos.—La paz griega.—Protectorado del Imperio alemán sobre Turquía.—Los armamentos marítimos de Alemania y el viejo Bismark.—La crisis española.—Estado del partido conservador y del partido liberal.—Juicio del movimiento que se nota en ambos.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Un muerto llora la escuela democrática europea, que bien merece lágrimas: el viejo y venerable Padre Tosti. Estoy bien seguro de que muchos lectores míos no habrán oído nunca este nombre, universalmente conocido y admirado por los demócratas de todas las escuelas, antaño, en mis lejanas mocedades. Pues el Padre Tosti perteneció á los monjes benedictinos, y profesó toda su vida el principio de las armonías entre los dogmas católicos y los dogmas liberales, entre la Iglesia universal y la Italia moderna. El nido sublime donde tan extraordinario espíritu calentó estas ideas, para que rompiesen los cendales donde se hallaban ocultas y volasen á los cuatro vientos, como hermosas mensajeras del cielo, fué Monte-Casino, monasterio fundamental de la orden benedictina, elevado en la vía entre Roma y Nápoles, por aquella deleitable región que se llama Campania, sobre una montaña célebre, á la cual debemos denominar el Ararat de Occidente; pues si, como dicen las tradiciones bíblicas, sobre el Ararat de Oriente, allá en Armenia, se paró el arca de Noé, que llevaba tras el diluvio

la esperanza del renuevo y continuación de las especies animadas, en el Monte-Casino se fundó el Monasterio de San Benito, quien salvó, tras las irrupciones bárbaras, peor que todos los diluvios, la cultura europea existente á la sazón, el resto, por lo menos, de cultura europea, que aún quedaba, como residuo misterioso, de su total ruina y de su desaparición absoluta, evitadas por un verdadero milagro. Pues cuando se pertenece á una orden así, como la vieja orden benedictina; cuando se recibe y hereda la fuerza espiritual de quien restauró el estudio en medio de la barbarie y el trabajo enmedio de la guerra, bien se puede concebir intento, de suyo tan sublime, como el concebido por Tosti: aliar la democracia con la Iglesia, el nuevo Gobierno italiano con el secular Pontífice católico. Antes de que Pío IX acariciara su obra de redimir Italia por el catolicismo, la concibió Tosti; solamente que Pío IX tuvo que abandonarla, y Tosti siempre la mantuvo en obras elocuentísimas, donde palpitaban junto al verbo platónico de las ciencias eternas el Espíritu Santo de la cristiana Trinidad. Tosti aventajó en esto á los tres grandes hombres, salidos de la Iglesia para ir á la democracia, como Lamennais y Loysson, y Doellinger; fué siempre ortodoxo, mientras sus ilustres émulos rodaron á la heterodoxia. Callado Tosti cuando retrocedió Pío IX, se reanimó á la venida de León XIII, verdadero y grandioso renovador del espíritu político en la Iglesia de Dios, y pronunció la palabra conciliación entre la Religión y la Italia. Nunca lo hubiera hecho: León XIII no se lo perdonó. Un Papa, no obstante su infalibilidad, está muy lejos de ser el Vaticano. En el Vaticano quieren la conciliación absoluta con el Gobierno de la República francesa; quieren una grande inteligencia entre la democracia española y el Pontífice Máximo; pero no quieren dar el brazo á torcer, y recibir en su seno al Rey gibelino, que ha desacatado á su madre la Iglesia romana y puéstose á servicio de la Germania protestante. Yo no creo la política vaticana en esto justa. Si hay razones para que la Iglesia llegue á entenderse con la República

francesa y con la democracia española, más razones hay para que pueda entenderse con la unidad italiana. Lo prohibe un ensueño tan engañoso como la esperanza de reintegrar á los Papas en el poder temporal. Pues nunca serán los Papas reinstalados en ese poder transitorio que mengua y obscurece con vapores de la tierra su poder celeste y eterno, su poder espiritual. El Padre Tosti sufrió una espantosa contrariedad cuando León XIII rechazó la grande obra católica y nacional á que consagrara sus días. Pero no importa: en el tiempo se ven las contradicciones y en lo eterno se ven las armonías. El Padre Tosti verá desde otra vida mejor que su idea es inmortal, y que si León XIII ha realizado una estrecha inteligencia entre la Santa Sede y las dos democracias católicas, española y francesa, otro venidero Papa, el próximo, cualquier sucesor suyo, si no él, tomando enseñanza de tan grandioso ejemplo, urdirá más ó menos tarde otra inteligencia entre la Santa Sede y la democracia italiana. Dios lo quiere así.

II

Aunque deseáramos no contristar nuestro espíritu con dolorosos espectáculos, imposible divertir pensamiento y atención del pueblo griego, á quien tenemos religioso culto histórico todos cuantos europeos estimamos el precio y el valor de la humana cultura. Ya sea porque Alemania protegió al Sultán como los emperadores de la Edad Media protegían á sus vasallos feudales; ya sea porque tal protección germánica paralizó los esfuerzos de italianos esclavos y austriacos, pueblos naturales amigos del griego y naturales enemigos del turco; ya sea porque Rusia no quiere oir hablar de Constantinopla, sino después de haber acabado su ferrocarril asiático, y Francia debe ahora obedecer cuanto le impone el deseo de conservar la inteligencia franco-rusa; ya sea porque Inglaterra, después de haber suscitado la gran dificultad de Armenia,

que generó el conflicto de Creta, como éste generó la intervención de Grecia sobre los cretenses, como esta intervención desató la guerra blandida por Turquía sobre los griegos, se haya retirado cobardemente de su empeño por Grecia, impuesto al convencimiento y al deber suyos; no cabe dudarlo ni un minuto: cuesta el rescate de Tesalia trescientos millones de dracmas, lo cual equivale á exigir del pueblo griego cuatro veces el importe de sus ingresos anuales, como si Alemania hubiese de Francia exigido diez á doce mil millones por el rescate de su territorio; se rectifican las fronteras, de suerte que podrá cuando le plazca el Sultán invadir por Macedonia y el Epiro á Grecia, cuyas dos llaves terrestres han pasado á sus imperiales cajas; se manda que preste la nación hipoteca ó fianza de no tocar á los intereses, que debe satisfacer para el pago de sus acreedores extranjeros; y se funda un sindicato, compuesto de banqueros terribles, que perciba los tributos y distribuya los gastos; se crucifica y trucida por tal modo á Grecia que su Cámara se indigna, su Gobierno se cae, la corona vacila en las sienes de sus reyes; agitado, estremecido todo el suelo heleno por las trepidaciones y los terremotos de una revolución.

III

Nunca he visto faltar un gran poder, una gran entidad á su ministerio y á sus finalidades, como ha faltado el sacro Imperio, personificado en Guillermo II, á las tradiciones de su historia y á los precedentes de su fundación, cuando parecía, por su naturaleza y por su atavismo, el protector de todos los pueblos cristianos. Hay esfinges indescifrables por su inmovilidad; hay esfinges por su movilidad indescifrables. A este último número pertenece Guillermo II. En los meses pasados del estío ha recorrido las heladas costas de Noruega y ha visto el sol de media noche. Un poco antes de ir el Presidente Faure, se ha encajado en los Palacios del Neva y ha recorrido los se-

nos del golfo de Finlandia. Tras haber hecho á la proximidad de los círculos polares una peregrinación marítima, se ha presentado en la continental Alemania recibiendo los reyes del suelo luminoso italiano y trocando en amazonas, tan bellas como las que venció Aquiles, sus huéspedas, las princesas y reinas idas á su invitación, las cuales ha decorado con el nombre de coronelas y puéstolas, ceñidas de cascos, espadas, y no diré si espuelas, á la cabeza de sus regimientos para dirigir evoluciones militares vistosísimas. De aquí háse ido presurosos en busca de los húngaros, por él muy halagados, creyéndolos de sangre turca, que hoy priva en su corazón, y de apego á su Imperio, contra los eslavones, que no pueden ver á Guillermo II ni pintado. En Hungría semejaba el verdadero emperador de Austria; pues mientras estos indómitos húngaros se resisten á reanudar su pacto con Austria, é infligen así al al buen Francisco José pesadumbres, que acabarán por costarle seguramente la vida, loan en aclamaciones sin fin al jóven y arrestado César alemán, capaz de amordazar las razas enemigas y establecer sobre todo el territorio germánico y sus accesorios la unidad imperial en vez de las federaciones recién establecidas con el decreto de Badeni sobre las lenguas nativas y oficiales, federaciones que detestan á una todos los pangermanos, abundantes, como es natural, en Alemania, y no menos abundantes en Hungría, enemiga implacable de Rusia y de los rusos, el Emperador Guillermo se ha revestido los pintorescos uniformes magyares que tanto recuerdan las vestiduras orientales; se ha maravillado del palacio erigido al Parlamento de Pesth y ha jurado con su ordinaria genialidad no valer un comino en sana comparación el palacio al mismo destino levantado en Berlín; ha soltado su lengua, y en un discurso parecido por su misterio y por su elevación á cualquier sublime raconto de Wagner, ha entonado himnos sin fin al pueblo húngaro y á sus grandezas históricas. Así los húngaros han quedado prendadísimos del Emperador. No tanto los reyes italianos en su reciente viaje. Aunque la excelsa y hermo-

sa Margarita se haya conformado con que la llamasen coronela, y el buen Humberto haya revestido aquel uniforme de húsar nunca perdonado por los franceses al jóven Alfonso XII, Guillermo ha hecho representar pantomimas ó cuadros vivos, en los cuales, mientras Alemania representaba la fuerza, la conquista, la guerra, la virilidad, el lado masculino de la humanidad, Italia representaba la gracia, la belleza, la inspiración, el lado femenino de la humanidad, como si quisiera decir que Alemania es el sol en los cielos europeos, mientras Italia la poética luna, hermosa é inútil, como el arte. Han trascendido las noticias de estas pantomimas en Italia, pues las han publicado todos los diarios franceses, y no han quedado con ellas muy contentos los italianos, zaheridos y maltrechos.

IV

Pero confesemos que los ha vengado Bismark. El viejo solitario, desde que cayó del poder, sabe tan sólo esgrimir la oposición. Cuando el Emperador propendía en sus volubilidades al socialismo, él alababa las leyes represivas de tal secta promulgadas por su Gobierno; cuando el Emperador quiere á los conservadores acercarse, píntalos él de mano maestra y les echa en cara no haber sabido jamás á ciencia cierta y á conciencia plena lo que habían de conservar. De vida, no ya verdaderamente animal, de vida vegetal; tan fríos y obscuros como las malezas de sus negras selvas; nobles sin majestad, propietarios sin entrañas, supersticiosos sin religión; en la defensa de sus intereses y de sus privilegios tan rebelados como los revolucionarios en la defensa de sus ideas y de sus derechos, aunque siempre contrarios al progreso, no prestan apoyo ninguno á la estabilidad. Mas después de disparar el coloso bombas explosibles sobre las cabezas acalabazadas de los rurales, combate la reciente monomanía sugerida en el ánimo de

Guillermo por su crónica irremediable neurastenia. Esta monomanía es la empecatada, que le hace beber los vientos por una Marina tan poderosa como la Marina inglesa, é indisponerse por tamaño delirio dentro de Alemania con el Parlamento, fuera de Alemania con Inglaterra. Guillermo, sabedor de su oposición, le ha querido disuadir, halagándole; y en estos halagos, ha decidido poner á un crucero el nombre inmortal de su gigantesco estadista. Nada más propio de su temperamento y de su carácter agradecidos, que corresponder á esta fineza bautizando en persona el buque glorificado por su apellido. Pero no; ha relegado esta pesada ceremonia, no recuerdo si á su hija, ó si á su nuera. Esta señora, en representación del Canciller ha roto la vieja botella de Champagne litúrgico, y ha bautizado el nuevo barco de la escuadra germánica; luego, Bismark no se ha callado, regodeándose con extremar su oposición, más temible aún que la oposición del Parlamento. Para Bismark, no tiene sentido común toda política internacional que aparte Alemania de Rusia y la indisponga con Inglaterra; para Bismark, ningún pueblo continental de Asia ó Africa ó Europa competirá en materia marítima y en poderosas escuadras con los ingleses; para Bismark, Alemania hereda de sus mayores un carácter terrestre y una índole continental que no podrán alterar cuantos la empujan hacia el Océano; para Bismark, el tesoro y el presupuesto alemanes jamás podrán encontrar los recursos indispensables á construir los barcos de guerra y menesteres marinos con que sueñan el Emperador Guillermo y su hermano el Almirante D. Enrique; para Bismark, todo buen político debe consagrarse á conservar la hegemonía germánica en Europa y reirse de las fantasías coloniales; para Bismark, es malo todo cuanto piensa, todo cuanto hace, todo cuanto quiere su emancipado pupilo el joven Emperador, muy asiduo en prestarle homenajes, y muy retirado, tanto de sus inspiraciones como de su ejemplo.

V

Mucho hemos discurrido por la política extranjera, interesante á la verdad, y mucho necesitamos reconcentrarnos en la política nacional, hoy llena de interés dramático, y despertando á cada minuto en los espíritus más indiferentes vivas emociones. Adolecen los juicios de quienes tanta parte han tomado, cual yo he tomado, en la política diaria, del recuse natural opuesto á ellos por muchos que sostienen la imposibilidad absoluta de que un actor ó un autor en los dramas se desciña de sus pasiones y de sus intereses al juzgar estas obras propias suyas como crítico, y crítico historiador. Mas, aun declarando la recusación como fundada según derecho, debo alegar, para no ponerla por este momento en práctica, mi ausencia del debate y del estadio políticos, la cual ausencia dura ya dos lustros, y me autoriza para creerme, no en el sitio reservado á un autor entre bastidores para que lo silbe ó aplauda el público sin su visible presencia, en el sitio destinado á los espectadores y los críticos. Mas no vayamos, por la justificación del historiador, á olvidar la Historia. Se determinó la crisis al asesinato cometido en la ilustre persona de Cánovas por el genio exterminador que, satisfaciendo venganzas y desahogando cóleras, enviaron los desalmados anarquistas contra el gran repúblico, cuya muerte debía producir en el campo conservador un vacío donde no pudieran respirar los correligionarios del grande hombre, faltos de aquel pensamiento que á todos los esclarecía y de aquella voluntad que á todos los disciplinaba. Imposible sustituyese á Cánovas ninguno de los que se imaginaban por su talla política y por su historia personal destinados á la sustitución. Jefes de grupo cada cual de ellos, no podían transfigurarse por milagrosa manera en jefes de partido. El Sr. Pidal, aunque muy orador y con verdadero don

de gentes, tiene sobradas propensiones hacia la escuela ultramontana para dirigir un partido moderno, en quien, por su mismo apego á la estabilidad, no caben retrocesos, henchidos á la postre de revoluciones; el señor Duque de Tetuán, más experimentado y reflexivo de suyo, cuenta con escasísima historia conservadora, en primer lugar á causa de su amistad hacia Martínez Campos, que suele ir del estadio liberal á los estadios conservadores; en segundo lugar, á causa del muy largo convivir con Sagasta un tiempo; en tercer lugar, á causa del puesto preeminente ocupado por su persona en Palacio durante la dominación saboyana; el señor Marqués del Pazo, quizás indicadísimo entre todos á la continuación del pensamiento canovista, por ligarle con Cánovas profunda é inalterable amistad, con grandes energías nativas y una índole combatiente clara, carece hoy, por sus años y por sus achaques, de la necesaria fuerza fisiológica y voluntad psíquica indispensables á tan magna obra. Y he dejado para el último al buen amigo Azcárraga, por creerlo poco apto para el puesto que sólo ha ejercido su persona, si bien por poco tiempo, la sustitución del consumado estadista y la jefatura del partido conservador. Bueno y muy bueno por su carácter moral; inteligente, y mucho, en cosas militares; hábil organizador y con un ascendiente antiguo sobre nuestro ejército, carece de aquella malicia, de aquella doblez, de aquel maquiavelismo indeliberado é inconsciente, muy necesario en ciertos casos á los políticos, por lo cual acaba de ahogarse ahora mismo en el puerto, que muy seguro estaba, y dejado el Ministerio, cuando pudo con muy poco esfuerzo conservarlo.

VI

Adrede dí en esta enumeración de mano al Sr. Silvela, cual si pudiera, en una revista de candidatos apercibidos á la jefatura del partido conservador, olvidarse nadie de su per-

sona y de su nombre. ¡Cuán recusable soy para juzgar á mis contemporáneos en la política española! Condiscípulos unos, como Cánovas, otros discípulos, como Gamazo y Moret, amigos todos, confieso en clara confesión pública que siempre peco de una debilidad en su pro más que de pasión en su contra. Entre todas estas amistades y todos estos amigos, resalta el Sr. Silvela. Íntimo yo de su hermano mayor Manuel, tan ingenioso, conocí á Francisco en la edad primera, y entonces eché de ver cuánto ingenio atesoraba en su mente para lustre de las patrias letras y con qué oratoria de corte ático debía enaltecer su verbo nuestra gloriosa tribuna. Pero del estadista no tengo la misma idea que del orador y del literato. Silvela para guberna mental adolece de muy escasa consistencia en sus juicios, y mantiene ideas, las cuales, mantenidas por un tribuno reformista, serían de perlas, y huelgan, mejor dicho, dañan á un estadista de carácter y de pensamiento conservadores. Sólo pudo al demonio en persona el ocurrírsele arrojar entre los pies de nuestros partidos gobernantes, tan maltrechos, la bomba contenida en su palabra sacramental, la palabra moralidad. Esta palabra, como todas las vaguedades, contiene mil materias inflamables y explosibles. La moralidad en el mundo se parece al valor en la milicia: es necesario reconocerla en todos aquellos que no hayan mostrado lo contrario en actos públicos y privados que merezcan una sanción penal. ¿Donde vamos á parar, si admitimos, cual moneda corriente, las calumnias puestas en circulación perdurable por tantas malas pasiones como afligen á la mísera humanidad? No ha costado poco separar la moral del derecho, para que volvamos á juntarlos, creando una inquisición de nuevo cuño que penetre á su grado en las casas particulares y en las conciencias íntimas, como penetraba la otra en los pensamientos filosóficos y en los dogmas religiosos de cada ciudadano. El acto moral está en la intención. Os encontrais una muchacha en la calle, que os pide limosna, y le dais un duro. El acto es moral. Pero la intención puede ser malvada. ¿Le dais el duro

para socorrerla? Pues nada hay que decir. ¿Le dais el duro para seducirla? Pues el acto moral se ha trocado en culpa y pecado mortales. Está pues, la moralidad en los intentos y en los propósitos: nada más. Y á esta peligrosa enseña en lo social une otra enseña no menos peligrosa en lo político: el regionalismo. ¿Quién me hubiera dicho á mí, cuando combatí el cantón valenciano por el hierro y el fuego que un conspicuo conservador, como Silvela, debía insinuar veinticuatro años más tarde su preferencia por tiempos tales en que, según su frase, latía la vida, sobre los tiempos de su jefe y amigo el Sr. Cánovas en que, según su frase, únicamente veía la desolación y la muerte? Luego paréceme todavía más peligrosa que la palabra moralidad y que la palabra regionalismo, la frase: reforma del Código penal, porque trae aparejada esa frase una reacción insensata, la cual pudiera hundirnos de nuevo y anegarnos bajo las cataratas del diluvio revolucionario, tan connaturales á nuestros tempestuosos cielos españoles. Así, tanto estimo la persona cuanto detesto la política del Sr. Silvela. Este me recuerda el personaje aquel de un viejo cuento, quien al encontrar cierta obscura noche á la ronda en sus andares por la calle de una gran ciudad, y como esta ronda le preguntase quién era, y cómo se llamaba, dijo ser hijo del Padre Eterno.—¿Es usted, pues, nuestro Señor Jesucristo? le preguntó la ronda.—No, respondió el preguntado; soy hijo de un padre muy rico y muy viejo, el cual no se muere nunca. ¿Por qué no aguardó el Sr. Silvela sentado y en silencio la herencia del Sr. Cánovas, que no podía tardar mucho tiempo en recaer sobre su persona? Luchando con el Sr. Romero Robledo, quizás ha conseguido matar la opción y competencia de éste para la jefatura de los conservadores; mas también ha conseguido anularse á sí mismo en este momento para recoger esa herencia. Y no es lo peor esto, que se haya él mismo cerrado la entrada en el poder ahora: lo peor del caso es que siempre latirá en su contra un residuo canovista dentro de su escuela y de su partido, el cual residuo no le permitirá ponerse á la cabeza

de todos, atajándole por cuantos caminos vaya al paso, y diciéndole para la ocasión próxima de contar en las Cortes con cierto número de votos superior á los que traigan las demás fracciones conservadoras, aun reunidas en sus numerosas segmentaciones y mutuos apartamientos, que debe hasta la jefatura de los suyos á complacencias de Sagasta.

VII

Pasando por esta situación el partido que gobernaba, era cosa difícil su continuación en el Gobierno. Resuelta é inevitable la caída suya, prefiriera yo verlo caer en las Cortes nacionales á verlo caer en el Palacio Real. Preferid siempre la peor Cámara, dijo Cavour, á la mejor camarilla. Poco á poco los dos partidos gobernantes han elevado la corona, en sus competencias, á un arbitraje supremo, tan peligroso para la nación como para la Reina. El dogma, verdadera ficción romana de político derecho constitucional, el dogma de la irresponsabilidad real no puede sustentarse sino á un precio, á precio de que los reyes no respondan de nada, porque realmente nada con su poder han hecho. Pero si lo hacen todo ¡ay! de todo responden. Decíase que la Reina traía desde San Sebastián meditado el cambio y que lo precipitó una falta leve, un exceso de precauciones apercibidas en torno suyo á la entrada, desde la estación del ferrocarril al Palacio. Pero, sea de todo esto lo que quiera, una cosa permanece averiguada y definida: ni los liberales creían entrar tan pronto, ni los conservadores tan pronto caer. La prueba de que no pensaban caer los conservadores se halla en el encargo recibido por Azcárraga de preterir todas las cuestiones en Palacio ante la Reina, quien ciertamente no podía cambiar de política porque hubiera cambiado de residencia, desde las orillas del Atlántico á las orillas del Manzanares. Y la prueba de que no pensaban entrar los liberales hallábase patentísima en su diseminación:

Sagasta por Ávila, Gamazo por Boecillo, Montero Ríos por Lourizán, Abarzuza y López Domínguez por Biarritz. A todos, á conservadores y á liberales, hubiera importado que la imposibilidad de continuar el Gobierno Azcárraga y de componer otro Gobierno conservador se mostrara en las Cortes, ó por lo menos, en la suprema hora de modificarse la organización del Ministerio que debía convocarlas. Pero hace tiempo sobre nosotros pesan grandes contrariedades. Por un desatino, como el que Tetuán hiciera en los pasillos del Senado, agrediendo á un senador liberal tan respetable como el buen amigo mío Comas, abstuviéronse los liberales, y en el retraimiento estallaron esas fulguraciones que se notan entre los negrores de la noche más que á la luz del día. Y se dijo cómo no castigaba el empeño militar y necesitábamos secundarlo con el empeño político; y se aludió á fórmulas más ó menos fantásticas, muy buenas después de la paz é inaplicables á la guerra; y se habló de conmiseraciones y de piedades, como si nosotros no fuéramos los agredidos, y los agresores aquellos mismos á quienes halagaban impaciencias inexplicables por el poder y vanas garrulidades al uso. Yo no quiero la guerra, yo detesto la guerra, yo abomino la guerra; pero si me provocan, yo mantengo la guerra, esa gran barbaridad, bárbaramente; yo mantengo la guerra, ese horrible crimen, criminalmente, pues la guerra se constituye por dos fuerzas enemigas en conflicto. Hubiera sido gracioso que, al hallarse los cantones en armas, nosotros les hubiéramos prometido el régimen por ellos demandado. No: les opusimos la unidad nacional. Cuando en las Cortes me preguntaron los intransigentes á mí por la Constitución federal, respondíles con toda conciencia: la quemásteis en Cartagena. Y lo mismo que hicimos los republicanos con la federal de los Cantones hizo el Gobierno conservador con los fueros de las Vascongadas: los destruyó en gran parte, por haberse adherido los vascos á la insurrección carlista. Mientras los rebeldes quieran guerra, no hay que responderles sino con la guerra. Por eso hubiera yo querido que tantas promesas inde-

cisas como se han dado, y no podrán cumplirse, tantos discursos halagüeños como se han dicho, y no serán acompañados de obras, por imposibles, se hubieran en el Parlamento depurado. Yo estoy en tinieblas.

VIII

La crisis ha girado sobre la cuestión de Cuba, es decir, sobre la cuestión de las cuestiones. Y en esta cuestión disentían los conservadores de los liberales por modo verdaderamente radical. Para los liberales las reformas prometidas y aplicadas por Cánovas no podían dar frutos por deficientes; la guerra, tal como la mantiene Weyler, no podía dar resultados, por cruel. Para los conservadores bastaban las reformas concedidas, que aumentaban la gran libertad gozada por los cubanos, como acaso no la tiene pueblo alguno en América, aun dentro de una isla incendiada por civiles guerras entre sus hijos; y debía continuar la guerra dirigida por Weyler, primeramente á causa de que juzgan sus crueldades calumnias de nuestros enemigos, y después á causa de que tienen una promesa formal suya garantizando que se acabaría el conflicto entre la seca de ahora y el comienzo de los aguaceros por Abril, hacia fines de Marzo. Pero, según ha patentizado un artículo visto estos últimos días en un diario muy divulgado, la Reina, entre los programas de la situación gobernante y los programas de las escuelas liberales, ha preferido estos programas de un modo tan resuelto, que hasta se le debe la iniciativa de su triunfo. Yo lamento y sigo lamentando la división de los partidos españoles en problemas de tal trascendencia como el problema relativo á nuestra integridad nacional. Serán achaques de viejo; mas en el período de mi juventud, nunca nos dividimos por los problemas cubanos en la Península. Todos

mantuvimos la guerra mientras la mantuvieron los rebeldes; y todos nos conformamos á la paz, cuando acertó á conseguirla el General en jefe de nuestro ejército y el Gobierno nacional de Madrid. ¿Por qué hacer asunto de nuestras discordias la cuestión cubana? Y esto me parece tanto más de lamentar cuanto que ha llegado la división hasta los senos del partido liberal y estallado á la formación del Gabinete ya definitivo. ¿Por qué no entró Gamazo en el Ministerio de Ultramar y Abarzuza en el Ministerio de Estado, según reclamaban la conveniencia y la justicia? Yo no he hablado con ninguno de estos dos amigos míos y de sus labios no sé una palabra. Pero creo firmemente no han entrado por su disconformidad con las fórmulas crudísimas que una parte de los liberales proclama como único medio de concluir la guerra y desarmar á América. Por competencias personales, por envidias bajas, por mezquinos regateos de influencia, no han podido negarse al Gobierno, políticos á tan grande altura colocados, como Abarzuza y Maura y Gamazo. Han debido mediar en esta resolución suprema, no el corazón y la voluntad, el criterio y el ideal. Gamazo no ha entrado en el Gobierno y el Gobierno ha contraído ante la conciencia pública relevar á Weyler y conceder á la isla su autonomía. Hora es ya de concluir esta larga revista. No es de rosáceo color en ella, ni lo relativo al problema europeo, muy embrollado por las desgracias de Grecia, ni lo relativo al problema nacional, muy embrollado por las desgracias de Cuba. Mas no hay que desalentarse: nuestra nación es eternamente la nación del General *Noimporta:* su estrella no se borrará del cielo mientras su espíritu no se borre del territorio. Entre luteranos ingleses, alemanes calvinistas, entre tantas gentes como las innumerables á quienes hemos combatido y sujetado en larguísimos períodos, el nombre nuestro suscita maldiciones sin término. Pero cuando vemos la energía de nuestra voluntad colectiva, el heroismo de nuestra sangre nunca estancada por el hado adverso, los holocaustos ofrecidos á la nación hasta por las clases menos

participantes de su poder y de su grandeza, los tesoros escondidos en sus entrañas, y desentrañadas por un patriotismo inextinguible tantas y tan colosales fuerzas como se patentizan por todas partes, el arrojo más inverosímil junto con la paciencia más inagotable, la tenacidad y el entusiasmo, debe creerse que no le faltará, no, á España, en los cielos el Dios de su epopeya, ni en los tiempos el premio de su pujanza.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Octubre de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Histerismo intelectual, por Manuel Carles.—Buenos Aires, 1895.—Un volumen de 183 páginas.

El Sr. Carles actuó como Abogado defensor en una causa criminal ruidosa, en Buenos Aires, el año 1894. Se trataba del homicidio cometido por una joven de diez y ocho años, en la persona de un tal Stugel Petraglie Botti, difamador de aquélla.

El año siguiente, el propio Sr. Carles publicó un libro, que lleva por título el mismo que va al frente de esta nota, en el cual no hace sino reproducir, con mayor extensión y más orden, la defensa que á su tiempo hizo de la procesada, procurando demostrar que ésta no realizó el hecho de autos en tales condiciones de inteligencia y de dominio de sí misma, que pudiera tenérsela por responsable, y por consiguiente, que debía ser absuelta, como en efecto lo fué, por caer de lleno bajo las prescripciones del art. 81, incisos 1.° y 5.° de aquel Código penal.

P. Dorado.

La delinquenza settaria.—Appunti di sociologia, di Scipio Sighele.—Milano, Fratelli Treves, editori, 1897.—Un volumen de 274 páginas, 3 liras.

Sabido es que Sighele viene desde hace años consagrando la parte principal de su actividad científica al estudio del delito colectivo, estudio del que puede llamársele el iniciador,

con su *Muchedumbre delincuente*, por más que antes de que este trabajo viera la luz ya se habían publicado algunos en que se contenían ciertas indicaciones relativas á la materia.

La delinquenza settaria es un libro más que el autor acaba de añadir á los que ya había dado á la estampa sobre el referido asunto del delito colectivo, ó, como reza el epígrafe general que el mismo Sighele le ha puesto, sobre *Las sociedades criminales.* De modo que á la hora presente son ya cuatro los libros que el laborioso joven ha publicado acerca del particular, á saber: *El delito de dos*, *La muchedumbre delincuente*, *La teoría positiva de la complicidad* (todos tres traducidos al español y editados por la casa de La España Moderna) y *La delincuencia sectaria.* Como la obra completa constará de seis partes, faltan aún dos: *Significación biológica de la asociación entre los organismos* (parte que no se ha publicado todavía y que, no obstante constituir como el fundamento de todas las demás, será la última que vea la luz; lo cual no estorba para que cada una de las otras partes tenga su valor propio y forme un tratado independiente, Sin duda el autor no tuvo formado desde un principio el plan que se ha formado después, ni quizá pensaba cuando escribió *La muchedumbre*—que fué lo primero publicado, sin embargo de ser la quinta parte de la obra total—en que á este libro habían de seguir luego otros,) y *Las asociaciones de malhechores*, tercera parte de la obra total, de publicación inminente.

En *La delinquenza settaria* se revelan todas las buenas condiciones que habrá advertido en las demás obras de Sighele el lector que las conozca: suma claridad, exposición muy ordenada de las cuestiones, sagacidad en el modo de tratar éstas y en la contestación á las objeciones críticas, cierta facilidad para enlazar unas cosas con otras y para hacer inteligible, mediante símiles, sentencias ajenas ó anécdotas, lo que de otro modo pudiera quedar obscuro para muchos. Además, se encuentran en el libro que nos ocupa observaciones de no escaso valor, v. gr., sobre la diferencia entre la moral privada

y la política, sobre la función social del delito sectario y sobre varios puntos más. Pero no es un trabajo que deja satisfecho al lector. Parece como si no estuviese terminado; cuando uno concluye de leerlo, se queda, por decirlo así, á medias. No habría estado demás que el autor hubiese formulado en conclusiones concretas su pensamiento sobre el delito sectario, responsabilidad de quien lo comete, tratamiento oportuno, etcétera. Luego, acostumbrado el lector á la originalidad de los puntos de vista y al brío con que se desenvuelven los conceptos en *La muchedumbre delincuente*, nota que esas cualidades se muestran con menos intensidad en *La delincuencia sectaria*. Por fin, hay ideas, frases y aun metáforas que son repeticiones de lo dicho por el autor en sus anteriores libros. Probablemente, todo esto tiene su disculpa en la circunstancia indicada de no haberse publicado la obra entera de una vez, sino en veces.

Con todo, el libro de que se trata es muy digno de lectura, estudio y reflexión. Y debe añadirse que se recomienda también por sus excelentes condiciones externas, esto es, editoriales, y porque lleva como apéndice el opúsculo, ya agotado, del mismo Sighele *Contra el parlamentarismo*, opúsculo que á la época de su publicación hizo tanto ruido en Italia y fuera de Italia.

P. Dorado.

La Familia. — Lecciones de filosofía moral, por Pablo Janet. — Obra premiada por la Academia Francesa, traducción del Dr. Luis Marco.—Un volumen, 220 págs. — Madrid, 1897. La España Moderna. — Su precio: 5 pesetas.

Un libro, que si nos propusiéramos estudiarlo con el detenimiento que su autor y el asunto de que trata merecen, exigiría largo espacio y amplias consideraciones, para poner en su punto las ideas admisibles y no admisibles que en las distintas

lecciones de su curso supo exponer con forma tan brillante como agradable y, en general, simpática, Pablo Janet. Pero ni este es el lugar más propio ni la ocasión más oportuna para aquilatar lo que nuestro autor piensa acerca de la constitución de la familia, y sobre el papel que en ella asigna al marido y á la mujer, y respecto de las demás cuestiones que los hijos y la parentela imponen. Después de todo, trátase de un autor conocidísimo, de fama universal, cuyas tendencias no son un misterio para quien tenga alguna cultura filosófica, y no hace falta insistir demasiado en analizar sus opiniones. Lo que sí puede afirmarse sin reserva alguna, es que *La Familia*, del publicista francés, es un libro interesante en extremo, de filosofía nada abstracta, antes bien vulgar, mundana, doméstica, como él mismo dice, de lectura entretenida y provechosa, y que se recomienda á todos por igual, porque todos pueden sacar algo útil recorriendo sus páginas. La misma forma oratoria propia de las conferencias, que el autor ha querido conservar al convertir su curso de Estrasburgo en libro, hace que éste resulte más animado, y por ello de lectura más agradable y fácil.

El contenido del libro de M. Pablo Janet, se halla distribuído en diez lecciones, que forman otros tantos capítulos, en los cuales se trata por este orden, de los asuntos siguientes: La vida de familia; el jefe de familia, el marido; la señora de la casa, la mujer; el padre y la madre; el niño; el hijo; la hija; el hermano y la hermana; la parentela; el siglo y la familia.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Almanaque El Sui-Géneris. *Año XXVI.* Para 1898. En 8.°, 192 páginas: 50 céntimos.

Aranzadi (T. de).—Setas ú hongos del País Vasco; guía para la distinción de los comestibles y venenosos, los parásitos de plantas cultivadas y enumeración sistemática de los indiferentes; 41 láminas cromolitografiadas aparte. En 4.° mayor, 170 págs.: 15 pesetas.

Araujo Gómez (F.)—Gramática del poema del Cid. En 4.°, 426 páginas: 10 pesetas.

Arnau (J. M.)—Las ametllas d'Arenys; comedia en un acte, original y en vers. En 8.° mayor, 52 páginas: 1 peseta.

Barra (E. de la .—Ortografía fonética para el cuarto Congreso científico de Chile. Santiago de Chile. Establecimiento poligráfico. Roma, 1897. En 8.°, 82 págs.

Barra (E. de la).—Tratado de ortografía reformada. Santiago de Chile. Impr. Barcelona 1897. En 8.°, 146 páginas.

Bayton (J. M.)—Apuntes económico-burocráticos. En 8.°, 224 páginas: 3 pesetas.

Benot (E.)—Aritmética general. En 4.°, 3 tomos, 471-543 y 375 páginas. Sistema métrico. Complemento á la aritmética general, 328 págs. Los cuatro tomos en tela 38 pesetas.

Biblioteca peruana.—Apuntes para un catálogo de impresos. *Tomo II.* Libros y folletos peruanos de la Biblioteca del Instituto nacional y notas bibliográficas. Santiago de Chile. Biblioteca del Instituto nacional. 1896 á 1897. En 4.°, 618 págs.: 22 pesetas.

Blanco (T.)—Nociones de óptica, como introducción al estudio de la oftalmología. En 4.°, 247 páginas: 4 pesetas.

Bolea y Sintas (M).—La novela en el siglo XIX. Conferencia literaria. En 8.° mayor, 35 págs.: 1 peseta.

Idem.—Los libros de «Caballerías». Conferencia. En 8.°, 41 págs.: 1 peseta.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXI. Cuadernos I á III. Julio á Septiembre de 1897.* En 4.° (págs. 1 á 256): cada cuaderno 1,25 pesetas.

Brugada y Panizo (L. M.)—Método de Roberston. Lecciones prácticas de lengua alemana. En 8.° mayor, XVI-288 págs.: 6 pesetas.

Calcaño (J.)—El castellano en Venezuela. Estudio crítico. En 4.°, XVIII-710 págs.

Carola.—Rosas y espinas. Estudios del corazón. En 8.°, 171 págs.: 1 peseta.

Casas y Abad (S.)—Elementos de Historia Natural. En 8.° mayor, 607 págs.: 11 pesetas.

Casasús (A.)—Anuario de la exportación, con aranceles de Aduanas de diferentes países y tarifas internacionales de transportes por ferrocarril. En 4.°, XVI-214-188 páginas: 10 pesetas.

Cavia (M. de).—Cuentos en guerrilla. En 12.°, 175 págs.: 0,50 pta.

Colorado (V.)—Francisca de Rímini; episodio dramático. El Acta,

comedia. En 8.°, 211 págs.: 3 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.)—Iriarte y su época. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española, é impresa á sus expensas. En 4.° mayor, VIII-588 páginas y un retrato: 15 pesetas.

Desdevises du Dezert (G.)—L'Espagne de l'ancien régime, par G. Desdevises du Dezert, professeur d'Histoire a l'Université de Clermont Ferrand. «La Société.» Paris. Société française d'imprimerie et de librairie, 1897. En 4.°, XXXII-294 págs.: 6,50 pesetas.

Dorronsoro y Ucelayeta (B.)—Estudio de los instrumentos y aparatos de física de aplicación á la Farmacia. En 4.°, 840 págs.: 25 pesetas.

Echegaray (J.)—Lecciones sobre resolución de ecuaciones y teoría de Galois, por José Echegaray. Lecciones 12 á 14, dadas en la Sección de estudios superiores del Ateneo de Madrid. En 4.°, (páginas 273 á 335): cada entrega ó lección, 1 peseta.

Echevarría y Reyes (A.)—Nociones de Ortografía castellana. En 8.°, 52 págs.

Escalafón del Estado Mayor general del Ejército en 1.° de Septiembre de 1897. En 4.° mayor, XXXVI-71 págs.: 3,50 pesetas.

Fernández y Fernández (L.)—Pizarras de Aritmética, escritas con arreglo á la obra que sirve de texto para el ingreso en las Academias militares En folio, 4 hojas prels., y 108 págs.: 5 pesetas.

Ferrando (J.)—El dicharachero; choguet valensiá en un acto y en prosa. En 8.°, 19 págs.: 1 peseta.

Fon (R.)—Episcopologio ampuritano, precedido de una reseña histórica y arqueológica de Ampurias. En 8.°, 143 páginas.

Freyre y Góngora (R.)—Resumen de la Historia Sagrada, con destino á los establecimientos de educación. En 12.°, 136 páginas: 75 céntimos.

Garay (B.)—El comunismo de las misiones de la Compañía de Jesús en el Paraguay. En 8.°, 192 páginas: 10 pesetas.

García Sagastume (B.)—Hojarasca. *T mo I.* En 8.°, XIV-152 páginas, con retrato del autor.

Goethe.—Los grandes autores. Colección hispanoamericana. Goethe. El Fausto. En 12.°, 224 páginas: 1 peseta.

Gómez Pamo (J. R.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.°, 88 páginas.

Tema: Estudio histórico-crítico de las clasificaciones botánicas.

Gómez Quintana (I.)—Manual del buen aficionado á las corridas de toros. En 8.° mayor, 45 páginas: 75 céntimos.

Gumá (C.)—Un casament á proba; humorada en verso. En 8.° mayor, 32 págs.: 50 céntimos.

Haussonville (C. de).—La juventud de Lord Byron, seguida de Los últimos años de Lord Byron, por la misma autora. En 4.°, 274 páginas: 5 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Honduras literarias. Colección de escritos en prosa y verso, precedidos de apuntes biográficos, por Rómulo E. Durón. *Tomo I.* Escritores en prosa. Tegucigalpa. Tipografía Nacional. 1896. En 4.°, X-835 págs.

Isaza (E.) — Diccionario de la conjugación castellana. En 8.°, XVIII-348 págs., tela: 5 pesetas.

Lessing (G. E.) — La poesía y las artes plásticas. En 8.°, 236 páginas: 2 pesetas.

López Marín (E.) — ¡Simón es un lila!, parodia de la ópera *Sansón y Dalila*. En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Llorente (V.)— Conferencias dadas en el Colegio de Médicos de Madrid y en el Instituto microbiológico acerca de la tuberculosis pulmonar. En 8.° mayor, 22 páginas: 2 pesetas.

Madrazo (P. de) y García (J. C.)— Discursos leídos ante la Academia de la Historia. En 4.°, 89 páginas y un retrato.

Tema: Fundación de D. Fermín Caballero. Premios á la virtud y al talento: y Elogio del P. Fr. José de Sigüenza.

Mallada y Pueyo (L.) — Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, por el Sr. Cortázar. En 4.°, 89 págs.

Tema: Los progresos de la geología en España durante el siglo XIX.

Manresa y Navarro (J. M.)—Comentarios á la ley de Enjuiciamiento civil. *Tomo IV y último*. En 4.°, 701 págs.: 11 pesetas.

Martínez (J. L.) - Folletos militares. I. La vida del general Simón Martínez. En 8.°, 78 págs., con un retrato.

Martínez Cabezas (A.)—Estanco nacional, juguete cómico-lírico en un acto y tres cuadros. En 8.° mayor, 34 págs.: 1 peseta.

Martínez Vigil (C.)—Folletos gramaticales. Sobre lenguaje. En 8.°, 77 págs.

Martrus (J.)—En peguera; monoloch comich en un acte y tres cuadros, original y en prosa. En 8.° mayor, 9 págs.: 25 céntimos.

Merino (G.)—Los adelantos del siglo, humorada en un acto y tres cuadros, original y en prosa. En 8.°, 51 págs.: 1 peseta.

Millán y Villanueva (C.)—El gran problema de las retormas en Filipinas. En 8.° mayor, 121 páginas: 2,50 pesetas.

Montalvo (J.)—Inéditos y artículos escogidos. Quito, impresor de *El Pichincha*, 1897. En 8.°, XII-187 páginas.

Muro (J.)—Compendio de Historia de España. En 8.°, 596 páginas: 11 pesetas.

Newman (K.) Antisepsia intestinal: manera de realizarla. En 8.°, 21 páginas.

Oliver Copons (E. de).—La artillería. En 4.°, 30 páginas.

Opinión de un silvelista.—Solución del problema político qae ha planteado la alevosa muerte del Sr. Cánovas. En 8.°, 16 págs.: 25 céntimos.

Pedrell (P.)—Hispaniæ schola musica sacra. Opera varia (sæcul. XV, XVI, XVII et XVIII) diligenter excerpta, accurate revisa seculo concinata a Philippo Pedrell Vol. VI. *Psalmodia modulata, auctoribus, T. A. Sancta Maria, F. Guerrero, T. Ludovici*, etc. En fol., XIX-62 págs.; 8,50 pesetas.

Pérez Zamora (A.)—Sor Milagros ó secretos de Cuba, novela histórica contemporánea. En 8.° mayor, 487 págs.: 5 pesetas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).— Madrid de noche, silueta cómico-lírica en un acto y nueve cuadros, en prosa y verso, original. En 8.°, 46 págs.: 1 peseta.

INDICE

Págs.

El silencio, novela *(conclusión)*, por Eduardo Rod..... 5

El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado..... 49

Palmaroli y su tiempo (conclusión), por Ceferino Araujo y Sánchez. 66

Algunas observaciones sobre el Quijote *de Avellaneda*, por Blanca de los Ríos de Lampérez. 84

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero. 146

La prensa internacional: Mérimée y su confidente, por Emilio Faguet.—*Una nueva historia del Papado, en tiempo de Alejandro VI y de Julio II*, por Eugenio Müntz..... 162

Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 185

Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada 201

Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO 9.º NUM. 108.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SILENCIO

(NOVELA).

Una conversación.

Alberto Portal, el tan conocido pintor, habíanos invitado á Santiago D*** y á mí para que fuésemos á ver su último lienzo, que iba á remitir á América. Santiago D*** es mi más antiguo compañero en letras; pero existe entre nosotros un lazo mucho más fuerte que el vínculo profesional: una amistad firme, constituída por mutua estimación, esfuerzos comunes, recíproca ayuda en horas difíciles, simpatías y gustos semejantes. En los asuntos en que es preciso entenderse para ser amigos íntimos, nuestros pareceres concuerdan casi siempre; en las cosas de la vida, admiro su rectitud, la seguridad de su juicio, su energía, que nada perjudican para que tenga una sensibilidad ardiente y dulce á la vez, una delicadeza enteramente femenina. Los que sólo por sus escritos le conozcan no pueden de ningún modo sospechar lo que es; porque siempre se ha dedicado á trabajos eruditos, más bien áridos, exactos, minuciosos, impersonales, en los que desaparece él mismo, como si temiera que la literatura de imaginación, para la cual es maravillosamente apto, desarrollase en él ciertas virtuali-

dades, ciertos gérmenes que reprime por diputarlos peligrosos. En cuanto á Portal, cuyo elogio como artista sería superfluo, es ante todo un hombre de mundo, muy frecuentador de los círculos elegantes, un pooo *snob,* socio de varios casinos, excelente *sportsman.* Esto equivale á decir que nuestras relaciones con él, bastante poco seguidas, son por completo accidentales.

Habíamos pagado nuestro tributo de alabanzas á su cuadro, así como á unos hermosos estudios que nos enseñó. Fumábamos axcelentes cigarrillos, medio tendidos en un diván oriental, delante de una botella de Jerez.

Poco á poco cambió el giro de nuestra conversación, que versaba sobre cuestiones de arte. Empezamos á hablar de diversas personalidades muy visibles, cuya historia anecdótica conocía Portal á fondo, y, por último, de un escándalo reciente: la estrepitosa ruptura de unas relaciones, que desde mucho tiempo antes nada tenían de misteriosas, entre un caballero casado y una señora de las más encopetadas. Portal nos dió á conocer todos los detalles del asunto con tanta precisión, que hubiera podido creerse si habría desempeñado algún papel en el mismo. Con los ojos entornados, despidiendo bocanadas de humo en espiral hacia el dosel de telas bordadas que corona su diván, parecía gozarse en su propio relato y con nuestra atención sostenida. Por lo demás, removía esas tristezas sin que pareciese afectarle ni aun la sombra de ellas, con el mismo tono que hubiera empleado para explicar las interioridades de una carrera de caballos ó las peripecias de un *match.* Cuando ya no tuvo nada más que referir, juzgó las cosas de este modo:

—Ya ven ustedes que, en resumen, eso ha ocurrido más correctamente de lo que pudiera creerse por el escándalo que con ello se ha armado.

Como nosotros nada respondiésemos, añadió:

—Una vez descubierta una intriga, debe cesar, ¿no es así?.....

Tuve la debilidad de murmurar:

—Sin duda..... Siempre acontece eso.....

Santiago D*** me echó una mirada acusadora y preguntó:

—Pero, acabemos; ¿son fundados los rumores que corren acerca de la señora X***? ¿Es cierto que está?.....

Interrumpióse dos segundos y prosiguió:

—..... ¿Que está gravemente enferma?

—Loca, loca querrá decir usted,—rectificó Portal.—Creo que se exagera..... Las personas mejor informadas hablan de un ligero extravío del espíritu, pero afírmase que se repondrá..... En todo caso, el hecho es que ha tomado las cosas muy por lo trágico.....

—¿Y el amante?—pregunté.

—¡Oh, ese!—dijo Portal, con un gesto significativo.—Lo que es él no perderá por eso la cabeza, respondo á ustedes de ello. Sin duda le ha fastidiado mucho, muchísimo..... Siempre son desagradables esas aventuras..... Pero, ¿qué querían ustedes que hiciese?..... Una mujer que engaña á su marido ya sabe á lo que se expone: ha de procurar no ser descubierta. ¡Esta señora fué desde el principio tan imprudente!.....

A lo cual repliqué yo:

—Porque amaba de veras, sin duda.....

—Ese fué su yerro,—declaró victoriosamente Portal.—Nunca se debe amar de veras, pues entonces ya no se ve claro.

Santiago D*** se agitaba desde hacía un momento. No pudo contenerse más y estalló:

—¿Saben ustedes lo que me extraña en historias como esa? Pues bien: la pequeñez de alma y la vulgaridad de sentimientos que revelan..... en el hombre, por supuesto. La mujer ha sufrido; á ella la dispenso..... Pero su amante es un bruto.....

Portal abrió los ojos con extrañeza y preguntó:

—¿Por qué? Haga usted el favor de decírmelo.

Mi buen amigo continuó, arrastrado por su afición á moralizar:

—Demos de lado á la anécdota que acaba usted de contarnos; no es más ni menos significativa que otras muchas. Veamos cómo pasan las cosas en las nueve décimas de los casos parecidos. Porque esas historias de adulterio son siempre casi iguales.....

—Para los espectadores, no para los protagonistas,—dijo Portal.

Santiago, sin contestar á la interrupción, prosiguió:

—Un hombre y una mujer á quienes separan las circunstancias, los deberes, la vida entera social, préndanse uno de otro. Admito que sean de una virtud media: no se rinden al primer grito de su deseo, sino que luchan y resisten.

Portal interrumpió otra vez:

—Más ó menos.

—Conformes; más ó menos, pero siempre un poco—repitió D***.—Con tal de que eso no sea ya para ellos una costumbre, en cuyo caso no me interesan. Así, pues, resisten algún tiempo. Luego sucumben, porque nunca se ha amado nadie como ellos, porque..... En resumen, por toda clase de buenas razones. Está muy bien..... Por poderosa que sea su pasión, hallan el medio de conciliarla con las exigencias de su vida, regular al parecer, y que no querrían sacrificar. ¡Eso no! Y se dedican de incógnito al perfecto amor durante cierto número de semanas, de meses ó de años.

El insoportable Portal volvió á interrumpir con tono escéptico:

—¡Oh!..... ¡De años!.....

—Nada supone el tiempo—dijo Santiago con un gesto de impaciencia.—Al principio se miran como víctimas del orden social, que es injusto y tiránico, ya se comprende; buscan excusas y las encuentran. Llega después un momento en que ya no las necesitan; practican con plena seguridad la mentira, el disimulo, la hipocresía. Entonces todo se echa á perder. Sobreviene cualquier incidente, una carta extraviada, un embuste sorprendido, una cita torpe, y se descubre su trapisonda.

¿Imaginan ustedes que va á ocurrir algún drama? ¡De ningún modo! Algunas escenas de comedia, y nada más. Entran las explicaciones. El cónyuge engañado, marido ó mujer, reclama sus derechos, se agita, amenaza; vense apuntar los tribunales, el divorcio, el escándalo. Pero en ese momento, descubren de pronto los amantes que el matrimonio es sagrado; que alguno de los dos tiene hijos cuyo porvenir no debe comprometerse; que los vínculos que les unen con el cónyuge respectivo son más sólidos de lo que sospechaban; que el cocido de familia es un alimento más sano y más indispensable, ya que no más nutritivo y agradable que la caza manida..... Y se separan. ¡Buenos días, buenas noches! Acabóse todo, no hablemos más de ello.....

—Es verdad—dijo Portal;—ese es el curso ordinario de tales asuntos. Pero ¿no es también el mejor desenlace que pueden tener?

—Pues bien—continuó Santiago;—tengo la candidez de parecerme eso miserable..... Sí, me imagino que cuando se ha amado lo suficiente para olvidar..... sus deberes (permítanme ustedes que emplee esta antigua palabra en desuso), debieran aceptarse todas las consecuencias de ese olvido. Aún voy más lejos: imagino que si el amor no tiene ya la frescura y el imperio de los primeros tiempos, todavía debiera sacrificarse todo lo demás en aras de él por el bien parecer, por dignidad, por respeto de sí mismo.

Al oir esto Portal, no pudo menos de reirse y exclamó:

—Mi querido amigo, pero ¿de dónde sale usted?..... Ya no estamos en los tiempos del romanticismo..... Y luego, ¡vaya una moral!..... Vamos, ¿qué sería de la sociedad si se pensara como usted?..... Al más pequeño rasguño hecho con un cortaplumas en el contrato, sería preciso destruir todas sus cláusulas.....

—¡Ah, la sociedad!..... ¡Peor para ella!—respondió Santiago.—La sociedad sigue siempre su curso, bien ó mal, y acontezca lo que quiera. Por otra parte, el individuo me inte-

resa mucho más que la sociedad. Me agrada verle desarrollarse noblemente fuera de lo convencional y de los prejuicios. Ó el amor es un crimen y no debe amarse, ó es lo más hermoso que hay en la vida, y tiene derecho á los sacrificios necesarios.

Portal alzó los brazos y dijo:

—¡Dios mío, qué lógica!..... ¡No le conocía á usted bajo ese aspecto, querido!..... ¡Es usted un nihilista, un anarquista, un hombre peligrosísimo!..... Yo tomo las cosas con mayor sencillez..... Me parece muy bien eso de tomarse y dejarse con facilidad..... Creo que es una gran fortuna que la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos juzgue en eso como yo. ¿Qué digo la mayoría?..... ¡La totalidad, querido, la totalidad!..... Diez, quince, veinte historias puedo referir á ustedes como la que acabo de contarles..... Usted apenas podría citarme una que se desenlace según su corazón..... á menos quizá de ir á buscarla en la *Gaceta de los Tribunales*.

Santiago D*** meneó la cabeza, diciendo:

—Es verdad, y lo siento por los hombres de nuestro tiempo. Sin embargo.....

Interrumpióse, pareció reflexionar un instante y prosiguió:

—Sin embargo, si ustedes quieren, voy á contarles una que difiere de esas un poco..... Por ser más rara, paréceme que tiene tanto significado..... Les demostrará á ustedes, si la escuchan, que el alma contemporánea aún es capaz de alguna exaltación..... Tal vez nos codeamos con muchas parecidas..... Pero no se conocen ó se olvidan, porque son de las que sólo se desarrollan en silencio. Una pura casualidad me ha revelado ésta. ¿Quieren ustedes oirla?

—¡Diga usted!—exclamó Portal, ofreciéndonos otros pitillos.

Santiago D*** nos hizo entonces el relato que va á leerse, tal como he podido reconstituirlo.

HASTA EL FINAL DE LA CULPA

I

PRELUDIO

Durante el verano de 188..., tuve que pasar varias semanas en Weimar. Como entonces me ocupaba de Goethe, tenía interés en consultar ciertos documentos que no hubiera podido encontrar en otra parte, y á la vez vivir en la atmósfera donde vivió el grande hombre; parecíame que así llegaría á comprender más de cerca los secretos de su corazón ó los de su pensamiento. El resultado de aquella experiencia fué que en poco tiempo perdí muchas de mis ilusiones acerca de él. Sin embargo, una me quedó: admiré cómo aquel hombre, que por todos conceptos es uno de los precursores del siglo XIX, perteneció siempre al siglo XVIII en todo lo que atañe á la idea y á la práctica de la vida. Hasta el fin, á pesar de haber escrito *Werther* y leído *René*, siguió perteneciendo á aquella linda época que tan bien supo saborear la existencia. Pocos hombres tuvieron más robusto propósito de ser felices; así, siendo el amo de Weimar, rehizo, acomodó, dispuso con pasmosa habilidad su pequeña residencia con la mira puesta en el bienestar, en el placer y en el atractivo. Parece que lleva impreso su sello: todo cuanto allí se ve, el castillo, el parque, el teatro, despierta la idea de una existencia fácil, armoniosa y dulce. Hasta me parece una canción alegre el ligero murmullo

de aquel riachuelo del Ilm, cuyas pardas aguas corren bajo las umbrías espesas de hermosos árboles viejos.

Esa disposición tan estudiada, ese carácter artificial de la pequeña ciudad me desagradaron: hartas tempestades han pasado sobre el mundo, para que aún pueda gustarnos mucho el «*olimpismo*» del gran egoísta. Me cargaba el verle exhibido en todas partes, con apacible indiferencia, como si aún estuviésemos en los buenos tiempos *rococo* de Carlos Augusto, de la duquesa madre y de la señora de Stein. Los personajes de la historia de Goethe, cuyos retratos eran mi continua pesadilla, se me hicieron tan antipáticos como el mismo protagonista. Teníales tirria por haber sido demasiado felices; de buena gana los hubiera abandonado de vez en cuando para irme á vagar sin objeto por los bosques de Thuringia, si no me hubiese corrido prisa acabar el trabajo que me retenía en Weimar.

Estaba aposentado en la fonda del *Príncipe Heredero*, esquina á la plaza del Mercado, el sitio menos muerto de la ciudad: era un caserón patriarcal, donde se está alojado con limpieza y se come regular. Pero las comidas, muy largas y copiosas, me parecían mustias en un vasto comedor adornado con grandes bustos en yeso de los fundadores del Imperio, pequeños bustos de Goethe y de Schiller, inevitables como el destino, y otros bustos más (también de yeso) de los más populares entre los soberanos del país. Veía desfilar por allá viajeros con su *Guía-Bædeker*, que estaban un día ó dos, visitaban las curiosidades de la comarca y desaparecían. Fuera de algunas insignificantes frases cruzadas acá y allá con esos compañeros por azar, veíame reducido á mi propia compañía, que nunca me ha sido muy grata.

Al cabo de una decena de llevar esa monótona existencia, comenzaba á pesarme la soledad, cuando entré en relaciones con un joven profesor alemán, el doctor Cristián Hort, á quien constantemente encontraba en el Museo de Goethe. Comenzamos por un cambio de reflexiones ante uno de los innumera-

bles retratos de Cristiana. Opiné que con su cara despierta, sus hermosos labios sensuales, sus grandes ojos cándidos y el buen humor de su cara rechoncha, la mujer legítima de Goethe es, en suma, la más simpática en la galería de sus amadas. El doctor Hort no era de mi parecer: sentía debilidad por Bettina, de la cual prefería la mirada revoltosa y el aire picaresco. ¡Cuestión de gusto! Sea como fuere, esta discusión sirvió de punto de partida para algunas otras. Como las salas del Museo de Goethe, con los suboficiales que las guardan y el silencio respetuoso que en ellas reina, no eran á propósito para nuestras conversaciones, acabamos por ir á continuarlas en el parque. Pues bien; un día que pasábamos charlando por delante de una de esas casitas de campo cercadas y rodeadas de árboles que hay próximas á él, ví salir de allí una pareja que me llamó la atención. La mujer, muy buena moza, muy esbelta, era de una elegancia enteramente inesperada en Weimar, realzada aun más por la nobleza de su porte y la armonía de sus movimientos; llevaba un velete espeso, que me impidió ver su rostro. En cuanto al hombre, era de notable hermosura: regulares y bien perfiladas las facciones, mate la tez, contrastando con el bigote muy negro, tranquilo el aire y firme el andar. Iban sin mirar nada, indiferentes, con altivez, al paisaje que por casualidad los circuía, absortos ambos en una cosa invisible que pasaba en el fondo de ellos mismos. Seguíales yo con la vista, y me dijo mi acompañante:

—Son franceses.

—¿Cómo es eso?—exclamé, sorprendido de hallar franceses domiciliados en una pequeña ciudad alemana.

—Sí— prosiguió el doctor Hort — franceses. Llevan aquí dos años, según me han dicho.

—¿Qué hacen?

—No se sabe. Salen raras veces. La mujer siempre va con velo, como hoy. Unas diez veces la he encontrado y nunca he visto sus facciones. Por lo demás, no conocen á nadie, no ven á nadie, no hablan con nadie.

—¿Un misterio, entonces?

—De ellos no se conoce nada más que el nombre; y hasta se duda de que sea auténtico.

—¿Cómo se llaman?

—De Sourbelles.

Tuve que hacerle repetir dos ó tres veces este apellido, estropeado por él.

—¿De Sourbelles?.... —repetí yo. —Me parece que me suena.

En efecto, había oído en alguna parte ese nombre, pero en vano intenté poner en claro mis recuerdos.

—Preténdese que hay un drama en su pasado,—prosiguió el doctor Hort.—Por lo demás, no se sabe á ciencia cierta de qué se trata. Unos dicen que no están casados; otros, que han venido aquí después de un grave escándalo. En la ciudad se ocupan mucho de ellos. Pero como su servidumbre no habla, sólo es posible hacer conjeturas.

Aún más que esas noticias incompletas excitó mi curiosidad la verdaderamente fuertísima impresión que la desconocida pareja me produjo en su rápido paso. Volví, pues, á pasearme por los alrededores de la casa de campo. En vano; con las ventanas grises medio cerradas, las paredes de color de ladrillo; los árboles que la escondían, la brionía que trepaba por los balcones y el silencio que reinaba allí, parecíame cada vez más misteriosa. En cuanto á sus moradores, no volví á encontrarlos: ningún signo exterior manifestaba su existencia. Sólo dos ó tres veces vi aparecer en una ventana la cabeza de una doncella de labor, con un gorrito puesto, mientras abría ó cerraba las maderas con rápido ademán. De vez en cuando, el doctor Hort, que estaba enterado al dedillo de los chismes y cuentos de la ciudad, me ponía al corriente de sus dichos y hechos. Pero esos informes eran poco decisivos: nunca versaban sino acerca de una compra hecha en cualquiera tienda, una expedición á Eisenach ó á Cobourg, una asistencia al teatro en el fondo de un palco, ú otros incidentes de tan poca

importancia. Cuanto menos conseguía saber mi nuevo amigo acerca de los misteriosos extranjeros, tanto más le preocupaban.

—Muy pronto tengo que irme—me decía—¡y no sabré nada de esa gente!....

Y agregaba, melancólico:

—¿Por qué será más fácil adquirir noticias acerca de los muertos que acerca de los vivos? Conozco á la señora de Stein como si la viese á diario. Sé el matiz exacto de sus cabellos, la hora de sus comidas, lo que pensaba respecto á todas las cosas, cómo vestía, etc., etc. ¡Y nunca he podido ver la punta de la naríz á la señora de Sourbelles!

—Por eso—le respondí—vale más escribir historia que novela.

Pues bien; cierto día, al entrar yo en el comedor de la fonda tuve la sorpresa de reconocer junto á mi sitio de costumbre el fino perfil del señor de Sourbelles. Acababa de comer la sopa y parecía contemplar con suma atención el busto del duque reinante, que estaba enfrente de él. Le dirigí la palabra en francés: miróme con extrañeza y me respondió, pero sin dejar que se entablase una conversación. Creyendo que estaba resuelto á encerrarse en el mutismo, no insistí; de suerte que la comida prosiguió en silencio. Al levantarnos de la mesa, no cruzamos más que un ligero saludo. Al siguiente día, contra lo que era de esperar, él fué quien rompió el hielo; púsose á hablar y habló mucho, como una persona que desde largo tiempo atrás no ha hecho uso de su lengua materna, que oye con gozo el sonido de su propia voz y presta de pronto desproporcionado interés á mil cosas indiferentes. En seguida reconocí que era hombre de entendimiento y de letras, de carácter abierto y excelente educación; que tenía ideas originales é inesperadas y gustaba de exponerlas. Pero no hablaba sino de cosas y nunca de sí mismo. Después de haber comido juntos varias veces, después de algunos paseos propuestos por él, después de dos ó tres veladas que pasamos en uno de esos

jardines de conciertos donde se mata el tiempo sin mucho trabajo, gracias á la cerveza y los cigarros, mientras una banda militar toca overturas de Wagner, habíamos desflorado casi todos los asuntos en que se complacen las personas ilustradas. Conocía las opiniones políticas y religiosas de mi compañero casual, sus gustos literarios, sus preferencias artísticas, sus juicios acerca de la Alemania moderna, el Emperador, el Reichstag, los socialistas; pero no sabía lo que hacía él en Weimar, ni si hacía allí algo, ni de dónde había venido; es decir, absolutamente nada de lo que le concerniese. Ni una palabra que pudiera servirme de indicio, ni ayudarme á abrigar alguna suposición. Como me quejase del aspecto artificial de Weimar, se le escapó esta exclamación:

—Sí, es una ciudad aburrida y monótona....

Adivinó sin duda la indiscreta pregunta que tuve en la punta de la lengua:—Si eso le parece á usted, ¿por qué vive usted aquí?—puesto que tras una breve vacilación, añadió:

—Pero, ¿qué quiere usted? Aún vale más que otras muchas ciudades alemanas.... No es excesivamente prusiana.... Y se está casi seguro de no encontrar aquí compatriotas conocidos...

Esta última frase excitó mi imaginación, que se puso á trabajar sobre este tema apenas bosquejado: me dije que el señor de Sourbelles había ido á fijarse en Weimar, sin duda para estar completamente solo, al abrigo de esos fastidiosos que se encuentran en todos los sitios de veraneo á la moda, y que para ello tendría razones que probablemente ignoraría yo siempre. Por otra parte, mi curiosidad menguaba conforme iba en aumento la simpatía que me inspiraba. Hubiera concluído por resignarme á tomarle tal como era, con su delicado ingenio melancólico y su aguda inteligencia algo paradógica, felicitándome de haberle conocido y sin preocuparme de su pasado más que del doctor Hort ú otro cualquiera..., cuando un día, después de tomar juntos el café, me dijo bruscamente:

—Debo advertir á usted, caballero, que hoy nos reunimos por última vez.

—¿Cómo es eso?—exclamé.—¿Se marcha usted?.....

Apartó de mí la vista y me respondió con un tono que se esforzaba en hacer indiferente:

—No, no me marcho..... La señora de Sourbelles estaba ausente; estará de regreso esta noche..... Vine al *Príncipe Heredero* para huir de mi soledad..... Ahora, se acabó: vuelvo á mi casa de campo, á reanudar mi vida habitual.....

Buenas ganas me dieron de preguntarle por qué el regreso de su mujer había de interrumpir por completo nuestras relaciones; sin embargo, reprimí la pregunta que la sorpresa iba á arrancarme.

Esperaba alguna explicación y no me dió ninguna. Confieso que me quedé resentido, con tanto mayor motivo cuanto que había hecho todo lo posible por agradarle; y estaba resuelto á separarme de él con frialdad. Pero estuvo tan afable y tan simpático en todo lo que me dijo después, mostró un pesar tan evidente en su último apretón de manos, que me fué imposible ocultarle que por mi parte sentía mucho perder su trato; de suerte que nuestra despedida fué positivamente amistosa.

—¡Esto es rarísimo, más extraño que todo lo demás!—pensé.—Ha parecido gustar de mi compañía; somos extranjeros ambos, compatriotas; estamos perdidos en una ciudad que no nos agrada, entre estos *gœthólatras* cuyo fetiquismo nos irrita los nervios: ¿qué puede impedirle invitarme á ir á su casa ó por lo menos venir de vez en cuando á buscarme á la fonda?

Como aún tuviese que pasar algunos días en Weimar, volví á frecuentar el trato del doctor Hort, á quien tenía un tanto abandonado y que no lo tomó á mal.

El bueno del sabio continuaba yendo al museo de Gœthe, pero se modificaban sus gustos: el rostro ajado de Bettina había concluído por fatigarle y se prendaba con vivísimo sentimiento de la despeluznada Maximiliana, de la cual se puso á hablarme con exuberancia.

—Es usted romántico de imaginación,—le dije bromeando.

Defendióse lo mejor que pudo, explicándose así:

—No crea usted que me guste Maximiliana á causa de sus mal peinados cabellos, sino porque fué desventurada. ¡Esa sí que era de imaginación romántica, como dice usted! Su imaginación dió un colorido dramático, que no me disgusta, al abandono de Gœthe.

—Vulgar historia, por lo menos en cuanto á Gœthe—respondí.—Por lo demás, vuestro grande hombre nunca tuvo sino sentimientos muy medianos: es de los que no saben amar á nadie sino á sí mismos. Le tengo mala voluntad, desde que estoy estudiándole. Las que engañó (y engañaba á cuantas le amaron) valían más que él.

Me esperaba algunas protestas; porque los *gœthólogos,* en general, no admiten que se toque á su ídolo. El doctor Hort se limitó á menear su bondadosa cabezota rubia, respondiendo, con un relámpago en sus ojos pensativos:

—¿Acaso la mujer no es siempre en estas cosas superior al hombre?..... Siempre es ella quien sufre ante todo..... Y, ¿por qué no he de confesárselo?: siento una simpatía y una curiosidad infinitas por su sufrimiento.....

Ibamos por el parque hablando de esta manera. Llegábamos precisamante á la vista de la casita de ladrillo de Sourbelles, cerrada y silenciosa como de costumbre. Hort apuntó á ella con el bastón, continuando:

—Así, mire usted, daría mucho, muchísimo, por saber lo que ocurre allí dentro. Porque ahí pasa algo, estoy seguro de ello..... Y como siempre, cuando ocurre algo entre un hombre y una mujer, la mujer es la víctima.

Después de un suspiro, prosiguió:

—¡Qué suerte tiene usted, de haber podido hablar con el señor de Sourbelles!.....

—¡Oh!—respondí, encogiéndome de hombros.—¡Para lo que me ha dicho!.....

—No importa; á lo menos ha oído usted el metal de su voz, ha recibido usted una impresión directa de él, está usted en condiciones para comprender algo de su carácter ó de su vida.

—Todo lo que sé es que no produce la impresión de un hombre feliz..... ni la de un verdugo, se lo afirmo á usted.

—¿No le ha dicho nada de ella....., de su misteriosa compañera?..... ¿Por qué se tapa siempre la cara?..... ¿Por qué se ha ausentado?..... ¿Por qué ha vuelto?..... Bien sé que nada de eso me atañe, pero por lo mismo me interesa más.

Había un no sé qué de cómico en esta curiosidad candorosa, harto benévola para producir desagrado y también incapaz de indiscreción.

—Pues bien, consuélese usted—dije al bueno del sabio.—Es probable que sus desconocidos amigos se marchen un día ú otro, como han llegado. Entonces, además de los otros «por qués», se preguntará usted: ¿por qué se han ido? Después, ya no pensará usted más en ello. Así va el mundo. Pasamos junto á muchos misterios; no sabemos casi nada de nuestro prójimo; lo cual no nos impide juzgarle, si llega el caso. ¡Vaya! más vale ocuparnos de nosotros mismos ó de las hermosas mujeres, fallecidas cien años ha, que tuvieron la suerte de excitar la fantasía de vuestro Gœthe.

Pasó tiempo, el verano tocaba á su fin, las hojas de los vetustos árboles del parque empezaban á amarillear; y, avanzando mi trabajo, veía aproximarse el momento de partir. Confieso que no dejaba de agradarme: había aspirado más aire gœthiano del que mis pulmones pueden soportar, y sentíame harto de aquella pícara pequeña ciudad, que parece un anacronismo, tan fuera de lugar en la actual Alemania como un tricornio en la cabeza de un general prusiano. Por tanto, no imaginaba que hubiera de volver á reunirme con el señor de Sourbelles, ni saber nada de él.

Pero una mañana, á mi regreso á la fonda para comer, ví delante de ella al doctor Hort visiblemente emocionado. Pareció tan sorprendido de mi tranquilidad, como yo lo estaba de su agitación.

—Conque, ¿no sabe usted nada?—me preguntó.

—¡No! ¿Qué hay?

—¿Es posible?..... ¡Si no se habla de otra cosa desde hace algunas horas.....! ¡La señora de Sourbelles ha muerto.....!

Y añadió, bajando la voz:

—¡Hasta se dice que se ha envenenado.....!

En seguida corrió á hablar con el repostero principal, que paseaba por el vestíbulo, y de quien pensaba que tendría noticias. El repostero contó cuanto sabía: que el comisario de policía había hecho una visita, que era activa la correspondencia telegráfica entre Weimar y París, que estaba probado el suicidio, que la difunta empleó el arsénico y había sufrido mucho, y que el cadáver sería trasladado probablemente á Francia.

—¿Y el marido?—pregunté.

Las más contradictorias habladurías circulaban acerca del estado de ánimo del señor de Sourbelles: según unos, estaba lleno de desesperación; otros repetían que él tuvo la culpa de ese trágico desenlace; en los primeros momentos, algunos hasta habían aventurado la hipótesis de un crimen. Al hablar de él, el repostero lo hacía con una sonrisa casi desdeñosa, con ese aire hostil que suele manifestarse contra las personas á quienes no se comprende.

Sentí entonces inmensa compasión por ese pobre hombre, abandonado, rodeado de desconfianzas, que debía de sufrir horriblemente con uno de esos dolores condenados á devorarse en silencio, sin que nada los alivie. Me le representé encerrado en su casa, á solas con la muerta, con sus recuerdos, con sus reflexiones, con sus remordimientos quizá..... Me dije que una voz humana le haría bien; y que, después de todo, siendo compatriotas, era yo la única persona de quien pudiera esperar algún auxilio. Sin embargo, no me atreví á visitarle; me limité á escribir cuatro líneas en una tarjeta, para expresarle mis simpatías y ponerme á su disposición eventualmente, enviándosela con un mozo de la fonda. Unos instantes después recibí la respuesta: el señor de Sourbelles me rogaba que fuese á verle. Accedí en el acto á su invitación.

La casa tenía ese aire desolado de las mansiones donde penetra la muerte. Por conmovido que yo estuviese, no pude menos de observar su aspecto. Debía de estar amueblada según el antiguo estilo alemán, pues en el vestíbulo había unas pesadas sillas, una mesa y una lámpara suspensión de hierro forjado, de dicho estilo. Reconocí la misma moda en el salón donde me introdujeron; pero allí destruían el acorde numerosos objetos de origen extranjero. Revelaban un gusto elegante: el de una mujer acostumbrada á las delicadezas de un medio distinguido hasta el rebuscamiento, que se había esforzado en trasplantar algo de él en su residencia accidental. Varios cuadros de la escuela francesa atrajeron mis miradas: reconocí uno de Besnard que había admirado en una de las Exposiciones del Campo de Marte, un perfil de mujer, destacándose en sombra violácea sobre un fondo caliente de puesta de sol. Encima de la chimenea, donde se conservaba la vulgar guarnición, reparé en dos preciosos jarrones de Emilio Gallé. Había un libro abierto sobre la mesa, donde esperaban turno otros dos ó tres de cubierta amarilla; el abierto era *La Ilusión*, de Juan Lahoz. De un cesto de labor sobresalía, desbordándose, un bordado complicadísimo, como si momentos antes lo hubieran tirado allí al descuido. Todas esas cosas parecían despedir aún el reflejo de la vida que las animaba la víspera y acababa de extinguirse.

Pero no tuve tiempo para mirar mucho en torno mío: entró el señor de Sourbelles. Al punto fuí presa de una emoción penetrante, que me hizo temblar las rodillas: tan dolorosa fué su aparición. Ya no era el hombre á quien encontraba tan pocos días antes en la mesa del *Príncipe Heredero*, y cuya chispeante conversación desfloraba todos los asuntos en un semiabandono casi familiar. Arrugas, que no le conocía yo, surcaban su hermoso rostro; contraíanse sus facciones en derredor de sus ojos hinchados y ojerosos, que miraban vagamente á todas partes con una movilidad arisca; tenía en desorden los cabellos y entreabierta por el pecho la camisa; su negligencia en

el vestir, cuando antes le había visto de una corrección tan mesurada, era indicio de que se había apoderado de él repentinamente un indiferentismo absoluto. Detúvose en el umbral y me dirigió una mirada llena de desesperación. Luego, como me aproximase á él, me alargó la mano diciendo con voz ahogada:

—Gracias, por haber venido.

Tartamudeé algunas palabras, que no escuchó. Púsose á ir y venir por el aposento con las manos metidas en los bolsillos del batín, sin decir nada, con ese movimiento de fiera en la jaula que manifiesta la excitación interior llegada al paroxismo. Bien pronto no le fué suficiente el estrecho espacio del saloncillo y pasó al comedor, cuyo alto aparador entreví, cargado de piezas de loza, estaño y gres antiguas. Así transcurrieron largos minutos. Comprendiendo que ninguna palabra bastaría á darle alivio, permanecí de pie ante el bordado sin acabar, siguiéndole con la vista. Entre tanto, resonó un campanillazo. Estremecióse el señor de Sourbelles, aguzando el oído. Le traían un telegrama. Lo abrió, lo leyó, lo estrujó, encogiéndose de hombros y prosiguió otro rato su paseo circular. Parece que se había olvidado de mi presencia. De pronto se detuvo delante de mí.

—Dispense usted que le reciba de esta manera—me dijo, haciendo un gran esfuerzo para emplear un tono natural.—Usted me dispensará, ¿no es cierto?.....

Me incliné y continuó:

—¿Sabe usted?.....

Hice una seña afirmativa.

—¿Lo sabe usted todo?—repitió.

Respondí con dulzura:

—Sé que tiene usted una grande aflicción.

Retorcióse las manos.

—*¡Ach!*—exclamó, empleando esta expresiva interjección alemana.—¡No, usted no puede saber....., porque es espantoso!..... ¡Ha sufrido horriblemente!..... ¡No puede usted ima-

ginar!..... ¡Dios mío, Dios mío!..... ¡Ha sido tan larga la agonía!..... ¡No puede usted imaginárselo, es imposible!

Repetía las mismas palabras, las mismas frases entrecortadas, sin ilación. Luego continuaba su marcha, deteníase delante de mí, me miraba con fijeza y con indecible expresión de dolor, repetía lo que acababa de decir, ó bien tocaba ó hacía cambiar de sitio á algún objeto, maquinalmente.

—¡Ayer aún leía esto!—dijo, levantando uno de los tomos en que me había fijado.—Y luego trabajó en esta labor.....

Se puso á mover el bordado.

—¡Tenía un aire tan tranquilo!..... ¡Su aire habitual, enteramente!..... ¿Podía yo prever?..... Conversamos con afecto, cariñosísimamente..... ¡Dios mío, cuánto habrá tenido que sufrir para..... para causarme este tormento!..... Porque era buena..... ¡Pobre alma mía querida!.....

Dos lágrimas brillaron en sus ojos.

—¡Sí, pobre alma mía, noble y generosa, que conoció tales tormentos!..... ¡Pobre!..... ¡Pobre!.....

Prorrumpió en sollozos; con ademán de niño herido que pide socorro, tendióme ambas manos y se echó en mis brazos. Luego se echó atrás exclamando:

—¡Perdóneme!..... ¡Apenas le conozco!..... Usted no puede comprenderme..... Pero me acongoja no tener á nadie..... ¡nadie á quien decirle..... todo!..... ¡Oh, el silencio!..... ¡Si supiera usted cuán pesado es algunas veces!..... Yo callaba, me callaba todo lo posible..... Sin embargo, ella me ha oído..... ¡Ella, ella que hubiera debido ignorar siempre!..... No es culpa mía, pues hice lo que pude, todo cuanto pude..... ¡Cómo ha debido de sufrir!..... ¡Cuánto habrá sufrido!.....

Esta idea era la que le asaltaba de continuo. Visiblemente pensaba mucho más en los dolores de la muerta que en su propio sufrimiento; olvidábase de sí mismo y la lloraba *por ella*. La compasión que me inspiraba hízose más viva. Pero, ¿qué podía yo decirle? Le apreté la mano y le dije tartamudeando palabras torpes para darle seguridades de mi simpatía.

Por desmañado que fuese yo para ello, mi simpatía era un lenitivo para él, puesto que me dió las gracias diciéndome en un tono más tranquilo:

—Presentí que había entre nosotros algún vínculo..... Sin embargo, estuve casi descortés al abandonarle á usted..... Debí de parecerle estrafalario, ¿no es así?..... Pero, sin duda, usted adivinó que yo no me pertenecía..... ¡Qué quiere usted!..... Si usted supiese, no se asombraría ya de nada..... ¡No, de nada; sino de verme aún vivo, habiendo muerto ella!.....

Detúvose, dió dos vueltas alrededor de la estancia y volvió á acercárseme.

—Pero, ¿por qué no ha de saberlo usted?..... ¿Por qué no he de contárselo todo?..... ¿Qué importa que ahora se sepa?... ¡Ella es quien nunca debió saberlo!..... Dígame, ¿me escuchará usted?..... Quizá me alivie al ocuparme de estas cosas..... Pues entonces, venga usted..... ¡Vamos junto á ella!..... No quiero dejarla sola..... ¡No, no quiero!..... Piénselo usted: ¡tiene toda la eternidad para estar sola, lejos de mí!..... Venga usted, ¿quiere?.....

Salió del salón. Le seguí al primer piso de la casa. Me hizo entrar en una especie de tocador, colgado de telas obscuras, donde cortinas hábilmente dispuestas velaban la luz de dos ventanas. Allí, en una penumbra de crepúsculo, estaba tendida la muerta en una meridiana, rodeada de gran profusión de flores cuyos intensos aromas ponían pesado el aire. Un largo velo la cubría por completo, trasluciéndose bajo él apenas su esbeltez. El señor de Sourbelles la contempló un momento y la cogió una mano por debajo del velo.

—¡No,—dijo,—no permanezcamos aquí!..... ¡No podría hablar delante de ella!..... ¡Venga usted!..... Por otra parte, estaremos cerca, muy cerca.....

Abriendo entonces una puerta de escape, me introdujo en un cuartito que evidentemente le servía de gabinete de trabajo.

—Siéntese usted,—me dijo, señalándome una butaca.—Le contaré..... Le contaré á usted.....

Y tan pronto sentado enfrente de mí, poniendo á veces su brazo encima del mío ó la cabeza entre sus manos, con voz entrecortada; tan pronto yendo de un lado para otro ó interrumpiéndose pora desaparecer en la estancia inmediata, me confió el secreto de su vida en estos términos, poco más ó menos.

II

NARRACIÓN

—¿Tendré que referírselo á usted todo? No, ¿no es así? Los detalles del comienzo no son necesarios. Además, todas las historias se parecen al principio, ó á lo menos tienen aspecto de asemejarse. Sin embargo, la nuestra no empezó por completo como las otras. Desde su origen hubo en nuestro caso algo repentino, irresistible, fatal; una tempestad de verano preparada en un abrir y cerrar de ojos por un soplo de viento y que estalla sin verla venir.....

Estaba yo de guarnición en una pequeña ciudad del Norte..... Capitán..... capitán de caballería..... Me aburría: no elegí libremente la carrera militar, á la que nunca tuve afición. Seguía mi suerte, sin resistencia inútil, pero no sin pensar en lo que hubiera podido ser y ya no sería; esos pensamientos eran melancólicos. Tenía entonces treinta y cuatro años. Hasta aquel momento, había vivido como todo el mundo..... Aventuras, ni más ni menos que la generalidad de mis camaradas y del mismo orden; en suma: fáciles, vulgares, iniciadas sin esfuerzos, concluídas sin pena, olvidadas de prisa..... Ningún amor, excepto en mi primera juventud: una de esas historietas sentimentales de que creemos morirnos y que

sólo dejan un leve recuerdo y un poco de ridículo..... Naturalmente, no me daba cuenta de que ignoraba el amor; antes por el contrario, indignábame haber amado y sufrido mucho, haber gozado mi parte de exaltación y de felicidad..... ¡Tonterías!..... Mis pasiones, interrumpidas por cada cambio de guarnición, por las cuales no hubiera hecho el más pequeño sacrificio, que me causaban un poco de mediano placer y nunca me habían costado una lágrima, no eran amor: eso bien lo sé ahora.

Pues bien; á consecuencia de un movimiento en el personal facultativo, fué trasladado el subprefecto de la ciudad donde llevaba yo varios meses de residencia. Su sucesor se llamaba..... Le llamaré el señor H***. Ningún inconveniente habría en decir á usted su apellido, puesto que nuestra historia no permaneció secreta. Sin embargo, prefiero no pronunciarlo.

La llegada y la instalación del nuevo subprefecto fueron un acontecimiento para la comarca; con tanto más motivo cuanto que el señor H*** disfrutaba de una vaga notoriedad literaria por haber publicado algunos libros, dos ó tres novelas, unos estudios históricos, yo no sé qué. Decíase de él que era hombre de chispa y de su mujer que era muy guapa; se pensaba que darían un poco de animación á nuestra vida de sociedad, desprovista de todo género de esplendores. Llegaron á la entrada del invierno, en el momento de comenzar la temporada de diversiones. No tardé en encontrarles en un baile que en honor suyo daba una familia amiga mía. Fuí presentado al señor H*** en el gabinete de fumar. Me desagradó hasta ponerme nervioso. Tenía una vocecilla de carraca, que me causaba daño. Hablaba mucho de política, de literatura, de galanteos, bien informado acerca de todo, abundoso en anécdotas y agudezas de ingenio, satisfecho hasta el delirio de lo que decía. Además era muy amable, muy atento, con sus puntas y ribetes de obsequiosidad; sabía interrumpirse para escuchar los dichos de algunas personas principales, con un aire de interés perfectamente representado; en una pala-

bra, conducíase como hombre astuto que penetra en un medio desconocido sin saber á ciencia cierta á qué carta quedarse, pero resuelto á hacerse simpático allí.

No sé cómo fué ello, pero el señor H*** se cogió á mi brazo y nos dirigimos hacia el jardín de invierno, como dos buenos amigos. Recuerdo muy bien que me hablaba del Emperador de Alemania, cuyo carácter impetuoso le causaba inquietud. Respondíale yo con monosílabos. De pronto, me dijo:

—Allí viene mi mujer. ¿Me permite usted que lo presente?

Miré á la señora de H***, que se acercaba despacio á nosotros, mirándonos también, con otra mujer: quedé deslumbrado, deslumbrado hasta perder el juicio. Su marido la dijo mi nombre. Cruzamos unas cuantas palabras insignificantes, sin oir yo ninguna de las suyas: tanto me trastornó el sonido de su voz. Luego, como el señor H*** ofreciese el brazo á la otra señora, yo la ofrecí el mío maquinalmente. Entramos en los salones.

Cuando la dejé, inclinándome ante ella, bebiendo su mirada, ya nos pertenecíamos uno á otro, aunque no habíamos cruzado sino las frases más corrientes. Creo que ambos temimos destruir el éxtasis que se apoderaba de nosotros; quizá sintiéramos también ese confuso miedo que da el presentimiento de la suerte futura cuando se encarna y amaga. Nada decíamos, hasta nuestros ojos se esforzaban en callar; pero sentí como un escalofrío imperceptible correr por su brazo, que rozaba al mío; y cada minuto que pasábamos juntos, en medio de la, para nosotros, invisible concurrencia, forjábase más robusta la cadena que iba á unir nuestros dos seres.

Entre tanto, avanzaba la velada. El señor H*** llevóse consigo á su mujer. La ví alejarse con él; sus ojos se encontraron con mis ojos. ¡Oh, cómo hablaban! ¡Cómo expresaban la mortal angustia de un sentimiento dominante hasta lo sumo! ¡Cómo pregonaban la confesión que no había salido de sus labios! ¡Cómo los oía yo y cómo les comprendí? Fué un re-

lámpago: ya no estaba allí ella; me quedé solo, oprimido el pecho, feliz, desesperado, ebrio, loco y obligado, empero, á reprimirme, á ocultar los pensamientos que imaginaba irradiar fuera de mí mismo. Traté de observar las caras de las personas que aún circulaban por los salones casi desiertos, de oir las frases sueltas que se pronunciaban en los grupos cada vez menores. Hablábase de la señora de H***, como puede comprenderse. Me estremecí con ciertas frases en que sonaba su nombre:

—¡Es admirablemente hermosa!—dijo alguien.

Me sentí lleno de furor contra el desconocido que se atrevía á admirarla. Sin embargo, una voz respondió:

—Sí, es hermosa; pero su aire es frío.

Aún más me irritó esta restricción necia. Evidentemente expresaba la impresión general, pues añadieron:

—¡Hermosura de hielo!

¡Ah, imbéciles!.... ¡Sólo habían tenido ojos de ciego para ella!.... En cambio, á la primera mirada comprendí yo el alma fogosa que se escondía bajo la severidad estudiada de las apariencias. Enardecíame, estaba al cabo de todos mis pensamientos; los agitaba, conducía y arrastraba en torbellino, como un enjambre atacado de vértigo. Dejé de escuchar y huí, para anonadarme en mi único deseo: ¡verla, volver á verla en todas partes y siempre!....

Entonces comenzó una existencia de angustia y de embriaguez. Tuve una vida multiplicada, hipnotizado por un pensamiento único que jamás me abandonaba, que absorbía todas mis fuerzas, y tan intenso que no hubiera podido decir si era dolor ó gozo. Sentía siempre como al final de aquel baile, del que se me pasaba el tiempo en evocar los menores minutos: sólo á ella veía, aunque ya no estuviese allí; sólo pensaba en volver á verla. Sin embargo, necesité mucho ingenio para encontrarla de nuevo. Nada hay sencillo en las ciudades pequeñas: en la nuestra había poco trato social y hasta entonces no me había mezclado en él. De pronto me volví el

más sociable de los oficiales de la guarnición: frecuentaba todas las casas donde podía presentarme, iba al teatro siempre que actuaba cualquiera compañía de paso, no perdía ni uno de los medianos conciertos que se daban dos veces al mes. Algunas veces la veía en el fondo de un palco y apenas me era posible dirigirla un saludo, que me devolvía con la mirada más bien que con el ademán; ó pasaba interminables noches, oculto en el hueco de un balcón, espiando hasta la hora en que se disipaba toda esperanza de una entrada tardía. Pero, también algunas veces estaba allí ella, la hablaba, oía su voz. Al cabo, me invitó á las recepciones de su casa, á las cuales fuí. Muy luego, llegando á horas desusadas (en las que me aguardaba, bien lo comprendía yo), logré proporcionarme breves instantes de entrevista á solas. ¿Qué era eso? A cada encuentro crecía mi amor: crecía á cada combinación que me aproximaba á ella, á cada palabra, á cada mirada que cruzábamos; crecía de continuo, se hacía más tiránico, más exigente, más impaciente.

Fué aquél un período de fiebre en que tuve horas de locura, pero que no se prolongó. No hubo entre nosotros ningún manejo de galantería, ningún regateo. Nuestra primera declaración fué decisiva. Por mi parte, en aquel momento no conocí la menor lucha interior, la menor vacilación, el menor escrúpulo; y sin remordimiento ninguno me acercaba al señor H*** y le apretaba la mano, aunque tenía el firme propósito de quitarle su mujer; fuí calculista, embustero, astuto, hipócrita, aun siéndolo muy poco por naturaleza, sin que me costase ningún esfuerzo. En cuanto á ella, que por fortuna no tenía hijos, ignoro lo que pesaron en su ánimo los vínculos de la familia, de la costumbre, de la sociedad; los afectos arraigados, los deberes, todos esos obstáculos que á veces retardan ó hasta impiden el desenlace fatal del amor. Las mujeres tienen siempre más virtud ó preocupaciones que nosotros: ella conoció de seguro luchas ignoradas por mí; sin embargo, creo que pasó con rapidez también por la fase de las vacilaciones y

que me quiso como yo la amaba, es decir, en absoluto, sin admitir nada más sagrado ni más fuerte que ese amor, nada que pudiera retrasarlo ni disminuirlo. Respondió á mi primer llamamiento. Se entregó sin aplazamientos, sin coquetería, sin combate, con el único gozo triunfal de ser de aquel á quien amaba y de embriagarle con la posesión de ella.....

El señor de Sourbelles se detuvo un momento; sus ojos se dirigían á mirar lo pasado, resucitaba los recuerdos evocados por sus palabras, meditaba acerca de aquellas cosas remotas, que acaso juzgase muy de otro modo ahora que se había cumplido el destino inaugurado por su dulcedumbre. Pasóse luego dos ó tres veces la mano por la frente, y prosiguió:

—Sí, así fué..... Sin embargo, ni uno ni otro estábamos corrompidos ó éramos perversos..... Ella no había amado nunca antes de conocerme, ni deseado nunca el amor, ni pensado jamás que pudiera separarse de la línea recta de su vida; tenía buenos sentimientos para con su marido, para con su familia, respeto á las leyes sociales, temor á los juicios del mundo, afición al bien; todas las opiniones, todas las creencias, todos los intereses de una mujer honrada..... Yo mismo era bastante escrupuloso en esas materias; no habiendo buscado en mis anteriores amoríos más que distracciones ó placeres, en otro tiempo me hubiera retraído de comprometer, para satisfacerlos, intereses graves y respetables. En dos ocasiones hasta dejé de frecuentar casas amigas por temor á introducir la perturbación en ellas, aunque fué para mí un penoso sacrificio. Por tanto (puedo hacerme esta justicia), yo también era un hombre honrado, tal vez hasta con más delicadeza de lo que esta expresión suele suponer cuando están interesados los sentidos. Sin embargo, creo que nunca se entablaron relaciones pecaminosas con mayor sencillez: aquello fué como si hubiéramos estado siempre destinados uno á otro, como si nuestro encuentro hubiera borrado en un instante todo nuestro pasado, destruído todos los obstáculos puestos entre nuestras dos vidas. Admiré cada vez más á mi amiga, la juzgué generosa y noble,

me dije que se confiaba á mi amor con plena candidez, sin poner ninguna reserva á esa dación de su persona que la generalidad de las mujeres acostumbra á complicar con tantas vacilaciones mezquinas ó cálculos mediocres; y unido á ella por un lazo más fuerte que ningún vínculo consagrado, me juré que nunca tendría que arrepentirse de su confianza.....

Usted lee novelas, caballero; me lo ha dicho. Pues bien; sin duda habrá notado usted que los autores que describen relaciones de la misma especie que las nuestras, complácense en descubrir en ellas gérmenes de menosprecio ó á lo menos de desconfianza, á veces de odio, como si los seres unidos por el amor fuera de las leyes no pudiesen ser sino enemigos ó cómplices. Algunos de nuestros moralistas, á quienes se atribuye autoridad en tales materias, han desenvuelto esta tesis: que el hombre se inclina naturalmente á despreciar á la mujer que se le entregó á despecho de sus deberes, porque teme que falte á su fe nueva como á la que la hizo él faltar. Estiman que hay en eso una especie de justicia, una moralidad, ¡qué sé yo!, una garantía para el orden social, un peligro capaz de precaver la culpa, de detener en la pendiente á los corazones previsores del porvenir, avaros de la dicha que detentan..... ¡Ah, caballero, cuánto compadezco á las pobres gentes que conocen, experimentan ó suponen tales sentimientos! ¡Cuán baja ó pusilánime, incapaz de los grandes sacrificios y abnegaciones sublimes del amor, es menester que para eso sea su alma!.....

No, no; yo no dudaba de ella, á pesar de la mentira á que yo la arrastré. Leía en su corazón cual en un libro abierto, como estoy seguro de que ella leía en el mío. Estaba cierto de que era puro, á pesar de todo, en fuerza de abnegación. Hubiérame considerado yo mismo como el último de los miserables, si hubiese tenido para con ella algo que no fuese una gratitud infinita y una ternura sin límites.

Fuimos imprudentes, sin cuidarnos de las astucias, precauciones y habilidades habituales. Nada temíamos, sino el no vernos lo suficiente, empero de amenazarnos la curiosidad

siempre en acecho de una ciudad pequeña y estar seguros de que vería claro. Por otra parte, á los dos nos pesaba la mentira, pareciéndonos la única mancha de nuestro amor, la única falta que cometíamos. Por eso, sin decidirnos á uno de esos escándalos que, cuando se les provoca, tienen un feísimo carácter de bravata y de crueldad, esperábamos tranquilamente á que se produjese por la fuerza de las cosas, aceptando de antemano, sin pavor ninguno, todas sus consecuencias posibles. Por mi parte, yo iba aún más lejos: deseaba ese escándalo, lo llamaba con todas mis aspiraciones. Porque no quería á mi amiga sólo para las citas furtivas en que nos reuníamos, para las breves horas que robaba yo á su existencia, para nuestros rápidos besos, para nuestras intimidades sobrado cortas; amábala con el impaciente deseo de consagrarla mi vida entera, con esa necesidad de duración, esa sed de eternidad que es la señal de un amor verdadero, olvidándome de todo lo que no fuese ella, con un desasimiento completo de mi ser absorto. Amábame ella otro tanto, aunque estaba más temerosa: por grande que sea su amor, las mujeres tienen un miedo insuperable al escándalo. Esta no se eximía de ese instinto de su sexo: extremecíase al pensar en la hora (que ambos preveíamos, que yo deseaba y que ella también deseaba á su manera) en que, descubierto nuestro caro secreto, habría de remacharnos uno á otro. Sin embargo, cuando por fin llegó esa hora, estuvo muy valiente: fué como si el peligro real disipase sus temores, como si sus últimos escrúpulos se desvaneciesen en el momento decisivo. Aún la veo entrar en mi casa, donde nunca había puesto los pies, pálida, pero serena, y decirme alargándome entrambas manos:

—Lo sabe todo.

Me miró confiada, aguardando mi respuesta.

—¡Bueno!—la dije.—¿Vámonos?.....

Vaciló unos cuantos segundos, haciendo por última vez la cuenta de sus sacrificios, con un postrer temblor ante lo desconocido en pos de que íbamos á ir, y me respondió:

—Cuando quieras.

Había previsto yo tantas veces este caso, que en un abrir y cerrar de ojos hice el balance de los trámites que me permitirían salir con decencia de la vida regular.

—Necesito unos días para arreglarlo todo,—la dije.

—Está bien,—contestó ella.—Yo no vuelvo más á casa.

En seguida convinimos el sitio donde iría á esperarme.

Discutimos con la mayor serenidad nuestro plan de conducta, trazando sus líneas sin titubear, como si se tratase de cosas sencillísimas. Sin embargo, esta discusión me condujo á preguntarla si sospechaba los propósitos de su marido.

—No,—me dijo, mirándome con los más francos ojos.—Presumo que pedirá el divorcio. Lo espero. ¿Qué quieres que haga él?.....

Después de una pausa apenas perceptible, añadió:

—..... Puesto que no me ha matado.....

—Es justo—la dije,—no tiene otra cosa que hacer.

En realidad, se me ocurrían otras soluciones posibles; pero quise evitarla el temor á la emoción de ellas, y por eso apresuré cuanto pude su marcha.

Unas horas después, tras una breve salida, al regresar á mi domicilio, encontré allí una tarjeta del Sr. H***.

Esto era inesperado, insólito, incorrecto; era el único incidente que yo no había previsto.

—Pero en último término—pensé—un hombre en su caso, si tiene corazón, está en su derecho para ponerse por encima del Código habitual que rige en los pequeños disentimientos de los hombres: es muy dueño de vengarse como le parezca.

Por tanto, en seguida le envié un recado para advertirle que estaba de vuelta, y á disposición suya.

Media hora después entró en mi casa.

Supuse que venía con intención de matarme, y confieso á usted que estaba dispuesto á defenderme, porque amaba mi vida. No tuve más que mirarle para comprender que no tenía nada que temer de él. Era otro hombre, destrozado y como

ennoblecido por un inmenso dolor. Jamás hubiera podido creer que su insípido rostro pudiera expresar tanta angustia, ni que hubiese tal facultad de sufrir en el insignificante funcionario que la víspera aún mariposeaba y cotorreaba por los salones de la ciudad. Esperaba odiarle y le tuve lástima. Sí, me inspiró una profunda lástima, esa compasión casi física que se siente por los heridos ó los moribundos. Hubiera querido decirle alguna frase compasiva; sentí la necesidad de manifestarle no sé qué estrafalaria simpatía. Pero éramos enemigos.....

Me levanté cuando entró y le indiqué una butaca. Rehusó, haciendo una señal con la cabeza; pero luego se dejó caer en el asiento, jadeando. Crispábanse y se retorcían sus manos encima de sus rodillas. Dos ó tres veces entreabrió los labios, sin proferir ningún sonido. Evitaba mirarme. Por fin, murmuró con voz sorda:

—Tengo derecho á matarle á usted.....

En el estado de agobio en que se hallaba, esa amenaza era ridícula, se lo aseguro á usted; por eso no la recogí.

—Pero no tema usted nada—prosiguió.

Al oir estas palabras no pude reprimir un ademán, que detuvo él haciendo una seña con la mano, encogiéndose de hombros, y aún más con la mirada..... una mirada indefinible, mirada que tendré presente siempre.

—No me comprende usted—prosiguió, explicándose.—Bien sé que usted no tiene miedo..... No, lo que yo quiero decir es que, aun cuando tuviera derecho á matarle, nunca seré un asesino.....

Interrumpióse para repetir dos veces estas palabras misteriosas, que sin duda expresaban largas reflexiones incomprensibles para mí:

—Además, ¿acaso se sabe?..... ¿Acaso se sabe nunca?.....

Después hubo silencio. Reanudaba el hilo de sus ideas, distraído de pronto del momento actual, por grave que fuese, con algo más grave todavía. Sentí un malestar indecible.

¡Cuánto hubiera preferido un acto de violencia á ese dolor, tan hondo, que no pensaba en contenerse ni en ocultarse, y que se desbordaba ante mí, que era su causa, como se habría manifestado junto á un amigo!

—Sin embargo—continuó por fin—uno de los dos está demás..... ¿no es así?..... de sobra en el mundo. Supongo que será usted del mismo parecer.....

Hice una señal afirmativa.

—Por tanto—prosiguió—es preciso batirnos..... ¡Batirnos á muerte!.....

Transformóse de nuevo, brillando en sus ojos un relámpago de odio, con la frente resuelta y enérgica. Prefería verle así: acabábaseme la compasión, tenía á mi vista un verdadero enemigo.

—Cuando usted quiera y como usted quiera—le dije.

—¡Bien—exlamó, como aliviado—muy bien!..... He querido verle á usted, aun cuando eso no está en uso..... Ya comprenderá usted..... para que nos entendiéramos bien..... antes que nuestros testigos..... Los testigos nunca tratan sino de disminuir las probabilidades de peligro: por el contrario, tratemos de aumentarlas..... Es menester que impongamos á nuestros testigos nuestra voluntad común..... ¿Tira usted á pistola?

—Sí.

—¡Mejor!..... Yo también..... Bueno: á quince pasos, apuntando..... hasta que uno de los dos no esté ya en estado de tirar, ¿no es así?

—Comprendido.

—Me las arreglaré para no llevar médico; tampoco lo lleve usted..... Quizá nos hiciera suspender el desafío.....

Me costó algún trabajo hacerle comprender que nunca encontraríamos testigos que consintieran dejarnos batir sin médico. Me replicaba:

—Pero, ¿y en el ejército?

Durante un momento discutimos en toda regla esta cues-

tión, sin violencia, como personas que disienten por fútil motivo y que sólo desean ponerse de acuerdo. Acabó por ceder, y dijo:

—¡Sea! Pero, entre nosotros, queda convenido que sólo suspenderemos el lance en último extremo..... Uno de nosotros está de más..... de más.....

Luego, pasando á otro orden de ideas, comenzó á decir:

—En cuanto al pretexto del encuentro.....

Pareció meditar un rato y después se encogió de hombros, con un gesto de completa indiferencia, para concluir:

—No hace falta pretexto..... En seguida se sabrá todo..... Entonces, ¿qué importa?

Levantóse más fuerte, más tranquilo, más confortado, como si esa perspectiva de sangre le consolase.

—¿Estamos conformes en todo?—me preguntó otra vez desde el quicio de la puerta.

—Por completo,—le respondí.

Y se marchó.

El encuentro se efectuó al día siguiente, en las condiciones convenidas entre nosotros, en la frontera belga.

Estaba yo muy sereno, resuelto en absoluto, con la conciencia tan tranquila como debe estarse en víspera de una batalla donde se va á matar ó morir en cumplimiento del deber. La vida de aquel hombre, á quien había hecho yo tanto daño y que acababa de hablarme con una generosidad que no me era posible desconocer, parecíame insignificante por completo entonces. Por supuesto, la mía también. Harto se me alcanzaba que si se volvía en mi contra la suerte de las armas, mi amada no me sobreviviría. Pero estaba decidido á defenderme como mejor supiese, es decir á hacer lo posible por matar al Sr. H***, que estaba entre ella y yo. Se lo repito á usted: la vida y la muerte me eran indiferentes, pues me constaba que era mía en muerte y en vida. Pero mi única tristeza era el no verla, el pasar lejos de ella las que acaso fuesen mis últimas horas.

De nuevo se detuvo el señor de Sourbelles, para preguntarme:

—¿Acaso le parezco á usted odioso?..... ¡Entonces, usted no ha amado nunca!..... Cuando se ama, sepa usted que se borra todo cuanto no sea el amor..... Y luego, ¿tenemos la culpa de que nuestra vida tenga absurdas exigencias? ¿Si las leyes y las costumbres están en flagrante contradicción con la naturaleza?..... No siento ninguna necesidad de alegar circircunstancias atenuantes en mi favor, se lo aseguro á usted. Pero, en último caso, ¿no sublevaba el que esta mujer estuviese unida para toda la vida con un hombre á quien no amaba, y que yo no pudiera tenerla sino á escondidas, vergonzosamente, yo que la adoraba?

Compréndese que no era momento oportuno aquel para discutir las teorías de mi interlocutor. Sin embargo, me miraba como si su conciencia, despierta quizá después de largo sueño, necesitase alguna palabra para tranquilizarla ó absolverla. Pero un hombre de sangre fría es por instinto siempre defensor de la moral establecida y de las instituciones aceptadas universalmente: cuando uno mismo está en una situación normal, cuesta sumo trabajo comprender la exaltación de aquellos que atropellan ya por todo; se les tiene por peligrosos y se siente más bien la necesidad de ponerse al resguardo contra ellos. Aunque estaba yo lleno de compasión por el infeliz que ante mí se agitaba, érame imposible darle la razón. Por tanto, me limité á responderle evasivamente.

—En efecto, hay horas en que se ven las cosas bajo un prisma especial.

Me miró como si inquiriese en mis ojos el verdadero significado de esas palabras vagas; comprendió que le vituperaban y encogióse de hombros, diciéndome:

—A pesar de todo lo que sobrevino después, no he cambiado de punto de vista..... Sin duda, á veces me enternecí por la suerte de aquel hombre galante y deploré que hubiera sido mi víctima..... Pero no he tenido ningún remordimiento jamás..... Y nunca lo tendré.....

Su dolorosa actitud desmentía sus palabras.

—Puesto que estoy hablando de ello—prosiguió, como si fuese á reanudar su relato—no necesito decir á usted cuál fué el término de aquel combate..... El Sr. H*** hizo el primer disparo y su bala me rozó el cuello; contesté sereno, y le dejé seco.

Callóse y volvió á mirarme; no se me ocurría ni una palabra que decirle. Se levantó y desapareció en el aposento inmediato, donde sin duda iba á pedir á la muerta, muda para siempre, las palabras de consuelo que sólo ella sabría tal vez decirle. Permaneció á su lado unos instantes, entró de nuevo, dió dos ó tres vueltas alrededor del gabinetito, retorciendo el pañuelo con dedos nerviosos. Su emoción era extremada. Sin embargo, consiguió vencerla, sentóse haciendo un esfuerzo y reanudó el relato con voz sorda, la cual se hizo poco á poco más firme.

—.....Algunas horas después, me había reunido con mi amiga.

Distaba mucho de esperar semejante desenlace, pues creo que no conocía á su marido; siempre le tuvo por hombre pacífico, prudente, poco propenso á arrebatos peligrosos; nunca sospechó que la amase. No la referí nuestra entrevista: la dejé creer que el señor H*** había cedido á un impulso de amor propio más bien que á un impulso de amor..... ¡Ay, no podíamos decirnos todo!..... Tampoco ella me lo dijo todo: vi pasar por sus grandes ojos despavoridos todo un mundo de pensamientos, pero no los expresó. Ignoro si se sintió herida en el corazón ó en la conciencia, si en el fondo de ella retemblaron antiguos recuerdos, si una voz secreta la acusó cruelmente por la sangre que acababa de correr. Tengo algún fundamento para sospechar que sufrió más que yo (el señor de Sourbelles no se hizo cargo de que se contradecía), en partes más delicadas de su alma, por el acto irremediable que nos entregaba uno á otro, por esa especie de complicidad en..... el crimen, para dar á las cosas su nombre convenido, que formaba entre nosotros en adelante el más sagrado de los vínculos. Pero no me

lo dijo: su habitual impenetrabilidad la sirvió en eso maravillosamente y también su fuerza de carácter, que debía aprender yo á conocer. Imagino que aceptó el hecho consumado con la enérgica serenidad que tienen las naturalezas vigorosas frente á lo irreparable. En todo caso, ninguna palabra suya me permitió nunca sospechar que ese trágico acontecimiento hubiera dejado sombras en su conciencia; y si sufrió por ello, tuvo el heroísmo de sufrir sola.....

Ya conoce usted el mundo, caballero, y sabe que está lleno de indulgencia para con los tapujos y faltas á medias, para con las situaciones en las cuales sólo hay cobardía, al paso que es implacable con quienes rompen sus moldes y hacen caso omiso de sus hipocresías. Por supuesto, nosotros no tuvimos la ilusión ni el deseo de reconciliarnos algún día con él, ni tampoco pensamos pedirle perdón. Harto comprendíamos que entre el mundo y nosotros había algo más imposible de pasar que no importa qué barrera. Comprendíamos que estábamos irrevocablemente separados, que nuestro castigo y nuestro premio eran el aislamiento absoluto, un aislamiento en que seríamos el todo uno para otro, en que no podríamos tener más esperanzas, goces, ambiciones, fines ni razón de ser, en una palabra, sino nuestro amor. ¿Sabe usted que estoy orgulloso de haber comprendido todo eso en seguida, sin sentir ningún temor ante el terrible peso que teníamos que llevar juntos, sin echar de menos nada de lo que dejaba detrás de mí, familia, amigos, carrera? Positivamente, parecíame que se me ensanchaba el alma, que me había elevado por encima de la vida, que respiraba un aire nuevo y libre. La tierra no era ya para nosotros más que una decoración cuyo primer término llenábamos nosotros por completo, mientras por el fondo se deslizaban comparsas invisibles.

Entonces pensé á menudo, caballero, en una escena de no sé que comedia, donde un moralista ingenioso pinta con mucha gracia el espanto, el aburrimiento, el cansancio anticipado, y, sobre todo, la cobardía del hombre que había soñado

deshonrar á una mujer burguesamente, según las conveniencias, sin romper nada; y á quien esa mujer (una cabeza ligera, concedido) se le presenta el día menos pensado á ofrecérsele por completo, para toda la vida. Esta situación, muy humana, como suele decirse, me había hecho reir como á todo el mundo y murmurar: «¡Cuán verdadero es esto!» Comprendía que no hubiera podido ni aun sonreirme por eso, que el único sentimiento que hubiesen despertado en mí hubiera sido una conmiseración tierna hacia esas dos almas vulgares y bajas, harto mezquinas para su destino. Yo no temía nada. Abríase ante mí el porvenir con una especie de esplendor. Había entrado en el gran amor eterno y era dichoso locamente por sentirme emparedado en él, digámoslo así, sin probabilidad ninguna de escaparme.

Quizá no le interese á usted sino á medias la descripción de mis sentimientos. Querría usted, sin duda, conocer los de *ella*..... ¡Ah, esa es la cuestión!..... Como todas las verdaderas mujeres, llevaba el misterio dentro de sí: tal vez por eso inspiraba tanto amor..... Y luego, para que algún día pudiese yo conocerla, descifrar el enigma que me planteaban sus palabras, sus silencios, sus miradas, sus caricias, hubieran sido menester..... hubieran sido menester otros sucesos que los que acaecieron..... Compréndame usted bien, se lo suplico: nos adorábamos; pero el amor había sobrevenido tan rápido, tan violento, tan ciego, que había precedido á la intimidad. Aún eramos uno para otro un terreno desconocido. En cuanto á mí, que la había amado sin conocerla, continuaba ignorándola. Entonces no sufría por ello: mi amor podía prescindir de la curiosidad. Hoy es cuando sufro, y sufriré siempre.....

Hubo otra de aquellas pausas febriles que entrecortaban el relato del señor de Sourbelles. Volvió junto á la muerta, como poco antes. Aunque su visita se prolongó varios minutos, no salió por eso de su extraña preocupación, pues á la vuelta repitió:

—¡Nunca había de llegar á conocerla, jamás!..... Porque llega el momento en que todo se confunde y se niebla; apro-

xímase el espantoso choque; vienen las horas de desesperación, peor que la muerte, y cuyo recuerdo es una lanza que me atraviesa, un fuego que me abrasa, un dolor inextinguible, donde hay también rubor; sí, la vergüenza de ser hombre, de tener un corazón cobarde y débil, un corazón de fango.....

Era preciso marcharse, ¿no es así? Pues bien; los acontecimientos que le he referido á usted ocurrieron en otoño. ¿A donde iríamos en el comienzo del invierno? Buscamos qué cielo podía convenirnos y elegimos el de los lagos italianos. Queríamos un paisaje dulce, tranquilizador, propio para el olvido, favorable para la dicha; un paisaje bastante apartado para estar allí solos sin que nos molestase nuestro aislamiento, separados de la muchedumbre enemiga, de los hoteles; uno de esos paisajes que la naturaleza complaciente ha bordado como de propósito para ciertos estados de alma. No conocíamos ninguno que en aquella estación respondiese mejor que él á nuestras aspiraciones íntimas.

En la *villa,* de color de rosa, que habíamos alquilado en la margen italiana del lago de Lugano, transcurrieron días de infinita brevedad. Las olas, verdes por el reflejo de los castaños, cantaban en derredor de los muros de nuestra terraza, embalsamada por el aroma del *olea fragans.* Alfombras de ciclámenes florecían aún en los vallecitos que subían en suaves recuestos desde el lago hasta las cimas. Nosotros no pensábamos en nada. El pasado no existía ya para nosotros, así como el resto del mundo: las mismas montañas que cortaban nuestro horizonte detenían también nuestros recuerdos. «Cuando se han vivido días como estos, decíamos á veces en esas horas en que se quiere sondear lo desconocido del porvenir, se ha realizado el ideal de la vida: ¡ya puede acontecer lo que quiera!.....» Eso creía yo, caballero. Después, figurábame que se puede hacer provisión de felicidad como quien junta dinero para su vejez. Luego aprendí ¡ay! que la dicha pasada no compensa los dolores presentes, y ahora sé que el encanto de las horas más hermosas se desvanece en amargura y desolación.

Todo se enlaza. Mi sufrimiento actual es tan profundo como completa fué mi ventura. Pero será más largo. Durará..... durará.....

Un sollozo, que no pudo reprimir, interrumpió al señor de Sourbelles. Le fué preciso un instante para reponerse, y luego continuó:

—Vivíamos solos en aquella casita de campo. Una mujer del país iba á arreglarnos las habitaciones y á hacernos la comida, que era siempre sumamente frugal. Los quehaceres domésticos que nos quedaban nos divertían en extremo. Todo nos hechizaba, como un idilio. Hay dentro de nosotros un fondo de niñería, que la felicidad hace salir al exterior. ¡Cuánto se hubieran asombrado los que creían conocer á mi amada y la juzgaban fría, indiferente ó demasiado seria, cuánto se hubieran asombrado al verla dedicarse á los quehaceres de la casa riéndose locamente de su propia torpeza, y congratularse de haber roto con las tiránicas costumbres de las mujeres de mundo, igual que con sus usos! Yo mismo me felicitaba como de una victoria decisiva por haber despertado á la criatura que en ella había, criatura voluntariosa y tierna, dulce y caprichosa, impulsiva, inesperada, ardiente, llena de contrastes como los verdaderos niños, contrastes que nadie llegaría á conocer nunca, excepto yo. Ese manantial de goces casi cándidos iba á causar nuestra desventura.

Una noche, después de habérsenos hecho tarde en la terraza, por donde corría un viento frío (llevaba puesto un traje ligero, un vestido de gasa con una mantilla alrededor de la cara), ocurriósenos la idea de tomar té. Siempre que teníamos que servirnos nosotros mismos, eso nos divertía mucho. Comparándonos á niños que juegan á comiditas, nos reíamos con toda nuestra alma.

—¿Encontraremos lo que necesitamos?—pregunté.

—Vamos á verlo—respondió ella.

Se puso á buscar el té, el azúcar, la lamparilla de espíritu de vino..... Cuando estaba preparándola.....

La voz de mi interlocutor emitióse en notas bajas, como si necesitase un inmenso esfuerzo para continuar. De suerte que apenas comprendí las pocas frases breves, entrecortadas, doloridas, con las cuales resumió todo el accidente:

—De pronto, estalló la lámpara..... La ví rodeada de llamas..... Me arrojé á ella y la envolví en una manta..... No había exhalado un grito..... Sólo me miraba con unos ojos ¡oh!..... con ojos de desesperación..... Estaba cubierta de horribles quemaduras..... La cabeza, la cara, el cuerpo..... toda entera..... toda entera..... ¡Ah, Dios mío!

Hubo un largo silencio. El señor de Sourbelles se había inclinado y retorcido sobre uno de los brazos de su butaca, con la cabeza entre las manos. Representábase sin duda, al detalle, aquella escena espantosa. Oía yo su respiración, jadeante, entrecortar sus recuerdos.....

—Tal vez sepa usted cómo se cuidan esas cosas—prosiguió.—Yo no sabía absolutamente nada..... Hice lo que pude..... Figúrese usted que tuve que dejarla sola un momento; sí, sola..... para pedir socorro..... en casa de unos vecinos, á quienes desperté, con los cuales discutía desde la ventana, que no me comprendían..... Fueron en busca de un médico, muy lejos, á Lugano..... ¡Oh, qué horas, arrastrándose en la agonía!..... Sufrió horriblemente, pero sin quejarse; silenciosa, como siempre la ví en los casos graves, con todo su dolor en los ojos. Seguíanme de continuo sus miradas: cualesquiera que fuesen mis movimientos, las notaba fijas en mí; adivinaba yo sus mudas preguntas..... Dí vueltas en derredor suyo, sin atreverme á tocar sus pobres carnes hechas girones..... Cuando pedía alguna cosa, trataba de dársela; eso era todo lo que yo podía hacer..... Por fin oí rodar por el camino el coche del médico..... Traía lo necesario para la cura..... La examinó, la curó y me tranquilizó, diciéndome:

—Es horriblemente doloroso, pero no hay peligro; sanará.....

Parecióme que el cielo se iluminaba, pues la creía perdida.

La curación fué lenta: entre las quemaduras, las había profundas..... Sin embargo, vivió..... Fué en descenso la fiebre..... Restauróse poco á poco su pobre cuerpo destrozado..... Durante algunos días mejores, hubo la dulzura habitual de las convalecencias..... Pero, cuando se vió..... ¡Ah, cuando se miró al espejo de mano, que no se le podía negar!..... Para pedírselo á la Hermana que velaba á su cabecera, había aprovechado uno de los breves momentos que yo no estaba allí..... En cuanto entré, me llamó á su lado..... Las persianas estaban cerradas, las cortinas estaban corridas: como eran ligeras, unos chales, acababan de quitar la luz..... Al ver así el aposento, todo obscuro, adiviné en seguida lo que acababa de ocurrir..... Cogióme la mano, y me dijo muy quedo:

—¡Vete de aquí!..... ¡Márchate!..... ¡No quiero que vuelvas á verme!.....

Rompí en llanto, cubriéndole de besos la mano que quería retirar. Ella no lloraba; empleando toda su energía para ser fuerte, repetíame:

—¡No, no quiero que me ames; ya no lo quiero!....

Yo le decía lo que podía decirle: le juré que mi amor era eterno, que nada podía disminuirlo, que mi vida era de ella como la suya era mía, ¿qué sé yo? Y como todo lo temiese de su desesperación, le declaré que no la abandonaría ni un instante sin que me diera palabra de desechar esos locos pensamientos..... Diómela más tarde; pero, ¡con qué tristeza!.....

—Permaneceremos juntos, puesto que te empeñas en ello, —me dijo.—Quizá fueses aún más desventurado si nos separásemos..... Pero cuando quieras abandonarme, ¡acuérdate de que eres libre!....

—¡Libre!.... ¡Si supiera usted, caballero, cómo me sentía encadenado por un lazo más fuerte que todos cuantos inventaron los hombres, que ningún juramento solemne, que ninguna palabra sagrada!.... Pertenecíala por virtud de la conmiseración que me inspiraba, y por algo más: la veía tal como la amaba, con su belleza que aún vivía en sus ojos..... Sublevá-

bame ante la sola idea de que un estúpido accidente pudiera amenazar la eternidad de mi amor. Alimentaba también la esperanza de una curación más completa.....

Naturalmente, no podíamos ni soñar permanecer en el sitio donde tanto habíamos sufrido: la alegría serena de aquel paisaje me hacía daño..... Lo abandonamos así que el médico la permitió viajar. Nuestra idea era encontrar un rincón del mundo donde pudiéramos residir sin ver nunca una cara conocida: Italia no se presta á tal capricho. No hay allí ninguna casita de recreo que no sea presa de los que viajan por el placer de viajar. Sin embargo, fué hospitalaria para nosotros hasta el fin del invierno. Después, cansados de ir de sitio en sitio, volvimos á nuestro proyecto de establecernos de asiento. Pensé que en Alemania es donde menos probabilidades hay de encontrar franceses. ¿Por qué elegimos á Weimar? No lo sé..... La casualidad nos trajo aquí, la comarca nos agradó por sus hermosas espesuras, vímosla menos prusiana que las demás ciudades, nos interesaron los recuerdos de Goethe, y así se realizó nuestra elección.....

Esta parte de su relato había costado al señor de Sourbelles visibles esfuerzos. Interrumpióse por un instante, me miró, hizo un ademán vago y prosiguió diciendo de esta manera:

—Hasta ahora, caballero, he podido contarle á usted nuestra historia con sus detalles exactos..... Desde ahora ya no sé nada..... Ya no hay hechos, no acontece nada..... Nos encerramos en esta casa..... Vivimos solos en ella, sin oir otras voces sino las nuestras y las de nuestros criados, sin saber nada de los seres que nos rodean, ni de los que abandonamos, ni del mundo..... Todo lo que acaece pasa en el fondo de nosotros, en tinieblas que sondean nuestras miradas..... Lo que allí encontramos no lo decimos: porque observamos mutuamente nuestras palabras, pesamos su significado, medimos su alcance..... Cada uno se pregunta qué le oculta el otro..... No tenemos confidentes, excepto nuestros silencios, los cuales oímos..... ¡Ah!, es que hay entre nosotros una cosa tremenda:

el amor que muere, no de muerte natural, perdiendo poco á poco sus exaltaciones y ardores, atenuándose, convirtiéndose, convirtiéndose en puro cariño y santa ternura.....; sino que muere de muerte violenta, en plena fuerza, sublevándose contra ella, resistiendo, sin querer..... Igual que un hombre arrebatado en el más bello momento de su vida, en la misma hora en que la saboreaba más, la ve huir y se deshace en esfuerzos desesperados para retenerla.....

¡Oh, cuán miserables somos!.... ¡Débiles, muy débiles, pobres corazones ruínes, almas claudicantes! Nos lanzamos con todo nuestro deseo hacia el infinito del sentimiento, hacia el mundo sobrenatural donde el amor se despliega en absoluto, al abrigo de nuestras contingencias..... ¡Inútiles esfuerzos! Dependemos de lo que somos, de nuestros sentimientos, de lo exterior de nuestro ser, de lo más lamentable que hay en nosotros.....

Todo el tiempo que estuvo padeciendo y durante su larga convalecencia, no pensé más que en cuidarla, salvarla, hacer que sanase. Pero, cuando nuestra vida prosiguió su curso regular, no tuve otro remedio sino advertir que ya no era la misma..... Era fea, con esa fealdad de cuerpo lisiado, magullado; con esa fealdad tanto más..... ¡oh, no quiero decir la palabra que se me viene á la punta de la lengua!.... tanto más penosa cuanto que no es natural, sino una afrenta hecha por las cosas á nuestra debilidad..... Era fea, y el accidente que destruyó su belleza no había alterado al mismo tiempo su juventud, ni agotado su fuerza de amar. ¿Y yo?

¡Oh! yo estaba lleno de ternura, de lástima, de cariño, de abnegación..... Experimentaba junto á ella los sentimientos que pueden inspirar la hermosura y la nobleza del alma. Pero eso ya no era amor, se disipaba, ya no existía..... Figurábame cuánto sufriría ella si lograba leer en mi corazón: ¿qué sentimientos pueden reemplazar al amor para aquellas que aún aman?..... Y mentía yo con mis palabras, con mis miradas, con mis besos; representaba la comedia del amor como

mejor podía, con toda mi desesperación, con toda la loca necesidad que tenía de amarla á pesar de todo, hasta la muerte..... ¿Cómo expresar esto? No lo sé. No hay frases para describir tal estado inmóvil, una especie de *statu quo* en que sin embargo se pierde terreno cada minuto; porque, á la postre, ¿qué mujer no nos cala pronto? No podemos engañarlas acerca de nuestros corazones sino cuando ellas quieren que así sea. No estaba en ese caso: ella quería saber, tenía sed de verdades crueles propias de su carácter y que la había inspirado siempre una desconfianza sólo desarmable por el amor triunfante.

El señor de Sourbelles se detuvo. Habíase animado poco á poco, casi hasta la exaltación. Sin embargo, se calmó para continuar con tono más tranquilo:

—No necesito decir á usted que nunca fué ella aquí lo que había sido allá: acabáronse los arrebatos de esa regocijada niñería, que eran mi encanto en nuestra casita de color de rosa; no más alegría, no más abandono. Había vuelto á ser tan silenciosa como en otros tiempos. Comprendí que leía en mí, á pesar mío; que no era engañada, que yo no podía engañarla.... Ahora no tendré más pensamiento que acordarme de sus palabras, ademanes y silencios, inquirir su sentido, interrogar á mis menores recuerdos. Porque, ¿cómo podría yo vivir sin saber lo que pasó por ella durante esa agonía de nuestro amor?..... ¿Comprendió todo y fué indulgente para con esa debilidad de un mísero corazón creído más fuerte y mejor por ella?..... ¿O la parecí un miserable, y sus silencios no eran sino desprecios?..... ¿Ocultarían tal vez un sentimiento análogo al que experimentaba yo por ella, el desesperado pesar por lo que el accidente había destruído de mi alma como de su belleza?..... Nunca lo sabré..... Por más que atormente mi memoria, no lo sabré..... Llevóse consigo su secreto..... Jamás me dijo una palabra que me lo hiciese entrever..... Cerrábase ante mí, se replegaba, se me convertía en persona extraña..... ¡mientras luchaba yo en vano contra mí mismo para dejarla en la ilusión del desaparecido amor!..... Cuando pasó usted

por vez primera por delante de nuestra casita, tan alegre entre las frondas de sus árboles, ¿no es cierto, caballero, que nunca sospechó usted que albergara un drama que hoy le parece á usted harto excepcional, sin duda?.....

¿Excepcional?..... ¿Quizá no tanto?..... Con frecuencia he dicho para mis adentros que en nuestro caso, un azar había sencillamente precipitado, haciéndolo más trágico, el desenlace que de todas maneras nos esperaba. Porque el amor no es eterno: no hay nada eterno, ni aun en el sentido limitado que podemos conceder á esta palabra. Aun cuando hubiera seguido siendo hermosa, de todas maneras nos hubiéramos desamado, ¿no es así? ¡Como tantos otros que antes tuvieron esta misma ilusión de eternidad, como tantos otros que la tendrán después y que también la sentirán quebrantarse en sus corazones frágiles; como tantos pobres seres que han querido lo imposible, á quienes las realidades han detenido, anquilosado, petrificado, hasta que caen, por una caída que es la ley misma de nuestra naturaleza, desde la exaltación hasta el indiferentismo..... ó más abajo! Al menos nosotros nunca rodamos tan hondo: algo nos preservaba, lo mismo que había de raro y trágico en nuestra historia: la soledad que nos rodeaba, nuestro aislamiento enmedio de un mundo cuyas leyes habíamos quebrantado, el horror que teníamos á renunciar á nuestro ensueño. Nuestro amor estaba mutilado, pero sus restos se agitaban en nosotros. ¡Si el dolor había reemplazado al gozo, nuestra vida interior seguía siendo vibrante, febril, y sus escalofríos nos aproximaban siempre!.....

Bien sé que á la larga los sentidos se embotan. No se puede seguir mucho tiempo en el estado agudo en que nos encontrábamos; se sale de él, como de todas las situaciones tirantes é insostenibles, por el hábito. Sería nuestro destino, pensaba yo á veces, abdicar lentamente el amor que aún apetecíamos, resignarnos á la existencia que nos cupo en suerte; con auxilio del tiempo hubiéramos llegado de seguro á eso, hubiéramos hallado una especie de equilibrio. Un incidente, cuyas

consecuencias no podíamos prever, vino á cambiarlo todo.

Como ya le he dicho á usted, caballero, había sido completa nuestra ruptura con el mundo. Habíamosla aceptado: á pesar de la desdicha que nos hirió, á pesar de las dudas que nos asaltaron, nunca hicimos ninguna tentativa para reanudar con él nuestras relaciones. Sólo una hermana de mi amiga siguió carteándose con ella. Casada con un escritor conocido y viviendo en París en un medio intelectual é independiente, había, si no excusado, por lo menos comprendido la fuerza irrestible que nos empujó el uno hacia el otro; tanto más cuanto que siempre tuvo entusiasta cariño á la señora H***, que era mayor que ella y la más hermosa de las dos. Esa amistad pareció tanto más preciada á mi amiga cuanto que no tuvo nunca más ninguna otra. Cruzábanse entre París y Weimar frecuentes cartas llenas de afecto. Digo afectuosas y no confidenciales, caballero; no era propia la expansión en el carácter de mi amiga. Nunca participó á su hermana lo que pasaba entre nosotros, hasta el punto de dejarla ignorar su accidente, en el momento de ocurrir el cual, encargado yo de escribirla en su nombre, había recibido la orden de hablar sólo de una indisposición sin gravedad.

Pues bien; hace algún tiempo esa hermana queridísima cayó gravemente enferma: un día, un telegrama de su marido llamó á mi amiga, que deseaba volver á verla. La marcha fué repentina, decidida sin que hubiésemos podido discutir sus inconvenientes, que se me presentaron en tropel la noche en que al regresar de la estación me encontré por vez primera, al cabo de dos años, á solas conmigo mismo en esta casa llena de tantos pensamientos.....

Al llegar aquí, el señor de Sourbelles tuvo un inesperado impulso de simpatía, inclinóse hacia mí y me tomó la mano, diciéndome:

—Entonces fué cuando le conocí á usted, caballero. El espanto de la soledad, ó más bien una necesidad imperiosa de huir de mí mismo, me condujo á esa fonda del *Príncipe Here-*

dero, donde encontré á usted. Sus conversaciones me fueron muy beneficiosas: ¡hacía tanto tiempo que ignoraba yo el fruto que se saca del comercio con los hombres! Por eso, no sin tristeza ni aun sin rubor, me resigné á romper con usted..... ¡como lo hice!..... Debí de parecerle á usted muy estrafalario, ó algo peor que eso..... Pero ahora comprende usted lo ocurrido; y espero que si mi conducta para con usted le ha causado (¿cómo lo diré?) alguna pena ó algún resentimiento, no me guarde usted rencor ninguno por ello.....

Le apreté la mano, que había dejado en la mía, y murmuré algunas palabras afectuosas, creo que con torpeza, porque siempre se es torpe en esas ocasiones en que faltan las palabras. Aceptólas con gratitud, sin embargo, y prosiguió:

—Habiendo adquirido una marcha favorable la enfermedad de su hermana, regresó mi amiga. Durante su ausencia la escribí á diario; ella me contestaba con menos regularidad. El tono reservado de sus cartas no dejaba de causarme extraña inquietud: á través del silencio sentía mejor que en la vida común lo que nos separaba, los pensamientos, las amarguras, los temores que no me confesaba, el obscuro peligro que se cernía sobre nosotros. Por eso la aguardaba yo con el presentimiento de que su vuelta inauguraría una fase nueva de nuestra existencia; y en lo impaciente de mis deseos de verla otra vez, en cuanto me anunciaron su llegada, había casi tanta angustia como júbilo. Sin embargo, al pronto pude creer que eran infundados mis temores. Compréndalo usted: si ya no existía entre nosotros amor, ¡había tantos otros vínculos aún! ¡Estábamos tan indisolublemente unidos; en el desierto que habíamos formado en torno nuestro, éramos tan por completo uno de otro! Separados, habíamos sentido con nueva intensidad el peso de nuestro aislamiento, no teniendo ya contra lo cruel de nuestros recuerdos el recurso de nuestra unión: en el abandono del regreso, en el reconfortamiento de ser dos contra la sociedad enemiga, tuvimos un instante de olvido, casi de ventura. ¡Ay, sólo duró un momento!

¿Qué había pasado durante su breve reingreso en la vida común?..... ¿Tuvo acaso pesares ó remordimientos, no adormecidos ya por la pasión y despertados por la reflexión? ¿Sufrió tal vez de pronto al verse fuera de la vida social, falta de sus goces, consuelos y costumbres, condenada á perpetuidad á esa comedia del amor que representábamos para nosotros mismos y de la cual no midió quizá nunca los próximos hastíos? ¿Acaso tuvo sencillamente espacio para profundizar las causas de dolor que ambos teníamos y para retroceder ante los abismos que entrevió? Sea como fuere y cuales fueren los motivos causantes de esa mudanza, comprendí que ya no era la misma nuestra situación respectiva: no por signos precisos, por acusaciones mutuas, por durezas de lenguaje, por escenas domésticas, pues nada de èso hubo entre nosotros. Pero nuestro humor se transformaba: tras la muerte del amor venía la de los sentimientos dulces y tiernos que ocupaban su lugar, del cariño, de la intimidad, de la confianza. Complicóse lo mentiroso de nuestra vida: no fué ya sólo acerca de un punto sobre lo que tuvimos que engañarnos, sino sobre todo lo que pasaba en nosotros mismos, y nos veíamos obligados á un continuo gasto de energía para reprimir los secretos impulsos de ese malquerer inicial y para ocultárnoslos. ¡Ay! no nos los ocultábamos: acostumbrados á observarnos de continuo, á espiarnos y adivinarnos, éramos uno para otro un libro abierto, un libro comenzado en la embriaguez, cada una de cuyas hojas que se vuelve aumenta el desengaño..... ¡Ah, qué horror el horror y el espanto de la última!.....

El señor de Sourbelles se había sosegado un poco en el transcurso de su relato. Tal es el resultado habitual de las confidencias: los corazones más agobiados se alivian descargándose en palabras. Pero, al llegar á este punto, sus dolorosas impresiones se despertaron con toda su atormentadora agudeza. Acometido otra vez por la fiebre de movimiento, levantóse, dió con agitación una vuelta por el aposento, pasó á la estancia inmediata y volvió. Ya no se ocupaba de mí. Pude creer

que me había olvidado. Pero como fuese yo á levantarme de la butaca, tomó asiento otra vez y prosiguió despacio, con largos silencios entre sus frases:

—¿A qué referir á usted el detalle de su agonía?..... ¡Si supiera usted, si pudiera usted saber cuánto la adoraba entonces!..... No ví más que su atroz sufrimiento, del cual era yo causa..... Sólo ví la muerte que se acercaba, sin que nada, nada, pudiese apartarla....., la muerte que había buscado ella....., la muerte que terminaría todo, que me dejaría solo, con su recuerdo, sobre la tierra desierta. Y sentí que era mi carne y mi alma..... Todo el pasado giraba en torno mío..... Y sollozaba á sus pies, pedíala perdón, jurábala que la amaba, la suplicaba que no muriese..... Se esforzaba en ocultarme sus sufrimientos y á veces trataba de sonreírseme..... ¡Oh, con qué sonrisa, en la cual había tanta resignación!..... Al principio había rechazado todo remedio; después, á ruegos míos, se dejó cuidar dócilmente, como una niña..... Sabía bien que era inútil, que se aproximaba la muerte.

—Más vale así,—me dijo, un momento en que sus dolores nos dejaban un poco de descanso.—Soy dichosa..... ¡Muero en el amor!.....

Tenía cogida mi mano..... No la soltó..... ¡Estábamos tan unidos, tan cerca uno de otro!..... Era como en los primeros tiempos..... No quedaba nada, nada de lo que había destrozado á nuestro amor..... La muerte nos lo devolvía..... ¡la muerte!.....

El señor de Sourbelles se doblegó un momento, y enderezándose luego bruscamente, me dijo:

—¡Venga usted á verla!

Le seguí á la habitación próxima, donde flotaba más suave el pesado aroma de las flores mortuorias. Acercóse al lecho y con resuelto ademán apartó el velo. Se me apareció la muerta.

Las huellas de las quemaduras, como anegadas en la uniforme lividez del rostro, apenas eran visibles: las facciones

habían recobrado su hermosura, una belleza tranquila, altiva, serena, ¡que contrastaba tanto con las agitaciones cuya narración acababa de oir! Bien sé que ya no había alma en aquellos ojos extintos, que no podía preguntarle ninguno de sus secretos; pero en vano trataba mi imaginación de figurarse aquel noble rostro deformado por el dolor ó por la pasión.....

Cuando cesé de contemplarla para volverme hacia el señor de Sourbelles, ví que se había arrodillado delante de la cama y que lloraba.

III

EPÍLOGO

—Está muy bien, cuenta usted á las mil maravillas,—dijo Portal cuando comprendió que Santiago D*** había concluído.—Sólo que su historia de usted no acaba. Imagino que el señor de Sourbelles no pasó el resto de la vida llorando á su querida. ¿Qué fué de él, después?

—Hay seres—respondió Santiago—que no parecen vivir sino para un solo momento, como hay plantas que sólo una vez florecen. Después del supremo episodio que desarrolló su alma hasta los últimos límites de su poder, ¿qué importan el rincón del mundo donde van á vivir y el empleo que hacen de sus días? Inmediatamente de los funerales de *su amiga* (como se complacía en llamarla), el señor de Sourbelles marchóse de Weimar, yéndose junto á aquella hermana á quien la difunta había amado. No creí volver á verle jamás. Sin embargo, el año pasado le ví en una de esas residencias veraniegas donde á menudo se tienen los encuentros más inesperados: en Houlgate. Pasamos juntos una tarde lluviosa, dando los cien pasos por el paseito cubierto. El mar, arrastrado adentro por la marea baja, nos enviaba desde lejos sus quejas; y la orquesta del

casino sus hálitos de piezas de baile. Me contaba el tedio de sus horas ociosas, de sus actos sin objeto, el recuerdo escondido en su corazón que le llevaba de los pesares á los remordimientos, sin darle tregua ninguna. «¡Y no me muero!—me dijo, entre otras cosas.—No se muere ni se mata uno, sino que va arrastrándose con su dolor y se habitúa á su buitre. ¡Y yo no soy el único ejemplar de mi especie! Hay muchos seres como yo, estoy seguro de ello, que van y vienen, beben, comen y hasta duermen, que hacen ó dicen cualquiera cosa, y que disimulan invisibles heridas. Acá y acullá he encontrado á algunos. No me han hecho confidencias, ni yo tampoco á ellos: hemos charlado de política ó discurrido acerca de bellas artes, ó jugado al villar ó al *whist;* y á través de la insignificancia de nuestras conversaciones, presentía en ellos unos hermanos míos; sí, hermanos por el silencio ó por el dolor. Siempre hace bien el no estar solo.»—Había envejecido, aun cuando no en extremo; su voz había adquirido sonoridades extrañas, como una voz que viene de lejos. Sentí emoción al separarme de él: ya no era más que un pobre despojo de naufragio, arrastrado por las corrientes.

—¡Bah!—dijo Portal,—la primera vez que vuelva usted á encontrarle estará consolado. Quizá lo estuviese ya en la playa de Houlgate. Paréceme que la imaginación de usted es quien ha hecho el gasto respecto á la desesperación de él. Y luego, permítame usted que se lo diga, no veo qué prueba esa historia. Usted nos la ha referido para demostrar que los amantes ilegítimos hacen mal en separarse apaciblemente cuando les descubren el lío, y en irse cada uno á su casa. Pero, ahora más que nunca, soy de parecer de que tienen razón mil veces. ¿Quiere usted que ni una aventura se pueda tener sin acabar en catástrofes de tragedia, como la que tanto le ha conmovido? No, no; yo no soy de esos á quienes se les antoja que la muerte es buena hermana del amor. El amor es una cosa exquisita, y no sé cómo haríamos para prencindir de ella; al paso que la otra.....

Y volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Qué dice usted de eso, caballero? ¿No es usted del mismo modo de pensar?

Crucé una mirada con Santiago y respondí:

—¡Sin duda!

Santiago, comprendiendo mi intención, añadió:

—En efecto, quizá tenga usted razón después de todo.

Y se levantó para marcharse.

—No lo dude usted—volvió á decir Portal;—hemos acabado con el romanticismo. Lo mejor que podemos hacer en este mundo, que sería triste si no tuviéramos en él mucha alegría, es divertirnos todo lo posihle.

—Evidentemente—concluyó Santiago, á quien, como á mí, le parecía ocioso discutir tales cuestiones con seres de una especie tan diferente.

Salimos juntos mi amigo y yo. Al estar fuera, quise hablarle de Portal. Cambió de conversación; según había observado yo más de una vez, ofendido Santiago, gustaba de callarse. Por eso no insistí, é íbamos uno junto á otro, siguiendo cada cual sus pensamientos, por una avenida que nos aproximaba al centro. No tardamos en separarnos. Regresé á mi casa pensando en el relato que acababa de oir, en la conversación que lo había provocado y en las conclusiones que Portal sacó de él. Y una vez más sentí honda lástima por los pobres hombres. No son malos, ni aun á través de sus peores faltas; y aunque lo fuesen, la inmensa facultad de sufrir que hay en ellos les excusaría, ennobleciéndoles. ¿Qué rencor puede guardarse por el daño que hagan á la insensible abstracción del cuerpo social, ó aun á sus hermanos? Sí, ¿qué rencor puede guardarse á seres que son sus propios verdugos? Aprendiendo á conocerlos, se les perdona y aun se les compadece. Trataba yo de poner en claro los sentimientos del infeliz cuya historia no se me borraba de la memoria; medía el espacio entre el ímpetu de su arrebato al apoderarse de su amada y su caída en la nada del amor extinto; admiraba su paciencia para con-

llevar su destino, ocultando todo lo mejor posible el vacío que un cruel azar formaba en él de pronto; comprendía lo infinito de su desesperación cuando el desastre de la muerte iba á rematar el desastre del amor. Y hubiera querido encontrarle en una esquina de la calle, reconocerle á primera vista y alargarle la mano, ofreciéndole el bálsamo de mi conmiseración.....

.....Y luego le olvidé. Pensé confusamente en otras historias más ó menos semejantes á la suya, que había yo entrevisto ó presentido ú oído referir, que conocía mal, á cuyos protagonistas juzgué severo y á veces con malevolencia, á la vez que recordaba estas palabras de un poeta: «Si yo fuese Dios, tendría lástima del corazón de los hombres.....» ¡Hermosas palabras, de hondo significado é infinitas resonancias! Porque, en último término, ¡qué riquezas de sentimiento, qué tesoros de ternura, de bondad, de valor, se pierden tan á menudo en esto que llamamos *el mal!* ¡Qué nobles energías gastadas á veces para unirse dos corazones, separados por hartos obstáculos y que se rompen al romperlos! ¡Cuántos lazos condenados por nosotros valen más que los tejidos por nuestras leyes! ¡Cuántos sacrificios hechos en pro de la culpa son tan puros ó acaso más que los hechos en aras de la virtud!..... Sin embargo, juzgamos, condenamos, menospreciamos, odiamos, sin saber, sin comprender, orgullosos de nuestros códigos, seguros de nuestras leyes..... Y al meditar acerca de estas cosas, me puse á soñar por un instante un mundo donde, á falta de Dios, los hombres mismos se apiadasen del corazón de los hombres.....

Eduardo Rod.

ESCRITORES FRANCESES CONTEMPORANEOS

EDUARDO ROD

I

EL PENSADOR

La publicación, en La España Moderna, de una traducción de la novela de Eduardo Rod, *El Silencio,* me ofrece ocasión propicia de consagrar algunas páginas al notable autor, apenas conocido aquí y, en Francia, más que popular, estimado de la gente delicada de gusto y de los críticos que calan hondo. Entre los nombres nuevos que insensiblemente han ido colocándose en primera línea desde la reciente transformación de las letras francesas, es el de Eduardo Rod de los que merecen mayor atención y respeto, por la sinceridad y seriedad de su labor y la alta aspiración moral que en ella se descubre.

Mi simpatía hacia Eduardo Rod no es de ahora; empezó con la impresión que me produjo su original y discutida novela *La course á la mort (Correr á la muerte),* que leí hace más de doce años, y que me impulsó á buscar y leer también lo que sucesivamente iba dando á luz su autor. Lo que ni entonces ni ahora supe ni traté de averiguar, fueron la vida y

milagros, el carácter y costumbres de este escritor, que ya se cuenta en el número de mis predilectos. Tal ignorancia era fácilmente vencible: tardaría en disiparse el tiempo que media entre la carta que va á París y la respuesta que de París torna; pero, aunque ningún género de ignorancia me parezca recomendable, no sé por qué he preferido seguir conociendo de la biografía de Rod únicamente dos datos: que no debe de ser viejo, ni siquiera muy maduro, y que es suizo, paisano de Rousseau y Benjamín Constant. Dije que no sé por qué, y me retracto: sé muy bien que, de diez veces cinco, me estorba la biografía de los escritores. Si puede iluminar á la crítica, también puede extraviarla; si puede completar la idea que de un autor nos formamos, también puede llenarnos de confusiones y de dudas. A muchos autores, por sobra de información biográfica, nos inclinamos á no verles en sus libros, sino en su vida; la anécdota, la leyenda, el drama pasional, la rareza, la manía, la frase feliz, la trágica desventura, nos escamotean, por decirlo así, el elemento literario é intelectual, ó se mezclan é identifican con él de tal suerte, que borran las líneas y falsean y tuercen nuestro juicio. Por otra parte, las semibiografías de gente que vive, y acerca de la cual á menudo no es lícito contar todo lo que se sabe y se piensa, lo que quizás expresaría mejor las ramificaciones del carácter esas semibiografías que los escritores padecemos, arregladas para diccionarios, plagadas de inexactitudes y de ambigüedades, no son el faro que guía, sino la hoguera que lleva al escollo con su reflejo intermitente. Antes no saber nada de un escritor, que saber cosas sin conexión ni enlace posible con sus libros.—Los de Rod encierran mucho que nos importa, que nos induce á reflexionar, que nos obliga á sentir: ¡quizás de su biografía no puede decirse otro tanto!

He observado, además, que los críticos franceses que consagran á las obras de Rod detenidos análisis, de su persona no dicen palabra, y esto me induce á suponer que Rod tiene el buen gusto de detestar el reclamo de las indiscreciones, la

exhibición de la personalidad, no de la artística (que esa puede y debe exhibirse, como que es lo que ofrece de *ejemplar* el artista), sino de la otra, la que sólo suele preocupar á la familia y á algunos amigos íntimos. Si ocurre que el vulgo quiere curiosear esta personalidad que, á mi juicio, debe permanecer envuelta en discretos cendales, el susodicho vulgo generalmente no aspira á más, y reemplaza con el recuerdo adulterado de cuatro menudencias chismográficas la lectura y la consideración de lo que producen el escritor ó el artista. El silencio de los críticos de Rod me enseña á imitarles, y á no ver en él más que una inteligencia y un alma que se me revelan al través del espacio. El alma de Rod, verosímilmente es superior á su vivir y á su historia; en abono de esta opinión recojo un párrafo del propio Rod, en el libro antes citado, *Correr á la muerte*. Dice así: «La vida intelectual está completamente separada de la práctica. Haga cada cual examen de conciencia, y verá qué distancia media entre lo pensado y lo realizado. Nadie ignora que Schopenhauer vivía como cualquier ciudadano pacífico; Hartmann, que trazó con negrísima tinta el balance entre el bien y el mal y sacó el irreparable déficit, es, según dicen, un excelente padre de familia; y la mayor parte de los escritores cuyas tendencias parecen alarmantes y corruptoras, pasan una existencia laboriosa, sana y honrada.» No faltará quien arguya que la exhibición de esta vida sería más ejemplar que los libros de Rod ó de los propios Schopenhauer y Hartmann: la tesis puede defenderse, pero yo observo que millones de ciudadanos pacíficos y de apreciables padres de familia desaparecen del mundo sin que nadie se acuerde de consagrarles un estudio biográfico, y sin que su obscura vida sirva á nadie de ejemplo ni de enseñanza, y de deleite muchísimo menos.

Eduardo Rod empezó su labor de pluma por donde la empezaba la juventud hará unos cuatro lustros. Así como hoy los principiantes van á engrosar las filas de los neomísticos, los neuropsicólogos ó los decadentistas, entonces salían los mu-

chachos á tambor batiente y bandera desplegada, proclamando la guerra naturalista. La primer novela de Rod, *Palmyre Veulard*, está dedicada á Emilio Zola en cuanto maestro y doctor sumo, y escrupulosamente ajustada á los procedimientos de la escuela. Al presente, Rod, desdeñando aquel momento en que giró en la órbita del pontífice de Medan, borra á *Palmira Veulard* de la lista de sus obras, y no la anuncia en la cubierta; no sé si andará por los puestos de viejo decomisando ejemplares, pero es probable que sí. El agudo y donoso crítico francés Renato Doumic, á quien tendré ocasión de volver á citar, dice á este propósito: «El error de Rod me es simpático: no le falta gracia, y es lindo ejemplo de literario fervor: Rod era casi un niño; lanzábase á la carrera con ese entusiasmo que la mocedad de ahora deja caer en desuso; cedía al furor de imitación, primer síntoma revelador de la vocación literaria; bonitamente se situaba á la cola del maestro que se hallaba á la cabeza de todos, sin inquirir si le unían con él afinidades de talento, sino por mera necesidad de sentirse discípulo.»

Por cierto que Doumic, al expresar estos conceptos, asegura que el ejemplo de celebridades tan estruendosas como la de Zola basta para despistar eternamente á los chicos de talento y porvenir. Precisamente el caso de Rod es clara muestra de que no sucede así, y que la espontaneidad del temperamento artístico acaba por sobreponerse á la admiración y al fervor del prosélito. Rod era irreductible al molde de Zola, porque el autor de *Germinal* es ante todo un gran poeta, ya lírico, ya épico, y Rod un pensador, que expresa sus reflexiones por medio de la ficción novelesca (y no siempre). Sin tardanza sacudió el yugo y descubrió su rumbo propio. Ya que por este rumbo, al través de la novela, suele guiarnos Rod á regiones más elevadas de moral, estética y filosofía, antes de considerarle como novelista debemos tomar en cuenta sus dos libros de crítica ideológica, ó, adoptando el nombre que se le ha querido dar, de crítica *intuitivista*. Titúlanse *Las ideas morales de nuestros días* y *Jacobo Leopardi*.

Las ideas morales de nuestros días las entresaca Rod de las obras de varios escritores, de diversa magnitud, cuya lista es la que sigue, por el mismo orden en que los cito: Ernesto Renan, Schopenhauer, Emilio Zola, Pablo Bourget, Julio Lemaître, Edmundo Scherer, Alejandro Dumas hijo, Fernando Brunetière, el conde Tolstoy y el vizconde de Vogüé. Rod estudia el concepto que estos hombres, guías ó *leaders* del pensamiento francés contemporáneo, tienen de los problemas esenciales de la moral, absteniéndose de hablar de los filósofos y moralistas de profesión, porque estos no ejercen acción eficaz y directa en el público, mientras los escritores de carácter literario difunden sus ideas con sutil é indirecta propaganda. Reconoce sin embargo Rod, adelantándose á las objeciones que se le pudieran dirigir, que la mayor parte de los escritores cuya moral investiga, no la tienen en la acepción sistemática de la palabra, y sólo poseen opiniones, á veces incoherentes y contradictorias, por lo cual teme Rod, al analizarlas y resumirlas, haber introducido en ellas una facticia cohesión. También comprende (Rod padece la enfermedad novísima de comprenderlo todo) que en nuestros días existen, diseminadas entre la colectividad, infinitamente más ideas morales de las que encierran los escritores designados por él para representar la moral nueva; pero no pudiendo abrazarla toda, se concreta á un episodio de la lucha moral contemporánea, el episodio literario.—La idea fundamental de Rod es ingeniosa y profunda. Entiende que la concepción moral en las letras ha venido describiendo, desde hará sesenta años, una especie de semicírculo, cuyos dos extremos son el escepticismo de Renán y el neocristianismo de Vogüé. De Renan arranca una corriente *negativa*, la cual va en aumento, reforzada por el torrente pesimista que se deriva de Schopenhauer, y el naturalista, que procede de Zola, hasta que la escuela de la moral independiente, capitaneada por AlejandroDumas hijo, y los defensores de la tradición, por ejemplo Brunetière, abre senda á los que ya francamente se apoyan en la fe, los que, al aspirar á

que retornen las cigüeñas á los desiertos campanarios, forman la corriente *positiva*. Aunque Rod no se resuelve á sumergirse en las refrigerantes aguas del neocristianismo, no oculta que este movimiento le atrae, y espera vagamente que en esos manantiales de vida se bañarán las generaciones futuras. La reacción tiene pues en Eduardo Rod, á falta de un apóstol, un catecúmeno, ó que desearía serlo (si bien yo creo que no puede).

A mi parecer, desde los mismos orígenes de la corriente negativa,—desde Renan,—estaba en germen la reacción que hoy presenciamos. El que bajo el Renacimiento recibiría el nombre de heresiarca, y hoy se contenta con el calificativo mucho más modesto de exégeta racionalista, en nada se parece—Rod lo reconoce—á aquellos incrédulos á carga cerrada del siglo pasado, los Volney, los Holbach y los Cabanis. Renan, apartado de la Iglesia, no deja ni un instante de sentir la nostalgia profunda del divino bien que ha perdido. Impregnado de fe, como de incienso la ropa de los devotos, derrama religiosidad al querer sembrar blasfemias. De ahí sus transportes en Palestina; de ahí su confesión enigmática, restrictiva, acaso involuntaria, de que verdaderamente Jesús, en un momento dado, fué hijo de Dios, y su religión no sólo la buena, sino la absoluta religión de la humanidad. Pero Rod, ya lo hemos dicho, estudia á Renan como moralista, y al hacerlo pone de manifiesto la aristocrática y desdeñosa inutilidad de una ética estética que se recrea en el esfuerzo hacia el bien porque constituye un bello espectáculo, y antepone la concepción pura del bien, el deseo de lo bueno, á su realidad y efectos activos. Con razón anuncia Rod que el frágil edificio de la moral renanista nació ruinoso.

Schopenhauer—no el verdadero, el autor de *El mundo como voluntad y representación,* sino el que conocen los eruditos á la violeta, el de los *Aforismos,* las paradojas, las doloras y las humoradas en prosa, poéticas y relumbrantes — merece todavía de Rod más severo juicio, á pesar de que en las máximas del filósofo poeta suele Rod inspirarse, y de su jugo está

impregnado sin querer. Las causas de la propagación de la doctrina de Schopenhauer y de que haya influído en el pensamiento francés como no suelen influir los extranjeros, son, en efecto, las que señala Rod. Los desastres de 1870, la guerra, la Commune, el fracaso general del régimen á que Francia esperaba deber siempre la hegemonía del mundo civilizado, prepararon á la muchedumbre á escuchar la voz del que en forma tan clara, tan latina, tan lapidaria á veces, glosaba las tristezas eternas, que nos parecen nuevas cuando es nuestra alma la que para ellas nace, la que de nuevo, en cada hombre, empieza á sufrir dolores ya conocidos, comentados y ahondados en los días de Salomón y de Job. Acaso el francés es un ser tan comunicativo é impresionable, que, sin ser tonto, puede encontrar consuelo en el mal de muchos, en la comprobación de la universal desventura. Cada época tiene sus elegiacos, sus satíricos y sus moralistas; Schopenhauer fué todas estas cosas juntas para Francia, después del desastre que siguió á la caída del segundo Imperio.

Más curioso que el juicio de Renan y Schopenhauer, es el que Rod consagra á Zola, su antiguo maestro, su primer ídolo. Entre los innumerables aspectos y estados del alma humana, más fértil en combinaciones que la naturaleza, no conozco ninguno que se preste á la sonrisa de la ironía, como el de disecar en frío el amor desvanecido ó la extinguida admiración. ¡Fase del sentimiento que debería demostrarnos la vanidad de nuestros afanes; fase que conduce al pesimismo, ó, mejor dicho, al nihilismo absoluto! Así como nuestro andar es una caída continua que antes de terminar se detiene, y nuestra respiración lucha no interrumpida contra la asfixia que se nos quiere entrar en los pulmones,—nuestros entusiasmos, las quintesencia más exquisita de nuestro espíritu, también son algo que oxidamos y eliminamos sin advertirlo, hojas que se nos caen, elementos que llegan á figurársenos tan extraños y tan ajenos á nosotros, como si antes no hubiesen formado la raíz y la razón de ser de nuestra vida psíquica!

Lo más desconsolador, es precisamente la severidad con que juzgamos el prestigio de ayer. Sospecho que á Rod, su propia lucidez, tratándose de Zola, ha debido de infundirle melancolía. Digo lucidez, y debo añadir que á la lucidez se une mucha dureza y apasionamientos nuevos, los del rigor, á veces tan engañadores como los transportes del entusiasmo. Pinta á Zola prosternado con supersticiosa devoción, como el salvaje ante el fetiche, ante la ciencia, cegado por su anhelo hasta figurarse que la posee, y empeñado en establecer leyes mediante la observación de un caso aislado, olvidando el axioma escolástico, que «los particulares no hacen ciencia». Le ve inventando, más que estudiando ó retratando, los entes de razón que forman la serie de los *Rougon Macquart,* y—en nombre de una sabiduría quimérica, sin base ni fundamento,—negando lo sobrenatural, suprimiendo la metafísica de *enmarañados cabellos,* y haciendo tabla rasa de innumerables disciplinas que sólo de nombre conoció. Le describe coleccionando tipos de humanidad cual se coleccionan sellos ó insectos, siéndole indiferente en el hombre la dignidad, el porvenir, la moralidad,—impasible á guisa de director en el laboratorio;—y esta apatía del moralista es lo que sulfura é indigna á Rod, escritor de tendencias morales ante todo. Su celo de convertido le lleva á olvidar, á no mencionar siquiera lo que hace tan grande á Zola: la amplitud casi homérica, la fuerza, don y privilegio de los dioses.

La curva de la negación empieza, en opinión de Rod, á cambiar de dirección cuando aparece Pablo Bourget: con él renace la psicología y se restaura lo que el naturalismo había proscrito y desdeñado.—Aquí también encuentro una objeción: si Bourget plantea resueltamente ciertos problemas morales, Alfonso Daudet, sin alardear de psicólogo, había sostenido durante todo el período naturalista el estudio de los caracteres individuales,—pura psicología,—y los derechos del sentimiento. No basta, para ser psicólogo, preciarse de serlo: en Alfonso Daudet la psicología es indirecta; no hay mecanis-

mo, no hay *operación del trépano;* hay, en cambio, almas verdaderas, reveladas en actos, en movimientos, en gestos, en palabras, en todo lo que realmente nos sirve de guía para conocer la vida interior. La diferencia entre un psicólogo á lo Bourget y un psicólogo á lo Daudet, es la que había entre las predicaciones de San Antonio de Padua y San Francisco de Asis: San Antonio hablaba, se estaba hablando horas enteras; San Francisco cruzaba los brazos dentro de las mangas del sayal, bajaba la cabeza y salía á la calle así, sin pronunciar palabra: los dos habían predicado.

No sin desviaciones é inflexiones numerosas, sigue la curva la dirección positiva por medio de Scherer, Lemaître, Dumas y Brunetière, y adopta ya la posición espiritualista hasta el ultramisticismo, con Tolstoy y en general con los autores rusos, que llegaron á tiempo, cuando el público los pedía con mucha necesidad, cuando la tierra seca anhelaba la lluvia celeste. Tenía que suceder que la gente se hartase de lo material, sanguíneo, carnal y corrompido. No fué, con razón lo dice Rod, el humor antojadizo de unos cuantos escritores engolosinados por lo exótico; fué ley de nuestra naturaleza, cambio previsto y anunciado por síntomas que no engañan. El nuncio y evangelista de los rusos, Melchor de Vogüé, hombre de la raza de Chateabriand, Bonald y De Maistre, atento á las cuestiones que agitan y conmueven á su siglo, se hizo cargo de lo que se había perdido en la refriega: la alhaja perdida, pisoteada, era el cristianismo nada menos; que reapareciese, y la literatura sería renovada hasta sus últimas fibras. Por algo se dijo que la gran deficiencia de Zola y de sus secuaces incondicionales, era escribir absolutamente lo mismo que si Cristo no hubiese venido al mundo.

Esta renovación de la literatura mediante la nueva infusión del cristianismo, su historia, su porvenir, es el fenómeno estudiado en el libro á que vengo refiriéndome, la idea que presta unidad á los trabajos de Rod, por otra parte muy delicados y sentidos, donde abundan las certeras observaciones críticas,

los matices finos y penetrantes de una pluma que comprende la belleza, aunque no la prefiere á todo. Resumen de la obra puede considerarse el párrafo que transcribo: «Sucede, pues, que hoy el mundo, que parecía precipitarse con vertiginosa rapidez hacia el materialismo y la negación, el radicalismo y la anarquía, se ha detenido, y, tras fuerte sacudimiento, empieza á desandar lo andado, á moverse en dirección inversa. Esta reacción, cuyos albores son recientísimos, y que los historiadores tal vez fecharán desde el advenimiento de Alejandro III, que la inició en Oriente, ó de Guillermo II, que en Occidente la representa, ha sido tan rápida y decisiva, que ya amenaza barrer, amén de las corruptoras doctrinas que en su camino encontró, algunas de las más bellas conquistas del liberalismo, de sus más generosos sueños.» Mirando á lo futuro, Rod no logra entrever siquiera las consecuencias probables de esta reacción general, ni menos se atreve á afirmar que traiga aparejado uno de esos períodos de coherencia, solidez y grandeza, como fué entre los franceses el siglo XVII y el XVI entre nosotros.

Tampoco pretendemos nosotros profetizar, que es oficio deslucido y arriesgado; pero si es lícito juzgar del porvenir por el presente; si nos han de dar luz los auspicios buscados en las entrañas palpitantes de las nobles víctimas que Rod en su libro abre y despedaza (y aun en las mismas entrañas del autor del libro), nada duradero ni estable podemos esperar de una reacción, por otra parte natural, simpática y prevista.— No logro persuadirme de que los moralistas *positivos* se diferencien de los negativos en lo más importante, en lo que Rod declara esencial: la sencillez y unidad de la conciencia, la robustez de la fe. Sin exceptuar ni á Vogüé, tengo para mí que ninguno posee la única regla fija, la que estriba en verdades que están fuera y por encima de la razón humana, verdades que el corazón puede presentir, á las cuales puede abrazarse sin verlas evidentemente, como niño que en las tinieblas corre hacia donde suena la voz de su madre, pero que no acierta á

demostrar el raciocinio. Hácese cargo de esta dificultad Rod, al hablar, por ejemplo, de Scherer, al notar la contradicción que en el eminente crítico existía cuando resistiéndose á reconocer los fundamentos absolutos de ciertos principios de moral, y hasta de ciertas leyes de decoro artístico que de la moral dimanan y son su flor social por decirlo así, retrocedía atemorizado ante las consecuencias prácticas de su negación; al proponernos el enigma sin clave del alma de Tolstoy y notar cuán impropiamente llamamos *místico* á un hombre que no cree en la vida futura, y por falta de un ser divino ha divinizado al hombre, y al sufrimiento; al estudiar el dogma de Lemaître, comprobando que en él no existe idea de Dios; al analizar uno por uno el credo de los supuestos afirmativos, y darse cuenta de que ó son juguete de su propia sensibilidad, como Tolstoy, ó juegan, como Lemaître, con los prismas y las pompas de jabón de un agudo ingenio. Tristeza causa escribirlo, pero la reacción actual, en las esferas de la inteligencia, nació agrietada, hendida y sin cimiento. ¿Qué haríamos con ocultarlo? Todos hemos esperado en ella.....

Examinemos al propio Rod; hagamos la crítica de su crítica de criticas, y nuestra inquietud y desaliento subirán de punto. La confesión más explícita y también más desconsoladora, la hace á propósito de Bourget. Es página en que remanece el suizo austero, que respiró el ambiente semiespartano de aquellas montañas agrestes, glaciales y descarnadas, y renueva, sin querer, la tesis de Juan Jacobo, condenando el progreso, el bienestar, la hermosura, en nombre del bien y de la virtud. Escuchemos sus discursos. «La afición al lujo y la elegancia se aviene mal con la virtud; la virtud, según la concibe el mundo moderno desde el advenimiento del cristianismo, es humilde, pobre, popular, y desde que Jesús habló, es ardua cosa para un rico entrar en el reino de los cielos.» ¿Qué tal la muestra? Pues ahí va otra: «Y si los refinamientos de la elegancia no son compatibles con la virtud, tampoco lo son los de la inteligencia. Toda riqueza, sea material ó inmaterial, lleva en sí misma un

germen de destrucción, castigo de los goces que nos proporciona; el reino de los cielos sólo está franco para los pobres de espíritu. Así como la fortuna no se hace sino de ruinas, la inteligencia sólo se adquiere disolviendo.» Tal es, sin atenuación alguna, el credo de Rod. A propósito de Vogüé, insiste y refuerza el argumento. «El heroismo—escribe—hállase amenazado de muerte: no le son favorables ni el exceso de comodidades, ni el exceso de cultura intelectual. El heroismo es una planta rústica y recia, que puede crecer en los desfiladeros del Taigeto, y sucumbe en tierra cálida.....»

La teoría no peca de nueva, pero trabajo le mando á Rod si pretendiese apoyarla en datos históricos.

No solamente la elegancia y refinamiento no influyen sensiblemente en la disminución de la virtud, sino que en ocasiones á la virtud sustituyen, dando el resultado práctico de evitar acciones que son malas, pero no repugnan tanto por malas cuanto por bajas, viles y groseras. Y si la inteligencia sólo se adquiriese disolviendo, y si sólo fuesen buenos, santos y heroicos los necios, ó al menos la gente de escaso caletre, y los hombres toscos y rudos, los católicos tendríamos que borrar del santoral á santos tan finos y caballerosos como San Francisco de Sales y San Francisco de Borja, y á santos tan grandes filósofos y pensadores, y tan sutiles psicólogos, como San Agustín, Santo Tomás y Santa Teresa de Jesús. Si el objeto de estas páginas que emborrono no fuese sencillamente dar á conocer los méritos de Rod, en vez de refutar los que considero sus errores, mucho diría aquí acerca de los pobres de espíritu y las supuestas virtudes de la gente zafia, ignorante y comedora de bodrio. En cuanto al heroismo, las ciudades de mayor refinamiento artístico nos han dejado de él sorprendentes ejemplos; y aunque nos olvidásemos de París, alimentándose, durante el sitio, de carne de ratas—recuerdo bien contemporáneo—basta evocar los anales de Atenas, Florencia y Roma, para saber que la cultura, á veces, fomenta la dirección ideal que el valor exige para demostrarse con actos dignos de loa eterna.

El libro titulado *Giacomo Leopardi* no expresa la personalidad de Rod como el que acabo de reseñar; ó, por mejor decir, expresa sus opiniones estéticas y filosóficas, en vez de las intelectuales y morales. El estudio sobre Leopardi descubre la predilección hacia el poeta que ha sabido dar forma á nuestra manera de concebir la vida y nuestros más íntimos sueños, que no son los placenteros, sino los dolorosos. Aquel alma de autocrucificado, que devoró y torturó el cuerpo de Leopardi, muestra afinidades con el alma apenada y enfermiza de Rod. Son ambos mártires de sí mismos, pero Leopardi es ante todo poeta lírico y subjetivo; Rod tiene más de objetivo; le interesan el mal del mundo y las penas de la vida, no sólo por sí mismo, sino también por los demás (no digo por el prójimo, que sería la palabra cristiana, porque Rod no es todavía cristiano á boca llena y acaso, lástima grande, no llegará á serlo nunca). Un estudio sobre los prerrafaelistas ingleses, hecho con amor, inteligencia y claridad; otro sobre el arte y el simbolismo vagnerianos; otro, que haría saltar á nuestros hugólatras, sobre Víctor Hugo, son lo más significativo de este volumen, en el cual se incluyen algunos artículos más, con carácter de estudios bibliográficos. La devoción de Rod por Leopardi; su simpatía por los prerrafaelistas, que en vez de pintura hacen literatura pintada, pintan ideas; su entusiasmo por Wagner; su campaña contra Hugo, todo brota de la misma fuente: Rod estima y saborea en la literatura y en el arte el elemento intelectual, la concepción reflexiva y profunda que se traduce en inspirada forma. Mientras despliega una severidad implacable para condenar la vulgaridad de pensamiento y la superficialidad de sentimiento de Víctor Hugo, y, ante las deficiencias del pensador, parécenle secundarias las inmensas dotes del poeta, el vigor de las imágenes, el esplendor de la frase, la soberana densidad y broncínea resonancia de las estrofas, la fuerza de las metáforas y la titánica energía de las antítesis, quema incienso en el altar de Leopardi, elegante y sobria ara griega, donde arde el fuego de la mente. Leopardi,

Wagner, son devociones de idealista, de pensador. Y obsérvese cómo Rod no se exime de esa contradicción que convierte á los *positivos* en *negativos*, y acabará por identificarlos, ya que no en doctrinas, en los amargos frutos de ellas. Obsérvese cómo, incapaz de ponerse de acuerdo consigo mismo, mientras aspira al dictado de moralista, prefiere en arte el elemento idealista é intelectual, después de haber reconocido, á ejemplo de Rousseau, que la inteligencia no adquiere sino disolviendo. El desenlace funesto del drama moral de la inteligencia viene á ser, para Rod, el que Wagner quiso expresar en su tetralogia por medio de un símbolo: la redención, no por la expiación, ni por la fe, ni aun por la gracia y misericordia divina, sino por la disolución en el seno de la *nada*. «La voluntad, que quiere hacer un mundo á su imagen, no puede llegar á satisfacerse sino en el aniquilamiento final.»

Tal es la desesperada conclusión de todos estos moralistas de la reacción antimaterialista y antinaturalista, y, no cabe duda: á su manera, se dejan muy atrás en inmoralidad al viejo naturalismo, tan pasado de moda y tan puesto en solfa. Era el naturalismo, á ratos y como por obedecer á una consigna, crudo, limitado, rastrero, sin ventanas, sin luz, sin aire; los neoidealistas y neomísticos de hoy, entre los cuales Rod ocupa, por derecho propio, señalado lugar, abren ventanas, respiran hacia lo infinito, respiran, sí..... pero es á la parte del abismo, del eterno dolor..... y no diremos del *infierno*, por no herirles el oído con vocablos del lenguaje teológico, que tampoco está muy en alza. La lucha que sufrió Edmundo Schérer, Rod la sufre: es pensador, investiga, duda, se inquieta, vive dentro de sí, anhela certidumbres, busca senderos, se arrodilla ante el bien, como los paladines de Wagner ante el santo Grial; no estima sino las obras intelectuales..... y sin embargo cree que la inteligencia es el mal, el disolvente, el veneno. De esta contradicción nace la incurable tristeza que veremos revelada en sus novelas, de las cuales trataremos en el próximo artículo.

Emilia Pardo Bazán.

EL SUPERHOMBRE

CON OCASIÓN DEL LIBRO DEL SEÑOR DON POMPEYO GENER,

TITULADO

AMIGOS Y MAESTROS

Forcitan et majora audens producere tellus
Cœumque, Enceladumque feret, magnumque Tiphoea,
Ausuros patrio superos detrudere cœlo,
Convulsumque Ossam nemoroso imponere Olympo.

Fracastorii: De Morbo Gallico.

La vida intelectual me parece que en Francia, más que en nación alguna, está reconcentrada en su capital: París. En Alemania hay muchos centros, como Berlín, Leipzig y Sttutgart, que persisten, á pesar de la unidad política creada por el Imperio. En los Estados Unidos, con no menor actividad, se escriben y se publican libros en Nueva York, en Boston, en Filadelfia ó en Chicago. Y en nuestra España, aunque proporcionalmente se escribe menos y se lee mucho menos, la producción literaria no está encerrada en Madrid, sino que se muestra en varias ciudades de provincia, especialmente en Sevilla, Bilbao y Barcelona. Mucho me felicitaría yo de todo esto, aplaudiéndolo, si la manía del regionalismo no lo echase un poquito á perder; pero hoy quiero prescindir del regionalismo y no decir de él una palabra. Diré sí que Barcelona compite con Madrid, y aun se adelanta y supera á Madrid en muchos puntos. Y también diré que los madrileños y los que

en Madrid habitualmente vivimos, no ignoramos ni desdeñamos, como tal vez hace treinta ó cuarenta años, lo que en Barcelona se escribe y se publica, aunque sea en catalán ó en francés y no en el idioma castellano, que prevalece desde hace cuatro siglos como idioma nacional, español por excelencia, que se extiende desde California al estrecho de Magallanes, y que se habla y se escribe, no sólo en esta Península y en las islas que son aún sus posesiones, sino también en diez y seis ó diez y siete Repúblicas ó Estados independientes. Cuando crezcan en todos ellos la población, la prosperidad y la cultura, bien podrá lisonjearse cualquier literato ó sabio de mérito, si escribe en castellano, de que contará, naturalmente, con un público de los más numerosos y extendidos que hay sobre la superficie de la tierra.

Entonces, como ahora, todo cuanto se produzca escrito en castellano, vendrá á enriquecer el tesoro literario español, y, si vale algo, será recibido, no con celosa envidia, sino con satisfacción y con júbilo por todo el que se precie de español y sienta en el alma el amor de la *patria grande,* ó sea de la casta.

Lo que es yo, y no me tengo por excepcional ni por raro, lo mismo celebraré la aparición de un buen libro, en verso ó en prosa, en Caracas, en Bogotá ó en Quito, que en Málaga ó en Zaragoza. Niego, pues, ese desdén, esa rivalidad que entreveo que se nos supone, á los que escribimos en Madrid, contra los que escriben en español en otras ciudades, y singularmente en las de Cataluña. ¡Ojalá escribiesen allí cosas tan buenas que, sin excitar nuestra envidia, despertasen en nosotros emulación noble y nos moviesen á escribir con mayor tino, primor é ingenio que en el día!

Como quiera que ello sea, yo de mí puedo decir que cuando sé de un autor nuevo ó leo un libro nuevo, en castellano, prescindo para elogiarle de la región en que está escrito ó impreso, y le elogio cuanto merece y tal vez proporcionalmente más, según la distancia desde donde el libro viene, causándome por ello impresión más grata y peregrina.

Largo es el anterior preámbulo, pero no está de sobra, para afirmar aquí que si bien no he leído yo *La Muerte y el Diablo* y *Herejías,* de D. Pompeyo Gener, ha sido por descuido y no por malquerencia regional, y que ahora, después de haber leído el flamante libro del mismo autor, titulado *Amigos y Maestros*, hallo que su autor es digno de consideración detenida y de extraordinario aplauso. Y aunque sea en cifra y resumen, por no tener lugar ni tiempo para más, voy á dar aquí alguna noticia de dicho libro, tratando de realzar las elevadas prendas de pensador ingenioso, de escritor elegante y fácil y de persona docta y discreta, que ha mostrado el autor al componerle.

Para gustar de un autor no es menester coincidir con él en opiniones y creencias, ni mucho menos dejarse convencer por sus razonamientos. A menudo suele sucederme lo contrario, y así me sucede con el libro de D. Pompeyo Gener. Mucho tengo que aplaudir en dicho libro, y muy poco de lo que dice me convence, aunque aplaudo el entusiasmo, el saber y el ingenio con que lo dice. Ténganse por dados mis aplausos, y permítaseme que contradiga yo algunos de los asertos del Sr. Gener, considerándolos completamente erróneos, ó bien que ponga reparos y haga observaciones sobre los que hallo conformes á medias con lo verdadero y lo justo.

Amigos y Maestros es una colección de semblanzas ó retratos de escritores franceses todos, menos uno, Joaquín María Bartrina. Justo sería el panegírico que hace Gener de este singular ingenio si no quisiera realzarle con odiosas comparaciones, tildando de palabreros, confusos y difusos á los demás poetas de España, y suponiendo que deben la fama de que gozan á que viven en Madrid, y sin duda forman parte de una sociedad de elogios mutuos. Yo no puedo convenir con el Sr. Gener en que España es madrastra y no madre de sus mejores hijos, cuyo mérito no confiesa hasta que los extranjeros le reconocen y proclaman; y que, en cambio, pone por las nubes á medianías y hasta á nulidades intrigantes. No fueron ni son nulidades, ni medianías, Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla,

Hartzenbusch, García Gutiérrez, Tamayo, Querol, Núñez de Arce, Ferrari y no pocos otros, que viven aún, y que no deben su reputación, ni á las alabanzas de los periódicos de Madrid, ni al descubrimiento y á la declaración que hayan hecho de su valer críticos extranjeros.

Crea el Sr. Gener que Bartrina no vale más en el concepto que se forma de él, después de leída su semblanza, que en el concepto que de Bartrina teníamos formado antes de dicha lectura. Tal vez sea más claro el primer concepto. Yo, al menos, no puedo conciliar que Bartrina se parezca al mismo tiempo al sencillo, elegante, sincero y clásico Leopardi y al afectadísimo, falso y extravagante Baudelaire. En el único predicamento en que pueden entrar á la vez los tres poetas, es en el de ser los tres incrédulos, enfermizos, tristes y desesperados. En todo lo demás se diferencian muchísimo. Y, si hemos de hablar con franqueza, así Baudelaire como Bartrina se quedan muy por bajo á infinita distancia de Leopardi, uno de los más admirables poetas líricos que ha habido en Europa en el siglo presente, tan glorioso y fecundo en este género de poesía.

Las demás semblanzas, según dejé ya apuntado, son todas de escritores franceses, y yo no puedo menos de alegrarme de que la crítica juiciosa se emplee en ellos y los dé á conocer en España. Celebro asimismo el apasionado afecto y la generosidad con que el Sr. Gener los colma de alabanzas. Yo convengo y he convenido siempre en que Francia posee amena y riquísima literatura, y en que es fecunda y dichosa madre de originales y elegantes escritores, cuyas obras son acaso las más leídas y celebradas en los países extraños, por donde el pensamiento y el idioma y hasta el sentir de los franceses se impone y predomina entre los otros pueblos. Pero esta hegemonía de Francia en letras y en artes, no sólo da á Francia entre los extranjeros fundadísimo crédito, sino también prestigio deslumbrador, que los solicita y estimula á la admiración más ciega, á los encomios más hiperbólicos y muy á me-

nudo á la desmañada imitación de lo peor, originando modas en lo que se escribe y en lo que se piensa, como las hay en lo que se viste y en el menaje de las casas. Contra esto importa precaverse y estar sobre aviso. De aquí que tal vez los personajes que el Sr. Gener retrata en su libro queden tasados en su justo valer si rebajamos siquiera una tercera parte de las alabanzas que el Sr. Gener les prodiga. Debe además decirse que todos ellos están bien estudiados, tienen el conveniente parecido en el retrato y éste es una bella pintura que califica de atinado observador y de hábil artista á quien acertó á trazarla.

En general, todavía tengo yo que poner otro reparo á las semblanzas del Sr. Gener, ó más bien aconsejar á los lectores que se aperciban contra ellas de cierta cautela, más indispensable á los españoles que á los hombres de otros países.

En España, ya sea por nuestra natural condición, ya sea porque escribiendo para el público ó siendo artista se llama menos la atención y se adquiere menos dinero y menos gloria que en otros países y, por consiguiente, hay poco incentivo para dedicarse con constancia á lo que llaman en francés la *pose;* la verdad es que entre nosotros la *pose* apenas se estila ó se usa, y cuando se usa ó se estila es de un modo superficial y efímero y no con la honda tenacidad y persistencia que suelen tener en ella los escritores y los artistas franceses. Digo esto á fin de advertir que no debemos tomar con seriedad la *pose* mencionada, y á fin de censurar al Sr. Gener, aunque muy blanda y amistosamente, de que á veces toma dicha *pose* muy por lo serio. Válganos para muestra muchas cosas que refiere de Sarah Bernard, aunque en este caso es disculpa y aun plena justificación la galantería. La simpática y encantadora actriz posee en toda su persona vencedor y misterioso atractivo; con él y por él seduce y hechiza, como si fuera más hermosa que la Venus de Milo; se viste con lujo, esmero y gracia admirables, y su voz es argentina y simpática y tiene matices, inflexiones y tonos propios para expresar toda pasión

y todo sentimiento: la ternura amorosa, los celos, la soberbia y la ira. Su andar, sus gestos, las posiciones que toma y los movimientos que hace, todo está magistralmente estudiado y ejecutado con inspiración y destreza. En suma, para elogiar á Sarah Bernard, yo me conformo, ó más bien me complazco, en ser eco del Sr. Gener ó de quien más la elogie. En lo único que no soy eco y en lo único que resulta la disonancia es en lo que me parece afectada ponderación; algo que veo en mi espíritu como trasladado á la vida real desde lo sofístico y aparente del teatro. ¿Cómo he de creer yo con formalidad y sin risa que para representar bien á la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, necesita Sarah Bernard leer á Procopio en griego, atracarse de Pandectas hasta el extremo de desencuadernar el volumen que las contiene y hacer otros mil estudios profundos y enrevesados para enterarse de cosas que probablemente la misma emperatriz jamás supo? Chistes, rarezas y exquisiteces por el estilo hay en los escritores y en los artistas de todas la nacionalidades, pero en los franceses se notan más á menudo. El blanco, al que con esto dirigen la mira, es á pasmar y atolondrar á los burgueses, mostrándose en vida, costumbres y hábitos, muy apartados de la usual, muy inauditos y tan fuera del camino trillado, hasta en los casos y accidentes más ordinarios y repetidos, que vienen á aparecer, no como seres humanos, sino como monstruos ó criaturas de distinta y superior especie. Asimismo procuran inculcar en la mente del vulgo un concepto fantástico de las enormes dificultades de su arte, suponiendo que para vencerlas son menester requisitos muy singulares, por donde, en ocasiones, el escritor ó el artista que así quiere señalarse, incurre en pueril pedantería ó en charlatanismo á la Dulcamara. Si Sarah Bernard asegura que para hacer bien el papel de la Emperatriz Teodora se atiborra de crónicas en griego, se traga el Digesto y hace de él una buena digestión, y hasta interviene en el tejer de las telas con que han de hacerle los trajes procurando que sean tejidos según el estilo y manera con que en la edad de

Narsetes y de Belisario solía tejerse, yo doy por cierto que Sarah Bernard embroma á la gente á quienes semejantes cuidados y esmeradas faenas refiere. Al hablar de todo ello, debería empezar su discurso como el gracioso doctor de la ópera, exclamando: *¡udite ó rustici!*

El título del libro del Sr. Gener lleva implícita la justificación contra todo lo que pudiera decirse acerca del mérito relativo de los personajes cuyos retratos literarios ha hecho. No los ha hecho porque dichos personajes sean los más egregios, sino porque han sido ó porque son *amigos y maestros* suyos. Aun así, yo debo convenir y convengo en que se da la dichosa coincidencia de que sean casi todos los unidos al señor Gener por lazos de amistad, autores de primera nota en Francia, descollando en aquella nación tan rica en ingenios entre los más famosos y aplaudidos. Tales son Bourget, Richepin, Taîne, Renan, Littré, Claudio Bernard, Flaubert, Pablo de Saint-Víctor y Víctor Hugo.

Aunque yo no he leído ni estudiado detenidamente todo cuanto dichos autores han escrito, conozco de ellos lo bastante para tributarles el más rendido homenaje de mi admiración, poniendo sobre todos á Renan como prosista, y á Víctor Hugo como poeta.

A veces he censurado yo en Víctor Hugo no pocas extravagancias, pomposidades y relumbrones falsos y de mal gusto; pero, á pesar de estos defectos, que yo noto para que no se me acuse de idolatría, siempre me he complacido en reconocer y confesar que por lo fecundo é impetuoso de su abundante vena, por su maravillosa fantasía y por su destreza magistral en el manejo de la lengua, del metro y de la rima, Víctor Hugo es, si no el primero, uno de los mayores líricos y épicos de nuestro siglo, rico en poetas más acaso que ningún otro de los siglos pasados. Dentro del período que abarca la vida de Víctor Hugo conviene no olvidar que en las naciones cultas de Europa, en alguna de América y en la misma Francia, el autor de los *Cantos del crepúsculo* ha tenido rivales que, si por

la fecundidad no le vencen, tal vez por la calidad y excelencia, pureza y perfección de determinado número de obras, se le anteponen y le eclipsan. Así, por ejemplo, Manzoni y Leopardi en Italia, y aun en nuestra pobre y hoy desdeñada España el glorioso cantor de la imprenta y del levantamiento de las provincias españolas.

Como quiera que ello sea, y con el debido y más profundo respeto á los personajes literarios y científicos que el Sr. Gener retrata, declaro que no llego á advertir en ellos la estupenda magnitud y la superioridad descomunal que me induzcan á presentir, á columbrar y hasta á profetizar el próximo advenimiento de una raza ó casta de hombres muy por encima de los que en el día visten y calzan y andan por esas plazas, calles y campos.

A mi ver, ha habido bastantes épocas en la Historia en que la profecía de ese advenimiento pudo estar más fundada. Tomemos, por ejemplo, los cien años que van de 1480 á 1580. En seguida se ofrecen á nuestra memoria Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Vives, Suárez, Victoria y Domingo de Soto, Ignacio de Loyola y Lutero, Rafael y Miguel Angel, Ariosto, Camoens y Shakespeare, Galileo, Baccon y Copérnico, y otro centenar de varones extraordinarios, en toda clase de obras propias del ingenio y del entendimiento humanos y para todos los gustos, creencias y doctrinas. Comparados con los personajes que acabamos de citar, los del presente siglo, yo al menos lo entiendo así, se quedan tamañitos. Admirable y rico es el fruto que han dado los segundos, pero vale más y tiene superior importancia el fruto que dieron los primeros. Los modernos idiomas, balbucientes é imperfectos aún en la Edad Media, se desenvuelven con pasmoso florecimiento y producen obras maestras en varias literaturas; se agranda y llega á ser casi cabal, en la mente humana, el concepto del universo visible; se conocen por experiencia las cosas materiales de la tierra y del cielo; renace la antigüedad clásica, y al renacer, y al ser imitada, el prurito de la imitación engendra nueva y original

poesía, divinas creaciones artísticas, flamantes sistemas filosóficos y hábiles métodos de observación y de estudio para interrogar á la naturaleza y al espíritu humano y arrancarles sus más hondos secretos. En parangón de lo que hizo el siglo XVI, resulta inferior la obra de nuestro siglo, aunque no olvidemos ni dejemos de incluir en ella ciencias que pueden llamarse nuevas, tan importantes como la Química y la Filología comparativa, y descubrimientos tan ingeniosos y útiles como los del vapor para fuerza motriz, la fotografía, el telégrafo eléctrico, el teléfono y el fonógrafo. Todo esto vale é importa muchísimo, pero importa y vale muy poco cuando se compara al transfigurado renacimiento del mundo antiguo y al descubrimiento del nuevo mundo. Y si entonces no se creyó que iba á surgir de enmedio de la triunfante humanidad un ser exquisito y perfecto á quien llamásemos el superhombre, menos razón hay de creerlo ahora porque Renan escriba la novela sentimental titulada *Vida de Jesús,* porque haya ferrocarriles y alumbrado eléctrico, y porque se inventen las máquinas de coser y las bicicletas.

Si yo me dejase dominar por mi fervorosa filantropía y por mi amor á todo progreso, me dejaría convencer por los argumentos que el Sr. Gener aduce, y creería, como él, que está próxima la aparición del superhombre; pero, aunque soy progresista, no lo soy tanto, y aunque quisiera creer lo que el Sr. Gener cree, acuden á mi espíritu multitud de dudas que me lo impiden, harto á pesar mío. Voy á poner aquí algunas de estas dudas según se me vayan ocurriendo. Y voy, además, á presentar varias enmiendas ó modificaciones á la doctrina sobre la humanidad ascendente, tal como el Sr. Gener la profesa, á fin de que, si al cabo nos dejamos convencer y la aceptamos, sea modificada ó enmendada, según á mí me parece más razonable y equitativo.

En primer lugar, yo me alegraría de que el ascenso del género humano á género superhumano fuese general ó total, aunque en la superhumanidad futura hubiese también, como

en la humanidad presente, y en la debida proporción, ineptos y aptos, torpes y hábiles, y tontos y discretos, etc.

En el día, Inglaterra, Francia y Alemania, y tal vez alguna otra nación, no ha de negarse que nos llevan la delantera en este correr disparatado, en que vamos todos, en el hipódromo de la Historia, aproximándonos ya á la meta; y sería caso lamentable y necio que por llegar antes á dicha meta los pueblos del Norte, viniesen de súbito á convertirse en superhombres, teniendo nosotros, por ir ahora tan rezagados, no ya que adelantar, sino que retroceder hacia la *animalidad* ó hacia la especie inferior de que hemos salido, acabando por ser, con relación al recien aparecido superhombre, lo que hoy es el mono con relación á nosotros. Con esto no me conformo á pesar de todos los discursos del Sr. Gener y á pesar de mi acendrado progresismo.

Se me dirá que el que yo me conforme ó el que no me conforme no es del caso. Lo que conviene dilucidar es que el caso sea ó que no sea.

Meditemos sobre su posibilidad.

Empezaré por un distingo. Si por progreso se entiende el acumulado capital de observaciones, estudios, sistemas y descubrimientos que las generaciones pasadas nos han ido legando, que nosotros conservamos y que sin duda acrecentamos y mejoramos, yo creo en el progreso á pie juntillas. El más obscuro bachiller del día sabe más gramática que Homero; el más humilde catedrático de Instituto sabe más Historia que Herodoto; y de las cosas naturales, de sus afinidades, composiciones, descomposición y cambios, sabe más que Hipócrates cualquier adocenado farmacéutico de aldea. Yo no niego esto. Lo que niego es que ese cúmulo, esa ingente cantidad de doctrina, que ese esfuerzo y trabajo del espíritu de la humanidad, durante tres mil años, haya logrado infundirse en ese mismo espíritu por tal arte que se haya hecho consustancial con él, dándole valer y potencia superiores á los que antes tenía. Cierto que Homero, Herodoto é Hipócrates eran menos

instruídos que Víctor Hugo, Taine, Renan y Claudio Bernard, pero, á mi ver, valían muchísimo más que ellos. Por donde yo infiero que el tal progreso substancial y personal, por cuya virtud ha de aparecer pronto el superhombre sobre la faz de nuestro planeta, no ha dado paso alguno desde hace por lo menos cerca de treinta siglos. ¿Cómo he de poner yo en duda que Hegel sabía más química, astronomía, zoología, mecánica, historia, etc., que el propio Aristóteles? Y sin embargo, con ser Hegel tan original y poderoso pensador, y con tener una tan fecunda y constructora fantasía y un vigor tan sublime para sintetizarlo todo armónicamente, combinando lo real y lo ideal y encerrándolo dentro de su idea, que eternamente se desenvuelve, todavía me parece Hegel pequeño cuando acerco la imagen que de él concibo á la imagen colosal con que se representa en mi mente el prodigioso maestro del magno Alejandro.

No iré yo hasta el contrario extremo del Sr. Gener, ni afirmaré que los hombres han degenerado. Me limito á presentar aquí, sin intentar resolverla, una contradicción que asalta mi espíritu. Yo quiero creer, y creo, que los hombres de hoy no valen, en el fondo, en lo esencial y por naturaleza, ni más ni menos que los de cualquier otro siglo; que por la educación y por la cultura, por lo que han heredado de sus mayores, por el tesoro que han reunido durante siglos, y sobre el cual se levantan como sobre un pedestal, los pensadores y escritores modernos valen más que los antiguos; que en determinado sentido, por la divulgación de los conocimientos, hay en el día más gente que valga. Y que en el día, no ya Napoleón I, sino el más torpe de los generales, derrotaría al hijo de Filipo desbaratando sus falanjes con dos ó tres cañones Krupp; el ateísta coronel Ingersol probaría á Moisés su ignorancia en química, en astronomía y en geología, y que toda la ciencia que había estudiado en los colegios sacerdotales de Egipto, no valía un pitoche al lado de la adquirida por él en las escuelas de Bostón; y que el último maestro de escuela dejaría absortos y tu-

rulatos á Sciodo, y tal vez al propio Píndaro, si se ponía á explicarles que los nombres son masculinos, femeninos y neutros, que pueden estar ó están en nominativo, en acusativo, en dativo ó en otro caso, y otras mil verdades científicas por el estilo, de las que es casi evidente que ni Sciodo ni Píndaro se habían percatado. Pero aquí surge la contradicción. De esa misma ignorancia, de esa falta de educación, digámoslo así, y de ese cortísimo saber de los antiguos, nacen en nuestra mente el pasmo y la admiración que nos infunden sus obras. Más que fruto de la reflexión y del estudio, nos parecen inspiradas, reveladas y divinas. No vemos en ellas el esfuerzo laborioso, ni la ciencia que de antemano se adquirió en el aula, ó que se toma de repente y de prestado en un diccionario, ó en cualquier otro librote, sino vemos la espontánea y fresca lozanía del propio ingenio, radiante de luz interior, á par que maravillosamente ilustrado por el numen.

El Sr. Gener traza un breve compendio de filosofía de la Historia, á fin de probar que se acercan los tiempos en que ha de aparecer el superhombre; pero, en muchos puntos, encuentro yo falsa su filosofía, y en ninguno la prueba de que dicha aparición esté cercana. Por el contrario, en varios párrafos del último capítulo de su libro, donde expone su doctrina, pinta con tan negros colores la sociedad del día, que si nos allanásemos hasta creerle, asegurаríamos que el género humano, en vez de adelantar moralmente, ha degenerado ó se ha pervertido.

La culpa principal de degeneración tan lastimosa es, según el Sr. Gener, la errónea creencia de que todos los hombres somos iguales. Para el Sr. Gener nada más absurdo que la igualdad. A mi ver, el Sr. Gener tiene razón, si se entiende la igualdad de cierto modo; pero de ese cierto modo nadie entendió jamás la igualdad, ni ahora ni nunca, por donde el señor Gener crea él mismo un fantasma ó estafermo para tener el gusto de derribarle con las lanzadas de su crítica.

El Cristianismo, según el Sr. Gener, vino á proclamar la

igualdad de los hombres en la abyección y en la miseria, y la Revolución francesa y sus ideas, enseñaron y sostuvieron la misma igualdad, aunque nivelando á los hombres todos, por lo alto, y considerándolos igualmente capaces.

La acusación contra el Cristianismo me parece tan infundada como la acusación contra las ideas revolucionarias en este punto. Nadie que esté en su juicio, por fervoroso cristiano ó por tremendo revolucionario que sea, ha desconocido jamás la desigualdad de los hombres, ni ha dejado de advertir las diferencias que hay entre ellos, porque unos son bajos y altos otros; débiles unos, y otros fuertes; algunos listos, y torpes muchísimos; y en lo tocante á inteligencia, agilidad y natural disposición para diversos oficios, artes y menesteres, se dan y se darán siempre escalas de muchísimos grados.

La igualdad que el Cristianismo y la Revolución coinciden en reconocer, está por bajo, ó mejor dicho, está antes que toda doctrina religiosa ó filosófica: es la igualdad radical y esencial de la naturaleza humana, con los derechos y deberes que de ella nacen y que en ella se fundan, con tal evidencia, que basta el sentido común para que la reconozcamos, si bien importa que la religión la consagre y que las leyes, revolucionarias ó no, la sostengan y amparen contra la violencia y la injusticia. Igualdad tan justa no se comprende que pueda ser destruída por la doctrina de la humanidad ascendente, que el señor Gener sostiene con tanto entusiasmo.

En el modo de entender la igualdad cristiana, el señor Gener, obcecado por la pasión antirreligiosa, incurre en varios errores. Ni en el cielo ni en la tierra, ni en la vida presente ni en la futura, reconoce el cristianismo que el necio y el sabio, y menos aún el santo y el vicioso, sean iguales, á no ser radical y esencialmente. Y entonces, esta igualdad no está fundada en la vileza y en el menosprecio del propio ser humano, sino en el altísimo concepto que hace formar de él el Cristianismo, enseñándonos que toda alma de hombre es imagen y semejanza de Dios, que debe aspirar á ser perfecta como Dios mismo

y que es de Dios tan amada que se sacrificó por redimirla, y tan estimada, que quiso unirse con ella y hasta con el cuerpo mortal donde ella se encierra. Sin duda que el alma fervorosamente cristiana, cuando se dirige á Dios en sus rezos y hablas interiores, se pone muy humilde, se califica de indigna, de pecadora, de perversa, de todo lo malo y ruín que pueda imaginarse; pero de sobra se comprende que esto lo dice y lo confiesa el alma cuando se compara con un ideal supremo de perfección, de rectitud, de bondad y de hermosura, término altísimo de todas sus aspiraciones y blanco inasequible de sus miras y anhelos. Cuando esta misma alma cristiana, no por los actos virtuosos que ha realizado, porque esto sería faltar á la modestia, sino por la capacidad que en sí siente y por el noble destino para el que Dios la crió, se contempla y examina á sí propia, en vez de ser bajo el concepto en que se tiene, es tan sublime concepto, que no se le aventaja el de ninguna criatura de las que ve ó puede ver, ni de las que imagina ó finge, ni de las que por fe ó revelación conoce. El alma de la más cuitada criatura humana puede elevarse, cuando no por inteligencia, por amor, hasta el Ser divino; puede subir al cielo y sentarse, como se sentó Francisco de Asis, en el trono en que se sentaba Lucifer antes de su caída. Arrepiéntase, pues, el señor Gener de su declamación contra la igualdad cristiana fundada en lo miserables que somos. Si lo dicho es confesión de ruindad y de real menosprecio de sí mismo, *venga Dios y lo vea*, como vulgarmente se dice. La igualdad, por consiguiente, se da en el Cristianismo en potencia: en la potencia infinita que tenemos todos de ser llamados hijos de Dios y herederos inmortales de su reino y de su gloria. Y lo que es en acto, cómo la igualdad sería absurda, desigualdad es lo que hay, ya que unos son réprobos y santos otros; unos justos y otros pecadores, y unos monaguillos y sacristanes y otros Abades mitrados, Arzobispos y hasta Papas.

Sobre la igualdad democrática, que también condena el señor Gener, declamando contra ella y suponiéndola ré-

mora del progreso, harto llano es hacer defensa parecida.

La igualdad democrática, racional y discretamente entendida, no está en el ser actuado, sino en el poder llegar á ser y en que ese poder no se ahogue ni se limite merced á privilegios odiosos. En este sentido, la igualdad democrática es justa y razonable en teoría, y no sirven para invalidarla los abusos y males que pueden nacer de ella. ¿De qué no pueden nacer males y abusos?

La más clara manifestación de la igualdad democrática es el sufragio universal. No refutaré yo los mil argumentos que contra él se hacen: los aceptaré como fundados; pero, sobre todos esos argumentos, hay una razón poderosa que los invalida y destruye. Sin duda que en una asociación de hombres para determinada empresa, á cuyo buen éxito concurren unos con el capital, otros con la inteligencia, otros con su habilidad, pericia y destreza en tal ó cuál arte ú oficio, y otros sólo con el rudo trabajo de sus manos, el sufragio universal por igual sería absurdo, así como también lo sería el igual reparto de las ganancias y provechos. Pero la sociedad política, la ciudad ó el Estado, es asociación de muy distinta índole y propósito. Su principal fin es amparar á los hombres en el libre ejercicio de sus derechos, reprimir toda violencia que los merme y no poner la menor traba á la actividad benéfica de cada individuo. En esto no cabe la menor desigualdad entre los asociados. Casi estoy por decir, ó sin casi lo digo, que el jornalero que gana dos ó tres pesetas al día tiene el mismo derecho, y acaso mayor interés, que el capitalista que goza tres mil duros de renta diarios, en que el Gobierno sea bueno, atinado y juicioso. Porque si el Gobierno lo hace mal y sobreviene la ruína, lo probable es que el capitalista salve gran parte de su fortuna y siga gozando de ella, ó en la propia patria semiarruinada, ó en país extraño, donde acaso tenga fondos y bienes, mientras que el jornalero se morirá de hambre si se hunde la industria que le daba trabajo y jornal; y mientras más castizo sea él, y mientras más propio y peculiar de su patria

sea el oficio que ejerza, mayor será su miseria y su desesperanza, pues no es llano ni cómodo emigrar á tierra extraña, sobre todo con familia, en busca de trabajo y sustento. En vista, pues, de la anterior consideración, yo tengo por evidente que el pobre ganapán, el obscuro y desvalido destripaterrones, está por lo menos tan interesado como el Fúcar ó el Creso, en la prosperidad y buena gobernación de la república. Para el rico es esto negocio de mayor ó menor comodidad y de más ó menos exquisitos goces, y para el pobre puede ser negocio de vida ó muerte, de no poder ganar las dos ó tres pesetas que antes ganaba, y de tener que recurrir á la mendicidad ó á la poca eficaz beneficencia pública en la tierra cuya riqueza fomentó con su trabajo, y por cuya integridad y por cuya honra tal vez derramó su sangre.

Entiéndase que, por amor á la verdad y á la equidad, y no para adulación ó lisonja del vulgo plebeyo, me atrevo á afirmar lo que afirmo, en contra de la flamante y curiosa aristocracia cuyas doctrinas sostiene el Sr. Gener, y que se funda ó cree fundarse en la egregia cultura de aquella pequeña parte de nuestro linaje, que, á lo que parece, es humanidad ascendente y se acerca ya á formar nucleo ó grupo de superhombres.

La flamante aristocracia, ó dígase la superhumanidad, no quiere el Sr. Gener que surja por revolución, sino por evolución, siguiendo el camino del progreso, que sin duda llevamos ahora; pero si no seguimos el buen camino y nos hemos extraviado, no se comprende de qué suerte hemos de llegar al superhumanismo por más evoluciones que se hagan. Mala traza tienen de entronizarse los superhombres, si hemos de juzgar fiel la pintura que hace el Sr. Gener de la sociedad presente: «Los más astutos, dice, escalando el poder directamente, ó con la protección de las leyes, amparándose del dinero, se han impuesto, y las sociedades hoy gimen en una esclavitud mil veces peor que la antigua. Una piratería mercantil, un feudalismo industrial han venido á afligir á la humana especie con

unos Gobiernos de nulidad, juguete de la bancocracia, que protegen sólo á los ineptos adherentes y dificultan el desarrollo de todas las verdaderas fuentes de vida. El prosaísmo ha *tronado en soberano* (sic): los valores han caído en poder de los malvados. Hoy día, en general, riqueza es sinónimo de nulidad moral, de egoísmo y de mediocridad perfecta; á lo más significa refinada astucia; en suma, una cualidad criminal punible.»

Si tan feos rasgos son exactos, si es así la sociedad presente, ó bien no vamos por el camino del progreso, ó bien hemos caído, con el carro que nos conduce, en un barranco ó atolladero de todos los diablos. No veo, pues, que estén cerca el advenimiento y el triunfo del superhombre, ya que, según el señor Gener, son una caterva de majaderos, criminales y bellacos los que triunfan, se encaraman y lo gobiernan todo, mientras que los superhombres andan por ahí desperdigados, con poquísimo dinero, sin poder y sin influjo, y tal vez haciendo observaciones y experiencias y escribiendo librotes que casi nadie lee. ¿Y cómo ha de leerlos nadie cuando la sociedad gime hoy, según el señor Gener, en la peor de las esclavitudes bajo el yugo infamante de esos tíos ordinarios y de esos ricachos vulgares y pícaros, que, según nos cuenta, nos mandan y nos oprimen? Si por virtud de la evolución hemos de salir de tan horrible estado, la aurora superhumana, en vez de estar cerca, está lejísima; tardará millones de años en amanecer. Ahora comprendo lo que leí tiempo ha en cierto libro de Sociología, que me hizo honda impresión y que no he olvidado nunca: «La humanidad, dice el referido libro, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Tratando luego de cuándo nacerá, y después de larga investigación y de cálculos sutiles, pronostica que nacerá dentro de catorce mil y quinientos años sobre poco más ó menos. Y si la humanidad colectiva anda tan reacia en nacer, yo recelo que la superhumanidad triunfante siga en gestación doble tiempo, y sólo salga á luz, no ya dentro de ciento cuarenta siglos, sino dentro de trescientos, si

para entonces no ha tenido nuestro planeta algún mal encuentro ó tropiezo en la amplitud del éter por donde voltea y va valsando, ó si no le falta agua porque se combine la que hay con sustancias sólidas, ó si no se enfría y apaga su fuego interior, ó si, á fuerza de rodar, no acaba por agujerearse y por tomar forma de buñuelo ó de anillo, como el de Saturno.

Prescindamos ahora de los mencionados reparos; quitemos valor á los argumentos que el mismo Sr. Gener suministra contra el progreso rápido y contra la persuasión de que estamos ya cerca de la meta. Y en este supuesto, cavilo yo y me inclino á creer que el resultado del dichoso movimiento progresivo, en vez de ser la aparición del superhombre, será el allanamiento y nivelación de la raza humana, la igualdad aborrecida por el Sr. Gener, y si no la imposibilidad, la dificultad mayor cada día de que nadie sobresalga y descuelle.

Como no habrá tiranos crueles é intolerantes, nadie podrá ganar la palma del martirio. Cada uno podrá predicar y difundir la doctrina que se le antoje, á sus anchas y sin peligro alguno. La supresión de los castigos largos y dolorosos impedirá que alguien se distinga por su resistente energía para sufrirlos: los Régulos y los Príncipes Constantes no podrán reaparecer. Extinguida la pobreza, la caridad, el generoso donativo y las más bellas obras de misericordia no llegarán á ejercerse y se olvidarán ó quedarán atrofiadas en el alma. Si la paz perpetua se realiza y las guerras se acaban, adiós virtudes bélicas, grandes capitanes y héroes valerosos. Descubierto y averiguado lo que queda aún por descubrir y por averiguar, todos seremos sabios y no habrá peregrina invención que realce á un mortal con un centímetro de altura sobre los demás mortales. Agotados y manoseados ya todos los asuntos épicos, líricos y dramáticos, probados todos los sentimientos, y empleados para expresarlos los más naturales, sencillos y propios primores de estilo, los prosistas y los poetas tendrán que repetir lo que ya se ha dicho, y ser plagiarios ó imitadores, exponiéndose, por el prurito de ser originales, á

caer en las mayores extravagancias y ridiculeces: á ser *decadentes, delicuescentes, impresionistas, simbolistas* y *naturalistas*. Con los escultores ocurrirá lo propio, cuando pretendan superar por nuevos senderos á Fidias y á Praxíteles. Y los pintores, si ambicionaran ser entre sus contemporáneos príncipes ó reyes de su arte, como ya lo fueron en otra edad Rafael, Velázquez y Rembrandt, caerían en los amaneramientos más disparatados. En suma: la igualdad, nacida del progreso y de la difusión de la cultura, nos acosará á todos, y el que no quiera someterse á ella, sino elevarse y lucir sobre sus semejantes, llegará á volverse loco y pondrá en cuanto haga el triste sello de su locura.

Por dicha ó por desgracia, este término del progreso está remotísimo aún y quizás no llegue nunca. Ya sabemos que la completa igualdad es imposible. Sólo queremos dar á entender que un adelanto indefinido en la marcha del linaje humano, no puede llevarle sino á la aproximación de la igualdad, y no á que unos individuos desciendan del grado en que hoy se hallan, y á que se conviertan en superhombres los individuos más selectos.

La civilización, al compás que crece, propende á nivelar á los civilizados. Y esto en todo y para todos. El macedón Alejandro es cien veces mayor y más trascendente por sus actos que Napoleón I. En el día no se concibe la posibilidad del caso estupendo y único de una ciudad como Roma, que llega á enseñorearse de más de la mitad del mundo entonces conocido. Hoy no se explican las rápidas conquistas de los muslimes y la difusión del Imperio del Islam, desde la India y las fronteras de la China hasta más allá por el Norte de los Pirineos, y por el Occidente hasta las olas del Océano, donde entró Ocba á caballo y la cimitarra en la diestra para dominarlas en nombre del profeta Mahoma. Ni menos se concibe cómo Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada, cada uno con un puñado de aventureros, penetraron hasta el corazón de las más incógnitas regiones, derribando y apoderándose de Imperios populosos y

ricos. Hoy, por el contrario, los medios que se emplean son enormes; la acción, desmayada y lenta; los resultados, mezquinos. Más de 200.000 soldados y centenares de millones de duros, no bastan para domeñar á unos cuantos negros y mulatos rebeldes. Sin duda, la civilización niveladora *é igualitaria* de que hemos hablado tiene de esto la culpa.

El desdoble del linaje humano en porción de superhombres y en porción de menos que hombres ó de hombres decaídos, que es una de las fases de la profecía disyuntiva del Sr. Gener, no da indicios de que llegue á realizarse. Y lo que es yo me alegro en lugar de sentirlo. Me dolería en extremo quedarme entre los individuos de la humanidad decaída: y también me dolería, porque soy filantrópico, cariñoso y bueno, aunque me esté mal el decirlo, encumbrarme y darme tono entre los seres superhumanos, dejando á tanto cuitadillo prójimo mío cayendo lastimosamente y degenerando hacia la *animalidad* primitiva.

Caso muy diferente será, y satisfactorio para todos, si la otra faz de la profecía es la que se cumple: esto es, si todo el linaje humano, sin excepción, se convierte en superhumano. Quiera Dios que así sea. De su bondad infinita esto, y más si cabe, puede esperarse, aunque el Sr. Gener no lo profetice.

Lo que es yo quiero esperarlo, lo espero y desisto de hacer nuevas observaciones y de presentar otras dificultades y dudas, porque entonces sería mi artículo el cuento de nunca acabar; pero, á fin de determinar mi esperanza, fijándola, arraigándola, cimentándola y no dejándola en el aire para que el aire se la lleve, voy á poner aquí las principales conclusiones que yo saco de todo, ora sean favorables, ora adversas á la tesis del Sr. Gener y á su doctrina del superhombre.

El ser humano, tal como hoy existe y tal como ha existido siempre desde que tenemos noticia de él por la Historia, dista infinito de Dios, para quien en Dios cree, ó de la razón impersonal ó de la *super alma,* como la llama Emerson, para los descreídos. En los tres ó cuatro mil años que conocemos de

historia, debiera advertirse que por sus pasos contados vamos acortando esta distancia. Yo, sin embargo, lo advierto poco. Todos los inventos, adelantos y mejoras que el hombre ha hecho, me parecen, si de acortar esta distancia se trata, como la cantidad de agua que un niño sacase del mar con una escudilla para dejarle en seco. La mejora y el progreso, además (pues no he de negar que los ha habido), vienen de fuera y se sobreponen y no se adhieren á nuestro íntimo ser, engrandecido él mismo y mejorado. Aunque ya lo he dicho, repito ahora que, en mi sentir, Alejandro vale más que Napoleón y Aristóteles más que Hegel, Píndaro ó Isaías más que Víctor Hugo, y Fidias y Praxíteles más que Canova y Thorvaldsen. En todo esto hay negación de progreso. El superhombre era más superhombre hace dos mil ó tres mil años que en el día. La distancia, con ser infinita, que de la inteligencia soberana le tiene separado, puede salvarse en cualquier época, por favor del cielo, por rapto de amor divino, por galardón precioso concedido á una singular persona y que nada tiene que ver con el progreso. Lo que es como serie de grados que nos acerque á la perfección, no se ve el camino que nos conduzca al punto en que la superhumanidad aparezca. Ni casi con otros seres de diversa casta que el hombre acierto yo á poner jalones en dicho camino. Casi estoy por afirmar que, en lo radical y sustancial, entre Dios y el hombre no se descubre excelencia intermedia. Después de Dios, se diría que el hombre es lo más elevado que hoy se concibe y que se ha concebido siempre. Todos los seres con apariencia de superiores á nosotros, se nos someten y se ponen á nuestro servicio. Por medio de conjuros evocamos á los demonios; por medio de exorcismos los arrojamos de donde no conviene que estén; las sílfides y las ondinas se mueren de amor por nosotros; los dioses y las diosas de todas las religiones suelen prendarse de los mortales y casarse con ellos; los genios acuden á valernos, á protegernos y á inspirarnos poesía, prosa y otros primores; las hadas tejen ricas telas, fabrican brillantes joyas y favorecen á las prince-

sas y hasta á las fregatices; los ángeles son nuestra custodia y vienen á nosotros como embajadores y aun como mandaderos; y los arcángeles, ya son paraninfos, ya á modo de escuderos y guías que en nuestros viajes nos acompañan. ¿A ver, pregunto yo, si es lícito pedir ó esperar más, después de alcanzar ó de haber alcanzado todo lo dicho?

En otras mejoras, que pudiéramos lograr con el tiempo, noto yo que surge en seguida la contradicción. Pongamos por caso que se generalizase entre los hombres el ser tan hermosos como el Apolo de Belvedere, y entre las mujeres el ser tan guapas y bien formadas como la Venus de Milo ó la Calípiga, y al punto los elegantes y aristócratas hallarían vulgar y ordinario el ser así, y para distinguirse, ya se deformarían el cráneo, comprimiéndole ó llenándole de burujones, ya incurrirían en otras empecatadas extravagancias. Y pongamos también por caso que al fin se arregla tan habilmente el organismo de la sociedad, que el vicio siempre es castigado y la virtud premiada siempre. Pues en mi sentir, no podría ocurrir nada peor. Entonces sí que la virtud no sería sino un nombre. Los cucos y los galopines, movidos por la segura recompensa, serían los más virtuosos; y cuando alguien, desdeñando el propio interés, se entregase á los vicios más feos y perpetrase crímenes de marca mayor, nos inclinaríamos á creer, ó bien que estaba loco, y que por consiguiente era irresponsable, ó bien que era una criatura de condición elevadísima, cuyas pasiones briosas y sublimes le impulsaban á desprenderse del vulgar egoismo y á salirse fuera de la pauta común en que todos nos habríamos encerrado.

En resolución, y para no cansar más, diré que no columbro por parte alguna el advenimiento del superhombre, sin que sobrevengan á la vez contradicciones irresolubles. Posible es, no obstante, que el superhombre sobrevenga. Pero, ¿quién me asegura que sea mejor moralmente que el hombre de ahora, y que no sea, con más saber y poder, desmandado y perverso? Fracastoro, en los versos que me sirven de epígrafe, considera

posible el advenimiento de una casta de superhombres; pero no serán buenos, sino que serán descomedidos y feroces gigantes que no dejarán títere con cabeza, que se levantarán contra Dios, y tratarán de arrojarle del cielo, y que de nosotros harán sus víctimas y sus esclavos. Ya Swedenborg, cuando estuvo en el planeta Venus, vió y trató á los hombres de allí, y por lo que nos cuenta de ellos, y por lo apurado que entre ellos estuvo, podemos calcular lo mucho que padeceríamos y el inmenso infortunio que vendría sobre nosotros si una casta semejante, tan engreída, soberbia y poderosa, apareciese en este globo terráqueo en que habitamos.

Concluyo pues (y no porque se me acaben las razones, sino porque se me acaba la paciencia y porque temo que la de los lectores se acabe también), que lo más acertado y prudente es no desear ni esperar que el superhombre sobrevenga, y contentarnos con ser hombres regulares y como se han usado siempre, si bien enriquecidos, cada vez más, con invenciones ingeniosas, como la ya conseguida del alumbrado eléctrico, y como las, que sin duda se conseguirán, de dar dirección á los globos, sacar en las fotografías los colores de la cámara obscura, y quién sabe si llegar á alimentarnos con extractos y alambicadas quintas esencias, sin esta grosera alimentación de ahora, por la cual, al cabo del año, engulle cada hombre un montón de substancias, centenares de veces más pesado y voluminoso que todo su cuerpo. En fin, mucho, muchísimo se puede inventar y mejorar aún antes de que llegue el momento en que la aparición del superhombre se nos venga encima. Lo que es de las habilidades de Sarah Bernard y de los ingeniosos escritos de Juan Richepín, aunque yo los celebro porque me deleitan y me encantan, no me atrevo á inferir que dicha aparición esté próxima.

JUAN VALERA.

HISTORIA DEL HIERRO

É IMPORTANCIA SOCIAL Y CIENTÍFICA DE ESTE METAL

I

Exponer la historia del hierro equivale á referir la de la industria en sus diversas fases y bajo todas sus formas, pues se halla identificada con todo lo que á este asunto atañe, la vida industrial, que es la existencia de las modernas nacionalidades y la representación fidelísima de todo cuanto corresponde á las fuerzas importantes de un país en la constitución actual de las sociedades.

Escasísimas razones y pocos esfuerzos son necesarios para demostrar el universal interés que ha de inspirar el conocimiento de la historia de un cuerpo que sirve al labrador para obligar á la tierra á que sea productora y no estéril; que ha contribuído á que desaparezcan las distancias, en unión con el vapor y la electricidad, haciendo de todos los pueblos la gran familia humana, y que le llevamos en la sangre, sirviendo de poderoso elemento á la existencia, no comprendiéndose ésta con la falta de tan poderoso vehículo, que es el que contribuye á que los microscópicos glóbulos sanguíneos lleven envueltas oleadas de vida.

El hierro es la representación del trabajo, la síntesis de la

industria, la chispa incandescente que lleva el fuego de la vida doquiera se dirija; es la espléndida obra de los frutos de la labor humana en sus múltiples manifestaciones, que conduce á la producción de miles de objetos y á la transformación de la inercia en potente y calurosa actividad, siendo asimismo la palanca de la industria en sus variadísimas manifestaciones.

La historia del hierro es de una importancia tal, que puede sintetizarse diciendo que vale tanto como la historia de la actividad humana, lo mismo en las manifestaciones del incesante trabajo á que se halla por ineludible ley sujeta, que en las grandes, maravillosas y encantadoras creaciones de la industria ó el arte, y en los azares de la guerra, en que se ve forzosamente la humanidad empeñada, aun á despecho de los progresos de la civilización y cultura, cuyos luminosos resplandores no han logrado todavía extinguir los odios que se ventilan con los resultados sangrientos del combate.

Esta historia constituye, en efecto, la epopeya más grande del trabajo de la humanidad y el himno más armonioso y solemne que puede cantarse á sus proezas, pues tiene interesante parte y papel principalísimo en la mayoría de los asuntos que han ocupado las sociedades y los pueblos todos, lo mismo en los días de ventura y satisfacción que en los momentos de angustia y de conflicto.

La historia de este metal nos enseña también de modo clarísimo la importancia que tiene á los ojos de la sociedad la industria y el arte en todas sus brillantes manifestaciones y lo injusta que ha sido la opinión en otros tiempos, ya por fortuna lejanos, menospreciando los oficios que tienen por base el trabajo de todo aquello que es más necesario é indispensable para el diario sustento, como lo son el aire para nuestros pulmones y el agua para las plantas.

Y á la verdad, aquellas edades que no conocieron el hierro viéronse seguramente con grandes deficiencias en los múltiples actos de la vida. Por eso, en la *edad* denominada *de piedra* hallábase el hombre errante por los bosques, teniendo por

todo abrigo las húmedas cavernas y los huecos de las rocas, y por todo instrumento del rudo trabajo con que utilizar los frutos de la tierra los fragmentos destacados de las rocas por el choque con los cuerpos duros, para llegar después á la edad de bronce, en que con esta aleación se hicieron los útiles necesarios en diversas industrias que la necesidad y el instinto crearon en los albores de la humanidad.

Cítase en el período prehistórico, en que las sombras de lo desconocido borran gran parte de los datos indispensables para reconstruir ese obscuro pasado de la humanidad, *la edad de hierro,* en el sentido moral, como época de tristes recuerdos, en que las maldades de los hombres y la ingratitud de la naturaleza suponen que producía un período de disgusto y malestar, que sólo se mencionan para procurar que no se reproduzcan en ningún tiempo.

Pero tomando esta acepción únicamente en sentido figurado, como debe considerarse, significa ya la edad de hierro un período de progreso, pues estas frases de edad de piedra, de bronce y de hierro designan, más bien que épocas cronológicas, etapas del humano progreso; porque todavía hay sociedades donde no ha alcanzado la poderosa luz de la civilización, para quienes todavía dura la edad de piedra, cuyas tribus salvajes tienen por toda defensa la aguzada y tosca roca, más ó menos bien colocada en el mango, constituyendo el hacha.

II

No ha sido el hierro de los metales que primero conoció la humanidad, pues han tenido en eso la preferencia el oro, el cobre y la plata. Pero si la fecha de su conocimiento, aunque muy remota, no es tan lejana como en éstos, ha tenido, en cambio, este cuerpo la dicha de ocupar un sitio mucho más interesante en las continuas necesidades de la vida social, para identificarse con el hombre y ser al propio tiempo su consu-

mo el termómetro de la cultura y la pauta más cierta de la civilización y el progreso.

Mas aun cuando otros metales se hayan anticipado en su presentación al hombre, no por eso deja de ser remota la fecha de su conocimiento, ni de haberse entremezclado las fantásticas imágenes de la fábula con los datos fehacientes de la historia, en los albores del descubrimiento del hierro, así como también se ha revelado su importancia desde los instantes en que la fortuna hizo á la humanidad poseedora de tan útil metal, digno representante de la fuerza y del poder en todas sus variadas manifestaciones.

Los griegos atribuyen su descubrimiento á personajes fabulosos, mezclando la leyenda y la superstición con lo verdadero y posible, y citan á Cibeles, Prometeo y á los Dáctilos del monte Ida, los cuales suponían que encontraron el hierro.

Diodoro dice que el monte Ida, la montaña más elevada del Helesponto, encierra un maravilloso antro, donde se verificó el célebre y complicado juicio de Páris, de la disputada manzana, donde una emulación de la hermosura produjo grandísima hecatombe, y allí se hallaban los talleres donde los Dáctilos trabajaban el hierro, cuyo arte aprendieron de los dioses.

Los primeros datos positivos que acerca del particular se conocen, hay que referirlos á cuatro mil años antes de la Era cristiana, en que Tubalcain trabajaba el hierro con alguna perfección. Se sabe también que en Egipto se usaba desde la cuarta dinastía de los Faraones, y los fenicios comerciaban con él, en época tan remota, que se asigna llega á dos mil quinientos años antes de la Era cristiana. En la India tiene la misma antigüedad, y fué traído de Asia á Europa muy poco antes de los tiempos de Homero.

El fundamento de la creencia de que los egipcios conocieron el hierro desde remotos tiempos, es el hallarse figuras y símbolos jeroglíficos tallados en piedras tan duras como el granito y el basalto. Para ejecutar estas obras eran indispen-

sables instrumentos fabricados con substancias de mayor dureza todavía, y, aun cuando pudieron emplearse con semejante objeto aleaciones de cobre, es lo cierto que esas huellas responden al uso del acero. Es también un curioso hecho histórico que los primeros objetos que se fabricaron con el hierro fueron los clavos (1).

Los tártaros consideraban las masas de hierro en estado nativo como caídas del cielo, y le conceptuaban sagrado é inviolable.

Los calibeos, habitantes de las márgenes del Ponto Euxino, pasaban por entendidos fabricantes de hierro y tenían el secreto de la templadura, que cuidaban mucho no revelar. Por lo demás, el temple del hierro data de remotísima fecha, cerca de mil años antes de la Era cristiana, pues que Homero, hablando del cíclope Polifemo, refiere que cuando Ulises le reventó el ojo, se oyó un silbido muy semejante al que produce un hacha enrojecida por la acción del fuego al sumergirla en agua fría, por lo cual posee el hierro la fuerza y la dureza. Esto prueba que en aquella época se sabía la manera de templar el hierro.

Los cartagineses reemplazaron de buen grado el bronce por el hierro, y se halló en España en una galería de una mina de plomo argentífero, á 110 metros de profundidad, que contenía picos de hierro al lado de medallas cartaginesas.

El hombre fué muy poco á poco adquiriendo la habilidad de trabajar este metal rebelde, por el cual Aliates, rey de Lidia, ofreció al oráculo de Delfos una preciosa copa de hierro, tan perfectamente trabajada y tan artística, que la creyó digna de figurar entre los más ricos presentes del oráculo, como verdadera obra de arte.

En el siglo de Pericles, ó sea cuatrocientos años antes de la Era cristiana, compara Sófocles á un hombre de carácter enérgico al hierro templado.

---

(1) Hoefer: *Histoire de la Chimie.*

Moisés, en sentido metafórico, ya indica la dureza del hierro refiriendo que una dominación tiránica es una dominación de hierro, y un corazón insensible una cadena de hierro. También les dijo á los israelitas: «El Señor ha querido sacaros de Egipto, como *de un horno donde se funde hierro*», comparando la esclavitud á la temperatura elevada á que hay que someter el hierro para fundirle.

En opinión del erudito Hoefer, autor de una notable historia de la Química, parece bien averiguado que doce siglos antes de la Era cristiana, casi todos los instrumentos que hoy se construyen de hierro ó acero se fabricaban con aleaciones de cobre. Según algunos investigadores, se introdujo en Grecia el uso del hierro hacia el año 1400 antes de Jesucristo, reinando en Egipto Amenofis III, aun cuando no está comprobada la aserción con datos irrecusables y exentos de toda especie de reparos.

De todos modos, el hierro empezó á usarse poco á poco y aun se consideraba como raro en los tiempos en que el bronce y el estaño eran usualísimos. Sábese también que en los primeros períodos del Imperio romano se usaba un barniz llamado *antipatía*, compuesto de pez, yeso y cerusa, para preservarlo de la alteración del aire; y Plinio, que cita este hecho, consigna la importancia práctica que á semejante baño se daba, con lo cual se indica que no era desconocida en modo alguno la oxidante acción de la atmósfera húmeda.

III

Es muy probable, en concepto de algunos autores, que debió el Occidente á sus invasores asiáticos el conocimiento del hierro. Acaso el Mediodía de Europa recibió este presente de los navegantes fenicios ó de los mismos egipcios, y la Grecia heroica, cantada por el gran Homero en su inmortal *Ilíada*, la de los tiempos semifabulosos de los argonautas y de la

guerra de Troya, aparece como la feliz aurora que abre la edad de hierro europea. El hierro se cita muchas veces en la *Iliada*, y se le da el gráfico calificativo de *duro de trabajar*. Pero se habla de él como de cuerpo raro y poquisímo frecuente, precioso por estas circunstancias, y muy apreciado de los héroes.

Su gran abundancia en la naturaleza se encuentra en armonía con la necesidad del mismo en multitud de casos; de tal suerte que, si giramos la vista en torno nuestro, apenas hallaremos manifestación vital en que no haya tomado parte, en términos que puede asegurarse es más útil un terreno enrojecido por los ferrugíneos minerales, que un extenso campo cubierto de vistosas y aromáticas flores, aun cuando ante la estética sea esto último lo preferible.

Parece, en efecto, que al contemplar el hierro en la Naturaleza se ven palpitantes las oleadas de vida que más tarde han de inundar nuestra sangre y encender el horno que ha de ser la manifestación más activa de la existencia, y dar á la industria pábulo en ese conjunto de máquinas y talleres, cuyo ruído constituye una verdadera y magnífica orquesta, que puede llamarse propiamente el grandioso himno del trabajo.

Los alquimistas dedicáronle á Marte, dios de la guerra, para significar el uso á que principalmente se destinaba, de la construcción de armas, aun cuando no quiere decir en modo alguno que su aparición á los humanos ojos llevara envuelta la enemistad y el combate, pues no existieron las anheladas dulzuras de la paz en épocas anteriores á su descubrimiento, porque hubo guerras sangrientas, destructoras y crueles entre pueblos que no hicieron uso alguno del hierro y ni siquiera le conocieron. La humanidad ha tenido en todas épocas que pagar el triste tributo á esa ley terrible de la destrucción mutua.

El hierro se halla, pues, en todas partes, doquiera dirijamos nuestra mirada. Parece un compañero inseparable del hombre, y á pesar de eso ha estado mucho tiempo sin conocerle ni apreciarle, llevándolo en su sangre como elemento de

vida y teniéndolo en el suelo que pisaba, en las plantas que le recreaban con su vista ó le amparaban con su sombra; muchas veces en las aguas que bebía y en los alimentos que usaba, todo lo cual indica que no es precisamente lo que más interesa lo primero que se conoce, y ¿quién sabe si algún día descubrirá la química cuerpos que resuelvan problemas económicos ó sociales de primer orden, ó triunfe de enfermedades ante las cuales hoy se considera la ciencia impotente?

Del hierro que se halla en la sangre, ha conceptuado en días ya lejanos algún autor, cuya exhuberante fantasía rayaba en los límites de lo extraordinario, la posibilidad de acuñar medallas y hasta formar sortijas con el hierro procedente de la sangre de los hombres célebres, cuyo medio era el más adecuado de perpetuar su memoria en forma de preciosa reliquia. Pero desde luego se comprende que tal deseo no podía existir más que en la mente soñadora de los que concibieran tan irrealizable propósito. ¡Buena manera de inmortalizar los nombres de Cervantes, Colón, Lope de Vega ó Newton, llevar sortijas de su sangre!

IV

Es admirable el número de industrias y los portentos que las mismas realizan, teniendo como base ó punto de partida el hierro. Desde el momento que el mineral se arranca del seno de la tierra, hasta que en forma de barras surte los efectos de potentísima palanca que realiza fenómenos sorprendentes, ó sirve para borrar las distancias, uniendo entre sí los pueblos más remotos y resolviendo el problema interesante del ahorro del tiempo, y por tanto de la acumulación de la más preciada de las riquezas, ó ya también en forma de tenue hilo, cuando está acumulado, sostiene grandes puentes para salvar inmensos ríos ó profundos abismos, ó en sonora cuerda de armonioso piano, produce esos mágicos tonos y melódicas notas

que encantan nuestros oídos con las inmortales creaciones del genio músico, llámese Bethoven, Meyerbeer, Rossini, Mercadante, Eslava, Arrieta ó Barbieri, pero que seguramente puede enogullecerse el afiligranado metal de servir de fiel intérprete á creaciones artísticas, orgullo de la humanidad.

Es, en efecto, maravillosa la evolución que una partícula de hierro ha podido experimentar desde que, arrancada de la tierra, se ha encontrado sometida á los horrores de las fabulosas temperaturas de un alto horno, ó ha formado parte del microscópico glóbulo sanguíneo, llevando en pos de sí la antorcha de nuestra vida, como el general de un valiente ejército lleva en su frente la victoria que ha de traer días de grandeza y prosperidad á un país. Las manifestaciones de este metal son múltiples y variadas en extremo.

La imaginación se pierde en insondable laberinto, al considerar lo que sería la sociedad actual privada del hierro por uno de esos inexplicables cataclismos. Seguramente ofrecería el aspecto del sitio en que la muerte extiende su letal influjo, y acaecerían perturbaciones de tal magnitud, que apenas si la mente las concibe en medio de los mayores pesimismos, subsiguientes á la desaparición súbita de industrias y de manifestaciones de la humana actividad, que constituyen el nervio social en lo referente á esos miles de necesidades imperiosas y de problemas múltiples que resuelve con admirable precisión el gran principio de la división del trabajo.

A la industria toca indudablemente, en primer término, enaltecer la importancia del hierro y colocarle en su verdadero terreno ante los ojos de la sociedad y á la consideración de las gentes, por lo cual su historia ha de ser siempre curiosa y se ha de ver en su pasado todos los antecedentes del mundo industrial, que, sencillos en su origen, hanse engrandecido y multiplicado como el insignificante arroyuelo se convierte, á través de la distancia, en caudalosísimo río, que se manifiesta en forma de tumultuoso torrente ó de inmenso brazo semejante á fragmento del Océano.

Seguramente que á la industria y al comercio corresponde, en primer término, ceñir á sus gallardas sienes la corona de gloria formada por las hermosas, matizadas, fragantes y jamás marchitas flores que constituyen la historia del hierro, significadas con las inmortales palabras de *trabajo, ingenio, vitalidad, crédito, ciencia, arte, riqueza, bienestar* y *cultura*, que todo esto comprende la idea de dirigir una mirada al inmenso horizonte del estudio histórico del indicado cuerpo.

V

Sin embargo de la inmensa importancia que ofrece el hierro, han existido sociedades cultas que le han desconocido durante mucho tiempo. Sábese que en Méjico y el Perú hallaron los españoles, cuando arribaron á estos países, una carencia absoluta del conocimiento del hierro, en términos, que había en algunos puntos cañerías de plata para la conducción de las aguas, no obstante existir en abundancia en dichos sitios criaderos de hierro, pues cerca de Toluca encontró el Barón de Humboldt grandes masas.

Lo que está fuera de duda es que el uso del hierro es posterior al del oro, de la plata y del cobre, como ya he dicho.

Plinio dice: «De todos los minerales, los de hierro son los que se hallan más universalmente esparcidos, fácilmente reconocibles por su color amarillento». Y añade: «La mayor diferencia del hierro la produce la templadura, que consiste en sumergir en agua el hierro enrojecido por la acción del fuego. Este procedimiento ha bastado para dar reputación á muchas ciudades de España, como la antigua Bílbilis (hoy Calatayud).»

Conociéronse ya, pues, en los primeros siglos del cristianismo, diversos minerales de hierro, que se distinguían perfectamente, y aun á largas distancias, por ese color genuinamente amarillo, y antes el imán, donde llamó la atención el

fenómeno atractivo que le ocurrió al pastor del monte Ida, Magnés, cuando, al apacentar su ganado, observó que los clavos de los zapatos y la extremidad de su cayado se adherían al suelo extraordinariamente, y la Etiopía era el país que adquirió la fama de suministrar el mejor y más sensible imán.

Aun cuando el uso del hierro sea posterior al del oro, de la plata y del cobre, no por eso deja de ser bastante remota la época en que fué conocido, y á que se le asignó su verdadera importancia, creyendo desde luego que tenía condiciones especiales y apreciabilísimas para el empleo que había de dársele en las imperiosas necesidades de la vida social, en los actos de defensa y agresión y en la multiplicidad de casos en que incesantemente había que apelar á su poderoso auxilio.

Los fenicios lo extraían de Asiria y Egipto y, según los libros y tradiciones hebráicas, era el hierro conocido de los hebreos en remotísima época.

En los himnos del más antiguo de los libros sagrados de la India, el *Rig-Veda*, se cita el hierro muchas veces, así como el oro y el bronce. En aquella época, que en el lejano horizonte se inauguraba el brillante período de la civilización india, estaba todavía nuestro Occidente sumergido en las sombras de la noche de la barbarie. Sus poemas y sus cantos nos refieren las preciosas copas de oro y los objetos de hierro cincelados.

En el Norte de Europa, el hierro se usaba desde mucho tiempo antes de la invasión romana. La gran cantidad de escorias acumuladas en los alrededores de las minas, atestiguan la grandísima actividad desplegada y el largo espacio de tiempo que duró la explotación. De consiguiente, su metalurgia era ya conocida y practicada en esos tiempos, en que todavía distaban mucho de aparecer los fulgores de la química para iluminar tan escabrosos caminos.

Colocábanle los egipcios en el séptimo lugar de la lista de ocho productos minerales preciosos, cuyo orden era constante y se observaba en los monumentos de las dinastías tebainas y

hasta la época de los Ptolomeos. Conocióse muy pronto el hierro bajo la forma de piedras meteóricas caídas de la atmósfera, acerca de cuyo origen reinaron no pocas patrañas y se refirieron datos en los que la imaginación tomó activa parte, dando pábulo á las más sorprendentes creaciones de la fantasía poética.

Abarca la historia de este metal hechos interesantes desde el punto de vista arqueológico, é íntimamente unidos á la historia del hombre en múltiples conceptos. Derivada la voz latina *ferrum*, según unos, del sanscrito *dhriti*, que significa dureza, de donde se ha originado la palabra *firmus* ó *firme*, ha sido asimilada, en concepto de otros, á la palabra *fedrum*, ó, lo que es lo mismo, piedra, para indicar la resistencia, mientras que la griega *sideros* se ha supuesto nacida de *sudare* ó liquidar, cuyos vocablos indican los orígenes de nombres, ya de muy remota época usados.

Las minas de hierro han tenido, como es consiguiente, gran estimación en todas épocas, y sus acciones se han cotizado á elevados precios, en atención al interés grandísimo de un metal, que bien pudiera llamarse precioso con más razón que el oro, si tal calificativo se adjudicara en relación á las utilidades que proporciona, á los auxilios poderosos que presta al hombre, á lo que contribuye á resolver sus arduos y angustiosos problemas, á la multiplicidad de su empleo y á todas sus grandiosas manifestaciones, cuyo conjunto ha contribuído á que hoy la humanidad haya sido dueña y dominadora del planeta que habitamos.

VI

Existen otras particularidades en este metal, que, aunque del dominio de la historia, no entran de lleno en el concepto sintético y generalizador del presente trabajo; tal es, entre otras, la circunstancia de haberle hallado el eminente químico

de fines del siglo XVII y principios del XVIII, Lemery, por vez primera en las cenizas y en el carbón de miel, para cuyo análisis se sirvió del curiosísimo medio de aproximar un cuchillo imantado á estas cenizas, observando la adhesión de multitud de partículas metálicas bordando la superficie del cuchillo, cuyo experimento, realizado en 1702 ante la Academia de Ciencias de París, no pudo menos de llamar la atención de aquella Asamblea de sabios.

El alquimista Geber describe el hierro en el siglo VIII, y dice que es un metal de color blanco lívido, muy difícil de fundir, maleable y sonoro, añadiendo que todos estos metales de difícil fusión son impropios para la obra de la transmutación, lo cual, en muy breves palabras, da á conocer el grado de adelantamiento metalúrgico de la época y la mayor ó menor aptitud del metal de cuya historia trato, para contraer combinaciones con diversos cuerpos.

La metalurgia del hierro es también muy antigua. Todavía se hallan en la montaña del Jura los restos de algunas ruinas de hornos, en cuya forma se revela que pertenecen á la infancia de una industria que ha seguido los progresos de las demás.

Su primer perfeccionamiento fué el uso de grandes corrientes de aire por medio de fuelles. Hállanse los primeros indicios de tal empleo en la India. En Grecia y en Italia, durante las guerras púnicas, los fuelles movidos por el hombre servían para avivar la llama en los hornos donde se extraía el metal, y de aparatos semejantes hacían uso en los hornos de forja, donde se calentaban las barras de hierro para darles la forma definitiva por el martillo.

Los perfeccionamientos que más adelante experimentó la fabricación del hierro costaron bastantes siglos y no escaso número de ensayos, muchos de los cuales fueron absolutamente infructuosos. Sucedía en este asunto lo que en otros de análoga índole, y es que la ignorancia de los operarios perpetuaba los defectuosos métodos de la industria y era un obstáculo

al progreso. El trabajo era difícil; el horno sólo podía recibir pequeña cantidad de mineral y resultaba enorme el consumo de combustible.

De aquí que sólo fueran explotables los minerales muy ricos en hierro. Los obreros que empleaban los romanos en esta fabricación eran en su mayor parte penados, esclavos, prisioneros de guerra ó grandes criminales.

Los antiguos hornos belgas tienen asimismo alguna celebridad en la historia metalúrgica del hierro. Llamábanse hornos de orientación, debido á la ingeniosa manera de construirlos, pues la abertura inferior se dirigía hacia el punto del horizonte en que soplaban los vientos del Sudoeste, los cuales se encontraban encerrados en una especie de embudo, que activaba el tiro de un modo extraordinario y hacía el efecto de un soplete. Era ya un comienzo de perfeccionamiento.

En el siglo XV los fuelles eran movidos por medio del agua, y el martillo se ponía en actividad por una rueda hidráulica, descubriéndose entonces el papel que hacían los fundentes en la reducción del metal, todo lo que acusa un grado de adelantamiento metalúrgico muy digno de tenerse en cuenta en un estudio histórico, pues es ya un paso que significa grandes ventajas prácticas en este terreno, muy dignas de apreciarse por más de un concepto.

En la Edad Media hubo grandísima actividad y no escasos adelantos en el trabajo del hierro, lo cual no es de extrañar, pues fué la época de las grandes guerras y en que estaba muy desarrollado el afán de pelear. Las notables armaduras que desde entonces han llegado hasta nosotros atestiguan de una manera elocuente la gran perfección que este ramo de la industria había alcanzado. El acero, si bien se fabricaba por medio de procedimientos muy largos, conseguíase de excelente calidad, como lo demuestra la espada de Ricardo Corazón de León, que partía en dos un yunque. Es de notar que las armas de hierro y acero fabricadas en España disfrutaban de universal y justa nombradía.

Desde las antiguas y defectuosas forjas catalanas, ha experimentado después esta metalurgia transformaciones de importancia, siguiendo con los altos hornos más ó menos modificados para llegar á la solución del problema más pronto y con mayor economía, hasta los procedimientos que la electricidad producida por los saltos de agua ha puesto al servicio de tales industrias, economizando fuerza, combustible y tiempo de una manera brillantísima y segura, de tal suerte que parece más bien el producto de una fantasía soñadora que la realización de un hecho práctico.

Sabido es que las grandes fabricaciones de hierro pueden siempre admirarse como si fueran el producto de magnífica epopeya. Aquella actividad de tantos obreros; las enormes masas de mineral y de carbón acumuladas; la población trabajadora; las elevadísimas temperaturas que se producen para formar los arroyos de fuego, que bajo la forma de serpientes enrojecidas salen de los hornos; el estrépito del metal fundido, las nubes de humo que produce el combustible, y hasta los peligros que puede ocasionar la imprudencia ó el accidente fortuíto, todo ello es un verdadero poema, digno de la inspiración potente de peregrino ingenio. Ese calor abrasador de la atmósfera, próxima á toda aquella montaña enrojecida por vivísima combustión; el humo denso que lanzan las chimeneas y producen opaca niebla; la multitud que se agita en torno de aquellas fundiciones; los carros de mineral que arriban; todo lo que allí se realiza es siempre efectivamente digno de la consideración del hombre de ciencia que dirige aquellas operaciones, cuyo resultado final será producir riqueza en formas variadas, y de la inspiración del poeta, que puede cantar las grandezas humanas, representadas en una magnífica manifestación del trabajo, en aquella oda viviente.

Y esa materia ígnea, reducida á líquida masa por la potente acción de altísima temperatura, recibe impresiones que permanecen inalterables después de frías, como indelebles huellas, ó bien, ya en otras condiciones, se la modela de diversos modos,

para darle miles de formas destinadas á esa serie múltiple de empleos que en todas las edades y en todos los siglos y países, desde que el hierro se conoce, ha realizado la humanidad, verdaderamente orgullosa por haber dominado y á sus pies rendido como á fiera indomable, una materia inaccesible, natural y espontáneamente, á los trabajos á que se la dedica.

Y sabido es que hay poblaciones obreras de consideración, que constituyen colectividades importantes, las cuales tienen por base el trabajo del hierro, tomándolo de la Naturaleza en esas piedras hematites, así llamadas por su parecido al color de la sangre, más ó menos rojas ó pardas en las siderosas y hierros magnéticos, y entregándolo en barras ó láminas para que la industria lo devore y lo aplique de múltiples maneras, llevadas á una variedad verdaderamente pasmosa.

Al tratar de este particular, no dejaré de consignar, para gloria nuestra, el nombre del español Pérez de Vargas, que á mediados del siglo XVI (en 1569) escribió una obra con el título *De re metálica, en que se trata de diversos secretos del conocimiento de toda suerte de minerales* (1), donde, hablando de la temperatura, insiste en las diversas coloraciones que toma el acero cuando se calienta, ó sea blanco argentino, amarillo dorado, violeta y gris ceniza, más ó menos duro, según estas coloraciones, y expone asimismo los rudimentos industriales de la fabricación de las limas.

Y hay que registrar en la historia química del hierro verdaderos portentos realizados en el estudio de sus propiedades, por los brillantísimos resultados del laboratorio, para llevar á la práctica datos útiles que la industria no ha podido menos de recoger con avidez extraordinaria, aplicarlos con oportunidad precisa y tenerlos muy en cuenta en las construcciones y en otra multitud de trabajos, con los que se han podido evitar accidentes tan grandes como el súbito hundimiento de un puente colgante, en angustiosa y crítica ocasión, ó la filtra-

(1) Madrid, 1569, en 8.º

ción de gases realizada á través de una pared, construída con tan resistente metal.

Porque el progreso científico en este estudio nos enseñó hace mucho tiempo, entre otra multitud de asombrosas propiedades, que el hierro puede ser lo que se llama activo y pasivo, y pasar fácilmente de un estado á otro cambiando de propiedades, ó, lo que es lo mismo, que la sonora cuerda del piano que produce artísticas, inspiradas y melodiosas notas, es susceptible de convertirse en inarmónica, y el hercúleo cable que sostiene un puente, por el que pasan á la continua multitud de personas y carruajes, puede romperse en un instante con sólo una débil presión, precipitando y hundiendo en el abismo á miles de personas.

El hierro, no hay que dudarlo, lleva en pos de sí la riqueza y la prosperidad á las sociedades, del mismo modo que aporta al glóbulo sanguíneo la vida y la energía. Por eso, donde quiera que exista en abundancia habrá vida industrial, lozana, fecunda y esplendorosa, suficiente por sí sola á dar energía á las colectividades y felicidad á las naciones, y sin el hierro viene la anemia, y tras de ella la muerte, como acontece en la vida orgánica con esa juventud que se extingue y aniquila por la falta de hierro en su sangre, y torna los sonrosados y hermosos matices de la primavera de la vida en la tétrica y cadavérica palidez del sepulcro.

VII

El uso del hierro en medicina es también muy antiguo y digno de ser conocido. Necesitaría citar un largo catálogo de ilustres médicos y químicos que lo han, desde muy remota época, empleado como eficaz remedio en multitud de dolencias, y que figuran, por tanto, en la historia de este metal en el concepto terapéutico. Ya Galeno usaba el agua de hierro y la herrumbre en la anemia. Los fisiólogos igualmente le han

estudiado, asignándole el gran papel que le está encomendado en el problema de la vida y en su complicada y grandiosa manifestación, y el nombre del eminente fisiólogo Claudio Bernard ha de aparecer como radiante figura cuando de tales asuntos se trata.

La Ciencia le ha dado gran número de bizarras formas, y ha tratado de llevarle al organismo en condiciones adecuadas para que éste lo adquiera fácilmente y sin violencia alguna, empezando por el atenuadísimo polvo que químicamente produce el débil aliento del gas hidrógeno, y concluyendo por un gran número de preparados que la Química en sus admirables combinaciones ha producido y en que se trata de introducir en la sangre ese poderoso medio de enriquecerla, como en luminaria mortecina que se abrillanta con la llegada de nuevo y apropiado combustible.

Los grandes adelantos é incesantes progresos de la Química se han ido, en efecto, reflejando en el conocimiento del hierro de una manera fidelísima y exacta; así es que ha ocupado libros y bibliotecas enteras su completo estudio, hasta el extremo que constituye una gran historia de constante y no interrumpida labor, y una aureola de gloria para los que á ello han contribuído, á la que han agregado sus nombres los primeros sabios del mundo en más de un orden de conocimientos, en términos de ser uno de los más concienzudos, pues la química del hierro forma parte principalísima de la Ciencia en general.

Meditando detenidamente, al hierro es al metal á quien debe el hombre mayor estima y más grande consideración, porque con su auxilio salva las distancias más remotas, contribuyendo á la tan anhelada fraternidad universal; mueve titánicos obstáculos, construye maquinarias que realizan maravillas en el mundo del arte, fabrica objetos de uso inmediato en la vida doméstica, da con su sonoridad motivo á la inspiración musical, que vuela por los espacios y se baña en las mágicas ondas de la fantasía melódica, y devuelve la salud, contri-

buyendo á dar á los glóbulos sanguíneos las condiciones vitales de que carecían.

Condensando, por último, en algunas conclusiones los pensamientosca pitales expuestos, puede asegurarse en resumen lo siguiente:

1.° El conocimiento del hierro, aunque remoto, no figura en primer término entre los metales de que se sirvió la humanidad, por tener que ceder ese lugar al oro, la plata, el cobre y el estaño, con los cuales las sociedades llenaban el cometido que más tarde había de desempeñar el hierro con grandísima ventaja sobre los metales ya existentes.

2.° Que los servicios prestados por el referido metal le hacen más útil y necesario que los denominados preciosos, hasta el extremo de que ni con el codiciado oro, ni con la plata, hubiese podido el hombre alcanzar las cimas de lo maravilloso en el claro y magnífico horizonte de la industria que constituye la vida social, y el poderoso y benéfico elemento de cultura, riqueza, civilización, bienestar, salud y enaltecimiento de un pueblo.

3.° Que le debe el hombre el inmenso servicio de haberse hecho dueño absoluto del planeta que habita, dominándole cual ningún otro de los seres, ya perforándole hasta tocar los límites de lo fantástico, ó construyendo instrumentos que faciliten al agricultor sus penosísimas tareas para que la tierra nos dé los indispensables elementos de vida, ó bien borrando las distancias, y uniendo más y más á la gran familia humana para que pueda mutuamente compartir sus penas y saborear sus triunfos y alegrías.

4.° Que el hierro está unido íntimamente al organismo en estrecho lazo, y es también el poderoso medio de que la Ciencia se vale para llevar al contingente vital las perdidas fuerzas, en forma de benéficos y salvadores remedios, á la manera que llegan elementos de brillante luz á la débil y casi extinta llama, en términos de que figura entre los más usuales medicamentos, cada día más sancionados en el crisol de la experiencia.

5.° Que el Comercio y la Industria, en consorcio con la Ciencia, son los representantes de las grandes ventajas y, por tanto, de la transformación social que se ha realizado por el uso y conocimiento de este cuerpo, y por tanto que á ellos corresponde el mejor y más digno título de consideración universal que puede tributárseles.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

DON CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ

Las personas que en el último tomo de La España Moderna acabaron de leer el interesante trabajo titulado *Palmaroli y su tiempo*, y conserven de tal lectura honda impresión, la que produce todo lo que es relato ingenuo de cosa vivida, no esperarían, seguramente, ver la firma que le avalora convertida aquí, al cabo de tan corto espacio de tiempo, en epígrafe de estos apuntes necrológicos. Y, sin embargo, el autor mismo, cuando ya en el lecho, donde le retenía la última enfermedad, corrigió las pruebas del final de su trabajo, en el que, con frases que le brotaron del alma, se duele de la indiferencia con que la sociedad presente ha visto la muerte del insigne Palmaroli, debió ser el primero en presentir la suya; y acaso, acaso pensó, antes que nosotros, que esas líneas eran ya la última protesta que lanzaba contra la vulgar ignorancia y la falta de sentido estético, males ambos que estimaba endémicos en España, á pesar de lo cual empleó en combatirlos con sistemático tesón, durante toda su vida, aquella su inteligencia clarísima.

No quiero decir aquí, de una vez y en breves palabras, todo lo que yo creo que debe llorarse la pérdida de este hombre insigne y benemérito, que, acaso sin haberlo creído, sea de los que más contribuyan, con los escritos que deja, á la cultura artística del mañana, en que tengo yo más fe que tenía él.

—Pero no puedo callar, puesto que en el orden intelectual y moral hay daños irreparables, que tal y tanto es, para todos los que le leíamos y para todos los que le queríamos, esa pérdida inesperada y tristísima, hasta por las circunstancias que la han acompañado.—Araujo ha muerto en un rincón de España, en un pueblo de la Rioja alavesa, en Labastida, donde había pasado el verano con su familia, antes de poder regresar á Vitoria, punto de su residencia desde hacía siete años. Ha sucumbido víctima de una rapidísima enfermedad, bruscamente, como á los golpes del hacha cae el añoso roble, y en verdad que él lo pareció por su fortaleza física, aunque su aspecto no lo delataba. El, que había hecho vida obscura por su propia voluntad, ha fallecido obscuramente en la madrugada del día 26 de Octubre último.

En otro país, á pesar de todas esas circunstancias, al día siguiente hubieran dado los periódicos la noticia, acompañada de aquellos sentidos comentarios con que se indica á la opinión que la patria está de duelo por la pérdida de uno de sus hijos preclaros, que contribuyó á engrandecerla. Aquí, y en estos dias de indiferencia por todo lo que á la cultura y al arte en particular se refiere, sólo podemos congratularnos con que algún periódico de gran circulación haya dado la noticia, pero sin comentario, y sin duda porque es más fuerte que todo esa ley fatal en cuya virtud no se aquilata el valor de lo que se posee hasta que se pierde.

Aun así, y aunque el nombre de Araujo no podía serle desconocido á nadie que de Bellas Artes se ocupara, seguramente que ni de su existencia ni de sus obras tendrían la menor noticia muchos españoles, y habrá que decirles hoy que Araujo fué un pintor muy distinguido y que fué un crítico eminente de cosas de arte. Esas dos manifestaciones de su talento, esos dos aspectos de su personalidad, señalan precisamente las dos épocas de su vida, de la que quiero ofrecer aquí un esbozo, si á más no alcanzo; esa vida que yo conozco bien porque lo que tiene de más interesante comenzó cuando alboreaba la mía.

Los recuerdos que yo conservo de Araujo van unidos á los más remotos que conservo de cosas y personas. ¡Qué viva está en mi mente la imagen de aquel hombre que no parecía haber sido nunca joven! Nervudo, alto, pero con tendencia á inclinar el cuerpo hacia delante; con aquella cabeza tan noble y tan artística, que con la cabellera y la barba negras, tan recias como indómitas y desordenadas, la frente despejada, el ceño duro y la mirada dulce, parecía de un santo de Ribera, carácter que supo encontrar con feliz acierto León Bonnat en el hermoso retrato que le hizo en Madrid, en 1864, y que hoy se conserva en París; Araujo era una persona de continente severo, de aspecto frío y hosco, como de filósofo, casi misántropo, cuyo retraimiento se respeta instintivamente. Pero así que se le hablaba y se le oía hablar con aquella voz de timbre ligeramente agudo, aquel acento sincero y aquella palabra fácil y persuasiva, no exenta de natural donaire, descubríase un corazón de niño, un espíritu dotado de la más exquisita sensibilidad para todo lo que fuera arte, para las más sutiles delicadezas de la forma y del pensamiento. Por eso era imposible tratar á Araujo y no estimarle, y estimarle mucho y de veras. Por eso, porque tenía corazón de niño, fuimos amigos tan pronto, él que era hombre que llegaba á la madurez de su vida, y yo que comenzaba la mía.

Era un temperamento reflexivo el de Araujo, que le inclinaba á contemplar y á examinar con interés todo lo que para otros espíritus es indiferente: los niños, los insectos, las plantas. Pruebas de paciencia debió dar conmigo mi primer amigo según he comprendido por algunos de aquellos que conservo, pues me pintaba *decoraciones de teatro*, me hacía dibujos y guardaba los míos, sin duda como curiosidad *proto-histórica* ó *documento humano*, que diría algún defensor del naturalismo. Después, cuando mis aficiones se encauzaron por donde iban las de Araujo, le oí sus doctrinas y las aprendí en sus escritos, fué para mí más que un amigo: un maestro, una autoridad indiscutible, no por afecto, sino por la fuerza de su criterio;

más tarde, cuando formado el mío tomé los derroteros de la Arqueología, solíamos discutir no en puntos de doctrina sino de lo que me permitiré llamar fe científica, pues Araujo no tenía ninguna en el método que siguen muchos historiadores del arte, desconfiaba de la veracidad de ciertas fuentes y del valor de ciertos resultados de la investigación; pero excuso decir que nuestra amistad seguía tan fuerte, y debo decir que más viva, puesto que el correr de los años ha ido ensanchando ante mis ojos el mundo de ideas en que la personalidad de Araujo resalta con toda la fuerza de su raro mérito.

Lo que motivó mi temprana amistad con Araujo, éste mismo lo ha revelado al público que lo ignorase, en su último citado trabajo, *Palmaroli*, con estas sentidas palabras: «Y no digo más, porque hablar de Enrique Mélida, para mí es hablar de un hermano.»

La reserva que Araujo impone aquí á su pluma, porque el cariño, cuando es íntimo y verdadero, se guarda como el mejor tesoro, parece que debiera servirme de ejemplo para no proseguir yo tampoco hablando de él. Pero ha habido dos consideraciones superiores á todas para que yo escriba estas líneas, que á Araujo se le deben de justicia, y son, que acaso no las hubiese escrito otro, dado el olvido en que, según indiqué, se tiene aquí cuanto al arte se refiere, y que al escribirlas no hago más que cumplir un deber de gratitud. Tales fueron los estímulos que desde luego me hicieron aceptar la invitación que me hizo el Director de La España Moderna, de escribir este artículo, que aquí ó en otra parte hubiera escrito de seguro. Debía escribirlo, tenía que escribirlo como expresión no precisamente del afecto que profesé á Araujo, sino de todo lo que por espacio de tantos años he pensado de él mientras vivió, y por esto debí callarlo y no debí decirlo hasta ahora, para ser creído.

Veamos ahora cómo Araujo se hizo artista y luego crítico.

I

D. Ceferino (así he llamado yo siempre á aquel constante amigo de mi casa y el más íntimo de mi hermano mayor) había nacido en Santander á 21 de Octubre de 1829.

Nació allí por circunstancia fortuíta, sin duda por haber llevado allá á su familia los deberes del cargo de Médico de la Armada que ejerció su padre D. Tomás Araujo. Este era natural de Valladolid; la madre, doña Teresa Sánchez, de Madrid, y él, D. Ceferino (que no fué hijo único), era por sus gustos madrileño neto. De su puño y letra nos lo declaraba hace poco más de un año en una carta escrita desde Vitoria, y que revela, como todas las de su continua correspondencia mantenida en los últimos ocho años con los amigos, la nostalgia de Madrid.

Dice así: «Volviendo á lo que hablaba últimamente de Madrid. Aunque no nací en él me considero su hijo legítimo y cariñoso. Nací en Santander, tan por accidente, que no hacía un mes había llegado mi madre de Bayona. Luego, de los sesenta y siete años que cuento, sesenta he pasado en la corte, sin más que ausencias cortas, y la larga que ahora llevo; me parece que son títulos. Era tan pequeño cuando hice el viaje á Madrid, que aún no sabía muchas palabras; así es que al oir que tal día íbamos á pasar *el puerto*, tenía yo la ilusión de que iba á volver á ver el mar, que sentía haber dejado, y cuando en Somosierra me dijeron que aquello era *el puerto*, recibí un desencanto y aprendí un nuevo significado de la palabra. Entonces la vista de Madrid desde los Cuatro Caminos era muy diferente que ahora: nada le ocultaba, había infinidad de torres ¡que ya no hay! Por el aspecto artístico es el dolor, y presentaban una silueta (aquí hay un dibujo hecho de recuerdo) que tenía cierta analogía con la de los barcos que dejaba, lo

que me causó gran impresión, y quizás fué el origen de mi amor á aquellas torres, que ojalá entonces hubiera podido dibujar, pues serían muchas más, algunas curiosas. Después he dibujado muchas y observado también corresponden á tres ó cuatro tipos, todos elegantes y graciosos. No sé si el que se hallan asociadas á mi infancia, mi juventud..... me hace verlas así.»

En el año de 1847 empezó á asistir á la «dependencia de los estudios menores» que la Academia de Bellas Artes tenía establecida en la calle de Fuencarral. Ignoramos si antes había recibido lecciones, como es muy verosímil, de su tío, que llevaba igual nombre (D. Ceferino Araujo, pintor valisoletano, de quien precisamente en la catedral de Valladolid, en la sacristía, hay un tríptico con la imagen del Salvador en el centro y en las portezuelas las de los santos y santas de los reyes D. Fernando y Doña Cristina, Doña Isabel y D. Francisco de Asis), y que es el único antecedente artístico que conozco en la familia. Ello es que, según declara él mismo en la segunda de sus conferencias leídas en el Ateneo é impresas en la colección de ellas, titulada *La España del siglo XIX* (t. 3.°), asistió allí á la clase de figura, á la que asistían los alumnos «mayores y más formales», cuyo profesor era D. Juan Antonio Ribera. «Al cabo de un año de *plumear* figuras, dice él mismo, pedí el pase á los estudios superiores, que me fué concedido, previa presentación á la Junta (de profesores) de algunos de los trabajos ejecutados». Con efecto, en 1848 se matriculó en la clase de yeso, que, como las demás de la indicada enseñanza, se daba en el local mismo de la Academia, donde contiúa dándose, y tuvo de profesor á D. José Piquer. Ya entonces empezaba á despertar el movimiento artístico contemporáneo, cuya historia bosqueja Araujo en los primeros capítulos del citado trabajo, *Palmaroli y su tiempo,* y recuerda como hecho trascendental y culminante de aquel año la creación de las pensiones para Roma, y el legítimo triunfo que en la oposición convocada al efecto alcanzó el joven pintor Bernar-

dino Montañés. Asistió luego ála clase de colorido que tenía á su cargo D. José de Madrazo, y á la que concurrieron también Víctor Manzano, León Bonnat, Vicente Palmaroli, Antonio Gisbert, José Casado, Francisco Aznar, Carlos Esquivel, Juan García y Francisco Bande. Araujo se contó, por consiguiente, en la pléyade animosa y entusiasta que había de provocar el nuevo renacimiento de nuesta pintura, que hubo de manifestarse ó iniciarse desde la primera Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1856; la primera Exposición seria, después de aquellas celebradas en la Academia por tiempo de ferias y que el mismo Araujo ha descrito tan pintorescamente. Lo que no dice es si concurrió á alguna de ellas, como es probable, pero no comprobable, por falta de catálogos impresos de tales certámenes.

En cambio veo que uno de los ciento treinta y cinco expositores de aquel de 1856, es Araujo: su obra es un retrato «de la señora J. G. de L.»; pero lo que más me llama la atención en el *Catálogo* que me sirve de guía, es que mi amigo se hizo inscribir en él como «discípulo de su tío D. Ceferino Araujo», lo cual prueba que, ó no estimaba grande el provecho que hubiese podido reportarle la enseñanza académica, ó prefirió ser consecuente al afecto de familia. Es posible que ambas causas influyeran en ello, y aunque en lo primero pudiera verse la primera muestra de una personalidad independiente, no sería el primero ni el único caso de rebeldía forzosa, nacida del temperamento, á la forma y espíritu de una enseñanza cuyas deficiencias rutinarias reconoce el mismo Araujo, á la par que la saludable *influencia* que en ella ejercía D. José de Madrazo, cuyas iniciativas y reformas hasta la creación de la escuela independiente de la Academia alaba sinceramente.

La citada Exposición fué sin duda el acontecimiento más importante de la historia contemporánea de las Artes españolas, por lo mismo que es el punto de partida de nuestro moderno renacimiento; y para Araujo marca época con más razón que para otros, sin duda porque su alma de artista, mejor

preparada á sentir frente á la muda Naturaleza que frente á los dramas humanos, debió ser de aquéllas en las que causaron más honda impresión, algo como una revolución en las ideas y sentimientos estéticos, los paisajes *pintados del natural* (cosa novísima entonces, por extraño que parezca) que presentó un pintor belga, joven también, cuyo nombre se hizo famoso desde aquella ocasión, D. Carlos de Hães.

Dichos paisajes eran tres, dos de ellos pintados en el extranjero, pues son vistas de los brezales de Hasselt (Bélgica) y del bosque de Beaufort (Prusia), respectivamente, y el otro en España, pues el motivo es «el cerro Coronado, por la tarde». Para que se comprenda lo trascendental del hecho señalado y de la impresión que le causó á Araujo, es menester recordar las palabras de éste en su último trabajo: «Aquellos lienzos fueron una revelación que los artistas empezaban apenas á presentir; encerraban el estudio ingenuo del natural, elemento el primero y más necesario, que aquí andaba completamente olvidado».

Sin duda dicha impresión, conservada tantos años hasta consignarla en las líneas acabadas de transcribir, decidió por completo la suerte del joven Araujo como pintor. Todo innovador arrastra secuaces, y entre los primeros de De Hães se contó nuestro amigo. Leyéndole, se adivina el interés con que siguió el curso de la oposición que hizo aquél en 1857 á la plaza de profesor de Paisaje en la Escuela de Bellas Artes, la grata sorpresa y la íntima satisfacción con que debió ver que los ejercicios, en vez de hacerse de memoria, según rutina añeja, se hicieron en el campo, lo que de antemano proclamaba el triunfo de opositor de tal fuerza.

No se contentó el admirador con serlo platónico, sino que quiso también ser neófito de la nueva doctrina que, según su frase, «siguió predicando» De Hães desde la clase que había ganado; y, con efecto, en el catálogo de la segunda Exposición, ó sea la de 1858, Araujo no se titula ya discípulo de su tío, sino de D. Carlos de Hães, aunque no debió recibir sus

lecciones en la Escuela, sino particularmente, y su cuadro no es, por lo tanto, de figura, sino un paisaje respecto de cuyo asunto y ejecución se creyó obligado á inscribir lo siguiente: «La noria arruinada: paisaje tomado de las inmediaciones del puente de Santa Isabel, en el canal de Manzanares».

Celebróse en Valladolid, en 1859, una Exposición castellana, en la que expuso Araujo y ganó, ignoro con qué obra, nada menos que una medalla de plata. Seguramente que entonces, tiempos más inocentes que los actuales, no se ponían en juego todos los poderes humanos y *divinos* para obtener recompensas en las Exposiciones; pero os juro que de todos modos no fué nunca Araujo quien así ganó sus recompensas.

Llegó la Expoción de Bellas Artes del 1860 y presentó dos paisajes: *Lavadero de San Lorenzo en los alrededores de Avila* y *Recuerdo de la arboleda de San Antonio de Avila*. Uno de ellos le valió una mención honorífica *de primera clase*, que sin duda representaba tanto como la medalla obtenida en un certamen no esencialmente artístico.

En la Exposición siguiente, que fué la de 1862, recibió mayor recompensa: una medalla de segunda clase, y las obras que presentó eran *La playa del Grao en Valencia*, *Tarde de verano*, obra que pertenecía á la señora condesa viuda de Velle, y *Recuerdos del Guadarrama*.

Los títulos de los cuadros que vamos citando indican que Araujo, como todos los paisajistas de la nueva escuela, viajaba, seguramente, sin otros fines que los artísticos. Esto de viajar por satisfacer una necesidad estética debía ser muy nuevo en nuestras costumbres, y la pintura de paisaje debió contribuir á ello, pues el ejemplo de los paisajistas fué bien pronto seguido en ese punto, como en otros muchos, por los demás artistas. Araujo, que tenía—y no lo hemos dicho—medios de fortuna para vivir modestamente, pero sin necesitar del producto de sus obras, y sin otras ambiciones que las de satisfacer á su propio espíritu con el cultivo del arte, viajó por la Península y viajó también por el extranjero. A esto de-

bió impulsarle el ejemplo de su maestro, que no dejaba de hacer excursiones á su país, de donde siempre traía bellos paisajes. Araujo estuvo en Bélgica, en Inglaterra y en Francia. Su ausencia de España debió ser, ó empezar, en el año 1864, pues no concurrió á la Exposición nacional celebrada aquel año; pero sí á la internacional de Bayona, también entonces celebrada, y en la que se vió premiado con Medalla de bronce.

Estos triunfos no le envanecieron, ni era Araujo hombre para ello; cultivador del arte por el arte, nunca dió aprecio á lisonjas y ostentaciones de esa naturaleza, y repetidamente ha sustentado el principio de que en las Exposiciones no debían darse premios. Si aquí consignamos los que él tuvo es porque para la generación actual es un pintor desconocido y no queremos que bajo nuestra sola palabra se crea en su mérito.

Sería largo el depurar las varias causas que contribuyeron á que Araujo mirase con indiferencia cuanto á su medro personal pudiera referirse, y casi de seguro hallaríamos el fundamento de todo en su modo de ser en su temperamento de artista pasivo, si vale la expresión, más propenso á la contemplación del arte como materia de reflexión y de análisis, que á su práctica activa y ardorosa: gozaba más, sin duda, viendo obras de arte que pintando cuadros. Cada uno es como le hace el medio que le rodea, y Araujo, en su bienestar, halló apropiada á sus deseos esa inactividad laboriosa del pensador que gusta de solazarse en la observación de aquello que más le atrae y solicita su atención. Sobrio, sin ambiciones, contento de ver medrar á sus amigos, en los que siempre pensó más que en sí mismo, bien pronto se amortiguó en él aquel estusiasmo con que concurrió á las primeras Exposiciones.

Todavía presentó en la de 1866 cuatro paisajes: uno, cuyo motivo no se consigna en el *Catálogo,* pero que es un jardín con figuras á lo Watteau, cuadro elogiado y que, á lo que recordamos (pero no hemos podido comprobar), alcanzó premio; otro de Madrid, otro de Avila y otro de Hendaya. Des-

pués, desde la Exposición de 1871 ya no presentó nunca, ni en Madrid ni fuera. Seguía pintando, sin embargo, y siguió siempre, pero como distracción de su espíritu y sin fines ulteriores. Tenía y ha tenido muchos años estudio puesto en la casa que poseía y en que ha habitado en Madrid, en la calle de Tudescos. Cultivó con preferencia el paisaje, sin olvidar la figura, tanto que, entre otros, pintó dos retratos para la colección del Ateneo de Madrid: uno el de D. Salustiano de Olózaga y otro el del General D. Antonio R. Zarco del Valle; y pintó también algunos cuadros que mejor pueden llamarse de *género* que no paisajes con figuras. Cuatro de ellos regaló á mi hermano Enrique: el más importante es el citado de la Exposición de 1866.

Por entretenimiento, en la casa que poseía en El Escorial y en la cual pasó algunas temporadas, no sólo veraniegas, por los años de 68 á 78, ejecutó también con acierto alguna pintura decorativa.

La pintura de Araujo se distingue por la sinceridad, la sencillez en el pensamiento y en la ejecución, lo elegante del dibujo y lo agradable del color. En sus cuadros, como en sus escritos, resalta una personalidad original que, sin rasgos brillantes, se manifiesta completamente opuesta á lo vulgar. Independientemente de sus escritos, sus cuadros bastan para enaltecer su nombre que no consta y debiera constar en el Catálogo del Museo de la pintura contemporánea, pues la originalidad de Araujo está en una distinción que atrae, que despierta simpatía, y que no suele hallarse en nuestros pintores.

Por falta de datos no puedo, ni es absolutamente necesario, seguir progresivamente la vida de Araujo; pero retrocediendo un poco debo consignar que, asiduo concurrente á la tertulia de artistas y aficionados á cosas de arte que se reunían por los años inmediatamente anteriores á la revolución de 1868 en el café Suizo todas las noches, fué uno de los que contribuyeron á la publicación de la revista titulada *El Arte en España,* cuyo pensamiento, de que fué alma el distinguido escri-

tor de Bellas Artes D. Gregorio Cruzada Villaamil, nació allí, en 1862. Orgulloso se sentía Araujo —él mismo nos lo ha dicho hace un mes—de haber tomado parte en tal obra, y podía estarlo, porque en ella dejó muestras estimables de su talento de artista, al propio tiempo que sus primeros notabilísimos trabajos como crítico.

De aquellos, unos son dibujos originales, litografiados por él mismo: *Playa de Valencia* y un paisaje sin título (tomo I); otra, la litografía del precioso paisaje que hizo Velázquez en la *Villa Medicis* (cuadro número 102 del Museo del Prado); otras facsímiles, también litografiados por él, de dibujos de Navarrete *El mudo* (en el tomo II), de Manzano (tomo IV) y de Aniello Falcone (tomo VI). Esta litografía, publicada en 1867, es la última obra de arte que Araujo dió al público. Ya desde el año anterior había cambiado de rumbo, y prefería publicar los juicios que le merecían los pintores antiguos.

II

Sin duda, la causa que debió impulsar á Araujo á ejercitar su talento en el campo de la historia del arte y de la crítica pictórica, tan acomodado á sus gustos y á su temperamento, fué el viaje que realizó por el extranjero, donde vió tantos monumentos y tantas obras maestras dispuestas convenientemente para la pública contemplación en las salas de los Museos. A los ojos de otro español quizá esto no hubiese pasado de ser agradable; á los de Araujo, tan observador, el nivel de la cultura artística de países en que tanta atención se pone en desarrollarla, hubo de impresionarle hondamente, y al establecer comparaciones con nuestro país, como no sentía el patriotismo del envanecimiento, sino aquel otro más práctico, que se ejercita en reclamar y procurar el perfeccionamiento

progresivo, apoderóse de su espíritu una sed ardiente de fomentar en España el amor verdadero á las cosas de arte, quilatando con juicios acertadísimos el valor técnico de las obras de nuestras pinacotecas nacionales, pidiendo incesantemente mejoras y reformas en tales centros educadores, combatiendo con tesón incansable todo aquello que á su parecer podía ser obstáculo para el logro de tan beneficiosos deseos. Ilustrar la opinión, formarla con elementos sanos, nuevos y sencillos, tomados de las mismas obras de arte, de sus caracteres peculiares y distintivos: esto es lo que constituyen el móvil y el objeto de todos los escritos de Araujo. En ellos, y de palabra, solía dar muestras de negro pesimismo respecto de la ineficacia de sus predicaciones, pero no por eso dejaba de hacerlas, aunque sólo le leyeran los amigos, como él solía decir; y esto prueba que podía más que su falta de fe en las aficiones de nuestro público al arte y á la lectura, el noble deseo de arrojar la semilla de la buena doctrina. Pero la verdadera causa de que él, es decir, sus escritos no hayan llegado á la gran masa del público, siquiera sea tan poco numeroso el que tiene tales aficiones, fué aquella apatía que le mantuvo siempre obscuro, sin procurarse notoriedad, sin imponerse ni hacer alarde de sus opiniones. No basta decir las cosas, sino saberlas decir de modo que se oiga, de modo que llegue, y él acaso no lo supo porque no necesitó de su pluma, como no necesitó de sus pinceles para vivir, ni tuvo ambición de ganar honores.

Lo mismo en sus cuadros que en sus escritos, Araujo ha cultivado el arte por el arte: cuando pintaba, por el placer de ejecutar; cuando escribía, por el de dar á conocer, según su criterio, las obras artísticas y fomentar la estimación de ellas. Acaso tan nobles deseos produjo á veces resultados contraproducentes, haciendo parecer intencionadas censuras á las personas lo que era celo patriótico por las cosas. Pero los que le hemos tratado sabemos que era inofensivo como un niño, y que en su noble corazón no cabían pasiones pequeñas.

Ofrecen sus escritos dos aspectos: uno batallador, en todo

lo referente á las mejoras de los Museos y colecciones artísticas; otro, crítico ó doctrinal, que encierra sus juicios sobre la pintura y el arte en general. Aquello es transitorio, porque las mejoras que él reclamaba, la fuerza de las cosas ha impuesto algunas de ellas y con el tiempo las impondrá todas; pero los juicios quedarán siempre. Y quedarán por lo mismo que no es posible afiliarlos á ninguna escuela estética, sino que son producto espontáneo de un criterio independiente, amplio, sin prevenciones, formado en la observación desapasionada y personalísima; quedarán, porque este valor personal inapreciable tenía por sólidos fundamentos la educación técnica, la ejercitada experiencia, y, lo que valía más que todo, porque no es ciencia que se aprende, sino don con que se nace: la intuición verdaderamente genial con que sabía penetrar con pasmosa seguridad, sin esfuerzo ni vano alarde, en las entrañas, por decirlo así, de las obras de arte, y descubrir los rasgos peculiares de quien las ejecutó y los caracteres distintivos de su estilo. La piedra de toque de las clasificaciones en la historia del arte y muy especialmente en la de la pintura, el discernimiento de las obras auténticas de un autor ó de aquellas que deban atribuírsele, y de las que le fueron erroneamente atribuídas, era el fuerte de Araujo, que, como es consiguiente, poseía la cualidad indispensable para el caso, que es bastante amplitud de criterio, y esa fina perspicacia para comprender y sentir con saludable eclecticismo las diversas y hasta contradictorias escuelas y personalidades del arte.

Tales son los rasgos personales que se descubren desde los primeros escritos de Araujo, que fueron *Estudio del Museo de Valencia* y *Una visita á los Museos de Barcelona y Zaragoza*, publicados en *El Arte en España* (tomos IV y VI) en los años 1866 y 1867, que más tarde, en unión de otra serie de artículos sobre la pinacotea matritense y las demás provinciales, fueron publicados en la *Revista Europea* (tomo V) y constituyeron el libro de *Los Museos de España*, el más importante de Araujo para la vulgarización de conocimientos, fin que si no lo

consiguió bastante fué por lo corto de la edición. El prólogo de este libro tiene por tema el que lo fué constante en la crítica del autor: la falta de afición á las artes que en España se advierte y se advirtió siempre. Otro escritor hubiese empezado, como es corriente, por pintar un estado de cosas de lo más lucido y próspero en la materia. Araujo, que no servía para desfigurar las cosas, sino para declararlas, traza con fidelísimos rasgos el cuadro elocuente de la azarosa lucha por la existencia que arrastraron nuestros pintores de antaño, en un país que sólo admitía el arte como complemento de las necesidades del culto, y señala la importancia de los Museos en las naciones como medio educador en las mismas, la necesidad de fomentarlos y mejorarlos, sin ocultar las deficiencias existentes entonces, cuya raíz era la falta de aficiones artísticas en el país. Después examina las colecciones existentes, comenzando por la de Madrid, planteando desde luego el problema de la clasificación por escuelas. Combate duramente el sentido, generalmente geográfico, que se da al término escuela, que sólo cree aplicable á individuos. Examina luego los cuadros, á un tiempo los de la Academia de San Fernando y los del Museo del Prado (tanto era su deseo de ver juntas ambas colecciones), fijándose principalmente en las atribuciones. De la cuenta de Rubens y de la de Velázquez, por ejemplo, quita varias obras de las numerosas que se les atribuyen.

En los últimos años, en las columnas del periódico *El Día*, amplió, en una serie de artículos, sus juicios sobre nuestra pinacoteoa nacional, é hizo una campaña tenaz en pro de las mejoras del Museo.

Con ser tan importante el libro de *Los Museos*, lo es aún más, por el alcance y lo acabado del estudio que contiene, el libro titulado *Goya*, de cuyas primicias disfrutaron los lectores de La España Moderna. Seguramente el mayor triunfo de Araujo, el que inmortalizará su nombre, es el de haber destruído, con racionales deducciones y evidentes pruebas, la leyenda con que se han desfigurado la personalidad y las obras

de D. Francisco Goya. En aquellas páginas admirables hay elementos sobrados para sanear la crítica de las artes, tan viciada y desfigurada por vulgares preocupaciones y falsos conceptos mantenidos por la rutina y la ignorancia. Si á pesar de haber presentado Araujo á Goya bajo un aspecto completamente nuevo, que es el de la realidad, y de haber puesto por apéndice de su libro un catálogo bastante completo de sus obras, sigue presentándose á aquél, hasta en el teatro, como no fué—torero y amigo de andar entre gente maleante,—y si se sigue creyendo ver en alguna de sus obras el mayor ultraje que un hombre bien nacido y honrado, como era Goya, puede inferir á una dama de quien recibió protección, es porque, desgraciadamente, Araujo tenía razón en lamentarse de la falta de amor á la lectura que hay en este país.

A la breve lista de las obras de Araujo hay que añadir dos opúsculos que bajo el título de *Pintores españoles* y otro con el de Nociones de *Perspectiva* se han publicado anónimos (tan poco se pagaba Araujo del valor de sus escritos por ser suyos), en la *Biblioteca Popular de Arte*, y que sin duda han de contribuir poderosamente á la obra de vulgarización que él persiguió siempre con fin eminentemente patriótico.

No sólo con los libros, también desde la cátedra del Ateneo, en un período que sólo abraza unos ocho años, hasta el de 1890 en que se retiró á vivir en Vitoria, procuró Araujo difundir el amor al arte. Impresas están sus notabilísimas conferencias, á que hicimos referencia, sobre el desarrollo de la pintura española desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, y otra cuyo originalísimo tema se deja comprender por el título: *Categoría y excelencias del Arte barroco*. Porque Araujo, inspirado en aquel saludable eclecticismo que garantiza y avalora la imparcialidad de sus juicios, jamás admitió y combatió siempre el estrecho cuanto caprichoso principio defendido por los *clásicos* y académicos de antaño, de que era menester abominar de la obra de Borromino y Churriguera, porque no se ajusta á los preceptos de Vignola, ó á las máxi-

mas de Canova y de David. Araujo, sin haber leído á Taine y acaso antes que éste, ha sentado y defendido el saludable principio de la igualdad de méritos en el arte de cada tiempo ante la crítica moderna, que debe á cada pueblo ó época pasada la misma consideración y respeto.

Vivos están en la memoria de los artistas y aficionados al arte los recuerdos de las conferencias leídas por Araujo en el Ateneo y las controversias amenísimas por él mantenidas en esa casa, en el círculo llamado de los *estamperos* y el de tertulios asiduos al salón que se distinguió como antítesis del llamado de la *cacharrería*. Fué Araujo una de las figuras más características de dicho círculo en el Ateneo, por haber sido coleccionista de estampas en aquellos primeros años de su estancia y de estudio puesto en Madrid. Justamente las estampas españolas de fines del pasado siglo y principios del actual le sirvieron de tema para una conferencia, que fué de las primeras que se dieron en el Ateneo con el complemento gráfico del aparato de proyecciones.

Escribió, y vieron la luz pública en periódicos y revistas, algunos artículos de asuntos artísticos; y su pluma, que no gustaba de permanecer ociosa, se ejercitó también en la amena literatura y en censurar con fina sátira los defectos sociales. Es curioso en este respecto su artículo *La navaja*, cosa que considera como signo de una barbarie no desterrada aún del país de los toros, fiesta que también juzgaba desde igual punto de vista.

Araujo escribía bien, y hubiese escrito mejor si se hubiese cuidado de pulir sus escritos. La forma suele ser descuidada é incorrecta; pero la expresión es más personal que la de algunos literatos. De él puede decirse que al escribir pintaba.

Deja inéditos un curiosísimo trabajo sobre *Estampas españolas*, con las que va trazando la historia de sucesos pasados, y un estudio en el que, bajo el título de *Aspectos y transformaciones del arte*, ha puesto de manifesto el lógico proceso histórico de la forma.

Tales han sido las obras y los esfuerzos del artista y del crítico.

Araujo, ya lo he dicho, es poco conocido; le han leído pocos más que los artistas, que eran los que estaban mejor preparados para comprenderle, pero debe tenerse fe en lo porvenir. Las ideas no se imponen y tardan en arraigar. Araujo ha sido un precursor del eclecticismo y la crítica técnica de las artes.

Como tantos hombres eminentes que se adelantaron á su tiempo, será conocido más adelante, apreciado por otras generaciones, que tomarán sus juicios por guía y su sinceridad por modelo. Esa será su gloria.

No digo esto por amistoso tributo, sino porque realmente lo siento. Este convencimiento íntimo ha dictado estas líneas, y cuantos conocieron á Araujo saben que merecían mucho más su privilegiada inteligencia y su corazón de oro.

José Ramón Mélida.

30 Noviembre 1897.

CRÓNICA LITERARIA

Varios libros extranjeros que tratan de España.—L'Espagne, Cuba et les Etats Unis, por Mr. Charles Benoist.—L'Espagne en 1897, por Mr. Gaston Routier.—Lingua e letteratura spagnuola delle origine, por el Sr. Egidio Gorra.—Un auto sacramental inédito publicado por Mr. Leo Rouanet.

Relativamente, se escribe mucho ahora sobre cosas y sucesos de España por publicistas extranjeros. Libros, artículos de revista y de periódico acerca de nuestros hombres, de los conflictos que tenemos pendientes, de nuestras costumbres y de nuestra literatura, vienen á indicar que los de fuera nos contemplan con atención, con curiosidad y en ocasiones con simpatía. Entre los libros recientemente publicados que he tenido ocasión de leer ó de hojear, recuerdo *L'Espagne, Cuba et les Etats-Unis*, de Mr. Charles Benoist, *L'Espagne en 1897*, de Mr. Gaston Routier, *A travers l'Espagne inconnue* y *Le Theatre en Espagne*, de H. Lyonnet, un auto sacramental inédito impreso en castellano por Mr. Leo Ruanet y *Lingua é letteratura spagnuola delle origine*, por Egidio Gorra.

Dicen ya los títulos de tales obras que pertenecen éstas á muy diversos géneros. De los libros que se refieren á la actualidad palpitante, impresiones de publicistas que han venido á España á estudiarnos de cerca con motivo de las insurrecciones coloniales que han llamado hacia nosotros la atención de

otros pueblos, no hay mucho que decir, aunque sea de agradecer la buena voluntad hacia España con que suelen estar escritas estas obras. Mas por lo pronto, es ya lamentable para nosotros el origen de esa curiosidad y esa atención, motivadas por desdichas nuestras que contemplan los extraños, por lo general con cierto sentimiento de simpatía, nacido, preciso es confesarlo, más que de interés hacia la causa que representamos, de la comparación entre la grandeza de la España antigua y los apuros y calamidades de la actual, enmedio de los cuales los esfuerzos que realizamos para sujetar y vencer á nuestros enemigos parece como que muestran un reflejo del pasado poderío y de las viejas virtudes de la raza, no perdidas del todo á pesar de nuestra decadencia.

En la opinión extranjera acerca de nosotros entra por mucho la idea de esa continuidad histórica, y así los revolucionarios que nos vilipendian por simpatía hacia toda rebelión ó por credulidad de las calumnias y horrores que se cuentan del modo de gobernar los españoles sus colonias y las mismas provincias de la metrópoli, como los que, más justos y mejor enterados, no quieren cargar á nuestra cuenta todas las culpas, ven á la España actual bajo rasgos no muy diferentes (salvo en poder y en importancia) á los de la España histórica, á los del Imperio español de los siglos XVI y XVII, que es la España que en el extranjero se conoce, mal ó bien, por algunos muy mal, pero la que se conoce al cabo, por el gran papel que desempeñó en el mundo.

No deja de ser instructivo estudiar los sentimientos y los juicios que despierta en el extranjero nuestra actitud ante los presentes conflictos, y esto es lo que da su principal valor á estos libros y artículos, que publicistas de otros países consagran á estudiar nuestra situación actual. La parte narrativa, la *información*, los datos concretos que estas obras contienen son, por lo general, de escasa importancia para nosotros, aunque para el público extranjero serán acaso lo de mayor utilidad y enseñanza. Pero nosotros sabemos ya lo que cuentan los

autores, y casi siempre lo sabemos mejor que ellos. Mr. Benoist, por ejemplo, con ser hombre de buen entendimiento, ilustrado y estudioso, nada nuevo nos dice ni podía decirnos sobre la obra política del Sr. Cánovas del Castillo, sobre el esfuerzo militar que hemos realizado para retener á Cuba, ni sobre la actitud de los Estados Unidos. Para el público español todo esto es familiar y conocido aun por la mera lectura de periódicos, y bajo tal aspecto las obras á que aludo apenas nos ofrecen otro interés que el de la curiosidad, el de ver si el publicista extranjero se ha enterado bien de nuestra manera de ser, de nuestras costumbres políticas y de las causas, sucesos y consecuencias de nuestras guerras ultramarinas.

El interés de tales estudios está, como queda dicho, en otra parte. En las apreciaciones que en ellos se hacen; en los puntos de vista del autor, diferentes de los nuestros; en el juicio de las cosas, que nosotros consideramos como parte interesada que somos, mientras que los extraños pueden juzgarlas con la fría lucidez que da el hallarse desinteresado en un asunto. No contenidos, además, por los respetos que el patriotismo impone á los españoles, pueden hablar de nuestros asuntos los extranjeros con franqueza, que en nosotros sería vituperada, sin que en ellos el sentimiento, movido por pasión tan viva como el amor á la tierra natal, desvíe ó atenúe los fallos de la razón. Pero la utilidad que por tales conceptos podemos atribuir á este género de trabajos, resulta ciertamente disminuída, si se tiene en cuenta que, por lo general, los escritores extranjeros sólo tienen un conocimiento superficial de España y de la índole de nuestro pueblo, y no penetran en los íntimos repliegues del alma nacional, ni aprecian claramente todas las circunstancias que concurren y cooperan en los hechos que entre nosotros se verifican. Y no puede ser de otra suerte, cuando se trata de publicistas que han venido *exprofeso* á España por encargo de periódicos ó revistas extranjeras á contemplar de cerca, por una temporada, al pueblo que, con motivo principalmente dela insurrección cubana, y de los gran-

des sacrificios hechos para vencerla, ha llamado de nuevo la atención de las demás naciones, para las cuales hacía mucho tiempo (acaso el transcurrido desde la revolución de 1868), que no éramos objeto de tan asiduo estudio.

Con todo, algún valor tienen estos juicios é impresiones y alguna enseñanza nos ofrecen. Inspiramos, por lo común, un sentimiento de admiración, pero de admiración que tiene más de extrañeza que de envidia. Nos contemplan como un ejemplo de tesón, de constancia y de sacrificio, que probablemente no querrían imitar otros pueblos, más atentos á razones prosaicas de utilidad y prudencia. Los colosales esfuerzos que hemos hecho para conservar la isla de Cuba, parécenles á los extranjeros algo semejante á la conducta de un noble, que, por no perder de su derecho, consiente en arruinarse antes que desistir de un pleito ó aceptar transacciones con la parte contraria. De ahí la sorpresa que ha causado el que la opinión española fuese, en general, opuesta á concesiones, y la aprobación que todas las otorgadas por los poderes públicos han hallado entre los extranjeros.

*
* *

Los dos libros antes citados—*L'Espagne en 1897* y *L'Espagne, Cuba et les Etats Unis*—se diferencian bastante, más que por el asunto, por la manera y forma de apreciarlo. El autor del primero de estos libros, Mr. Gaston Routier, es redactor de *Le Journal*, de París; la segunda de dichas obras ha sido escrita por Mr. Charles Benoist, colaborador asiduo de la *Revue des Deux Mondes*, donde primeramente aparecieron los trabajos reunidos en el citado volumen. Esta diferencia de ocupación ú oficio entre los autores, corresponde con exactitud á la que en sus respectivas obras se nota, sin que al señalarle aluda yo á la calidad y al valor intrínseco de uno y otro escrito, sino á la manera y estilo particular de cada uno.

El de Mr. Gaston Routier es obra de periodista, de *repor-*

ter; exagerando algo, no mucho, podría decirse que es una gran *interview* acerca de España, y no hay duda de que sus principales fuentes han sido diversas *interviews* ó conferencias con personajes políticos españoles. Mr. Charles Benoist ha puesto más de su cosecha, aunque, como él mismo declara en la advertencia preliminar de su libro, ha querido ver y escuchar á los personajes españoles, porque ningún estudio puede suplir la iluminación que produce el trato directo con los actores de los hechos. Esta observación demuestra la perspicacia de monsieur Benoist, y es muy conforme al espíritu científico que hoy domina y que no considera los hechos como cosas concretas, dotadas de sustantividad bastante para que puedan ser conocidas prescindiendo de sus relaciones, sino que los estudia refiriéndolos á sus causas y, cuando se trata de hechos históricos, á sus agentes personales.

El carácter algo *reporteril* del libro de Mr. Gaston Routier, no impide que este escritor haga algunas observaciones oportunas y sagaces. Al estudiar, v. gr., el estado de ánimo del pueblo español frente á la cuestión cubana, hace notar con exactitud que las opiniones individuales expresadas privadamente, se diferencian mucho de la opinión colectiva, manifestada en público, y aun la contradicen. Mr. Gaston Routier señala este contraste, pero no se mete á profundizar mucho en él ni da con la explicación, que consiste probablemente en la pasividad individual que se nota en nuestro pueblo, el cual, á pesar de su fama de levantisco, tiene en grado máximo la virtud de la obediencia y en grado mínimo la de la iniciativa; pueblo, en suma, acostumbrado á que lo haga todo el Gobierno, el cacique, el amo, el que manda; que va donde le llevan y que se satisface con murmurar de los que le guían sin dejar por eso de seguirles, dominado por cierto fatalismo oriental que aconseja dejar correr las cosas. Es cierto, como dice el escritor francés, que en las conversaciones familiares se oye con frecuencia hablar de Cuba como de una verdadera calamidad para España, juzgando que habría sido mejor para los

españoles que Colón no la hubiese descubierto, y que, bien miradas las cosas, nos habría tenido más cuenta abandonarla al inquieto albedrío de sus naturales, que conservarla bajo nuestro dominio á tan alto precio como nos está costando. Y, sin embargo, de la conservación de la isla se ha hecho cuestión de vida ó muerte para España, llevando á cabo sacrificios tales como si tuviera ese carácter de cuestión vital para nosotros, y esto sin verdaderas protestas del país, siendo seguro ó muy probable que todavía hoy que la autoridad é influencia metropolitana va á quedar allí muy mermada, seguiría haciendo la nación nuevos sacrificios, aunque no fuese en proporción tan grande como antes, siempre que hubiese quien con firme voluntad y constancia se los exigiera.

A esta facilidad y buena disposición para la obediencia, que hace que las opiniones individuales se sometan sin gran trabajo á la del que manda, únese el no haber entre nosotros espíritu de asociación, de suerte que á los que opinan lo mismo sobre algún asunto público, no se les ocurre agruparse y organizarse para buscar el modo de que prevalezca lo que entienden conveniente ó justo. Se necesita que estas opiniones encuentren eco en un organismo ya establecido, en un partido, en una asociación, para que se abran algún camino en la práctica. De otro modo no llegarían á organizarse los que las sustentan, ni dentro de la nación, para formar una liga ó agrupación encaminada á influir en el giro de algún negocio de Estado; ni siquiera dentro de un partido, para impulsarle á defender ó rechazar en cada caso concreto estas ó las otras soluciones. A los partidos los rigen sus jefes y á la nación el Gobierno, con poquísimo trabajo y raros conatos de independencia. La masa, hasta cuando está descontenta, obedece por costumbre y por hallar que es esto lo más cómodo y fácil. Así resulta que la opinión colectiva ó, hablando con mayor exactitud, la que circula y se manifiesta como opinión de la mayoría, la opinión pública *aparente,* la forman por procuración espontánea unos pocos, con ciertas fórmulas vagas y genera-

les que mueven fácilmente á las masas sin ser comprendidas del todo por ellas. Así se explica la contradicción entre las opiniones individuales y la opinión colectiva. Pedro, como individuo, piensa blanco, y hasta lo declara en confianza; mas como unidad del conjunto colectivo, piensa negro y lo dice, porque negro piensa su partido ó porque así cree responder mejor á lo que pide el decoro nacional, siguiendo el dictamen de los que llevan la voz de la opinión pública ó se arrogan la representación de ésta. Aquí la opinión pública no es ó no necesita ser la opinión del *pueblo*, sino la de los que elevan la voz enmedio del general silencio.

Pero basta de digresión y volvamos á nuestros libros franceses sobre España. He indicado ya la índole del de Mr. Gaston Routier, el cual libro parece tener por fin principal el de dar noticias acerca de nuestro estado actual y de nuestros hombres políticos. Si mal no recuerdo, hasta lleva por apéndice unos cuadros estadísticos referentes á nuestros presupuestos y á los recursos de nuestra Hacienda, complemento de varias *interviews* con el Sr. Navarro Reverter, que no ha sido ciertamente el menor de los colaboradores en este volumen.

La obra de Mr. Benoist es más profunda y en ella tiene parte mucho mayor la crítica, siendo también superiores su composición general y su estilo literario. La preparación bibliográfica del autor es muy completa. En alguna de las partes de su estudio, como la consagrada á la sublevación de Filipinas, muestra haber leído cuantos escritos españoles de algún interés acerca de esta materia se han impreso desde que comenzó el movimiento insurreccional, sin omitir ni aun los principales artículos publicados por la prensa. Este estudio, que al par que de los sucesos de Filipinas trata de las costumbres políticas españolas, con motivo de los sucesos y comentarios relacionados con el nombramiento y con la dimisión del general Polavieja; el capítulo consagrado á D. Antonio Cánovas del Castillo y el que trata de la política de la Unión Norteamericana respecto de Cuba, son trabajos de verdadero

mérito, escritos con gran conocimiento del asunto y con acertada crítica.

*
* *

El trabajo de Mr. Leo Rouanet, antes citado, nada tiene que ver con los libros anteriores, como no sea por ser español su asunto y extranjero su autor.

Mr. Rouanet pertenece al número de los hispanófilos ó hispanólogos que consagran asidua atención á nuestra literatura clásica y á nuestra historia, y entre los cuales figuran escritores y sabios tan conocidos y estimados como A. Farinelli, Morel Fatio, Fitzmaurice Kelly, Hübner, etc.

Mr. Rouanet ha dado á la estampa un auto sacramental inédito, que formaba parte, manuscrito, de la biblioteca de Salvá, y que, á juzgar por la censura y licencia para representarlo, debió de ser escrito en los primeros años del siglo XVII, toda vez que dichos documentos aparecen fechados en 1605.

Titúlase *Auto sacramental nuebo de las pruebas del linaje umano y encomienda del honbre*, y con su ortografía original, como se ve por el título, ortografía modificada tan sólo añadiendo la puntuación donde faltaba para facilitar la lectura, lo ha impreso esmeradamente el Sr. Rouanet, poniéndole, por vía de introducción, una breve advertencia, escrita en muy correcto castellano, y en la cual, sin farragoso aparato, sin alardes de erudición traída por los cabellos y sin dar importancia excepcional al auto, achaque común en los que sacan á luz algún manuscrito inédito, se explica el carácter de *Las pruebas del linage umano*, se mencionan las obras bibliográficas en que aparece citado este auto y se indican algunos de los que mayor semejanza guardan con él por su asunto, como *Los hijos de María del Rosario,* de Lope de Vega; *El maestrazgo del Toyson* y *Las órdenes militares,* de Calderón de la Barca.

Dice con razón Mr. Rouanet que, sin ser de primer orden, el auto de *Las pruebas* presenta cualidades literarias estima-

bles, siendo, por otra parte, interesante para los aficionados á la literatura española cualquier obra dramática castellana anterior al siglo XVIII.

Por mi parte, declaro que he leído con gusto é interés *La encomienda del honbre*. No es, en verdad, una maravilla literaria, pero tampoco es obra despreciable. En general, el verso en que está escrito es bueno. La acción es sencilla y se desarrolla con facilidad y lógica, el lenguaje tiene nobleza y en algunos pasajes elegancia. El simbolismo de la obra, aunque apartado de las ideas actuales, es bastante claro é ingenioso para que el lector pueda comprenderlo é interesarse en su desarrollo.

Comparado este auto (mediano con relación á las obras maestras de su época) con los engendros dramáticos que hoy se aplauden en los teatros, parece como que damos un salto de las Humanidades al caló, del salón á la taberna, de la tragedia griega á las comedias de un Plauto malo, que sólo se asemejase al dramático latino en los rasgos de grosería populachera. El estado intelectual del público que acudía á ver representar obras como *Las pruebas del linage umano* tenía que diferenciarse profundamente del de la concurrencia que acude á los teatros por horas á presenciar la eterna exhibición de tipos plebeyos, y á oir chistes y donaires de chulapos y de mujerzuelas, en escenas en que unas veces se quiere plagiar un género de decadencia, como los sainetes de D. Ramón de la Cruz, herederos de los entremeses que en la época gloriosa de nuestra dramática fueron las producciones ínfimas, y en que otras veces, con menos pretensiones y con mayor franqueza, se prodigan la sal y la pimienta del burdel y la tasca, supliendo con el descaro el ingenio y haciendo alarde de obscenidad antiestética, grosera, de baja estofa, por el estilo de la que á ciertas horas pulula por algunas calles. Los autores siguen el consejo de Lope, y el público de *señoritos* que acude á deleitarse con los hechos y los dichos de chulos y de *golfos*, se califica y se retrata á sí propio con tales aficiones.

El público de los autos se elevaba á lo más alto: á los misterios religiosos, á las cuestiones teológicas y filosóficas; departía un rato con los ángeles, con los patriarcas, con las virtudes, hasta con Dios, y aun á veces con el diablo, que es al cabo, con todas sus maldades, persona de suposición y de viso. El público de las piececillas de hoy baja al arroyo á rozarse con tomadores y *golfas,* con rufianes y tarascas. El uno recibía un baño de sentimientos aristocráticos, el otro se zambulle en un charco de apetitos plebeyos.

El autor anónimo de *Las pruebas del linage umano* (que probablemente no sería una eminencia en su tiempo) revela en su obra un grado de cultura que no es hoy común entre los autores dramáticos. Tenía algunos conocimientos teológicos y algún barniz de jurisprudencia romana; no era un sabio, pero sí un hombre de espíritu cultivado, de inteligencia nutrida con las enseñanzas que se estimaban más importantes en su tiempo y que eran, sin duda, de mayor substancia que el repertorio cómico francés, que es hoy lo que más á fondo conocen y lo que con mayor asiduidad estudian nuestros dramaturgos por horas.

Como casi todas las obras de su género, el *Auto sacramental nuebo de las pruebas del linage umano* refleja bien las ideas de aquel tiempo y de aquella sociedad en que fué escrito. La comedia nos presenta las costumbres; los dramas simbólicos y los autos sacramentales nos abren el pensamiento de su época. La alegoría y el simbolismo de estas obras manifiestan la psicología del pueblo en el cual y para el cual se escribieron. La elección de las metáforas declara qué creencias ó qué preocupaciones eran entonces familiares. Así, cuando el autor anónimo del auto nos presenta al hombre como galán y pretendiente de la Gracia, esta alegoría, que relaciona cosas al parecer tan diferentes y heterogéneas como el cortejar á una dama y el aspirar á la gracia para salvar el alma, expresa bien la mezcla de amor divino y amor humano, de mística y galantería que ofrece el espíritu español en el siglo XVI.

De igual manera la principal acción del auto: las pruebas de nobleza del hombre (del hombre en abstracto, ó del linaje humano) para conseguir el hábito de la bienaventuranza, muestran una sociedad en que estaba muy vivo el sentimiento nobiliario y en que se daba tan grande importancia al ingreso en las Ordenes militares de Caballería, que podía esto ser figura alegórica de la dignidad del linaje humano á los ojos de su Creador, sin que pareciese la comparación, como hoy nos lo parece, ridícula y afectada, por la nimiedad é insignificancia del término tomado como símbolo.

El argumento del auto merece relatarse. El Hombre, asistido de la Misericordia, como abogado, va á hacer sus pruebas de nobleza ante un Consejo en que Cristo y el Espíritu Santo son oidores y Dios Padre presidente. El secretario es San Juan Evangelista. El diablo actúa de fiscal. Deponen como testigos ante el augusto Consejo Job, David y Moisés: el primero en contra del Hombre y los dos últimos en su favor. La controversia jurídica es curiosa y tiene en ocasiones un candor y una ingenuidad que le dan el encanto de un arte primitivo. El diablo, experto en los ardides de la curia y muy versado en el Código y el Digesto, procura desvirtuar las declaraciones favorables al hombre; pero la malicia del Enemigo no traspasa los límites de la de cualquier abogado enredador. A Cristo le recusa, por haberse hecho hombre, como juez apasionado. Y cuando la Virgen María habla en defensa del Hombre, el Enemigo objeta:

Que mujer, según Derecho
por nadie puede abogar.

Mas la abogada del linaje humano le sale al paso diciendo:

Yo del pecador soy madre
y ligítima tutora.

Con lo cual está habilitada para defenderle, *por Derecho*.

Al cabo vence el Hombre: se le concede el hábito de la bienaventuranza, y Cristo le arma caballero; las espuelas son

para poner sus pies en el camino de la salvación, las armas son las de la fe, y los tres espaldarazos las tres virtudes: Fe, Esperanza y Caridad.

Entre los episodios merece citarse la discusión del Hombre con la Gentilidad y la Idolatría sobre si hay uno ó varios dioses, y si el mundo es eterno ó perecedero. El Hombre sostiene la doctrina ortodoxa é invoca la autoridad de Aristóteles, quedando al fin vencedor.

Por estas breves noticias podrá formarse el lector idea del auto de *Las pruebas*. Al publicarlo, Mr. Leo Rouanet ha prestado un servicio á nuestra literatura y ha mostrado su competencia, pues la edición (que es sólo de 350 ejemplares) está hecha con gran esmero.

*
* *

El libro del Sr. Egidio Gorra, *Lingua e letteratura spagnuola delle origine*, es una obra didáctica, destinada á la enseñanza en las Facultades de letras de las Universidades italianas. Comprende tres partes: una gramatical ó filológica (Fonología y Morfología), otra la *Crestomatía* ó colección de textos que comienza por el bajo latín del siglo VIII y llega á los documentos literarios del siglo XIII y principios del XIV. La última parte es un glosario de las voces castellanas.

No es la índole de este libro propia para que contenga grandes novedades, pero al hojearle no se puede menos de recordar con pena, que mientras en Universidades extranjeras se estudia científicamente nuestro idioma, entre nosotros sólo es materia oficial de enseñanza el castellano en las escuelas de primeras letras, y en parte, como complemento del latín, (latín y castellano se llama la asignatura) en los Institutos de segunda enseñanza. En las Facultades de letras sólo por iniciativa particular de algún profesor se trata de Filología castellana, pues el plan oficial de estudios parece basado en la creencia de que la literatura española puede ser estudiada con

provecho sin conocer la historia del idioma, ó que este conocimiento debe suponerse en los alumnos sin que se les enseñe en parte alguna. Así andamos de castellano.

De los demás libros extranjeros citados al principio se hablará en otra Crónica, si me deja espacio para ello el examen de algunos de los libros españoles que he recibido recientemente, entre ellos, *Versos* (tomo II) de Enrique W. Fernández; *El Bachiller*, de Amado Nerva (mexicano); *La Vida nueva*, de José Enrique Godó (uruguayo); *Francisca de Rimini*, de Vicente Colorado; *Euskariana*, de Arturo Campión, y algún otro.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL JARDÍN DE ALFONSO KARR

Todos los hombres de mi generación deben á los libros de Alfonso Karr algunas de las horas bellas de su juventud. Unos recuerdan con placer las páginas apasionadas de *Bajo los tilos*, otros piensan sonriendo en las amables aventuras de *Hortensia* y de *El camino más corto*. Además, el maestro encantó luego nuestra edad madura con obras más serias, llenas de chispeante filosofía. Y, estoy seguro de ello, nadie ha olvidado la sátira mordaz de *Las avispas* y los *Estudios acerca de las mujeres*.

Algunos críticos descontentadizos afirman que hoy son menos de moda esos escritos delicados. Pertenezco al número de aquellos que creen que el ingenio no envejece y que el buen sentido es inmortal.

Lo que sobre todo quedará (para mayor júbilo de nuestros niños) es la obra maestra que se llama *Viaje alrededor de mi jardín*. En ese librito puso Alfonso Karr lo mejor de sí mismo. Se nos presenta alternativamente como profundo observador, sabio sin pretensiones y censor sin amarguras. Y nada divierte tanto como las moralejas que hace contra las debilidades humanas, al contar los episodios desconocidos de la vida de

animales y plantas. También se revela como un admirador ardiente y sincero de las maravillas de la Naturaleza, y acaba por conmover á los más escépticos con sus descripciones y sus paisajes.

Primero, á la vuelta de una calle de árboles, sobre la tela tendida encima de un macizo de plantas, el famoso encuentro de las dos arañas: el macho, más pequeño y más débil que la hembra, es también más sensible. Casi siempre es el primero en marchar hacia aquella á quien desea. Pero avanza con timidez, retrocede á veces; porque sabe muy bien que si no ha elegido la hora que agrada á su caprichosa amiga, se arrojará sobre él sin dar aviso, para cogerle y devorarle. El macho del jardín es bastante hábil para sorprender en el paso de la inhumana algo de anormal; y sin afrontar la batalla, sin entablar el menor parlamento, huye con una rapidez vertiginosa. Es deplorable su falta de valor, pero á lo menos tiene la fortuna de salvar su vida. Por supuesto, el autor nos deja adivinar que ha conocido en el mundo muchos matrimonios cuya unión no era más segura.

Después, á la sombra de vetusto tapial que desaparece bajo el espeso terciopelo de los líquenes y musgos, la alineación zumbadora de las colmenas. Más sagaz que Plinio, nuestro filósofo se extiende con una competencia real acerca de los hábitos y trabajos de sus moradores. Nos presenta á las abejas divididas en dos grupos: las primeras, cargando con polen de las flores los cestillos de sus patas vellosas; las segundas construyendo con paciencia las celdillas de la colmena. Nos explica la constitución de ese reino en miniatura, donde diez mil obreras están á discreción de su reina y sólo se ocupan de alimentarla y guardar sus huevos. Y se asombra con razón al ver en esas bestiezuelas tanto trabajo unido á la estricta observancia de la disciplina y de la jerarquía. Dicho se está que el bueno de Karr considera estos hechos como una dura lección para más de una monarquía y para algunas repúblicas... que él conoce.

Ahora presenciamos con nuestro precioso guía la lucha por la existencia de las hierbas y los árboles, de los insectos y las aves, que combaten todos ellos con aspereza para asegurarse un poco de alimento, de aire y de luz. Y esta parte del libro termina por una página conmovedora acerca de los amores de los seres infinitamente pequeños, desde la luciérnaga, que se tumba de espaldas encendiendo su fanal verde para llamar á su amante, hasta la libélbula, á quien el macho sorprende y lleva á los aires, porque debe imponer su ternura como antaño aconteció á las sabinas, seducidas y domadas por el astuto Romano.

Por último, Alfonso Karr, que siempre tuvo marcada preferencia por las flores, nos hace la biografía (si se me permite expresarme así) de cada una de ellas. Comienza (á gran señor, grande honor) por su flor favorita, la violeta, cuyo discreto encanto hizo que en otro tiempo fuese elegida para enbalsamar el féretro de las vírgenes. Después celebra la majestad de la adormidera, de tallo recto y flexible, cuya opulenta copa de color de púrpura mira naturalmente al sol. Habla luego de la madreselva, rival de la hiedra, que abraza con gracia las ruínas de los monumentos del pasado, y cuyo suave aroma le parece ser «el alma de los antepasados, que se exhala y sube al cielo.» Y pasa revista sucesivamente á las variadas especies que son gala y alegría de los jardines y de los campos en nuestros países templados.

... Iba á olvidárseme un capítulo acerca de los aficionados á tulipanes, donde se burla con mucha donosura de las manías de los coleccionistas, y también el retrato del horticultor monomaníaco que quiere crear la rosa negra y la rosa verde, persiguiendo con tesón su quimera, como cada cual se afana más ó menos ¡ah! en las imposibilidades de la vida.

Diríase que esos ligeros bocetos han sido trazados por un La Bruyère de buena pasta.

Leído el *Viaje*, se quiere ver el jardín. Ese deseo acabo de realizar.

Cuando Alfonso Karr fué expulsado de su eremitorio de Sainte-Adresse por la siempre ascendente marea de los profanos, buscó en el Mediodía el refugio ideal donde poder recogerse con sus recuerdos y pensamientos, donde se puede trabajar hasta la hora señalada por Dios para el descanso eterno.

Buscó por largo tiempo, estudiando desde el fondo de su barco las costas de Provenza, hasta descubrir el soñado asilo: un rincón perdido en la «Costa de Coral», que se llamaba Saint-Raphaël.

Esa aldea, ignorada hasta entonces, dormía apaciblemente en el fondo de una bahía redonda, cuyos contornos dibujaba la franja de espuma de las olas. A la derecha, altos peñascos de color de sangre hundían su base en el mar azul intenso. A la izquierda, la ciudad de Fréjus, orgullosa de sus ruinas romanas, resguardaba sus calles estrechas al abrigo de las montañas de los Moros. De enmedio de las olas surgían acá y allá escollos purpúreos de fantásticos perfiles. Y detrás de las casas de la aldea erguíanse las puntiagudas cimas del Estérel, cuyas pardas laderas, sembradas de brezos blancos, estaban cubiertas por un bosque de pinos quitasoles.

Seducido por esa magnífica decoración, resolvió nuestro amigo acabar sus días en aquella playa soleada que la casualidad había puesto en su camino.

Ya no era el tiempo en que exclamaba, en un arranque de entusiasmo: «Dios creó el amor al fin del séptimo día, para dar vida y movimiento á su obra.» Desde entonces había luchado y sufrido como los demás hombres, y ahora aspiraba al sosiego profundo. Maduro estaba para la soledad el pensador que, después de haber descrito las fases brillantes de una puesta de sol en el campo desierto, escribía estas líneas: «Con las manos juntas y apretadas, fijos los ojos en el cielo, que se obscurecía poco á poco, lleno el corazón de júbilo, serenidad y gratitud, pedí á Dios perdón de mis quejas y desagradecimiento, y díle gracias por todas las riquezas que me ha prodigado.»

«Maison-Close» (Casa-Cerrada) no ha cambiado desde la muerte de Alfonso Karr. Escondida más que nunca entre verde espesura, elévase la casita en un extremo del paisaje, cerca de los grandes peñascos rojos de la bahía. La separa de la playa un sendero polvoriento, orillado de cactos y de agaves, y su único piso está cubierto por una techumbre baja, en forma de acento cuircunflejo, como la de las granjas de los Vosgos.

La habitación está blanqueada con cal. Entre las dos ventanas de la fachada se despliegan las rayas negras del reloj de sol que marcó durante largo tiempo las horas laboriosas.

La consigna es severa, y toqué varias veces antes de que el jardinero me introdujese en el patio de entrada, sito á la izquierda de la casa. Subí los escalones de una azotea adornada con geranios-rosa, y penetré en seguida en el aposento donde el autor de *Clotilde* pasó tantos buenos años.

Esa estancia, que tiene veinte pasos de larga por quince de ancha, está un poco ahogada bajo su cielo raso rayado con anchas listas blancas y azules. El actual propietario (1), hombre de corazón y artista de talento, conserva los muebles (excepto la cama, reclamada por la familia). Vense allí dispuestos como para una visita algunos sillones antiguos, unas sillas de paja de colores, dos cofrecillos chinos y un reloj normando. En una mesa cuadrada, de trabajo, puesta entre las dos ventanas, hay un jarrón japonés lleno de mimosas recien cogidas.

Estas flores son un homenaje á la memoria del maestro, quien todos los días renovaba ese ramo.

En la chimenea, cerca de la puerta, una Virgen, de la escuela de los primitivos, muestra su candoroso perfil entre dos figurillas de Delft acompañadas de candelabros macizos.

En un ángulo de la pared opuesta, en el sitio donde estuvo el lecho mortuorio, hay fija en el muro una placa que con-

(1) El pintor Coquand, que vive en la *villa* inmediata: Con celoso esmero, conserva en su primitivo estado las cosas en la casita y en el jardín.

tiene un soneto del fiel Juan Aicard, seguido de estas sencillas palabras: «Aquí murió Alfonso Karr, el 1.° de Octubre de 1890.»

Un pasillo separa el dormitorio de una cocina pequeña, donde aún se ven algunas artes de pesca. ¡Y se acabó! Esa es por completo la mansión del sabio; ese es el retiro donde hasta el último día compuso chispeantes artículos acerca de política y de artes.

Satisfízome este comienzo, pero aún más me satifizo el entrar en el jardín.

Se entra en él de plano por una puerta baja que está en la fachada oriental. Y llama la atención desde el principio un detalle conmovedor. Debajo de las ventanas ante las cuales trabajaba el célebre escritor, se extiende un gran matorral florido, cuyas plantas ocultan las alamedas. Ese ramillete de jazmines y de rosas estaba destinado á conservar junto á la casa varias familias de ruiseñores.

En los últimos tiempos había prohibido Karr que se pasase de este lado de los arriates.

Aún obedecen todos hoy esta orden; y los respetados ruiseñores cantan que se las pelan, más numerosos que nunca.

El jardín mismo es una sorpresa. No es un jardín, sino más bien un gran parque: un parque indescriptiblemente silvestre.

El maestro quiso que se permitiera á los árboles y arbustos principales crecer en libertad. Luego dispuso hábilmente plantas elegantes, de colores por él escogidos, en el entrecruzamiento del ramaje. De suerte que en el centro de los macizos, dominando toda una escala de tonos armoniosos, se encuentra ya un eucalipto gigantesco que inclina al suelo la larga cabellera de su follaje, ya un árbol de la pimienta, que columpia al viento sus sinnúmeros racimos rojos.

Ó en el cruce de los senderos llégase con placer al pie de

anchos pinos de Italia, que redondean sus copas como sombrillas, para preservar de sol á los visitantes. Pero todo ello está hecho con tanto tacto y gusto que no se notan, digámoslo así, esos rebuscamientos refinados.

Alfonso Karr tenía tambien pasión por los lagos cubiertos de nemífares y de nelumbos. Hacía crecer en ellos flores raras.

En el «bosque virgen» así creado se encuentran bruscamente, al volver las alamedas, hasta seis estanques de diversos tamaños.

El más curioso consiste en una especie de charca llena de un agua obcura, en la cual se reflejan á duras penas áloes con mazorcas azules. Junto á ellos, las mimosas inclinan su masa dorada por encima de enormes cactos que guardan los accesos, como animales feroces armados de garras puntiaguadas.

El estanque más bonito, que es también el más grande, está rodeado por completo de adelfas. El bote pequeño del poeta, con los remos colgando, aguarda junto á la orilla al paseante que ya no vendrá más.

Quiero anotar aquí una postrera particularidad: Alfonso Karr sembraba una por una las semillas de anémonas y violetas, las cuales, aisladas así, adquirían completo desarrollo.

Y al pasearse, extraña descubrir entre la espesura de lianas y follajes una estrella roja ó blanca de pétalos bien abiertos, una corola de color de lila muy visible y que no recuerda de ningún modo la tan cacareada modestia de la violeta.

Esos puntos de color que salpican el verde uniforme producen un efecto hechicero, que no puede expresarse con palabras.

Al final del parque se había construido otra casita para los hijos de Alfonso Karr. Al enseñármela, el buen hombre que me acompañaba me elogió mucho el cariño que el anciano manifestaba á todos los suyos. Nada me sorprendió esto, pues quien fué siempre tan conpasivo para con los pequeños y los débiles tenía que ser un dechado de abuelos. Y acudió á mi memoria el lema escrito encima de la puerta de Maison-Close, acabando de explicarme aquella figura original:

Sólo temo á quienes amo.

Sí, aquel hombre de bien que huyó sin vacilar de los ficticios placeres del mundo, hasta de sus aplausos y lisonjas, para refugiarse en la soledad, era presa de una ternura loca por los niñitos que le rodeaban de caricias y le divertían con el ruido de sus juegos. Advertido por la inquieta solicitud que le inspiraba todo cuanto de cerca ó de lejos decía relación con ellos, comprendió muy pronto que el descanso absoluto no era más que un sueño. Y riéndose de su error, con su lenguaje caústico, escribió en el umbral de su casa aquella divisa, que de seguro traducía en el fondo de su corazón por estas palabras «¡Sabré morir por quienes amo!»

Había terminado la visita, y salí. Al cruzar el polvoriento camino, me adelanté hacia la terraza de una *villa* próxima, de rojas barandillas, una *villa* italiana coquetísima. En un pilar de la verja leí: *El ilustre compositor Carlos Gounod escribió* Romeo y Julieta *en el Oustalet dou Çapelan, en la primavera de 1866.*— Y me puse de codos en el pretil, al pié del cual se rompian las olas.

Poníase el sol sobre el imenso mar que, por extraordinario, era aquella tarde de un gris verdoso muy pálido. Cerca de mí se alargaba indefinidamente la cadena de montañas de los Moros. La cima apenas estaba teñida de un azul muy suave, al paso que el elevado macizo que domina á Fréjus y el llano tenía un color violeta obscuro. En la bahía, los contornos de los rojos islotes se borraban por todas partes entre una bruma como sangrienta; y allá lejos, muy lejos, el grupo de las islas de Sainte-Marguerite parecía incendiado por los rayos del astro al trasponer el horizonte.

Me sentí penetrado por la imponente calma de aquella hora sagrada,... hora en que el mundo se abisma en la noche, hora en la cual instintivamente se piensa en quienes ya no existen. Volví un instante á ver el bondadoso rostro del poeta,

su elevada frente y su barba de patriarca; luego se me aparecieron las finas facciones y los ojos ardientes del divino cantor de *Fausto*.

Y sumiéndome en larga meditación, comprendí que todos los artistas dignos de este nombre han profesado necesariamente el culto de la Naturaleza.

Comprendí también que los dos amigos de mi juventud amaron á Provenza como se ama á su patria electiva. Y comprendí con claridad su idea.

Quisieron vivir á la sombra de estos ribazos aromosos, concibieron sus más nobles obras escuchando el murmullo de estas azules aguas, porque en este país bendito sentían mejor la presencia del Dios que les prodigara el genio.

MIGUEL JACQUEMIN.

(De la *Revue Blue*.)

EL DESCUBRIMIENTO DE LA VENUS DE MILO

En el Museo del Louvre, sobre el zócalo de la estatua más perfecta que nos legó la antigüedad, se lee lo siguiente:

VENUS DE MILO, *adquirida por M. de Marcellus para el marqués de Rivière, embajador de Francia, quien la donó al rey Luis XVIII en 1821.*

Y eso es todo.

Los entusiastas por las obras maestras de la escultura griega, lo mismo que los indifentes insulares de las Agencias Cook, atrévense á veces á interrogar á los guías y guardas para obtener de ellos un vago comentario de la inscripción, pero tienen que limitar su curiosidad al texto de esta última.

En cuanto á los sabios oficiales, puede decirse de ellos que

sus folletos contradictorios acerca del descubrimiento de la Venus y la actitud que presentaba la diosa en la época en que fué exhumada no han dado nueva luz respecto á esta cuestión, de tan alto interés desde el punto de vista de la historia del arte.

Uno de los hijos de aquel á quien ante todo debe Francia la posesión de esta incomparable obra de arte, aún existe; gracias á su atención, hemos podido tener noticia de ciertos documentos, de seguro incompletos, pero á los cuales nos conviene conceder un carácter de probabilidad, por lo menos igual al que hasta hoy han tenido las disputas y conjeturas de los arqueólogos.

El 8 de Abril de 1820, un campesino llamado Antonio Yorgos Bottonis, buscaba en una tierra de su propiedad, junto á las ruínas del teatro antiguo, diversos fragmentos de mármol, que apilaba con cuidado para emplearlo más adelante en construir una casita para él y su familia. De pronto, hundióse el suelo y apareció un nicho. En esa cavidad yacía una estatua de mármol de Paros: era la *Venus de Milo*.

M. Voutier, joven Guardia marino de primera clase de la Armada francesa (1), se apresuró á ir á avisar á M. Brest (2) y le rogó con muchas instancias que hiciera todos los esfuerzos posibles para conseguir en beneficio de su patria semejante hallazgo.

El papel representado en aquella época por Luis Brest se ha comentado de diversas maneras; no siempre han sido equi-

---

(1) M. Voutier murió en Hyères, su pais natal. En la época de las guerras con Turquía, fué coronel del ejército griego.

(2) M. Luis Brest, compatriota de M. Voutier, era agente consular en Milo. Esta dignidad, conferida á los notables comerciantes del Oriente, fué otorgada desde Luis XIV á los miembros de la familia Brest.

Habíase casado en primeras nupcias en Costantinopla con Catalina Bozari, hija de un médico del sultán; y en segundas nupcias con María Regneri, griega de Milo.

Tuvo cuatro hijos. Uno de ellos, Félix Brest, negociante en Esmirna, es quien nos ha dado estas indicaciones.

tativos las juicios para su memoria, sin exceptuar el de monsieur Ravaisson, quien hizo sobre esa materia un sabio trabajo, hasta demasiado sabio, escrito en un lenguaje de seguro muy académico y lleno de puntos de vista más ingeniosos que probatorios, pero en el cual cierto juicio preconcebido parece ir más lejos de lo que se proponía. El antiguo conservador del Louvre, por ejemplo, se complace en citar una conversación habida entre Luis Brest y el arqueólogo Morey, en 1867. Pues bien, habiendo muerto en Milo Luis Brest en 1862, tenemos fundamento para creer que esa conversación sólo pudo haberse tenido... en los Campos Elíseos.

En la noche del 8 de Abril de 1820, á la luz de las antorchas, fueron Brest, Bottonis y el hijo de este último á la cabaña de Yordos para contemplar á la que iba á convertirse en la perla de nuestro Museo de Antigüedades, y de la cual fué comprador nuestro Agente consular, pagando 500 piastras y dos trajes completos.

En 12 de Abril de 1820 se dirigió á M. Pedro David, cónsul de Francia en Esmirna, en los términos siguientes:

«Diré á usted, señor cónsul general, que un labriego acaba de encontrar en un campo suyo tres estatuas de mármol, representando una de ellas una Venus con la manzana de la discordia en una mano. Está un poco mutilada, rotos los brazos, partida en dos por la cintura. Sin embargo, eso no quita para que sea una buena obra. La otra representa el dios Hermes, y la tercera un niño pequeño.

«No obstante, las opiniones están muy divididas: mientras algunos de estos señores oficiales que la han visto dicen que no vale gran cosa, otros, por el contrario, dicen que es una obra hermosísima.

«Los habitantes, es decir los principales, quieren que le sea regalada al drogman acreditado cerca del capitán-pachá.

«He conseguido que nada se haga hasta que yo les dicte una resolución. Si desea V. que yo la compre por cuenta del Gobierno, le ruego me dé órdenes».

La víspera, 11 de Abril, M. Dauriac, comandante de la *Bonite*, había escrito también en el mismo sentido á M. Pierre David.

Algunos dias después, M. Duval d'Ailly, comandante de la estación naval de Levante, de paso por Milo y á bordo de la gabarra *Emulatión,* hizo á M. David una petición análoga á la que su colega Dauriac le habia dirigido.

M. David, fundándose en esas solicitudes oficiales, escribió entonces á nuestro embajador en Constantinopla, Marqués de Rivière.

En espera de la respuesta del poderoso representante de Francia, su subordinado Luis Brest veíase asediado de diversas maneras. Por una parte, un inglés le ofrecía 25.000 libras esterlinas por la cesión pura y simple de la estatua; por otra parte, aficionados de la localidad pretendían con alguna razón que Yorgos no había podido vender lo que regularmente no era de él, puesto que las antigüedades descubiertas en territorio otomano deben pertenecer de derecho á Turquía.

Nuestro Agente consular estuvo inquebrantable.

Un príncipe griego, Mussuris-Pachá, hasta intentó sublevar á la población de la isla; no habiendo podido conseguirlo, solicitó la intervención de Poizadé-Effendi, drogman de las escuadras otomanas, que giraba una visita á las islas para recaudar el impuesto. Este personaje, descontento de que no se le hubiera consultado antes, impuso á los principales de Milo una contribución extraordinaria; y Luis Brest, causa principal de esa cuota imprevista, la pagó de su bolsillo particular.

¡Cosa apenas creible: aunque esencialmente administrativa, esta multa no fué restituída á M. Brest sino después de innumerables formalidades!

El embajador no siempre respondía.

Un joven alférez de navío, que más tarde llegó á ser un almirante ilustre, Dumont-d'Urville, embarcado en la gabarra *Chevrette*, desembarcaba en Milo el 16 de Abril; vió la Venus y prendóse de ella con gran entusiasmo.

El embajador se decidió á obrar esta vez. Ya era tiempo, pues M. Brest tuvo que impedir diferentes tentativas de rapto de la estatua, una de las cuales estuvo á punto de consumarse.

Por intervención del Marqués de Rivière, el gran visir Abdulláh-Pachá dirigió el 10 de Octubre de 1820 á las autoridades de Milo el *takir* siguiente, cuyo original, escrito en turco y en griego, está en poder de M. Félix Brest y da una idea de la fraseología oficial turca. He aquí ese documento:

«Nos, Abdulláh-Pachá (alabado sea Dios) al visir y *capudhan-pachá*, primates y comisarios de la Isla de Milo.—Os participo que los Tratados entre la Sublime Puerta y Francia ordenan y mandan que se observen con fidelidad todos los artículos relativos á las cuestiones marítimas. Cuando buques de dicha Corte, de paso á la ida ó á la vuelta por vuestra Isla, desembarquen hombres para comprar víveres, deben de ser recibidos como amigos. También debéis conduciros respetuosamente, como es costumbre inmemorial, con el Cónsul de Francia residente en vuestra isla, para que los súbditos y el Cónsul de dicha Corte estén agradecidos y satisfechos de vuestro modo de obrar con ellos.

»Sin embargo, hemos sabido que habiendo llegado á vuestra isla Poizadé, drogman de la Armada Imperial, para el cobro de los impuestos, ha removido la cuestión de las estatuas vendidas á los franceses, castigado á los habitantes de la isla y causádoles perjuicio, diciendo palabras injuriosas, cuando cada uno es libre de vender sus propios bienes, sin que eso constituya delito. Su Excelencia el Embajador de Francia nos ha comunicado que dicho drogman pronunció palabras ofensivas, las cuales no confirmamos nosotros. Por estas causas, publicando el presente Buyuruldi imperial, ponemos en vuestro conocimiento, señores Primates y demás comisarios, que no sólo va contra nuestra intención que seais castigados sin motivo y que se profieran tales expresiones injuriosas, sino que Su Alteza Imperial no consiente de ninguna manera que se diga ni una palabra fría á los súbditos de una Monarquía

antigua amiga de la nuestra, como la Córte francesa, ni que el menor hecho atente contra los derechos de la amistad.

»Os ordenamos que en lo sucesivo os conduzcais amistosamente con los súbditos de dicha Corona. Y como el supradicho Embajador de la Corte francesa se propone regresar á Francia, si pasa por vuestra isla, recibidle con todas las atenciones y todos los honores debidos á su carácter, para que salga satisfecho y nos lo haga saber por carta.

»Por último, así como en tiempos pasados os condujisteis amistosamente con los súbditos de dicha Corona, en lo sucesivo os conduciréis de la misma manera para sernos gratos. Y si el drogman os ha sacado dinero sin razón, lo sabremos cuando aquí venga.

»Haced, pues, lo que os ordenamos y no hagais nada en contra.

»Constantinopla, 10 de Octubre de 1820.

»Publicado por el Diván del Bezmauié Imperial».

El conde de Marcellus, secretario de embajada, partió de Constantinopla con plenos poderes de su superior jerárquico.

El buque en el cual se embarcó llamábase *Estafette*, mandado por el capitán Robert. Al dar vista á la isla de Milo, la tripulación vió anclado en la rada un barco de Ragusa, el *Galaxidi*, hacia el cual bogaba con aspecto sospechoso un bote. Iba cargado con la Venus de Milo, robada por cuenta del príncipe Mussuris por un sacerdote griego llamado Ecónomos Vergi. Nuestros marinos se apoderaron de la estatua, transportándola á Constantinopla, desde donde fué al Louvre.

La aventura tuvo un término bastante chusco. Uno de los predecesores de M. Ravaison no aceptó fácilmente el regalo hecho al Museo, de que entonces era conservador, porque (según sus propias palabras) «aquella obra sin firma le parecía de poquísimo interés.»

Tales son las peripecias del descubrimiento y traslación de la Venus.

Plantéase en seguida un problema candente: ¿cómo era

primitivamente, ó por lo menos cuando se hizo su descubrimiento?

La primera idea que se ocurre al contemplar ese torso divino, ante el cual nos tenemos por bárbaros, es esta: el escultor, presa de entusiasmo análogo al que un día se apoderó de Miguel Angel y que le hizo dar un martillazo en la rodilla á su Moisés, exclamando «¡habla, pues, ahora!», pudo él mismo romper los brazos de propósito, los cuales encajaban entonces como en marco esas bellezas sobrehumanas que nada disimula ya hoy (sabido es que los griegos hicieron de sus cariátides unas admirables mancas); pero esta audacia de artista es un supuesto más que gratuíto, en el cual no podemos detenernos.

La Venus tenía brazos.

Pretenden unos que se apoyaba en un personaje, un dios Marte, á quien desarmaba ella, ó mejor, hacia el cual se inclinaba para elevarle hasta ella misma; otros, que estaba aislada, dirigiendo el brazo derecho á su túnica, próxima á caerse, mientras el izquierdo sostenía la manzana. Nos afiliamos á este último partido y hasta creemos que la estatua debía de ocupar una hornacina en el teatro de Milo, á causa de una negligencia de trabajo que se nota en la parte posterior y que de otro modo no se explica.

Además, probablemente pertenece á la escuela de Lisipo, y, con toda seguridad, su cabeza está inspirada en la Venus de Cnido de Praxiteles.

Pero, ¿se deja sentir en absoluto la necesidad de dar un acompañante á la Venus de Milo? Del hecho de que muchos monumentos antiguos (como los sarcófagos, las medallas, las piedras grabadas) representan á veces mujeres contemporáneas de la estatua, en la misma actitud que ella y unidas á otro personaje (Marte, Tirteo, Teseo, á veces Esculapio, ó un combatiente descansando, como el guerrero Borghèse) ¿debe inducirse que formaba parte de un grupo y no era, además, sino una reproducción, aunque genial de seguro, de un prototipo creado en las grandes épocas? Pero, en este caso se ocurre una

oria objeción. Venus, asunto principal del grupo, hubiera tenido en ese caso á su izquierda á su acompañante. Pues bien: en la antigüedad, el personaje de categoría inferior está siempre á la derecha; luego es preciso abandonar esa suposición.

En el Louvre hay dentro de un pequeño escaparate de cristal un brazo encontrado junto á las ruinas del teatro de Milo, en los campos de Yorgos; termina por una mano apretando una manzana. Es más que temerario el afirmar que pertenece á la Venus. Sin embargo, puesto que en otro tiempo se recargó á la diosa con un brazalete y probablemente con otros adornos de metal (como una diadema), puede suponerse también que la rotura de los brazos no es reciente y procede de una época en que la estatua pudo ser objeto de un remotísimo intento de restauración. Quatremère de Quincy admitía esta hipótesis.

Los arqueólogos dicen que no tenía brazos cuando fué descubierta. Entonces, ¿qué significan los testimonios siguientes?

El 12 de Abril de 1820, M. Brest escribió á M. David:

«Tiene en una mano la manzana de la discordia», como se ha visto más arriba.

La carta del 25 de Abril, dirigida por el Cónsul general de Francia en Esmirna al embajador francés en Constantinopla, está concebida en estos términos:

«El señor comandante Dauriac me escribe desde Milo, con fecha del 11, que tres días antes se encontró en dicha isla por un campesino, que hacía cavas en su campo, una estatua de mármol blanco, representando á Venus en el acto de recibir la manzana; es de tamaño mayor que el natural; hasta ahora no se tiene de ella más que el busto hasta la cintura.

»Ese oficial fué á verla, pareciéndole bien conservadas la cabeza y la cabellera. Así la ha visto el señor comandante de la *Estafette* y ha encontrado bien modelado el torso; él podrá dar más detalles á Vuecencia.

»Hase dicho al campesino que su descubrimiento era de gran valor. Hay personas que ya le han ofrecido 1.000 pias-

tras, según asegura M. Dauriac. M. Brest obtuvo de los primates que la estatua no se vendiese hasta nueva orden. Vea Vuecencia si quiere tomar sobre sí la carga de hacer esta adquisición para el Real Museo. Será para Vuecencia una gloria el haber enriquecido este gran depósito de las Artes.

«P. S.—Acabo de recibir una carta de M. Brest; anuncia que el mismo campesino ha encontrado otras dos estatuas, una representando al dios Hermes y la otro un niño pequeño. Me hace observar que hay divergencia de pareceres, pues algunos de nuestros oficiales no creen de gran mérito esas estatuas, y otros las consideran como obras bellas. Pero la opinión de nuestros marinos no puede sentar autoridad en esta materia; necesitaríamos que las viese un artista, y no hay ahora ninguno en Esmirna. Me escribe M. Brest que los primates quieren regalar esa estatua al drogman agregado al capitán-pachá.

«Nuestro Agente consular ha conseguido que nada se disponga acerca de ello antes de darles á conocer la decisión que reclama, y me propone que haga compar ese mármol por cuenta del Gobierno. No me atrevo á tomar á mi cargo semejante gasto; ruego á Vuecencia que me dé órdenes lo antes posible».

Al margen de este despacho está escrito de mano del embajador: «La estatua podrá restaurarse».

¿No parece probado, por las noticias que se le dieron, que la estatua tenía brazos? Porque, ¿cómo hubiera pensado en una restauración, si la Venus hubiese estado tan mutilada como hoy lo está?

El informe de Dumont d'Urville, publicado por los *Annales maritimes*, es un documento de capital importancia.

«El 19 (de Abril) fuí á visitar algunos trozos de antigüedades descubiertas pocos días antes de nuestra llegada. Como me parecieron dignos de atención, voy á consignar aquí algo por extenso el resultado de mis observaciones.

»Encima de un ribazo pedregoso, no lejos del pueblecillo

moderno llamado Castro por los habitantes y conocido por la mayoría de los marinos franceses con el nombre de Six-Fones *(Seis-Hornos)*, descubrióse pocos años ha un bien conservado anfiteatro de mármol, adquirido luego por el príncipe de Baviera. Todo alrededor, el terreno está sembrado de fustes de columnas y trozos de estatuas. Encuéntranse acá y acullá enormes fragmentos de murallas de una construcción muy sólida; y recientemente, por la curiosidad de los extranjeros y la codicia de los habitantes, se han descubierto varios sepulcros de importancia. En fin, todo indica que en ese montecillo debió de estar construída Milo.

»Unas tres semanas antes de nuestra llegada á Milo (por lo que acaba de leerse, dicho tiempo hay que reducirlo á once días), cavando su campo un aldeano griego encontró algunas piedras labradas.

»Como esas piedras tienen cierto valor, esta consideración le indujo á cavar más hondo, y así consiguió descubrir una especie de nicho dentro del cual había una estatua de mármol, dos Hermes y algunos trozos también de mármol. La estatua era de dos piezas, unidas por medio de dos fuertes abrazaderas de hierro. El griego, temiendo perder el fruto de su trabajo, había hecho depositar en un establo la parte superior, con dos Hermes; la otra, aún estaba en el nicho. Visité todo ello con atención, y esos diversos trozos me parecieron de buen gusto.

»La estatua, cuyas dos porciones medí por separado, tenía unos seis pies de altura. Representaba una mujer desnuda, cuya mano izquierda levantada, sostenía una manzana, y la derecha un ceñidor hábilmente plegado y cayendo al descuido desde los riñones hasta los pies; ambas manos han sido mutiladas y en la actualidad están desprendidas del cuerpo. Los cabellos están levantados por detrás, sujetos por una cinta. La cara es hermosísima, y estaría bien conservada si no estuviese un poco rota la punta de la nariz. El único pie que queda está desnudo; las orejas están agujereadas y debieron

tener pendientes. Todos estos atributos parecen convenir bastante á la Venus del juicio de Páris; pero, entonces, ¿donde estarían Juno, Minerva y el hermoso pastor? Verdad es que se encontraron al mismo tiempo un pie calzado de coturno y otra tercera mano; por otra parte, el nombre de la isla (Milo) tiene las mayores relaciones con la palabra que significa manzana.

»¿No estará indicada esta analogía de palabras por el principal atributo de la estatua?

»Los dos Hermes que la acompañaban en el nicho no tienen nada de notable; su altura es de tres pies y medio; uno de ellos tiene cabeza de mujer ó de niño, y el otro tiene cara de viejo con larga barba. Encima de la entrada del nicho había un mármol de cuatro pies y medio de longitud y seis á ocho pulgadas de anchura. Tenía una inscripción, cuya primera mitad es la única respetada por el tiempo, habiéndose borrado por completo la otra mitad. Esta pérdida es inapreciable; quizá nos hubiera dado alguna luz respecto á la historia de esa isla, que todo prueba haber sido muy floreciente, y cuya suerte ignoramos por completo desde la invasión de los Atenienses, es decir desde hace más de veinte siglos. A lo menos hubiéramos sabido en qué ocasión y por quién fueron consagradas esas estatuas. Sin embargo, copié con cuidado los caracteres que aún quedaban de esa inscripción; y puedo garantizarlos todos excepto el primero, del cual no estoy seguro. El número que indico para la parte borrada ha sido estimado según el espacio que ocupan las letras visibles.

»El pedestal de uno de los Hermes también debió tener una inscripción, pero los caracteres están borrosos y me fué imposible descifrarlos.

»A nuestro paso por Constantinopla, habiéndome preguntado el señor Embajador acerca de esa estatua, le dije lo que pensaba respecto á ella; y entregué al secretario de embajada, M. de Marcellus, copia de la noticia que acaba de leerse. A mi regreso, el señor Embajador me hizo saber que la había

adquirido para el Museo é iba embarcada á bordo de uno de los buques de la estación naval. Luego supe que M. de Marcellus llegó á Milos en el mismo momento en que la estatua iba á ser embarcada con otro destino; pero que, después de diversos obstáculos, este amigo de las artes logró por fin conservar para Francia esa preciosa reliquia de la antigüedad.»

M. Matterer, oficial de Marina, antiguo compañero de Dumont d'Urville y autor de una biografía de su ilustre amigo, publicada en 1842, escribió, según Juan Aicard, una nota, en la cual decía: «Vimos la estatua en la choza: el brazo derecho estaba roto al nivel de la sangría; pero existía el brazo izquierdo, con la mano izquierda levantada al aire y sosteniendo una manzana. Si hubiese tenido rotos los dos brazos cuando la vimos, no se le hubiera ocurrido á Dumont d'Urville la idea de llamarla *Venus Victrix*.» ¿Qué más puede añadirse? Enrique Rochefort, algo pariente del marqués de Rivière (1), recuerda haber oído decir que cuando fué embarcada la Venus era menos completa que en el momento de descubrirla. M. de Clarac, en su noticia de 1821, escribió: «Los hombres están echados á perder; las huellas de las maromas con que se ató la estatua y que ensuciaron el mármol, indicaban que fué arrastrada á lo largo de la ribera para conducirla al buque griego. Pero el mayor daño consiste en la pérdida de una parte de los brazos, pérdida que pondrá largo tiempo y quizá siempre en el potro á los anticuarios.»

A nuestro parecer, para contemplar la Venus de Milo desde su punto de vista más admirable no se debe seguir la galería al cabo de la cual se advierte; es preferible ir por la sala

(1) M. de Saint-Maur, antes de casarse con la Srta. de Rochefort-Lu çay, hermana mayor del padre del director del *Intransigente*, estuvo por primera vez casado con la Srta. de Rivière, hermana del Embajador en Costantinopla que donó al Museo del Louvre la Venus comprada por Luis Brest.

del Tíber, pasar por delante del Marsias y la Palas de Velletri, hasta la Melpómene; se levanta una cortina roja y se os aparece la incomparable estatua. Su altivez enteramente viril os confirma en la idea de que, en efecto, aquella es una Venus triunfante, desdeñosa de sus rivales; no la Venus que recibió el premio de belleza del pastor Páris, porque la leyenda del monte Ida es relativamente moderna, sino la gloriosa patrona de Milo, teniendo en la mano la manzana, símbolo de paz y de felicidad divina, y cuya forma recuerda el nombre y la configuración de la isla. El verdadero punto de vista es contra esa cortina. El cuerpo se vuelve con ese movimiento celebrado por Virgilio al hablar de la madre de Eneas; la cara está de frente por completo, intencionalmente pequeña; y el talle, que parece en extremo robusto cuando se está mal situado para verlo, se manifiesta allí con una dignidad y una gracia inexplicables. Su rostro no respira orgullo; hace un leve mohín imperceptiblemente arrogante, como un signo de superioridad y de raza apenas indicado, con ese sentimiento de justa medida y de discreción que constituye todo el arte de los griegos. Ante esa inimitable obra maestra se olvidan todas las mutilaciones que ha sufrido.

«Dejad obrar el encanto», dice Paul de Saint-Víctor. «Fatigados por las dudas y angustias del pensamiento moderno, descansad al pie del mármol augusto, como á la sombra de una encina antigua. Muy pronto entrará en vuestra alma una paz profunda.... La estatua os envolverá con sus lineamientos solemnes, os sentiréis como enlazados por sus brazos ausentes. Os elevará sin notarlo á la contemplación de la belleza pura. Su serena vitalidad pasará á vuestro ser. Haránse la luz y el orden en vuestro espíritu, obscurecido por vanos ensueños, asediado por fantasmas gigantescos. Vuestras ideas tomarán el sencillo giro de los pensamientos antiguos. Os parecerá renacer en la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con leve pie la tierra primaveral y el sueño ruidoso de los dioses resonaba bajo las

bóvedas del Olimpo, cual un trueno juguetón en un cielo sereno.»

Pero, una vez disfrutados esos goces artísticos, nos apartamos de allí con tristeza al ver en el pedestal los únicos nombres de Marcellus y de Rivière y no los de Yorgos Bottonis y Luis Brest, ausentes por injusto pero no irreparable olvido.

JUAN FUGAIRON.

(De la *Neuvelle Revue Internationale.)*

BRIZNAS DE IDEAS

En moral, todo es relativo. Hombre político hay que tendría escrúpulo de decir una mentira hablando con una persona sola, y miente con impudencia y sin remordimientos ante mil electores, en una reunión pública. Mujer de sociedad hay que no se atrevería á despechugarse delante de sus amigos, y se deja ver medio desnuda en un baile, si la moda lo exige.

*
* *

El sentimiento vago y constante de nuestras impotencias, de este anfiteatro de obstáculos escapados é insuperables que aprisionan dentro de su círculo estrecho nuestros vastos deseos; la continua aprensión de lo desconocido, de los riesgos sin nombre y sin número, de las enfermedades horribles, de los tormentos del corazón, de las calamidades de toda especie con que el porvenir nos amenaza en espera de la muerte; por último, la certeza de morir algún día, en la cual no pensamos de continuo, pero que siempre nos impresiona inconscientemente como el contacto de nuestros vestidos ó el calor

del medio que nos rodea; todo esto, ¿no forma un conjunto de impresiones densas que comprimen con su continua pesadumbre, comparable al peso del aire, nuestra necesidad esencial de dicha, de poderío, de seguridad en grado infinito? Y así como basta una ínfima variación en más ó en menos de la presión atmosférica para hacer sonreir ó llorar al cielo, acaso todas nuestras tristezas y alegrías, todas nuestras angustias y expansiones de ánimo, ¿no se deben en el fondo á insignificantes agravaciones ó á mínimos aligeramientos de nuestra habitual opresión, según olvidamos un tantico más ó menos la muerte, nuestra inanidad, nuestro mísero destino? El colmo de la desventura consiste en que ese peso interior, que agobia, es casi tan necesario para nuestra salud moral y mental como la carga de nuestra columna de aire lo es para el equilibrio de nuestros órganos. Olvidar por completo que somos mortales, perder el sentimiento de la resistencia invencible de las cosas ó el de los peligros posibles, como lo hacen los ambiciosos, es caer en demencia. En el momento en que uno se hace dios, se vuelve loco.

***

En otro tiempo el mundano se contraponía al devoto; ahora se contrapone al sabio.

***

El hígado es una fábrica de azúcar, pero también es una fábrica de hiel. En esto se parece al corazón.

***

¿Merece la vida vivirse? ¿Merece la verdad pensarse? Pueden caber dudas de ello. Pero, ¿quién dudará nunca de que la belleza merece ser amada, y sobre todo la bondad?

***

No se concede al colectivismo lo que le es debido. Cuando Tertuliano escribe: «Todo es común entre nosotros, menos las mujeres», no comprendo el por qué de esta excepción. Tampoco la comprendieron aquellas sectas heterodoxas de la Edad Media, en Italia y en el Languedoc, que para realizar plenamente el ideal comunista practicaron la proximidad de sexos.

***

El amor no es tan mortal para la curiosidad sino porque él mismo es una curiosidad estrecha y exclusiva, pero intensa: la avidez de experiencias dolorosas, más interesantes que la exploración de todo el universo. No es tan mortal para la actividad sino porque ata más que el resto de las ocupacions.

***

Las mujeres engañan mucho, pero también son lo que menos engaña.

***

El hombre miente tanto y más que la mujer; pero preciso es convenir en que sólo la mujer sabe mentir con gracia y tiene el gusto innato de hacerlo. La franqueza ruda no es en ella una cualidad, sino una especie de vicio adquirido por el contacto con el hombre, como el impudor cínico. Imaginad que el Alcestes de *El Misántropo* sea una mujer: no podría sufrirse.

La Sra. X. tiene pintoresco el ingenio y uniforme el carácter: tipo raro y encantador. Por el contrario, la Sra. Z. es llana de ingenio y abrupta de carácter: tipo muy difundido.

***

El ingenio es la imaginación seca y nerviosa, pero que no ha cambiado de naturaleza por haber adquirido más enflaquecimiento y agilidad.

***

La Bruyère parece extrañarse de que las mujeres luzcan «los hombros, la garganta, los brazos *y las orejas*». Admírese esta gradación. ¿No hace eso pensar que, cuando escribía tales palabras, era muy reciente la moda de enseñar la oreja y por ende parecía muy inconveniente, aún más que la de lucir la garganta y los brazos?

***

¿Nohabéis notado esto? Conforme avanza en edad un novelista ó un dramaturgo, avanza también la de sus protagonistas y heroínas. Al principio, éstas tenían 18 años, aquéllos 25. Después llegan á tener las segundas 20, 22, 28, 38, hasta 40 años, y los primeros 30, 40, 50..... No se sabe dónde se detendría este progreso, si no se le cayese de las manos la pluma al literato senil.

***

Con razón temen toda mudanza las personas entradas en años. La uniformidad de su vida es lo único que puede disimular su declinación; lo inmutable de sus costumbres es lo único que puede producirles la ilusión de la inmortalidad. Repitiendo todos los días los mismos actos en los mismos lugares y en el mismo medio, se persuaden vagamente de que no han cambiado.

***

Ser pesimista es hacer gala de una desilusión absoluta, y esto mismo es una ilusión.

***

Despreciad muchas cosas, no despreciéis ni envidiéis á ninguna persona. No seais envidiosos más que de su independencia.

***

Por un pensamiento de La Bruyère se ve que en su tiempo era indecente para un magistrado ir al teatro.

***

Entre los inventos industriales y militares hay, además de otras muchas, esta diferencia: cada nueva máquina para uso de la industria produce el efecto de hacer despedir á cierto número de obreros; al paso que cada nueva máquina de guerra exige nuevo contingente de soldados.

G. Tarde.

(Revista Azul).

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Perfidia y maquiavelismos de los yankees en sus relaciones con España.—Perturbación sistemática y continua llevada por ellos á Cuba, en prueba de que no pueden los cubanos gobernarse á sí mismos.—Protestas naturales contra estos maquiavelismos y perfidias.—Repetición en Cuba por un pueblo libre, del crimen cometido por los reyes absolutos en Polonia.—Cuestión de Cuba.—Importancia y trascendencia de la cuestión cubana.—Interés universal por ella despertado.—Método seguido por los estadistas de la revolución y método seguido por los estadistas de la restauración en los conflictos cubanos.—Facilidad con que los revolucionarios convertimos la guerra en un pleito vulgar.—Monomanía de las grandezas.—Julio Ferry, Francisco Crispi, Antonio Cánovas.—Las guerras tropicales no pueden jamás confundirse con las guerras europeas porque no es natural en aquellas la naturaleza.—Nuestros soldados no pelean jamás con los enemigos, pelean siempre con los elementos.—Sucesos artísticos.—Algunas consideraciones sobre mitología é historia.—Reflexiones.—Conclusión.

I

No conozco perfidia tan criminal como la que usa el gingoe yankee en sus procederes y en sus relaciones con España. La fe púnica, baldonada por todos los historiadores latinos, las traiciones y los embustes de aquellos reyes que fundaron la unidad de sus reinos en una diplomacia verdaderamente criminal, el maquiavelismo formulado por el gran pensador de Florencia, se quedan atrás y solos, ante la política de los gingoes consagrados á astraer de una guerra civil desgraciada, en daño de nación amiga y cercana, nada menos que una violenta y horrible conquista. Parece imposible hayan los ciudadanos

de América podido dar á mortal desdén principios tan justos como aquellos que presiden á la moderna democracia republicana. No lo creeríamos si á ciencia cierta no lo supiéramos, que se haya constituído en América un verdadero Sindicato con objeto de comprar Cuba como se compra un predio, y cabezas de cubanos, como se compran cabezas de ganado. Aquella idea de la patrimonialidad de los reinos, idea feudal, traída de allende por Sancho el Mayor á Navarra, bajo cuyo numen dividió sus territorios en pequeñas porciones y entregó estas porciones á sus hijos en herencia, esta idea, invisible por inadaptable á nuestras costumbres y á nuestro pensamiento, se reproduzca en estos días, cuando se han redimido del antiguo yugo todos los pueblos civilizados y se ha puesto al frente de las Constituciones el principio divino de los humanos derechos. Y este Sindicato, esta Sociedad que intenta explotar las desgracias de sus vecinos, como pudiera explotar plantíos ó minas, tiene su Gobierno, sus Cámaras, su ministerio de Hacienda, su papel moneda, su emisión de acciones cotizadas y cotizables, imposiciones de tributos á sus asociados; especie de nueva nación erigida dentro de la nación legal y puesta como una catapulta de sitio y como una escala de asalto al pecho de nuestra Cuba.

II

El pueblo que primero personificó el espíritu moderno aparece, por los errores y por los crímenes de tales hijos espúreos, como el más apartado entre todos de las ideas progresivas, pues pretende comprar y vender, como si fueran cosas y objetos de mercancía, los hombres libres, los súbditos de un Gobierno independiente y autónomo. Tal compraventa infame, tal mercancía de nuevo cuño, tales cotizaciones inverosímiles, tales ofertas y demandas insólitas, no pueden de manera ninguna comprenderse y explicarse sino por un deseo de

los antiguos esclavistas, empeñados, como dementes reaccionarios, en rehacer y resucitar los antiguos bazares de la esclavitud, los antiguos mercados de negros. Pudieron ceder territorios españoles al mundo americano los Reyes absolutos, faltos por completo de ideas claras sobre la nación y sobre la humanidad; pero desde la hora y punto en que todas las Constituciones modernas consagran como indivisible bajo su grande y superior unidad los territorios nacionales, menguados aparecen aquellos que, perteneciendo á una democracia y á una República libres, intentan empujarnos en un movimiento regresivo hacia los horrores y los crímenes de la proterva Edad Media. Las enseñanzas de la experiencia nada hoy dicen á esa reacción ciega é imbécil como todas las reacciones. Hubo un tiempo en que los Estados Unidos trataron de comprar la isla de San Thomas. Y cuando la compra estuvo convenida y el precio de tal adquisición tasado, un asomo de sana política impidió aquella enorme insensatez para siempre. Hubo otro tiempo, más próximo á nosotros, en que la bahía de Samaná, tan útil para los Estados Unidos como la misma incomparable bahía de la Habana, se ofreció en venta solemne al General Grant, llegando éste á tasar el precio de tal venta. Pero una resolución de las Cámaras se opuso á este malhadado proyecto de la presidencia, y la codiciada bahía no entró en el acerbo común de los bienes americanos, quedando por completo en poder de sus poseedores naturales y legítimos.

III

E hicieron bien los Estados Unidos cuando desecharon tan horrible adquisición. El temperamento de tal sociedad no pertenece á los temperamentos de combate y conquista; pertenece á los temperamentos de trabajo é industria. Toda grande adquisición, especialmente si pertenece á pueblos tan indómitos y pundonorosos como los pueblos de raza española, impon-

drá por necesidad al Gobierno americano un ejército numeroso, una escuadra más numerosa todavía, un presupuesto enorme, una tributación excesiva, los dispendios imperiales de que surgen los Emperadores y nacen los Imperios. Todavía se comprende adquiera el Gobierno americano territorios asiáticos ó semiasiáticos, como las míseras islas que codicia en los derroteros de Asia; mas tierras cultas de origen hispánico, amasadas con la sangre hirviente de nuestras heroicas venas, henchidas de razas que hacen de la independencia y de la libertad su culto y su religión atávicos, podrán luchar por su autonomía propia y por su apartamiento de la Metrópoli, pero no en pro del poder de ninguna otra raza, ni del dominio de ningún otro pueblo, y mucho más si estas razas y pueblos son sajones, contradictorios por completo con la naturaleza y con la historia nuestras. Digan cuanto quieran los ilusos al ofrecer su mesías y su mesianismo á Cuba, que lo rechaza, podrá en esta isla existir y existirán muchos separatistas, pero en lo tocante á su reincorporación inverosímil con América, se oye una sola voz, que protesta contra tal deshonra y la rechaza. Los pueblos españoles en el Nuevo Mundo han pasado por guerras horribles, por dictaduras neronianas, por desmembraciones y apartamientos de sus provincias más feraces, por un atomismo de pueblos como el existente hoy en las regiones centrales, pero á ninguno se le ha ocurrido reclamar Gobiernos extranjeros y mucho menos Gobiernos dimanados de la raza inglesa, que hoy habita una parte considerable del nuevo continente. Proyectos de Zolverein americano, esbozos de Ligas americanas, reunión de asambleas continentales, todo se ha ensayado y todo ha tenido que marrar por el sentimiento natural de independencia que domina en los pueblos y en los corazones hispanos.

IV

Nunca poseerán los gingoes á Cuba. Existe allí el partido constitucional, el partido reformista, el partido de los autónomos, el partido de la separación, pero un partido que defienda la incorporación á los Estados Unidos con claridad y constancia no existe, porque lo ahogarían los sentimientos antillanos. El faccioso de la manigua quiere y aclama los Estados Unidos por la infame protección que le dispensa, mas no haría nada favorable á los Estados Unidos si alguna vez, por imposible, pudiese regular la suerte y la gobernación de aquella isla. Y este convencimiento de que nunca tendrán los gingoes á Cuba por más sindicatos que funden y por más subido precio que les señalen, debía, si tuvieran sentido político, ya que no tienen sentido moral, disuadirles de todo plan cuyo cumplimiento no podrá nunca realizarse, frustrado por las ideas y los afectos de aquel pueblo. El mundo civilizado no concibe la conducta del pueblo americano y la índole de sus procedimientos con España. Eso de favorecer una rebelión en que al incendio y al exterminio se apela contra todo el derecho de gentes, los hacen, no ya cómplices, reos del crimen quizás mayor que registra en sus anales cruentísimos la historia universal. Conspirar, arremeter contra la nación creadora de América, congregar expedicionarios piratas y lanzarlos á los mares como en el tiempo de los filibusteros históricos y de la esclavitud negra; constituir sindicatos que se corresponden á la continua con el faccioso incendiario de la manigua; juntar fondos, que han de concluir siendo una colosal estafa; poblar de naves semejantes á las antiguas naves negreras, tan voraces como los tiburones que las siguen, el mar de las Antillas; exponer su propio pueblo y sus propios conciudadanos á una guerra internacional, compone un conjunto de crímenes tan enorme, que deshonra

y envilece á los ojos de la conciencia humana, el pueblo capaz de fomentarlos ó consentirlos.

V

Al fin del siglo XIX se comete, por una República libre, atentado análogo al cometido por los reyes absolutos con la desmembrada y destruída Polonia en fines del siglo pasado. Sin escrúpulo de ningún género, con voluntad completamente determinada por intereses egoístas, se pretende mostrar la imposibilidad absoluta de que una región y una familia españolas se gobiernen á sí mismas, echando en la hoguera de sus pasiones todos los combustibles destinados á mantener y aumentar el incendio. Repiten los republicanos de América el mismo proceder seguido por los déspotas europeos con los súbditos y los ciudadanos de Polonia. Después de dividir sus Dietas, conspirar contra sus reyes, encender los odios de los partidos entre sí, levantar facciones en armas, clamaban para que Polonia desapareciese, y á su tutela se entregase por incapaz de gobernarse á sí misma, incapacidad que sostenían y sustentaban sus implacables y tiranos enemigos. Así ahora el pueblo americano da esas infames ciudadanías dobles que permiten desgarrar los senos de un pueblo amigo, bajo los resplandores del pabellón estrellado; mantienen los delirios y las supersticiones de tantos suicidas insurrectos, aun sabiendo la imposibilidad absoluta de que prevalezcan y triunfen sobre su incontrastable metrópoli; arman asociaciones encargadas de minar la independencia de una isla cercana; expiden á la manigua cooperadores de la rebelión insensata y los amparan bajo su Gobierno, y los defienden ciegos contra el castigo de que se han hecho merecedores, sosteniendo con nosotros la guerra de peor género y de peor intención que ha visto jamás América; y luego, cuando á merced de estas manipulaciones yankees, las maniguas arden, los trenes descarrilan, los caña-

verales quedan valdíos, las fábricas caen asaltadas por los facciosos, el aire se corrompe y envenena, atribuyen á nuestra incapacidad para el gobierno de la Isla los crímenes difundidos por su perversa intención y por su perdurable malquerencia.

VI

El proceder de los reyes con Polonia se ha renovado, repito, por los demócratas, en Cuba, y estos procederes malvados tienen siempre un castigo, porque no puede prescindirse de la conciencia en el hombre y de Dios en el Universo. La justicia llega por caminos misteriosos, por sucesos inesperados, por catástrofes súbitas, pero llega, tarde ó temprano, siempre. Acababan de cometer los déspotas la descuartización de Polonia creyéndose facultados para todo, indemnes de todo, impunes en todo, y de súbito unos suben al cadalso, caen de sus tronos otros, ven penetrar en sus palacios las huestes republicanas, desprenderse de sus sienes las coronas de derecho divino, trocarse la Europa entera en una confederación constitucional y fundirse los viejos ídolos desde las alturas, mientras se apoderaban las nuevas creencias de todos los espíritus. Moscou tiene que suicidarse como Nínive ó Babilonia; Berlín tiene que caer tras Jena bajo las plantas de los soldados que continúan el poema épico de Valmy; Viena pide con la rodilla en tierra el tálamo de los verdugos de sus archiduquesas para una hija suya, reina en el Nápoles de los Borbones, un soldado de fortuna y en el Stokolmo de los Gustavos un pobre notario de Navarra; el Papa cae cautivo de la República y el Rey de nuestra España se huelga llamándose cortesano del César democrático, porque Dios quiere que estos crímenes reciban el condigno castigo y que la justicia y el honor queden vengados en un terrible y sangriento y universal desquite. Los germanos caídos sobre Roma llevaron en sus teas la venganza pedida

por los mismos gladiadores en el circo, y algún d a, cuando América logre convertir la tierra cubana en tierra negra, mandada por los negros, éstos se acordarán de los dolores y de los tormentos sufridos por sus padres, y llegará una hora, prevista por todos cuantos ven las oscilaciones y los cambios de las razas, en que arda el capitolio de Washington incendiado por teas cortadas en esas maniguas de Cuba, donde soplan los indignos nietos de Washington la discordia y la guerra.

VII

La cuestión cubana sobrepuja en alto y vivo interés á todas las cuestiones continentales é intercontinentales que hay planteadas y extendidas en el planeta. Inútilmente Francia trata de sus próximas elecciones y eleva discursos numerosos con sendos programas cada uno, ya de oposición, ya de gobierno; en vano Italia reanuda alianzas con Inglaterra en requerimiento de su indispensable seguridad mediterránea; en vano el imperio austriaco amenaza excindirse por las competencias y luchas entre las tribus y razas diversas, que llegan desde los griegos hasta los turcos, y que no se rinden jamás á la superior unidad imperial; en vano Alemania pugna con su Emperador, que pide y desea numerosas escuadras, negadas por su Parlamento; en vano se desarrolla cada día más y se afirma el pacto franco-ruso, que ha rehecho el equilibrio europeo; en vano los tratos de paz entre Grecia y Turquía se dilatan promoviendo mil enojosas cuestiones; en vano aglomera el imperio sajón sus naves en Malta con indicaciones de que defenderá el Niger y las posesiones al Niger cercanas, si es preciso con una guerra, mientras iza el imperio germánico su pabellón en territorio chino, so color de proteger á los cristianos: nadie se cura de todos estos problemas y todo el mundo vuelve los ojos á la isla que arde bajo un tremendo incendio sobre los mares de las Antillas y so los cielos del trópico. Con-

sejos de la diplomacia europea, artículos de las más importantes publicaciones, tratados y estudios de las revistas principales, hasta conversaciones privadas en Londres y en París y en Viena y en Berlín, ponen sobre todos los asuntos el asunto cubano, á causa de la importancia que siempre tuviera nuestra patria en la Historia y del choque tremendo que puede sobrevenir por el problema cubano entre dos continentes.

VIII

Así habremos de consagrar á este problema especial atención. Yo no sé cómo nos las compusimos en los tiempos revolucionarios, que, teniendo la cuestión cubana el mismo aspecto guerrero de hoy, nunca embargó nuestros ánimos, ni agitó nuestros nervios, ni alarmó nuestros intereses, ni trascendió á la política interior y extranjera, como trasciende la cuestión cubana presente, de una exacerbación y de una gravedad incalificables. Los revolucionarios supimos no desangrar al país con esos numerosos ejércitos de ahora, que han tendido agostada la flor de nuestra juventud sobre la proterva manigua; los revolucionarios declinamos en Cuba el gasto de la guerra, puesto que la sostenía Cuba, y ocurrimos á las bajas con recluta voluntaria, bien pagada y bien satisfecha; los revolucionarios nunca nos dividimos en la cuestión cubana, teniéndola todos por una cuestión eminentemente nacional; los revolucionarios aislamos la guerra en Oriente, imposibilitada de invadir los feraces campos del tabaco, del café y de la caña, intangibles por una sabia defensa, é intactos durante todo el período de la revolución; los revolucionarios contestamos á los Estados Unidos con la noble altivez que cumple á un pueblo conocedor de su fuerza, y redujimos la guerra transatlántica en términos, que no pasó nunca de un pleito vulgar y ordinario, aunque tuviera fecundidad tristísima de daños y perjuicios para la patria. Entonces la guerra tuvo una grande orga-

nización, las familias más patricias del antiguo régimen colonial y esclavista la dirigieron; hombres de gobierno, muy probados y muy expertos, la gobernaron; una Constitución muy bien formulada contuvo sus principios, y un partido muy bien nutrido la mantuvo con sus holocaustos de sangre y con sus tributos de dinero. Pero todo supimos superarlo, dejando la guerra en tales términos reducida, que, por su poca importancia, sólo podía compararse á la sustentada en período de treinta y más años por los holandeses de Sumatra.

IX

Pero hemos llegado á una edad en que pasa por Europa entera el viento de esa manía de las grandezas, que tanto se parece, aunque por opuesto sentido, á la otra manía llamada de las persecuciones. Reclusas dentro de sus límites las viejas nacionalidades europeas, han soñado con las grandezas coloniales, y han convertido por su mal, en problemas inmensos, dificultades vulgarísimas que acaso hubiéranse podido superar mejor y con más acierto reduciéndolas á términos modestos y apreciándolas en menos. Tres grandes hombres contemporáneos han sufrido golpes tremendos de la suerte por generosas ambiciones patrióticas que les movían á empresas dignas de su genio, pero inadecuadas al punto y al tiempo en que se plantearan. Hacer grande, muy grande, intentar cosas extraordinarias, fué la idea de Ferry en Asia, la idea de Crispi en Africa, la idea de Cánovas en América. Y el primero cayó del Gobierno y desapareció ante sus conciudadanos para siempre, sin alcanzar una rehabilitación justa, sino á la hora de su muerte, por el Tonkín; á su vez el segundo, estadista de gran fuste, muy enérgico y muy tenaz, perdió el Gobierno y la dirección de su Italia, por Eritrea; mientras el tercero, el mayor de los tres por su alta elocuencia y por su profundo entendimiento, nos ha dejado la cuestión cubana, el día de su terri-

ble muerte, metida en inmensa laguna de lágrimas y sangre. No pueden medirse las guerras tropicales en territorios apartadísimos, caldeados como un horno por cielos ardientes, como se miden las guerras europeas. En Europa el clima se nos aparece neutral entre los combatientes, en el Trópico está por nuestros enemigos y contra nosotros, elemento de suyo tan vital como el clima. Y cuando expedimos nuestros soldados de aquí, los expedimos para que combatan con los hombres, y luego, al llegar allí, tienen que combatir estos infelices, héroes y mártires á un mismo tiempo, con los elementos. No hay nada que suscite tanto el entusiasmo en el soldado español como tener visible y palpable su enemigo enfrente, pero nada que lo rinda y lo desespere como luchar, no con facciosos en armas, con invisibles microbios.

X

Debimos, indudablemente, considerar que guerras como las guerras tropicales, mantenidas desde puntos inaccesibles, ayudadas por maniguas inestricables, servidas por el cólera disuelto en las aguas y por la fiebre palúdica disuelta en los aires y por el vómito tan asolador y espantoso, deben sujetarse á reglas diversas de las que rigen los grandes combates europeos. Cuando no se acude á ningún llamamiento, cuando no se acepta ningún reto, cuando no hay espacio siquiera donde citarse á combatir, cuando el enemigo huye y hurta el cuerpo en todas direcciones, cuando se libra á las enfermedades el estrago que hacen los combates heroicos, se necesita someter á esta fatalidad inevitable el plan de una guerra que no puede medirse por nuestras experiencias y que no puede saberse por nuestra táctica, pues el mayor número, decisivo en todos los empeños guerreros, aquí resulta muchas veces para la persecución de los facciosos y para el triunfo sobre sus desparramadas huestes, una verdadera im-

pedimenta. Son indispensables las largas aclimataciones, indispensable una gran adaptación al medio ambiente predecesora de la guerra, indispensable poseer un ejército colonial de que pueden darnos base y ejemplo los heroicos voluntarios cubanos y las milicias filipinas que nos han servido en estos últimos trances, para seguir las guerras tropicales en que huelgan los soldados bisoños que suelen ir como borregos y tornar como sombras. Así es indudable que nuestra guerra de Cuba, la cual habría de resolverse siempre por la victoria definitiva de la Península sobre sus ingratos colonos, hubiera ahorrado numerosos males y hubiera tenido aspecto menos agudo ahora, si en vez de aglomerar allí tal número de gentes como jamás los contara la Historia trasladados del viejo mundo al nuevo, nos redujéramos á guardar nuestras poblaciones y á impedir por las trochas y demás métodos ya sabidos desde otros tiempos, el paso de los rebeldes desde las estériles zonas de Oriente á las feraces zonas de Occidente.

XI

Amén de todo esto, yo he creído y sigo creyendo que no debiera la cuestión de Cuba promover partidos contrarios y suscitar fórmulas diversas de solución, cuando nosotros hemos sido provocados por la manigua, y ya provocados, heridos, puestos en la necesidad inevitable de salvarnos ó defendernos, debiendo por esto responder á la guerra con la guerra. ¿Qué significa eso de programas opuestos, de soluciones contradictorias, como si de un pueblo se tratase sobre quien ejerciéramos dominio entero y pacífico? Yo he visto que al promoverse la guerra separatista en los protervos Estados yankes de la esclavitud, contra los Estados del Norte, jamás estos ofrecieron á sus contrarios ningún programa favorable á sus intereses: los exterminaron con todo cuanto pudieron. Las correrías de quinientos mil caballos por los campos del Sur, el incendio

de Rismond, asolado, la entrada en la grande Nueva Orleans, reducida como los pueblos rendidos por los déspotas antiguos á la miseria, el trato infligido á los facciosos cuyas tierras se calificaban de territorio tratándolas en aquel tiempo los vencedores como trataran siempre á los indios, demuestran que los Estados Unidos, quienes hoy nos exigen tantas blanduras con nuestros infames facciosos, han contestado la guerra con la guerra y han repelido la fuerza con la fuerza. Una guerra es un estado excepcional morboso, en que las funciones naturales y ordinarias de la vida se suspenden por fuerza, resultando hasta la nutrición tan indispensable á toda normalidad, esa nutrición que nos sustenta y mantiene, peligrosísima y dañosa. No conozco territorio en estado de guerra que no pida y necesite medidas excepcionales. Y cuando esta guerra cruel no recuerda ningún humano sentimiento, hasta valerse de la dinamita y de las balas explosivas pohibidas por el Derecho de gentes contemporáneo, lo excepcional del ataque impone una defensa también excepcional.

XII

Háse inaugurado el teatro de la Opera. Y tras esta inauguración se ha cantado una obra nueva del maestro Mancinelli, que se titula *Hero y Leandro*. Tal novedad lírica despierta en mi ánimo el recuerdo literario de una leyenda muy antigua titulada *Los amores de Hero y Leandro*, los cuales dieron inspiraciones sublimes á Ovidio en sus *Heroidas* y en sus *Geórgicas* á Virgilio. Así, voy á evocar estos amores, porque al evocarlos refiero el argumento de la ópera, tal y como se ha cantado en Madrid. Es interesantísima la leyenda, y se holgarán mis lectores con ella.

XIII

El amor, tal como Hero y Leandro lo sentían, aparece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Museo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como la naturaleza de las cosas y las metamorfosis de los seres por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las *Geórgicas* de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravillosísimo á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Geórgicas* está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala, como de pastoril zampoña ó de flauta recién cortada en las cañas, idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud, por primavera, lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres, y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, las miradas profundísimas de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y

han llevado tan encendida pasión hacia más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Savina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin curarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos, que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermosísima virgen, con la cual no podrá dormir en paz á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

XIV

Ovidio mismo, ese gran representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria, Roma, y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta tierna historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegiacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas familias rivales, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias.

Pero el amor no conoce la Historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu, y de la mirada despedida por unos ojos enamorados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas, cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religiones, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. El no tenía confidente alguno de su amor: compatriotas, familia, padres, amigos, todos lo ignoraban. En cambio, ella tenía la vieja nodriza, que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma suya vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad

del ser como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad alzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

XV

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforeo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los es-

fuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay! siquier corta en estrechos angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo se alargan al contacto del cuerpo. Hay un poeta, lord Byron, que ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminormando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió joven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar de Tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos aguijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya, naturalmente, á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas don-

de residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

XVI

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada, ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural, nervioso y curiosísimo, un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él, más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El náufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por

todo su cuerpo el hedor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba, fatigado y sudoroso, á las opuestas arenas, después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que riela con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Pero como el amor está muy cerca de la muerte, Leandro y Hero se ahogaron en aquellos mares, pasando así, tras su trágica muerte, á la leyenda y á la historia.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Noviembre de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Derecho administrativo comparado.—Análisis de los sistemas administrativos de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, por Francisco J. Goodnow, profesor de Derecho administrativo en la Facultad de Ciencias políticas del Colegio universitario de Nueva York. Tomo I: Organización. Un vol. de 369 págs.—La España Moderna, Madrid, 1897.—Su precio: 7 pesetas.

El libro del profesor Goodnow, excelente por muchos conceptos, es un digno y adecuado complemento de la obra del profesor Burgess, que La España Moderna ha comenzado á publicar en castellano, y de la que he hablado en uno de los números anteriores de esta Revista. El profesor Goodnow se propone, y lo consigue, exponer una doctrina positiva de la Administración y del Derecho administrativo, tal cual resulta prácticamente formulada como obra de los Derechos positivos de los cuatro grandes Estados políticos á que su estudio se refiere (Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania). Quizá debido á esto, y debido también al influjo más importante y predominante, hoy por hoy, en la mayoría de los grandes tratadistas de Derecho administrativo, el profesor Goodnow, sin examinar detenidamente en principio el problema de lo que es propiamente la Administración como función del Estado, toma aquélla en la acepción más corriente, según la cual la Administración es la función de ejecución, referida por otra parte, por el lado orgánico, á la totalidad de las autoridades

ejecutivas y administrativas. (V. págs. 14 y 15 de la obra) (1). Fundándose en este concepto positivo de la Administración, el autor define el Derecho administrativo, como el Derecho que rige las relaciones de las autoridades ejecutivas y administrativas del Gobierno (pág. 13).

El plan desarrollado por el profesor Goodnow en su primer tomo de su obra, que trata de la organización (2), está muy bien pensado, y en parte impuesto por el carácter *comparativo* del estudio de las instituciones administrativas. Bajo el epígrafe general de *La división de los Poderes*, en el libro primero, expone los puntos de vista doctrinales de orientación crítica y de construcción sistemática del Derecho y organización administrativos. Es importante, en extremo, el capítulo IV, por las rectificaciones fundadísimas que de la formalísima teoría de la división de los poderes hace; pero quizá lo es más aún en el capítulo siguiente, en que trata de las relaciones de la autoridad ejecutiva con las demás (legislativa y judicial), sobre todo en la parte que se refiere á las relaciones con los Tribunales, por la teoría que desarrolla acerca de los actos del poder, políticos, legislativos, contractuales y de aplicación especial. De esta teoría puede inferirse una doctrina de los actos administrativos, fundamental, en mi concepto, para toda sistematización del Derecho administrativo. El libro primero termina con la exposición de la distribución territorial de las funciones administrativas, y en ella el profesor Goodnow se revela gran conocedor de los métodos positivos de Administración en sus dos tipos capitales distintos: el tipo inglés y el tipo continental (francés, sobre todo).

---

(1) Esto no obstante, el profesor Goodnow no confunde en absoluto lo administrativo y lo ejecutivo. Al dar cuenta de mi *Tratado de Derecho administrativo* en la *Political Science Quaterly* (Septiembre, 1897), toma muy en cuenta, como distancias dignas de estudio, las que yo procuro establecer entre lo administrativo y lo ejecutivo político.

(2) El tomo segundo tiene como título especial *Legal Relations*.

El resto del primer tomo comprende ya la exposición comparativa de la organización del Poder ejecutivo, á quien el autor atribuye la funcion de administrar, siguiendo la corriente general. El plan del profesor Goodnow redúcese en este punto á resumir los caracteres propios de las cuatro partes de las dos grandes Administraciones que componen el Estado: la central y la local. La Administración central comprende, como órganos principales, la autoridad suprema del Presidente ó de la Corona, los Consejos ejecutivos y los jefes de los departamentos. La Administración local abarca los centros territoriales que, con diversa forma y organización, viven dentro del organismo de los grandes Estados de carácter nacional.

Para terminar, la obra del profesor Goodnow, de proporciones y corte muy análogos á la del profesor Burgess, es una obra de gran interés científico, que puede recomendarse, sin reserva alguna, á nuestros políticos, á nuestros profesores de Derecho, á los estudiantes mismos y á cuantos en España tengan afición á las ciencias políticas y jurídicas.

A. Posada.

Mélanges féministes. Questions de Droit et de Sociologie, por Luis Bridel, profesor de la Facultad de Derecho de Ginebra. Un vol., 251 págs. París, V. Geard y E. Brière, 1897.—Su precio 3 francos.

El Sr. Bridel es un publicista ya conocido entre nosotros, pues no hace mucho se ha publicado en español un importante trabajo suyo análogo al libro de que hoy voy á dar cuenta, acerca de *Los derechos de las mujeres y el matrimonio*. El profesor de Ginebra es un decidido defensor de los derechos de la mujer, y á conseguir la propaganda de muchas de las más capitales soluciones del llamado feminismo, viene consagrando su pluma. En el volumen que motiva estas líneas continúa esta noble campaña propagandista, hoy tan en auge en todos los paises cultos, y llamada, sin duda, á obtener muy señalados

é importantísimos triunfos; ¿qué digo á obtener? en muchos Estados los ha obtenido ya, y en otros, la opinión imparcial se halla tan trabajada en el sentido feminista, que seguramente no está lejos el día en que tales triunfos se verifiquen.

Como su mismo título—*Miscelánea feminista*—indica, no se trata de un trabajo sistemático, ordenado. El volumen del Sr. Bridel comprende una serie de estudios distintos, pero que, sin embargo, tienen algo de común que hace de ellos un conjunto homogéneo hasta cierto punto: como el mismo autor dice, lo que constituye la unidad de los diversos trabajos, es que en todos se trata de *Los derechos de la mujer*, y que todos han sido escritos desde un punto de vista *reformista*.

Por lo demás, los diferentes trabajos del libro del profesor Bridel tienen un doble carácter: son trabajos á la vez de jurista y de sociólogo. Las cuestiones que en ellos se ventilan son unas de índole predominantemente jurídica, y otras de índole señaladamente social. Trata, en efecto, el distinguido publicista de los derechos de la mujer en la familia, de la incapacidad de la mujer en materia de tutela y de testimonio, de la reforma de la condición legal de las mujeres, de las dos morales y de la compleja cuestión, tan jurídica y tan social al propio tiempo, de la prostitución. Este es quizá el trabajo más interesante de todos, porque, sin duda, el problema que entraña es de todos el más grave y el que doquier reclama con mayor urgencia una solución menos vergonzosa y más humana que la que suelen ordenar las legislaciones sobre las costumbres en los Estados que por más cultos y cristianos se tienen.

A. Posada.

Procedimiento electoral en España.—Proyecto de Ley electoral por R. Andreu y Serra; un vol., 191 págs.—Barcelona 1897.—Su precio 2,50 pesetas.

Redactado este trabajo del Sr. Andreu y Serra para concurrir á un certamen científico-literario del *Ateneo Graciense,* obtuvo el premio. El lema del concurso, desenvuelto en esta Memoria, es de los más interesantes que en España pueden abordarse con relación á la vida y organización del Estado y del Gobierno. Notorio es, que una de las funciones en que se revela con más fuerza nuestro atraso político, la falta de moralidad social y la carencia casi absoluta de fuentes sinceras por donde manifestarse la opinión pública, es la función electoral. Los escándalos, las iniquidades, los chanchullos que se perpetran entre nosotros en las elecciones, y que hacen de España una excepción tristísima en Europa, son de tal calibre, que pocos problemas pueden ofrecerse á la consideración del político y del sociólogo, tan interesantes como el que supone la vida electoral, vida de mentira, de engaño y de inmoralidad. Bien ha hecho, pues, el Sr. Andreu en dedicar su tiempo á investigar la naturaleza del mal que las prácticas electorales al uso suponen, y en esforzarse por buscar é indicar algunos remedios.

La Memoria del ilustrado publicista puede en rigor dividirse en dos partes; la primera es puramente doctrinal y crítica, con sus antecedentes históricos indispensables. La segunda comprende un proyecto de ley electoral. En la primera se comienza haciendo una exposición ó resumen histórico del procedimiento electoral en España; luego se resume (con mucha claridad por cierto) el procedimiento electoral vigente entre nosotros, para después estudiar las causas de la inmoralidad que se observa en el ejercicio del procedimiento electoral y los medios prácticos de corregir los vicios de dicho procedimiento. El proyecto de la ley electoral condena naturalmen-

te estos medios, formulados articuladamente, para que el legislador pueda aceptarlo y adaptarlo con facilidad.

Si hubiéramos de criticar con algún detenimiento la Memoria del Sr. Andreu, no resultaría la tarea demasiado ingrata, porque desde luego empezaríamos por reconocer que el Sr. Andreu ha estudiado con cariño el asunto y revela no escasa competencia en materia que, no por estar muy trillada, deja de tener sus dificultades. Además, consignaríamos con gusto que el distinguido autor ha estado bastante feliz al señalar muchas de las causas de la inmoralidad electoral, y al destruir no pocos de sus vicios; y aplaudiríamos, por lo bien orientadas, algunas de sus ideas acerca de la índole del voto. Pero la imparcialidad nos impondría mucha reserva en cuanto á la apreciación doctrinal del valer y eficacia de la reforma que propone como medida salvadora y acerca del alcance práctico de las modificaciones incluídas en el proyecto de ley. No se trata allí, en verdad, de grandes novedades, ni se pueden considerar el voto obligatorio, ni la elección indirecta, ni menos la votación por clases, como medidas que ni de lejos ni de cerca moralicen el sufragio. Y no es que yo desconozca que á veces da á esa y á otras medidas análogas ese alcance; pero aunque así sea, preciso es ir pensando en que por tales caminos sólo puede conseguirse un cambio de postura; la moralización del sufragio, si puede conseguirse, ha de ser mediante otro género de reformas más internas y de más difícil aplicación: como que no hay articulado de ley que pueda contenerlas.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Aranceles de Aduanas para la isla de Cuba, autorizados por Real decreto de 8 de Agosto de 1897. En 4.°, 407 págs.: 3 pesetas.

Alcázar (J. de).—Historia de los dominios españoles en Oceanía. Filipinas. En 8.°, VI-190 págs.: 5 pesetas.

Alvarez Vega (J.)—Harmonías entre lo sensible y lo suprasensible. En 8.°, 510 págs.: 5 pesetas.

Aller y Vicente (J.)—Costas y fronteras españolas. En 8.°, XVII-334 páginas: 2 pesetas.

Anacreonte.—Odas de Anacreonte, traducidas ao gallego por Florencio Vahamonde. En 16.°, XVI-159 páginas.

Arniches (C.), Lucio (C.) y Pardo (J.)—El plan de Ataque, zarzuela cómica en un acto. En 8.°, 37 páginas: 1 peseta.

Arozena (M.)—Chispazos y perfiles. En 12.°, 207 págs.: 1,50 pesetas.

Ascarza (V. F.) y Solana (E.)—Colección de problemas de aritmética. En 8.° menor, 176 págs.: 1,50 pesetas.

Asociación de dependientes del comercio de la Habana. Demostración pormenorizada del producto de la suscripción popular llevada á cabo por esta Asociación: trabajos realizados para la adquisición de la lancha cañonera de vapor *El Dependiente*, y cuenta justificada de la inversión de la misma. En 8.°, 276 págs. y una lámina.

Blasco (E.)—Corazonadas. Nuevas poesías. En 12.°, X-218 págs.: 2,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXI. Cuaderno IV. Octubre de 1897.* (Páginas 157 á 352): 1,25 pesetas.

Burgas (J.).—Intimas vulgares. (Cosas nuevas). En 8.°, 91 págs.: 1 peseta.

Cervera y Royo (A.)—Contestaciones sumarias á los programas de Gramática castellana. En 8.°, 552 páginas: 8 pesetas.

Clemente y Guerra (L.)—Discurso leído en la Universidad de Valladolid. En 4.°, 70 páginas.

Tema: **De las necesidades más sentidas en el Profesorado y de las reformas que más imperiosamente reclama la actual organización de las Universidades españolas.**

Obras completas de D. Angel de Saavedra, duque de Rivas. *Tomo III.* El moro expósito. En 8.°, XXXIV-548 págs.: 5 pesetas.

Coll (Fr. J.)—El voto de ánimas. En 8.°, 306 págs.: 75 céntimos.

Correa (F.)—Miscelánea matemática. Teoremas, problemas y aplicaciones. En 4.°, XV-201 páginas: 5 pesetas.

Crespo y Ortega (G.)—Diccionario poético de la infancia, En 12.°, 88 páginas: 1 peseta.

Daunis y Casanovas (J.)—Cuaderno para las cabidas y dimensiones de los envases de forma circular. En 8.°, 15 págs.: 1,50 pesetas.

Delgado y Martín (E.)—La renta de tabacos, En 4.°, 805 págs.: 12,50 pesetas.

Echegaray (M.)—La viejecita, zarzuela cómica. En 8.° menor, 49 páginas: 1 peseta.

Escolano Marí (S.)—Crisálidas (cuentos). En 12.°, 128 págs.: 50 céntimos.

Franco Fernández (F.)—Prosa y versos, con un prólogo de D. Rafael Serrano Alcázar. En 8.°, XVI-127 págs.: 1 peseta.

García de la Riega (C.)—*La Gallega*, nave capitana de Colón en el primer viaje do descubrimientos. En 4.°, VIII-199 págs: 2 pesetas.

García Quintana (M.)—Derechos y deberes arreglados á la Constitución y al Código. En 8.°, XV-82 páginas: 60 céntimos.

Gil Maestre (M).—Los problemas del trabajo y del socialismo. En 8.°, 210 págs.: 1 peseta.

Gómez Quintana (I.)—Apuntes necrológico-biográficos de los lidiadores muertos á consecuencia de cogidas desde 1771 hasta nuestros días. En 12.°, 66 págs.; 50 céntimos.

Guimerá (A.) y Parellada (P.)—La Basilia, sainete en un acto y en prosa. En 8.°, 38 págs.: 50 céntimos.

Gullón y Terán (E.) y Curros Capua (R.)—Manolita la prendera, zarzuela cómica en un acto. En 8.°, 36 págs.: 1 peseta.

Gutiérrez Gamero (E.)—Sitilla, novela.En 8.°, 345 págs.: 3,50 pesetas.

Haebler (K.)—The early printers of Spain and Portugal by Konrad Haebler. London. En 4.° may., 4 hoj. prels., 165 págs., 33 hojas de reproducciones y una con el escudo de la imprenta.

Illustrated Monography, núm. IV. No se ha puesto á la venta.

Idem.—Spanische und Portugiesische bucherzeichen des XV und XVI jahrhunderst. En fol. m. 2 hojas sin numeración XL páginas y XLVI hoj. de láminas, precedidas de una anteportada.

Die büchermarcken oder buchdrucker und verlegerzeichen.

Ibarra y Rodríguez (E.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Zaragoza. En 4.°, 67 páginas.

Tema: Progresos de la ciencia histórica en el presente siglo.

Jaén Torres (C.)—Nueva guía indicadora de la ciudad de Elche (provincia de Alicante). En 12.°, 15 páginas: 10 céntimos.

Jiménez Prieto (D.)—La torre de Babel, zarzuela cómica en un acto. En 8.° mayor, 54 págs.: 1 peseta.

Jimeno Ajius (L.)—Naderías. Qoleqzión de artíqulos sobre asuntos gramatiqales. En 4.°, 243 páginas: 2 pesetas.

Labra (R. M. de).—Historia de las relaciones internacionales de España. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Lemasi (J.)—El libro del estudiante en la Universidad Central. En 8.°, 297 págs.: 2 pesetas.

López (R.)—El grano de mostaza. Artículos de oposición. En 8.° prolongado, 149 págs.: 75 céntimos.

Manjón (A.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Granada. En 4.°, 48 páginas.

Tema: Condiciones pedagógicas de una buena educación, y cuáles nos faltan.

Mélida (J. R.)—Historia del arte griego. En 8.° mayor, 280 páginas: 4 pesetas.

Millán y Villanueva (C.)—El gran problema en las islas Filipinas, planteado por *El Español*, periódico de Manila. En 4.°, 121 páginas: 1,50 pesetas.

Montero Ríos (E.)—Restablecimiento de la unidad religiosa en los pueblos cristianos. Conferencias pronunciadas en la Escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid. En 8.°, 256 págs.: 3,50 pesetas.

Moret y Perramón (N.)—Anselmo, drama en tres actos y en verso, original. En 8.°, 73 págs.: 2 pesetas.

Munilla (A.) y Ferreiro (L.)—La primera vara, zarzuela. En 8.° mayor, 40 págs.: 1 peseta.

Núñez Sampelayo (A.)—Discurso leído en la Universidad de Salamanca en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.°, 53 páginas.

Tema: Destino de la mujer con relación á sus condiciones sociales y fisiológicas.

Pagés y Bori (M.)—Completo manual del contramaestre. En 4.°, 183 págs.: 5 pesetas.

Pastor de la Rosa (J.)—Conocimiento para la instrucción de las clases é individuos de tropa de la Guardia civil. En 8.°, 223 páginas: 2,25 pesetas.

Pedrel (F.)—Hisponiae schola musica sacra. Opera varia (sæcul. XV, XVI, XVII et XVIII) diligenter experta. *Vol. VII, Antonius A. Cabezón*. En fol., VIII-75 páginas: 8,50 pesetas.

Tomos por separado á 12 y 12,50 pesetas.

Pellicer (J.)—Pinceladas. En 8.°, 182 págs.: 4 pesetas.

Pereyra de Armas (M.)—Tipos de mi tierra. Estudios del natural. En 8.°, XVI-197 págs.: 2,50 pesetas.

Pérez (R.)—La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América después de su restauración. *Segunda parte*. Desde el establecimiento de la Compañía en Guatemala, en 1851, hasta su segunda expulsión de la Nueva Granada, en 1861. En 4.°, 436 págs. Láminas: 8 pesetas.

Pérez Barreiro (R.)—Gramática castellana razonada según los actuales conocimientos lingüísticos. En 4.°, 391 págs.: 8 pesetas.

Pérez Gayoso (J.) y Pérez Alvarez (R.)—Enciclopedia político-administrativa. En 4.°, 134 págs.: 5 pesetas.

Pérez y González (F.)—Peccata minuta, versos. En 12.°, 181 páginas: 50 céntimos.

Pineda (Rafael).—Viajes marítimos de exploración científica en el siglo XIX. En 8.°, 54 págs : 1 peseta.

Prieto (E.)—Escuela musical, zarzuela en un acto. En 8.° menor, 43 págs.: 1 peseta.

Pruebas (Las) del linaje humano. Auto sacramental, nuevo, publi-

cado por Léo Rouanet. En 8.°, XI-95 págs.: 3 pesetas.

Relaciones geográficas de Indias. Publícalas el ministerio de Fomento. *Perú. Tomo III.* En folio, XL-276 págs. y CXXV de apéndices: 15 pesetas.

Repullés y Vargas (E. M.)—Escuela de Ingenieros de minas de Madrid y Laboratorio de Gómez Pardo. En folio, 36 págs. y siete láminas en fototipia y tres de planos: 12,50 pesetas.

Rodríguez Huertas (J).—Mnemotecnia ó arte de auxiliar á la memoria. En 12.°, 56 págs., 70 cénts.

Rodríguez-Jaén (J.)—La noche de San Silvestre ó un Cid de guardarropía. En 8.°, 35 págs.: 1 peseta.

Roldán y Vizcaíno (F.)—Estudio estratégico de la Península Ibérica desde el punto de vista del ingeniero. En 4.°, 311 págs. y tres mapas: 10 pesetas.

Rubio Argüelles (J.)—Discurso leído en la Universidad de Sevilla en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.° mayor, 35 páginas.

Tema: Algunos consejos á la mujer.

Salvador y Rodrigáñez (A).—Sobre la perspectiva. En 4.°, 141 páginas: 5 pesetas.

Sanz Romo (M.)—Manual de gimnástica higiénica y juegos escolares. En 8.°, 318 págs.: 4 ptas.

Soldevilla Carrera (M.)—La infancia y la criminalidad. En 4.°, 240 páginas: 50 céntimos.

Suárez de Figueroa (R.)—La gloria póstuma; novela psíquico-social. En 4.°, 328 págs.: 8 pesetas.

Tarín y Juaneda (F).—La Real Cartuja de Miraflores (Burgos). Su historia y descripción. En 4.°, 624 págs. con láminas y planos: 6,50 pesetas.

Idem.—La Cartuja de Porta-Cœli (Valencia). En 8.°, VIII-324 páginas: 2 pesetas.

Tortosa y Picón (M.)—Nociones de geografía natural y humana. *Primera parte.* En 8.°, 204 páginas. (Las dos partes): 5 pesetas.

Torre de Trassierra (G. de la).—Cuéllar. *Segunda parte.* En 8.°, 308 y XXXIX págs.: 7 pesetas.

Ureña y Semejaud (R. de).—Sumario de las lecciones de historia crítica de la literatura jurídica española. En 4.°, *Cuaderno I,* 26 páginas. La obra completa constará de seis cuadernos: 20 pesetas en provincias.

Urios y Gras (E.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Oviedo. En 4.°, 18 páginas.

Valdivia (L. de).—Nueve sermones en lengua de Chile. En folio, 73 páginas de la *Bibliografía* y 77 de los *Sermones*: 15 pesetas.

Vázquez (L.)—Reglamento para las corridas de toros. En 32.°, 36 páginas: 25 céntimos.

Vázquez y Rodríguez (L.)—Agenda taurina. *Año III.* En 12.°, 89 páginas: 1 peseta.

Vergara y Velasco (F. J.)—1818 (Guerra de la Independencia). Bogotá, imprenta Nacional, 1897. En 8.°, XIV-272 págs.: 4,50 ptas.

Victory (A.)—Memorandum del oficial de Estado Mayor en campaña y en grandes maniobras. En 8.°, 630 págs. Tela: 7 pesetas.

Vilanova (E.)—Quadros. En 8.°, 117 págs.: 50 céntimos.

Colección selecta catalana. *Tomo I*

Vilus (R. A.)—El ángel de Chile al Congreso argentino. En 8.°. 49 ps.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1897.

Alzola (Pablo de).—*Propaganda regional en España:* Junio, pág. 32; Julio, pág. 83; Agosto, pág. 89; Septiembre, pág. 93; Octubre, página 56.

Anónimo.—*Obras nuevas:* Enero, pág. 205; Febrero, pág. 205; Marzo, página 205; Abril, pág. 206; Mayo, pág. 196; Junio, pág. 203; Julio, página 203; Agosto, pág. 197; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 205; Noviembre, pág. 205; Diciembre, pág. 197.

Araujo y Sanchez (Ceferino).—*Palmaroli y su tiempo*: Septiembre, página 121; Octubre, pág. 91; Noviembre, pág. 66.

Arias de Velasco (J.)—*Notas bibliográficas:* Junio, pág. 193.

Art (G.)—*Los archimillonarios americanos*: Enero, pág. 169.—*Los clubs femeninos en Londres*: Septiembre, pág. 169.

Asensio (José María).—*El teatro de D. Manuel Bretón de los Herreros:* Enero, pág. 79.

Azcárate (G. de).—*Un libro sobre el problema social*: Marzo, pág. 53.

Bonnal de Ganges *Los impuestos y la Hacienda en España, desde Felipe III á Carlos II:* Febrero, pág. 113.

Castelar (Emilio).—*Crónica internacional:* Enero, pág. 115; Febrero, pág. 182; Marzo, pág. 176; Abril, pág. 168; Mayo, pág. 177; Junio, página 168; Julio, pág. 169; Agosto, pág. 161; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 175; Noviembre, pág. 185; Diciembre, pág. 171.

Caze (D. L.)—*El telégrafo sin hilos:* Julio, pág. 151.

Courrière (C.)—*Las escuelas en Rusia*: Enero, pág. 180.

Dorado (P.)—*Notas bibliográficas:* Enero, págs. 194 y 200.—*Misión de la justicia en el porvenir:* Abril, pág. 87.—*Notas bibliográficas*: Mayo, pág. 193; Junio, pág. 196; Julio, págs. 196 y 200; Agosto, pág. 192; Octubre, pág. 203.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*: Noviembre, pág. 49.—*Notas bibliográficas:* Noviembre, pág. 201.

ECHEGARAY (José).—*Recuerdos:* Enero, pág. 63; Abril, pág. 71.
ERNEST (Charles).—*Nota bibliográfica:* Mayo, pág. 192.
ESCRICHE (Tomás).—*Proyecto de un plan de estudios de segunda enseñanza:* Mayo, pág. 107.
FAGUET (Emilio).—*Victor Hugo y Sainte-Beuve:* Enero, pág. 159.—*Merimèe y su confidente:* Noviembre, pág. 162.
FARIAS (Rafael).—*Cartas de tierras lejanas; Aden:* Febrero, pág. 22.
FUGAIRON (Juan).—*El descubrimiento de la Venus de Milo:* Diciembre, pág. 153.
GÓMEZ DE BAQUERO (Eduardo).—*Crónica literaria:* Enero, pág. 101; Febrero, pág. 135; Marzo, pág. 163; Abril, pág. 122; Mayo, pág. 127; Junio, pág. 90; Julio, pág. 120; Agosto, pág. 148; Septiembre, pág. 155; Octubre, pág. 131; Noviembre, pág. 146; Diciembre, pág. 132.
IGLESIAS (Pablo).—*El partido socialista en España:* Mayo, pág. 23.
JACQUEMÌM (Miguel).—*El jardín de Alfonso Karr:* Diciembre, pág. 145.
KAETHE SCHIRMACHER.—*El feminismo en la Universidad de Zurich:* Abril, pág. 136.
LACROIX (Alberto).—*Recuerdos de un editor; Lamartine:* Enero, página 142.
LÁZARO È IBIZA (Blas).—*Nota bibliográfica:* Abril, pág. 202.
LUBBOCK (Sir John).—*El empleo de la vida:* Abril, pág. 146; Mayo, página 137; Junio, pág. 102; Julio, pág. 133.
MALET (Alberto).—*Mazarino y D. Luis de Haro:* Marzo, pág. 157.
MÈLIDA (José Ramón).—*Ávila* (iglesias románicas): Junio, pág. 73; *Las últimas adquisiciones del Museo Arqueológico.—Leyes hispano-romanas grabadas en bronce:* Septiembre, pág. 77; *D. Ceferino Araujo y Sánchez:* Diciembre, pág. 114.
MENÉNDEZ Y PELAYO (M).—*Nueva biografía del abate Marchena:* Febrero, pág. 36.
MERIMÉE (Próspero).—*La Venus de Ille:* Febrero, pág. 149.
MÛNTZ (Eugenio).—*Una nueva historia del Papado, en tiempo de Alejandro IV y de Julio II:* Noviembre, pág. 173.
NEERA.—*Teresa* (novela): Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, página 5.
OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Historia del pan:* Marzo, pág. 71; *Curiosidades acerca de la invención de la pólvora:* Agosto, pág. 113.—*Historia del hierro é importancia social y científica de este metal:* Diciembre, pág. 94.
PALACIOS (Leopoldo).—*Notas bibliográficas:* Enero, pág. 192; Mayo, página 188.
PARDO BAZÁN (Emilia).—*El saludo de las brujas:* Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5; Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5.—*Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod:* Diciembre, página 57.
POSADA (Adolfo).—*Notas bibliográficas:* Enero, pág. 190 y 196; Febrero, pág. 202.—*Progresos del feminismo:* Marzo, pág. 91.—*Notas biblio-*

gráficas: Marzo, pág. 199; Abril, pág. 200; Junio, pág. 195; Julio, página 198; Agosto, pág. 195; Septiembre, pág. 201; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 203; Diciembre pág. 191.

Ríos de Lampérez (Blanca de los).—*Algunas observaciones sobre el* Quijote *de Avellaneda:* Mayo, pág. 37.—*De vuelta de Salamanca:* Junio, pág. 52.—*Algunas observaciones sobre el* Quijote *de Avellaneda:* Noviembre, pág. 84.

Rizzo y Almela (Felipe).—*Marruecos:* Julio, pág. 107.

Rod (Eduardo).—*El silencio* (novela): Octubre, pág. 5; Noviembre, página 5; Diciembre, pág. 5.

Sela (A.)—*Notas bibliográficas:* Marzo, pág. 197.

Soldado viejo (Un).—*Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja:* Enero, pág. 47; Febrero, pág. 92; Marzo, pág. 32; Abril, pág. 37; Mayo, pág. 90.

Spronck (Mauricio).—*Anatolio France en la Academia Francesa:* Julio, pág. 163.

Strauss (Pablo).—*Los niños mártires:* Octubre, pág. 159.

Taine (H.)—*Una vuelta por Inglaterra:* Agosto, pág. 130.—*España en 1679, según Mad. D'Aulnoy:* Septiembre, pág. 143; Octubre, página 114.

Tarde (G.)—*Briznas de ideas*: Diciembre, pág. 166.

Torres Campos (R.)—*Nota bibliográfica:* Octubre, pág. 197.

Turgueneff (Ivan).—*Khor y Kalinych: Siervos rusos en los campos:* Marzo, pág. 138.

Valmar (Marqués de).—*Cleopatra:* Julio, pág. 67; Agosto, pág. 71.

Valera (Juan).—*El superhombre con ocasión del libro del Sr. D. Pompeyo Gener, titulado* Amigos y Maestros: Diciembre, pág. 71.

Yergate (Tigranes).—*Los millonarios griegos:* Octubre, pág. 141.

INDICE

Págs.

El silencio, novela *(conclusión)*, por Eduardo Rod..... 5
Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod, por Emilia Pardo Bazán..... 57
El Superhombre, con ocasión del libro del Sr. D. Pompeyo Gener, titulado Amigos y maestros, por Juan Valera..... 71
Historia del hierro, é importancia social y científica de este metal, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 94
Don Ceferino Araujo Sánchez, por José Ramón Mélida..... 114
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 132
La prensa internacional: El jardín de Alfonso Karr, por Miguel Jacquemín.—*El descubrimiento de la Venus de Milo*, por Juan Fugairón.—*Briznas de ideas*, por G. Tarde..... 145
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 171
Notas bibliográficas, por A. Posada..... 191
Obras nuevas..... 197
Índice, por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en La España Moderna *durante el año 1897*..... 201

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1'50 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 6 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia 10 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas,
Taine.—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.
Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas.) Contiene grabados.
Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta.
2. Víctor Hugo, por ídem, íd.
3. Balzac, por íd., íd.
4. Alfonso Daudet, por íd., íd.
5. Sardou, por íd., íd.
6. Dumas (hijo), por íd., íd.
7. G. Flaubert., por íd., íd.
8. Chateaubriand, por íd., íd.
9. Goncourt, por íd., íd.
10. Musset, por íd., íd.
11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.
12. Núñez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta.
13. Ventura de la Vega, por Valera, íd.
14. Teófilo Gautier, por Zola, íd.
15. Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.
16. Cánovas, por Campoamor, ídem.
17. Alarcón, por E. P. Bazán, íd.
18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.
19. Stendhad, por Zola, íd.
20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.
21. Ayala, por J. O. Picón, íd.
22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.
23. Trueba, por Becerro de Bengoa, íd.
24. Lord Macaulay, por Gladstone, íd.
25. Sainte-Beuve, por Zola, íd
26. Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd.
27. Heine, por Teófilo Gautier. ídem.
28. Ibsen, por L. Passarge, íd.
29. Taine, por Bourget, 50 céntimos.
30. Bretón, por Molins, 1 pta.
31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, íd.
32. Fernán-Caballero, por Asensio, íd.
33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.
34. Mouton (Mérinos), por Bergeret, íd.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Mauperin.
12. Barbey, El dandismo.
13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerteux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet, Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turguenef, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Totstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine, El Arte en Grecia.
97 Turguénef, Demetrio Rudin.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales y sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraisos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO IX

Esta publicación ve la luz el día 1.° de cada mes en tomos en 4.° de más de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles. Publica en todos los números una sección con el titulo de *La Prensa Internacional*, en la cual se incluyen, íntegros ó extractados, los artículos de la prensa de todo el mundo que más hayan llamado la atención durante el mes.

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas;** un año, **treinta pesetas.**—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **cuarenta francos,** enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

RICCI

TRATADO DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes, **20 pesetas.**

FRAMARINO

LÓGICA DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes, **15 pesetas.**

DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

LUIS GUMPLOWICZ

Profesor de Ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

PEDRO DORADO MONTERO

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Precio, **10 pesetas.**

La Justicia

por Herbert Spencer.

Un volumen grande, **7 pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIÁSTICAS

POR

H. SPENCER

Un volumen, **6 pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

por

H. SPENCER

Un volumen grande, **7 pesetas.**

AP
60
E8
año 9
no.106-08

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY